



J. B. LOBBRY  
CURSO  
DE  
INSTRUCCIONES  
POPULARES

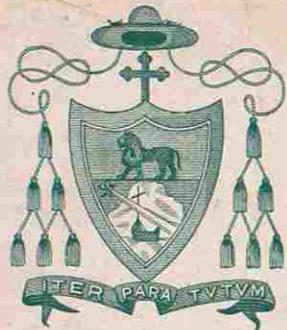
1

BX1751

L6

v.1

009978



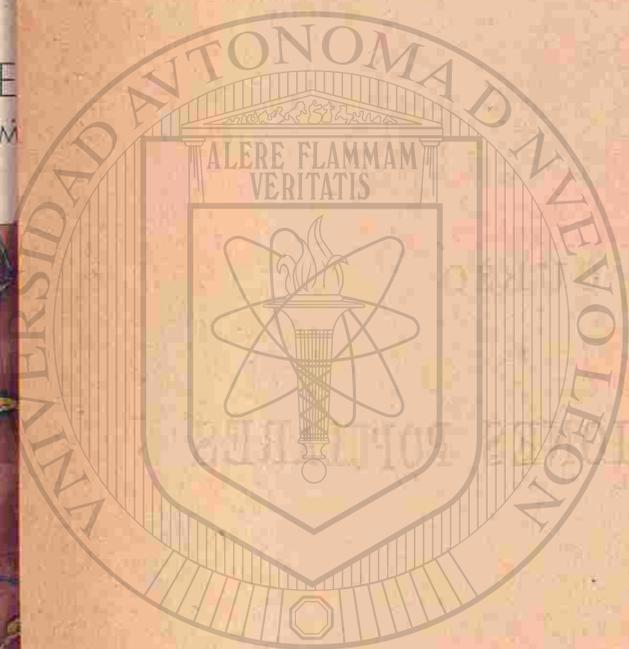
1080015940

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



CURSO

DE

INSTRUCCIONES POPULARES

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CURSO  
DE  
**INSTRUCCIONES POPULARES**

OBRA ESCRITA EN FRANCÉS

POR

**EL ABATE D. J. B. LOBRY**

CURA DE VAUCHASSIS, ANTIGUO PROFESOR DE TEOLOGIA  
EN EL SEMINARIO DE TROYES

Y TRADUCIDA AL CASTELLANO DE LA QUINTA EDICION FRANCESA

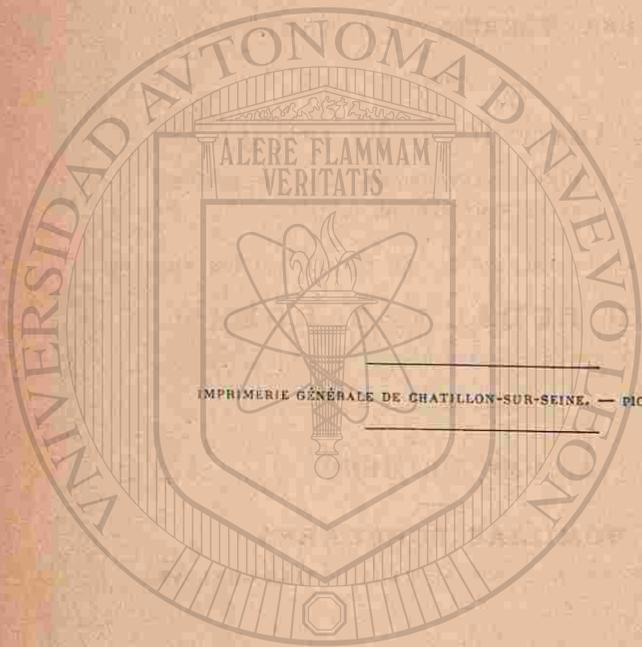
**Por D. EUDALDO CARRERA**

PÁRROCO DE LA DIÓCESIS DE URGEL

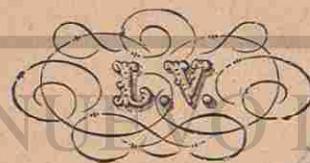
TOMO PRIMERO

**HOMILIAS POPULARES**

SOBRE LOS EVANGELIOS DE CADA DOMINGO DEL AÑO



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



PARIS  
LOUIS VIVÉS, LIBRERO-EDITOR

13, RUE DELAMBRE, 13

1892



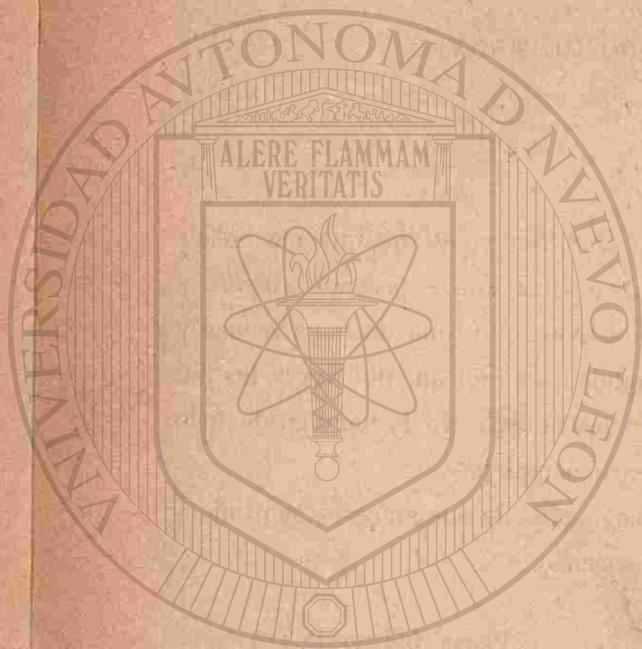
Capilla Alfonsina  
Biblioteca Universitaria

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
Biblioteca Valverde y Teller

46057

BX 1751

Lp  
v. 1



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ

## APROBACION DE MONSEÑOR CORTET

OBISPO DE TROYES.

Señor Cura :

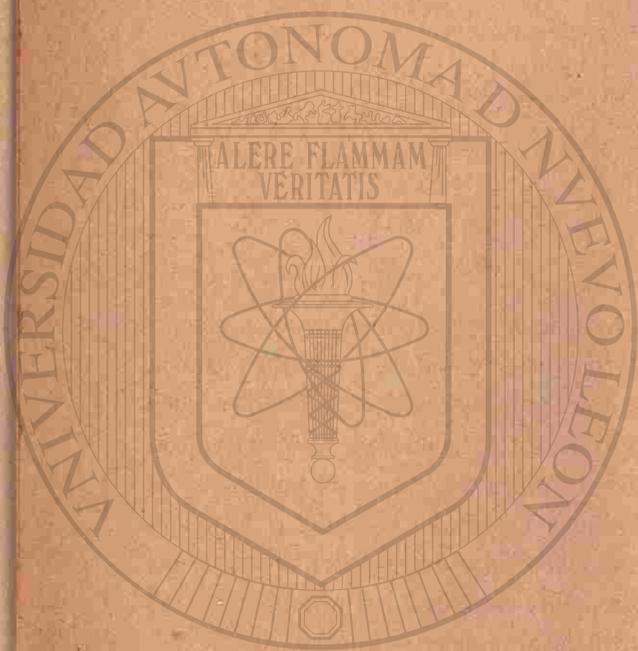
He leído la porcion de *Homilias populares*, que me habeis dirigido. He encontrado en éllas una exposicion *sencilla* y *clara* de las verdades del Evangelio, una doctrina *segura* y *mucha uncion*. Estas cualidades harán que el Clero y los fieles saboreen con gusto vuestra obra; yo la bendigo de todo corazon y la deseo un éxito completo.

Recibid, Sr Cura, la seguridad de mis sinceros sentimientos en Nuestro Señor Jesucristo.

PEDRO, Obispo de Troyes.

Troyes 20 de Noviembre de 1876.

009578



## PROLOGO

---

En un Opusculo <sup>1</sup> publicado hace siete ú ocho años, decía:  
« Es preciso ser *claro* á toda costa y evitar en cuanto se pueda el ser *vulgar*. Lo que adolece de este último defecto es poco francés; y lo oscuro no lo es nunca. La pureza y la claridad son por esencia propiedades de nuestra lengua. Sacrificad, si es menester, á estas cualidades esenciales el número, la armonía, la elegancia; poned sobre todo vuestra mira en que seais comprendido; el lector puede descifrar los enigmas; no así el oyente, á quien no debéis proponerlos nunca...

» A veces una palabra tiene por fuerza que ser repetida, para que vuestra frase resulte clara y vuestro pensamiento bien expresado <sup>2</sup>. Cuidad entonces de la cadencia, aprovechchaos del sinónimo ó de la perifrasis; expresaos de la ma-

1. *El cura de aldea en el púlpito*, publicado despues del *Arte de predicar*. Este Opúsculo próximo á tener una segunda edición, podía haber sido escrito en un *estilo mas serio y mostrarse mas indulgente en las apreciaciones*... Tal es el parecer de un hombre, que tiene sobre nosotros plena autoridad, y á quien debemos sumo agradecimiento. Nos sometemos, pues, de buen grado á este criterio.

2. Expliquemos estas palabras con un ejemplo. Estoy corrigiendo ahora la *Instrucción sobre los Angeles Custodios*... Leo estas palabras: « O buenos ángeles... vosotros no abandonais á los pecadores, á pesar de

nera mas natural y acomodada á vuestros feligreses, evitando en todo caso el caer en lo *trivial*<sup>1</sup>, ya por respeto á la verdad, que predicais, ya tambien por aquellos, que os escuchan.

« Mirad con repulsion los largos periodos; que vuestra frase sea corta, pues habeis de declamarla; si es demasiado larga vuestros oyentes y vos mismo sufriréis el cansancio de vuestros pulmones... Que esta frase sea viva y animada de imágenes. Si es preciso, no retrocedais ante la palabra poética, si ésta se presenta; siempre habrá en vuestro auditorio algun criticon ó sabihondo, y la gente de semejante laya suele fundar su juicio en comparaciones ó imágenes de semejante naturaleza. » « Manifestaos ser el mismo, cuando escribais; despues del género oscuro, nada encuentro mas temible que el genero engorroso. »

En el *opúsculo* en cuestion estas observaciones iban seguidas de dos Instrucciones, que, segun dicen, fueron aceptadas con gusto... Hánme pedido otras nuevas; y he ahí como, sin casi sospecharlo, he sido conducido á publicar este *Curso de Instrucciones populares*.

la aversion, que su triste estado os *inspira*... vosotros *inspirais* al pecador etc. *Inspirar* expresa aquí, á mi parecer, el pensamiento mejor que *causar*. Otra observacion acerca del estilo. Hay ciertos giros de frases, que, aunque propios de la lengua, se resisten empero á todo analisis (por lo menos al de la gramática.) He aqui, por ejemplo, la que se lee en la página 198 del 2º tomo: (edicion francesa;) « Si queremos dirigirnos á un hombre poderoso, nos sentimos dichosos de tener *algun conocimiento*, que pueda ser nuestro mediador, etc. » La Escritura Santa está llena de esta especie de locuciones... *Docete omnes gentes, baptizantes eos etc. Nolite timere pusillus grex, etc.* Podria citar otros ejemplos, sacados de nuestros mejores autores, pero esta nota me parece ya suficientemente *pedantesca* \*.

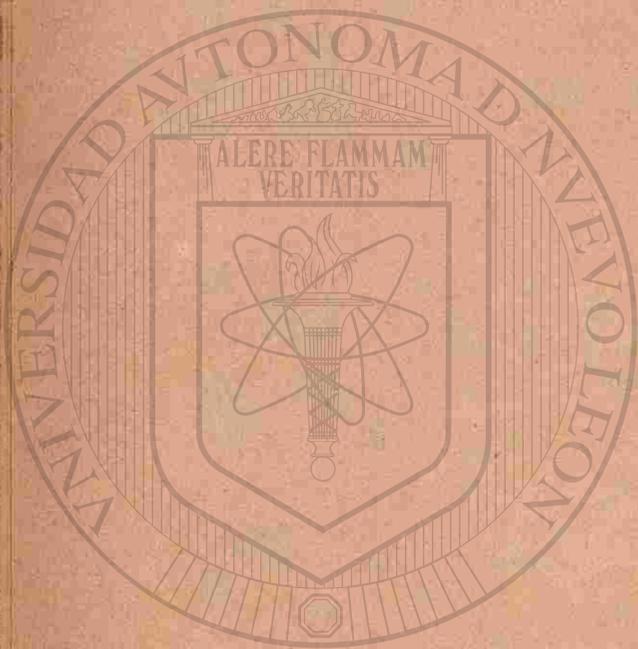
1. En un excelente *Curso de Instrucciones*, todavía manuscrito, encuentro esta frase: *Si, vosotros tenéis menos cuidado de vuestros hijos que de vuestro gruñete, el cual no os será provechoso, sino despues de su muerte!*... Pues bien, esto es demasiado *trivial*!...

\* Excusado es advertir, que en esta nota el autor habla ó discurre de los giros de la lengua francesa. N. del T.

Ni el fondo, ni siquiera la forma de estas *Instrucciones* me pertenecen de una manera absoluta... ¿El fondo, las verdades, la doctrina, las comparaciones, los hechos históricos?... Pero si se hallan en todas partes. El temor de parecer un sabio *á la moda* háme impedido multiplicar las notas... ¿La forma? Abrid al padre Lejeune, á S. Leonardo y sobre toto al incomparable S. Juan Crisóstomo, el príncipe de los oradores cristianos, el modelo del sacerdote, que quiere hacerse entender bien, y veréis que, á pesar de mis esfuerzos, solo he podido seguirles de muy lejos. Gloria, pues, á Dios y prez á estos piadosos y nobles genios.

O María, dulce Madre de Jesús, patrona del clero, protectora de los fieles, refugio de los pecadores!... O Reyna mía, gozo, amor y la mas dulce esperanza de mi alma! mas de una vez, vos lo sabeis, al componer estas *Instrucciones*, vuestro nombre bendito ha asomado eu mi corazon...! ¿He podido hablar de vos, sin que mis lágrimas hayan corrido, sin que el ojo de mi alma haya sido arrebatado por vuestra excelsa gloria? Ah! vos lo sabeis... Oh! dulce Madre, á vos, pues, pertenece no sólo la obra sino tambien el autor... Amen.

Vauchassis día de la Immaculada Concepcion de la Santísima Virgen, 1876.



# HOMILÍAS POPULARES

SOBRE

LOS EVANGELIOS DE CADA DOMINGO DEL AÑO

---

## HOMILÍA SOBRE EL EVANGELIO DEL PRIMER DOMINGO DE ADVIENTO

(LUC, XXI, 25, 33.)

Cuadro del último juicio; cuan útil y saludable es el recuerdo  
del juicio final.

TEXTO: *Et erunt signa in sole, et luna, et stellis.* Habrá señales  
en el sol, y en la luna, y en las estrellas.

Exordio. Hermanos míos, entramos hoy en el santo tiempo del  
Adviento, tiempo de misericordia y de preparación al nacimiento  
de nuestro Salvador, misterio de amor, como el que más. Y he  
aquí, sin embargo, el Evangelio del día de hoy !... « En aquel  
tiempo, dijo Jesucristo, habrá señales en el sol, y en la luna, y  
en las estrellas; y en la tierra los pueblos se hallarán consternados  
por el pavor, que les causará el ruido confuso del mar y  
de sus olas. Los hombres se consumirán de espanto con la ex-  
pectación de los males, que han de sobrevenir al universo; pues  
las Virtudes del cielo temblarán sobre sus quicios. Y entonces se  
verá al Hijo del Hombre, viniendo sobre una nube con gran pompa  
y majestad. En cuanto á vosotros, cuando estas cosas comiencen á

suceder, levantad vuestras cabezas y mirad á lo alto, pues que será señal de que se aproxima el tiempo de vuestra redencion. Y les hizo esta comparacion: Considerad la higuera y los demás árboles: cuando comienzan á echar su fruto, conocéis que el verano se acerca. Del mismo modo, cuando veáis que suceden estas cosas, sabed que esta cercano el reino de Dios. En verdad os digo, no pasará esta generacion sin que estas cosas se cumplan. El cielo y la tierra pasarán, pero mi palabra no pasará... »

¿Porqué, pues, al principio del Adviento, en este tiempo, que no sólo da comienzo al año eclesiástico, sino que, como decia, es sobre todo un tiempo de preparacion al más dulce y tierno de los misterios, al nacimiento de nuestro Salvador; por qué nos recuerda la Iglesia ese día terrible del juicio final? ¿Para qué este aparato de justicia en un tiempo, en que todo nos invita á confiar nos al amor, adorando la misericordia? Ah! del mismo modo que una buena madre, que teme ver á sus hijos abusar de los favores, que les son concedidos, parece la Iglesia decirnos: « Hé aquí un tiempo de gracia y de salud. Luego van á abrirse los cielos, para dar á la tierra el Relentor desde tanto tiempo esperado; dentro pocos días celebraréis el gran aniversario del nacimiento del Salvador; pero, pensando en la misericordia, guardaos de olvidar la justicia. Él que en el pobre establo de Belen tenderá á vosotros sus brazos y sonreirá con tanto amor, es el mismo, que en el día del juicio descenderá sobre la tierra, y con ojeada terrible, como el rayo, herirá á los pecadores!... »

PROPOSICION Y DIVISION. Para que entréis en este pensamiento de la Iglesia y respondáis á sus piadosas intenciones: propónome explicaros, en *primer lugar* y con pocas palabras, lo que será este juicio final, y *luego* cuan útil y saludable es el pensamiento de dicho juicio.

*Primera parte:* El juicio final! oh amados hermanos míos, ¿cómo daros una idea de este día terrible?... Estoy buscando una imágen, una comparacion, que pueda servirme para hacer entender mi pensamiento, y cuantas encuentro me parecen incompletas. Quizás algunos de vosotros hayan presenciado alguna de esas

sesiones solemnes, que de tanto en tanto celebran los tribunales de la justicia humana. En una vasta sala véense congregados muchos jueces, sentados en elevado estrado; numerosa muchedumbre los rodea; trátase una causa de pena capital... De repente aparece el reo, sacado del calabozo y conducido al banquillo de los acusados. Las miradas de todos se fijan con avidez sobre él, el cual aparece pálido, cárdeno, vacilante, sin poder apenas tenerse en pié; la turbacion se refleja en su rostro; es un asesino, un paricida, á quien va á imponerse el condigno castigo de su crimen. Comparecen los acusadores, los testigos hacen sus deposiciones; los detalles de ingratitud, de crueldad y perfidia son horribles; ninguna circunstancia se omite. ¡Desdichado! vése forzado á devorar toda la amargura de la vergüenza y de la infamia!... Mas para qué acusadores, para qué testigos! A qué los sofismas de una defensa inútil y engañosa? ¿Nó reparais en sus ojos sombríos y vidriosos la tortura de sus remordimientos?... ¿Nó veis aquellos labios trémulos y agitados por movimiento convulsivo, prontos á dejar salir una confesion, que duele?... O jurados, vuestra conviccion está formada; teneis delante de vosotros á un monstruo, á un malvado, de quien es preciso preservar á la sociedad. Y despues de algunos momentos de expectacion y congoja, en medio del mas profundo silencio el juez pronuncia una sentencia de muerte. El infeliz sentenciado se desvanece, sucumbe á su propio peso y medio muerto es trasladado á la cárcel, en donde ha de ejecutarse el castigo. Háse visto á veces á algunos de esos desventurados morir de vergüenza y terror, al oír pronunciar su sentencia. Si, aun los mismos juicios humanos ofrecen un espectáculo terrible; y jamás se asiste á ellos, sin que los espectadores se retiren con el ánimo embargado de profunda y saludable emocion.

Sin embargo, hermanos míos, ¿qué tiene que ver ese espectáculo y todo ese aparato majestuoso y terrible, de que se rodea la justicia humana, si se compara con las terribles circunstancias del juicio final?... No me detendré en presentaros las horrendas señales, que han de precederle: la luz del sol, de la luna y de

las estrellas tomando un color de sangre, para apagarse luego; el mar y las olas lanzando los mónstruos, que encierran sus abismos; la tierra desquiciándose en sus mismos cimientos; los relámpagos hendiendo los aires con siniestros fulgores; los estampidos del trueno retumbando hasta en las mas hondas profundidades, los hombres pálidos, consternados, secándose de miedo, como dice nuestro Evangelio... Pero no; trasportémonos en espíritu á ese formidable juicio. Las bóvedas sepulcrales, los mausoleos y los cementerios han devuelto sus esqueletos, y las almas han venido á tomar de nuevo sus cuerpos, á la manera que los segadores vuelven por la tarde á ponerse los vestidos, que dejáran al comenzar su trabajo. Con la rapidez del rayo el sopro de Dios ha trasportado á todos los hombres resucitados al valle de Josafat; y envueltos en la inmensa turba de todas las naciones, estaremos tambien allí nosotros, hermanos míos, congregados y apretados como las espigas en tiempo de la cosecha. De repente aparece en los aires una nube luminosa. ¡Qué brillantes cortejos de ángeles y espíritus celestes descienden de lo alto de esos esplendores!... Son los asesores del soberano Juez. En medio de ellos viene el Hijo del Hombre, rodeado de gloria; los cielos se inclinan ante su majestad. Delante de Él va la cruz, signo sagrado de nuestra redencion, cetro augusto de su dignidad real. Á su vista los muertos congregados tiemblan como las olas de la mar agitada...

Y ahora hé aquí, o hombres, á vuestro Juez; responded, dad cuenta de los crímenes cometidos, de las gracias recibidas, de las buenas inspiraciones, que habeis despreciado, de las virtudes, que habeis descuidado. Nada, nada será olvidado. Así como en un instante el sol alumbrá con sus rayos todo un vasto horizonte y su luz traspasa el cristal, así la presencia del Juez supremo iluminará en un punto todas las conciencias y hará transparentes sus mas recónditos pliegues. Ningun pecado secreto quedará por descubrirse; ningun vicio, por vergonzoso que sea, dejará de publicarse. Ah! hermanos míos, qué momento tan terrible!... Ay! con la mano puesta sobre el corazon preguntémonos bien á nosotros

mismos lo que el Juez hallará en el fondo de nuestras conciencias, y lo que podrán entonces leer en ellas los demás... En vano nosotros, infelices pecadores, clamaremos: Montañas aplastadnos, colinas, caed sobre nosotros<sup>1</sup>; en vano maldeciremos el día de nuestro nacimiento. Ah! allí la vergüenza y el miedo no causarán la muerte... Así que, será forzoso oír la sentencia; y qué sentencia! O Justos, volviéndose hacia vosotros con un rostro lleno de dulzura, os dirá el Hijo del hombre: « Venid benditos de mi Padre »; y arrebatados en carro triunfal de luz, iréis en medio de armoniosos conciertos á gozar en el paraíso de la inefable dicha, preparada para vosotros y los ángeles. Pero, qué será, hermanos míos, de nosotros, pobres pecadores?... Lanzando sobre nosotros una mirada severa, el soberano Juez pronunciará esta terrible sentencia: « Id, malditos, id al fuego eterno. » Y al instante se ejecutará esta sentencia; de modo que al punto mismo se abrirá el infierno, cual inmenso abismo, para tragarse sus miserables víctimas; despues, cerrándose de nuevo, todo habrá concluido por toda una eternidad!...

*Segunda parte.* Así es, hermanos míos, que, como os decía al comenzar, la Iglesia nos invita hoy á considerar bien este juicio, á fin de que trabajemos por evitar la terrible sentencia. Nada de mas á propósito que esta consideracion de la última venida del Salvador, para determinarnos á prepararnos bien para su primer advenimiento en el pesebre de Belén. La mejor disposicion, que podemos presentarle, es el arrepentimiento y la fuga del pecado; pues bien, nada hay tan útil y saludable, que pueda excitarnos con mas eficacia á detestar nuestras faltas y á evitar el pecado, como la memoria del juicio final.

S. Cesáreo, predicando sobre este mismo Evangelio, decía á sus oyentes: « Os ruego y os conjuro, hermanos carísimos, á que oigais esta verdad con la mayor atencion y á que la graveis en vuestra memoria y en vuestros corazones. El que reflexiona bien sobre esta enseñanza del Evangelio, aunque no comprenda las

1. Luc. xxiii, 39.

demás verdades de la Escritura, conoce lo que es esencial, lo que puede bastarle, porque nada hay mas eficaz, que el recuerdo del juicio final, para movernos á evitar el mal y practicar el bien<sup>1</sup>. »

En efecto, quién podrá contar las almas, que esta poderosa consideracion del juicio final ha arrancado al yugo de las pasiones y conducido al mas alto grado de perfeccion! « A vos la alabanza, á vos la gloria, ó Dios, manantial de las misericordias, exclamaba S. Agustin, despues de su conversion; cuanto más desdichado era, tanto mas misericordioso os mostrabais conmigo. Vos tendíais insensiblemente la mano, que debía sacarme del cieno y purificarme; y yo lo ignoraba. La sola cosa que me llamaba del fondo del abismo, en que las pasiones habíame precipitado, era el temor de la muerte y del juicio final<sup>2</sup>. »

Tengamos siempre ante los ojos el día del juicio, no lo olvide mos jamás, y nos será fácil practicar la virtud y huir el pecado. Por fuertes que sean las tentaciones, es fácil vencerlas, cuando reflexiona uno sobre el terrible juicio que nos aguarda. Sin duda alguna las lecciones que da la fé, las obligaciones que la religion impone son penosas para la naturaleza corrompida. Áspero y difícil es el camino, que el Salvador nos traza, camino que comienza en la pobreza del establo para terminar en las torturas del Calvario. Duro suena á nuestros oidos este lenguaje: « Renunciad á vosotros mismos, tomad vuestra cruz y seguidme »: pero, cuánto más duro aun será escuchar un día estas palabras: « Apartaos de mí, malditos, id al fuego eterno<sup>3</sup>! »

Dícese, que á través de las altas montañas de los Alpes y Pirineos están practicadas y serpentean carreteras al borde de precipicios, cuya profundidad no pueden medir los ojos. El mas pequeño accidente, el menor paso dado en falso puede ser mortal. Qué hacen los conductores y cocheros para precaver sus carruajes de toda caída funesta? Por ancho que sea el camino, procuran

1. S. Cesareo de Arles, hom. xxxv.

2. *Confessiones*, lib. VI, cap. xvi.

3. *Imitac.*, lib. II, cap. iv.

guiar cuidadosamente los animales, que forman el tiro, por el lado mas próximo al abismo, á fin de que, no apartando de él la vista los animales espantados, sean éstos por el solo instinto de su conservacion preservados de todo arrebato. Y de hecho los viajeros, que han recorrido esos caminos peligrosos, dicen que nunca han sido testigos de accidente alguno.

Pués bien, hermanos míos, ¿ es que la consideración del juicio universal no debe producir algo parecido en nuestras almas? El camino, que tenemos que recorrer sobre la tierra, está igualmente rodeado de riesgos y precipios: tengamos, pues, siempre fijos nuestros ojos sobre este abismo del infierno, que costeamos, sobre este día del juicio tan terrible y formidable, y evitáremos de este modo las caídas y tropiezos. Dirémosnos á nosotros mismos: el abismo está demasiado cerca, el peligro es demasiado grande, para exponeme á caer en él... Cuando la avaricia quiera sugerirnos algunas de estas injusticias secretas, que escapan fácilmente á las leyes humanas, usuras disimuladas, abusos de depósitos, usurpaciones del bien ajeno, fraudes en el comercio, faltas de delicadeza en nuestras relaciones, sea con nuestros principales ó criados, dirémosnos: Todo esto será conocido, descubierto y castigado en el juicio final... Si el orgullo excita en nosotros pensamientos de odio ó envidia contra el prójimo, ciertos actos que puedan dañar á sus intereses, y este disimulo tan comun, con que se finge amar á aquellos que se detesta, sabrémos que todas esas pasiones viles, que esta hipocresía solapada serán un día desmascaradas á presencia del mundo entero. Si la sensualidad viene á atacarnos, sabrémos responderla que en el día del juicio todos los actos los más secretos serán publicados, y que todos los pensamientos, hasta los más ocultos, serán revelados...

Sobresaltados quedaban los santos con el pensamiento del juicio. S. Jerónimo nos relata que todo su cuerpo temblaba, cuando se representaba este terrible día en que la trompeta del ángel clamará: « Levantaos, muertos, venid á juicio<sup>1</sup>. » --

1. *Surius, in vita ejus*, 30 de Octubre.

«Tiemblo, decía S. Bernardo, al pensar en el infierno; tiemblo al pensar en el juicio, en ese rostro del Juez, cuya terrible majestad hará temblar á los ángeles mismos. Oh! quién dará á mis ojos una fuente de lágrimas, para que con mi llanto en la tierra me libre del de este solemne día! <sup>1</sup>. Qué dignos somos de lástima, hermanos míos, si este terrible día del juicio final, cuya expectación asustaba á los santos, no produce efecto alguno en vuestras almas!... Qué! un san Jerónimo, despues de muchos años pasados en la más austera penitencia, se consumía de pavor, al pensar en este terrible día!... Qué! un san Bernardo, cuya vida entera habíase pasado en la soledad ó en empresas útiles á la gloria de Dios, prorumpía en sollozos, al recuerdo de este formidable juicio! Y nosotros; no pensamos en éllo ni temblamos! Y esta consideracion, que nos debería ser tan útil y saludable, puede apenas conmovernos!...

**PERORACION.** Pero, qué somos nosotros? qué hemos hecho? ¿Dónde están las virtudes, las buenas obras, que pueden producir en nosotros esta ilusion ó inspirarnos esta peligrosa seguridad?... Ah! pobres pecadores, ¿qué podremos responder nosotros, si los mismos justos son presa de temor? *Quid sum miser tunc dicturus, etc.* O Jesus, temblorosos en presencia de vuestra soberana majestad, reconocemos que no hemos hecho nada que pueda servirnos de mérito para nuestra salvacion; que si somos salvos, lo deberémos únicamente á vuestra misericordia: *Rex tremendæ majestatis, etc.* Pero, oh dulce Salvador, acordaos que por nosotros habéis descendido de los cielos, que por nosotros habéis nacido y habéis querido morir sobre la cruz, no nos rechazéis en este terrible día del juicio: *Recordare, Jesu pie, etc.* O Buen pastor, vos os habéis cansado buscando con incesante solicitud la oveja extraviada, por élla habéis dado vuestra vida; ¿qué tanto trabajos no sean estériles! *Tantus labor non sit cassus!* Dignaos absolvernos, ántes que llegue ese terrible día de vuestra justicia. ¡Perdon! oh Dios de clemencia; sí, somos culpables, hemos

1. *Serm. X, in cantic.*

merecido vuestros castigos. Apenas osamos levantar los ojos hácia vos, con suplicante voz y con el corazon quebrantado por el dolor imploramos vuestra misericordia; no rechazéis nuestros ruegos... O Salvador lleno de bondad, al acoger el arrepentimiento de la Magdalena, al oír favorablemente el ruego del buen ladron, nos habéis permitido tener esperanza en vuestra misericordia: *Mihi quoque spem dedisti.* Nuestros ruegos no son dignos de elevarse hácia vos; pero, por vuestros infinitos méritos, suplido lo que les falte. Jesús, ¡oh misericordioso Jesús! sednos propicio en el día del juicio; dignaos colocarnos á vuestra derecha con los elegidos, para que podamos, como éellos, alabaros, bendeciros y cantar vuestras misericordias durante la eternidad... Así sea.

### PLAN DETALLADO.

DE UNA SEGUNDA HOMILIA PARA EL PRIMER DOMINGO DE ADVIENTO.

**Diferencias entre el primero y el último advenimiento de Nuestro Salvador Jesucristo.**

**TEXTO.** *Levate capita vestra, quoniam appropinquat, etc.* (Luc XXI).

**EXORDIO.** Relato del Evangelio... En el día de hoy nos propone la Iglesia las dos cosas más propias para impresionar santamente nuestros corazones, el amor y el temor. El amor, invitándonos á prepararnos al nacimiento del Salvador, á su primer advenimiento; el temor, al mostrarnos en el Evangelio del día de hoy los rigores del juicio final. Parece decirnos: *Venite, filii, audite me; timorem Domini docebo vos* (Ps. XXXIII). Hé aquí Aquel que debéis acatar, como vuestro dueño y juez.

**PROPOSICIÓN Y DIVISIÓN.** Vamos á examinar las diferencias que distinguen esos dos advenimientos, á fin de que podamos conciliarlos como Salvador á Aquel, que un día será nuestro Juez.

Estos dos advenimientos se diferencian: *primero*, por sus señales; *segundo*, por el aparato que rodea al juez, *tercero*, por la sentencia.

*Primera parte.* Señales... Señales terribles acompañarán el último advenimiento: el sol se eclipsará, la luna se apagará. Turbación, confusión, espanto en los hombres; la trompeta del ángel llamando á los muertos á juicio: *Erunt signa magna in sole et luna, etc...* Ah! cuán diferentes son las señales del primer advenimiento! Escuchad ahora al ángel, dirigiéndose á los pastores y anunciándoles este primer advenimiento: *Ecce annuntio vobis gaudium magnum... Hodie Salvator natus est vobis...* Pero, oh espíritus celestes!, decidnos las señales que le distinguen, y cómo podremos reconocerle. *Ecce vobis signum, invenietis puerum, etc.* Encontraréis á un niño envuelto en pañales y recostado en un pesebre, etc...

*Segunda parte.* Hé aquí, hermanos míos, no solo la señal que anuncia el primer advenimiento, sino también la pompa, con que Jesús se muestra en el día de su nacimiento. Penetrad en el pobre establo de Belén, ved ese pesebre en que hay apenas unas cuantas pajas, contemplad á ese amable Niño que os mira, que os sonríe, que os tiende sus brazos...; Es Él mismo!... Transportémonos en seguida al último advenimiento. Oh! qué diferencia: *Tunc apparebit Filius Homínis, etc...* En vez de paja, una luminosa nube le rodea; no es ya un niño, es el supremo Juez de los vivos y muertos, que desciende lleno de majestad y rodeado de todas las insignias de su poder, etc...

*Tercera parte.* Pero, ¡ qué diferencia también en la sentencia, en el juicio, que va á pronunciar! Allí están ante Él todos los hombres, pálidos, temblorosos, espantados. Después de haber sonreído á los justos y pronunciado en su favor una sentencia de bendición, ¿véis cómo mira á los pecadores? Oh Dios mío! su sola mirada los aterra. Y ¿qué efecto va á producir en ellos esta sentencia: « Id, malditos, al fuego eterno, etc. ? » Y, sin embargo, oh supremo Juez, sois en verdad el mismo, que dentro de poco contemplaremos en Belén. Con cuánta más misericordia juzga-

réis ahora! No diréis á Herodes, aun cuando os persiga: « Véte, maldito, etc. » No diréis tampoco á vuestros enemigos y perseguidores: « Id, malditos... » Pero, oh Dios de clemencia, vuestro último advenimiento será tanto más terrible, cuanto en el primero habéis sido un Juez indulgente, un Dios lleno de misericordia!...

PERORACION. O hermanos míos, en estos días llenos de bondad y de amor, en estos días en que la misericordia nos invita á prosternarnos ante el Niño de Belén, *levate capita vestra*, levantemos nuestras cabezas, ó más bien, elevemos nuestros corazones al cielo; y llenémonos de una dulce confianza, « pues se aproxima el día de nuestra redención ». Hagamos todo lo que nos sea posible, para evitar que en nuestro Salvador encontremos ese Juez terrible, que nos representa el juicio final. Que sea para nosotros, por el contrario, hoy, mañana, toda nuestra vida, y sobre todo en aquel terrible día, un juez lleno de bondad; y merezcamos oír de su boca esta sentencia: « Venid, benditos de mi Padre, etc. »

## HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO

DEL SEGUNDO DOMINGO DE ADVIENTO.

(MAT., XI. 3-10.)

**Expectación del Salvador, efectos que debe producir su nacimiento en los corazones bien preparados.**

TEXTO. *Tu es qui venturus es, an alium expectamus?* Eres tú él que ha de venir; ó hemos de esperar á otro?

EXORDIO. Hermanos míos, leemos en el Evangelio del día de hoy, que san Juan, habiendo oído en la cárcel las obras de Cristo, envió dos de sus discípulos á decirle: « Eres tú él que ha de venir, ó hemos de esperar á otro?... » Y Jesús les respondió, id y decid á Juan lo que habéis oído y visto. Los ciegos ven, los cojos

Estos dos advenimientos se diferencian: *primero*, por sus señales; *segundo*, por el aparato que rodea al juez, *tercero*, por la sentencia.

*Primera parte.* Señales... Señales terribles acompañarán el último advenimiento: el sol se eclipsará, la luna se apagará. Turbación, confusión, espanto en los hombres; la trompeta del ángel llamando á los muertos á juicio: *Erunt signa magna in sole et luna, etc...* Ah! cuán diferentes son las señales del primer advenimiento! Escuchad ahora al ángel, dirigiéndose á los pastores y anunciándoles este primer advenimiento: *Ecce annuntio vobis gaudium magnum... Hodie Salvator natus est vobis...* Pero, oh espíritus celestes!, decidnos las señales que le distinguen, y cómo podremos reconocerle. *Ecce vobis signum, invenietis puerum, etc.* Encontraréis á un niño envuelto en pañales y recostado en un pesebre, etc...

*Segunda parte.* Hé aquí, hermanos míos, no solo la señal que anuncia el primer advenimiento, sino también la pompa, con que Jesús se muestra en el día de su nacimiento. Penetrad en el pobre establo de Belén, ved ese pesebre en que hay apenas unas cuantas pajas, contemplad á ese amable Niño que os mira, que os sonríe, que os tiende sus brazos...; Es Él mismo!... Transportémonos en seguida al último advenimiento. Oh! qué diferencia: *Tunc apparebit Filius Hominis, etc...* En vez de paja, una luminosa nube le rodea; no es ya un niño, es el supremo Juez de los vivos y muertos, que desciende lleno de majestad y rodeado de todas las insignias de su poder, etc...

*Tercera parte.* Pero, ¡qué diferencia también en la sentencia, en el juicio, que va á pronunciar! Allí están ante Él todos los hombres, pálidos, temblorosos, espantados. Después de haber sonreído á los justos y pronunciado en su favor una sentencia de bendición, ¿véis cómo mira á los pecadores? Oh Dios mío! su sola mirada los aterra. Y ¿qué efecto va á producir en ellos esta sentencia: « Id, malditos, al fuego eterno, etc. ? » Y, sin embargo, oh supremo Juez, sois en verdad el mismo, que dentro de poco contemplaremos en Belén. Con cuánta más misericordia juzga-

réis ahora! No diréis á Herodes, aun cuando os persiga: « Véte, maldito, etc. » No diréis tampoco á vuestros enemigos y perseguidores: « Id, malditos... » Pero, oh Dios de clemencia, vuestro último advenimiento será tanto más terrible, cuanto en el primero habéis sido un Juez indulgente, un Dios lleno de misericordia!...

PERORACION. O hermanos míos, en estos días llenos de bondad y de amor, en estos días en que la misericordia nos invita á prosternarnos ante el Niño de Belén, *levate capita vestra*, levantemos nuestras cabezas, ó más bien, elevemos nuestros corazones al cielo; y llenémonos de una dulce confianza, « pues se aproxima el día de nuestra redención ». Hagamos todo lo que nos sea posible, para evitar que en nuestro Salvador encontremos ese Juez terrible, que nos representa el juicio final. Que sea para nosotros, por el contrario, hoy, mañana, toda nuestra vida, y sobre todo en aquel terrible día, un juez lleno de bondad; y merezcamos oír de su boca esta sentencia: « Venid, benditos de mi Padre, etc. »

## HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO

DEL SEGUNDO DOMINGO DE ADVIENTO.

(MAT., XI. 3-10.)

**Expectación del Salvador, efectos que debe producir su nacimiento en los corazones bien preparados.**

TEXTO. *Tu es qui venturus es, an alium expectamus?* Eres tú él que ha de venir; ó hemos de esperar á otro?

EXORDIO. Hermanos míos, leemos en el Evangelio del día de hoy, que san Juan, habiendo oído en la cárcel las obras de Cristo, envió dos de sus discípulos á decirle: « Eres tú él que ha de venir, ó hemos de esperar á otro?... » Y Jesús les respondió, id y decid á Juan lo que habéis oído y visto. Los ciegos ven, los cojos

andan, los leprosos son curados, los sordos oyen, los muertos resucitan, y á los pobres es anunciado el Evangelio <sup>1</sup>. Y bienaventurado él que no fuere escandalizado en mí. Volviéndose pues los mensajeros, comenzó Jesus á decir á las turbas, hablando de Juan: ¿Qué habéis salido á ver en el desierto? ¿Una caña agitada por el viento? ¿Qué habéis ido, pues, á ver? ¿Algun hombre vestido con mollicie? Mirad: los que visten con delicadeza habitan en los palacios de los reyes. ¿Qué salisteis pues á ver? ¿Un profeta? Sí, y yo os digo que es aun más que un profeta; porque es aquel del cual está escrito: Hé aquí que yo envío delante de tí mi Ángel, que preparará tu camino delante de tí <sup>2</sup>.

San Juan Bautista estaba encarcelado por haber echado en cara del rey Herodes un crimen escandaloso. Sus discípulos todavía le habían permanecido fieles; pero, para instruirles é inducirles á seguir á Jesucristo, se apresura á enviarlos á Aquel, á quien poco ántes había saludado como el Cordero de Dios. Y considerad qué magnífico elogio hace el divino Salvador de su humildad. No es Juan un hombre débil y cobarde, cuando se trata del deber; no es una caña agitada por el viento. Oh! no, Herodes le ha encerrado en un calabozo, porque le afeaba su crimen; pero, ¿qué importa! Ese hombre firme y valiente morirá por la defensa de la virtud. ¿Es un hombre sensual, que busca las comodidades de la vida? De ningún modo: sus austeridades son conocidas. Es el justo predestinado, que los profetas nos muestran como el ángel precursor del Mesías.

PROPOSICIÓN. Me parece, hermanos míos, que no es sin designio el que la Iglesia nos proponga este relato evangélico en el santo tiempo del Adviento. Estas palabras: « ¿Eres tú el que ha de venir? » nos hacen ver la expectacion del Mesías; y los milagros, que sirven de respuesta á nuestro divino Salvador, son la figura de gracias más excelentes aun que han de seguir á su venida: dos pensamientos, sobre los cuales llamaré vuestra atención en este discurso.

1. Isaias, xxxv. 5, lxi. 4. — 2. Matth. xi, 3-10.

DIVISION. Así, en primer lugar: expectación del Salvador; despues, frutos que su venida produce en los corazones bien preparados; tales son los dos puntos de que me ocuparé en las reflexiones, que voy á hacerlos.

Primera parte. Expectación del Salvador. ¿No es verdad, hermanos míos, que la pregunta dirigida al Señor por los discípulos de San Juan Bautista parece á primera vista extraña y sorprendente? Necesita á mi modo de ver, para ser bien comprendida, algunas aclaraciones... En efecto, ¿qué vienen aquellos á decirle? ¿Cuáles son sus palabras? « ¿Eres tú el que ha de venir, ó hemos de esperar á otro? » Habia, pues, alguien que habia de venir, y que todo el mundo esperaba... De otro modo sería esta pregunta inexplicable é incomprendible... Si, hermanos míos, nuestro divino Salvador habia sido anunciado mucho tiempo ántes y el universo entero le esperaba; se suspiraba por un Salvador, por un Libertador, que debía segun las palabras de los profetas sacar á los hombres de las tinieblas de la idolatría y de la esclavitud de Satanás.

Un dia, mas de quinientos años ántes del nacimiento del Salvador, en aquel tiempo en que se reedificaba el templo de Jerusalem, á los que se entristecían por verle tan pequeño y tan pobre, comparado con él de Salomon, el profeta Aggeo habia dicho: « Consolaos, enjugad vuestras lágrimas; este templo será más honrado que el otro, cuya destruccion deploráis, pues en él entrará el Deseado de todas las gentes. » *Et veniet Desideratus cunctis gentibus* <sup>1</sup>. Anteriormente otro profeta le saludaba como á Padre de los siglos venideros y Principe de la paz <sup>2</sup>, y conjuraba al Altísimo á que enviara « al dulce Cordero, que debia dominar en la tierra. » *Emitte Agnum, dominatorem terræ* <sup>3</sup>. Ya desde mucho tiempo ántes Jacob, anunciando que nacería de la tribu de Judá, hablale en cierto modo saludado con una mirada profética en su lecho de muerte <sup>4</sup>.

Pero, qué digo?... Desde los primeros días del mundo, en la

1. Hagg., ii, 5-8 y 10. — 2. Isaias, ix, 5. — 3. Isaias, xvi. 4.

4. Gen., xlix, 10.

hora funesta, en que el Criador arrojaba á nuestros primeros padres del Paraiso terrenal, el Señor, misericordioso hasta en medio de su justicia, no habia querido dejarles para siempre sumidos en la desesperacion y maldicion. Habiales anunciado, que un día nacería de una mujer Él que quebrantaría la cabeza de la serpiente<sup>1</sup>. Preciosas palabras, gérmen bendito, que nuestros primeros padres habian conservado como una suprema esperanza y trasmitido como un consuelo á sus desdichados descendientes. Por eso todos los pueblos estaban en la expectacion. Los gentiles mismos suspiraban por la venida de no sé que niño, que debia traer sobre la tierra lo que llamaban el *siglo de oro*. En una palabra todas las naciones, inclinándose hácia el Oriente, escuchaban como un misterioso ruido, reproducido por sus tradiciones, el cual anunciaba al mundo algo de extraordinario<sup>2</sup>.

Pues bien, hermanos míos, dentro de poco hará mil novecientos años, que el nacimiento de Jesucristo vino á cumplir aquella promesa. Pero á los ojos de la Iglesia, y para los corazones verdaderamente cristianos, esta expectativa no ha cesado ni debe cesar, porque la union íntima, que debemos tener con este divino Salvador, no está aun realizada... En efecto, mirad como anualmente la Iglesia durante este santo tiempo nos reproduce esta misteriosa esperanza. Sus cánticos y sus súplicas, todas las palabras de sus oficios nos recuerdan los suspiros ardientes de los patriarcas y profetas. Dejad caer, o cielos, vuestro rocío, y que las nubes lluevan al justo. Ábrase la tierra y aparezca el Salvador. *Aperiatur terra et germinet Salvatorem*. O Dios, enviad al prometido. *Mitte quem missurus es...* » ¿ Porqué nos recuerda la Iglesia de un modo tan sensible y frecuente estas proféticas súplicas? Porqué?... Porque, hermanos míos, el mismo Jesucristo desea hacer su advenimiento á nuestras almas en el día de su nacimiento; pues cuanto más vivamente habrémos deseado su venida, tanto más participaremos de las gracias numerosas que

1. Génesis, III, 15.

2. Conf., Caussette, el *Buen Sentido de la fé*, 1ª parte; y Lacordaire, *Conf. De la preexistencia de Jesucristo*.

este santo aniversario lleva consigo. Los santos no lo ignoraban, y por lo mismo se preparaban para la celebracion de tan tierna festividad con largos ayunos, con limosnas abundantes y multiplicados ejercicios de piedad... ¿ Por qué motivo, o glorioso san Francisco de Asís, abandonabais á vuestros hermanos, desde los primeros dias del Adviento, para retiraros á una colina desierta, y encerraos en una celda aislada?... O ¡ amados hermanos míos! qué austeros ayunos! qué arrobamientos de amor! qué santos éxtasis! ¡ qué vida angélica pasaba el santo en esta profunda soledad!... Espera á su Jesus, llámale y se prepara á su venida!... Y tambien contempladle durate esa vigilia de Navidad, arrodillado cerca de un pesebre, en que descansa la imagen de Jesus naciente. ¡ Cómo el divino Niño le colma de sus mas exquisitos favores!... A ejemplo suyo, y como todas las almas piadosas, suspirémos tambien por la venida del divino Niño, y preparémonos cuanto podamos á su santo nacimiento.

*Segunda parte.* Examinemos ahora la respuesta, que nuestro Señor dirige á los dos discípulos de san Juan Bautista, las señales, con que anuncia su venida y encontraremos en ellas la imagen de los frutos, que su espiritual advenimiento ha de producir en las almas!... Y desde luego ¿ quién no admirará la bondad y la condescendencia de este adorable Salvador? Muchas veces los fariseos orgullosos le han pedido milagros, como un espectáculo curioso, de que deseaban ser testigos<sup>2</sup>; despues sus parientes, sus conciudadanos insisten para que venga á hacer algunos en Nazaret, y que se manifieste entre los suyos<sup>3</sup>; Él rehusa satisfacer el orgullo de los unos, como se habia negado á complacer la vana curiosidad de los otros. Pero, para instruir á estos dos discípulos é iluminar su fé, hé aquí que, sin que le expresen sus deseos, multiplica los milagros: tierno, notable ejemplo de esas luces, de esas gracias especiales que rehusa á los soberbios y sólomente concede á las almas sencillas y rectas.

1. V. S. Buenaventura, *Leyenda de S. Francisco*, cap. x, hácia el fin, y la vida de este Santo. — 2. Mat., XII, 38. — 3. Juan, VII, 4.

Pero, hermanos míos, ya no se trata aquí de los ángeles anunciando á los pastores las señales, por las que han de reconocer al Salvador, que acaba de nacer; no, es Jesucristo mismo en todo el esplendor de su pública misión, revelando con resplandecientes milagros su divino poder sobre la naturaleza, sobre las enfermedades y sobre la muerte misma... Me habeis preguntado si era el que ha de venir, ó si debeis esperar á otro; pues bien, les contestó: *Id y decid á Juan lo que habeis oído y visto*: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son curados, los muertos resucitan, y á los pobres es anunciado el Evangelio. Con tales milagros nuestro Salvador quería probar que era Dios y manifestar su divinidad, a fin de que cualquiera que quisiese abrir los ojos y servirse de su razón no pudiese negarla ni ponerla en duda.

Todavía no dejaremos pasar, sin admirarla, la última prueba que nos dá de su divinidad: vosotros sobre todo, hermanos míos, que sois pobres, que vivís penosamente con vuestro trabajo, y que sin la venida de este buen Salvador, estaríais quizás reducidos á la triste condición de esclavos paganos... ¿cuál es, pues, esta prueba que cita en último lugar, como la más fuerte y la más convincente? ¿La habeis comprendido bien?... ¿La habeis solamente notado?... ¿Es la resurrección de los muertos? No; es ésta: *y á los pobres es anunciado el Evangelio*. Hasta que Él vino se había tomado poco interés por los pobres y humildes; y hoy, á pesar de los discursos, que se pronuncian en favor del obrero, á pesar de tanto interés como hipócritamente se finge por aliviar las miserias de la clase proletaria, bien sabéis, hermanos míos, que fuera de nuestra santa religión, nadie ama á los pobres, ni procura aliviar su indigencia y su suerte, como lo hace la iglesia de Jesucristo...

En cuanto á Él, no solo há querido nacer y vivir pobre, sino que, como sabéis, ha dado á los pobres la más hermosa parte en su Evangelio, y este signo es, en verdad, el más sorprendente de su misión divina.

Hé aquí, hermanos míos, con que indicios nuestro Señor mostraba á los discípulos de san Juan, que era el verdadero Li-

bertador prometido, el Mesías esperado de las naciones. Veamos en pocas palabras, como estos milagros no son mas que el símbolo de las gracias, ó mejor dicho, de los prodigios que su espíritu alvenimiento produce en los corazones... Las enfermedades del cuerpo son la imagen de aquellas, que con demasiada frecuencia asaltan á nuestras almas. ¿No es una ceguera del espíritu esa impiedad, que, principalmente en nuestros días, tiende á dilatarse?

Qué pensáis de ese hombre que ha sacudido el yugo de la fé, que se burla de las verdades de nuestra religión, que las niega y que, no creyendo ni en el cielo, ni en el infierno, vive como una bestia?... ¿No es un ciego que nada vé, y que nada comprende de las cosas de esta vida, que cumplimos acá en la tierra. Anda, por decirlo así, á tientas, sin rumbo fijo, apoyado ya en sus riquezas terrenas, ya en el necio orgullo de su espíritu: frágiles apoyos, débiles sostenes, que se quiebran al borde de la fosa, en la cual es abandonado, para caer en las manos del Dios vivo, que ha de juzgarle.

Y aquellos, hermanos míos, que durante mucho tiempo permanecen en una funesta indiferencia, retardando su conversión; ¿no son unos sordos?... Qué! No han sacado ningun provecho de tantas instrucciones y de tantas advertencias? En estos días, quizás ayer, se hallaban presentes al duelo y acompañaban ellos mismos á la sepultura á un pariente querido, á un amigo entrañable!... Y sin embargo; ¿no han comprendido, no han oído!; sordera tanto más peligrosa, cuanto es mas voluntaria... Y no obstante, me complace en reconocerlo, muchos de vosotros no sois ni ímpios, ni indiferentes. Pero, hermanos carísimos; cuántas voluntades enfermas, que necesitan remedio!... ¡Cuántas buenas resoluciones tomamos durante nuestra vida! Hoy amamos el bien, mañana nos entregaremos al mal. Vigila uno sobre si mismo durante algunas días, hace el propósito de comulgar, pero una vez recibido el divino sacramento, abandona esta vigilancia; y sin reordimiento, recae en las mismas faltas, se entrega á las mismas pasiones!... ¡O Jesús mío, ¡cuán frecuente es esta incons-

tancia y cuántos débiles necesitan de vuestro auxilio ; ¿ Hablaré de la resurrección de los muertos ? Ah ! hermanos míos, si hay entre nosotros alguno, que se encuentre en pecado mortal, que haya tenido la desdicha de perder la vida de la gracia, hé aquí el momento favorable ; que se apresure á recurrir al médico poderoso, que sólo puede sanarnos de enfermedades mortales y restablecer en nosotros esta vida de la gracia, que hemos perdido. Lo que su poder hace con respecto á las enfermedades del cuerpo, lo realiza su gracia con respecto á las enfermedades del alma... Qué digo ? éstas las curará él de una manera mucho más infalible, pues busca principalmente nuestras almas ; éllas son las que quiere rescatar y á éllas quiere sanar...

PERORACIÓN. Así pues, hermanos míos, sea cual fuere la enfermedad, que vuestras almas padezcan, él que ya ha venido sobre la tierra y que debe venir espiritualmente á nuestros corazones en el día de su nacimiento, puede curarlas y restituirles la salud.

Ciegos, sordos, cojos, leprosos, enfermos de todas clases acudid junto á su cuna ; allí pueden los muertos mismos resucitar... Para realizar estas maravillas, únicamente exige de nosotros una cosa : nuestra buena voluntad, porque ésta es necesaria é indispensable... Leemos frecuentemente en el Evangelio, que Él, que conoce el fondo de los corazones, solía preguntar antes á los enfermos que quería sanar, dándonos con esto á entender cuán necesaria es esta voluntad. « ¿ Qué quieres de mí ? » dijo á un ciego. — Señor, haced que vea <sup>1</sup>, y al instante el ciego recibió la vista. Un enfermo le persigue con sus ruegos diciéndole : « Señor, si queréis, podéis sanarme. Apenas ese ardiente deseo se manifiesta, cuando queda cumplido : « quiérola, sé curado <sup>2</sup>, » le contesta Jesucristo. Llevemos también á su cuna esta disposición necesaria. O dulce Salvador, dignaos engendrar en nosotros esta buena voluntad, os lo suplicamos ardientemente, puesto que por nosotros mismos no podemos conseguirla. Sí, ó Jesús mío ! Vos sois Él que ha de venir, y no hemos de esperar á otro. Estamos ciegos, venid á

1. Luc, XVIII, 41. — 2. Mat., VIII, y Marc, I, 40 y 41.

iluminarnos ; nuestros pasos van inciertos y vacilantes, venid á afianzarlos ; nos cubre la lepra del pecado, dignaos librarnos de élla ; hemos sido sordos á vuestra voz, haced que nuestros oídos os escuchen ; sacadnos de la tumba en que nos han sepultado nuestras iniquidades ; en fin, somos pobres y desamparados, venid á instruirnos y consolarnos. Que estos sean, o Dios mío, los frutos de vuestro advenimiento á nuestras almas <sup>1</sup>... Así sea.

### PLAN DETALLADO

DE UNA SEGUNDA HOMILIA PARA EL SEGUNDO DOMINGO DE ADVIENTO.

#### Elogio que hace Nuestro Señor de San Juan Bautista.

TEXTO. — *Cœpit Jesus dicere ad turbas de Joanne : Quid existis in desertum videre ?* Jesús comenzó á hablar de Juan, y dijo al pueblo : Qué habéis ido á ver en el desierto ? (San Mat., cap. XI, vers. 7.)

EXORDIO. — Hermanos míos, habiendo sido San Juan Bautista el precursor de nuestro divino Salvador, muchas veces nos ocupamos de él en este santo tiempo de Adviento. Nos habla ya del mismo el Evangelio de este día (Relación del Evangelio). — Admiramos la bondad de Jesucristo con respecto á estos discípulos, que San Juan le había enviado...

PROPOSICIÓN Y DIVISIÓN. — Vamos á hablaros del elogio, que N. S. Jesucristo hace de San Juan Bautista : 1º No es el santo una caña agitada por el viento ; 2º No es un hombre, que vista trajes delicados y ande buscando las comodidades de la vida ; 3º Es el hombre fiel en el cumplimiento de su misión, de quien se ha dicho : *Ecce ego mitto angelum meum ante, etc...*

Primera parte. No es Juan una caña agitada por el viento, es

1. Confer. dom. Guéranger, *Tiempo de Adviento*.

decir, un hombre sin firmeza, sin consistencia, una alma sin vigor y sin energía, sacrificando su deber á humanas consideraciones.... Ciertamente, el Evangelio de este día nos lo demuestra de la manera más evidente... Del fondo de un calabozo envía á sus discípulos al encuentro del Salvador. Pero ¿ y porqué está encarcelado ? Qué ha hecho ? Porqué Herodes, que le ama, que le estima, le ha cargado de cadenas ? Relataré brevemente la causa de la encarcelación del santo precursor. No era un hombre débil, que en frente del tirano se acobardara, sino que decía : esto no me es permitido... ? *Non licet etc...*

*Segunda parte. Non mollibus vestitum.* No busca Juan las comodidades de la vida. En efecto, si las hubiese preferido al cumplimiento del deber, no estaría en ese calabozo... — Su retiro en el desierto, su vida austera... Su vestido reducido á una piel de camello... esta severa voz resonando en la soledad y predicando la penitencia : *Pœnitentiam agite* ; este hombre imponiéndose las más duras privaciones, todo esto justifica el elogio, que hace de él nuestro Salvador : *non mollibus vestitum.*

*Tercera parte.* Se ha dicho de él : « Hé aquí que yo envío delante de tí mi ángel, el cual te preparará el camino. » Después de repetir muchas veces : *Parate viam Domini, rectas facite semitas ejus* ; » después de anunciar que él no era Cristo, devolviendo estos homenajes á Aquel que era mayor que él, y de quien decía : no soy digno de desatar la correa de sus zapatos ; nos da hoy con eso una prueba de su humildad, al enviar á Jesús Cristo, para que los iluminase, á los discípulos, que le eran quizás los más afectados. !... Es como la aurora, que recibe su luz del sol y que desaparece cuando brilla este astro, etc...

**PERORACION.** — ¡ Cuán agradable es, hermanos míos, el merecer las alabanzas del mismo Jesús Cristo ! Y ved ahora lo que principalmente nuestro Señor alaba en la persona de san Juan : es la fidelidad en el cumplimiento de su misión y deber... Pues bien, todos tenemos aquí en la tierra una misión especial y deberes particulares, que cumplir... Parientes, teneis... Madres, debéis... Esposas... Amos... criados... etc. Cumplamos nosotros también

nuestros deberes, á fin de que merezcamos no solo el elogio, sino además la recompensa prometida...

## HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO

DEL TERCER DOMINGO DE ADVIENTO.

(JUAN I. 19-28.)

**Humildad de San Juan Bautista ; necesidad de esta virtud para conocer á Jesús Cristo y preparar bien nuestros corazones á su advenimiento.**

**TEXTO.** *Tu quis es ? Et confessus est, et non negavit... Quia non sum ego Christus.* ¿ Quién eres tú ? Y él confesó y no negó, sino que declaró : No soy yo el Cristo.

**EXORDIO.** Hermanos míos, el Evangelio del presente día nos relata, que los Judíos enviaron desde Jerusalem Sacerdotes y Levitas á Juan, para que le preguntasen : ¿ Quién eres tú ? Y él confesó, y no negó, sino que declaró : No soy yo el Cristo. Y ellos le preguntaron : ¿ Pues bien, eres tú Elías ? Y contestó : No lo soy. ¿ Eres tú Profeta ? y respondió : No. Dijéronle : ¿ Pues quién eres, para que podamos dar alguna respuesta á aquellos que nos envían ? Qué es lo que dices respecto de tí ? Yo soy, respondió, la voz del que clama en el desierto : Enderezad los caminos del Señor, como dijo el Profeta Isaías. Los enviados eran de la secta de los Fariseos. Y le preguntaron : Cómo, pues, bautizas, si tú no eres el Cristo, ni Elías, ni Profeta ? Contestóles Juan diciendo : Yo bautizo con agua ; pero entre vosotros hay uno, á quien no conocéis : ese es el que ha de venir después de mí, y existe antes que yo, y no soy digno de desatarle la correa de sus zapatos. Esto aconteció en Bethania, al otro lado del Jordan, en donde estaba Juan bautizando.

No necesito deciros que hay dos santos con el nombre de Juan,

decir, un hombre sin firmeza, sin consistencia, una alma sin vigor y sin energía, sacrificando su deber á humanas consideraciones.... Ciertamente, el Evangelio de este día nos lo demuestra de la manera más evidente... Del fondo de un calabozo envía á sus discípulos al encuentro del Salvador. Pero ¿ y porqué está encarcelado ? Qué ha hecho ? Porqué Herodes, que le ama, que le estima, le ha cargado de cadenas ? Relataré brevemente la causa de la encarcelación del santo precursor. No era un hombre débil, que en frente del tirano se acobardara, sino que decía : esto no me es permitido... ? *Non licet etc...*

*Segunda parte. Non mollibus vestitum.* No busca Juan las comodidades de la vida. En efecto, si las hubiese preferido al cumplimiento del deber, no estaría en ese calabozo... — Su retiro en el desierto, su vida austera... Su vestido reducido á una piel de camello... esta severa voz resonando en la soledad y predicando la penitencia : *Pœnitentiam agite* ; este hombre imponiéndose las más duras privaciones, todo esto justifica el elogio, que hace de él nuestro Salvador : *non mollibus vestitum.*

*Tercera parte.* Se ha dicho de él : « Hé aquí que yo envío delante de tí mi ángel, el cual te preparará el camino. » Después de repetir muchas veces : *Parate viam Domini, rectas facite semitas ejus* ; » después de anunciar que él no era Cristo, devolviendo estos homenajes á Aquel que era mayor que él, y de quien decía : no soy digno de desatar la correa de sus zapatos ; nos da hoy con eso una prueba de su humildad, al enviar á Jesús Cristo, para que los iluminase, á los discípulos, que le eran quizás los más afectados. !... Es como la aurora, que recibe su luz del sol y que desaparece cuando brilla este astro, etc...

**PERORACION.** — ¡ Cuán agradable es, hermanos míos, el merecer las alabanzas del mismo Jesús Cristo ! Y ved ahora lo que principalmente nuestro Señor alaba en la persona de san Juan : es la fidelidad en el cumplimiento de su misión y deber... Pues bien, todos tenemos aquí en la tierra una misión especial y deberes particulares, que cumplir... Parientes, teneis... Madres, debéis... Esposas... Amos... criados... etc. Cumplamos nosotros también

nuestros deberes, á fin de que merezcamos no solo el elogio, sino además la recompensa prometida...

## HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO

DEL TERCER DOMINGO DE ADVIENTO.

(JUAN I. 19-28.)

**Humildad de San Juan Bautista ; necesidad de esta virtud para conocer á Jesús Cristo y preparar bien nuestros corazones á su advenimiento.**

**TEXTO.** *Tu quis es ? Et confessus est, et non negavit... Quia non sum ego Christus.* ¿ Quién eres tú ? Y él confesó y no negó, sino que declaró : No soy yo el Cristo.

**EXORDIO.** Hermanos míos, el Evangelio del presente día nos relata, que los Judíos enviaron desde Jerusalem Sacerdotes y Levitas á Juan, para que le preguntasen : ¿ Quién eres tú ? Y él confesó, y no negó, sino que declaró : No soy yo el Cristo. Y ellos le preguntaron : ¿ Pues bien, eres tú Elías ? Y contestó : No lo soy. ¿ Eres tú Profeta ? y respondió : No. Dijéronle : ¿ Pues quién eres, para que podamos dar alguna respuesta á aquellos que nos envían ? Qué es lo que dices respecto de tí ? Yo soy, respondió, la voz del que clama en el desierto : Enderezad los caminos del Señor, como dijo el Profeta Isaías. Los enviados eran de la secta de los Fariseos. Y le preguntaron : Cómo, pues, bautizas, si tú no eres el Cristo, ni Elías, ni Profeta ? Contestóles Juan diciendo : Yo bautizo con agua ; pero entre vosotros hay uno, á quien no conocéis : ese es el que ha de venir después de mí, y existe antes que yo, y no soy digno de desatarle la correa de sus zapatos. Esto aconteció en Bethania, al otro lado del Jordan, en donde estaba Juan bautizando.

No necesito deciros que hay dos santos con el nombre de Juan,

y de los cuales nos habla el Evangelio; el uno, llamado el Discípulo amado, que estuvo presente á la muerte del Salvador, y al cuidado del cual fué confiada la Virgen santísima: el otro, hijo de Zacarías y de santa Isabel, el cual fué el precursor de nuestro Salvador. Este último, de quien nos ocupamos aquí, es el llamado san Juan Bautista, al que fueron enviados los Sacerdotes y Levitas, como acabo de deciros.

**PROPOSICION.** Consideremos hoy las respuestas que da el santo precursor á los enviados de los judíos; en ellas veremos cuán humilde, modesto y alejado de toda vana pretensión aparece, mereciendo por lo mismo conocer á Aquel, que, hallándose en medio de los demás, no fué sin embargo apreciado dignamente por éstos, cegados por su propio orgullo.

**DIVISION.** En dos palabras: humildad de san Juan Bautista; necesidad de esta virtud para conocer bien á Jesucristo, y disponer nuestras almas á recibirle en su venida; hé aquí las dos cosas, sobre las cuales llamaré vuestra atención.

**Primera parte.** Veamos desde luego lo que era san Juan Bautista, la alta opinion que podia tener de sí mismo, y de este manera comprenderemos mejor la grandeza de su humildad. Anunciado de mucho tiempo ántes como un ángel, que debia marchar delante del Mesías, su nacimiento fué milagroso; habia sido santificado dentro del seno de su madre, y su padre Zacarías tenia una de las primeras dignidades sacerdotales entre los Judíos. Hijo único, y teniendo segun el mundo una posición envidiable, la sacrificó generosamente á la vocación, para que habia sido predestinado. Retirado al desierto y llevando una vida de mortificación y ayuno aun en medio de su juventud, su santidad le habia hecho digno de admiración ante todos los habitantes de Jerusalem y de los de Judéa. Allí su alimento se componía de langostas ó de miel silvestre, cogida en las cavidades de las rocas. Su vestido se reducía á una simple piel de camello; en una palabra, la austeridad de su vida asombraba á todos los que le conocían. Bautizaba en las aguas del Jordan; multitud de gente iba á buscarle al desierto. Á todos les predicaba vigorosamente

la penitencia y los deberes del propio estado, sin acepcion de personas <sup>1</sup>. Su voz, anunciando á Cristo, resonaba en medio del desierto, como eco fiel, reproduciendo los vaticinios de los profetas: « Haced penitencia, les decia, aparejad el camino del Señor. *Parate viam Domini.* »

El pueblo en masa acudia á oír sus predicaciones. Asombrados de este movimiento extraordinario los principales de los judios, doctores, escribas y fariseos, enviaronle mensajeros para informarse de quien era. « ¿ Quién eres tú ? » le preguntaron. « ¿ Eres tú el Cristo ? »

Como queriendo decirle: « Venimos aquí en nombre de los pontífices y de toda la nación para decirte que las profecias se han cumplido, y que el tiempo, señalado para la venida del Salvador prometido, ha llegado ya. Así pues son tan grandes tus obras y tan digna de admiración tu vida, que estamos dispuestos á reconocerte como el Mesías y á tributarte los honores debidos. ¿ Eres tú el Cristo?... ¡ Ah, qué tentación! Hé aquí una ocasion, que no hubiera desperdiciado un hombre orgulloso... Ciertamente ménos seductora fué la tentación, á la cual sucumbió el príncipe de los demonios, Lucifer, que, enorgullecido de los dones que habia recibido, quiso hacerse igual á Dios. Ménos fuerte fué quizá también la tentación de orgullo, á la que sucumbieron nuestros primeros padres, cuando la serpiente les dijo: « Comed de este fruto prohibido y seréis como dioses. » Y no obstante San Juan Bautista, que no era, ni un espíritu celestial, como Lucifer ántes de su caída, ni tenía una naturaleza tan perfecta y libre de propension al mal, como Adán y Eva en el paraíso terrestre, no vacila en rechazar la terrible tentación, que se le presenta. Una sola palabra, que hubiera pronunciado, hubiese sido suficiente para ser aclamado por la multitud y llevado en triunfo por toda la Judéa. Pero esta palabra no la dijo. « Y confesó claramente y sin rodeos que él no era el Cristo. »

« Entónces, pues, dijeronle los enviados, si tu no eres el Cristo;

1. Luc, III, 8.

¿serías tal vez Elías, es decir, ese venerado profeta, que fué arrebatado vivo al cielo en un carro de fuego <sup>1</sup>, y que debe volver al fin del mundo?

¡ Oh por lo ménos debes de ser un profeta ! pues la vida mortificada que llevas, tu nada comun santidad y la convicción, con que predicas la verdad, nos lo demuestran claramente. » Todavía se revela aquí la admirable humildad del santo precursor. Podía decir que era un profeta, sin faltar á la verdad, puesto que el día de su nacimiento, su padre, inspirado por el Espíritu divino, le había saludado con éste título, diciendo: *Et tu, puer, profeta Altissimi vocaberis*. Y tu, niño, serás llamado profeta del Altísimo <sup>2</sup>. Pero no; temiendo todo aquello que pudiera alterar su modestia, respondió humildemente: « No, yo no soy ni Elías, ni un profeta en el sentido que lo tomáis. » Por último prosiguieron los enviados; si no eres ni el Cristo, ni un profeta, ¿quién eres pues?... ¿Qué nos dices de tí mismo? Queremos saberlo, á fin de ilustrar por tu cuenta á los que nos han encargado la misión de venir á verte. » Escuchad, hermanos míos, la respuesta que les dió san Juan Bautista, y os convenceréis una vez mas de su extremada humildad y modestia: « Yo soy la voz del que clama en el desierto: *Ego vox clamantis in deserto*. » Ved, pues, de que expresión se vale: Ni siquiera dice: Yo soy el hombre ó el enviado que clama en el desierto. » No, « Yo soy la voz ». Ya sabéis, pues, lo que es la voz: Cierta cantidad de aire, que, agitado por nuestros órganos, produce un sonido, que se extingue rápidamente. Hay mas aun; este sonido, no ignoraréis, que puede ser reproducido por las rocas, las selvas ú otros objetos inanimados, que con la citada reproducción constituyen el *eco*, ó sea la repetición de la voz. Así es que San Juan en su humildad no se considera mas, que como un *eco* ó instrumento que reproduce las palabras de Isaías. « Me preguntáis quién soy, responde á los enviados; pues bien, no soy ni el Cristo, ni Elías, ni profeta alguno, ni siquiera un humilde predicador; no soy mas que una sim-

1. IV Reyes, II, 11. — 2. Luc, I, 76.

ple voz, que repite en el desierto las palabras del profeta Isaías: Preparad el camino del Señor. » ¡ Es posible, amados hermanos míos, llevar mas lejos la humildad y abnegación de sí mismo ! <sup>1</sup>.

*Segunda parte.* Prosigamos la explicación de nuestro Evangelio y veremos como la humildad de san Juan Bautista le hace merecedor de conocer á Jesucristo. Admirados y sorprendidos de tanta modestia, los enviados, que eran fariseos, es decir, hombres ambiciosos, hipócritas y llenos de orgullo, como en más de una parte nos lo hace ver el Evangelio, preguntaron nuevamente. « ¿ Porqué, pues, bautizas, si tu no eres el Cristo, ni Elías, ni profeta ? » Y Juan les contestó: yo bautizo con agua, más en medio de vosotros está Aquel, á quien no conocéis. *Medius autem vestrum stetit, quem vos nescitis*. Yo os anuncio su venida y él vendrá depues de mí, y existe y antes de mí, y no soy digno de desatar la correa de sus zapatos. » Podríamos demostrar tambien como este fiel Precursor persevera en sus mismos sentimientos y continúa siendo hasta el fin el amigo inseparable de la santa humildad. Hay además otra cosa, en la cual creo debemos fijar nuestra atención.

Jesucristo estaba ya entonces en la tierra; tenía cerca de treinta años de edad; iba á empezar su misión pública. Pero aún en medio de la vida modesta y oscura, que había llevado en Nazareth, símbolo de esta otra vida misteriosa y escondida que tiene en la santa Eucaristía, mas de una señal había debido revelar su presencia. Y sin embargo los Fariseos, los Escribas, los Doctores, los Príncipes de la ley no le conocían, y san Juan les reprendía por ello... ¿ Porqué esta diferencia, y de donde procede.

O santa humildad, tu eres la única que puedes decirlo. Dios desprecia á los orgullosos y se complace en comunicarse á los humildes. El se humilla, si es permitido decirlo así, para mirar de cerca á las almas verdaderamente humildes, para comunicarse á ellas, colmarlas de gracias y revelarles sus secretos. *Humilia respicit*. En cuánto á los soberbios y orgullosos los des-

1. Cf. San Francisco de Sales, *Sermon para el tercer domingo de Adviento*.

precia, abandonándolos á las tinieblas y á la oscuridad de sus vanos pensamientos. No los conoce mas que de léjos para dejar caer sobre ellos el rigor de su justicia. *Alta a longe cognoscit*<sup>1</sup>. Los poderosos entre los Judíos, esos Fariseos llenos de orgullo y vanidad, no merecían que Jesucristo se les diese á conocer. Pero el santo Precursor, olvidado de sí mismo por su modestia y humildad profunda, era digno de recibir luces y gracias especiales. Hé aquí porque aun cuando el Salvador no se había revelado, ó dado á conocer al mundo por los milagros palpables y asombrosos de su vida pública, habia aquel merecido conocerle, adorarle y proclamarle, como le habian conocido el día de su nacimiento los humildes pastores, llamados por un ángel al pesebre de Belen. ¡O poder de la humildad, tú eres la única que puedes dar á conocer á Jesús y recibir sus gracias y mercedes! Todos los santos lo han experimentado. Además de lo anteriormente expuesto, quiero añadir otro ejemplo al del santo Precursor.

Hace cerca de quinientos años vivía en Sena, ciudad de Italia, una piadosa familia. Entre los muchos hijos, que contaba, distinguíase por una piedad y humildad extraordinarias una tierna niña, casi la menor de todos. Jesucristo, que tenia especiales designios sobre esta alma escogida, habíala colmado de sus mas preciosos dones. Pero esta bendita criatura, lejos de enorgullecerse de éllo, hacíase cada día mas humilde y modesta, á la manera que los árboles mas cargados de fruto se bajan mas que los otros, é inclinan sus ricas ramas hacia la tierra. Los padres de la niña, queriendo privarla de entrar en religion, la destinaron al servicio doméstico, obligándola á hacer de criada á sus hermanos y hermanas... Feliz la dócil niña con esta ocupacion, que la humillaba, se representaba en su padre á Jesucristo, en su madre á la Virgen santísima, y en sus hermanos á los apóstoles; y animada por tan piadosos pensamientos servíales con tanta docilidad, complacencia y abnegacion, como podría hacerlo la mas pobre criada. ¿Quereis saber cuál fué la recompensa de su

1. Salmo CXXXVII, 6.

admirable humildad?... El divino Salvador la visitaba y conversaba familiarmente con ella; y no solo la enseñaba á leer y llevaba su condescendencia hasta á rezar, alternando con la misma, las oraciones; sino que además le descubría los mas sublimes misterios de su naturaleza divina. Pero, ¡o triunfo de la humildad! o brillante ejemplo de los favores, que Jesús prodiga á esta virtud! Un día el mismo Jesús puso al dedo de esta casta virgen el anillo de los divinos desposorios, escogiéndola por su predilecta esposa... En estas místicas bodas Jesucristo la asoció á los dolores de su Pasion, para asociarla bien pronto á los esplendores de su gloria, pues ella murió á los treinta y tres años... Este prodigio de humildad, esta santa, cuya vida fué tan maravillosa, es santa Catalina de Sena<sup>1</sup>. No hay duda, pues, que solo los humildes tienen la gracia de conocer á Jesucristo, miéntas que los soberbios y orgullosos le tendrían á su lado, estarían junto á él, y no poseerían la incomparable dicha de conocerle. Y hay que convencerse, hermanos míos, de éllo, pues la prueba salta á nuestra vista. ¿Dónde estamos en este momento? En la Iglesia, es decir, en el templo del Señor. ¿Qué es lo que hay aquí? ¿Porqué este lugar es tan sagrado? ¿Qué nos recuerda la lámpara, que arde en el templo de día y de noche? Me responderéis que Jesucristo está constantemente en el Tabernáculo, y que esta luz, que arde sin cesar, tiene por objeto atestiguar su presencia. En efecto, ya lo sabéis, pues mil veces os habrán dicho, que Jesucristo está en la sagrada Eucaristía. Y sin embargo, amados hermanos míos, ¿No podría decirse á muchos de nosotros: « *En medio de vosotros está Aquel á quien no conocéis.* » Porque, ¿qué es conocerle, sino amarle, servirle y adorarle? Entónces, pues, decidme ¿hay muchos que le amen, le adoren y le sirvan?... No háy por el contrario muchos, que por su orgullo se avergüenzan de conocerle?... Recibir la bendición del Salvador, acompañarle con respeto, cuando es llevado á los enfermos; acercarse públicamente á la santa comunión en las grandes fes-

1. *In vita ejus passim.*

tividades del año, oh! esto repugna á muchos cristianos! Se creen muy altos, poderosos, é ilustrados para rabajarse á élló; en todo caso, eso se deja para las mujeres y los niños!... O estúpidez; o ceguera del orgullo! Creen los tales, que Jesucristo está allí, y sin embargo no le conocen. Al igual que los fariseos, saben que Cristo ha venido: y como aquellos también, dominados por el indigno orgullo, rehusan reconocerle.

**PERORACION.** Ved, pues, hermanos míos, cuán verdadera es aquella palabra del Apóstol: *Dios resiste á los soberbios, pero concede su gracia á los humildes*<sup>1</sup>. Se revela á las inocentes criaturas, atrayéndolas á sí y estrechándolas sobre su corazón, mientras que, por el contrario, rechaza á los orgullosos, abandonándolos á las tinieblas. Si queremos, que en el día de su nacimiento el divino Jesús se manifieste á nosotros y que la santa Comunión nos proporcione abundantes beneficios, seamos humildes como el Santo Precursor, y lo conseguiremos. Pero si somos orgullosos, Jesucristo podrá entrar realmente en nuestras almas, pero apenas tendremos la dicha de sentir los efectos de su presencia. Quizás esta presencia sea estéril, y entonces podrá decirse en verdad: « ¡ Oh cristiano, tu posees dentro de tu corazón á Aquel que no conoces, á quien no sabes estimar. *Medius vestrum stetit, quem nescitis.* » Tal vez me diréis: ¿ qué debe hacerse para conseguir esta humildad tan necesaria? Primeramente rogar incesantemente á Dios, para que nos la conceda, suplicándole asimismo nos haga comprender bien, que no somos más que miserables pecadores, indignos de su misericordia, y que muchas veces, abusando de sus mercedes, hemos merecido el infierno. En segundo lugar, confesémonos con esos mismos sentimientos de humildad, sin pretextos, ni excusas. « *Confessus est, et non negavit.* El confesó, y no negó », dice el Evangelio. ¡ Cuántos cristianos, dice con este motivo san Francisco de Sales, confiesan sus pecados y los niegan<sup>2</sup>! Me he irritado, dirá alguno, pero no es culpa mía, porque me habían hecho tan gran injuria! He faltado á Misa el domingo,

1. Jac., iv, 6. — 2. *Ubi supra.*

pero ha sido por mis muchas y urgentes ocupaciones. Hé murmurado, he calumniado á mi prójimo, pero el mismo me había también perjudicado. He dicho mentiras, pero sin perjuicio de nadie. » De esta manera aparentan desconocer la naturaleza del pecado, lo disminuyen, lo excusan, es decir, lo confiesan, y niegan al mismo tiempo. Que no nos suceda lo mismo á nosotros, hermanos míos, que la confesión, que hagamos, sea sincera, franca y con el propósito de no pecar más. Esta humillación ó sacrificio nos costará algo, pero nos proporcionará la dicha de conocer á Dios y obtener sus bondades. Así, Jesucristo se revelará á nuestras almas, ilustrándolas y fortificándolas; derramará sobre nosotros una luz tan brillante y gracias tan divinas, que podremos conocerle mejor, para que de esta manera serviéndole con mas fidelidad, podamos conseguir las recompensas que nos tiene ofrecidas en la bienaventuranza eterna... Así sea.

## PLAN DETALLADO

DE UNA SEGUNDA HOMILIA PARA EL TERCER DOMINGO DE ADVIENTO.

Fidelidad con que San Juan Bautista lo refiere todo á Nuestro Señor Jesucristo, y de que manera debemos imitar esta fidelidad.

**TEXTO.** *Ipsa est qui post me venturus est, qui ante me factus est.* (Juan. i, 27.)

**EXORDIO.** Hermanos míos, san Juan Evangelista, después de haber referido el nacimiento eterno del Verbo, dice que el Verbo era Dios, que todo ha sido criado por él, y que sin él nada existe, etc., y continúa en estos términos: *Los judíos enviaron de Jerusalem, etc...* Relato del Evangelio...

**PROPOSICION Y DIVISION.** ¡ Qué hermoso ejemplo nos ofrecen la conducta y las respuestas del santo precursor!... Consideremos

primeramente la fidelidad con que lo refiere todo á Nuestro Señor, y veamos *en segundo lugar*; de que manera debemos imitar esta fidelidad.

*Primera parte.* Fidelidad de San Juan en referir á Nuestro Salvador toda la gloria, que se le quiere dar. Es muy comun, hermanos míos, está profundamente arraigado en la naturaleza humana el orgullo, que se atribuye á sí propio los dones que recibimos de Dios!... Ingratitud, infidelidad, males que agotan el precioso manantial de las gracias... Ved, cuán alejado está el Santo Precursor de esta vana complacencia y como este amigo fiel del Esposo sabía darle la gloria, que le correspondía... En vano se le hacen preguntas capaces de quebrantar una virtud menos sólida que la suya. El santo confiesa francamente y sin ambages que él no es ni el Cristo, ni Elías, ni tampoco un profeta... Guardad, pues, ó Judíos, vuestros honores y respetos para Aquel, que es el único, que los merece; El está entre vosotros, pero... Ah! si le conocierais, sabrías cuan grande es, y que á El solo pertenecen, etc... Lo que admiráis en mí, no me pertenece. Si predico, mi débil voz no hace más que transmitir sus inspiraciones... Olvidadme, pues, á mí. Y de esta manera despidióse de ellos, persuadiéndoles de ofrecer sus adoraciones y homenajes al Dios hecho hombre... ¡Qué admirable reconocimiento á Dios por los dones de Él recibidos, y cuánta fidelidad en atribuirle á Él solo la gloria!...

*Segunda parte.* De que modo debemos imitar esta fidelidad. Ciertamente, hermanos míos, nosotros no hemos tenido la dicha de recibir los dones, de que fué dotado el Santo Precursor, etc... ¡Cuán léjos estamos de poseer su virtud! Y sin embargo nos dejamos dominar por una ruin vanidad, atribuyéndonos á nosotros mismos el poco bien que poseemos... Ventajas espirituales... Si poseemos alguna virtud, pronto nos anteponemos á los demás... Gustosos diríamos la oración del Fariseo: *Gracias os doy, Dios mío, porque no soy como los demás hombres*, etc.<sup>1</sup>.

1. Luc XVIII, 11.

Hasta en los bienes temporales, y en los dones de la naturaleza ejercemos la vanidad, como cuando poseemos riquezas, salud, fuerzas, talentos, etc...

PERORACION. — Recordemos cristianos, que estas vanas complacencias desagradan á Dios. El mismo nos enseña que la gloria le pertenece y que no quiere compartirla con otro... Nada hay que le disguste tanto como esta injusticia, que cometemos los hombres, privándole del honor, que le corresponde. Nada como esto detiene la corriente de sus beneficios. Oración al Niño Jesus, haciendo resaltar la fidelidad, con que Él mismo ha procurado la gloria de su Padre...

## HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO

DEL CUARTO DOMINGO DE ADVIENTO.

(Luc, III, 1, 6.)

**Necesidad de la penitencia; la penitencia, que Dios reclama de nosotros, es fácil.**

TEXTO. *Et venit in omnem regionem Jordanis, prædicans baptismum penitentiae in remissionem peccatorum.* Y vino recorriendo todo el país contiguo al Jordán, predicando el bautismo de penitencia para remisión de los pecados.

EXORDIO. Leemos en el Evangelio del día de hoy que: en el año décimo quinto del imperio de Tiberio César, siendo Poncio Pilato gobernador de la Judea; Herodes tetrarca de Galilea, su hermano Filipo tetrarca de Iturea y de la provincia de Traconite, y Lisania tetrarca de Abilina; siendo príncipes de los sacerdotes Anás y Caifás, el Señor habló en el desierto á Juan hijo de Zacarías. Y éste se presentó en todo el país cercano al Jordán, predicando el bautismo de penitencia para la remisión de los pecados, como está escrito en el libro de las palabras de Isaías Profeta; Voz del

primeramente la fidelidad con que lo refiere todo á Nuestro Señor, y veamos *en segundo lugar*; de que manera debemos imitar esta fidelidad.

*Primera parte.* Fidelidad de San Juan en referir á Nuestro Salvador toda la gloria, que se le quiere dar. Es muy comun, hermanos míos, está profundamente arraigado en la naturaleza humana el orgullo, que se atribuye á sí propio los dones que recibimos de Dios!... Ingratitud, infidelidad, males que agotan el precioso manantial de las gracias... Ved, cuán alejado está el Santo Precursor de esta vana complacencia y como este amigo fiel del Esposo sabía darle la gloria, que le correspondía... En vano se le hacen preguntas capaces de quebrantar una virtud menos sólida que la suya. El santo confiesa francamente y sin ambages que él no es ni el Cristo, ni Elías, ni tampoco un profeta... Guardad, pues, ó Judíos, vuestros honores y respetos para Aquel, que es el único, que los merece; El está entre vosotros, pero... Ah! si le conocierais, sabríais cuan grande es, y que á El solo pertenecen, etc... Lo que admiráis en mí, no me pertenece. Si predico, mi debil voz no hace mas que transmitir sus inspiraciones... Olvidadme, pues, á mí. Y de esta manera despidióse de ellos, persuadiéndoles de ofrecer sus adoraciones y homenajes al Dios hecho hombre... ¡Qué admirable reconocimiento á Dios por los dones de Él recibidos, y cuánta fidelidad en atribuirle á Él solo la gloria!...

*Segunda parte.* De que modo debemos imitar esta fidelidad. Ciertamente, hermanos míos, nosotros no hemos tenido la dicha de recibir los dones, de que fué dotado el Santo Precursor, etc... ¡Cuán léjos estamos de poseer su virtud! Y sin embargo nos dejamos dominar por una ruin vanidad, atribuyéndonos á nosotros mismos el poco bien que poseemos... Ventajas espirituales... Si poseemos alguna virtud, pronto nos anteponemos á los demás... Gustosos diríamos la oración del Fariseo: *Gracias os doy, Dios mio, porque no soy como los demás hombres*, etc.<sup>1</sup>.

1. Luc XVIII, 11.

Hasta en los bienes temporales, y en los dones de la naturaleza ejercemos la vanidad, como cuando poseemos riquezas, salud, fuerzas, talentos, etc...

PERORACION. — Recordemos cristianos, que estas vanas complacencias desagradan á Dios. El mismo nos enseña que la gloria le pertenece y que no quiere compartirla con otro... Nada hay que le disguste tanto como esta injusticia, que cometemos los hombres, privándole del honor, que le corresponde. Nada como esto detiene la corriente de sus beneficios. Oración al Niño Jesus, haciendo resaltar la fidelidad, con que Él mismo ha procurado la gloria de su Padre...

## HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO

DEL CUARTO DOMINGO DE ADVIENTO.

(Luc, III, 1, 6.)

**Necesidad de la penitencia; la penitencia, que Dios reclama de nosotros, es fácil.**

TEXTO. *Et venit in omnem regionem Jordanis, prædicans baptismum penitentiae in remissionem peccatorum.* Y vino recorriendo todo el pais contiguo al Jordan, predicando el bautismo de penitencia para remision de los pecados.

EXORDIO. Leemos en el Evangelio del día de hoy que: en el año décimo quinto del imperio de Tiberio César, siendo Poncio Pilato gobernador de la Judea; Herodes tetrarca de Galilea, su hermano Filipo tetrarca de Iturea y de la provincia de Traconite, y Lisania tetrarca de Abilina; siendo príncipes de los sacerdotes Anás y Caifás, el Señor habló en el desierto á Juan hijo de Zacarías. Y éste se presentó en todo el pais cercano al Jordan, predicando el bautismo de penitencia para la remision de los pecados, como está escrito en el libro de las palabras de Isaías Profeta; Voz del

que clama en el desierto : Aparejad el camino del Señor, haced derechas sus sendas. Todo valle se henchirá y todo monte y collado será rebajado y los caminos tortuosos serán enderezados, y los fragasos allanados. Y todos los hombres verán el Salvador enviado de Dios. »

Sin duda habréis notado, hermanos míos, que en este santo tiempo de Adviento la Iglesia nos habla con frecuencia del santo Precursor. El último Domingo hablamos de su admirable humildad; hoy vamos á considerar las predicaciones, con que exhortaba á los Judíos á prepararse para la venida del Mesías. Procuraremos escucharlas con fé y devocion, á fin de disponernos tambien nosotros á recibir dignamente á Nuestro Señor Jesucristo en su venida á nuestras almas.

Proposición. Qué decía, pues, el santo Precursor en las instrucciones, que dirigía á los que iban á encontrarle? *Haced frutos dignos de penitencia*<sup>1</sup>. *Arrepentios de vuestras culpas, porque el reino de los cielos se acerca*<sup>2</sup>. En una palabra, proponía la penitencia como la mejor preparacion para la venida del Mesías. Así el Evangelio de hoy nos lo presenta, predicando la penitencia como el único medio para la remision de los pecados. Esta enseñanza, tantas veces inculcada por el Santo Precursor, formará el objeto de la presente instruccion.

Division. *Primeramente*, explicaremos la necesidad de la penitencia, y *luego*; cuán fácil es esta penitencia que Dios reclama de nosotros.

*Primera parte*. Es una verdad clarísima que estamos obligados á hacer penitencia, cuando hemos tenido la desgracia de ofender á Dios mortalmente; y esto hasta los niños lo saben. Preguntamos en efecto á uno de esos niños, que asisten al catecismo, preparándose para la primera Comunión: — ¿ Cuando se ha cometido un pecado mortal, ¿ qué debe hacerse, para que Dios nos lo perdone? — Es preciso confesarlo. — Y si no lo confesamos, ¿ á donde pararemos? — Al infierno!... ¡ Ah! hermanos míos,

1. Luc III, 8. — 2. Mat., IV, 17.

es una verdad, aunque terrible; que él que ha pecado mortalmente no tiene mas recurso que, ó la penitencia, ó el infierno eterno...

La penitencia ó una buena confesion, (porque en este caso es lo mismo,) llámase con razon la segunda tabla despues del naufragio. *Secunda post naufragium tabula*<sup>1</sup>. Un ejemplo os demostrará la exactitud de esta expresion. Imaginaos una vasta é inmensa extension de agua, con una profundidad desconocida; hé aquí el mar ó el océano. Ved la ligera nave que empujada por el viento y agitada por las olas recorre el citado océano. Una tempestad se levanta, azota la nave, el casco empieza á hacer agua y poco á poco desaparece en el fondo del mar. Pero, ¿ qué es lo que se mueve en la inmensa superficie de las aguas? ¡ Es un pobre naufrago! Levanta la cabeza y agita sus brazos fuera del agua. Por fortuna se le arroja una tabla, y gracias á élla se salva. Decidme, pues, hermanos míos, ¿ no sería una locura, si el naufrago rehusára la tabla, que se le ofrece para su salvacion? ¡ Hé aquí pues la situación de nosotros, pobres pecadores! Arrojad al mundo, como á un inmenso y tempestuoso océano, somos continuamente atacados por las pasiones, y batidos por la furia de las tentaciones.

Tenemos la desgracia de sucumbir, un abismo se abre á nuestros piés; perdida la gracia de Dios, nos sentimos faltos de apoyo; nuestra perdicion es inevitable! ¿ Nó es así? Ah! Nó. Jesús es muy misericordioso, nos ampara hasta el último momento, y nos ofrece la penitencia como tabla milagrosa que puede salvarnos del naufragio, que nos amenaza. Y sin embargo muchas veces, hermanos míos, rehusamos tan precioso socorro, — y nos desdeñamos de recurrir á la penitencia! Dios mío, parece incomprensible tanta ceguedad!...

Hay en el cielo, aun entre los santos, que veneramos, hombres, que durante su vida fueron grandes pecadores, pero todos se han salvado por la penitencia. David fué homicida y adúltero; la Mag-

1. Concilio de Trento, Session VI, *De justificatione, caput. XIV.*

dalena una pecadora pública conocida de toda la ciudad; San Pedro negó tres veces á su Maestro. San Agustín durante su juventud vivió entregado al vicio y profesaba el error ¿Cómo se han salvado éstos y otros santos?

Por medio de la penitencia, confesando sus culpas, y humillándose ante Dios. Y ahora pregunto, ¿Cain, Judas, y tantos otros malvados se han salvado? No... Porque?... Porque no hicieron penitencia... Ya véis, pues, amados hermanos míos, que para nosotros pecadores, la penitencia nos es indispensable, si queremos salvarnos. Queda pues demostrado que sin recurrir á ella, ó á la confesion, no hay medio de salvarse, cuando hemos pecado mortalmente...

Ya lo sabéis, hermanos míos, y sobre este punto estamos perfectamente de acuerdo... Pero decís: « Mas tarde, cuando estaré enfermo ó seré viejo. » ¡Dios mio, que razonamiento tan original! puesto que no habéis recurrido al sacramento de la penitencia, ó si lo habéis hecho, ha sido mal, ¿quién os asegura que caeréis enfermo ó que llegaréis á viejo?... El Evangelio nos dice que la muerte nos sorprenderá, cuando ménos pensemos en ella, de la misma manera que el ladrón penetra de noche en la casa en ausencia de su dueño y sabiendo de antemano la poca vigilancia con que es guardada<sup>1</sup>. Jesucristo nos advierte en más de una ocasión que es preciso vigilar y estar siempre preparados para cuando nos llame<sup>2</sup>; pero nunca nos ha dicho: « Yo os concederé tantos años, y os daré enfermedades para que tengáis el tiempo necesario para hacer penitencia. »

Jamás el Evangelio ha dicho cosa semejante, sino todo lo contrario...

Poned la mano sobre vuestro pecho, y contestadme, ó contestaos á vosotros mismos sinceramente. ¿Querriais morir en el estado, en que os encontráis; es decir, con culpas que agravan vuestra conciencia y quizás turban vuestro sueño? Ciertamente que no. Luego comprendéis cuan necesaria os es la penitencia, y que

1. Mat., xxiv, 43. — 2. Mat., xxiv, 43; — Marc., xiii, 35.

si en tal estado murieráis, iríais seguramente al infierno. ¿Cómo se explica vuestra indiferencia ante el terrible peligro que os amenaza. ¿Si un ángel enviado de Dios se nos apareciese de repente, anunciándonos que esta iglesia va á derrumbarse, ¡qué prisa nos daríamos para salir del templo, á fin de no perecer entre sus escombros! Dios nos lo dice y la experiencia nos lo demuestra continuamente, que nuestro cuerpo amenaza ruina, y que pronto la tumba vendrá á reclamarlo; y no obstante, nada hacemos para salvar nuestra alma, que está constantemente amenazada de ruina, apesar de conocer el medio eficaz para sacarla del peligro. No podemos excusarnos de ello, porque si estamos espiritualmente enfermos, la fé nos indica que la penitencia es un remedio tan infalible como necesario. ¡Y por una ofuscación incomprensible dejamos de recurrir á ella. !...

*Segunda parte.* Pero, ¿qué es esta penitencia, que se nos predica y tan dura nos parece? ¿Es difícil de cumplir? ¿Acaso Dios, que es tan bondadoso, exigirá de nosotros cosas imposibles? ¡Ah, hermanos míos, no hace mucho os decía que el pecado mortal nos expone á caer en el infierno, y que únicamente la misericordia de Dios, conservándonos la vida, nos ha librado de tan funesta desgracia! *Misericordia Domini, quia non sumus consumpti*<sup>1</sup>. No ignoráis que en el infierno se permanecerá por una eternidad! Pero aún en el caso de que Dios nos exigiese cosas difíciles, deberíamos sacrificarnos por cumplirlas. Pero despues de todo, ó amados hermanos míos, la penitencia tal como Dios nos la pide, no es más que un rayo brillante de su divina bondad. Porque ¿se trata acaso de despojarnos de nuestros bienes, de arrebatarlos á nuestros seres queridos, ni de desterrarnos al desierto, para alimentarnos con plantas silvestres?... ¿Se trata tampoco de alligarnos con cilicios, disciplinas, ni de practicar otras austeridades que tanto admiramos en la vida de los santos? ¿Hay necesidad de pasar por tormentos terribles, ni de derramar nuestra sangre, como lo hicieron nuestros mártires?... No. Se

1. Thren. iii, 32.

trata únicamente de hacer una buena confesion y de cumplir estrictamente los deberes de la religion. *Haced penitencia, preparad los caminos del Señor, marchad rectamente por sus sendas.*

Y observad además con que amor se os suaviza y facilita esta penitencia. Por grandes que sean vuestras culpas, si tenéis el propósito firme de no volver á cometerlas, y huir de las ocasiones peligrosas, se os permite elegir el Confesor, que queráis, entre aquellos que ejercen tan sagrado ministerio; con la seguridad de que, sea el que fuere, os recibirá con una bondad y caridad inimitables... De la misma manera que lo hacía el santo Precursor con los judíos, él os enseñará lo que debéis hacer, para agradar á Dios, preparar vuestros corazones á su venida y evitar de este modo los castigos venideros <sup>1</sup>.

En el púlpito, nos encontraréis quizás severos, y como fieles representantes de la justicia divina debemos reprobar el pecado, y hacer resonar en vuestros oídos los mas terribles verdades. Pero en el confesionario, el sacerdote es el representante de la misericordia, y debe como Jesús mostrarse amable é indulgente <sup>2</sup>. O Admirable Salvador, Niño divino, á quien vamos dentro de pocos dias á adorar en el humilde pesebre de Belen, o Dios amoroso! o verdadero Salvador de las almas! cuán bueno sois para los pobres pecadores y cuán fácil nos haceis el camino de la penitencia! Qué palabras tan dulces les dirigís: « *Venite ad me omnes et ego reficiam vos!* <sup>3</sup> » Venid todos á mí, si todos, cualesquiera que seais y por enormes, y numerosas que sean vuestras culpas y extravíos. Aun cuando hubieseis llevado, como la Samaritana, una vida de desorden; y permanecido largos años, como el paralítico, en la mas culpable indiferencia; aunque, como el buen ladrón y la mujer adúltera, hubieseis violado las mas sagradas leyes y hollado los mas santos juramentos, acercaos con confianza; y con tal que vengais con buena voluntad y sinceramente arrepentidos, os concederé el perdon y olvidaré todos vuestros peca-

1. Luc. III, 7.

2. Conf. S. Leonardo de Porto-Mauricio; *Sermones sobre las Misiones.*

3. Math. xi, 28.

dos, por enormes que sean; devolviéndoos la calma, la inocencia y la paz.

Que asi suceda; esto es que la penitencia tan fácil, que Dios nos exige, produzca en nuestras almas, no solo la tranquilidad, sino además la mas pura y dulce alegría, puede atestiguarlo la historia de todos los santos penitentes. Decidnos, o admirable S. Agustin, modelo acabado de pecadores convertidos, ¿ estais acaso pesaroso de haber roto aquellos lazos, que os parecían tan fuertes, de haber abandonado aquellos tan pegajosos placeres, para consagraros enteramente á Dios?... Estoy viendo á ese sublime ingenio, que con la mirada fija en Dios, fuente de toda perfeccion, exclama: « *Nó, nó echo de menos nada de cuanto dejé; Dios ha recompensado generosamente mis esfuerzos!*... ¡Oh hermosura siempre antigua y siempre nueva, tarde te he conocido, tarde te he amado! *Sero te amavi!* <sup>1</sup> » Y vos, ó santa Margarita de Cortona, despues de muchos años pasados en las disipaciones del lujo y en todo género de seducciones mundanales, jóven aun, abrazasteis una vida de rígida austeridad y penitencia. Ah! esa pobre celda, á donde os retirasteis, está desprovista de todo lo mas necesario; apenas se ve en élla un poco de pan y de agua para sostener vuestra vida frágil y extenuada; decidnos, pues, ¿ estais pesaroso de haber abrazado los rigores de la penitencia y de haberos entregado á Dios?... Ah! hermanos carísimos, si hubieseis podido penetrar en el corazon de esta santa, si se os hubiese permitido contemplar el contento, la dicha y los trasportes de amor, con que élla exclamaba: « *O Dios de mi corazon! O amabilísimo Señor de mi alma, qué feliz soy! Me habeis llamado ya hija vuestra!* » y abundantes lágrimas de gozo bañaban sus mejillas y multitud de gente acudía á contemplar ese entusiasmo de amor divino, diciendo todos: « *O Santa penitente, que feliz es, y cuanto la ama Jesús!* <sup>2</sup> »

PERORACION. Ved pues, hermanos míos, que si la penitencia nos asusta, es porque no conocemos bien á Jesucristo. Hé aquí un

1. Confesiones, *passim.*

2. In vita ejus.

ejemplo más. El mismo océano, de que ántes os hablaba, recibe en su seno todas las aguas, por fétidas y cenagosas que sean, que de todas partes le llevan los ríos y torrentes. Una vez en el mar, se purifican, y bajo el soplo de los vientos, levántanse en vapores ligeros, y puras y limpias, vuelven convertidas en nubes á mantener nuestras fuentes y fecundar nuestros campos. De la misma manera, pues, Jesús es un océano de misericordia; recibe á todas las almas, por culpables que sean, purificándolas y devolviéndonles la inocencia, y las vemos esparcir, como los santos, de que os hablaba, perfumes de santidad y edificacion por el mundo entero... Y nosotros, ingratos pecadores, ¿despreciaremos las gracias, con que nos brinda este amable Salvador; y resistiendo á sus instancias, rehusaremos una penitencia tan fácil y tan suave?...

¡Oh Dios que nacisteis en un pesebre, bendito y amorosísimo niño ¿sería cierto, que, cuando tenéis los brazos abiertos para perdonarnos, cuando nos ofrecéis el beso de reconciliación,uviésemos el triste valor de rechazaros, y deciros volviendo la espalda: «No, no, más tarde, cuando sea viejo ó esté enfermo? ¿Es preciso, amados hermanos míos, repetirlo tantas veces? No, nosotros no sabemos si llegaremos á viejos, ni tampoco si estaremos enfermos ántes de morir... Lo único que sabemos es que en este mismo año Jesucristo nos invita á adorarle en su humilde cuna y á disponernos, para su advenimiento espiritual en nuestros corazones... Pero ¿sucederá lo mismo en el año que viene?

Lo ignoramos... Es asimismo cierto que varios de entre nosotros no podrán gozar ya de este favor... Ah! hermanos míos, estemos alerta!... Este divino Niño que nos alienta, que nos ruega, y que, por decirlo así, se arrodilla ante nosotros para decirnos: «Venid, venid á mí y os perdonaré,» este mismo Niño, repito, se levantará un día para fulminar contra los pecadores, que no habrán querido hacer penitencia, esta aterradora sentencia: «Id, malditos, id al fuego eterno.» ¡Sentencia terrible, decreto inexorable! Hagamos, pues, hermanos carísimos, todos los esfuerzos posibles para evitarla... Así sea.

## PLAN DETALLADO DE UNA SEGUNDA HOMILIA

PARA EL CUARTO DOMINGO DE ADVIENTO.

Preparar las vías del Señor, y modo de hacerlo.

TEXTO. *Parate viam Domini, rectas facite semitas ejus.* (Luc, III, 4.)

EXORDIO. Hermanos míos, ya os he dicho que los profetas habían anunciado muy anticipadamente la venida del Salvador... Con objeto, pues, de hacernos entender bien el cumplimiento de estas profecías, el Evangelio entra en detalles tan minuciosos con respecto al nacimiento de nuestro Salvador... Por esto, pues, leemos en el Evangelio de este día... Relato del Evangelio...

PROPOSICIÓN Y DIVISIÓN. Efectivamente, era difícil precisar mejor el momento, la época, el año de la venida del Mesías; pero dentro de tres días celebraremos el aniversario, etc., por cuya razón vamos á detenernos en consideraciones más prácticas. *Primeramente*: necesidad de prepararnos á la venida de Jesucristo, y *en segundo lugar*: como debemos hacerlo.

*Primera parte.* *Parate viam Domini, rectas facite semitas ejus.* Si debiéramos recibir en nuestra casa á un elevado personaje, á un ministro, á un gobernador, etc., (pues en nuestra desquiciada sociedad no es fácil saber quienes merezcan ser calificados con el título de elevado personaje), trataríamos de adornar con la decencia posible nuestra morada, para recibir dignamente al personaje digno de nuestros respetos... Dar aquí algunos detalles... Pues bien, Jesucristo es el elevado personaje cuya visita hemos de recibir y el cual, á pesar de los trastornos y mudanzas que se suceden en el mundo, permanece siempre el mismo, esto es, el Hijo de Dios, el Rey del cielo, el Salvador de las almas, etc... ¿No debemos, pues, prepararnos á su venida? Si hubiésemos vivido en tiempo de su nacimiento, y hubiésemos tenido la fé que

vive en nuestros corazones, y hubiésemos estado cerca del pobre establo ; con cuánto amor hubiéramos corrido á preparar el lugar de su nacimiento !... ¡ Pobre establo de Belen, entónces, lo juro sobre mi corazon, no hubieras sido tan desmantelado ! Las almas piadosas os hubieran preparado seguramente, o buen Jesús, otro lecho más digno de vos, etc...

*Segunda parte.* Pues bien, hermanos míos, lo que entónces hubiéramos querido hacer, ¿ hay alguién que nos impida hacerlo hoy ? *Parate viam Domini.* ¶ En esta estacion hay tantos pobres que socorrer, hay tantas miserias que necesitan de remedio !... ¿ Quién nos impide ver en esos hermanos indigentes al Niño Jesús ? La caridad hacia el prójimo es una excelente preparación... Aliviar las miserias es precisamente llenar un valle con respecto al pobre, á quien socorremos, y llenar un vacío con respecto á nuestro corazon ; vacío, causado por el excesivo apego á los bienes de este mundo : *Omnis vallis implebitur...* Luego una confesión humilde y sincera, que abata ese orgullo que..., ó á lo menos ese amor propio, que... *Et omnis mons et collis humiliabitur...* En fin completar esta preparación con buenos y santos propósitos. Somos descuidados, negligentes ; pues hagámonos fervorosos, etc... *Et erunt prava in directa, et aspera in vias planas...*

*PERORACION.* Despues de las predicaciones, con que el santo Precursor inculcaba la penitencia como preparación para la venida del Mesías, añadía esta palabras : *Et videbit omnis caro salutare Dei.* Sí, hermanos míos, si hagamos realmente todos los esfuerzos posibles por prepararnos... aliviemos á los pobres... multipliquemos los actos de piedad, y dispongamos nuestras almas con una confesión sincera... para que sean éllas ménos frías, ménos húmedas, ménos etc... que el mísero pesebre, en que Dios ha querido nacer... ¶ Oh de esta manera también nosotros *verémos al Salvador enviado de Dios !...*

## HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO

DEL DOMINGO QUE SE HALLA ENTRE LA OCTAVA DE NATIVIDAD.

(LUC, II, 33, 40.)

**El misterio del Nacimiento del Salvador es digno de nuestra admiración : esta admiración no debe quedarse estéril.**

*TEXTO.* *Et erant pater ejus et mater mirantes super his quæ dicebantur de illo.* José y María, madre de Jesús, estaban maravillados de las cosas, que de él se decían.

*EXORDIO.* Leemos en el Evangelio de hoy que, « en aquel tiempo José y María madre de Jesús estaban maravillados de las cosas, que se decían de él. Y Simeón los bendijo y dijo á María su madre : Este niño viene para ruina y resurrección de muchos de Israel y para ser blanco de contradicción ; y una espada traspasará tu alma, para que sean descubiertos los pensamientos de muchos corazones. Estaba allí una profetisa, llamada Ana, hija de Fanuel, de la tribu de Aser ; la que había llegado á una edad avanzada, despues de haber vivido siete años con su marido, con quien se casara siendo virgen ; y ésta era viuda como de ochenta y cuatro años ; y no salía del templo, sirviendo á Dios de día y de noche, entregada á ayunos y oraciones. Y como llegase élla á la misma hora, alababa al Señor y hablaba de él á todos los que esperaban la redención de Israel... Mas despues que éllos lo hubieron cumplido todo, segun la Ley del Señor, se volvieron á Galilea á su ciudad de Nazareth. Y el Niño crecía y se fortificaba, estando lleno de sabiduría, y la gracia de Dios estaba en él. »

Parece, hermanos míos, que, en este santo tiempo se propone la Iglesia excitar nuestra atención y reconocimiento, apresurándose en detallarnos las varias circunstancias, que acompañaron el nacimiento del Salvador... En la misa de gallo nos ha recordado

vive en nuestros corazones, y hubiésemos estado cerca del pobre establo ; con cuánto amor hubiéramos corrido á preparar el lugar de su nacimiento !... ¡ Pobre establo de Belen, entónces, lo juro sobre mi corazon, no hubieras sido tan desmantelado ! Las almas piadosas os hubieran preparado seguramente, o buen Jesús, otro lecho más digno de vos, etc...

*Segunda parte.* Pues bien, hermanos míos, lo que entónces hubiéramos querido hacer, ¿ hay alguién que nos impida hacerlo hoy ? *Parate viam Domini.* ¶ En esta estacion hay tantos pobres que socorrer, hay tantas miserias que necesitan de remedio !... ¿ Quién nos impide ver en esos hermanos indigentes al Niño Jesús ? La caridad hacia el prójimo es una excelente preparación... Aliviar las miserias es precisamente llenar un valle con respecto al pobre, á quien socorremos, y llenar un vacío con respecto á nuestro corazon ; vacío, causado por el excesivo apego á los bienes de este mundo : *Omnis vallis implebitur...* Luego una confesión humilde y sincera, que abata ese orgullo que..., ó á lo menos ese amor propio, que... *Et omnis mons et collis humiliabitur...* En fin completar esta preparación con buenos y santos propósitos. Somos descuidados, negligentes ; pues hagámonos fervorosos, etc... *Et erunt prava in directa, et aspera in vias planas...*

*PERORACION.* Despues de las predicaciones, con que el santo Precursor inculcaba la penitencia como preparación para la venida del Mesías, añadía esta palabras : *Et videbit omnis caro salutare Dei.* Sí, hermanos míos, si hagamos realmente todos los esfuerzos posibles por prepararnos... aliviemos á los pobres... multipliquemos los actos de piedad, y dispongamos nuestras almas con una confesión sincera... para que sean ellas ménos frías, ménos húmedas, ménos etc... que el mísero pesebre, en que Dios ha querido nacer... ¶ Oh de esta manera también nosotros *verémos al Salvador enviado de Dios !...*

## HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO

DEL DOMINGO QUE SE HALLA ENTRE LA OCTAVA DE NATIVIDAD.

(LUC, II, 33, 40.)

**El misterio del Nacimiento del Salvador es digno de nuestra admiración : esta admiración no debe quedarse estéril.**

*TEXTO.* *Et erant pater ejus et mater mirantes super his quæ dicebantur de illo.* José y María, madre de Jesús, estaban maravillados de las cosas, que de él se decían.

*EXORDIO.* Leemos en el Evangelio de hoy que, « en aquel tiempo José y María madre de Jesús estaban maravillados de las cosas, que se decían de él. Y Simeón los bendijo y dijo á María su madre : Este niño viene para ruina y resurrección de muchos de Israel y para ser blanco de contradicción ; y una espada traspasará tu alma, para que sean descubiertos los pensamientos de muchos corazones. Estaba allí una profetisa, llamada Ana, hija de Fanuel, de la tribu de Aser ; la que había llegado á una edad avanzada, despues de haber vivido siete años con su marido, con quien se casara siendo virgen ; y ésta era viuda como de ochenta y cuatro años ; y no salía del templo, sirviendo á Dios de día y de noche, entregada á ayunos y oraciones. Y como llegase élla á la misma hora, alababa al Señor y hablaba de él á todos los que esperaban la redención de Israel... Mas despues que ellos lo hubieron cumplido todo, segun la Ley del Señor, se volvieron á Galilea á su ciudad de Nazareth. Y el Niño crecía y se fortificaba, estando lleno de sabiduría, y la gracia de Dios estaba en él. »

Parece, hermanos míos, que, en este santo tiempo se propone la Iglesia excitar nuestra atención y reconocimiento, apresurándose en detallarnos las varias circunstancias, que acompañaron el nacimiento del Salvador... En la misa de gallo nos ha recordado

la adoración de los pastores: el nacimiento eterno del Verbo, el adorable hijo de Dios está revelado en el Evangelio de Navidad: «*En el principio era el Verbo, y el Verbo era Dios.*» Dentro pocos días los Magos, guiados por una estrella, vendrán á adorarle, y desde hoy nos muestra al santo anciano Simeon, y á la profetisa Ana, recibéndole en el templo...

Proposición. Como no podemos dáros todas las explicaciones que reclamaría el relato evangélico, nos limitaremos hoy á fijar vuestra atención sobre estas primeras palabras: «*Los padres de Jesús estaban maravillados de lo que oían decir de él.*» En estas pocas palabras encontraremos una enseñanza, que quizás pueda sernos provechosa.

División. *Primero* pues: Admiración que debe causarnos el misterio del nacimiento del Salvador. *Segundo*: Efectos que debe producir en nosotros esta admiración. Hé aquí las dos reflexiones, sobre las cuales voy á ocupar brevemente vuestra atención.

*Primera parte.* Admiración que debe causarnos el nacimiento del Salvador. ¡Ah, hermanos carísimos, la costumbre de ver ciertas cosas ó de oír hablar de ellas nos impide el que podamos admirar y apreciar lo que tienen éstas de admirable y asombroso. Supongamos que este mundo no haya sido nunca alumbrado más que por las estrellas, ó hasta, si queréis, por la luz de la luna: hé aquí pues el sol, que por primera vez vá á despedir sus brillantes rayos sobre la tierra. Sale y avanza; y cual rey majestuoso oscurece todos los demás astros, que desaparecen ante él; su deslumbradora claridad baña el universo entero en un océano de luz!... ¡Qué asombro! ¡qué admiración, si este fenómeno hubiese tenido lugar por primera vez, esta mañana!... Pero como sale todos los días, estamos ya acostumbrados á verle, y no nos causa admiración. Y sin embargo, ¿qué sería este prodigio de la aparición del sol por primera vez, comparado con la maravilla del nacimiento del Salvador?... Veámoslo; reflexionemos bien... No hay duda que hemos oído hablar mucho de este prodigioso acontecimiento, el cual se nos ha referido tantas veces con sus varias circunstancias, que ya no pensamos en él; y nos parece, en cierto modo, tan sen-

cillo y natural, como la salida del sol. Por lo tanto, os ruego, hermanos míos, que fijemos un momento nuestra atención sobre este misterio!... De que se trata?... ¡Es el Hijo de Dios, la segunda persona de la Santísima Trinidad, el Verbo todopoderoso del Padre, que todo lo ha creado, quien vá á bajar sobre la tierra!... Le veis?... Pero no; no podéis ver, porque fué á media noche, y han trascurrido cerca de diez y nueve siglos desde este nacimiento!... Mirad al ménos con el espíritu y el corazón, ¡veís aquel pobre pesebre, esa cabaña abandonada á cierta distancia de Belén! Penetremos juntos en aquel estrecho retrete; ¡qué espectáculo se ofrece á nuestra vista!... Un poco de paja, un pesebre, un niño, San José, la Virgen María; porque ¡oh dulcísima madre de Jesús, no quiero olvidaros!...

¡Dios mío, qué frío, húmedo y pobre es este establo!... Estabas mejor adornado, ¡oh pobre corazón mío, cuando hace apenas algunos días vino el Señor á reposar en tí? Pero sigamos... Mirad á este pequeño Niño, acostado en tan mísero lecho, con tal desnudez, que quizás ningún otro se ha visto con tanta pobreza... ¡Es preciso cubrirle para preservarle del frío!... O María, o dulce María, calentadle con el calor de vuestro corazón, envolved con pañales al niño amoroso, que acaba de darnos el cielo... Mirad aún, hermanos míos, á ese niño que os sonríe, esa completa desnudez, con que ha querido nacer, esa paja que le sirve de lecho, ese pesebre, que es su cuna... ¿Habéis mirado bastante? ¿Qué es dice vuestro corazón? Es éste el Hijo de Dios, el Rey del Cielo, vuestro Salvador, que por vosotros se ha humillado y anonadado!... ¡Oh, no tenéis corazón si no os arrodilláis ante él, no solo para admirarle, sino para adorarle!

José y María le adoraban y admiraban. *Et mirabantur.*

En vano los impíos se burlarían de la debilidad y pobreza de este adorable Salvador; en vano nos dirían con desprecio: «*Hé ahí lo que admiráis, hé ahí lo que adoráis!*» Sí, hermanos míos, esto es lo que adoramos, lo que es digno de nuestra admiración!.. No oís sobre las montañas de Belén esos cánticos armoniosos de los ángeles: «*¡Gloria á Dios en las alturas!*» No veis, aún en

medio de la noche, acudir esos pastores? ¿Qué van á hacer, y quién les lleva allí?... Decidnos, o vigilantes pastores, ¿porqué abandonáis vuestros rebaños en medio de las tinieblas? Los lobos pueden devorarlos. — «Mientras estábamos velando en el monte ha bajado un ángel á decirnos: *Vengo aquí á anunciaros una nueva, que será motivo de gran gozo para vosotros y todo el pueblo. Hoy os ha nacido un Salvador. Y esto os servirá de señal para reconocerle; encontraréis al niño envuelto en pañales y puesto en un pesebre: es él.* Y entónces sumisos á esta voz, dejando nuestros rebaños á la guardia del Señor, hemos venido á adorar á este Mesías, que los profetas anunciaron, que nuestros padres han esperado, y por el cual estábamos tanto tiempo suspirando!...» Pero cuál es este nuevo astro que brilla con un resplandor tan inusitado?... ¿Estrella, qué vienes á anunciarnos? Ah, hermanos míos, léjos, muy léjos de Belen algunas almas buenas suspiran por la venida del Salvador; esta estrella es el mensajero encargado de anunciarles el cumplimiento de sus deseos. Comprenderán su idioma, y despues de algunos dias les veréis hacer sus honores y llevar sus regalos al niño que descansa en este pesebre... ¡Cuántos motivos de admiracion! Oh, hermanos míos, nunca podríamos admirar bastante la manera, como en este misterio aparece Jesucristo hombre y Dios á la vez. Hombre, al nacer como nace un pequeño niño, dejándose envolver en pañales y poner sobre la paja; Dios, al mandar á los ángeles que cantasen su nacimiento, y creando nuevos astros...

*Segunda parte.* No lo olvidemos empero, hermanos míos. Nuestra admiración no debe ser estéril. El Evangelio nos dice que no solamente la Santísima Virgen admiraba lo que se decia de su hijo, y las señales maravillosas que acompañaban á su nacimiento, sino que guardaba siempre el piadoso recuerdo de todas estas cosas, meditándolas en su corazón, *Maria autem conservabat omnia verba hæc, conferens in corde suo*<sup>1</sup>. O dulce María, aquí como siempre sois vos el modelo más perfecto que imitar podamos!... Y

1. Luc, II, 19.

en verdad, hermanos míos, ¿de qué nos serviría admirar la pobreza y humildad del nacimiento de nuestro divino Salvador, y los prodigios por los cuales se manifiesta su divinidad en su cuna, si no sacáramos de éllo resultados prácticos? Entónces se nos podrían aplicar aquellas palabras de san Agustín con respecto á aquellos, á quienes no convertian los milagros del Señor: «Ellos se admiraban, pero no se convertian. *Admirabantur, sed non corrigebantur.*» En efecto, nosotros hemos admirado y continuamos admirando la infinita bondad del Hijo de Dios al bajar á la tierra, y viviendo encarcelado nueve meses enteros en el seno de una Virgen castísima. Él, el Dios todopoderoso se ha dignado unirse á nuestra pobre naturaleza, y nacer en las humillantes condiciones, que ya os he referido... Le hemos adorado y hemos venido en gran número á este sagrado recinto, para solemnizar el día de su nacimiento. Varios de nosotros, en la solemne hora de las doce de noche, por medio de la santa comunión le hemos sentido nacer en nuestros corazones. ¡Ah! entónces habríase dicho, que le conocíamos, que estábamos penetrados de admiracion. *Admirabantur.*

Pero decidme, hermanos míos, si hay algunos entre nosotros, que realmente se hayan entregado á él, y se proponen ser siempre fieles á las resoluciones de este santo día, ¿no habrá algunos también, á quienes se les podría decir: «Habéis celebrado el nacimiento del Salvador, habéis admirado sus santas humillaciones, y á pesar de éllo, qué frutos habéis obtenido de las enseñanzas que os daba desde su humildé pesebre?... ¿Este amor, que os manifiesta, os ha impulsado á amarle más?... ¿Ha conmovido su pobreza vuestros corazones demasiado afectos á los bienes de este mundo?... Qué limosnas habéis hecho ú os proponéis hacer? Qué frutos han recogido los pobres de vuestra admiracion?... ¿Ha domado vuestro orgullo ese Dios todopoderoso que habéis admirado bajo la forma de un débil niño? La rigurosa estación, el frío, la desnudez, estos primeros sufrimientos, preludio de los que sufrirá un dia en el Calvario, han debido conmoveros. Si tenéis corazón, los habréis admirado... Pues bien, ¿todo esto habrá sido bastante para enseñaros á no murmurar contra la Providencia, á soportar

las penalidades, á aceptar las pruebas, los sufrimientos y las cruces de la vida, sino con alegría, al ménos con resignación? »... Ah! hermanos míos, á cuántos de nosotros podría aplicárseles aquellas palabras, que ántes citaba: « Ellos se admiraban, pero no se convertían. *Admirabantur, sed non corrigebantur.* » Moisés, despues de varios prodigios hechos en favor de los judíos, decía á este pueblo ingrato: « Habéis visto todo lo que Dios ha hecho por vosotros en la tierra de Egipto y las grandes maravillas hechas en vuestro favor en muchas ocasiones, pero carece vuestro corazón de inteligencia y vuestros ojos están ciegos<sup>1</sup>. » Así, se les podría decir á aquellos, que solo se limitan á admirar la bondad de Dios y los prodigios de su misericordia, sin ocuparse de corresponder á su bondad y de merecer esta misericordia. Seamos pues, hermanos míos, imitadores de la Santísima Virgen, si queremos ser partícipes de las gracias de este misterio. ¿Y qué hacíais vos, o divina Madre de Jesús? — ciertamente no malograsteis una sola gracia, y todas produjeron en vos fruto centuplicado. — *María guardaba todas estas cosas, confiriéndolas en su corazón.*

Así es como debemos obrar nosotros, si queremos recoger los frutos del misterio que hemos contemplado hace algunos días. Conservemos bien su memoria en nuestro corazón, y recordemos las lecciones que nos dá Jesús en su primera entrada al mundo. Codicia de las riquezas, orgullo y sensualidad, hé aquí las tres pasiones que como un triple cáncer devoran lo mejor de nuestras almas, sin saciarlas nunca, y haciendo que siempre griten: « trae, trae. *Affer, affer*<sup>2</sup>. » Jesús nos enseña á combatir las con el desapego, la humildad y la mortificación... La mortificación, la conseguiremos si sabemos imponernos algunos sacrificios, resistir á ciertas pasiones y soportar con resignación los sufrimientos. La humildad, si tenemos una baja opinión de nosotros mismos, y si sabemos perdonar á aquellos, que nos han hecho alguna injuria. En cuanto al desapego de los bienes de este mundo, lo conseguiremos también, prefiriendo á ellos la ley de Dios, los de-

1. Deut., xxix, 2. — 2. Prov., xxx, 15.

beres que nos impone, y sobre todo socorriendo á los indigentes segun nuestra posición ó las facultades de que dispongamos... Insisto muchas veces sobre la limosna... Ah, hermanos míos, la estación es rigurosa, cerca de vosotros se encuentran muchos pobres necesitados. Considerad en persona de ellos al niño de Belén, aliviadles segun vuestro poder, y entónces vuestra admiración por las humillaciones de Jesús en su pesebre no habrá sido estéril<sup>1</sup>...

PERORACION. Una palabra más, hermanos míos, y termino. Leemos en los Libros sagrados, que, cuando quiso el Señor dar á Eliséo por sucesor al profeta Elías, encargó á este último manifestase los designios, que tenía Él sobre el primero. Y partiendo Elías de allí, encontró á Eliséo, que araba en un campo en unión de otros compañeros. Arrojó sobre él su manto, para transmitirle el espíritu de profecía y le consagró profeta. — Permitidme, le respondió Eliséo, que vaya á despedirme de mis padres, y luego os seguiré. — Elías le dijo: — Id y volved; he hecho por vos todo lo que de mí dependía. *Quod meum erat, feci tibi*<sup>1</sup>. — Esta historia, amados hermanos míos, podría en alguna manera aplicarse á cada uno de nosotros... Jesucristo nos ha llamado, y ha hecho con respecto á nosotros cuanto de él dependía. Escogiéndonos entre otros, que no han tenido tanta dicha, nos ha adoptado por hermanos suyos, como hijos del Padre celestial y herederos del reino eterno; nos ha llamado por la fé, cubriéndonos con el manto de sus méritos, y vistiéndonos de la túnica de inocencia por el bautismo, inocencia que hemos podido recobrar por la penitencia, si tuvimos la desgracia de perderla. Nos ha dado sus misterios para meditarlos, su gracia para sostenernos, y su cuerpo para alimentarnos. ¿No puede, pues, como el profeta, decirnos: Cuánto de mí dependía, lo he hecho por vosotros? *Quod meum erat, feci tibi.* ¡Ah sí, o Jesús de nuestras almas, nos complacemos en reconocerlo, desde vuestra cuna; os mostráis nuestro Salvador!... Arrodillados, pues, junto á vuestro pesebre, os ofre-

1. Reg., xix, 20.

ce mos con los pastores, nuestros homenajes, adoraciones y corazones... Bendecidnos, o divino Niño; bendecid las resoluciones, que hemos tomado el día de vuestro nacimiento... ¡Gloria á vos en vuestro humilde pesebre! ¡Gloria por todas las humillaciones que os habéis dignado sufrir por nosotros! gloria á vos en las alturas! ¡gloria á vos en el tiempo presente y por los siglos de los siglos!... Así sea.

ALERE FLAMMAM  
VERITATIS

ALOCUCION

PARA EL PRIMER DÍA DEL AÑO.

Empleo del Tiempo.

TEXTO. *Homo, sicut fenum dies ejus, et tanquam flos agri, sic efflorescit.* La vida del hombre es como la yerba que se marchita, y pasa como la flor del campo (Salm., cii, 14).

EXORDIO. Hermanos míos, el santo rey David compara en sus Salmos la vida del hombre á la yerba de los campos, que crece y verdea durante algunos días, al fin de los cuales se seca y marchita... Como la flor, que aparece lozana por la mañana y se vuelve mustia por la tarde, así son todos los días del hombre sobre la tierra... El hombre durante el primer tercio de su existencia conserva toda la plenitud de sus fuerzas, y goza de perfecta salud! hé aquí la mañana de su vida; es la flor, que presenta su yema llena de sávia á los brillantes rayos del sol, cuando éste nace. Desde los veinte á los cincuenta años es la edad en que el hombre conserva su vigor; es la flor entreabierta, que con toda su hermosura brilla á la luz del medio día. Luego á medida que el sol vá ocultándose, la flor va desmereciendo, y se marchita y muere, siendo otra flor, la que mañana aparecerá en su sitio. Así sucede con el hombre. Cuando llega á cierta edad, se enflaquece, debilita, marchita y muere, y miéntras que otro ocupa su sitio en la tierra, su cuerpo, depositado en el sepulcro,

aguarda, que la trompeta del juicio final le despierte para las glorias del cielo ó los tormentos del infierno. Hé aquí la vida del hombre completamente igual á la de la flor ó yerba de los campos...

¡ Ah, el tiempo, amados hermanos míos, pasa velozmente! Es un rio inmenso que corre con rapidez, sin que haya medio de detenerle ni de aminorar su precipitada carrera; y nosotros somos como hojas arrojadas sobre la corriente, que nos arrastra á pesar nuestro; y despues de haber flotado sobre sus olas vamos á parar en sus anchurosos abismos.

PROPOSICIÓN Y DIVISIÓN. Al considerar la marcha rápida del tiempo y la fragilidad de nuestra vida; al ver que un nuevo año reemplaza al anterior, me parece útil, amados hermanos míos, fijar vuestra atención sobre el tiempo, que se nos escapa... Quiero, pues, deciros, *en primer lugar*, cual es el precio y valor del tiempo; y *en segundo lugar*; la manera de emplearlo bien, á fin de que no lo perdamos para siempre.

*Primera parte.* Y desde luego, ¿ cuál es el precio ó el valor del tiempo?... Nada más propio, hermanos míos, particularmente en este día que empieza un nuevo año, nada más propio que escuchar la siguiente reflexion: « ¡ Cuán veloz pasa el tiempo! ¡ Ya ha pasado un año! »... En efecto el tiempo corre rápidamente, parece en cierto modo que se escurre de entre nuestros manos. Una hora, un día, una semana, un mes y un año se nos escapan, sin que nos hayamos apercibido. Y, sin embargo, todas estas partes de tiempo tienen su precio y valor. Cada espacio de este tiempo es como un tesoro que Dios nos confía, y del cual tenemos que responder cuando liquide nuestras cuentas... ¡ El tiempo, hermanos míos, es la cosa más preciosa del mundo!... Quizá os sorprenda este pensamiento. Y de hecho, viendo la deplorable facilidad, con que se pierde y se gasta inútilmente, y el desden con que se emplea en las cosas más ó menos frívolas, no sabréis de pronto comprender, que el tiempo sea tan precioso... Pero, amados hermanos míos, reflexionemos un momento, un minuto. — Este al menos será bien empleado. — Veamos juntos su valor para con los hombres; y verémos despues el que tiene ante Dios.

ce mos con los pastores, nuestros homenajes, adoraciones y corazones... Bendecidnos, o divino Niño; bendecid las resoluciones, que hemos tomado el día de vuestro nacimiento... ¡Gloria á vos en vuestro humilde pesebre! ¡Gloria por todas las humillaciones que os habéis dignado sufrir por nosotros! gloria á vos en las alturas! ¡gloria á vos en el tiempo presente y por los siglos de los siglos!... Así sea.

ALERE FLAMMAM  
VERITATIS

ALOCUCION

PARA EL PRIMER DÍA DEL AÑO.

Empleo del Tiempo.

TEXTO. *Homo, sicut fenum dies ejus, et tanquam flos agri, sic efflorescit.* La vida del hombre es como la yerba que se marchita, y pasa como la flor del campo (Salm., cii, 14).

EXORDIO. Hermanos míos, el santo rey David compara en sus Salmos la vida del hombre á la yerba de los campos, que crece y verdea durante algunos días, al fin de los cuales se seca y marchita... Como la flor, que aparece lozana por la mañana y se vuelve mustia por la tarde, así son todos los días del hombre sobre la tierra... El hombre durante el primer tercio de su existencia conserva toda la plenitud de sus fuerzas, y goza de perfecta salud! hé aquí la mañana de su vida; es la flor, que presenta su yema llena de sávia á los brillantes rayos del sol, cuando éste nace. Desde los veinte á los cincuenta años es la edad en que el hombre conserva su vigor; es la flor entreabierta, que con toda su hermosura brilla á la luz del medio día. Luego á medida que el sol vá ocultándose, la flor va desmereciendo, y se marchita y muere, siendo otra flor, la que mañana aparecerá en su sitio. Así sucede con el hombre. Cuando llega á cierta edad, se enflaquece, debilita, marchita y muere, y miétras que otro ocupa su sitio en la tierra, su cuerpo, depositado en el sepulcro,

aguarda, que la trompeta del juicio final le despierte para las glorias del cielo ó los tormentos del infierno. Hé aquí la vida del hombre completamente igual á la de la flor ó yerba de los campos...

¡ Ah, el tiempo, amados hermanos míos, pasa velozmente! Es un rio inmenso que corre con rapidez, sin que haya medio de detenerle ni de aminorar su precipitada carrera; y nosotros somos como hojas arrojadas sobre la corriente, que nos arrastra á pesar nuestro; y despues de haber flotado sobre sus olas vamos á parar en sus anchurosos abismos.

PROPOSICIÓN Y DIVISIÓN. Al considerar la marcha rápida del tiempo y la fragilidad de nuestra vida; al ver que un nuevo año reemplaza al anterior, me parece útil, amados hermanos míos, fijar vuestra atención sobre el tiempo, que se nos escapa... Quiero, pues, deciros, *en primer lugar*, cual es el precio y valor del tiempo; y *en segundo lugar*; la manera de emplearlo bien, á fin de que no lo perdamos para siempre.

*Primera parte.* Y desde luego, ¿cuál es el precio ó el valor del tiempo?... Nada más propio, hermanos míos, particularmente en este día que empieza un nuevo año, nada más propio que escuchar la siguiente reflexion: « ¡ Cuán veloz pasa el tiempo! ¡ Ya ha pasado un año! »... En efecto el tiempo corre rápidamente, parece en cierto modo que se escurre de entre nuestros manos. Una hora, un día, una semana, un mes y un año se nos escapan, sin que nos hayamos apercibido. Y, sin embargo, todas estas partes de tiempo tienen su precio y valor. Cada espacio de este tiempo es como un tesoro que Dios nos confía, y del cual tenemos que responder cuando liquide nuestras cuentas... ¡ El tiempo, hermanos míos, es la cosa más preciosa del mundo!... Quizá os sorprenda este pensamiento. Y de hecho, viendo la deplorable facilidad, con que se pierde y se gasta inútilmente, y el desden con que se emplea en las cosas más ó menos frívolas, no sabréis de pronto comprender, que el tiempo sea tan precioso... Pero, amados hermanos míos, reflexionemos un momento, un minuto. — Este al menos será bien empleado. — Veamos juntos su valor para con los hombres; y verémos despues el que tiene ante Dios.

Todos los días se ven y sin duda alguna no faltan en este mismo instante, en que os hablo, ricos que nadan en oro y plata; la muerte se aproxima á ellos, ya empiezan á sentir sus ásperos apretones, contra los cuales en vano se revuelven... En vano los médicos y los más célebres doctores acuden á ofrecerles los auxilios de la ciencia! No hay ya remedio, la vida de este hombre está á las puertas del sepulcro!... Ah! gustoso daría él una buena parte de sus tesoros por poder vivir todavía el año, que empezamos nosotros!... Pero, á pesar de todas sus riquezas, no puede conseguirlo!... Podrá con todo su dinero conseguir castillos, palacios y placeres, pero no podrá conseguir una hora más de vida, aunque poseyera los mayores tesoros del mundo!... ¿No es verdad, hermanos míos, que, aun hablando solo bajo el punto de vista humano, el tiempo es una cosa muy preciosa? Cuando somos jóvenes abusamos de él, y sin embargo yo he visto viejos que lloraban, al ver que el tiempo se les escapaba. Yo he visto á uno, que tenía cien años, muy cristiano por cierto, que salía de la Iglesia de suplicar el Señor le concediese algunos años más de vida. Ya véis como se siente el precio del tiempo, sobre todo cuando se nos escapa... Pero el valor del tiempo es preciso ponderarlo, sobre todo ante Dios!... Ah! una hora; qué digo? un minuto, puede valer una eternidad dichosa... ¿Véis al ladrón crucificado á la derecha del Salvador? Si hubiera muerto un cuarto de hora antes, ¿dónde hubiera ido á parar? Al infierno. Pero este cuarto de hora se le ha concedido, él se ha vuelto hacia Jesús, y le ha dicho: «Acordaos de mí, *Memento mei*.» ¡Y ha merecido esta respuesta: «Hoy estarás conmigo.» ¡Y se ha salvado! — ¡Oh, hermanos míos, no abandonéis nunca á vuestros parientes enfermos, haceldes algunas piadosas reflexiones; el momento que precede á su agonía puede ser quizás el minuto, que Dios les deja para arrepentirse! — Pero volvamos al precio del tiempo. Preguntemos, para saberlo mejor, preguntemos á cualquiera de los condenados. Al rico avariento, si queréis, por ejemplo... «Mira, pues, tú que en la tierra depreciaste al pobre Lázaro, y llevaste una vida tan alegre y deliciosa,

tú que no pedías más que una gota de agua, para acallar tu sed devoradora y calmar el fuego que te atormenta, Dios te concede un cuarto de hora.» — «¡Un cuarto de hora! exclama, ¡ah, qué dicha? Voy á emplearlo en hacer penitencia!... ¡Bendito sea el Señor! ¡cuánta misericordia!» — Atrás desgraciado! — Solamente hemos querido interrogarte; pero ya sabes que Dios te dió tiempo cuando vivías, y como otros muchos no supiste apreciar su valor!...» Ah! ya entendeis, hermanos míos, cual es el valor del tiempo ante Dios, es el precio del cielo, el precio de una dicha eterna. Hé aquí lo que vale!

*Segunda parte.* Si los días, que Dios nos concede, tienen tanto valor, si cada cuarto de hora y cada minuto, puesto en la balanza de la fé, pesa toda una eternidad, ya comprenderéis, amados hermanos míos, las reflexiones que debemos hacer al empezar este nuevo año, y la necesidad de emplear bien el tiempo... Veamos primeramente como se le emplea mal, y despues diremos, como debemos usar de él. Desde luego se pasa sin hacer nada. Todo hombre está obligado al trabajo; es una ley de la naturaleza, ó si lo preferís un castigo, efecto del pecado del primer hombre.

Desgraciado el hombre ó la mujer que no trabajan, su vida es inútil: se parecen á aquellas plantas parásitas, que se alimentan del jugo de otros árboles. Por esto maldijo Jesucristo la higuera infructuosa. En segundo lugar se emplea el tiempo en hacer mal! Pero, ay! lo sabeis, hermanos míos, cuánto tiempo hemos pasado cada uno de nosotros ofendiendo y ultrajando al Dios, que nos hacía gracia de él!...

Sería demasiado pesado, si quisiera entrar aquí en todos los detalles... Pero, ¡cuántas horas hemos pasado sólo murmurando! ¡Cuántas noches pasadas en diversiones de dudosa moralidad! Además ¿el trabajo del domingo no es un tiempo empleado en ofender á quien nos lo dá? Advertid también que no hacer el bien como se debe es gastar el tiempo inútilmente. ¡Oh hermanos míos, ¡cuántos trabajos perdidos, sudores inútiles, marchas y fatigas estériles, por no haber sabido elevar nuestro corazón á Dios! ¿Qué es preciso hacer, pues, para emplear bien

el tiempo?... Nada mas fácil, escuchadme con docilidad. Primeramente, al rogar á Dios por la mañana, ofrecerle todas nuestras acciones. De esta manera todas nuestra ocupaciones del día tendrán su mérito. Despues cumplir fielmente con nuestros deberes de cristianos. En fin, cumplir bien á los ojos de Dios las obligaciones de nuestro propio estado. Nó, nó, amados cristianos, Dios no se muestra exigente con nosotros; no ha querido ni quiere hacernos la vida imposible!... Labradores, las horas que pasáis cultivando vuestros campos, y vosotros obreros de todas clases, las horas que empleáis en vuestras ocupaciones, eso no es tiempo perdido!... Es tiempo bien empleado, si sabéis, como he dicho, ofrecer vuestro trabajo á Dios, y sobre todo si santificáis con el descanso y oraciones el Domingo. Muchas veces lo hemos repetido y no debéis ignorarlo, una parte del tiempo, que Dios os ha dado, le pertenece; y las horas mal empleadas, que harán caer sobre vosotros la maldicion del Altísimo, son la horas del domingo, que robáis al Criador...

Pero os estoy oyendo decir: «¡Son tan urgentes los trabajos, la lluvia nos amenaza, el tiempo es tan cruel y se gana tan poco!... ¿qué sería de nosotros, si no trabajásemos el domingo?» ¿Qué sería de vosotros? Sería lo que era de vuestros antepasados, que no trabajaban el domingo y lo santificaban, para asistir á las prácticas religiosas, y si no eran tan ricos, al ménos eran más cristianos y dichosos que vosotros. Respondedme á esta pregunta. ¿Para qué os ha colocado Dios sobre la tierra? ¿Os ha colocado para gozar de los placeres y amontonar riquezas, ó para salvar vuestra alma y ganar el cielo? Pues bien, cualquiera que sea vuestra posición ó las ocupaciones, que tengáis, debéis destinar cierto tiempo para servir á Dios... Creedme y suprimid todas aquellas, que os lo impidan; pues están de más. Nuestras excusas no valdrán ante Dios. De el secretario de un rey de Francia se cuenta, que ántes de expirar, llamó á su príncipe, y le dijo: «Tengo que pedir una gracia á vuestra Majestad; los médicos han dicho que no hay remedio para mí y que dentro de breves minutos voy á morir. Dignaos concederme una hora, para prepararme. — ¡Una hora, respondió el príncipe,

cipe, una hora, amigo, no os la puedo conceder! Yo concederé una pension á vuestra esposa, haré felices vuestros hijos, y celebraré por vuestra memoria honrosos funerales; pero una hora, eso no está en mi poder. ¡Ay de mí, respondió el moribundo, he empleado tantos años en servirlos, y vos no podeis concederme un cuarto de hora!... » Pues bien, hermanos míos, nosotros tambien nos encontraremos algun día en semejante apuro; en vano apelarémos á nuestras posesiones, casas y tesoros, es decir, á todo aquello, á lo cual hayamos consagrado nuestra vida; en vano les pedirémos el cuarto de hora, que necesitemos; no, no podrán dárnoslo, y morirémos sin obtenerlo.

PERORACIÓN. Hagamos, pues, al empezar este nuevo año serias reflexiones. De todo el tiempo, que Dios nos ha concedido, se nos tomará muy estrecha cuenta. El año, que acaba de extinguirse, se levantará como un testigo el día de nuestro juicio. *Vocavit adversum me tempus!* ¡Dios quiera, que sea en nuestro favor! Al ménos, pues, que sea bien empleado el que empezamos. Si, amados hermanos míos, esta palabra, tan repetida en este día, es un deseo, que nace de lo más profundo de nuestro corazón... «¡Feliz año!» Dios en su santa misericordia sostenga invencible la Iglesia y consuele á nuestro querido y santísimo Papa Pio IX! Feliz año para él y la santa Iglesia! » Que se digne tener piedad de nuestra patria y reprimir las malas pasiones, que fraguan su ruina! que corrija á los malos, y á los buenos les dé fuerza y valor para conservar sus sentimientos, y que haga florecer entre nosotros la fé y la religion! ¡Feliz año para nuestra Francia! ¡Que nos libre de todas las calamidades, hermanos míos; que las enfermedades respeten vuestros hogares; que vuestras esperanzas no sean defraudadas, que vuestros hijos crezcan humildes y sumisos á los padres, y que, vosotros, sus padres y madres, seais colmados de toda clase de prosperidades!... Pero sobre todo que se digne su misericordia avivar la fé en vuestros corazones, sostener entre vosotros la paz, la union, la concordia y

daros la gracia de emplear el tiempo, que os dé, de tal modo, que no sólo seáis felices en la tierra, sino que también merezcáis vuestra bienaventuranza eterna!... Así sea.

### HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO DE LA VIGILIA DE LA EPIFANIA

(MAT. II, 19-23.)

**Huida á Egipto, y regreso; el cristiano no se deja abatir por las adversidades, ni tampoco se enorgullece por la prosperidad.**

**TEXTO.** *Surge, et accipe puerum et matrem ejus, et vade in terram Israel.* Levántate y toma al Niño y á su madre, y vuelve á la tierra de Israel.

**EXORDIO.** Hermanos míos, no ignoráis que pocos días despues del nacimiento del Salvador en Belen, los Magos, guiados por una estrella, vinieron á adorarle. Llegaron á Jerusalem y preguntaron á los intérpretes de la ley, donde había nacido el nuevo rey de los Judíos. En el próximo domingo os hablaremos de esta adoración de los Magos... Pero habiendo llegado esto á noticia de Herodes, éste se llenó de furor y envidia, y á fin de librarse del temor que tenía de perder su corona con el nacimiento de este nuevo rey, mandó matar á todos los niños que había en los contornos de Belen; esto se llama la degollación de los Santos Inocentes. Pero un ángel se apareció en sueños á José, y le dijo que huyese á Egipto, para que el niño Jesús no fuese degollado. ¡Oh dulce Víctima, mas tarde, cuando hubieseis dado al mundo vuestras saludables instrucciones, debíais ser inmolado sobre el altar del Calvario!... San José, pues, se retiró á Egipto, y permaneció allí varios años, despues de los cuales tuvo lugar lo que leemos en el Evangelio del presente día.

« En aquel tiempo, muerto Herodes, hé aquí que el ángel del Señor se apareció en sueños á José en Egipto, diciéndole: Levántate, toma al Niño y á su madre, y véte á tierra de Israel, porque han muerto ya los que querían quitar la vida al Niño. Entónces él se levantó, y tomó al Niño y á su madre, y se vino á tierra de Israel. Y oyendo que Arquelao reinaba en Judéa en lugar de Herodes su padre, temió ir allá, pero avisado en sueños, se fué á Galiléa. Y vino, y habitó en la ciudad que se llama Nazareth, para que se cumpliese lo que fué dicho por los profetas, « que había de ser llamado Nazareno. »

**PROPOSICIÓN.** La huida á Egipto y el regreso de la santa familia contienen varias documentos. Sería muy pesado, si tratase de explicarlos todos, por lo cual nos detendremos en el siguiente: La docilidad de la santa familia en obedecer las órdenes de Dios es el modelo de la sumision, con que nosotros mismos debemos aceptar las disposiciones de la Divina Providencia.

**DIVISION.** *Primeramente*, la huida á Egipto nos demostrará que un cristiano nunca debe dejarse abatir por las adversidades; *en segundo lugar*: el regreso nos enseñará, qué aquel nunca debe enorgullecerse por la prosperidad.

**Primera parte.** José y María se mostraron fieles observadores de la ley; porque la huida á Egipto tuvo lugar, despues de la presentación de Jesús al templo, y despues de haber cumplido la humilde María con los ritos de la purificación. Un ángel se apareció en la noche á san José y le dijo: « Levántate y toma al Niño y á su madre, y huye á Egipto, y estate allí hasta que yo te avise, porque Herodes busca al Niño, para matarle. » Luego levantándose José, tomó al Niño y á su madre y partió de noche á Egipto. ¡ Oh vosotros, que murmuráis á veces contra la Providencia, venid aquí á adorar sus incomprensibles designios! Jesús, María y José, ¿ no constituyen lo que Dios tiene de mas querido sobre la tierra? ¿ No hay otro medio mejor de conservar á su hijo?... Él tiene en sus manos el corazon de todos los reyes! que

1. Mat. II, 14.

daros la gracia de emplear el tiempo, que os dé, de tal modo, que no sólo seáis felices en la tierra, sino que también merezcáis vuestra bienaventuranza eterna!... Así sea.

### HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO DE LA VIGILIA DE LA EPIFANIA

(MAT. II, 19-23.)

**Huida á Egipto, y regreso; el cristiano no se deja abatir por las adversidades, ni tampoco se enorgullece por la prosperidad.**

**TEXTO.** *Surge, et accipe puerum et matrem ejus, et vade in terram Israel.* Levántate y toma al Niño y á su madre, y vuelve á la tierra de Israel.

**Exordio.** Hermanos míos, no ignoráis que pocos días despues del nacimiento del Salvador en Belen, los Magos, guiados por una estrella, vinieron á adorarle. Llegaron á Jerusalem y preguntaron á los intérpretes de la ley, donde había nacido el nuevo rey de los Judíos. En el próximo domingo os hablaremos de esta adoración de los Magos... Pero habiendo llegado esto á noticia de Herodes, éste se llenó de furor y envidia, y á fin de librarse del temor que tenía de perder su corona con el nacimiento de este nuevo rey, mandó matar á todos los niños que había en los contornos de Belen; esto se llama la degollación de los Santos Inocentes. Pero un ángel se apareció en sueños á José, y le dijo que huyese á Egipto, para que el niño Jesús no fuese degollado. ¡Oh dulce Víctima, mas tarde, cuando hubieseis dado al mundo vuestras saludables instrucciones, debíais ser inmolado sobre el altar del Calvario!... San José, pues, se retiró á Egipto, y permaneció allí varios años, despues de los cuales tuvo lugar lo que leemos en el Evangelio del presente día.

« En aquel tiempo, muerto Herodes, hé aquí que el ángel del Señor se apareció en sueños á José en Egipto, diciéndole: Levántate, toma al Niño y á su madre, y véte á tierra de Israel, porque han muerto ya los que querían quitar la vida al Niño. Entónces él se levantó, y tomó al Niño y á su madre, y se vino á tierra de Israel. Y oyendo que Arquelao reinaba en Judéa en lugar de Herodes su padre, temió ir allá, pero avisado en sueños, se fué á Galiléa. Y vino, y habitó en la ciudad que se llama Nazareth, para que se cumpliese lo que fué dicho por los profetas, « que había de ser llamado Nazareno. »

**PROPOSICIÓN.** La huida á Egipto y el regreso de la santa familia contienen varias documentos. Sería muy pesado, si tratase de explicarlos todos, por lo cual nos detendremos en el siguiente: La docilidad de la santa familia en obedecer las órdenes de Dios es el modelo de la sumision, con que nosotros mismos debemos aceptar las disposiciones de la Divina Providencia.

**DIVISION.** *Primeramente*, la huida á Egipto nos demostrará que un cristiano nunca debe dejarse abatir por las adversidades; *en segundo lugar*: el regreso nos enseñará, qué aquel nunca debe enorgullecerse por la prosperidad.

**Primera parte.** José y María se mostraron fieles observadores de la ley; porque la huida á Egipto tuvo lugar, despues de la presentación de Jesús al templo, y despues de haber cumplido la humilde María con los ritos de la purificación. Un ángel se apareció en la noche á san José y le dijo: « Levántate y toma al Niño y á su madre, y huye á Egipto, y estate allí hasta que yo te avise, porque Herodes busca al Niño, para matarle. » Luego levantándose José, tomó al Niño y á su madre y partió de noche á Egipto <sup>1</sup> ¡ Oh vosotros, que murmuráis á veces contra la Providencia, venid aquí á adorar sus incomprensibles designios! Jesús, María y José, ¿ no constituyen lo que Dios tiene de mas querido sobre la tierra? ¿ No hay otro medio mejor de conservar á su hijo?... Él tiene en sus manos el corazon de todos los reyes! que

1. Mat. II, 14.

cambie pues el de Herodes! ¿No puede librar á Nazareth, ó por lo ménos á la casa, en que vive José, de los furores de ese tirano impío?... Pero no; como si Dios no tuviera poder, esta amadísima familia se vé obligada á huir y partir á Egipto!... Pero ¿en donde están los vehículos y cabalgaduras? ¿Porqué no bajan los ángeles del cielo, para sostener y guiar á estos pobres desterrados?... Al ménos que esperen á que se haga de día, ó que esta noche resplandezca para alumbrarles, que se permita á estos viajeros despedirse de sus parientes, tomar víveres y proveerse de las cosas necesarias para tan largo viaje <sup>1</sup>.

¡Ah! nada de eso. Y sin embargo José al instante se levanta, toma á la Madre y al Niño, y sin quejarse ni hablar una palabra, parte en medio de la noche; deja su casa, abandona su país y marcha á Egipto!... Hélos aquí en camino, sin saber donde se detendrán, pobres y careciendo de todo, pero ricos de sumisión á la voluntad de Dios...

Dicho esto, hermanos míos, hagamos aquí reflexion sobre nosotros mismos. ¿Aceptamos con esta resignación y humildad las tribulaciones, que Dios nos envía?...

Si experimentamos pérdidas en nuestra fortuna, y disgustos en la familia, ¿no asoma la murmuracion en nuestros labios, no brota la queja en el fondo de nuestros corazones? Tenéis acaso una salud raquítica y delicada, la enfermedad penetra y hace asiento en vuestros hogares y sufrís de día y de noche... Mirais á vuestro alrededor, y véis, que entre aquellos que no tienen fé y blasfeman de Dios hay algunos, que gozan de perfecta salud; les envidiais su suerte, y habéis dicho quizás algunas veces: « Dios no es justo... » ¿No es verdad, que habréis recibido algunas veces injusticias de parte de los malos, sufrido quizás calumnias, que habrán inventado contra vosotros, y entónces habréis deseado que Dios justificara vuestra inocencia de una manera pública, hiriendo con los rayos de su ira á los impíos, que os insultan, ultrajan y persiguen?... Pero veamos de que manera debéis

1. Cf. Hayneuve, *Meditac.*, 1º tomo.

soportar todas esas penas y tribulaciones, que os acosan; ved á la santa familia errante y fugitiva durante la noche, careciendo de todo y en tierra extraña, miéntras que Herodes reposa en su rico palacio en medio de delicias!... Pues bien ni Jesús, ni María, ni José pidieron la muerte de Herodes, ni Dios mismo quiso ahorrarles esos trabajos, ni acortar los días, que tenía concedidos á ese tirano.

¿Y no tenemos hoy mismo un ilustre exemplo de penas y amarguras sufridas con resignación? ¡Oh Pio IX, venerable vicario de Jesucristo en la tierra! ¿quién podrá olvidaros al hablar de sufrimientos? ¿Qué corazón ó alma cristiana rehusaría el tomar parte en vuestros trabajos? Sí, hermanos míos, el gefe de la Iglesia, el soberano Pontífice Pio IX, la más alta majestad de la tierra, está allí, pobre anciano de ochenta años, prisionero en su palacio, y despojado de todos sus estados por hombres malvados sin principios ni fé, sufriendo cada día nuevas afrentas, y apurando hasta la última hez el cáliz de la amargura. Expuesto cada día á ser víctima de los últimos atentados, está allí en pié, resignado, y como el misericordioso Jesús, del cual es representante en la tierra, no deja de prodigar bendiciones y palabras de amor. « ¡Padre mio, decia Jesús cuando estaba en la cruz, con respecto á sus verdugos, perdonadlos, que no saben lo que se hacen! » « No pedimos, dice su vicario, con respecto á aquellos que le persiguen, no pedimos la desgracia eterna de estos hombres, sino suplicamos al Dios clemente, los ilumine, para que, haciéndoles ver el error, en que se encuentran, se conviertan <sup>1</sup>. » ¡Eso es tener un corazón de padre!... Y estos desgraciados, que le llenan de ultrages, tienen, no lo dudéis, una gran parte en las oraciones diarias del santo Padre. Hé aquí, hermanos míos, como tambien debemos nosotros soportar los sufrimientos con resignación y caridad. Y ahí teneis esos ejemplos, que nos enseñan, que todas estas penas y tormentos de la vida nunca deben desanimar, ni abatir á un alma verdaderamente cristiana.

1. Ver las alocuciones del soberano Pontífice, *passim*.

*Segunda parte.* — Pero veamos ahora el resultado de estos trabajos, con que quiso Dios probar á la santa familia... Según el relato del Evangelio de este día, se presenta nuevamente el ángel á José, para decirle, que los días de su destierro habían terminado, que el rey Herodes había muerto, y que por lo tanto podía regresar á Judéa. Del mismo modo que en la primera aparición, el santo patriarca se levanta, comunica el mensaje del ángel á la santísima Virgen y al niño Jesús, y luego se encamina hácia Nazareth... ¡Qué admirable humildad en este santo patriarca, y qué sumisión absoluta á los designios de la Providencia en toda la santa familia!... Un ángel les ha dicho de parte de Dios: « Huid, » y han huido; el mismo ángel les dijo: « Volved » y han vuelto!... El destierro no los ha abatido, ni se enorgullecen del regreso. Quietos, tranquilos y completamente abandonados á la voluntad de Dios, reciben con la misma sumisión todo lo que se les manda. ¿Dirémos, hermanos míos, que la naturaleza fué enteramente insensible en estos santos personajes? No. Sin duda que sintieron José y su santa esposa un dulce gozo, al pensar que iban á ver de nuevo sus parientes y amigos. Y sobre todo lo que les producía mayor contento en esta circunstancia era el pensar que el Niño Jesús, que amaban como su hijo y veneraban como su Dios, iba á encontrarse en medio de un pueblo, que le era consagrado, rodeado de cuidados, y sin tener que experimentar las duras privaciones del destierro... ¡Oh! Dios, que es el autor de la naturaleza, no nos prohíbe ninguna de las legítimas satisfacciones, que puede probar esta pobre naturaleza!...

Hélos ahí, pues, recorriendo nuevamente el largo trayecto que media entre Egipto y la Judéa. ¡Oh bendita familia, María y José, marchad tranquilamente, no temáis, Jesús está con vosotros!...

Qué alegría, hermanos míos, qué dicha regresar al suelo natal, al hogar de sus antepasados y visitar la tumba en donde yacen sus restos, después de largos años de ausencia! Estad seguros que esta alegría la experimentaron nuestros augustos desterrados, pero su corazón supo contenerla en ciertos límites,

y aunque su regreso hubiese sido un triunfo, y todo Nazareth saliera á recibirlos, no por esto habriase engendrado en sus corazones el más mínimo pensamiento de orgullo ó vanidad...

Cuán léjos estamos hermanos míos, de esta santa indiferencia que no es más que una completa resignación á todo lo que disponga la providencia!... Os decía ántes, que la adversidad nos abate, y ahora podría añadir, que la prosperidad nos enorgullece. Acaso hace poco que, no siendo sino simples obreros, habéis conseguido que Dios bendijese vuestros trabajos. Si de pobres habéis llegado á ser ricos, y de criados á dueños, ¿es el mismo vuestro corazón, no han variado vuestros pensamientos, ni crecido vuestro orgullo con vuestro cambio de fortuna?... Otro ejemplo: Estabais delicados, enfermos y á punto de morir; habeis deseado al sacerdote, y encorvados bajo la mano poderosa del Señor, os habeis tal vez confesado, ó al menos estabais decididos á hacerlo. Dios, que con esto sólo quería probaros, os ha devuelto la salud y ha dicho á vuestra enfermedad, que podía ser mortal, lo que á las olas del mar, cuando se enfurecen: « No pasarás adelante<sup>1</sup>. » y el mal se ha detenido y habéis recobrado la salud. ¿Dónde estáis ahora?... ¿Las fuerzas y salud que habéis recobrado no os han hecho perder el amor á Dios, el deseo de convertirlos y de servirle con más fidelidad?... ¡Ah, la desgracia os había abatido y hoy la prosperidad os enorgullece!

En medio de un inminente peligro, (y aquí no puedo entrar en todos los detalles), tratábase de un proceso peligroso, de una calumnia, de una calamidad que amenazaba vuestra familia, de un hijo querido que los azares de la guerra lo tenían separado de vosotros, ¿qué sé yo? entónces necesitabais una gracia. Asistiais á misa, haciais rogar y rogabais vosotros con el mismo fervor. Pasó ya el peligro, habéis obtenido la gracia, y ya no necesitáis de Dios, os bastáis á vosotros mismos, y nisiquiera pensais en demostrarle vuestro reconocimiento. Ved, pues, hermanos míos, como la prosperidad nos enorgullece, y cuán léjos estamos

1. Job xxxviii, 11.

de imitar el hermoso ejemplo de santa indiferencia y humilde resignación de la santa familia á la voluntad de Dios.

Pero hemos citado al Vicario de Jesucristo, al venerado Pio IX como modelo, en el cual debiéramos fijar nuestra vista, para aprender á soportar la adversidad. Él puede tambien, amados hermanos míos, enseñarnos el uso, que debemos hacer de la prosperidad, cuando Dios permite, que algunos dias de felicidad dulcifiquen nuestra vida. Hubo un tiempo, en que los hipócritas impíos, fariseos de la revolución le aclamaban á su tránsito, y hubo tambien un tiempo, en que un entusiasta gentío arrodillábase á sus piés, y no solamente arrojaba flores á su paso, sino que se ofrecía á tirar su carro, para pasearlo en triunfo por la ciudad. Sin duda entónces era dichoso, sonreía y bendecía á Dios, al cual ofrecía todos estos homenajes, que recibía como Vicario suyo en la tierra. Pero entónces léjos de enorgullecerse, decía á los que le rodeaban: « Bendito y alabado sea Dios, no nos dejemos dominar por el orgullo, porque el Calvario está cerca del Tabor y en esta tierra trás la alegría sigue el dolor. » Y en efecto, no os ha faltado, o fiel Vicario del Salvador Jesús, vuestra cruz y el Calvario. Pero Dios ha querido que nos enseñarais el modo, como hemos de recibir los honores y prosperidades de este mundo.

PERORACION. ¡ Oh cristianos, bendito sea Dios! Bendito sea cuando nos envia trabajos; bendito, cuando, calmando las tempestades de la vida, proporcione á nuestras almas la tranquilidad y alegría!

Los impíos, ó aquellos, que solo tienen una fé débil, no saben soportar las adversidades, ni tampoco recibir, como conviene, los sucesos de la vida. Si tienen enfermedades, si la peste diezma sus ovejas, el hielo mata sus cosechas, la muerte se aproxima á ellos, ó su fortuna corre peligro, á veces se desatan en murmuraciones ó blasfemias contra Dios, y si no llegan á tanto, los veréis á todas horas tristes, abatidos y desmayados... Si por el contrario les sonríe la fortuna, obtienen riquezas, honores y salud, es decir, si consiguen cuanto desean, están entónces com-

pletamente trasformados, los veréis hinchados de orgullo! « Véis, dicen ellos, él que tiene talento, maña y genio, lo consigue todo. » Su corazon no piensa ya, que Dios es el autor de los todos los bienes, y su alma, abatida ántes por la desgracia, se enorgullece hoy, al verse favorecida por la prosperidad.

Que no suceda lo propio con nosotros, hermanos míos; como san José, la santísima Vírgen, y el adorable Niño Jesús, entreguémonos en brazos de la Providencia; tengamos la seguridad de que cuanto sufrimos, lo dispone élla para nuestro bien. En esta vida de amarguras; ¿quién puede decir que no ha sufrido penalidades ó que no sufrirá ninguna durante su existencia? mantengámonos firmes cerca de Dios. En medio de la alegría y de los sucesos prósperos procuremos estar mas cerca de él, porque el peligro es mas grande, y quizás sería más fatal para nuestras almas. ¡ O Dios mío, vos que todo lo disponéis con una sabiduría admirable, ó divino Jesús, resignado en vuestro humilde pesebre, sumiso en el destierro, dócil á la voz del ángel en vuestro regreso, humilde en Nazaret, resplandeciente en el Tabor, anonadado en el Calvario y triunfante en el día de vuestra resurrección, haced que tengamos siempre los ojos fijos en los hermosos ejemplos, que nos dais, y que como vos, no veamos mas que la voluntad del Padre celestial en todos los acontecimientos dichosos ó desgraciados, que puedan sobrevenirnos, repitiendo vuestras palabras: « Acepto, ó Padre, todo lo que tenéis destinado de mi; bendigo vuestros designios, y adoro vuestra voluntad: disponed de mí ahora y siempre. » *Ita pater: quoniam sic fuit placitum ante te*<sup>1</sup>. Amen.

1. Mat. xi. 26; Luc. x, 21.

## PLAN DETALLADO

PARA UNA SEGUNDA HOMILIA DEL MISMO DOMINGO.

(MAT., II. 20.)

## Muerte de Herodes; regreso de la santa familia.

TEXTO. *Defuncti sunt enim, qui quærebant animam pueri.* (Mat., II, 20.)

EXORDIO. Relato compendiado de la huida á Egipto, para servir de introducción al Evangelio del día. En aquel tiempo, muerto Herodes, se apareció un ángel en sueños á José.

PROPOSICIÓN Y DIVISIÓN. Aprovechando la ocasión de este Evangelio, me propongo deciros, *primeramente*: algunas palabras sobre la muerte de Herodes, y *en segundo lugar*: hablaros sobre la obediencia de San José.

*Primera parte.* Muerte de Herodes. Admiramos primero las disposiciones de la Providencia: ésta no quiere llamar á la santa familia hasta después de la muerte de su perseguidor... Dios que podía acortar la vida de este príncipe cruel, no ha querido hacerlo en favor de su propio Hijo... Pero pasaron los días de la misericordia y llegó por fin el momento de la justicia para este príncipe impío. Su muerte horrorosa fué considerada por todos como un castigo de Dios... Relatar esta muerte terrible... Una fiebre lenta, etc... consumía sus huesos... ardientes úlceras minaban sus entrañas... enjambres de gusanos le roían vivo... Un hedor intolerable emanaba de su cuerpo... Los mismos médicos confesaban que la venganza caía sobre él. En vano se le bañó en una tina llena de betun y aceite tibio, etc... No pudiendo ya soportar tan agudos dolores, cogió un cuchillo para destrozarse el pecho, etc... Sus últimas crueldades... Murió llevando consigo la maldición de los judíos, y la mancha de la sangre inocente, derramada

á torrentes durante un reinado de treinta y siete años<sup>1</sup>. Varias reflexiones prácticas sobre la muerte de este tirano. Dios tiene paciencia. Le ha aguardado, y dejado en el destierro muchos años á su Hijo, para esperarle; pero en fin... Volver hácia los oyentes...

*Segunda parte.* Fijemos un poco nuestra vista sobre un espectáculo mas encantador, es decir, sobre el Niño Jesús, la Santísima Virgen y San José... Había partido en medio de la noche, que... Marchó sin hablar una palabra, y cuando regresó, hizo lo propio, sin discutir tampoco la voluntad de Dios... Y á pesar de ello, ¿qué cosas hubiera podido decir!.. ¿Volverá á encontrar su casa de Nazareth? etc... ¿No es de temer que Jesús caiga en manos de Arquelao?... Después cómo este divino Niño, tan tierno aun, podrá soportar tan largo viaje? etc.<sup>2</sup>. Ved pues su obediencia...

PERORACIÓN. De esta manera nosotros, conociendo la voluntad de Dios, debemos ejecutarla sin vacilar... Vanos pretextos que alegamos, para excusarnos de éello... ¡Oh que no sea así!... Seamos de aquellos hombres de buena voluntad, á los cuales se les ha dicho en el nacimiento del Salvador: *Pax hominibus bonæ voluntatis.*

## HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO DEL DOMINGO

QUE SE ENCUENTRA DENTRO LA OCTAVA DE LA EPIFANIA.

(LUC. II, 42-52.)

## Pérdida de Jesús; de que manera se puede encontrar de nuevo.

TEXTO. *Fili, quid fecisti nobis sic? Ecce pater tuus et ego dolentes quærebamus te.* Hijo mio, ¿porqué has obrado así con-

1. Cf. Josèpho, *Antigüedades judaicas*; y Daras, *Historia de Nuestro Señor Jesucristo*. — 2. Cf. Hayneuve, *Med. sobre la vida de Jesucristo*, 11 de Enero.

nosotros? Hé aquí que tu padre y yo te buscábamos desolados.

Exordio. Hermanos míos, la Iglesia continúa fijando nuestra atención sobre las circunstancias misteriosas, que acompañaron á la natividad, y á la infancia de nuestro Señor. Le hemos ya visto no sólo adorado por los pastores y los Magos, sino también reconocido como el Mesías por el santo anciano Simeon y por Ana, la profetisa. El último domingo os decíamos, que, para evitar el furor de Herodes, había tenido que huir á Egipto, y de que manera, después de la muerte de este tirano, se apareció un ángel á san José, dándole la señal del regreso. El relato evangélico del presente día ofrece á nuestra consideración otra circunstancia igualmente misteriosa de la vida de este Niño divino. Hé aquí lo que leemos allí:

« En aquel tiempo, siendo Jesús de edad de doce años, subieron sus padres como de costumbre á Jerusalem, para celebrar la festividad de la Pascua. Y acabados los días de la fiesta, volviendo ellos á su casa, se quedó en Jerusalem el Niño Jesús, sin advertirlo sus padres. Figurándose éstos, que estaría en compañía de alguno de sus parientes ó conocidos, caminaron todo el día, y al anochecer le buscaron entre ellos. Mas como no le hallasen, se volvieron á Jerusalem, para buscarle allí. Y aconteció, que tres días después le hallaron en el templo, sentado en medio de los doctores, oyéndoles y preguntándoles.

Y todos los que le oían, se pasmaban de su sabiduría y de sus respuestas. Al verle ellos se maravillaron, y su madre le dijo: « Hijo mío, porque has obrado así con nosotros! Hé aquí que tu padre y yo te buscábamos angustiados. » Jesús les respondió: « ¿ Porqué me buscabais? ¿ No sabíais, que es preciso ocuparme en las cosas de mi Padre? »

Mas no comprendieron lo que les decía. Y fué con ellos, y se volvió á Nazareth, donde les estaba sometido. Y su madre guardaba todas estas cosas en su corazón. Y Jesús crecía en sabiduría, en gracia y edad ante Dios y los hombres. »

Proposición. Me parece, hermanos míos, que el acontecimiento

referido en este Evangelio contiene á la vez un gran misterio y una enseñanza profunda.

¡ La santísima Virgen perder á Jesús! ¡ El mismo Jesús, el Niño más sumiso y obediente alejarse de esta manera, sin permiso de sus padres!

¡ Oh, indudablemente aquí hay algo misterioso y profundo! Según mis pocas fuerzas y con el poderoso auxilio de la gracia de Dios voy á tratar de deciros algunas palabras sobre este punto.

División. Examinarémos, pues, esta mañana, *en primer lugar*: de que manera puede perderse á Jesús; y *en segundo lugar*: qué medios hay que emplear, para encontrarle de nuevo.

*Primera parte.* Desde luego me parecen ante todo necesarias varias explicaciones, para haceros comprender el relato del Evangelio.

Era costumbre entre todos los judíos piadosos ir al templo de Jerusalem á presentar sus ofrendas, plegarias y votos en la solemnidad de la Pascua.

El Evangelista nos dice, que á pesar de la distancia, que los separaba de esta ciudad, María y José tenían la costumbre de cumplir fielmente esta deber sagrado. En esta peregrinación los hombres y mujeres formaban, con arreglo á sus sexos, grupos separados, y los niños podían volver, bien sea en compañía de su padre, ó de su madre.

Por esta razón, de la misma manera que la santísima Virgen pensaba, que el divino Niño estaba con san José; éste, por su parte, estaba creído, de que Jesús estaría con María. Esto nos explica claramente, porque ambos creyeron que, siendo el viaje tan largo, no se habría quedado Nuestro Señor en Jerusalem.

Después de esta explicación, fácil de comprender, veamos lo que significa la ausencia de Jesús y cómo se le pierde. Jesús aléjase del alma de dos maneras, una inspirada por su amor, y otra por su justicia.

¿ Es cierto, ó bondadoso Salvador de las almas! Niño obediente sobre toda ponderación, que habéis abandonado á vuestra madre amorosa, y que, sabiendo la aflicción que le causaría vues-

tra ausencia y las lágrimas que derramaría, al no veros en la noche á su lado, conociendo además su ternura y abnegacion por vos, hayáis querido empero separaros de élla y dejarla abandonada en tan amargo desconsuelo?... ; Ah, ¿quién será capaz de reconocer aquí vuestro amor y vuestro corazón tan afectuoso para con la mejor de las madres?... Y á pesar de esto, hermanos míos, por misterioso que parezca, este abandono ha tenido lugar, teniendo mucho cuidado el Evangelio, que no puede engañarnos, de referirnoslo... Aun diría yo más. Esto que, á primera vista parece un acto de frialdad por parte de Jesús, es la señal del mas tierno cariño. Una simple comparación os permitirá bien pronto comprender mi pensamiento. — O madres, nadie podría dudar, de que amáis tiernamente á vuestros hijos. Pues bien, supongamos que queréis convencerlos de que ellos os corresponden con igual cariño.

Y para esto, os escondéis, les abandonáis por breves momentos, pero á una distancia, que sus suspiros y lágrimas lleguen á vuestros oídos, y cuando los véis afligidos por vuestra ausencia, reaparecéis ante ellos, haciendo renacer la alegría en sus corazones, y ellos os abrazan aun con mayor ternura y con ojos llorosos os dicen : ¡ Buena madre, no me abandonéis más ! Entonces conocéis que vuestros hijos os tienen afición ; habéis estimulado su ternura, y los habéis provocado á daros una prueba de cariño.

Esto supuesto, amados cristianos, nuestro divino Salvador, siendo hijo de la Virgen en cuanto hombre, es al mismo tiempo su Dios y Criador. Él sabe que élla le ama ; pero, queriendo en cierto modo aerisolar y avivar mas la fuerza de su amor, se ausenta y oculta en el templo de Jerusalem ; dándola con esto ocasion de ejercitar numerosos actos de resignación, de ternura y amor. ¡ O José, o María ! dichosos esposos, que no es lícito separar ; qué mérito tan grande no tendrían ante Dios vuestros pesares y ardientes suspiros !... ¡ Las lágrimas, que en esta ocasión derramasteis, son perlas, que embellecen vuestra corona ! Ved, pues, hermanos míos, como Jesús puede, por amor, dejar sentir las penas de su ausencia á los que ama.

¡ Dichosos seríamos, hermanos míos, si sólo de esta manera se alejara Jesús de las almas !... Pero su justicia le obliga tambien muchas veces á huir de ellas, á desampararlas y abandonarlas. El pecado mortal le arroja del alma. Jesús huye de los corazones pervertidos, y no puede vivir dentro de un alma, en que se alberga el pecado... Una alma estaba perfumada con el precioso olor de Jesucristo, que había entrado en élla por la santa comunión, pero la avaricia y la sensualidad, no sé, que mas vicios, han venido, segun la expresión de un profeta, á derramar allí un hedor insoportable. ¿ Es posible, que puedan estar juntas estas dos cosas tan opuestas?... No ; el perfume desaparece, el hedor se queda... Hé aquí un alma, donde reside Jesús, el dulce cordero de Dios ; el pecado entra allí como una bestia cruel y devoradora, y el cordero desaparece. ¡ Justicia es... ! Vemos de ello un ejemplo en Judas, el traidor, de cuyo corazón, como dice el Evangelio, se apodera Satanás, en lugar de Jesús, que debía estar en él... Sí, hermanos, ya lo hemos dicho, no puede haber alianza alguna entre el bien y el mal, entre Dios y Belial, y entre Jesús y el pecado. Entonces si Jesús abandona á un alma, no lo hace en fuerza de su amor y para hacerla mas perfecta, sino obligado por su justicia y santidad infinita, á la manera que vosotros, teniendo el olfato delicado, huiríais de los sitios, que despidiesen miasmas insoportables... ¡ Oh maldito pecado, que nos haces perder á Jesús, y muchas veces despues de haberlo alejado de nuestro lado, nos impides el sentir tan gran pérdida y el que vayamos en busca de tanto bien !... ¡ Ojalá comprendamos el enorme mal que eres y podamos tomar la resolución de evitarte para siempre !

*Segunda parte.* Ya habéis visto, hermanos míos, que de dos maneras se aleja Dios de nuestras almas, una por amor, y otra por justicia. Digamos pues ahora, que es lo que hay que hacer en ambos casos, para hallarle de nuevo.

Almas piadosas, cuya conciencia nada remuerde, si experimentáis tedios y sequedades sirviendo á Dios, y os parece que él os ha abandonado, dirigid los ojos hacia la augusta María, y de este

modo os reanimaréis. Él ha querido, que en medio de estas tribulaciones como de todas las que pueden sobrevenirnos en la vida, fuera la Virgen nuestro modelo. Primeramente élla se humilla, y luego hace todos los esfuerzos posibles para encontrarle. Un santo nos expresa los sentimientos, que la animaban, de la manera siguiente: « ¡O Padre eterno, amable y bondadoso, os hablais, complacido en darme vuestro Hijo, pero yo lo he perdido, no sé donde está, dignaos devolvérmelo!

Mirad la aflicción de mi corazón, y no mi negligencia. Devolvédmelo, porque no puedo vivir sin él! ¡Oh queridísimo Hijo! ¿dónde estais: qué os habrá sucedido? Reveladme donde estáis, que nada me impedirá correr á vuestro encuentro. Volved á mí, que jamás tendré el menor descuido para con vos. Pero, ¿me habré hecho culpable, Hijo mio, de haberos ofendido alguna vez, en vuestra propia presencia? ¿Por qué os habéis alejado de mí? Desde vuestro nacimiento hasta ahora jamás nos habíamos separado. Y ahora ¡héme aquí sin vos! ¡Pero nada me detendrá, sí, haré cuantos esfuerzos pueda, por encontraros y no cesaré hasta que os vuelva á tener en mis brazos!... »

En efecto, el Evangelio nos la muestra volviendo presurosa á Jerusalem. ¡O María, qué gozo tan grande experimentasteis, encontrando á vuestro Hijo! Y cuán contento quedó él de vuestra diligencia en buscarle! Ya le veo venir hacia vos, y vos le recibís en vuestros brazos, y estrechándole contra vuestro corazón, le decís con entusiasmo: ¡Oh hijo mio, ¿por qué habeis obrado así con nosotros? Hé aquí que vuestro padre y yo llorosos os buscábamos. Ah! dulce Madre mía, excitando Jesús en vos el deseo de volverle á ver, y haciéndoos sentir el dolor de su ausencia, cumplía la voluntad del Padre, que quiere, que seais la mas santa y perfecta de las criaturas. Vuestro ejemplo servirá de gran provecho á las almas fieles, enseñándolas el modo de buscar á Jesús, cuando él, por probarlas y acrisolar su amor, parezca como haberse ausentado algun tanto de éllas, dejándolas sumidas en la desolacion.

1. San Buenaventura. Medit. sobre la vida de Jesucristo.

Y aqui, hermanos míos, ¡cuántos ejemplos podría citaros, para haceros ver, que tal suele ser la conducta de Jesús para con las almas piadosas! ¿Será, pues, en vano, o piadosa Catalina de Sena, el entregaros al ayuno y el mortificar vuestro cuerpo delicado con cilicios y asperezas? ¡Jesús se ha alejado! Horribles son los asaltos del demonio; crueles las tentaciones, con que os molesta! Oh! qué espectáculos tan abominables representa ante vuestros ojos el espíritu impuro! ¿Dónde está vuestro Jesús? se ha ocultado? Si, hermanos míos; y esto lo hizo en virtud de su amor, para acrisolar y hacer resaltar mas la pureza de esta virgen, y á fin de acrecentar mas y mas los méritos de la misma... « ¡O Jesús, tierno esposo de mi alma, exclama la santa, dónde estabais vos, pues así me habiais deseparado! — Estaba contigo, hija mía, le contesta Nuestro Señor. — ¿Cómo podiais estar conmigo, replica la santa, en medio de tan malos pensamientos y de las feas imaginaciones, que me atormentaban? — ¿Tomabas tú deleyte en éllo, repone el Salvador? — Al contrario, continúa la santa, sufría un cruel tormento. Pues bien, dijo Nuestro Señor, en esto consistía el mérito y fruto de tus combates. Tu me creías ausente, y he hecho, como si lo fuera, para hacerte conocer bien tu flaqueza y la necesidad que tienes de mi socorro! — Así pues, humildad, confianza y deseo ardiente de volver á encontrar á Jesús, *tales deben ser, o almas piadosas*, vuestros sentimientos, cuando os parezca que Jesús se ha ausentado de vuestro lado.

Pero nosotros, pobres pecadores, que, pecando, le hemos arrojado de nosotros y de quienes Él se ha separado, no en virtud de su amor, sino obligado por su justicia y santidad, ¿cómo podremos encontrarle de nuevo? ¿Qué debemos hacer, para buscarle con fruto? Dios quiso, que en tal circunstancia la misma santísima Virgen, á pesar de su perfeccion inmaculada, pudiera servirnos de modelo. Pongamos, pues, en élla los ojos y esforcémonos por imitarla. Primero, élla siente con intenso dolor esta pérdida; élla llora, *Dolentes querebamus te*. Así, cuando noso-

1. In vita ejus.

tros hayamos tenido la desgracia de sucumbir á la tentacion, de perder á Jesús, de echarlo de nuestros corazones por el pecado, para encontrarle otra vez, debemos sentir sumamente la importancia de la pérdida, que hemos tenido, dolernos intensamente de élla y llorar nuestra caída.

En segundo lugar, María retrocede. *Regressi sunt in Jerusalem, requirentes eum.* Élla no se dará un momento de reposo, ni estará tranquila, hasta que haya encontrado á su estimadísimo Hijo. Respecto á nosotros, miserables pecadores, ¿qué significan estas palabras: *Retroceder, volver atrás?* Quieren decir, que no sólo debemos dolernos de nuestro pecado, sino que además hemos de evitarlo en adelante, apartar las causas y huir de las ocasiones peligrosas, que pueden hacernos caer de nuevo. Por ejemplo: en tal compañía hemos incurrido en una grave murmuracion; pues evitémosla en adelante. En aquella reunion ó amistad hemos sentido germinar en nuestro corazon una tentacion impura, y tal vez una lamentable caída ha seguido á una serie de flaquezas; ah! entonces rompamos absolutamente con semejantes ocasiones, retrocedamos, si queremos encontrar otra vez á Jesús...

Y ahora os pregunto, ¿á dónde fué la santísima Virgen para encontrar á su divino Hijo? Ah! cuánta razon tenía yo, al decirlo, que Dios permitió esta misteriosa separacion del Hijo y de su purísima Madre, para nuestra ensenanza. Fuése élla al templo y allí encontró al Hijo que buscaba, *Invenerunt illum in templo.* Ahora pues, vosotros habéis perdido á Jesús y con él la alegría, la paz y tranquilidad. No os contentéis de llorar su pérdida y retroceder, esto es, huir de las ocasiones; sino venid al templo, que es donde él habita, y aquí, seguramente le hallaréis. Venid á arrodillaros ante el confesionario, y de allí ante la sagrada Mesa, y de esta manera, os aseguraré, que encontraréis al Salvador, que habeis perdido. No solamente admiraréis la sabiduría, que asombra á los doctores, sino que gozaréis sobre todo de la dulzura y amor maravilloso, que hace sentir á las almas verdaderamente contritas. Sí, amados hermanos míos, si Jesús se ha alejado de nosotros

por su justicia, podemos todavía recobrarle, porque es verdaderamente un Salvador lleno de misericordia...

PERORACIÓN. Si, hermanos míos, así es en efecto; cada circunstancia de la vida del Salvador encierra para nosotros profundas enseñanzas. En realidad, no tenemos que mirarlas más que con los ojos de la fé, para sacar de éllas las mas saludables lecciones. Algo más podríamos decir respecto á las siguientes palabras, con que termina el Evangelio: « Jesús siguió á María y á José y les estaba sometido. » ¡ El Verbo encarnado, aquel por quien todo ha sido hecho, el autor de cielos y tierra, hecho niño, sometido á María y á san José! Asombraos, ángeles del cielo!... En cuanto á nosotros, ó Dueño divino de nuestras almas, pecadores como somos, la lección, que principalmente queremos aprender de esta ausencia pasajera de vuestra amada familia, es el deber de buscaros, cuando hayamos tenido la desgracia de perderos. Dulce Jesús, no permitáis, que tengamos esta desgracia, pero si nos sucediese; si con nuestros pecados obligáramos en cierto modo á vuestra santidad á alejarse de nosotros, en este caso, o única esperanza de nuestras almas, no nos abandoneis para siempre... Concedednos la gracia de llorar nuestra pérdida, de dejar el mal camino; haced que vengamos á buscaros en el templo, que os encontremos, y gozemos siempre de vuestra amorosa presencia, para que podamos, por toda la eternidad, alabaros y bendeciros en aquella hermosa mansion, que se llama el Paraíso... Así sea.

## HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO

PARA LA FIESTA DEL SANTO NOMBRE DE JESÚS (2º DOMINGO  
DESPUES DE LA EPIFANIA.)

(LUCAS, II, 21.)

Los hombres necesitaban un Salvador : Jesús, niño recién nacido en Belén, es el Salvador, que ellos esperaban.

TEXTO. *Et vocabis nomen ejus Jesum.* Y le darás el nombre de Jesús.

EXORDIO. Hé aquí, hermanos míos, que todavía en el día de hoy la Iglesia nos llama junto al pesebre de Jesús. El último domingo nos invitó á unirnos con los Magos para ofrecerle nuestros homenajes, nuestra adoración, y nuestros presentes. Hoy, celebrando el santo nombre de Jesús, que quiere decir *Salvador*, nos exhorta á bendecirle, y darle gracias bajo la invocación de ese augusto título. « Después de cumplidos los ocho días, dice el Evangelio del día de hoy, el Niño fué circuncidado y le pusieron el nombre de Jesús, como le había llamado el Ángel ántes de su concepción en el seno de la Virgen María. »

Ya lo recordaréis, este título de Salvador ó de Jesús, — porque, como os he dicho, estas dos palabras tienen la misma significación, — ya le había sido dado por el Ángel, que había anunciado su nacimiento á los pastores. « Hé aquí, les dijo, que os anuncio una nueva, que será para vosotros motivo de gran alegría, porque hoy os ha nacido un Salvador, que es el Señor, el Cristo prometido. » Jesús, nombre bendito, título tan suave y tan dulce; Jesús, nombre divino, por el que solamente los hombres pueden ser salvos, *non est in alio aliquo salus*, os celebraremos hoy con alegría, con verdadera felicidad... ¿ Y porqué la tierra toda debe estremecerse de alegría, al pronunciar este nombre divino? ¿ Por

qué, adorado en el cielo, venerado en la Iglesia, temido hasta en el infierno, este nombre es sobre todo nombre? Porque este tierno niño, al cual ha sido dado, es el Redentor prometido á nuestros primeros padres inmediatamente después de su caída... Este pequeño Jesús es el hijo de Dios hecho hombre; viene á rescatar nuestras almas, á reparar las heridas abiertas en nuestra naturaleza por el pecado, y á abrirnos el cielo!... Hé aquí por que celebramos nosotros este nombre bendito con alegría y felicidad.

PROPOSICIÓN. ¡ Cuántas cosas pudieramos decir sobre este augusto nombre, dulce como la miel á la boca, suave melodía para el oído, delicioso júbilo para el corazón! Pero quiero pararme, en otro pensamiento; voy á demostraros cómo Jesús es verdaderamente nuestro Salvador.

DIVISION. Y para éllo os demostraré en *primer lugar*: que los hombres tenían necesidad de un Salvador; en *segundo lugar*: que este niño, que recibe el nombre de Jesús, es el Salvador, que ellos esperaban... Estas dos ideas trataré de desarrollar en esta breve plática.

*Primera parte.* Que los hombres tenían necesidad de un Salvador. No creais, amados hermanos míos, que el hombre sea tal como salió de los manos del Criador; no os imaginéis que Dios le ha hecho con esas miserias, esas enfermedades, esos defectos, esos vicios; con esa mezela de grandeza y rebajamiento, de debilidad y de fuerza, de vicios y de virtudes, que hacen de él el enigma más inexplicable de la creación... ¡ Oh! no, sabedlo bien, no es esta la obra de Dios; ha sido esta obra descompuesta, pervertida por el pecado... No hay necesidad de decirnos cómo el hombre, á instigación de la infernal serpiente, trastornó la obra del Criador y desfiguró su imagen. La historia de esta deplorable caída os es conocida. Ay! Esta primera desobediencia fué como una puerta fatal por donde penetraron todos los males, todos los vicios. El hombre, hasta entonces fiel á Dios, inocente, puro, tranquilo bajo la protección del Señor, era como un fuerte castillo, del que los enemigos intentan en vano apoderarse. Pero apenas hubo por su pecado perdido la protección poderosa de su Criador,

se vió, como plaza desmantelada, expuesto al desenfreno de las pasiones, á la tiranía de los vicios que cayeron sobre él como desapiadados emneigos. Todo en él se resintió con este funesto golpe : su cuerpo, su alma, su inteligencia y su corazón...

Desde entónces, en efecto, el cuerpo del hombre fué, por decirlo así, arrojado en pasto á los dolores, á las enfermedades, á las calamidades todas, que se ceban en él, como aves de rapiña en un cádaver, no dejándole ni reposo, ni descanso. Desde aquel momento fatal, Adán, condenado al trabajo y al dolor; debía regar con el sudor de su frente la tierra ingrata y arrancar fatigosamente de su seno los frutos, que ántes produjera por sí misma. Eva, la madre del género humano, parió con dolor; su primer hijo conoció los sufrimientos desde la cuna, sus primeros vajidos le fueron arrancados por el dolor... Desposeidos de su gloria, despojados de su inmortalidad, despues de una vida, que la miseria y las enfermedades hacían dura y penosa, la muerte, último castigo de su culpa, se llevó por fin de la tierra á nuestros primeros padres... Ellos murieron; pero el cortejo de males, que su prevaricación habia producido, no descendió con ellos al sepulcro... Se perpetúa en su posteridad, como un recuerdo permanente de la cólera del Señor. Las estaciones se harán irregulares; el frío, el calor, el hambre, la sed se unirán para atormentar el cuerpo del hombre... Ciegos, sordos, cojos, enfermos de todas clases, todos vosotros sois una prueba elocuente de esta triste verdad... Los unos vieron su cuerpo devorado por asquerosas úlceras, cuyo espectáculo aflige y entristece el corazón; los otros fueron atormentados por la fiebre, la gota ú otras enfermedades... La vida del hombre no fué sobre la tierra sino un largo gemido; y aun á aquellos, que habían escapado á este sinnúmero de males, la vejez, la ancianidad y la decrepitud les hizieron sentir los tristes efectos del pecado, y terminaron sus días llenos de miseria.

Hé aquí los efectos del pecado en cuanto al cuerpo. Pasemos al alma. Noble criatura, espléndido reflejo de las perfecciones divinas, ¡ oh alma del hombre, cómo contar los tristes efectos que produjo en tí la funesta desobediencia de nuestros primeros pa-

dres, y hasta qué punto de degradación y de rebajamiento te hizo descender esa funesta rebelión!... Porque tú eras bella: la inteligencia, el amor, la voluntad te daban un glorioso parecido á Dios; tú eras la hermana de los ángeles!...

La historia nos enseña que un poderoso emperador romano, llamado Valeriano, perseguidor de los cristianos, fué castigado de una manera afrentosa. Aquel, que se habia visto á la cabeza de un vasto imperio, rodeado de ministros y de esclavos, que obedecían sus menores órdenes, hecho por los azares de las armas prisionero de Sapor, rey de Persia, sufrió humillaciones y afrentas, cuyo solo recuerdo aterroriza... Revestido de la púrpura imperial, ceñida su frente con la corona, veíase forzado á seguir por todas partes á su cruel vencedor; despues, á una señal tenía que inclinarse, poniale el Persa insolente el pié sobre la espalda, para que sirviéndole de escabel, pudiera montar á caballo!... ¡ Oh vergüenza; ¡ oh degradación de la majestad imperial!... En fin, fatigado en cierto modo de haber hecho de él su juguete, Sapor le hizo despellejar vivo, y su piel, enviada á un curtidor, fué pintada de rojo y suspendida á la bóveda de un templo, como reliquia de su vergüenza é ignominia.

Hé aquí una imágen, aunque imperfecta, de los efectos, que el pecado produce en el alma del hombre. En los días de su inocencia, poseía élla el imperio del mundo: todas las criaturas le estaban sometidas, todas obedecían sus órdenes. Ahora que ha sucumbido, su poder ya no existe, todo se ha revuelto contra élla. Esclava de Satanás, es decir, del más cruel tirano, sufrirá increíbles humillaciones... La verdad debía ser su alimento, y se verá saturada de errores; debía amar el bien, pero el mal se volverá su sustento; y su propia voluntad será enervada, degradada y casi anonadada. ¡ Rebájate, pobre alma; el tirano, de quien ahora eres esclava, necesita tu envilecimiento, para elevarse y engrandecerse! Y despues de haberte arrastrado como un juguete, y empujado, por decirlo así, hasta á los últimos límites del mal, ya sabéis á que viene élla á parar bajo el poder del demonio... Echada viva al ardiente fuego del infierno, y en-

rojecida en las brasas eternas, está allí como un monumento penoso de su propia degradación y del triunfo de Satanás... ¿ No fué esa tu suerte, oh Cain? No fué aquel tu destino, Judas? ¿ No es éste el triste porvenir, que nos estaba reservado á todos nosotros, pobres pecadores?

*Segunda parte.* Efectivamente, hermanos míos, esta materia es inagotable; no quiero continuar hablando más de ella, porque temería hacerme demasiado pesado... Pero creo, que es esto suficiente, para demostraros los tristes efectos, que produce el pecado en el cuerpo y en el alma, haciéndoos comprender la gran necesidad, que teníamos del Salvador; y con cuanta razón el ángel podía decir á los pastores: *Hé aquí que os anuncio una nueva, que será bien gozosa para todos, porque os ha nacido un Salvador;* cuyas palabras tenemos la dicha de repetirnoslas en esta solemnidad... Sí, hermanos míos, sí, nos ha nacido un Salvador, el cual viene á aliviar las miserias de nuestro cuerpo y á reparar las ruinas de nuestra alma.

Acaso vosotros me diréis: « Viene á aliviar las miserias de nuestro cuerpo! Luego desde su venida, ¿ habrán cesado las molestias y enfermedades, á que continuamente estaba expuesto nuestro cuerpo?

No, hermanos míos, pero todas ellas han cambiado de naturaleza. Estos sufrimientos y dolencias de nuestro cuerpo, y esta muerte, que poco á poco agota nuestras fuerzas, todo ésto ha quedado y persevera... Pero ¡ oh Dios mío, qué transformación y cuánto dulcifica la esperanza todos estos dolores!... Hé aquí un trabajo muy penoso; supongamos que sois un obrero libre, ó un esclavo. Si sois un obrero independiente y libre, se os ofrece un digno jornal en recompensa de vuestro penoso trabajo. El estímulo de la recompensa os anima, y por grande que sea el trabajo, lo desempeñáis con alegría. Pero si, por el contrario, sois un esclavo, no esperáis ninguna recompensa, y á pesar vuestro, los golpes y duros tratamientos os obligan á cumplir vuestra tarea. ¿ Comprendéis la diferencia? Véis á donde va esta comparación?... Antes del nacimiento del Salvador, estas miserias, estos sufri-

mientos y estos dolores del cuerpo no merecían ninguna recompensa; eran puros sufrimientos, castigos sin fruto; y, como miserables penados, debíamos arrastrar estas cadenas sin esperanza alguna... Pero con nuestro Salvador Jesucristo, ¡ oh miserias de la vida! por grandes que seáis, habéis cambiado de especie!... ¡ Grandes y espléndidas son las recompensas, que nos mereceis! ¡ Grande es el salario que nos aguarda! ¡ Qué hermosa es la recompensa del Paraíso, que Dios guarda para aquellos, que han luchado generosamente contra las miserias de la vida! ¡ Oh gloriosa Santa Ágata, oh noble Inés, vírgenes tan cruelmente martirizadas! ¡ Oh valeroso San Lorenzo, que aun sonreíais sobre las parrillas, en donde os quemaban!... ¡ Oh sublime falange de todos los mártires, el Salvador no os ha eximido de todos esos sufrimientos del cuerpo! Y sin embargo, vosotros los habéis sufrido con gusto, y aun diré más, hasta con gran dicha... ¡ Ah cristianos, la recompensa prometida, las delicias del cielo y el deseo ardiente de hallarse al lado del Salvador, sostenían aquellas almas generosas, de la misma manera que sostienen ahora á todos aquellos, que saben soportar cristianamente los sufrimientos y las penalidades de la vida. Ya lo veis, hermanos míos, con la llegada del Salvador las miserias del cuerpo y las amarguras de la vida han cambiado de especie, no solamente son ménos penosas, sino que son como aguijon providencial, que anima al desterrado á acelerar su paso hacia la patria.

Pero ya lo he dicho, principalmente el alma que es la parte más excelente de nuestra naturaleza, fué envilecida y degradada por el pecado.

Por lo cual debe también regocijarse muy particularmente nuestra alma del nacimiento del Salvador... ¡ Un Salvador para nuestra alma! ¡ Oh! yo quisiera hacerlos sentir bien lo que es un Salvador, y la gran necesidad, que teníamos de él...

Una comparación, sacada de las dolorosas circunstancias en las cuales hemos vivido desde algunos años, os hará comprender mejor esta verdad. ¡ Cuán dura y penosa es para los corazones franceses la humillación sufrida por la patria! Hemos visto á un

enemigo bárbaro é insolente abusar de su victoria, hollando con orgullo nuestro suelo natal, devastando nuestros campos y arruinando nuestras ciudades... Lo hemos visto en medio de nuestras poblaciones, sorprendidas y aterrorizadas, aplicar con la más detestable crueldad las leyes salvajes de la guerra, negar todos los derechos y no reconocer más reglas que la fuerza. En su arrogante triunfo, (el cual debemos esperar no será más que pasajero), el pié puesto de algun modo sobre la cabeza de la Francia, ya sabéis á qué duras condiciones y á precio de qué humillaciones nos vendió una paz, que tal vez no es más que una tregua. ¡ Oh, perdonadme, os traiga á la memoria semejante recuerdo!... ¡ Nuestros corazones laten unísonos, y como yo, vosotros os llenáis de indignación, al recordar aquellos infaustos días!...

Pues bien! si entónces un héroe, un guerrero, un enviado de Dios se hubiese presentado; si, sostenido por la Providencia, con una mano hubiese sofocado esas pasiones devoradoras, que en el interior turbaban la paz y paralizaban la defensa; si hubiese anadado esas indignas codicias de séres desconocidos que se aprovechaban en alguna manera de nuestras desgracias, para acallar todas esas pasiones viles, que hormigueaban en el fondo de sus corazones; si despues de haber domado esa hidra revolucionaria, hubiese con la otra mano desterrado léjos del pais las falanges del extranjero, y arrojado á su brumosa Alemania á esos insolentes, que viciaban el aire puro de la patria; si hubiese impedido su mutilación, reconquistado las ciudades tomadas, las provincias invadidas, y devuelto á nuestra bandera humillada la gloria y prestigio que ántes tenía, ¡ ah entónces este tal ¿ no sería un Salvador, el Salvador de la Francia?... Hé aquí pues, amados cristianos, lo que Jesucristo ha hecho por nuestras almas...

Despues del pecado, el alma del hombre estaba interiormente entregada á toda clase de rebeliones y sediciones: Orgullo, ambición, avaricia, crueldad, lujuria, todo esto se encuentra en este pequeño mundo, que se llama alma. Y por poco que uno se conozca á sí mismo, por poco que uno interroge su propio corazón, en-

cuentra allí el gérmen de todas las viles pasiones, que reinaban cual soberanas ántes del nacimiento del Salvador. Pues bien, Él con su venida, con su gracia, con sus enseñanzas y sacramentos sofoca todas estas rebeliones intestinas... « Avaros, haced limosna; orgullosos, sed humildes; hombres y mujeres, que seguís mi ley, sed castos. » Palabras que no son estériles... Vosotros sabéis perfectamente, que á aquellos, que tienen buena voluntad, les da poder, para triunfar de sus pasiones.

Por otra parte; ¡ de qué modo tan admirable sabe Él rechazar al enemigo, que tenía esclava nuestra alma, que la envilecía y tenía encorvada bajo su infame yugo!... Hasta que Él vino, Satanás se habia hecho adorar bajo diversas formas en todos los pueblos paganos. Aparece el Salvador; cesan desde luego los oráculos, los prestigios del demonio han perdido su valor, las tinieblas del error se disipan, y la verdad brilla de tal modo, que todos pueden contemplarla. Los demonios, vencidos por este divino imperio, son desterrados á los infiernos y pierden el poder, que habían usurpado. La humilde cruz, en la cual quiere morir, es el estandarte radiante y glorioso de su victoria... ¡ Oh niño bendito, vos sois, sí, nuestro Salvador, por lo cual vuestro nacimiento debe ser para nosotros objeto de gran alegría!...

PERORACIÓN. Amados hermanos míos, ¿ qué más podría decirse á vosotros, que habéis tenido la dicha en el día de su nacimiento de recibir al bondadoso Jesús en el altar, y que más dichosos que los pastores, no solamente le habéis contemplado, sino que tambien estrechado contra vuestro corazón? ¡ oh sí, alegraos, os ha nacido un Jesús, un Salvador... Almas débiles y fieles á las inspiraciones de la fé, al celebrar este nombre bendito, ¡ cual no debe ser vuestra alegría, vuestro reconocimiento, vuestro amor!... Para nosotros, cristianos, que no hemos querido gozar de esta dicha; ¡ oh el bondadoso Jesús no deja de ser por eso un Salvador, pero tal vez un Salvador, que no conocemos bastante; un Salvador, de cuyo poderoso auxilio descuidamos aprovecharnos.. Y, sin embargo, no quiere ni puede salvarnos á pesar nuestro. En efecto, Él nos tiende la mano, pero si la rehusamos, si le volve-

mos la cabeza en señal de desprecio, si cuando nos llama y nos insta, hacemos el sordo á sus exhortaciones, ¡ oh entónces ya no somos hombres de buena voluntad, y es de temer que en lugar de un Salvador lleno de misericordia, nos haya nacido un juez severo en el humilde establo de Belen.

¡ Oh no, que no sea así! En estos días, en que veneramos la santa infancia de Jesús; ante la paja donde reposa el tierno Niño, avivemos nuestra fé, enfervoricemos nuestro corazon, postrémonos á sus piés con entera confianza y supliquémosle haga de nosotros cristianos valerosos y enérgicos y hombres de buena voluntad, á fin de que Él sea para nosotros un Salvador, que nos sostenga y dirija en medio de los frecuentes peligros de esta vida y nos conduzca á la bienaventuranza eterna. Así sea.

### HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO

DEL TERCER DOMINGO DESPUES DE LA EPIFANIA.

(MAT., VIII, 1-13.)

#### Deberes de los amos para con sus criados.

**TEXTO.** *Domine, puer meus jacet in domo paralyticus, et male torquetur.* Mi siervo yace en casa paralítico, y es gravemente atormentado.

**EXORDIO.** Hermanos míos, nuestro Señor acababa de dar al pueblo la magníficas enseñanzas, contenidas en lo que se llama el *Sermon de la montaña*. Bajaba Él, seguido de una gran muchedumbre del pueblo, cuando, para confirmar la fé de aquellos, que le habían oído y autorizar más su palabra, hizo los dos milagros, relatados en el Evangelio del día de hoy: « He aquí que un leproso, yendo hácia Él, le adoraba diciendo: Señor, si quieres, puedes limpiarme. Y Jesús extendiendo la mano, le tocó y dijo: Quiero, sé limpio? Y la lepra desapareció en el mismo instante.

Entónces Jesús le dijo: Guárdate de decirlo á nadie; mas vé, muéstrate á los sacerdotes, y ofrece el presente, que mandó Moisés, para que esto les sirva de testimonio. — Habiendo entrado Jesús en Cafarnaum, vino á él un centurión, rogándole: Señor, mi siervo, yace en casa paralítico y es gravemente atormentado. Jesús le dijo: Iré y le sanaré. El centurion replicó: Señor, no soy digno de que entreis en mi casa, pero decid sólamente una palabra y mi siervo quedará sano. Pues yo, con ser hombre súbdito de otros, tengo soldados bajo mi mando y digo al uno: Vé, y va; y al otro: Ven, y viene, y á mi siervo: Haz esto, y lo hace: Y oyendo Jesús estas palabras, se maravilló, y dijo á los que le seguian: En verdad os digo, que no he hallado tanta fé en Israel. Por eso tambien os aseguro, que vendrán muchos de Oriente y de Occidente y se sentarán en el reyno de los cielos con Abraham, Isaac y Jacob; mas los hijos del reino serán arrojados á las tinieblas exteriores; allí habrá llanto y rechinamiento de dientes. Entónces Jesús dijo al centurión: Vé, y hágase como has creído. Y su siervo quedó sano en el mismo momento. »

**PROPOSICIÓN.** En efecto, hermanos míos, este relato del santo Evangelio podría servir de base á varias consideraciones, todas éllas de gran utilidad. Veríamos en el leproso el miserable estado de un alma, inficionada por el pecado mortal; en la obligación de presentarse al sacerdote, la necesidad de la confesión. Tambien podríamos fijarnos en la fé tan ardiente y humilde del centurión, que le valió la admiración de nuestro divino Salvador. Pero estas diversas consideraciones, sobre las cuales nos fijaremos mas tarde, no constituirán el objeto de esta instrucción. Esta mañana llamaré vuestra atención sobre el afecto y abnegación, que manifiesta á su siervo el centurión de nuestro Evangelio.

**DIVISION.** Citandóoslo como ejemplo, me propongo deciros cuales son los deberes de los dueños para con sus criados; *primera-mente*: con relacion al cuerpo é interéses temporales; y *en segundo lugar*, relativamente á los interéses espirituales, es decir, del alma.

*Primera parte.* Deberes de los dueños con relacion al cuerpo

mos la cabeza en señal de desprecio, si cuando nos llama y nos insta, hacemos el sordo á sus exhortaciones, ¡ oh entónces ya no somos hombres de buena voluntad, y es de temer que en lugar de un Salvador lleno de misericordia, nos haya nacido un juez severo en el humilde establo de Belen.

¡ Oh no, que no sea así! En estos días, en que veneramos la santa infancia de Jesús; ante la paja donde reposa el tierno Niño, avivemos nuestra fé, enfervoricemos nuestro corazon, postrémonos á sus piés con entera confianza y supliquémosle haga de nosotros cristianos valerosos y enérgicos y hombres de buena voluntad, á fin de que Él sea para nosotros un Salvador, que nos sostenga y dirija en medio de los frecuentes peligros de esta vida y nos conduzca á la bienaventuranza eterna. Así sea.

### HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO

DEL TERCER DOMINGO DESPUES DE LA EPIFANIA.

(MAT., VIII, 1-13.)

#### Deberes de los amos para con sus criados.

**TEXTO.** *Domine, puer meus jacet in domo paralyticus, et male torquetur.* Mi siervo yace en casa paralítico, y es gravemente atormentado.

**EXORDIO.** Hermanos míos, nuestro Señor acababa de dar al pueblo la magníficas enseñanzas, contenidas en lo que se llama el *Sermon de la montaña*. Bajaba Él, seguido de una gran muchedumbre del pueblo, cuando, para confirmar la fé de aquellos, que le habían oído y autorizar más su palabra, hizo los dos milagros, relatados en el Evangelio del día de hoy: « He aquí que un leproso, yendo hácia Él, le adoraba diciendo: Señor, si quieres, puedes limpiarme. Y Jesús extendiendo la mano, le tocó y dijo: Quiero, sé limpio? Y la lepra desapareció en el mismo instante.

Entónces Jesús le dijo: Guárdate de decirlo á nadie; mas vé, muéstrate á los sacerdotes, y ofrece el presente, que mandó Moisés, para que esto les sirva de testimonio. — Habiendo entrado Jesús en Cafarnaum, vino á él un centurión, rogándole: Señor, mi siervo, yace en casa paralítico y es gravemente atormentado. Jesús le dijo: Iré y le sanaré. El centurion replicó: Señor, no soy digno de que entreis en mi casa, pero decid sólamente una palabra y mi siervo quedará sano. Pues yo, con ser hombre súbdito de otros, tengo soldados bajo mi mando y digo al uno: Vé, y va; y al otro: Ven, y viene, y á mi siervo: Haz esto, y lo hace: Y oyendo Jesús estas palabras, se maravilló, y dijo á los que le seguian: En verdad os digo, que no he hallado tanta fé en Israel. Por eso tambien os aseguro, que vendrán muchos de Oriente y de Occidente y se sentarán en el reyno de los cielos con Abraham, Isaac y Jacob; mas los hijos del reino serán arrojados á las tinieblas exteriores; allí habrá llanto y rechinamiento de dientes. Entónces Jesús dijo al centurión: Vé, y hágase como has creído. Y su siervo quedó sano en el mismo momento. »

**PROPOSICIÓN.** En efecto, hermanos míos, este relato del santo Evangelio podría servir de base á varias consideraciones, todas éllas de gran utilidad. Veríamos en el leproso el miserable estado de un alma, inficionada por el pecado mortal; en la obligación de presentarse al sacerdote, la necesidad de la confesión. Tambien podríamos fijarnos en la fé tan ardiente y humilde del centurión, que le valió la admiración de nuestro divino Salvador. Pero estas diversas consideraciones, sobre las cuales nos fijaremos mas tarde, no constituirán el objeto de esta instrucción. Esta mañana llamaré vuestra atención sobre el afecto y abnegación, que manifiesta á su siervo el centurión de nuestro Evangelio.

**DIVISION.** Citandóoslo como ejemplo, me propongo deciros cuales son los deberes de los dueños para con sus criados; *primera-mente*: con relacion al cuerpo é interéses temporales; y *en segundo lugar*, relativamente á los interéses espirituales, es decir, del alma.

*Primera parte.* Deberes de los dueños con relacion al cuerpo

é intereses temporales de sus criados. Desde luego, para mayor claridad, os diré, hermanos míos, que bajo el nombre de dueño comprendo á todo aquel, que tiene bajo su dependencia, ya de una manera estable, ya provisional, á criados ó trabajadores de cualquier clase. Y en efecto, aunque no fuésemos mas que simples artesanos, y aun siendo criados, desde el momento que empleamos á alguien, sea para la confección de nuestros vestidos, sea para el servicio de nuestras casas, venimos á ser en cierto modo sus dueños, y ellos nuestros criados. Hago esta explicación tan familiar, á fin de que todos podamos comprender, que la instrucción que voy á dar no se dirige sólo á los ricos, sino que puede ser también útil y provechosa á cada uno de nosotros.

Veamos primeramente cuales son los deberes de los dueños relativamente á los intereses temporales de los criados ú obreros que emplean en su servicio. Admiremos aquí lo que hace el centurión. Su criado está enfermo, ved su intranquilidad, su celo y todos los medios, que emplea para conseguir la curación del mismo. San Lucas, refiriendo este milagro con más detalles, nos dice que envió desde luego á los más ancianos de los judíos, para rogar á nuestro divino Salvador que viniese y curase á su siervo <sup>1</sup>. Pensaba que serían mas favorablemente acogidos que él, siendo ellos de la misma nación, mientras que, por el contrario, él era extranjero en aquel pais, un Español segun cuenta la tradición <sup>2</sup>, el cual estaba de guarnicion en esta ciudad de Judéa. No contento con haber enviado mensajeros, cual madre inquieta por la salud de su hijo, y á la cual parece una hora cada minuto, que tarda en venir el médico, corre él mismo en busca del Señor y le encuentra no lejos de su casa. Aproxímase á Él y todo conmovido le dirige esta súplica: « Señor, mi siervo yace en casa paralítico, y está muy malo. »

Ved, hermanos míos, cuanta afección por este siervo, cuanta desazon y tormento á causa de la salud de un pobre criado ó quizás de un esclavo.

<sup>1</sup> Luc. vii, 1 y sigtes. — <sup>2</sup> Cf. *Corn. a Lapide*.

¡ Oh noble centurión, á vos que habéis sido educado en las tinieblas del paganismo, ¿quién os ha enseñado tan tierna solicitud para con vuestros inferiores? ¿Porqué, apreciáis tanto la salud de un criado ó de un esclavo? Le tratáis como uno de vuestros hijos, interesáis á favor suyo vuestros amigos, y por él recurrís á la oracion é invocáis á Jesús! Parece como si fuese de vuestra familia, y quizás no haríais mas por vuestros hijos ó por vuestra esposa!...

¡ Qué lección tan interesante para nosotros, cristianos! Pero ¡ cuán mal interpretada é imitada! ¡ Ah, Dios me es testigo, que no quisiera ofender á nadie! Ricos y pobres, dueños y criados, á todos os quiero desde lo más profundo de mi alma; pero bien á pesar mio debo deciros la verdad... Héla aquí: ¿No se ve muchas veces á dueños, que en algun modo especulan sobre las fuerzas y salud de aquellos, que están á su servicio ó de obreros, que emplean, imponiéndoles trabajos extraordinarios, y á causa de su avaricia no estar nunca contentos de su trabajo? ¿No se ven también algunos que les merman la comida, mientras les prodigan el trabajo?... ¡ Miserables! ¿Acaso este hombre, cuyas fuerzas se debilitan en vuestro servicio, ese infeliz obrero, que para ganar un mezquino jornal, destinado á la manutencion de su familia, ese pobre, que os entrega su independencia, no es un hermano vuestro, no es vuestro igual ante Dios, y rescatado como vosotros, con la preciosa sangre de Jesús?... ¿Acaso su cuerpo es de hierro, para exigirle trabajos imposibles? ¡ Oh cristianos, qué pasión tan bárbara es la avaricia!... ¡ Oh, lo repito, Dios me guarde de ofender á ninguna personalidad!

Pero ¿no hemos visto aquí, ó en otra parte, á ricos malvados despedir cruelmente á sus criados, cuando los pobres eran viejos, de la misma manera que se arrincona un carruaje muy usado? ¿No hemos visto, también aquí ó en otra parte, arrojar sobre la paja, ó enviar al hospital á criados, que habían servido con fidelidad y abnegación?... ¡ Son los tales hombres tigres, sin corazon, que debían avergonzarse de éllo!... Dios les maldecirá, y quizás les ha maldecido ya!...

Pero al mismo tiempo me complazco en reconocer, que entre vosotros, que me escucháis, amados hermanos míos, no hay hombres tan duros y avaros. Sin embargo, decidme : ¿ Nos ponemos siempre nosotros en el lugar de aquellos, que nos sirven ó empleamos ? Una máxima profundamente cristiana es esta : « Haced con los demás lo que quisieráis, que se hiciese con vosotros ; y lo que no queráis para vosotros, no queráis para nadie » Coloquémonos por un momento en el lugar de nuestros criados ú obreros. ¿ Nos alegraríamos, que se nos hablara siempre con amenazas y á regañadientes ? ¿ Nos gustaría que se nos dijese palabras tan duras como éstas : Es preciso hacer eso, de lo contrario, os echo de casa y os despido, no os daré mas trabajo, y otra porción de frases de semejante jaez ? ¿ Veríamos con gusto el que se nos regateara el jornal, que justamente debemos ganar, y que ganado, se nos retardara la paga del mismo ? Supongamos que, estando vosotros en necesidad, se abusara de vuestra triste situación, y se os hiciera trabajar á vil precio : ¿ Estaríais contentos ? No. Pues bien, hermanos míos, lo mismo hemos de pensar de nuestros criados ú obreros, que empleamos. Así pues, seamos justos con ellos, tratémoslos como quisiéramos, que se nos tratase á nosotros, y en sus enfermedades y miserias corporales, ya que somos cristianos, sigamos á lo menos el ejemplo que nos da el centurión pagano.

*Segunda parte.* Veamos ahora los deberes de los dueños con relación al alma de sus criados ú obreros que emplean. San Pablo á este propósito emplea una frase muy severa, pero llena de verdad, cuando dice : *Si alguno no tiene cuidado de los suyos y mayormente de los de su casa, ha negado la fé y es peor que un infiel* <sup>1</sup>. Estas palabras os sorprenderán, mas si sois cristianos y tenéis fé, no deben extrañaros ; Pero ay ! hoy más que nunca es bueno recordarlas, y nosotros, los sacerdotes, tenemos el sagrado deber de hacerlo. Existe infinidad de señoras cristianas, dedicadas á hacer actos humanitarios, y asociadas á muchas cofradías pia-

1. I Timotéo, v, 8.

dosas, y sin embargo no se preocupan ellas por averignar, si sus criados santifican el día del Señor. Y digo más, hasta hay algunas que prefieren que pierdan la misa sus criadas, ántes que no tener la comida á su hora. Decidme, hermanos míos, si sois cristianos, no ignorais, que el asistir á misa los domingos es una grave obligacion, y ¿ no permitís á vuestras criadas cumplir con este precepto, por temor de que sufra retraso vuestra comida ? ¡ Oh falsa é ignorante religion, ¡ oh piedad ilusoria y digna de compasion !... Se trata de que un alma, tan preciosa como la vuestra á los ojos de Dios, cumpla un deber sagrado y evite un pecado mortal ; ¡ y no pensais en éello !... Miétras no sufran alteración vuestras costumbres, todo está bien, poco os importa que se ofenda á Dios !... ¡ Si alguna persona se halla entre vosotros, que obre de esta suerte, por mas que parezca piadosa, no lo es, se lo digo en verdad, y si su religion no es una máscara, es á lo menos muy poco ilustrada.

¡ Ah hermanos míos, esto mismo puede reprocharse á cada uno de nosotros. Si, todos nos mostramos insensibles y desobligados respecto del alma de los que nos sirven. ¿ Tengo necesidad acaso, para que me comprendáis mejor, de extenderme en mas detalles. ? ¿ No vemos á hombres cristianos, labradores por ejemplo, que no quisieran faltar á los oficios divinos, y encargan empero los domingos algun trabajo á sus criados, por lo cual éstos no pueden ir á misa ? ¿ Y estos mismos criados no harán lo mismo el día de mañana, cuando se encuentren en situación de tomar otros criados á sus órdenes ? Pongámonos la mano sobre el pecho, y preguntaos á vosotros mismos, si alguna vez, en ciertas circunstancias, no habéis obligado al albañil, al sastre, al ebanista ó á la modista á trabajar el domingo para vosotros. Si vuestra conciencia os responde favorablemente á esta pregunta, os felicito ; es prueba de que sois verdaderos cristianos, y sabéis lo que es un deber y lo que vale un alma. ¡ Un alma ! ¡ Ah lo digo ante Dios y ante todos los que me escucháis, muchas veces, se encuentran dueños avaros que someten las almas á un vil comercio ! ¡ Oh nada diré aquí, de aquellos miserables, que abusan del honor de una

pobre muchacha, tal vez alguna desgraciada huérfana, encomendada a sus cuidados ! ¡ Oh semejantes seres brutales no pueden encontrarse entre esta reunion de fieles, que me escuchan ! Pero quiero hablar algo de esos mercados sacrílegos, que yo he encontrado, y se ven frecuentemente, y de los cuales nadie se avergüenza, pues se publican en alta voz. Preséntase un criado ; será, si lo queréis, destinado á conducir el carruage de un rico labrador, ó empleado en un almacén. Con mucho gusto, dice el dueño : acepto vuestros servicios ; pero el trabajo apremia en mi casa y no tendréis libre más que la tarde del domingo. Hasta medio día del domingo el uno guiará el carruage, y el otro estará aguardando las órdenes, que se le den.

¡ Desgraciado ! Pero oye, comerciante codicioso, ó avaro labrador, ¿ no sabes que este hombre tiene un alma. ? Y tú, pobre criado, ¿ puedes olvidar la religion, que te enseñó tu madre, lo que te dice el catecismo, y sobre todo las promesas de tu primera comunión ? No importa, el mercado infame se ha estipulado, el criado ha ganado algunos francos más, y el rico con su oro ha podido comprar el alma de este infeliz ! Ya sabéis, hermanos míos, que todo esto es verdad y demasiado verdad por desgracia.

Tristísimo es ésto ; y tal vez haya algo más lastimoso aun... Escuchad una historia, la cual es tan vulgar, que dirigiendo una mirada á los que se encuentren á nuestro alrededor, tal vez encontraréis muchos, que tengan parecido con élla. Un día, hace ya muchos años, dirigiéndome á un padre de familia, que me parecía, que conservaba en su corazón sentimientos de cristiano, le decía yo estas palabras : ¿ Porqué, hermano mío, no venís con más frecuencia á misa ? ¿ Porqué faltabais en élla el mismo día de Todos los Santos ?... Vaciló un momento antes de contestarme y luego me respondió con las lágrimas en los ojos : — ¡ Ah, señor, qué desgracia tan grande el ser pobre ! Estoy trabajando por un fulano ; y precisamente me vinieron con exigencias de trabajo en el mismo día de la fiesta. — Era preciso rehusarlo. — ¡ Rehusarlo ! me respondió, eso os es muy fácil decirlo ; y cuando vaya en medio del rigor del invierno á pedirle pan, para alimen-

tar mí numerosa familia, entónces contestará con tono burlesco lo que ya me ha dicho otras veces : « ¡ Ahora vé á misa á rogar á Dios y que te lo dé él. » Y sin embargo lo que le reclamaba, me lo tenía bien ganado !... ¡ Oh, cuántos dueños hay crueles y avaros ! y cuántos hombres encontramos, que abusando de su situación, no sólomente no tienen ningun cuidado del alma de sus criados, sino que además tratan de pervertirla, y alejarla de Dios, valiéndose de sus riquezas, para privar á los pobres del dulce consuelo, que encontrarían en nuestra santa religion !...

No era así, hermanos míos, el buen centurión, de quien me ocupaba ántes, pues la ternura, que profesaba á su criado, y el celo, con que procuró su restablecimiento, nos prueban de una manera clara y evidente, que tenía algun interés por el alma de su propio siervo. Y aunque el Evangelio no lo dice, nos es sin embargo permitido creer, que tuvo mucho cuidado el citado centurión, como el príncipe, cuyo hijo habia curado Jesucristo, que su siervo lo mismo, que toda su familia creyese como él en Jesucristo : « *Credidit ipse, et domus ejus tota* <sup>1</sup>. »

PERORACIÓN. Sin duda, hermanos míos, que los criados y obreros tienen tambien deberes que cumplir con sus dueños y con aquellos que les proporcionan trabajo. De esto tendremos ocasión de hablar más adelante <sup>2</sup>. Por esta mañana me basta ya haberos recordado cuales son nuestros deberes con relación á nuestros inferiores. Con relación á su cuerpo é intereses temporales : debemos asistirles en sus enfermedades, no imponiéndoles trabajos extraordinarios, y acordándonos, que su cuerpo no es de hierro, que sus fuerzas se debilitan y que tambien tienen necesidad de descansar alguna vez. Creo, que tampoco necesito repetiros que es preciso darles un jornal decente, y que éste sea pagado religiosamente... Hemos dicho ya, que algunos olvidaban con deplorable frecuencia el alma de sus criados ú obreros. Es preciso que

1. Juan, IV, 53.

2. Véase en los tomos siguientes la xxxiv <sup>a</sup> homilia sobre los mandamientos de Dios.

se les deje cumplir con sus deberes religiosos, santificar el domingo y que dispongan de tiempo para asistir á misa... ¿ Es esto sólo?... No ; porque, como dice S. Agustin<sup>1</sup>, si es permitido á los dueños reconocer diferencias entre sus criados é hijos, cuando se trata de la partición de bienes; esta diferencia, repito, debe desaparecer desde el momento que se trata de la salvación del alma de sus criados. Deben instruirlos, reprenderles y exhortarles á que sigan el camino de la virtud, como si fueran hijos suyos. Tales son en resúmen, hermanos míos, los deberes que tenemos para con nuestros inferiores. Seamos buenos, amables y caritativos con ellos, acordándonos que son nuestros hermanos en Jesucristo y con derecho á compartir con nosotros las dulzuras de la vida eterna. Acordémonos que tienen, como nosotros, un alma rescatada con la sangre de nuestro dulce Jesús ; y que el mismo ha venido á la tierra para servir y no para ser servido : « *Non venit ministrari, sed ministrare* »<sup>2</sup>. En efecto, se ha hecho esclavo por nosotros el bendito Salvador, á quien sea toda gloria, amor y acciones de gracias en los siglos de los siglos... Amen.

### HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO

DEL CUARTO DOMINGO DESPUES DE LA EPIFANIA.

(MAT., VIII, 13-27.)

#### La Iglesia siempre perseguida y siempre victoriosa

TEXTO. *Quid timidi estis, modicæ fidei?* ¿ Porqué teméis así, hombres de poca fé?

EXORDIO. Hermanos míos, hé aquí lo que leemos en el Evangelio del día de hoy : « En aquel tiempo habiendo subido Jesús á una barca, siguiéronle sus discípulos. Y hé aquí que se levantó en el

1. *Ciudad de Dios*, lib. XIX, cap. XVI. — 2. Mat., XX, 28.

mar una gran tempestad, de tal manera que la barca era cubierta por las olas. Y, sin embargo, Jesús dormía. Entónces acercándose sus discípulos espantados, le despertaron, diciendo : « Señor, sálvanos, que perecemos. » Jesús les dijo : ¿ Por qué teméis hombres de poca fé? Y levantándose entónces, mandó á los vientos y á la mar, y se hizo gran bonanza. Entónces todos los que presentes se hallaban, maravillados, decían entre sí : ¿ Quién es este, á quien el mar y los vientos obedecen? » Admirable prodigio, señal manifiesta de la omnipotencia de nuestro divino Salvador ! Después que, sanando á los enfermos, había mostrado que era él dueño de la salud y de la vida, quiso, para confirmar la fé de sus apóstoles, manifestar este poder, que como Dios posee sobre la naturaleza y los elementos. Sí, ciertamente se podía considerar con admiración á Aquel, que con un gesto, una palabra, calmaba los vientos y apaciguaba las olas irratadas. Había motivo para exclamar : « ¿ Quién es éste, á quien el mar y los vientos obedecen? »

PROPOSICIÓN. Pero este relato de nuestro Evangelio contiene todavía otra enseñanza. « La barca, dice S. Agustin, es la Iglesia ; y el mar agitado el siglo. » — « Esta navicilla, dice otro Doctor, (Tertuliano) era la figura de la Iglesia, que en este mundo, como en mar borrascosa está continuamente combatida por las persecuciones y ataques, como por enfurecidas olas. »

El Señor, siempre paciente, parece que duerme, hasta que despertado por las santas oraciones, calma la tempestad y devuelve la tranquilidad á su Iglesia... En esta época, en que la divina Iglesia está tan cruelmente atacada ; en estos días, en que el soberano Pontífice, prisionero en su propio palacio, vé invadidos sus Estados y ocupada su capital por impíos codiciosos ; en estos días, en que el libertinaje y la impiedad hacen una asquerosa ostentación de sus triunfos, séame permitido, aprovechando la ocasión de este relato del Evangelio, ya para confirmar, ó para afianzar vuestra fé, quizás vacilante ante tales contradicciones ; séame permitido, repito, hablaros de la Iglesia...

DIVISION. Me propongo, pues, demostraros *primeramente*: que la

se les deje cumplir con sus deberes religiosos, santificar el domingo y que dispongan de tiempo para asistir á misa... ¿ Es esto sólo?... No ; porque, como dice S. Agustin <sup>1</sup>, si es permitido á los dueños reconocer diferencias entre sus criados é hijos, cuando se trata de la partición de bienes ; esta diferencia, repito, debe desaparecer desde el momento que se trata de la salvación del alma de sus criados. Deben instruirlos, reprenderles y exhortarles á que sigan el camino de la virtud, como si fueran hijos suyos. Tales son en resúmen, hermanos míos, los deberes que tenemos para con nuestros inferiores. Seamos buenos, amables y caritativos con ellos, acordándonos que son nuestros hermanos en Jesucristo y con derecho á compartir con nosotros las dulzuras de la vida eterna. Acordémonos que tienen, como nosotros, un alma rescatada con la sangre de nuestro dulce Jesús ; y que el mismo ha venido á la tierra para servir y no para ser servido : « *Non venit ministrari, sed ministrare* » <sup>2</sup>. En efecto, se ha hecho esclavo por nosotros el bendito Salvador, á quien sea toda gloria, amor y acciones de gracias en los siglos de los siglos... Amen.

### HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO

DEL CUARTO DOMINGO DESPUES DE LA EPIFANIA.

(MAT., VIII, 13-27.)

#### La Iglesia siempre perseguida y siempre victoriosa

TEXTO. *Quid timidi estis, modicæ fidei?* ¿ Porqué teméis así, hombres de poca fé?

EXORDIO. Hermanos míos, hé aquí lo que leemos en el Evangelio del día de hoy : « En aquel tiempo habiendo subido Jesús á una barca, siguiéronle sus discípulos. Y hé aquí que se levantó en el

1. *Ciudad de Dios*, lib. XIX, cap. XVI. — 2. Mat., XX, 28.

mar una gran tempestad, de tal manera que la barca era cubierta por las olas. Y, sin embargo, Jesús dormía. Entónces acercándose sus discípulos espantados, le despertaron, diciendo : « Señor, sálvanos, que perecemos. » Jesús les dijo : ¿ Por qué teméis hombres de poca fé? Y levantándose entónces, mandó á los vientos y á la mar, y se hizo gran bonanza. Entónces todos los que presentes se hallaban, maravillados, decían entre sí : ¿ Quién es este, á quien el mar y los vientos obedecen? » Admirable prodigio, señal manifiesta de la omnipotencia de nuestro divino Salvador ! Después que, sanando á los enfermos, había mostrado que era él dueño de la salud y de la vida, quiso, para confirmar la fé de sus apóstoles, manifestar este poder, que como Dios posee sobre la naturaleza y los elementos. Sí, ciertamente se podía considerar con admiración á Aquel, que con un gesto, una palabra, calmaba los vientos y apaciguaba las olas irratadas. Había motivo para exclamar : « ¿ Quién es éste, á quien el mar y los vientos obedecen? »

PROPOSICIÓN. Pero este relato de nuestro Evangelio contiene todavía otra enseñanza. « La barca, dice S. Agustin, es la Iglesia ; y el mar agitado el siglo. » — « Esta navicilla, dice otro Doctor, (Tertuliano) era la figura de la Iglesia, que en este mundo, como en mar borrascosa está continuamente combatida por las persecuciones y ataques, como por enfurecidas olas. »

El Señor, siempre paciente, parece que duerme, hasta que despertado por las santas oraciones, calma la tempestad y devuelve la tranquilidad á su Iglesia... En esta época, en que la divina Iglesia está tan cruelmente atacada ; en estos días, en que el soberano Pontífice, prisionero en su propio palacio, vé invadidos sus Estados y ocupada su capital por impíos codiciosos ; en estos días, en que el libertinaje y la impiedad hacen una asquerosa ostentación de sus triunfos, séame permitido, aprovechando la ocasión de este relato del Evangelio, ya para confirmar, ó para afianzar vuestra fé, quizás vacilante ante tales contradicciones ; séame permitido, repito, hablaros de la Iglesia...

DIVISION. Me propongo, pues, demostraros *primeramente*: que la

Iglesia de Jesucristo ha sido siempre perseguida, y en segundo lugar: que siempre también salió triunfante de esas persecuciones.

*Primera parte.* La Iglesia de Jesucristo ha sido siempre perseguida. Estas persecuciones las había ya anunciado Jesucristo diferentes veces. « No penséis que haya venido, decía, á establecer en la tierra la indiferencia entre el bien y el mal, esta paz como el mundo la comprende, sino la guerra, esta guerra que existirá siempre entre el mal y el bien, entre el error y la verdad <sup>1</sup>. » — El discípulo, añadía, no es más que su Maestro; si á mí me han perseguido, también á vosotros perseguirán, estad seguros de ello <sup>2</sup>. « Y en otra parte, les dice que serán echados de las ciudades, y obligados á sacudir el polvo de sus piés <sup>3</sup>. » Pero, añade él, confiad, yo he vencido al mundo <sup>4</sup>. »

Después de todo, hermanos míos, esto debía suceder, y él que quiera reflexionar un poco, se convencerá de que no podía ser de otro modo. ¿ Qué es la Iglesia? Es, en cierto modo, una continuación de la Encarnación; es la verdad absoluta, completa é inexorable, que no cede ni transige jamás con ningún error... Poco tiempo después de la Ascensión del Salvador, es decir, algunos días después de Pentecostes, san Pedro, el primer Papa, sucesor de Jesucristo, fué preso con otros apóstoles, por haber anunciado la religión cristiana. Se les maltrató, se les azotó, y antes de ponerles en libertad, quiso obligárseles á que no predicaran más las verdades, que habían enseñado; pero estos valerosos predicadores se mostraron inquebrantables en sus santos propósitos: *Non possumus*, respondieron ellos, no podemos <sup>5</sup>. Imposible nos es el callar, no menos que el disimular la verdad. Impudicos, aunque estuvieréis sentados en tronos como Herodes, y se nos cortara la cabeza como á san Juan Bautista, os diremos que obráis mal y que Dios os castigará. Orgullosos, os diremos que

1. Mat., x, 34. — 2. Juan, xv, 20.

3. Mat., x, 14; Marc, vi, 11; Luc xv, 3.

4. Juan xvi, 33. — 5. Act., iv, 20.

debéis ser humildes; avaros, os recomendaremos la caridad con respecto al prójimo; impíos é incrédulos de todas clases, que apagáis en vuestras almas la luz de la fé, para entregaros con menos remordimientos á las pasiones que os dominan, estaremos á vuestro lado más implacables aun, que los mismos remordimientos... Os diremos, pues, que Jesucristo es Dios, que debéis observar su ley, y que al que la infringe le está reservada una eternidad de tormentos! Por lo demás nos es imposible hablar de otro modo; podréis apagar el grito de vuestra conciencia, pero por mucho poder que tengais, no conseguiréis hacernos callar, ni nos impediréis, que seamos los predicadores de la verdad, los vindicadores de la virtud, los defensores de la moral ultrajada por vuestra conducta... *Non possumus*. Nos es imposible callar y obrar de otro modo!...

Comprenderéis, hermanos míos, que con esta pureza de principios y firmeza de afirmación la Iglesia ha debido siempre tener contra sí á todos estos vicios y defectos tan profundamente arraigados en el corazón humano. Así es que la historia entera de esta santa Iglesia nos muestra los instintos perversos de nuestra corrompida naturaleza siempre en continua guerra contra sus enseñanzas y su autoridad, y más aun contra el Papa, vicario de Jesucristo y gefe visible de esta augusta sociedad, llamada Iglesia. San Pedro llega á Roma, ciudad en aquel entonces más populosa, que ninguna de las que existen en nuestros días. En aquella ciudad, corrompida y manchada de todo género de vicios, habla de castidad, de mortificación y privaciones, recordando el destino inmortal del alma á aquellos hombres, que no pensaban más que en los goces de la tierra y cifraban su único ideal en conseguirlos... Al eco de esta voz muchas almas se conmueven, los ídolos caen en el desprecio, Jesucristo es adorado y la caridad y castidad florecen hasta en la corte del monstruoso y sanguinario emperador, que se llamaba Nerón... Desde aquí empieza la era de las persecuciones, inauguradas ya en Jerusalem con el martirio de san Estéban. San Pedro es clavado en cruz; y mas de treinta sucesores suyos en la silla apostólica ceñirán, como él, la corona del mar-

tirio. Durante tres siglos la sangre de los cristianos corre á torrentes en todo el imperio romano. ¿Qué hubiésemos dicho nosotros, hermanos míos, cuya fé vacila ante las persecuciones de nuestros días, si hubiésemos visto á los cristianos hostigados como bestias fieras, obligados á huir al desierto y ocultarse en oscuros subterráneos para celebrar los santos misterios, si hubiésemos visto todos los días millares de fieles arrojados como presa á los leones y tigres para ser devorados en el anfiteatro?... ¿No hubiésemos desesperado de la Iglesia?... Y, sin embargo, aquellos mártires, que morían por élla, no desesperaban... Y el sabio obispo san Cipriano, y la bondadosa vírgen santa Inés, y el valeroso soldado san Sebastian, en fin, todos los santos mártires no hubieran tenido para nosotros más que las siguientes palabras: *Quid timidi estis, modicæ fidei? Por qué teméis, hombres de poca fé?* En cuanto á ellos, permanecía inquebrantable su fé y esperanza. Sabían, que Jesús puede dormir en la barca algunos momentos, y que puede, ya sea por nuestros pecados, ya por probarnos, permitir que el mal triunfe algunos días, y aun algunos años, pero ¿qué son estos días más ó menos largos ante Dios, que tiene en su mano todos los siglos, y cuyo reinado ha de durar por toda una eternidad?... En efecto, pocos años despues, la Iglesia triunfante coronaba á Constantino y se sentaba con él en el trono de los Césares!... Poco despues sobrevienen otras persecuciones, las herejías, los cismas y mas tarde la inmoralidad y la ambición de los príncipes de este mundo; es decir, persecuciones, que no pueden contarse en pocas palabras. Os bastará, que os refiera una de las más recientes.

Un día Napoleon primero, cuando se hallaba en el apogeo de su gloria, tuvo la loca ambición de apoderarse de Roma y de los Estados del soberano Pontífice. Pio VII respondió entónces al usurpador lo que nuestro amadísimo Pio IX responde hoy á los imitadores sacrílegos de aquel: « *Non possumus*. Imposible. » A pesar de esta contestación, á pesar de la excomunión, el poderoso emperador pasó adelante. El venerable anciano, por haber sostenido los derechos de la Iglesia, fué desterrado y encerrado

en el castillo de Fontainebleau, que fué su cárcel. Ya su antecesor Pio VI había muerto en Valencia, desterrado tambien y prisionero de nuestra primera República... ¡Oh, y qué atribuladas se sentirían entónces las almas cristianas, y como temblaría el corazón de aquellos, que estaban flacos en la fé! Pero escuchadme: ese Dios que, segun el profeta, exalta y humilla, no ha abandonado jamás su Iglesia; siempre esta barca, que á cada momento parece ha de naufragar, flota triunfante por encima de las olas, como vamos á verlo en la segunda parte.

*Segunda parte.* La Iglesia siempre ha salido victoriosa de las persecuciones, que ha experimentado. Así lo hemos visto en nuestros días, y estad seguros, seguiremos viéndolo en adelante! Si, lo veremos, no dudéis de éllo!... El brazo de Dios no se ha acortado, á la tempestad actual sucederá la calma.. Sabedlo, potentes, cuales quiera que seais, aunque os sentéis en tronos dorados y terciopelados de suntuosos palacios, aunque desde tribunas callejeras arangueis y atraigais á vuestro partido las masas turbulentas y haraposas, las promesas, que Dios nos ha hecho, no serán frustradas y veremos su cumplimiento... Y despues, cristianos, ¿por qué temer? ¿Acaso no tenemos en lo pasado la firme garantía del porvenir?... Cuentan los Libros santos, que en otro tiempo un temerario osó tocar el arca santa, y al momento le sorprendió la muerte<sup>1</sup>. Hasta hora tampoco ha habido ninguno, que se haya atrevido á tocar con mano sacrílega el Arca santa de la Iglesia, sin recibir ya acá en la tierra un castigo ejemplar!...

Os decía ántes, que Napoleon primero había reducido á prisión á Pio VII en Fontaineblau, lo cual ocurría en 1812. Pues bien, tres años más tarde Pio VII, el venerable Pontífice, regresaba triunfante á Roma, y el poderoso emperador vencido, perdida la corona y despojado de su gloria, cual el roble herido por el rayo, triste y cautivo, á bordo de un buque inglés se dirigía háci Santa Helena, isla desconocida, que la desgracia de este genio

1. II Reyes, vi, 6.

caído debía hacer célebre para siempre. Pero, ¿porqué encarnizarse con la Iglesia? ¿porqué perseguir al soberano Pontífice? ¿No le enseñaba la historia, que la barca de Pedro sale siempre á flote en medio de las tempestades; que, si Jesucristo parece algunas veces, que duerme, la oración de los fieles le despierta y que la maldición es siempre el patrimonio de los perseguidores de la Iglesia? Éste al menos murió por fin cristiano y arrepentido...

Hacia fines del siglo XI<sup>o</sup> habíase visto á otro príncipe, Enrique IV, emperador de Alemania, apoderarse de Roma, despojar al soberano Pontífice Gregorio VII de sus dominios y obligarle á huir. Este santo defensor de los derechos de la Iglesia había muerto en paz y gracia de Dios, acogido como un padre entre una familia amiga; y al morir pudo pronunciar las siguientes frases: « He aborrecido siempre la iniquidad, por esto muero en el destierro. » Así fué, pero ¿qué iba á sucederle á su perseguidor? Arrojado éste de su reinado por sus propios hijos, vióse obligado á mendigar un asilo, que siempre le fué rehusado, expirando poco despues en la mas triste miseria, sin que su cadáver consiguiese en muchos años sepultura cristiana!...

En fin, hermanos míos, sería cosa de nunca acabar, si me propusiese contaros la suerte funesta de todos los perseguidores de la Iglesia, y como ha salido siempre triunfante y gloriosa de sus furiosos esta divina Esposa del Salvador. En el siglo IV un miserable, educado en el seno de la Iglesia, renegó de su fé, para abrazar los errores de la idolatría. Llegó á ser emperador y es conocido en la historia por Juliano el Apóstata. Promesas falsas, burlas, vejaciones de todas clases, persecuciones públicas y cuanto de bajo y ruin puede pensarse, todo lo empleó para atacar á la Iglesia y destruir la religion. Hubo un instante, que pareció triunfar; pero Jesucristo desde el cielo velaba por su navecilla, agitada por tan temible tempestad, y llególe, como á todos los demás, su castigo á este perseguidor. Léjos, muy léjos de su palacio, en los desiertos de la Arabia, cayó en medio de su ejército herido por una mano misteriosa. Pálido de dolor y furioso toda-

vía contra la Iglesia, que había perseguido, y contra Cristo, de quien había blasfemado, viósele recoger con mano convulsa un puñado de sangre, que manaba de su herida, y lanzándola con furor hácia el cielo, exclamó: « Has vencido, Galileo. » Sí, el Galileo, (este es el nombre, que daba al divino Salvador en medio de su ira,) sí, Jesucristo había vencido de su perseguidor, como triunfará de todos aquellos, que actualmente persiguen su Iglesia. Permanezcamos, pues, sobre este punto sin temor ni angustia y no dejemos desfallecer nuestra fé.

PERORACIÓN. Á pesar de esto, cristianos, si hasta en medio de las circunstancias más difíciles debemos conservar una fé inquebrantable, si estamos seguros por las promesas del Salvador, que la barca, aun cuando tocase el fondo del abismo, no naufragará, reapareciendo un día triunfante sobre las olas; debemos emperosaber lo mucho que influye la oración en el corazón de Dios, y el deber sagrado que tenemos de ejercitarla en medio de las persecuciones y tormentas de la vida. Élla puede conseguir, que los días malos sean abreviados. Roguemos, pues, hermanos míos, roguemos mucho por la Iglesia; y sobre todo roguemos por su venerable cabeza. Hé aquí el propósito ó fruto que debéis sacar de esta instrucción.

Jesús aparenta dormir durante la tempestad. Es preciso, pues, que, como otras veces, le despierte la oración.

« *Domine, salva nos, perimus.* Señor, le dicen los apóstoles, *sálvanos, que perecemos.* » Él se despierta, manda á los vientos y á la tormenta, y sucede una gran calma. Nosotros os dirigimos la misma súplica: ¡ O! divino Pastor de la Iglesia, ved los estragos que la indiferencia, la impiedad y perversas pasiones están haciendo en todos los lados de vuestro rebaño; mirad como la usurpación triunfante pasea su insolencia en los propios muros de la ciudad, que habeis elegido para centro de vuestra Iglesia; mirad á vuestro Vicario, al venerable sucesor de san Pedro, á ese bondadoso pastor de nuestras almas, preso en su mismo palacio... Señor, salvadnos y abreviad los días de prueba. A cualquier lado que volvamos los ojos desde Oriente á Occidente, desde

medio día al norte, de todas partes soplan furiosos huracanes y se levantan horribles tormentas, para hundir la nave de san Pedro. Pronunciad, Señor, una de vuestras poderosas palabras, para que cesen los vientos y recobre la calma la mar agitada; que todos comprendan, que ese frágil esquiife, contra el cual su impío furor se desencadena con tanta insolencia, contiene los destinos espirituales del mundo; que se sometan á vuestra santa ley, para que de este modo entren todos con nosotros en esta bendita nave, que debe conducirnos al puerto de la bienaventuranza eterna... Así sea.

### PLAN DETALLADO DE UNA SEGUNDA HOMILIA

PARA EL CUARTO DOMINGO DESPUES DE LA EPIFANIA.

TEXTO. *Domine, salva nos, perimus* (San Mat., VII, 25.)

EXORDIO. Nuestro Señor Jesucristo venia de curar no solamente al siervo del centurión y á la suegra de san Pedro, sino á todos los enfermos, que se le habían presentado, (*San Mat.*, v. 16) cuando, segun dice el Evangelio de este dia, entró á bordo de una barca, etc. (relato del Evangelio). Sin duda, al permitir esta tormenta, quería Jesucristo, no solamente mostrar su poder sobre los elementos, si que tambien dar á sus apóstoles una idea de los sufrimientos, que les esperaban, etc.

PROPOSICIÓN. Consideraremos esta enseñanza como dada á nosotros mismos, haciendo sobre este particular tres reflexiones: 1º Esta tormenta es la imágen de los peligros, á los cuales está expuesta nuestra alma durante el curso de su vida; 2º la presencia de Jesucristo no impide siempre estas tentaciones; 3º tengamos mucho valor, porque si le rogamos, Jesús puede restablecer la calma.

*Primera parte.* Esta tormenta es la imágen, etc... No en vano los Padres y la Santa Escritura comparan la vida del hombre en

medio del mundo á una barca, navegando sobre un mar agitado. *Tanquam navis, quæ pertransit fluctuantem aquam.* (*Sap.* v, 10). Comparación detallada de los peligros, que corre el marino en alta mar, con aquellos, á que está expuesta nuestra alma en el mundo... Escollos, piratas, carencia de víveres, vientos contrarios, y sobre todo tormentas... Cuadro... *Qui navigant mare, enarrent pericula ejus.* (*Eccli.*, XLIII, 26). En parecida situación se encuentra nuestra alma en medio del mundo: ocasiones peligrosas, malas compañías, tedios, preocupaciones, y sobre todo temibles tormentas, suscitadas por las pasiones, etc.

*Segunda parte.* La presencia de Jesús, etc. En medio de esta tormenta, que amenazaba sumergir la nave, en que iban los apóstoles, Jesús dormía. Sueño misterioso... Pero, ¡cómo, o dulce Jesús! ¡aquellos que tanto amáis están en peligro, van á ser envueltos por las olas, y vos dormís! etc. De esta manera, hermanos míos, en medio de los sufrimientos y adversidades de la vida, cuando os visita la enfermedad, cuando la calumnia os persigue y os atormentan las tentaciones, sentís tal vez enfriarse vuestro corazón y apoderarse de vosotros, cual ola creciente, el desaliento, etc. ¡Oh Dios mío, qué he hecho yo, para verme tan atribulado? Sin embargo me parece, que... ¡Dios mío, ¿me habríais abandonado? « ¿Dónde estabais, Señor? diríamos de buena gana, como San Antonio. Estaba, podría contestarnos, estoy á tu lado, etc. La tentación purifica á los justos y acrecienta sus méritos.

*Tercera parte.* Tengamos buen ánimo, etc. Jesús duerme, pero no desea sino que se le despierte. Mirad á una madre, que se aleja un poco de su hijo, para enseñarle á andar; élla le aguarda sonriente, tendiéndole la mano; desde luego está triste el niño, pero hace un esfuerzo y vuelve á hallarse otra vez en los brazos de su madre. De esta manera hemos aprendido todos á andar... En medio pues de nuestras penas y tentaciones hagamos un esfuerzo, para acercarnos á Jesucristo, que, aunque parece alejarse, nos espera con los brazos abiertos: *Domine, salva nos, perimus*, y entónces Él, compadeciéndose de nuestra debilidad, nos infundirá

fuerza y valor, para soportar, etc. Entónces tal vez diga por su gracia una de esas palabras poderosas, que hacen parar el viento de las pasiones y calman, etc. *Et facta est tranquillitas magna.*

PERORACION. Quizás muchas veces, sin haberlo observado bastante, hayáis experimentado la verdad de estas palabras y la eficacia de esta poderosa protección. Si no habéis naufragado, si semejantes ocasiones peligrosas han cesado, y si la tentación no ha podido venceros, etc. no cabe duda que ha sido porque Jesús, etc. ¿Habéis reconocido en esto su poder? ¿os habéis atribuido el mérito? ¡Ah, reconoced al que os ha salvado de la tempestad y decid con admiración y gratitud amorosa: *Qualis est hic, quia,* etc. Es Jesús, el Dios bendito de nuestros corazones, á quien debemos amar y alabar por todos los siglos...

### HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO

DEL QUINTO DOMINGO DESPUES DE LA EPIFANIA.

(MAT. XIII, 24-31.)

#### Utilidad de la mezcla de los buenos con los malos.

TEXTO. *Simile ea crescere usque ad messem.* Dejadlos crecer juntamente una y otro hasta la siega.

EXORDIO. Hermanos míos, ¿quién no admirará la bondad incomparable de nuestro divino Salvador?

Queriendo que sus enseñanzas sean bien comprendidas, se acomodaba, se abajaba, en cierto modo, al nivel de las inteligencias más simples y más incultas. ¿Sabéis lo que hace la paloma? Élla tritura con su pico el pasto, que ha de dar á sus polluelos, á fin de que el estómago delicado de los mismos pueda digerirlo más

fácilmente. Lo mismo hace respecto á nosotros nuestro Señor Jesucristo, Habría podido ciertamente agotar todos los secretos del arte oratorio y los recursos de la elocuencia. Pero no; para hacerse entender, ha elegido la forma más sencilla é inteligible. Las comparaciones, y sobre todo las parábolas, es decir, comparaciones más ó ménos ampliadas, tal es el lenguaje, de que se sirve, para instruirnos. Nos refiere el Evangelio del presente día lo siguiente: « El reino de los cielos, dice al pueblo, es semejante á un hombre, que sembró buena simiente en su campo. Pero cuando los hombres estaban durmiendo, vino su enemigo, y sembró zizaña en medio del trigo y se fué. Y habiendo crecido la yerba y echado fruto, entónces apareció tambien la zizaña. Y llegando los siervos del padre de familia, le dijeron: Señor, ¿no sembraste buena simiente en tu campo? ¿De dónde, pues, le viene la zizaña? — Y él les dijo: El hombre enemigo ha hecho esto. Y los siervos le dijeron: ¿Quieres que vayamos y la cojamos? Y él dijo: No; no sea, que cogiendo la zizaña, arranquéis tambien con élla el trigo. Dejad crecer juntamente una y otro hasta la siega, y al tiempo de la siega diré á los segadores: Coged primero la zizaña y atadla en haces para quemarla, y el trigo recogedlo para mi granero. »

PROPOSICIÓN. En este Evangelio, hermanos míos, encontramos la justificación de un desórden aparente, que escandaliza con frecuencia á las almas débiles. Se extrañan algunos, de que Dios tolere á los malos. Varias veces un celo indiscreto nos obligaría, como á los apóstoles, á pedir que descienda fuego del cielo sobre ciertos pecadores escandalosos y los consuma<sup>1</sup>. Vosotros no sabéis, de que espíritu sois, dejándoos á veces llevar de estos deseos; por lo cual me propongo demostraros en esta mañana, segun la parábola que acabáis de escuchar, el fin, que quiere alcanzar la sabia Providencia con esta mezcla de buenos y malos...

DIVISIÓN. S. Augustin dice: « Dios conserva la vida á los malos, ó para que se arrepientan y se vuelvan buenos, ó para que por

1. Lúe, ix, 54.

fuerza y valor, para soportar, etc. Entónces tal vez diga por su gracia una de esas palabras poderosas, que hacen parar el viento de las pasiones y calman, etc. *Et facta est tranquillitas magna.*

PERORACION. Quizás muchas veces, sin haberlo observado bastante, hayáis experimentado la verdad de estas palabras y la eficacia de esta poderosa protección. Si no habéis naufragado, si semejantes ocasiones peligrosas han cesado, y si la tentación no ha podido venceros, etc. no cabe duda que ha sido porque Jesús, etc. ¿Habéis reconocido en esto su poder? ¿os habéis atribuido el mérito? ¡Ah, reconoced al que os ha salvado de la tempestad y decid con admiración y gratitud amorosa: *Qualis est hic, quia,* etc. Es Jesús, el Dios bendito de nuestros corazones, á quien debemos amar y alabar por todos los siglos...

### HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO

DEL QUINTO DOMINGO DESPUES DE LA EPIFANIA.

(MAT. XIII, 24-31.)

#### Utilidad de la mezcla de los buenos con los malos.

TEXTO. *Simile ea crescere usque ad messem.* Dejadlos crecer juntamente una y otro hasta la siega.

EXORDIO. Hermanos míos, ¿quién no admirará la bondad incomparable de nuestro divino Salvador?

Queriendo que sus enseñanzas sean bien comprendidas, se acomodaba, se abajaba, en cierto modo, al nivel de las inteligencias más simples y más incultas. ¿Sabéis lo que hace la paloma? Élla tritura con su pico el pasto, que ha de dar á sus polluelos, á fin de que el estómago delicado de los mismos pueda digerirlo más

fácilmente. Lo mismo hace respecto á nosotros nuestro Señor Jesucristo, Habría podido ciertamente agotar todos los secretos del arte oratorio y los recursos de la elocuencia. Pero no; para hacerse entender, ha elegido la forma más sencilla é inteligible. Las comparaciones, y sobre todo las parábolas, es decir, comparaciones más ó ménos ampliadas, tal es el lenguaje, de que se sirve, para instruirnos. Nos refiere el Evangelio del presente día lo siguiente: « El reino de los cielos, dice al pueblo, es semejante á un hombre, que sembró buena simiente en su campo. Pero cuando los hombres estaban durmiendo, vino su enemigo, y sembró zizaña en medio del trigo y se fué. Y habiendo crecido la yerba y echado fruto, entónces apareció tambien la zizaña. Y llegando los siervos del padre de familia, le dijeron: Señor, ¿no sembraste buena simiente en tu campo? ¿De dónde, pues, le viene la zizaña? — Y él les dijo: El hombre enemigo ha hecho esto. Y los siervos le dijeron: ¿Quieres que vayamos y la cojamos? Y él dijo: No; no sea, que cogiendo la zizaña, arranquéis tambien con élla el trigo. Dejad crecer juntamente una y otro hasta la siega, y al tiempo de la siega diré á los segadores: Coged primero la zizaña y atadla en haces para quemarla, y el trigo recogedlo para mi granero. »

PROPOSICIÓN. En este Evangelio, hermanos míos, encontramos la justificación de un desórden aparente, que escandaliza con frecuencia á las almas débiles. Se extrañan algunos, de que Dios tolere á los malos. Varias veces un celo indiscreto nos obligaría, como á los apóstoles, á pedir que descienda fuego del cielo sobre ciertos pecadores escandalosos y los consuma<sup>1</sup>. Vosotros no sabéis, de que espíritu sois, dejándoos á veces llevar de estos deseos; por lo cual me propongo demostraros en esta mañana, segun la parábola que acabáis de escuchar, el fin, que quiere alcanzar la sabia Providencia con esta mezcla de buenos y malos...

DIVISIÓN. S. Augustin dice: « Dios conserva la vida á los malos, ó para que se arrepientan y se vuelvan buenos, ó para que por

1. Lúe, ix, 54.

este madio los justos se vuelvan todavía mejores. » *Omnis malus aut ideo vivit ut corrigatur, aut ideo vivit ut per illum bonus exercetur*<sup>1</sup>.

Hé aquí dos pensamientos sobre los cuales voy á detenerme un instante. *Primeramente*. Dios conserva la vida á los malos para que se corrijan y se vuelvan buenos; *segundo*, Dios los conserva también, para que por este medio los buenos sean ejercitados y se hagan mejores.

*Primera parte*. Y desde luego Dios conserva la vida á los malos, para que se corrijan y vuelvan buenos... ¡ Ah, hermanos míos, nosotros sólo atendemos á nuestro gusto y conveniencia, cuando deseamos ver castigados á los malos... No conocemos el corazón de Dios, ni sabemos lo que vale ante él el alma del más pequeño. Él es justo, sin duda aborrece y detesta el mal. Sí, Dios mío, vos mismo lo habéis dicho, sois el Dios de santidad, y nada impuro, ni manchado puede agradaros; pero os llamáis también á vos mismo el Dios de la misericordia, no queréis la muerte del pecador, sino que se convierta y viva. Siendo padre infinitamente bueno, aguardáis tiempo y más tiempo al hijo pródigo, y si vuelve éste poseído de buenos sentimientos á arrojarle en vuestros brazos, ¡ oh entonces qué consuelo recibe vuestro corazón y cuánta alegría para el cielo!... Bajo este título es también, amados hermanos míos, como aprendimos á conocerle, cuando niños; si lo recordais, nuestras madres, al hablarnos de él, le llamaban el *Dios bondadoso*. Dios quiere la salvación de todos y la desea con verdadera voluntad, y ningún malo se condena sino por su propia culpa. La misericordia de Dios le hace preguntar á Cain, el asesino de Abel: ¿Qué has hecho de tu hermano? Y si el fratricida hubiese confesado humildemente y con arrepentimiento su crimen, hubiera así respondido al llamamiento de la misericordia y se hubiera salvado. David abusa de su poder, para mancharse con dos abominables crímenes, ¿Porqué, ¡ oh Dios, dejáis todavía reinar á este ingrato y no le castigáis? Pero no; un profeta va

1. In Ps. LIV. ad vers. 1<sup>a</sup>.

á reprender á este príncipe culpable, quien confiesa su falta. Señor dice él, he pecado, reconozco mi crimen. No me basta vuestra misericordia ordinaria, sino que necesito de la mayor de vuestras misericordias: *Miserere mei, Deus, secundum magnam misericordiam tuam*. David obtiene el perdón de sus culpas y llega á ser otra vez el amigo de Dios.

Hé aquí, pues, como Dios no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva. Pero aun hay algo más admirable. Decid, ó mi buen Salvador Jesús, decid ¿porqué habéis venido á la tierra? ¿Porqué tantas humillaciones y fatigas y vuestra dolorosa Pasión? « No he venido para llamar á los justos, sino para salvar á los pecadores. » Oís ya su contestación, hermanos míos, tratad de entenderla bien. Sin duda no la entendía bien aquel hombre piadoso llamado Carpo, del cual se habla en la *Vida de los Santos*. Unos paganos habían arrastrado á dos cristianos á la apostasia, y estos dos infelices se entregaron á todos los desórdenes propios del culto de los ídolos. Una noche, lleno de indignación el santo, suplicaba á Jesucristo hiciese cesar este escándalo, dando al propio tiempo un castigo ejemplar. Durmióse el santo, y en sueños recibió la siguiente lección. Le pareció ver el infierno entreabierto, y á los dos desgraciados, cuyo castigo deseaba, caer al fuego por una pendiente rápida. Estaban perdidos, nada podía evitarles el castigo, y con esto rebotaba de alegría Carpo. Pero un rayo de luz divina atravesó de repente la sombría claridad del abismo, y el mismo Jesucristo abrazado con la cruz cogía por la mano á estos dos infortunados y los sacaba del infierno, y después volviéndose hácia Carpo asombrado, le dijo: « Hiéreme á mí, antes que fomentar semejantes deseos. ¡ Ah, no sabes lo que valen las almas, cuánto me han costado y lo mucho que las amo! »<sup>1</sup>.

Además, hermanos míos, la paciencia de Dios con respecto á los pecadores muchas veces se ve coronada de éxitos maravillosos. ¿ Cuántos de vosotros lo habréis experimentado? Ó sino, de-

1. Cornelio Alapide in cap. vi. *Epl. ad Gal. et alibi*.

cidme, aunque en este momento os encontréis en gracia de Dios, ¿no habrá habido en vuestra vida instantes, en que, siendo esclavos del pecado, formabáis parte de los malos? Dios, pues, os ha dejado vivir, para que os corrigierais... Así mismo obra con respecto á los demás, los espera y tolera, como nos ha esperado y tolerado á nosotros; y entre los malos, que estamos á punto de maldecir, hay tal vez algunos predestinados... Mirad aquel hombre, que avanza amenazador y con el corazón rabioso por el camino de Damasco; ¿Qué va hacer? ¿y con qué objeto lleva tantas cadenas consigo?... Va á prender los discípulos de Jesucristo, á cargarles de ataduras y á conducirles presos á Jerusalem, habiendo jurado acabar con ellos.

¡Oh Dios, castigad á este malvado, que quiere aniquilar vuestra religion!... Y, en efecto, Dios le derriba en tierra, movido de su amor y misericordia. « Saulo, Saulo, le grita desde lo alto de los cielos una voz llena de ternura; ¿porqué me persigues? » Y Saulo, vencido por esta voz amorosa, abraza la religion, que queria destruir y fué su mas ardiente propagador; éste es conocido, como lo sabéis, por San Pablo, el Apóstol de los Gentiles y Doctor de las naciones...

*Segunda parte.* Pero, aun en el supuesto, de que nó se conviertan y perseveren en su maldad, los pecadores, como ya he dicho ántes, son útiles en este mundo á los ojos de la Providencia. Por medio de ellos los buenos son ejercitados y se vuelven mejores. Y desde luego su contacto sirve para purificar á los buenos de las imperfecciones, que éstos pudiesen tener. Un ejemplo muy familiar os hará comprender mi idea. Supongamos que tenéis un vaso de plata ó de otro metal precioso; este vaso ha perdido su brillo y está quizás lleno de manchas, efecto de la humedad, del aire ó de lo mucho que lo habeis usado. ¿Qué haréis para limpiarlo y devolverle el mismo brillo. ¿Lo frotaréis con un vaso del mismo metal? Ciertamente que no; sino que, tomando una cantidad de ceniza ú otro polvo parecido, formaréis cierta masa, con la cual lo limpiaréis, devolviéndole el brillo, que tenía ántes... Supongamos que sois buenos y justos; ¿esta bondad está exenta de man-

chas y defectos? El mérito de vuestros actos no será como deslustrado por el moho de muchas imperfecciones? Debeis pues saber, que aquellos, que vosotros llamáis malos, están destinados á limpiaros esas manchas, á curaros de todas esas imperfecciones. Estais demasiadó pegados á los bienes de este mundo y no os preocupáis por hacer limosnas; pues bien, si alguien comete alguna injusticia con vosotros, soportadla con paciencia, porque esto será la compensación y remedio, que Dios os exige, para curar el mal de vuestra avaricia. Estimáis demasiado vuestro honor, hallando quizás placer en alabaros á nosotros mismos, ó por lo ménos en que os ensalcen los otros por cualidades que tenéis y por otras, que no tenéis, bebiendo con tanta avidéz la copa de las adulaciones, que jamás os véis satisfechos; todo esto es una mancha que afea vuestra alma. Las murmuraciones y calumnias, pues, que los malos os dirigen, son el polvo ó ceniza, de que Dios se vale, para limpiar esa imperfección...

Acaso sois débiles para con vuestros hijos, juzgais con ojos de padre ó madre, creyéndoles sin defectos, ó al ménos vosotros no se los veis. Cariño demasiado débil y muchas veces injusto, como ya sabeis; eso constituye tambien otra imperfección. Pues bien, si alguno de vuestros enemigos ofende á vuestros hijos, mostrándose injusto con ellos, entonces si sabeis soportar con paciencia esta pequeña ofensa, repararéis así vuestras excesivas condescendencias de cariño maternal. Luego el contacto de los malos con los buenos sirve para curar las imperfecciones de estos últimos.

Pero hay más: los malos contribuyen tambien de una manera más directa á la santificación de los buenos.

En efecto, hermanos míos, poco mérito habría en vivir entre una sociedad, compuesta exclusivamente de justos y santos. ¿Qué valor puede tener la paciencia, cuando conseguimos todo lo que deseamos, y no hay nadie que someta á prueba nuestra paciencia? ¿Qué mérito hay, dice nuestro Señor, en amar á los que nos aman? Ninguno; la verdadera virtud consiste en amar á los que nos aborrecen, y pagar con beneficios á los que nos desean mal.

Ved á Jesucristo cargado con la cruz, coronado de espinas, y con su adorable rostro, cubierto de inmundas salivas y de sangre. Ved en medio de aquel inmenso gentío, recibiendo burlas, insultos ultrajes sobre ultrajes, sin que haya una alma que tenga compasión de él. ¡ Oh Dios mío, el corazón se estremece de horror ante tan cruel espectáculo. Ved aquella heroica mujer, la Verónica, que, avanzando intrépida, sin temor á los soldados y verdugos, ni hacer caso de lo que pueda decirse de ella, rompe por entre la turba, para limpiar la augusta faz de Jesús. Decidme, ¿ qué es lo que hace que sea tan admirable su abnegación? Los hombres, los malos que la rodean, el esfuerzo sobrehumano, que hace, para despreciar las habladurías y dar á su divino Maestro tan marcado testimonio de amor!...

Si esta prueba amorosa se la hubiese ella dado, cuando Jesús estaba en el Castillo de Betania, rodeado de sus apóstoles y amigos, ¿ no comprendéis que entonces su abnegación no hubiese resultado tan sublime y admirable? Así pues, vosotros, hermanos míos, cuando á pesar de las burlas de los impíos ó de las persecuciones de los malos, asistáis con regularidad á los oficios divinos y practiquéis los deberes de la religión; cuando á pesar de los sarcasmos que tal vez os esperen, vayáis á arrodillaros ante el tribunal de la penitencia para después recibir la santa comunión, creed entonces, que los malos os han sido útiles, que han multiplicado la energía de vuestra fé, acrecentado vuestro mérito y embellecido vuestra corona...

PERORACIÓN. *Dejad erocer la zizaña hasta la cosecha*, dice el sembrador de nuestro Evangelio. Dejemos también, hermanos míos, dejemos vivir á los malos, sin maldecirles, dejémoslos en manos de la Providencia de Dios, y sobre todo en las de su misericordia. Ellos son útiles en la tierra, como acabo de demostrarlo. Y sobre todo, no olvidemos, que poseen también un alma, como la nuestra, que le ha costado mucho á Nuestro divino Salvador. Ya que la bondad de Dios los tolera, tolerémoslos nosotros también, sin unirnos jamás á ellos ni aprobar sus defectos. Sopor-témoslos también, aunque blasfemen de aquello, que nosotros

más estimamos. Roguemos á Dios, que los ilumine y convierta.

¡ Ah, ya llegará un tiempo, en que serán bastante infortunados, si, por desgracia, tienen la suerte de la zizaña, para ser arrojados á las terribles llamas del infierno.

En cuanto á nosotros, hagamos que por nuestra fé, amabilidad, paciencia y caridad, merezcamos el día de la cosecha, es decir, el día del juicio final ser colocados entre los elegidos por el Padre eterno en aquella hermosa mansión del paraíso, donde bendeciremos á Dios por todos los siglos de los siglos. Así sea.

#### PLAN DETALLADO DE OTRA SEGUNDA HOMILIA

PARA EL QUINTO DOMINGO DESPUES DE LA EPIFANIA.

TEXTO. *Domine, nonne bonum semen, etc.*

EXORDIO. Relato del Evangelio... Cuando la multitud se retiró, los discípulos se aproximaron á él y le dijeron: Maestro, explicadnos que quiere decir la palabra zizaña, mezclada con la buena semilla, etc.

PROPOSICIÓN Y DIVISIÓN. Tratando de aplicarnos especialmente las enseñanzas contenidas en esta parábola, vamos á examinar dos cosas: 1º Lo que es necesario entender por el hombre, que siembra, y por el buen grano que es sembrado; 2º ¿ Quién es el enemigo, y qué debe entenderse por la zizaña, que esparce?

Primera parte. Bajo la imagen del hombre, que arroja buena semilla en su campo, ha querido designarse Jesucristo á sí mismo, según él dijo, y consigo á sus ministros, predicadores y representantes en la tierra.

El campo, al cual ha confiado la buena semilla, es nuestra alma; esta semilla es la verdad, las luces de la fé, las instrucciones, que se nos dan... Examinemos ahora, amados cristianos, si hemos recibido en abundancia de esta buena semilla. En efecto, no tene-

mos porque quejarnos. Desde las primeras lecciones, que nos han dado nuestras madres, si estas han cumplido con su sagrada misión, hasta ahora, se nos ha hablado muchas veces de Dios, de la Santísima Virgen, de la virtud y de los deberes, que teníamos que cumplir. Recordemos particularmente las instrucciones, tantas veces repetidas, juntamente con las abundantes gracias, que las acompañaban en aquellos momentos, en que nos preparábamos á la primera comunión. ¡ Oh sobre qué campo tan bien preparado caía entonces la divina semilla! etc... Cuadro... Si, oh divino Salvador, lo reconocemos, vos no quisisteis, que nuestra alma fuese un campo estéril. Derramasteis en ella con profusión la buena semilla de vuestra gracia; vuestra presencia en nuestros corazones por medio de la santa comunión fué como una sávia fecunda que debía hacer germinar, crecer y llevar frutos á esta bendita semilla. Gracias por é ello, Dios mio.... Acto de agradecimiento...

*Segunda parte.* Pero decidme, hermanos míos, ¿ hemos permanecido siempre fieles á las gracias é inspiraciones del día de nuestra primera comunión? ¿ Estos gérmenes de fé, de inocencia, de piedad están suficientemente desarrollados, para no dejar entrar en nuestros corazones la zizaña? ¿ Quién es, pues, ese enemigo, que ha podido sembrar malas yerbas en medio de la buena simiente? Un día nuestro Señor libertaba un poseño; preguntando al demonio, que atormentaba á este hombre, cual era su nombre. « Me llamo *legión*, » respondió, « porque somos muchos. » Pues bien; el enemigo, que siembra la zizaña en nuestras almas, se llama con el mismo nombre. No va solo; Satanás, el mundo, las pasiones, las malas compañías, y hasta me atrevería á decir, que muchas veces los mismos padres, etc...

Quizás os sorprenda esto último, ¡ hasta los mismos padres! Y á pesar de é ello, os lo debemos decir, porque es verdad, pues así nos lo ha demostrado nuestra triste experiencia. ¿ Queréis la prueba de ello? es muy fácil. Había veinte, treinta, ó cuarenta niños, poco más ó ménos el día de la primera comunión, entónces los visteis piadosos como ángeles y animados de los mas puros

sentimientos. ¿ Se encuentran hoy en las mismas disposiciones? ¿ No hay en el campo de su corazón más que puro trigo? Dónde está aquell candor, piedad y fé viva? La zizaña los ha quizás sufocado, ó por lo ménos tenemos la desgracia de verla crecer al lado de la buena simiente. Si los padres no tienen culpa alguna en esto, decidme, hermanos míos, ¿ cómo es, que generalmente los padres verdaderamente cristianos saben conservar la fé en el corazón de sus hijos, mientras por el contrario pocas veces se conserva la piedad, cuándo en el hogar y en el seno de la familia no reina el buen ejemplo? ¡ Y si vosotros mismos, o padres no habéis sembrado esta zizaña, por lo ménos habéis faltado á la vigilancia debida; y mientras vosotros dormíais, el enemigo se ha presentado, quizás bajo la forma de un mal libro, de un compañero libertino ó compañera pervertida, etc., etc., y ha arrojado la zizaña en esos corazones. Nosotros, como fieles ministros de Jesucristo, habíamos sembrado allí el buen grano, etc...

*PERORACION.* No, no sois inocentes, padres, que careceis de fé y vigilancia. Y si se nos preguntase: Es cierto, que solo sembrasteis buen grano en este campo, ¿ de donde, pues, hay tanta zizaña? Algunas veces nos veríamos obligados á contestar: Es este padre que blasfema, ó aquella madre que es demasiado débil, la cual, etc... *Inimicus homo*, etc... Pero no lo olvideis, vendrá el tiempo de la cosecha, es decir el día del juicio final, y si vuestros hijos tienen la desgracia de ser tratados como zizaña, no esperéis vosotros ser considerados como buen grano, si por culpa vuestra se ven tratados así vuestros hijos, pues, etc... ¡ Ah, aprovechemos, hermanos míos, los días que Dios nos concede, para arrepentirnos de lo pasado, despojémonos de la zizaña, que podamos tener y seamos el verdadero trigo del Señor, que debe colocarse en los graneros del Padre eterno...

## HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO

DEL SEXTO DOMINGO DESPUES DE LA EPIFANIA.

(MAT., XIII, 31-35.)

Sobre la parábola del grano de mostaza, aplicada al establecimiento de la religion cristiana.

TEXTO. — *Volucres caeli veniant et habitent in ramis ejus.* Las aves del cielo vienen y anidan en sus ramas.

EXORDIO. Hermanos míos, después de haber dado nuestro Señor al pueblo, que le rodeaba, varias enseñanzas bajo la forma de parábolas, añadía las dos siguientes, que leemos en el Evangelio del día de hoy: « El reino de los cielos es semejante á un grano de mostaza, que, tomándolo un hombre, lo sembró en su campo. El cual, á la verdad, es el más pequeño de todas las semillas, pero cuando ha crecido, es mayor que todas las legumbres, y se hace árbol, de suerte que vienen las aves del cielo y se posan en sus ramas. Otra parábola les dijo: El reino de los cielos es semejante á la levadura, que tomándola una mujer, la envuelve en tres cantidades de harina, hasta que todo ha fermentado. » Todas estas cosas, continúa el Evangelista, habló Jesús al pueblo en parábolas, y sin parábolas no le hablaba; para que se cumpliese lo que fué dicho por el profeta David: « Abriré mi boca con parábolas, publicaré cosas, que están escondidas desde la creación del mundo. »

¿Qué es, pues, este grano de mostaza, al cual Nuestro Señor compara el reino de los cielos? Todos conocéis esta planta con flores de color amarillo ó blanco, la cual desplegándose durante el mes de Mayo, invade á veces vuestros campos, amenazando vuestras cosechas. Esta yerba es el cenabe ó mostaza, porque esos dos nombres indican el mismo género de planta. Con aquella designa Jesucristo una especie de mostaza, cuya simiente es muy

pequeña, y la cual crece en Palestina de una manera tan extraordinaria, que alcanza en ciertos casos la altura y consistencia de un arbusto<sup>1</sup>. Las especies que producen nuestros climas, se elevan rara vez á semejante altura. Hé querido daros antes esta explicación, para haceros entender bien el sentido literal de esta Parábola.

PROPOSICIÓN. Me propongo en esta mañana hacer aplicación de esta parábola al establecimiento de nuestra santa religion, para induciros á bendecir á Dios y á darle gracias, al ver con cuanta evidencia aparece su divina Providencia en la maravillosa obra de esta institución.

DIVISION. Por eso diré algunas palabras, *primeramente*: Sobre el origen de la religion cristiana, *en segundo lugar*: sobre su propagación; y *por último*: sobre su definitivo establecimiento...

*Primera parte.* Su origen. *El reino de los cielos*, dice Nuestro Señor Jesucristo, *es semejante á un grano de mostaza, el cual, á la verdad, es el más pequeño de todas las semillas.* Así, la religion cristiana, la Iglesia católica, esta divina sociedad, á la que pertenecemos, tuvo un principio más humilde, que cualquier otra sociedad. Para mostraros la humildad de su origen, no os conduciré al pesebre de Belen, á media noche, á aquella hora, cuyo aniversario tan solemnemente celebramos cada año. Transportémonos desde luego al Calvario, á la tarde del Viernes santo. ¿Véis ese cuerpo inanimado, suspendido de la cruz? Cerca de él está una madre desconsolada y algunos amigos afligidos. Lo bajan de la cruz; el amor maternal y el agradecimiento lo bañan con sus lágrimas; en seguida se le envuelve en un sudario, para ponerle en el sepulcro. Hé aquí el origen, es decir el punto, de donde partimos nosotros los cristianos. El grano de mostaza es depuesto en la tierra; Jesucristo duerme en su sepulcro... Pero, si cerca de cada semilla ha colocado la Providencia un calor, una humedad, una sávia, que la fecunde; o cuerpo sagrado de mi Jesús, no os dejó tampoco el divino poder en medio de este abatimiento de la

1. Cornelio Alapide *ibid.*

tumba... Lo ha dicho un profeta; vos no debéis pasar por la corrupción de la sepultura<sup>1</sup>; vuestro sepulcro será glorioso<sup>2</sup>. En efecto despues de tres días resucita... Pero sus apóstoles mismos rehúsan creer este prodigio; para convencerles son menester repetidas apariciones y las mas abundantes pruebas... Poned, ó Tomás, vuestra mano en las cicatrices dejadas por los clavos y en la llaga, que ha hecho una lanza cerca del corazón de vuestro Maestro! Ahora, ¿estáis bien convencido de que es Él mismo? Sí, puesto que os prosternáis y le adoráis diciendo: « Sois mi Señor y mi Dios<sup>3</sup>. »

El grano de mostaza ha germinado, pero aun no ha salido de la tierra, pues Jesucristo no ha subido todavía al cielo. Pocos días después, en presencia de sus apóstoles, desaparece en una nube luminosa y elevase hácia su Padre. « Aguardad, les había dicho, ántes que se fuese, aguardad, para separaros, á que haya enviado el Espíritu Santo sobre vosotros<sup>4</sup>. Los veo, fieles á aquella recomendación, congregados, tímidos y ansiosos en el Cenáculo el día de Pentecostes. Las puertas están cerradas; tienen miedo; ellos son pobres pescadores, artesanos, hombres del pueblo. Apenas tienen idea de la sublime misión, á la cual les destina Aquel, que han llamado su Maestro. De repente óyese un gran estruendo, el Espíritu Santo descende sobre cada uno de ellos en forma de lenguas de fuego<sup>5</sup>; los ilumina, los transforma. Se acuerdan ahora, que Jesús les ha dicho: *Como me envió mi Padre, os envío también á vosotros, id y enseñad á todas las naciones*<sup>6</sup>... Y hé aquí que se proponen cumplir con esta misión, que el divino Maestro les confiara. Eso viene á ser, pues, como el pequeño grano de mostaza, que, despues de una bienhechora lluvia, rompe la corteza de tierra, que le impedía salir á fuera. Tal es, hermanos míos, el origen, tales son los comienzos de la religion cristiana. ¿ No tenia razon al decirnos, que nada humanamente había sido más humilde, más pequeño que este origen?

1. Salmo xvi, 10.

2. Isaias, xi, 18. — 3. San Juan, xx, 27, etc. — 4. Hechos, i, 4.

5. Hechos, ii, 3. — 6. San Juan, xx, 21; San Mat. xxviii, 19.

*Segunda parte.* Veamos ahora cómo nuestra santa religion, tan débil en su principio, se ha acrecentado y propagado. Prosigamos la aplicación de nuestra Parábola... El grano de mostaza ha brotado, la planta comienza á apuntar; pero, ¿ cuántos obstáculos aun podrán oponerse á su crecimiento? La sequedad interrumpirá su desarrollo, los animales se esforzarán por devorarla; ciertos insectos, agujereando sus hojas y chupando su sávia, harán, que se ahile. Pero la Providencia de Dios cuidará de élla. ¡ Pobre pequeña planta, tú, tan frágil, te desarrollarás bajo su protección, porque Aquel que ha criado el sol, no desdena el cuidado aun de la brizna de yerba!... Si es así, veamos ahora, hermanos míos, cómo Dios mismo se ha interesado de una manera tan evidente como milagrosa en la propagación, en el desarrollo de nuestra santa religion... Hemos dejado á los Apóstoles en el Cenáculo, bien decididos bajo la inspiración del divino Espíritu, que acaban de recibir, á cumplir la misión, que les ha confiado Nuestro Señor. ¿ Y cuál es esta misión, pregunto?... La de convertir el universo á la religion cristiana.

Veamos ahora quiénes son aquellos hombres, encargados de tan árdua empresa. En aquella época florecían en una ciudad de Grecia, llamada Atenas, célebres escuelas de filosofía, en las cuales la juventud más ilustre se congregaba, para aprender la elocuencia y las ciencias humanas. ¿ Son los apóstoles unos sabios, unos profesores de esas escuelas? No, son hombres simples é ignorantes, sin influencia, ni prestigio! Había en aquel tiempo gentes opulentísimas, que poseían millares de esclavos, montones de oro y terrenos inmensos...? Son los apóstoles de este número? No, pues, nada poseen: una cabaña, quizás un pequeño campo, y aun están dispuestos á abandonarlo. Había generales, que estaban á la cabeza de los ejércitos, soldados ilustres que siempre habían salido victoriosos... ¿ Pertenece á aquellos á esta clase? De ningún modo. No tienen ni talento, ni riquezas, ni poder...

Lo que poseen es un ardiente deseo de obedecer á Jesucristo, y de ir, conforme á su orden, á anunciar el Evangelio á las naciones... ¿ Pero, qué dice este Evangelio, que van á predicar? Sin

duda alguna es una doctrina dulce y fácil, y que los pueblos recibirán con entusiasmo... ¡ Oh, hermanos míos, bien sabéis, que no es así! Nosotros, que hemos sido instruidos en el seno de la religión cristiana, arrullados en sus brazos, alimentados con la leche de su doctrina, á penas queremos someternos á sus mandamientos. ¿ qué debía pues suceder con los paganos?... Decir á aquellos hombres orgullosos hasta la locura, tiranos de sus esclavos, entregados sin remordimiento á los placeres más criminales, dominados por las pasiones más disolutas, decirles: « Sed humildes, sed castos, sed mansos, sed caritativos, » era, en verdad, crear toda una moral diversa! Hablarles de la vida futura, de los suplicios del infierno y de la gloria del cielo; enseñarles lo que debe uno hacer, para merecer el uno y evitar el otro, inducir á aquellas hombres impíos y pervertidos á prosternarse á los pies de Nuestro Señor Jesucristo, ¿ no era cosa humanamente imposible? ¡ Oh cuántos hombres, fastidiados de oírles, debieron responder á ellos lo que respondían á San Pablo los jueces del Areópago: *Basta, basta, te oírémós acerca de esto otra vez*<sup>1</sup>. Pero los Apóstoles triunfan de esa indiferencia y de esas repulsiones, conquistando algunas almas para Jesucristo, y hé aquí que el infierno se arma contra ellos y se levantan las persecuciones: emperadores, magistrados, nobleza, populacho, en todas partes resuena el mismo grito, pidiendo la muerte de los cristianos... ¡ Pobre grano de mostaza, tú has triunfado de la sequedad, ahora quieren los animales devorarte! Pero Él que ha dicho á sus apóstoles: *Estoy en medio de vosotros*<sup>2</sup>, ha cumplido su palabra; los verdugos son vencidos, las persecuciones se extinguen, anegadas en la sangre de los mártires...

Se levantan entonces las herejías, para atacar á su vez la religión... ¿ Habéis observado aquellos insectos, que, naciendo sobre una planta, cuya sávia les habia alimentado, se encarnizan despues contra élla, devoran sus hojas, sus flores y sus frutos y le arrebatan todos sus encantos y belleza? Así, nacidos en el seno

1. Hechos, xvii, 32. — 2. San Mat., xviii, 20.

de la religion, á veces sustentados con sus limosnas, se hacen los herejes agresores de esta madre, que les ha instruido, quieren destruirla y arrebatarle lo que constituye su gloria y hermosura... Semejantes á ciertos cristianos de nuestros días, que desechan sus dogmas por demasiado misteriosos, y sobre todo su moral por demasiado severa. ¡ Si por lo ménos quisiera élla suavizar un poco lo austero de su moral! « *Pasad, pasad*, les responde, *yo no cambio* ». Y en esta lucha de las herejías, la más terrible quizás, que tuvo que sostener nuestra santa fé, no le faltó jamás la divina protección; élla triunfa de las herejías, lo mismo que de los perseguidores.

*Tercera parte.* Me falta ahora hablaros de su establecimiento definitivo. Volvamos aun á nuestra parábola... Pasando por todas las vicisitudes, que podían oponerse á su crecimiento, se ha desarrollado el pequeño grano de mostaza, despliega sus hojas verdes y sus ramasse estienden á lo léjos; las aves del cielo se deleitan en posarse sobre éllas, porque allí encuentran á la vez alimento en su grano y abrigo en sus hojas. Así despues de triunfar de los obstáculos, de que acabo de enumeraros solamente una pequeña parte, nuestra santa religion, sostenida por su divino Autor, se habia propagado en casi todas las naciones. Élla habia triunfado de la corrupción romana y domado la ferocidad de los bárbaros. Los pueblos más lejanos enviaban mensajeros al sumo Pontífice, solicitando misioneros, para instruirlos en la misma.

Era como un inmenso árbol, á cuya sombra todas las naciones deseaban cobijarse. La cruz del divino Salvador, enarbolada en las playas más remotas, indicaba el triunfo de Jesucristo; élla sombreaba las tumbas, ornaba la corona de los emperadores, resplandecía sobre la cima de las cúpulas de nuestros templos, hasta en la aldea más desconocida. Pues bien, decídmelo, hermanos míos: si habéis perfectamente comprendido el origen tan humilde de la religion cristiana, su desarrollo, sin socorro alguno humano, á través de los obstáculos más terribles, ¿ no véis en su institución una prueba evidente de la protección y del socorro particular de Dios? Pero, lo sabéis, Dios es justo, no protege sino lo que es

bueno, y si se trata de religion, no puede proteger sino lo que viene de él; de donde se infiere, que nuestra santa religion, tan visiblemente ayudada de Dios, es verdaderamente divina.

¿Quizá me digais, que en nuestros dias son muchos los que tienen en poco esta religion santa, la desconocen, la ultrajan; que en este tiempo sobre todo es cruelmente perseguida... Pues bien, ¡qué importa! Acaso el tránsito más ó ménos prolongado de densos nubarrones por delante del sol impide, que él no sea el rey de los astros y un foco constante de calor y de luz!... No, no, hermanos míos; esos nubarrones desaparecerán, y el sol volverá á tomar su brillo y esplendor... A veces cuando el cielo está sereno, juegan alegremente en los aires los pájaros, pero si se levanta una tempestad, un huracan, pronto les vemos retirarse á las ramas del árbol, que puede resguardarlos. De la misma manera aquellos hombres, que parecen desdeñar la religion, dando rienda suelta á sus pasiones, cuando se vean afligidos por las enfermedades ó pesadumbres de la vida, y los tedios de la vejez pongan coto á las ansias del vil placer, cuando sobre todo la muerte, presentándose erguida ante ellos, les diga: « Héme aquí! » ¡ah, por cierto, entónces vendrán muchos á buscar abrigo, refugio y consuelo en los brazos de nuestra santa religion. Permitidme, para concluir, el citaros un célebre ejemplo, sucedido casi en nuestros días...

PERORACIÓN. Hacia el año 1820, vivía en Italia un hombre, el cual, aunque jóven, se habia conquistado una gran celebridad; se llamaba Silvio Pellico. Aunque nacido de padres cristianos, se habia afiliado á las sociedades secretas y conspiraciones políticas, y habia por completo abandonado la religion y sus santas prácticas. « Temía, dijo él mismo, ser tenido por un espíritu débil, si no hacia el filósofo. Mi creencia era mutilada, vacilante y sin fé. No tenia realmente religion alguna, era muy semejante á un ateo. » La desgracia vino á visitar á este jóven. Al descubrirse una conspiración, fué condenado á pasar diez años en dura prision. Allí le esperaba Dios... Su pobre alma, agitada por la tribulacion, como por un viento borrascoso, tuvo la dicha de

encontrar en la religion un refugio, un consuelo, un abrigo. Despues de haber recobrado la libertad, conservó los piadosos sentimientos, que la desgracia le habia inspirado, y una última carta, que hacia escribir pocos momentos ántes de su muerte, termina con las siguientes palabras: « Señor, encomiéndome mi espíritu en vuestras manos <sup>1</sup>. » Podría multiplicar estos ejemplos; pero ya veis, que, á pesar de las tristes defecciones, que á veces vienen á contristarnos, esta religion, este grano de mostaza, cuyo crecimiento y desarrollo Dios ha tan divinamente protegido, queda siempre siendo el árbol, sobre el cual las aves del cielo, es decir, las almas honestas é inteligentes vienen á refugiarse.

¡Santa religion, sed tambien el refugio y reposo de nuestras almas! Humilde grano de mostaza, al verte crecer, engrandecer y triunfar, á pesar de tantos y tan formidables obstáculos, ¿quién podría no reconocer en tí una obra divina?... Sí, el dedo de Dios está ahí: *Digitus Dei est hic* <sup>2</sup>. Eres su obra. ¡Démole por éllo eternas gracias y bendiciones! Árbol tutelar, que cobijas y proteges el universo con tus inmensas ramas, nos complacemos en vivir bajo tu benéfica sombra; nuestro espíritu vuelve á encontrar en tí la calma: nuestro corazon, la paz y la alegría. Que podamos siempre, ó santa religion, creer con fé viva las verdades, que nos enseñas y practicar con una caridad y fidelidad constantes los deberes, que nos prescribes, á fin de que Dios corone un día la esperanza, que tenemos de verle cara á cara en la bienaventuranza eterna... Amen.

1. *Célebres conversiones contemporáneas*, p. 375.

2. *É.odo*, VIII, 19.

## PLAN DETALLADO DE UNA SEGUNDA HOMILIA

PARA EL MISMO DOMINGO.

Parábola de la levadura aplicada al espíritu de fé.

TEXTO. *Simile est regnum cælorum fermento* (Mat., XIII, 33).

EXORDIO. Relato del Evangelio... Bajo la imágen de este grano de mostaza, el cual, tan pequeño en su origen, hácese repentinamente un gran árbol, ha querido Nuestro Señor designar su Evangelio, que, poco conocido en sus principios, se ha propagado de una manera tan maravillosa, extendiéndose en todas las naciones. La parábola de la levadura encierra en sí el mismo pensamiento... Sin embargo...

PROPOSICIÓN. En esta mañana, pues, me detendré particularmente en esta última parábola, y en esa levadura, que mezclada á la harina la hace fermentar, y produce un pan más ligero, más sabroso y agradable al gusto, veremos el símbolo del espíritu de fé, que debe...

DIVISION. Si el espíritu de fé anima nuestra alma, produce en élla un efecto semejante al de la levadura mezclada á los tres medidas de harina: 1º Él regula nuestros juicios; 2º él dirige nuestros afectos; 3º él santifica nuestros actos.

Primera parte. El espíritu de fé regula nuestros juicios. — Ved como los hombres son diferentes en sus juicios, en sus apreciaciones. Todos aspiramos á la felicidad; pero ¿ en qué consiste tan deseada felicidad? — El hombre sensual la pone... el ambicioso la hace consistir... el sabio tiene esperanza de encontrarla... ¿ Por qué estos juicios tan diametralmente opuestos? Es porque las luces de la fé no han suficientemente penetrado la inteligencia; esta levadura, este divino fermento no la ha fecundado lo bastante... Si consultára uno la fé, nos diría que los placeres, las riquezas,

la ciencia no constituyen la felicidad; que la verdadera felicidad consiste en conocer á Dios y en servirle.

Pero, ¿ qué pocos cristianos siguen en sus juicios las inspiraciones de la fé!... Juzgamos más frecuentemente segun las máximas del mundo... Detalles... Pobreza... *Beati pauperes* 1. Sufrimientos, desgracias... *Beati qui lugent* 2... Muere súbitamente un hombre en la flor de su vida. — ¿ Qué desdicha! diréis. ¿ Es acaso la suerte de su alma la que os inspira estas reflexiones? No, es más bien otra cosa... Era jóven!... Prosperaba su comercio... Era dichoso sobre la tierra... Vanidad! falso juicio! Una fé viva mira principalmente á su alma...

Segunda parte. El espíritu de fé dirige... De la misma manera que esta pequeña cantidad de levadura, después de haber fermentado la harina, hace el pan más ligero, así el espíritu de fé, después de haber penetrado nuestra inteligencia, hace nuestro corazón más libre y más fácilmente dueño de sus afectos. Nuestros afectos no son otra cosa sino una consecuencia de nuestros juicios... Si este espíritu nos anima, preferiremos á Dios sobre todo, amaremos á nuestro prójimo, atendiendo á su alma. Daremos mayor importancia á nuestros intereses espirituales, que á los corporales. Los bienes de este mundo, los apeteceremos segun el orden establecido por Dios, prefiriendo á ellos los bienes eternos.

Los afecciones para con los parientes, los hijos, los amigos, serán arregladas conforme á las luces de la fé, es decir, á los preceptos, que Dios nos ha dado, y á las enseñanzas, que Jesucristo nos ha dejado...

Tercera parte. El espíritu de fé santifica. Esta poca levadura colocada en tres medidas de harina no sólo las fermenta, haciendo el pan más ligero, sino también le comunica un gusto, un sabor, de que carece él no fermentado. Así el espíritu de fé santifica nuestros actos... Él nos muestra á Dios siempre presente, y en presencia de Dios, ¿ quién se atravesaría á hacer el mal? Pero bajo el ascendiente de este espíritu nuestros actos, aun los más vul-

1. San Mat., v, 3. — 2. San Mat., v, 5.

gares, se santifican... Si, vuestros trabajos cotidianos, estas ocupaciones las más ordinarias... estas fatigas podéis santificarlas, hacerlas dignas de una recompensa eterna, si la fé las anima. Si sucede así con los actos comunes, ¿qué sucedería con las limosnas, con la oración...? ¡Oh qué tesoros de méritos perdemos por no poseer el espíritu de fé! Cuántos de nuestros actos, privados de este precioso fermento, quedan sin sabor, es decir, sin mérito alguno delante de Dios!...

PERORACIÓN. Santa Iglesia de Jesucristo, vos en cuyos brazos fuimos recibidos el día de nuestro bautismo, vos sois esta mujer, esta madre que habéis depuesto en nuestra inteligencia, en nuestro corazón y nuestra voluntad este precioso fermento de la fé. ¡Ah, que no quede sin efecto en nuestra alma! Que esta fé bendita, regulando nuestros juicios... dirigiendo nuestros afectos... santificando nuestros actos... haga nuestra vida meritoria ante Dios...

### HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO

DEL DOMINGO DE SEPTUAGÉSIMA.

(MAT., XX, 1-16.)

Explicación de la parábola acerca del padre de familia, que envía obreros para trabajar en su viña.

TEXTO. *Quid hic statis tota die otiosi?* ¿Por qué estáis aquí todo el día ociosos?...

EXORDIO. « En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: El reino de los cielos es semejante á un padre de familias, que salió muy de mañana con objeto de ajustar obreros para su viña. Habiéndose, pues, ajustado con los obreros á razón de un dinero diario, los envió á su viña, y habiendo salido á eso de la hora ter-

cia, vió otros que estaban en la plaza ociosos, y les dijo: Id también vosotros á mi viña, y os daré lo que fuere justo. Y ellos fuéron. Salió otra vez á eso de la hora de sexta y de la nona, é hizo lo mismo. A eso de la undécima salió y encontró otros, que estaban en pié, y les dijo: ¿Qué haceis aquí todo el día ociosos? Respondieronle: Porque nadie nos da jornal. Y él les dijo: Id vosotros también á mi viña. Al anochecer dijo el señor de la viña á su mayordomo: Llama á los obreros, y págales el jornal, comenzando desde los postreros hasta los primeros. Habiendo, pues, venido los que fuéron cerca de la hora undécima, recibió cada uno su dinero. Y viniendo también los que habían ido los primeros, creyeron recibir más: pero se les dió un dinero, como á los otros, y al recibirlo murmuraron contra el padre de familias, diciendo: Estos últimos no trabajaron más que una hora, y los igualas con nosotros, que hemos llevado el peso del día y del calor. Mas él respondió á uno de ellos, y le dijo: Amigo, no te hago injuria. ¿Por ventura no te ajustate conmigo por un dinero? Toma pues lo que te pertenece, y véte; yo quiero dar á este último lo mismo que á tí. ¿No puedo yo hacer lo que quiero? ¿Por ventura es malo tu ojo, porque yo soy bueno? De esta manera los últimos serán los primeros, y los primeros últimos, porque son muchos los llamados, y pocos los escogidos. »

PROPOSICIÓN. Tal es, hermanos míos, el relato del Evangelio del día de hoy. Esta parábola ha recibido varias interpretaciones, que sería demasiado largo enumerar aquí<sup>1</sup>. Detendrémos por esta mañana en algunas consideraciones prácticas. Haga Dios, que todos las comprendamos bien y saquemos de ellas algún provecho para nuestras almas.

DIVISIÓN. Os diré pues: *primeramente*, que esta viña, en cuyo cultivo debemos trabajar, es nuestra alma, que hemos de santificar; *en segundo lugar*, que estos obreros, llamados á diferentes horas del día, nos representan el momento, en que la gracia de Dios nos llama, instándonos más fuertemente; *y por último*, que este dinero,

1. Véase Corn. á Lápide sobre este Capítulo de san Mateo.

gares, se santifican... Si, vuestros trabajos cotidianos, estas ocupaciones las más ordinarias... estas fatigas podéis santificarlas, hacerlas dignas de una recompensa eterna, si la fé las anima. Si sucede así con los actos comunes, ¿qué sucedería con las limosnas, con la oración...? ¡Oh qué tesoros de méritos perdemos por no poseer el espíritu de fé! Cuántos de nuestros actos, privados de este precioso fermento, quedan sin sabor, es decir, sin mérito alguno delante de Dios!...

PERORACIÓN. Santa Iglesia de Jesucristo, vos en cuyos brazos fuimos recibidos el día de nuestro bautismo, vos sois esta mujer, esta madre que habéis depuesto en nuestra inteligencia, en nuestro corazón y nuestra voluntad este precioso fermento de la fé. ¡Ah, que no quede sin efecto en nuestra alma! Que esta fé bendita, regulando nuestros juicios... dirigiendo nuestros afectos... santificando nuestros actos... haga nuestra vida meritoria ante Dios...

### HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO

DEL DOMINGO DE SEPTUAGÉSIMA.

(MAT., XX, 1-16.)

Explicación de la parábola acerca del padre de familia, que envía obreros para trabajar en su viña.

TEXTO. *Quid hic statis tota die otiosi?* ¿Por qué estáis aquí todo el día ociosos?...

EXORDIO. « En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: El reino de los cielos es semejante á un padre de familias, que salió muy de mañana con objeto de ajustar obreros para su viña. Habiéndose, pues, ajustado con los obreros á razón de un dinero diario, los envió á su viña, y habiendo salido á eso de la hora ter-

cia, vió otros que estaban en la plaza ociosos, y les dijo: Id también vosotros á mi viña, y os daré lo que fuere justo. Y ellos fuéron. Salió otra vez á eso de la hora de sexta y de la nona, é hizo lo mismo. A eso de la undécima salió y encontró otros, que estaban en pié, y les dijo: ¿Qué haceis aquí todo el día ociosos? Respondieronle: Porque nadie nos da jornal. Y él les dijo: Id vosotros también á mi viña. Al anochecer dijo el señor de la viña á su mayordomo: Llama á los obreros, y págales el jornal, comenzando desde los postreros hasta los primeros. Habiendo, pues, venido los que fuéron cerca de la hora undécima, recibió cada uno su dinero. Y viniendo también los que habían ido los primeros, creyeron recibir más: pero se les dió un dinero, como á los otros, y al recibirlo murmuraron contra el padre de familias, diciendo: Estos últimos no trabajaron más que una hora, y los igualas con nosotros, que hemos llevado el peso del día y del calor. Mas él respondió á uno de ellos, y le dijo: Amigo, no te hago injuria. ¿Por ventura no te ajustate conmigo por un dinero? Toma pues lo que te pertenece, y véte; yo quiero dar á este último lo mismo que á tí. ¿No puedo yo hacer lo que quiero? ¿Por ventura es malo tu ojo, porque yo soy bueno? De esta manera los últimos serán los primeros, y los primeros últimos, porque son muchos los llamados, y pocos los escogidos. »

PROPOSICIÓN. Tal es, hermanos míos, el relato del Evangelio del día de hoy. Esta parábola ha recibido varias interpretaciones, que sería demasiado largo enumerar aquí<sup>1</sup>. Detendrémos por esta mañana en algunas consideraciones prácticas. Haga Dios, que todos las comprendamos bien y saquemos de ellas algún provecho para nuestras almas.

DIVISIÓN. Os diré pues: *primeramente*, que esta viña, en cuyo cultivo debemos trabajar, es nuestra alma, que hemos de santificar; *en segundo lugar*, que estos obreros, llamados á diferentes horas del día, nos representan el momento, en que la gracia de Dios nos llama, instándonos más fuertemente; *y por último*, que este dinero,

1. Véase Corn. á Lápide sobre este Capítulo de san Mateo.

este salario, que el padre de familias da á sus obreros, significa la gloria del cielo, la cual Dios concede como recompensa á aquellos, que responden fielmente á su llamamiento. Vasto es este asunto, pero procuraré ser breve...

*Primera parte.* Hermanos míos, muchas veces en la santa Escritura es nuestra alma designada bajo esta comparación de la viña. Así, en el profeta Isaías, quejándose Dios de la infidelidad de su pueblo, dijo: *Varones de Judá, juzgad ahora entre mí y mi viña ¿Qué más podía yo hacer por ella que no haya hecho? y á pesar de ello ¿qué frutos ha llevado?* » Y en el mismo sentido, otro profeta, reprochando al pueblo de Israel sus infelidades, decía: *Yo te planté de buen viñedo, y te cultivé, y tu me has tornado sarmientos de vid extraña*<sup>1</sup>. » Y un sinnúmero de otros pasajes, que sería demasiado largo citar. Pero ¿porqué esta semejanza, porque comparar nuestra alma con la viña, con preferencia á otras plantas ú otros arbolillos? ; Ah, hermanos míos, porque de la misma manera que la viña ha de producir de por sí, cuando está bien cultivada, frutos suaves, útiles y saludables, así nuestra alma, si sabe corresponder á los deseos de Dios, será adornada de virtudes y méritos. Las zarzas y las espinas ahogan la viña ; ésta palidece y queda estéril en medio de malezas y densas sombras. Así nuestra alma entre las preocupaciones y cuidados de este mundo languidece y no produce ni fruto, ni acto alguno, que sea meritorio para la eternidad.

Acaso podría aun daros otro motivo de esta comparación. Para que sea fértil la viña y pueda producir esos bellos frutos, cuyo aspecto regocija la vista, cuyo sabor agrada al paladar y cuyo jugo alegra el corazón del hombre<sup>2</sup>, necesita ser podada, escamondada, cultivada, con cuidado y preservada no sólo del contacto de las zarzas y espinas, sino también de todas las yerbas parásitas é inútiles, que perjudicarían á la madurez de su fruto, arrebatando su dulzura y belleza. Así nuestra alma es comparada á la viña, para enseñarnos, que debemos cercenar por la morti-

1. Isaías, v y sig<sup>tes</sup>. 2. Jeremias, II, 21.

2. Ps. CIII, 15.

ficación y lucha contra nuestras pasiones todos los malos sentimientos, todas estas lijerizas, todos estos inútiles pensamientos, que, como plantas absorbentes, consumirían infructuosamente su energía, haciéndola incapaz de producir el bien: que es necesario precaverla, no sólo de esas perversas compañías, de que todos los corazones honestos se avergüenzan, sino también de esas sociedades ligeras, mundanas y frívolas, que ahogan en ella la piedad y la fé, aniquilando los méritos y frutos de nuestras buenas obras...

Probemos de hacer aun más comprensible este pensamiento. Lo sabemos, amados hermanos míos, sois diligentes, laboriosos, tenéis un gran amor por el trabajo y el deseo de conseguir riquezas, ó al ménos un cierto bienestar.

Pero si tenéis una fé viva, una piedad firme y ardiente (sin excluir aquel deseo, que puede ser legítimo,) ella os enseñará, que debéis santificar el domingo, moderar esta ansia de ganar y que no debeis olvidar, que la dicha del cielo vale más que todos los tesoros de la tierra!... Esto será la podadera, que escamonda y limpia la viña. Sois hombres rectos, pero no estáis exentos de un cierto orgullo, de un amor propio, más ó ménos encubierto. Sois arreglados en vuestra conducta, pero deseáis, que se os conozca y se haga el elogio de vuestras virtudes. Sois compasivos, pero estaríais descontentos, que se ignorasen vuestras limosnas y los actos caritativos que habéis practicado ; Oh pobre alma! ; Oh, Viña invadida por yerbas inútiles y funestas! En medio de ellas, tus frutos no maduran, quedan sin sabor ni gusto, es decir, que con estas condiciones nuestros actos, aun los mejores, tienen poco mérito para el cielo. Véis, hermanos míos, con cuanta exactitud es nuestra alma comparada con una viña. Bendigamos, pues, todos á nuestro divino Salvador, que se dignaba así humillarse hasta nosotros y emplear las más simples comparaciones, para hacernos comprender más fácilmente sus divinas enseñanzas.

*Segunda parte.* Pero ¿Qué debemos entender por aquellos obreros, ajustados á diferentes horas del día, y que no obstante reciben el mismo salario?... ; Ah, esto encierra aquí, hermanos

mios, una profunda y misteriosa lección para nosotros, lección destinada á la vez á preservarnos de una vana presunción y desconfianza funesta. Los obreros de la primera hora, llamados por el padre de familia á cultivar su viña, figuran aquellos hombres, que, bautizados desde su niñez, educados por padres cristianos, han tenido la dicha de permanecer fieles á las primeras lecciones de su madre, á las buenas resoluciones de la primera comunión, y á todos los deberes, que la religión nos impone. Tales eran santa Lucía, san Luis de Gonzaga, y otras tantas almas privilegiadas, á quienes Dios hizo la gracia de conservar intactas la inocencia y fé de su bautismo... Tales aun podrían ser entre nosotros, si se encuentran algunos, aquellos, que, nacidos de padres cristianos y sostenidos por la gracia de Dios, no han jamás abandonado sus deberes religiosos... En cuanto á los obreros, llamados á la tercera, á la sexta hora del día, nos representan, si os place, aquellos, que, habiendo pasado lejos de Dios los primeros años de la adolescencia, se han convertido estando en la flor de su edad, ó en todo el vigor de su vida; la gracia los ha llamado, y han obedecido á sus inspiraciones 1...

Y aquí, cuántos nombres podría citaros: san Andres Corsini, convirtiéndose á la edad de veinticinco años, despues de haber roto con sus hábitos de libertinaje, para abrazar la vida más mortificada<sup>2</sup>. San Agustin á la edad de treinta y cinco años, renunciando todas las seducciones del siglo para entregarse enteramente á una vida de fé, de mortificación y de abnegación en favor de la Iglesia<sup>3</sup>. Otro es san Arsenio, respondiendo al llamamiento de Jesús, que le dice: « Arsenio, huye del mundo, y te salvarás. » Qué? huir del mundo, cambiar sus costumbres! Pero cómo? este docto y distinguido hombre tiene más de sesenta años, es decir, más de la nona hora de su vida! No importa; esta

1. *Qui pueri venerunt prima hora se adductos putent; qui adolescentuli, tertia; qui juvenes, sexta; qui graviores, nona; qui decrepiti, undecima. De tempore nolite caussari (San Agustin, sermon XLIX — Edición Vivés, t. XVI, p. 321.)*

2. Ribaden. *Vida de los Santos*, t. II, P. 190.

3. *Confesiones* y su vida, tomo 1º de sus Obras.

consideración de que disfruta en la Corte del emperador Teodosio, esta buena fama que posée, estas comodidades de la vida, estas deferencias, de que se ve rodeado, todo lo abandonará él, é irá á ocultarse en el fondo de las soledades del Egipto; aspirando allí á ser desconocido y dedicándose con empeño al cultivo de su alma por servir al Señor, edificará durante los dias, que le quedan de vida, todo un monasterio de fervientes religiosos<sup>1</sup>. ¡ Admirable obrero de la nona hora! Dichosos nosotros, hermanos mios, que somos ya muy entrados en edad, si supiésemos á ejemplo suyo, corresponder fielmente al llamamiento del Señor!...

Y ahora, ¿ qué debemos entender por estos obreros, que el padre de familia llama á la undécima hora, es decir, hacia el fin del día, (porque entre los judíos se contaba las horas, desde que sale el sol.) Estos son aquellos que, como el buen ladrón, han sido llamados á la gracia hácia el término de su vida.

Dios es tan bondadoso y misericordioso, que muchas veces á ciertas almas, que durante largos años han vivido alejadas de su servicio, otorga la gracia de un arrepentimiento sincero y de una muerte cristiana... — Un actor representaba en el teatro por mofa los misterios de nuestra santa religion. Un rayo de la divina luz, una gracia inesperada ilumina su espíritu y cambia su corazón. — « Soy cristiano, exclama de repente, Jesucristo es mi Dios; haced entrar vuestros verdugos, y yo confesaré su nombre, derramaré mi sangre para atestiguar su divinidad, y con su ayuda tengo confianza, que todas vuestras torturas no me harán vacilar. » Dicho esto, se presentan los verdugos, le atormentan, pero él permanece inflexible y muere mártir ante los espectadores asombrados<sup>2</sup>. Este fué el mártir san Ginés, llamado á la hora undécima, es decir, al punto de expirar; habia, como veis, respondido enérgicamente á este llamamiento. Así pues, hermanos mios, no debemos desesperar de la misericordia de Dios; así nosotros, siendo cristianos, debemos rogar con fervor y confianza

1. Ribaden., *Vida de los Santos*, t. VII, p. 264, y Rohrbacher, *Hist. ecles.*, t. VII, p. 187.

2. Ribaden., *Vida de los Santos*, t. VIII, p. 443.

por nuestros parientes, por nuestros amigos, que no tienen la dicha de practicar todos los deberes, que nos impone nuestra santa religión. Tengamos esperanza en la gracia del Señor y hagamos al menos todos nuestros esfuerzos, para merecerles este llamamiento de la undécima hora, es decir, la gracia de conseguir una muerte cristiana.

*Tercera parte.* Veamos ahora lo que significa este dinero, ó salario, que hace distribuir por la tarde el padre de familia á todos los obreros, que han trabajado en su viña. Este dinero, amados Cristianos, lo habéis adivinado, significa la gloria eterna. Si, cualquiera que haya escuchado el llamamiento de Dios y fielmente correspondido á las inspiraciones de su gracia, poseerá esta celestial bienaventuranza; es una verdad, que nos enseña la fé, no nos es permitido dudar de élla.

Pero ¿diremos por eso, hermanos míos, que todos aquellos que van al cielo, poseerán la misma gloria y disfrutarán absolutamente de la misma felicidad? Sí y no... Sí, en cuanto se trata de la naturaleza de esta dicha, que no es otra cosa, sino la posesión de Dios... Todos le verán, todos gozarán de su presencia, todos se bañarán, por decirlo así, en su luz... No, si se trata del grado de gloria, á que cada uno será elevado, y de la abundancia con la cual Dios se comunicará á cada alma... ¡O sublime Virgen María! todos los escogidos participarán de vuestra felicidad; pero ninguno de ellos, ninguno de los ángeles, ni de los serafines alcanzará jamás vuestra gloria, ni os igualará en vuestros goces!... ¿Véis, hermanos míos, esas estrellas, que centellean en el firmamento? todas brillan, todas resplandecen; pero, aunque puestas en el mismo cielo, todas éllas tienen mas ó menos resplandor<sup>1</sup>. Así pues, lo mismo sucederá con este dinero, con este salario, con esta recompensa prometida á los cristianos fieles. Apreciado por todos, tendrá en cierto modo este dinero un valor más ó menos grande para los unos y para los otros. Esta recompensa será mas ó menos gustada, segun la medida de las virtudes y de la caridad

1. Cf. I Corint., xiv, 41.

de cada uno de los bienaventurados. Y, sin embargo, allá arriba en el cielo no pasará lo que hemos dicho al fin de nuestro Evangelio... No; no habrá allí ni envidia, ni murmuraciones; todos verán contentos la dicha de los otros, y cada uno será satisfecho con su parte.

¿Os sorprende lo dicho? quizá os es difícil comprender esta alegría, este gozo, esta felicidad perfecta de los escogidos, cuando vean en el mismo paraíso á santos más exaltados, más glorificados y que disfruten, en cierto modo, más plenamente que ellos de la visión beatífica ¡Pobre naturaleza humana!

Cuán adorables é incomprensibles son para nosotros las misericordias y misericordias de Dios! ¡Oh, amados cristianos, si nosotros supiésemos de antemano, que aquellos, á quienes Dios convierte á última hora en el lecho de muerte, obtienen una recompensa igual, sino superior á la nuestra, acaso murmuráramos diciendo: ¿Qué? yo he llevado el peso del día y del calor, he combatido mis pasiones, me he abstenido de placeres ilícitos, he velado sobre mi alma! Y ese otro, que ha servido á Dios, cuando estaba ya para expirar y empujado, por decirlo así, por la muerte misma, la cual extendía ya sus brazos para estrecharle, tendría una misma recompensa!... Sí, hermanos míos, eso es posible; la bondad divina no tiene límites, y no tenemos que dolernos de éllo. Que nuestro ojo, pues, no sea malo, si el Señor es bondadoso! Humillémonos, por el contrario, y estemos bien persuadidos, que si estos pecadores, y aun esos impíos, que vemos, hubiesen recibido las mismas gracias que nosotros, hubieran sin duda sacado mejor provecho de éllas. Y al comprender cuanto por nuestra parte hemos nosotros de bendecir la misericordia de Dios, reconoceremos que los otros tienen igualmente, sea cual fuere la hora del llamamiento, el derecho y deber de esperar en esa divina misericordia y de obtener el mismo salario de élla.

*PERORACIÓN.* Así pues, hermanos míos, nuestra alma es la viña del Señor; hemos de trabajar en su cultivo y santificación.

Dios, por su gracia, nos invita á cultivar esta viña, prometiéndonos como salario una bienaventuranza eterna. Tal es

la significacion de esta parábola. Que me sea todavía permitido, ántes de poner fin á este discurso, haceros otra observación. Quizás se encuentren entre vosotros algunos, que, interpretando mal el objeto de nuestro Salvador en esta parábola y las explicaciones, que os he hecho, crean que pueden vivir en la indiferencia y que les bastará ser obreros de última hora, y convertirse cuando estén ya para morir. ¡ Ah, si en medio de vosotros, amados hermanos míos, se encontrasen algunos, que tuviesen esta idea, les diría : Os engañáis, sois el juguete de una funesta ilusión, y casi siempre fatal. Observad como cada uno de los obreros respondió al llamamiento del padre de familias, que le exhortaba á ir á trabajar á su viña. Aquellos de la primera hora, como los de la tercera y de la undécima no dilataron obedecer á su invitación. Notad bien que él les hace esta pregunta : — « ¿ Por qué estáis aquí todo el día ociosos ? » — Y le responden : « Señor, por que nadie nos ha ajustado. » Decidme, pues, si entre aquellos, que habían sido llamados por la mañana, se hubiese encontrado algunos, que, rehusando trabajar, hubiesen aguardado hasta la nona ó undécima hora, habrían podido responder con verdad : « Nadie ha querido ocuparnos, por lo cual hemos permanecido ociosos hasta esta hora ? — Miserables, habría respondido el padre de familia, mentís ; yo mismo os he visto esta mañana, yo os he invitado á la tercera hora, y no habéis querido responder á mi llamamiento. » Esto nos prueba, amados hermanos míos, que debemos mostrarnos dóciles á la voz de Dios, corresponder fielmente á las inspiraciones de la gracia, y cuando élla nos llame, responder á su invitación, sin esperar nuevas instancias y sin decir : Mañana, más tarde, cuando sea viejo ; al instante de mi muerte veré entonces lo que deba hacer. Funesta ilusión, que ha perdido muchas almas ! Que no os suceda así á vosotros. Escuchad más bien la voz de este buen padre de familias, que os invita, para cultivar su viña, escuchad á Jesús, que os llama á trabajar para ser buenos cristianos. Sea cual fuere la hora en que os invite, responded á su llamamiento, sin dilaciones de ninguna clase ; y de esta manera, amados hermanos míos, mereceréis recibir al fin

del día, á la tarde de vuestra vida el dinero, la recompensa prometida, es decir, esta felicidad eterna, á la cual Dios nos invita, y que os deseo á todos. Así sea.

## HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO

DEL DOMINGO DE SEXAGÉSIMA.

(LUC, VIII, 4-15.)

**Sobre la palabra de Dios. — Su autoridad ; respeto con que debemos mirarla.**

TEXTO. *Semen est verbum Dei.* La semilla es la palabra de Dios.

EXORDIO. — Hermanos míos, la parábola relatada en el Evangelio de este día, es una de las más conocidas y frecuentemente explicadas. Héla aquí : « Habiéndose juntado mucha gente, que de las ciudades acudía á Jesús, para recibir sus enseñanzas, este divino Maestro les dijo esta parábola : Fué el sembrador á sembrar su semilla, y sembrándola, una parte cayó á lo largo del camino, en donde fué hollada y las aves del cielo se la comieron. Y otra parte cayó sobre piedra, y despues de haber nacido, se secó, porque no tenía humedad ; y otra parte cayó entre las espinas, las cuales nacieron juntamente con la semilla y la ahogaron ; y otra parte cayó en buena tierra, y habiendo nacido fructificó, produciendo ciento por uno. Preguntáronle sus discípulos, que queria decir esta parábola, Y les dijo : A vosotros os ha sido dado conocer el misterio del reino de Dios ; pero á los demás se les propone en parábolas, para que viendo, no vean, y oyendo, no entiendan. La parábola, pues, es ésta : La semilla es la palabra de Dios. La que está junto al camino, son los que la oyen ; despues viene el diablo y quita la palabra de su corazón, para que no se salven creyendo.

la significacion de esta parábola. Que me sea todavía permitido, ántes de poner fin á este discurso, haceros otra observación. Quizás se encuentren entre vosotros algunos, que, interpretando mal el objeto de nuestro Salvador en esta parábola y las explicaciones, que os he hecho, crean que pueden vivir en la indiferencia y que les bastará ser obreros de última hora, y convertirse cuando estén ya para morir. ¡ Ah, si en medio de vosotros, amados hermanos míos, se encontrasen algunos, que tuviesen esta idea, les diría : Os engañáis, sois el juguete de una funesta ilusión, y casi siempre fatal. Observad como cada uno de los obreros respondió al llamamiento del padre de familias, que le exhortaba á ir á trabajar á su viña. Aquellos de la primera hora, como los de la tercera y de la undécima no dilataron obedecer á su invitación. Notad bien que él les hace esta pregunta : — « ¿ Por qué estáis aquí todo el día ociosos ? » — Y le responden : « Señor, por que nadie nos ha ajustado. » Decidme, pues, si entre aquellos, que habían sido llamados por la mañana, se hubiese encontrado algunos, que, rehusando trabajar, hubiesen aguardado hasta la nona ó undécima hora, habrían podido responder con verdad : « Nadie ha querido ocuparnos, por lo cual hemos permanecido ociosos hasta esta hora ? — Miserables, habría respondido el padre de familia, mentís ; yo mismo os he visto esta mañana, yo os he invitado á la tercera hora, y no habéis querido responder á mi llamamiento. » Esto nos prueba, amados hermanos míos, que debemos mostrarnos dóciles á la voz de Dios, corresponder fielmente á las inspiraciones de la gracia, y cuando élla nos llame, responder á su invitación, sin esperar nuevas instancias y sin decir : Mañana, más tarde, cuando sea viejo ; al instante de mi muerte veré entonces lo que deba hacer. Funesta ilusión, que ha perdido muchas almas ! Que no os suceda así á vosotros. Escuchad más bien la voz de este buen padre de familias, que os invita, para cultivar su viña, escuchad á Jesús, que os llama á trabajar para ser buenos cristianos. Sea cual fuere la hora en que os invite, responded á su llamamiento, sin dilaciones de ninguna clase ; y de esta manera, amados hermanos míos, mereceréis recibir al fin

del día, á la tarde de vuestra vida el dinero, la recompensa prometida, es decir, esta felicidad eterna, á la cual Dios nos invita, y que os deseo á todos. Así sea.

## HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO

DEL DOMINGO DE SEXAGÉSIMA.

(LUC, VIII, 4-15.)

**Sobre la palabra de Dios. — Su autoridad ; respeto con que debemos mirarla.**

TEXTO. *Semen est verbum Dei.* La semilla es la palabra de Dios.

EXORDIO. — Hermanos míos, la parábola relatada en el Evangelio de este día, es una de las más conocidas y frecuentemente explicadas. Héla aquí : « Habiéndose juntado mucha gente, que de las ciudades acudía á Jesús, para recibir sus enseñanzas, este divino Maestro les dijo esta parábola : Fué el sembrador á sembrar su semilla, y sembrándola, una parte cayó á lo largo del camino, en donde fué hollada y las aves del cielo se la comieron. Y otra parte cayó sobre piedra, y despues de haber nacido, se secó, porque no tenía humedad ; y otra parte cayó entre las espinas, las cuales nacieron juntamente con la semilla y la ahogaron ; y otra parte cayó en buena tierra, y habiendo nacido fructificó, produciendo ciento por uno. Preguntáronle sus discípulos, que queria decir esta parábola, Y les dijo : A vosotros os ha sido dado conocer el misterio del reino de Dios ; pero á los demás se les propone en parábolas, para que viendo, no vean, y oyendo, no entiendan. La parábola, pues, es ésta : La semilla es la palabra de Dios. La que está junto al camino, son los que la oyen ; despues viene el diablo y quita la palabra de su corazón, para que no se salven creyendo.

Los que reciben la semilla sobre piedra son aquellos, que oyendo la palabra, la reciben con alegría; pero estos no tienen raíces, porque creen por poco tiempo, y al ser tentados se vuelven atrás. La semilla, que cayó entre las espinas, significa aquellos, que oyeron, pero ahogados por los cuidados, por las riquezas y por los deleites de la vida, á que se entregan, no llegan á dar fruto. La que cayó en buena tierra significa aquellos, que oyendo la palabra con corazón bueno y recto, la conservan y dan fruto por medio de la paciencia. »

PROPOSICIÓN. La enseñanza, que se deduce de esta parábola, se manifiesta de por sí; me bastaría, hermanos míos, explicaros circunstanciadamente lo que dice de ella nuestro divino Salvador, para mostraros cuán limitado es el número de aquellos, que sacan provecho de las lecciones, que encierra en sí la palabra de Dios; y con qué disposiciones es preciso escuchar esta palabra. Sin embargo mi intento es tratar de otro asunto, ó al ménos, hablaros, bajo otro punto de vista, sobre la palabra de Dios. ¡ Son tantos los que no reconocen su autoridad, y son tantos también, aun entre los cristianos, los que no la miran con el respeto que se merece!...

DIVISION. Hé aquí los dos pensamientos sobre los cuales llamo vuestra atención. *Primeramente*: autoridad de la palabra de Dios; *en segundo lugar*: respeto, con que se ha de mirar.

*Primera parte.* Autoridad de la palabra de Dios. Qué? hermanos míos, Dios se ha dignado hablarnos, revelarse á nosotros, hacernos conocer su voluntad. ¡ Qué admirable condescendencia! ¡ Qué adorable misericordia! ¡ O Dios mio, sed para siempre bendito!... ¡ La palabra de Dios!; Dios hablando al hombre!... ¡ Qué objeto de amor y adoración, si quisiéramos reflexionarlo un instante! Sí, hermanos míos, de la misma manera que vosotros instruis á vuestros pequeñuelos, enseñándoles desde luego á pronunciar vuestro nombre, á decirnos gracias, á daros las buenas noches, (perdonadme si entro en tan bajos pormenores, pues son necesarios para haceros comprender lo que encierra esta expresion: *palabra de Dios*;) Sí, de la misma ma-

nera que enseñáis á vuestros niños á conocerlos, á haceros un saludo, á daros gracias, á pedirlos lo que les es necesario; así Dios se ha dignado humillarse hasta nuestra debilidad, decirnos lo que Él es, enseñarnos á honrarle, y revelarnos como debíamos invocarle en nuestras necesidades!

Pués bien, decidme, hermanos míos, cuando os inclináis cariñosamente á vuestro tierno niño, cuando le enseñáis á articular las primeras palabras, y más tarde, para desarrollar su espíritu, ilustrar su ignorancia y satisfacer su curiosidad, le exponéis las cosas, como vosotros mismos las comprendéis, refiriéndole los acontecimientos, de los cuales habéis sido testigos, y los lugares que habéis recorrido, ¿ qué diríais, si este pobre niño, débil é ignorante, se rebelaba contra vosotros y menospreciaba vuestras palabras, diciendo: « Padre, lo que contáis no es verdad, mentís! » ¡ Oh, os irritaríais y os diríais á vosotros mismos: « Este niño tiene mala índole y un orgullo tal que comienza ya por rebelarse!... Pero no; eso no sucede nunca; vuestros hijos dan siempre crédito á lo que les decís, porque saben que les deseáis su bien y que no queréis engañarlos, en una palabra, que les amáis.

De este modo, hermanos míos, debemos proceder con respecto á la palabra de Dios, porque Él es para nosotros el mejor de los padres. Miserables como somos, extraviados acá en la tierra en medio de tinieblas, Él quiere nuestro bien, desea la salud de nuestra alma; y las enseñanzas, que nos dá su divina palabra, tienen por objeto único el iluminarnos y conducirnos al cielo. ¡ Oh no, Dios mio, no queréis engañarnos; vos decíais: *Qué padre de vosotros sería tan cruel, que si su hijo le pidiera pan, le diese una piedra, ó si le pidiera un huevo, le diese un escorpion?* Y vos que sois mas tierno, que todos los padres de la tierra, cuando nuestra alma tiene sed de felicidad y verdad, nos habríais engañado!... No, jamás, ó Dios de verdad, lo sabemos, el error repugna á vuestras santas perfecciones!... Despues vos nos amáis; ¿ y no es este amor el que os ha llevado á tanta condescendencia para con nos-

1. Luc, xi, 12.

otros? Sí, sabemos que hay un paraíso que ganar, y un infierno que temer; sí, sabemos también que vicios tenemos que huir, y que virtudes debemos practicar, vos nos lo habéis enseñado. Vos también os habéis dignado manifestarnos vuestros divinos mandamientos, vos, o Jesús, habéis venido, no sólo como un Salvador, sino como un guía, un modelo, un maestro, cuya palabra divina nos instruye é ilumina... ¡ Ah, con más confianza aun que el niño se entrega á las lecciones de su padre, queremos entregarnos á vuestras divinas enseñanzas, porque nos amáis más, y la autoridad de vuestra palabra es mucho más sagrada !...

Y, sin embargo, hermanos míos, se encuentran hombres, que niegan la autoridad de esta divina palabra; corre una objeción estúpida, insensata, la cual sin duda alguna habéis oído más de una vez, y en la que se podría resumir todo lo que dicen los impíos é incrédulos. Cuando hablamos de la santa Escritura, de la palabra de Dios, de su autoridad divina, ¿ no oímos á veces esta tonta reflexión: *En el papel se pone lo que se quiere.* ¡ como si el Evangelio fuera una novela ó cualquier folletín de periódico!... ¡ Oh, á tan necia reflexión quiero dar una respuesta que, como espero, será comprendida, aun por los niños, que me escuchan. ¡ Es una historia, escuchadla con atención y guardadla en la memoria, para aprovecharos de ella, si es menester !

Cansado de oír á cierto incrédulo, filósofo callejero, que repetía siempre de una manera triunfante: *En el papel se escribe lo que se quiere*, un lugareño, muy buen cristiano, fué un día á encontrarle: « Señor, le dijo, la casa en que habitáis no os pertenece, y el terreno, que la rodea, no es de vuestra propiedad, la reclamo, porque me corresponde, pues mi abuelo era el dueño de la misma. — Cómo? le contestó el incrédulo asombrado y sorprendido; he comprado esta casa, la escritura ha sido redactada por un notario ante varios testigos, y todos la han firmado; ved, ó sino por vos mismo mi título de propiedad, está bien y debidamente registrado — ¿ Y qué me importa vuestro título, replicó el interlocutor; por otra parte, vuestros testigos están muertos, esta cuestión se decidirá por la justicia. — Pero decidme, con-

tinuó el viejo impío. ¿ tenéis sano el juicio?; está chocante ese hombre!... ¿ No véis mi título, que está perfectamente autorizado en forma; qué podréis alegar ante los jueces?... Señor, prosiguió el cristiano, repetiré lo que decís tan á menudo respecto del Evangelio y de las santas Escrituras, que: *en el papel se escribe lo que se quiere.* Perose burlarán de vos. — Se burlarán de mí? Replicó el lugareño, ¿ y porqué, pues?... Qué! la firma de tres ó cuatro testigos os parece dar á vuestro documento un valor incontestable!... Y los nombres de los santos profetas, de los Evangelistas, de los santos Doctores y de todos esos millares de mártires, que han con su sangre firmado la verdad de la palabra de Dios, enseñada en nuestros Santos Escrituras, ¿ no os parece dar á las mismas una autoridad suficiente? Vaya! vaya! Señor, tenéis dos pesos y medidas, y ahora debéis entender que, aunque soy un simple aldeano, puedo con razón reirme á vuestras barbas, cuando os oigo espetar tan á menudo: *En el papel se escribe lo que se quiere.*

Este buen aldeano, hermanos míos, tenía mil veces razón. En efecto, si un pedazo de papel sellado y rubricado por algún notario ó escribano, constituye un título, cuya autoridad no se puede discutir, ¿ quién será tan insensato, quieniegue la autoridad de la palabra de Dios, de nuestras Santas Escrituras, todas marcadas con el sello de Jesucristo, firmadas por los profetas y apóstoles, rubricadas con la sangre de tantos mártires y conservadas tan cuidadosamente en los archivos de la santa Iglesia católica!...

*Segunda parte.* Vamos ahora á hablar del respeto que se ha de tener á la palabra de Dios. Esta divina semilla es echada á nuestras almas, y entra en ellas de dos maneras: *primeramente*, por medio de la predicación; en *segundo lugar*, por la lectura. Veamos con que respeto en uno y otro caso debemos recibirla.

¿ Tengo necesidad de deciros, hermanos míos, que, cuando subo á este púlpito, cuando os recuerdo lo que debéis hacer, para merecer el cielo y evitar el infierno, cuando os explico circunstanciadamente como lo hacemos en este año, las enseñanzas contenidas en el Evangelio, no es mi palabra la que escucháis, sino la de Dios?... Somos, en cierto modo, los sacerdotes los embajadores

de Jesucristo, encargados de comunicar sus órdenes y exponer sus enseñanzas. Es Dios mismo, quien os habla por nuestra boca; por lo cual es preciso, que oigais su palabra con gran respeto. Sabeis lo que es un embajador? Voy á decíroslo. Los príncipes de la tierra, como no pueden estar presentes en todo lugar, encargan á un hombre, para representarles acerca de tal ó cual gobierno, diciéndole: « De mi parte, diréis esto y mandaréis tal cosa y hasta haréis tales y tales observaciones. » Y semejantes á un eco, repiten fielmente los embajadores las palabras, que se les ha dicho, y estas palabras son escuchadas respetuosamente, porque expresan la voluntad de un príncipe, de un hombre poderoso.

Pués, amados hermanos míos, el mismo papel desempeñamos nosotros desde la cátedra sagrada. Cuando el Obispo nos ordena de presbíteros, y nos confía una parroquia, es lo mismo que si Jesucristo nos dijera: « Véte en medio de este pueblo, ocupa mi lugar, haz mis veces, tú sabes lo que quiero y conoces á fondo mis instrucciones: diles de mi parte que les convido á todos á la bienaventuranza eterna; pero que, para merecerla, es menester creer en mi palabra, tener confianza en mi misericordia, y amarme de todo, corazón... Diles sobre todo, que es menester observar mis mandamientos, sin excepcion de uno solo, frecuentar mis sacramentos y merecer por medio de una buena voluntad que los frutos de mi Pasión sean aplicados á sus almas. Diles además, que, si bien soy misericordioso, soy tambien justo, y que, si ofrezco una eterna felicidad á los que me hayan servido fielmente, reservo tambien eternos castigos para los que no quieran someterse á mi ley. »

Tales son, en resúmen, hermanos míos, las órdenes, de que Jesucristo ha hecho encargo á nosotros, como embajadores acerca de vosotros. Todas nuestras instrucciones, todas nuestras pláticas no son otra cosa, sino la explicación de estos pensamientos. Es la palabra de Dios la que anunciamos, y debéis prestar la vuestra atención y respeto. Si, á pesar de nuestras miserias, á pesar de nuestras imperfecciones, somos cerca de vosotros los embajadores de Jesucristo, encargados de anunciaros su voluntad; por

esto, seamos cuales fuéremos, debéis escucharnos con respeto... Rogad al ménos, oh amados hermanos míos, á fin de que, los que solamente somos un instrumento de que Dios se sirve, para instruirnos é iluminar vuestras almas, nos hagamos de día en día más y más dignos de cumplir con la santa misión, que se nos ha confiado...

Pero, ¿ es suficiente escuchar atentamente la palabra de Dios y esforzarnos hasta en practicarla? ¿ Es, repito, todo esto suficiente para darnos ya por desobligados de todo el respeto, que á la misma debemos? No, no basta esto; tenemos aun otro deber, que cumplir... En los tiempos más cristianos se mostraban nuestros padres y abuelos fieles en cumplirlo; en nuestros días hay una tendencia á olvidarlo, á desconocerlo. Razon de más para recordároslo. Este deber consiste en estudiar y leer en nuestras casas la santa Escritura, y sobre todo el Evangelio. Esto os sorprenderá quizás, hermanos míos, y es porque no estamos suficientemente instruidos, que no sabemos lo que es la palabra de Dios y el respeto, que debemos profesarla.

Deseo haceros comprender bien claramente mi pensamiento... ¿ Qué somos nosotros acá en la tierra?... Desterrados. El Cielo es nuestra patria, nuestros padres son los patriarcas, los profetas, los apóstoles y los mártires; los ángeles son nuestros conciudadanos, y tenemos á Jesucristo por rey. Pues bien en medio de este destierro, en donde hemos de vivir durante un tiempo más ó ménos largo, Jesucristo, siempre bondadoso é infinitamente misericordioso, se ha dignado enviarnos las santas Escrituras, que encierran en sí su palabra, con objeto de recordarnos nuestro país, é invitarnos á aspirar más y más hacia la patria eterna y verdadera. Ha hecho mucho más aun. Se ha dignado unirse á nuestra naturaleza, descender entre nosotros, hablarnos, instruirnos y dejarnos en su Evangelio y las Epístolas de sus Apóstoles un compendio de sus enseñanzas.

Obrando de esta manera, ¿ qué fin se proponía? ¿ Para qué el Evangelio? ¿ para qué esta compilación de esos admirables libros,

1. Cf. San Agustín, t. XXIII, p. 404. (Edición Vivés.)

de los cuales leemos á veces pasajes, y que se llaman la Santa Escritura, ó sea la palabra de Dios? ¿No es con el objeto, de que la estudiemos? ¿No es con el fin, de que alimentemos nuestras almas con las verdades, que encierra?...

¡Y nosotros tenemos á ménos hacerlo, perdiendo muchas veces el tiempo en lecturas frívolas é inútiles; y no dedicamos un momento á la lectura y á la meditación de las verdades evangélicas!... ¿Decidme, pues, ¿es esto tener el respeto debido á la palabra de Dios? ¿No es, por el contrario, tratarla con desprecio?... ¿Qué no? supongamos, que hubieseis dirigido una importante carta á un amigo ausente. Será, si os place, un padre, una madre que escribe á su hijo, alejado del país, alistado en la milicia ó, como hemos visto á tantos, prisionero entre enemigos crueles y desapiadados... ¿Qué pensaríais, si este hijo, si este amigo, no quisiera aun abrir vuestra carta, rechazándola con indiferencia y desdenando la lectura de la misma? « ¡Ingrato, sin corazón! diríais; nos menosprecia á nosotros, que sólo pensabamos en él, y para consolarle, endulzar su destierro y ayudarle á soportar mejor el tedio de la ausencia, le enviamos noticias del país. » Pues bien hermanos míos, ¿no tiene Dios con nosotros mayor motivo para hacernos reproches más justos y merecidos? Su palabra, contenida en las santas Escrituras, no es otra cosa, sino cartas, que nos vienen del cielo...

¡Y descuidamos abrirlas, leerlas y aprenderlas! ¡Ah, confesémoslo, somos ingratos y no tenemos para con esta palabra el respeto que reclama de nosotros!

PERORACIÓN. Oh amados hermanos míos, no lo hagamos, pues, así! Penetrémonos del profundo respeto, que se merece esta augusta palabra, con la cual Dios en su misericordia se ha dignado darse á conocer á nosotros y revelarse á nuestra pobre inteligencia. Su autoridad es sagrada, creamos en todo cuanto nos enseña. Pasarán los cielos y la tierra, pero las verdades afirmadas en nuestras santas Escrituras no pasarán<sup>1</sup>. A pesar de los sar-

1. Mat. xxiv, 35.

casmos de los impíos, á pesar de todas las ataques del infierno, permanecerán siempre vivas, siempre firmes é inmóviles como la roca, contra la cual vienen á estrellarse todas las tempestades...

Sí, o Jesús, creemos con todo nuestro corazón en todo cuanto nos dice vuestra palabra; dignaos con vuestra bondad disponer nuestras almas á recibir bien esta divina semilla; ¡que no sean éllas ni un camino trillado, ni un terreno pedroso, ni un campo estéril, en donde las espinas la ahoguen! No, que nuestras almas sean, por el contrario, por un efecto de vuestra gracia, una tierra favorablemente preparada para recibir esta semilla bendita! Que el fruto, que en élla produzca, sea el ciento por uno!

Escucharémos atentamente esta santa palabra, cuando se nos anuncie, para conservarla en nuestros corazones y practicar sus enseñanzas... Queremos en el interior de nuestras casas, en medio de nuestras familias, abrir vuestro Evangelio, leyéndole con respeto y oyendo sus enseñanzas con fidelidad, para hacer de él el más precioso alimento de nuestros espíritus; porque sabemos, ó Jesús, que vuestras palabras son palabras de vida; bendecid estos sentimientos y resoluciones, grabadlas profundamente en nuestro corazón, y hacednos la gracia de permanecer siempre fieles á éllas... Así sea.

HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO  
DEL DOMINGO DE QUINQUAGÉSIMA.

(Luc. xviii, 31, 43.)

Dureza de los hombres para con el ciego de Jericó; bondad de Jesús con respecto á él.

TEXTO. *Stans autem Jesus jussit illum adduci ad se.* Parándose, pues, Jesús mandó se le trajesen.

de los cuales leemos á veces pasajes, y que se llaman la Santa Escritura, ó sea la palabra de Dios? ¿No es con el objeto, de que la estudiemos? ¿No es con el fin, de que alimentemos nuestras almas con las verdades, que encierra?...

¡Y nosotros tenemos á ménos hacerlo, perdiendo muchas veces el tiempo en lecturas frívolas é inútiles; y no dedicamos un momento á la lectura y á la meditación de las verdades evangélicas!... ¿Decidme, pues, ¿es esto tener el respeto debido á la palabra de Dios? ¿No es, por el contrario, tratarla con desprecio?... ¿Qué no? supongamos, que hubieseis dirigido una importante carta á un amigo ausente. Será, si os place, un padre, una madre que escribe á su hijo, alejado del país, alistado en la milicia ó, como hemos visto á tantos, prisionero entre enemigos crueles y desapiadados... ¿Qué pensaríais, si este hijo, si este amigo, no quisiera aun abrir vuestra carta, rechazándola con indiferencia y desdenando la lectura de la misma? « ¡Ingrato, sin corazón! diríais; nos menosprecia á nosotros, que sólo pensabamos en él, y para consolarle, endulzar su destierro y ayudarle á soportar mejor el tedio de la ausencia, le enviamos noticias del país. » Pues bien hermanos míos, ¿no tiene Dios con nosotros mayor motivo para hacernos reproches más justos y merecidos? Su palabra, contenida en las santas Escrituras, no es otra cosa, sino cartas, que nos vienen del cielo...

¡Y descuidamos abrirlas, leerlas y aprenderlas! ¡Ah, confesémoslo, somos ingratos y no tenemos para con esta palabra el respeto que reclama de nosotros!

PERORACIÓN. Oh amados hermanos míos, no lo hagamos, pues, así! Penetrémonos del profundo respeto, que se merece esta augusta palabra, con la cual Dios en su misericordia se ha dignado darse á conocer á nosotros y revelarse á nuestra pobre inteligencia. Su autoridad es sagrada, creamos en todo cuanto nos enseña. Pasarán los cielos y la tierra, pero las verdades afirmadas en nuestras santas Escrituras no pasarán<sup>1</sup>. A pesar de los sar-

1. Mat. xxiv, 35.

casmos de los impíos, á pesar de todas las ataques del infierno, permanecerán siempre vivas, siempre firmes é inmóviles como la roca, contra la cual vienen á estrellarse todas las tempestades...

Sí, o Jesús, creemos con todo nuestro corazón en todo cuanto nos dice vuestra palabra; dignaos con vuestra bondad disponer nuestras almas á recibir bien esta divina semilla; ¡que no sean éllas ni un camino trillado, ni un terreno pedroso, ni un campo estéril, en donde las espinas la ahoguen! No, que nuestras almas sean, por el contrario, por un efecto de vuestra gracia, una tierra favorablemente preparada para recibir esta semilla bendita! Que el fruto, que en élla produzca, sea el ciento por uno!

Escucharémos atentamente esta santa palabra, cuando se nos anuncie, para conservarla en nuestros corazones y practicar sus enseñanzas... Queremos en el interior de nuestras casas, en medio de nuestras familias, abrir vuestro Evangelio, leyéndole con respeto y oyendo sus enseñanzas con fidelidad, para hacer de él el más precioso alimento de nuestros espíritus; porque sabemos, ó Jesús, que vuestras palabras son palabras de vida; bendecid estos sentimientos y resoluciones, grabadlas profundamente en nuestro corazón, y hacednos la gracia de permanecer siempre fieles á éllas... Así sea.

HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO  
DEL DOMINGO DE QUINQUAGÉSIMA.

(Luc. xviii, 31, 43.)

Dureza de los hombres para con el ciego de Jericó; bondad de Jesús con respecto á él.

TEXTO. *Stans autem Jesus jussit illum adduci ad se.* Parándose, pues, Jesús mandó se le trajesen.

EXORDIO. Hermanos míos, leemos en el Evangelio del presente día, que Jesús, despues de llevar aparte á sus doce apóstoles, les dijo: « Hé aquí que vamos á Jerusalem, y tendrán cumplimiento todas las cosas, que del Hijo del Hombre están escritas por los Profetas. Porque será entregado á las gentes, será burlado, azotado, escupido, y despues que le hayan azotado, le quitarán la vida, mas al tercer día resucitará. Pero ellos no entendieron nada de ésto, y semejante discurso era para ellos impenetrable, y no entendían lo que les decía. Sucedió, pues, que acercándose á Jericó, un ciego estaba sentado junto al camino, pidiendo limosna. Y oyendo la mucha gente, que pasaba, preguntó que era aquello. Dijéronle, que pasaba Jesús Nazareno. Y clamó, diciendo: Jesús, hijo de David, ten misericordia de mí. Y los que iban delante le reñían, diciéndole que callase. Pero él clamaba mucho mas: Hijo de David ten misericordia de mí. Parándose, pues, Jesús, mandó que se le trajesen. Y cuando estuvo cerca, le preguntó, diciendo: Qué quieres que haga contigo? Y él dijo: Señor, que vea: Y Jesús le dijo: Vé, tu fé te ha hecho salvo. Y luego vió, y le seguía engrandeciéndolo á Dios. Y todo el pueblo, viéndolo dió á Dios alabanzas. »

Este Evangelio, hermanos míos, segun habéis podido observar, encierra dos partes. En la primera anuncia Nuestro Señor á sus Apóstoles la Pasion, que debía sufrir poco tiempo despues. Predice tambien á ellos su resurrección, pero como lo observa el Evangelista, no le comprendieron. En la segunda parte se cuenta la curación de un ciego, que mendigaba en el camino de Jericó.

PROPOSICIÓN. ¿ Debo, con motivo de este Evangelio, hablaros de los sufrimientos de nuestro divino Salvador, que en él mismo se encuentran predichos y reasumidos en pocas palabras? Tal vez, la intencion de la Iglesia, al recordárnoslos hoy, sea la de precavernos contra esta ligereza, esta disipación excesiva, que tienen lugar en los días de Carnaval, y contra las cuales élla protesta, deseando que todos sus hijos se dispongan de un modo conveniente para el tiempo santo de Cuaresma, que debe ser un tiempo de penitencia... ¿ Debo acaso mostraros, que en las ins-

tancias, que hace este pobre ciego para obtener su curacion, se nos ofrece un modelo, que debemos seguir nosotros, pobres pecadores, rogando con fervor, á fin de que, durante estos días de gracia, en los cuales vamos á entrar, se digne Dios curarnos tambien de nuestra ceguera? Pero de estas verdades tendrémós ocasion de hablaros durante los ejercicios de la Cuaresma, que os aconsejamos sigáis con asiduidad. Esta mañana, fijándome en una circunstancia sencilla del relato evangélico, os hablaré de la diferencia que hay, bajo el punto de vista de la compasión, entre los hombres y nuestro Señor Jesucristo.

DIVISION. Dureza, insensibilidad de los hombres con respecto á aquel pobre ciego, tal será mi *punto primero*; dulzura y misericordia, con que Jesucristo hace, que se le acerque y le concede su curación, tal será el tema del *punto segundo* de esta instruccion.

*Primera parte.* Aquel pobre ciego, de quien habla nuestro Evangelio, estaba pues allí, sentado cerca de las puertas de la ciudad de Jericó, tendiendo la mano y pidiendo limosna á los transeuntes...

Habréis visto á veces en las ciudades, ó en las puertas de nuestras iglesias, igual espectáculo; vuestro corazon sin duda se habrá conmovido de compasión. Pero aquí no se trataba de un mendigo ordinario. Al dar su nombre y el de su padre <sup>1</sup>, san Márcos, el Evangelista, nos autoriza á creer, que aquel pobre pertenecía á una familia, que había gozado de cierto bienestar; que á consecuencia de esas revoluciones de fortuna, tan frecuentes en la vida, se vió reducido á la miseria y volviéndose ciego, se veía obligado á pedir limosna... ¡ Pobreza bien digna de compasion!...

No obstante, hermanos míos, ved como le tratan los hombres. Al oír el rumor extraordinario de la multitud, él se informa. — Es Jesús, dícenle, quien va á pasar. — Sabe, sin duda que este adorable Salvador ha curado ya á varios enfermos; de repente,

1. Marc, x, 46.

apoderase de él una dulce confianza. ¿ No podría tambien él obtener su curación? Nace la esperanza en su corazón. *Jesús, hijo de David*, exclama, *ten misericordia de mí!* Pero, los que iban á la cabeza del cortejo, sin compasion de su estado lastimoso, sin atender á su fé, no veían en aquel grito, que él lanzaba, en aquella sencilla súplica, que él repetía, sino un quejido molesto, que chocaba á sus oídos... Le reñían, *increpabant*<sup>1</sup>, le amenazaban, *comminabantur*<sup>2</sup>, para obligarle á callarse. — Qué! este pobre desgraciado reclama su curación; qué! él se dirige á Jesús para obtenerla, y esta multitud que acompaña triunfalmente al Salvador, y tal vez los Apóstoles mismos le reprenden, le censuran por su confianza y llegan hasta á amenazarle!...

Hay aquí, hermanos míos, algo de notable y de misterioso; sin duda lo permitió Dios para instrucción nuestra. Probemos de comprenderlo bien...

Esta muchedumbre, que acompañaba á Nuestro Señor, los Apóstoles mismos eran aun muy poco instruidos, ellos no comprendían más que á medias las enseñanzas del divino Maestro, aun no tenían esa plenitud de luz y de caridad, que debían darles las últimas enseñanzas del Salvador y la bajada del Espíritu Santo... Raciocinaban como hombres, en vez de pensar como verdaderos discípulos de Jesucristo. Era tambien quizás por afecto hácia su Maestro, á fin de evitarle la vista de un objeto desagradable, ahorrarle un tiempo de parada en su marcha; qué sé yo?... Pero en fin, ellos obraban humanamente... ¿ No se ven, efectivamente, á menudo sirvientes, que se creen adictos, obrar de esa manera y evitar á sus amos las emociones saludables, que les causaría el espectáculo de la pobreza y del sufrimiento?...

Pero decidme, amados hermanos míos, ¿ comprendéis esa insensibilidad, esa dureza de la multitud para con aquel pobre ciego? No, porque sois cristianos, porque teneis la fé; un pobre es para vosotros el representante de Jesucristo, y ninguna miseria se muestra á vuestros ojos, sin que se enternezcan vues-

1. Luc, XVIII, 49. — 2. Marc, XI, 48.

tros corazones, y sin que procuréis aliviarla... Pero, ved á vuestro alrededor á los que no tienen la fé, á los que han olvidado ellos preceptos de nuestra santa religion; ¿ no son las más de las veces duros y sin compasión para con sus hermanos, que están en la indigencia? Á aquel que viene á tender la mano, ante su puerta, para pedir un pedazo de pan en nombre de Dios; á aquellos pobres más interesantes todavía, que visitados por la vejez, la enfermedad y otras penalidades, se ruborizan, en cierta manera, de tender la mano y viven de lágrimas y privaciones al lado de su hogar sin fuego, ¿ qué es lo que dicen esos hombres sin religion y sin fé? « Vosotros sois unos perezosos, unos borrachos, unos pródigos. » Miserables! ¿ acaso estas injurias dan pan á los que no lo tienen?... La mano, que se tiende á vuestra puerta, es tal vez la de un hombre honrado, la de un valiente obrero; si vosotros no queréis tocarla, ah! al ménos no la insultéis!... ¡ Qué duros y crueles son los hombres para con sus hermanos pobres y enfermos!... Sin la religion, cuán desgraciados serían los pobres!...

Yo querría tambien, hermanos míos, mostraros la injusticia, la dureza, la crueldad de los hombres para con los pobres pecadores. Estos no son, sin embargo, los preceptos, que ha dado nuestro divino Salvador, ni la conducta, que ha tenido!... Que un hombre, que haya vivido hasta aquí en la indiferencia, que una persona, cuya juventud se haya pasado en medio de las frivolidades, ó que hasta haya dado el escándalo de una caída pública; que esta persona, digo, recurra á Jesucristo, como el pobre ciego de nuestro Evangelio, que venga con una fé viva y súplicas insistentes á pedirle su curación, se murmurará, se criticará... A veces, aun las personas, en apariencia las más cristianas, se mostrarán las ménos indulgentes. Como si la misericordia de Dios debiese estar á merced suya, y no fuese toda para los pecadores!... « Un tal confesarse! un tal convertirse! » se dirá, « oh! verdaderamente la religion es ancha; no hya necesidad de inquietarse para salvarse!... » Almas ignorantes y sin entrañas, ¿ no sabeis, pues, lo que Jesús ha venido á hacer acá en la tierra?...

He venido, nos dice él, no para llamar á los justos, sino para salvar á los pecadores!...<sup>1</sup>. ¡Cuidado que vosotros, que juzgáis tan severamente á los demás, no seáis como los Fariseos y orgullosos, raza particularmente odiosa al corazón de aquel divino Salvador! Qué? Cuando Jesús bajaba á casa del pecador Zaquéo, habríais sin duda murmurado, y sin embargo hacia de él un santo?... Cuando llamaba al publicano san Mateo, habríais lanzado gritos de censura; no obstante, era un apóstol, un evangelista, á quien iba á escoger<sup>2</sup>! Pero, ¿qué habríais dicho, cuando con gran escándalo de los Fariseos, santa Magdalena, la pecadora famosa, venía á arrojarse á sus piés, á regarlos con sus lágrimas; cuando él le decía, que muchos pecados le eran perdonados<sup>3</sup>; cuando de aquella mujer débil y pecadora hacia la amiga de la Virgen, y el modelo de la más heroica penitencia?... No, vosotros, que juzgáis tan severamente á los pobres pecadores, que se convierten, vosotros no conocéis á Jesús; ignoráis su corazón, su misericordia y su amor; vosotros sois Fariseos!...

*Segunda parte.* Ved, por el contrario, hermanos míos, la admirable bondad, que usa nuestro Señor para con aquel pobre ciego. «Cállate, habíale dicho la multitud, no nos molestes con tus gritos; vuélvete y déjanos pasar.» Mas el ciego gritaba siempre: *Jesús, hijo de David, ten misericordia de mí.* En vano se le reñía, vanamente se le amenazaba; un secreto presentimiento, qué digo! una fé viva, que la gracia de Dios había puesto en su corazón, le hacia esperar su remedio... Él persiste en sus ruegos... Jesús le oye, se deliene, manda que le traigan á su presencia á aquel pobre mendigo... Dulce Jesús, ¡cuán bueno sois! Todos abandonan á aquel desdichado, se alejan de él, se le rechaza. Pero vos, os detenéis, á vuestra misericordia está reservado tener compasión de él. *Tibi derelictus est pauper*<sup>4</sup>. El espectáculo de su miseria, sus ojos sin vida, apagados, acaso ulcerados, son para todos objeto de asco... Pero vos, ó misericordioso

1. Mat., ix, 13; Marc., ii, 17. — 2. Luc., xix, 5 y siguientes.  
3. Mat., ix, 9 y siguientes. — 4. Luc., vii, 37 y siguientes.  
5. Ps. x, 14.

Salvador, vos habéis visto su corazón, vos conocéis su fé, vuestras miradas se detienen en él con ternura. *Oculi ejus in pauperem respiciunt*<sup>1</sup>. ¡Oh hermanos míos, si nosotros pudiéramos comprender bien la hondad de Jesús, y sobre todo, si nosotros procurásemos imitarla, cuán dichosos seríamos!...

Pero ahondemos aun mas profundamente en este asunto; ¡es tan dulce, tan consolador profundizarlo!... ¡Véis á Jesús, deteniéndose para consolar á un mendigo!... Los historiadores han contado con admiración un rasgo de bondad, atribuido al emperador Trajano. Un día que aquel príncipe, en medio de su ejército, rodeado de todos sus oficiales, avanzaba con gran pompa, disponiéndose á una batalla, que debía dar próximamente, una pobre mujer viuda, dicen, vino á su encuentro. — Príncipe, le dijo élla, tengo necesidad de hablaros. — Más tarde, respondióle el emperador. — No, prosiguió élla, es una justicia, que yo reclamo, y vos no podéis diferirla. — Tranquilizaos, le contestó el emperador, á mi regreso yo os concederé lo que me pidiéreis. — Príncipe, continuó la mujer, muchos van á la guerra y no vuelven, vos podeis ser de este número. — Pues bien! replicó Trajano, mi sucesor os hará justicia. — Sí, continuó la viuda, puede ser; pero lo que hay de seguro, es que vos habréis perdido el mérito de habérmela hecho por vos mismo. Impresionado, con esta reflexion, aquel príncipe se apeó del caballo, examinó la causa de aquella viuda y concedióle lo que élla pedía. Condescendencia y bondad, que parecían tan admirables á san Gregorio el Grande, que creía que Dios se lo había tenido en cuenta en la otra vida á aquel emperador pagano<sup>2</sup>. Y, en efecto, dejando solo á Dios el derecho de apreciar y recompensar aquella acción, confesémoslo, por parte de un pagano es digna de admiración... Detenerse é interrumpir su marcha, para acoger las súplicas de una humilde viuda y hacerle justicia, para un príncipe cristiano esto sería sencillamente un deber, pero para un pagano, esto era cosa sorprendente...

1. Ps. x, 9.

2. Véase la Vida de san Gregorio el Grande, por el diácono Juan.

Perdónadme, ó dulce Jesús, el haber citado este rasgo, para hacer mejor entender vuestra bondad, vuestra misericordia inefable, que supera á la de los hombres, tanto como el cielo á la tierra... Jesús se detiene, no para escuchar á una viuda, que tiene derecho á la justicia, que reclama, sino para acoger á un pobre ciego, que le pide su curación... Considerad lo que va á pasar entre Él y aquel pobre... Él manda que se le traigan : ¿ Qué pides de mí, amigo mío ? Se te ha rechazado, se te ha amenazado, pero héme aquí, yo mismo soy quien te hablo, ¿ qué quieres que te haga ? — Señor, dijo el pobre ciego, haced, que vea. — Pues bien, amigo mío, que así sea, mírame y ve.

*Et ait Jesus : Respice.* É incontinenti los ojos de este hombre quedan sanos, él mira y ve !... ¡ Oh pobre corazón mío, ¿ Comprendes la ternura, el amor, la bondad, la misericordia de Jesús ?... Ves ahora en cuanto sobrepuja á la del príncipe, de quien acabamos de hablar... Así es, hermanos míos, los hombres son duros, sin lástima y sin entrañas, y si hallamos en nuestra pobre naturaleza algo que mueva á compasión, esto no nos pertenece, es Dios quien nos lo ha dado. Si, él, este adorable Salvador !... ¡ Ah, esa cura del ciego de Jericó no es más que una imágen muy imperfecta de la que usa con respecto á los pobres pecadores. Si, lo digo, y con verdad, es la enseñanza del Evangelio, es la palabra de Jesús ; todas las veces que un pobre pecador, sean cuales fueren sus culpas, sus miserias ; diré más, sean cuales fueren sus iniquidades y sus crímenes, todas las veces, repito, que volviéndose hácia Jesús, haga con fé y confianza la súplica del pobre ciego de Jericó ; todas las veces que, sintiendo su miseria, vuelva á decir con humildad é insistencia : « Jesús, hijo de Dios, ten misericordia de mí, » á despecho de las reclamaciones de los Fariseos, que se acerque con confianza ; es Jesús quien le manda acercarse. *Jussit eum adduci ad se.*

Sí, que se acerque, y Jesús le hará esta pregunta : « Pobre alma querida, ¿ qué quieres de mí... ? » Y si él responde con toda sencillez, con un deseo sincero de convertirse : « Señor, yo soy un pobre ciego, haced que vea, haced que comprenda la miseria

de mi estado, la necesidad de dejar el pecado, la obligación de serviros en adelante y de seros fiel ; » lo juro por la palabra de Dios, ese pecador, cualquiera que sea, recibirá de Jesús esta respuesta : « Pobre ciego, ve. ». Y muchos pecados le serán perdonados, si su dolor y su caridad son grandes, y habrá una gran alegría en el cielo... ¡ Ah, cuánto mejor es Dios que los hombres !... El asunto es inagotable, cuando se habla de las misericordias del Señor ; y sin embargo voy á concluir, no quiero ser demasiado largo...

*PERORACIÓN.* Hermanos muy amados, quiero sacar dos conclusiones prácticas de las reflexiones, que acabais de oír.

Vosotros, en quienes Dios ha conservado la fé, que tenéis la dicha de ser buenos y fieles cristianos, no imitéis á esa muchedumbre insensible, que pasa ante el pobre ciego, rechazándole.

Penetraos de compasión tanto para con las miserias del cuerpo como para con los males del alma. No echeis nunca una injuria al pobre, que os tiende la mano, sea el que fuere ; si hay que usar de prudencia en hacer limosnas, esta prudencia no debe ser excesiva y degenerar en acritud, ni en orgulloso desprecio... Pero sobre todo, nosotros cristianos, no seamos Fariseos : que palpite nuestro corazón como el del Salvador Jesús y que reproduzca sus sentimientos. Él ha amado á los pobres pecadores, entre los cuales nosotros mismos debemos contarnos. Sí, él nos ha amado hasta morir por nosotros, y cualesquiera que sean nuestras cualidades actuales, ante su santidad y su justicia, el mejor de entre nosotros pesa bien poco y no tiene gran precio. Seamos, pues, indulgentes para con los pobres pecadores. No, no seamos Fariseos, y si alguna pobre alma, aun la más miserable y desacreditada, volviere hácia el bondadoso Dios durante los días de penitencia, que van á empezar, sin murmurar, sin hacer esas reflexiones dictadas por la ignorancia y por el orgullo, bendigamos, con toda sencillez á Jesús y su misericordia. Y á vosotros, pobres pecadores, almas tan caras al corazón de Jesús, ¿ qué os diré ? Jesucristo os ama, vosotros sois ante Él pobres ciegos, dignos de compasión. No pide,

no desea Él otra cosa sino sacaros de las tinieblas y curaros de vuestra enfermedad.

¡ Ah, yo veo que desde el fondo de este tabernáculo, donde su amor le retiene; se inclina hácia vosotros con amor, él escucha, él comprende los pensamientos de vuestros corazones; él ve vuestros combates, vuestras penas y vuestros remordimientos; él espera á que le digáis desde el fondo de vuestro corazón: *Jesús, hijo de David, tened misericordia de mí.* Pobres y queridas almas, ¿ es que no se lo diréis? ¿ Es que no deseais vuestra curación? ¿ Es que no sentís la necesidad, que tenéis de su gracia?

Ea pues, valor, confianza. Jesucristo es bondadoso, haced un esfuerzo durante el tiempo santo de la cuaresma, para volver á él. Y volver á Jesús, salir del estado de pecado, será para vosotros la alegría, la calma, la paz durante los días que os quedan por pasar en la tierra; despues vendrán las delicias inmortales y una felicidad sin fin, en aquella patria bienaventurada, á la que nos llama Dios, y que yo os deseo de lo más profundo de mi corazón... Amen.

### HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO

DEL PRIMER DOMINGO DE CUARESMA.

(MAT., IV, 9-11.)

**Tentación de Nuestro Señor. Por qué quiso Jesucristo ser tentado; cómo debemos conducirnos en las tentaciones.**

**Texto.** *Hæc omnia tibi dabo, si cadens adoraveris me.* Todo esto te daré, si postrándote me adoras.

**Exordio.** En verdad, hermanos míos, el relato del Evangelio del día de hoy es bien propio para excitar nuestra admiración.

Que Jesús haya obrado milagros, curado enfermos, resucitado muertos, no nos asombramos de éllo nosotros, que creemos en su

divinidad y en su omnipotencia; que bajo la forma de parábolas, ó de otra manera, nos haya dado sublimes y saludables enseñanzas, esto nos parece digno de Él, porque había venido sobre la tierra para instruirnos; que aun se haya dignado sufrir aquella ignominiosa muerte de cruz, lo comprendemos tambien hasta cierto punto, conociendo su amor y sabiendo que venía para expiar nuestros pecados y rescatar nuestras almas. Pero que Él quisiera ser tentado por el demonio!... ¡ Oh, esto tiene algo de más sorprendente, y, sin embargo, debemos creerlo, porque hé aquí lo que nos relata el Evangelio del presente día. « Fué Jesús llevado por el Espíritu al desierto, para ser tentado del diablo, y habiendo ayunado cuarenta días y cuarenta noches, tuvo finalmente hambre. Y llegándose entónces el tentador, le dijo: Si eres Hijo de Dios, dí que estas piedras se conviertan en pan. Mas Jesús le respondió. Escrito está: no de sólo pan vive el hombre, sino de toda palabra, que sale de la boca de Dios. Entónces el diablo le condujo á la Ciudad Santa y le puso sobre el pináculo del templo. Y le dijo: Si eres Hijo de Dios, échate abajo, porque escrito está: que ha encargado á sus Angeles que cuiden de tí, y te sostengan en sus brazos, para que no tropiece tu pié contra las piedras. Díjole Jesús: También está escrito: No tentarás al Señor tu Dios. Otra vez le llevó el Diablo á un monte muy alto, y mostrándole desde allí todos los reinos del mundo con su esplendor, le dijo: Todo esto te daré, si, postrándote, me adoras. Entónces le dijo Jesús: Retírate, Satanás, porque está escrito: Adorarás al Señor tu Dios, y á Él sólo servirás. Entónces le dejó el diablo, y he aquí que se le acercaron los Angeles y le servían. »

**Proroció.** Si, hermanos míos, este poder concedido al demonio, aquellas tentaciones, que se atrevió á hacer sufrir á Nuestro Señor, son bien propias para sorprendernos y asombrarnos.

Pero, si hacemos esfuerzos para penetrar aquel misterio, veremos en éllo sin duda alguna una prueba del amor inagotable que nos tiene este adorable Salvador, y una lección útil, de que debemos sacara provebo...

**Divisió.** *Primeramente.* ¿ Por qué quiso Jesús ser tentado por

no desea Él otra cosa sino sacaros de las tinieblas y curaros de vuestra enfermedad.

¡ Ah, yo veo que desde el fondo de este tabernáculo, donde su amor le retiene; se inclina hácia vosotros con amor, él escucha, él comprende los pensamientos de vuestros corazones; él ve vuestros combates, vuestras penas y vuestros remordimientos; él espera á que le digáis desde el fondo de vuestro corazón: *Jesús, hijo de David, tened misericordia de mí.* Pobres y queridas almas, ¿ es que no se lo diréis? ¿ Es que no deseais vuestra curación? ¿ Es que no sentís la necesidad, que tenéis de su gracia?

Ea pues, valor, confianza. Jesucristo es bondadoso, haced un esfuerzo durante el tiempo santo de la cuaresma, para volver á él. Y volver á Jesús, salir del estado de pecado, será para vosotros la alegría, la calma, la paz durante los días que os quedan por pasar en la tierra; despues vendrán las delicias inmortales y una felicidad sin fin, en aquella patria bienaventurada, á la que nos llama Dios, y que yo os deseo de lo más profundo de mi corazón... Amen.

### HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO

DEL PRIMER DOMINGO DE CUARESMA.

(MAT., IV, 9-11.)

**Tentación de Nuestro Señor. Por qué quiso Jesucristo ser tentado; cómo debemos conducirnos en las tentaciones.**

**Texto.** *Hæc omnia tibi dabo, si cadens adoraveris me.* Todo esto te daré, si postrándote me adoras.

**Exordio.** En verdad, hermanos míos, el relato del Evangelio del día de hoy es bien propio para excitar nuestra admiración.

Que Jesús haya obrado milagros, curado enfermos, resucitado muertos, no nos asombramos de éllo nosotros, que creemos en su

divinidad y en su omnipotencia; que bajo la forma de parábolas, ó de otra manera, nos haya dado sublimes y saludables enseñanzas, esto nos parece digno de Él, porque había venido sobre la tierra para instruirnos; que aun se haya dignado sufrir aquella ignominiosa muerte de cruz, lo comprendemos tambien hasta cierto punto, conociendo su amor y sabiendo que venía para expiar nuestros pecados y rescatar nuestras almas. Pero que Él quisiera ser tentado por el demonio!... ¡ Oh, esto tiene algo de más sorprendente, y, sin embargo, debemos creerlo, porque hé aquí lo que nos relata el Evangelio del presente día. « Fué Jesús llevado por el Espíritu al desierto, para ser tentado del diablo, y habiendo ayunado cuarenta días y cuarenta noches, tuvo finalmente hambre. Y llegándose entónces el tentador, le dijo: Si eres Hijo de Dios, dí que estas piedras se conviertan en pan. Mas Jesús le respondió. Escrito está: no de sólo pan vive el hombre, sino de toda palabra, que sale de la boca de Dios. Entónces el diablo le condujo á la Ciudad Santa y le puso sobre el pináculo del templo. Y le dijo: Si eres Hijo de Dios, échate abajo, porque escrito está: que ha encargado á sus Angeles que cuiden de tí, y te sostengan en sus brazos, para que no tropiece tu pié contra las piedras. Díjole Jesús: También está escrito: No tentarás al Señor tu Dios. Otra vez le llevó el Diablo á un monte muy alto, y mostrándole desde allí todos los reinos del mundo con su esplendor, le dijo: Todo esto te daré, si, postrándote, me adoras. Entónces le dijo Jesús: Retírate, Satanás, porque está escrito: Adorarás al Señor tu Dios, y á Él sólo servirás. Entónces le dejó el diablo, y he aquí que se le acercaron los Angeles y le servían. »

**Proroció.** Si, hermanos míos, este poder concedido al demonio, aquellas tentaciones, que se atrevió á hacer sufrir á Nuestro Señor, son bien propias para sorprendernos y asombrarnos.

Pero, si hacemos esfuerzos para penetrar aquel misterio, veremos en éllo sin duda alguna una prueba del amor inagotable que nos tiene este adorable Salvador, y una lección útil, de que debemos sacara provebo...

**Divisió.** *Primeramente.* ¿ Por qué quiso Jesús ser tentado por

el demonio? *Segundo* : ¿ cómo debemos conducirnos con respecto à las tentaciones? Dos cuestiones, à las cuales me propongo responder en esta instrucción.

*Primera parte.* ¿ Porqué quiso Jesucristo ser tentado por el demonio?... Y desde luego, hermanos míos, todos sabéis lo que es el demonio: un ángel rebelde, el cual, ensorberbecido por los beneficios, que había recibido de Dios, se atrevió á rebelarse contra su criador, como un general, que abusara del poder que le ha confiado su rey, para excitar una rebelión ó sedición contra él. Llevó trás de sí, dicen, el tercio de los ángeles. Ofendido por este orgullo, el Todopoderoso expulsó del cielo aquellos ángeles rebeldes. Tres veces miserables por su alejamiento de Dios, por el recuerdo de la felicidad perdida, y por los tormentos que sufren, aquellos demonios, envidiosos de la dicha de los hombres, se esfuerzan á arrastrarles y excitarles al mal, á fin de verles un día comprendidos en su condenación... El jefe de aquellos malos ángeles tiene varios nombres; unas veces es llamado *demonio*, *diablo*, nombres que se aplican también á cada uno de estos malos espíritus; otras veces es llamado *Lucifer*, á causa de la gloria, con que brillaba antes de su caída; otras veces también se le designa bajo el nombre de *Satanás*; y bajo esta denominación Jesucristo lo arrojó de sí, cuando le dijo: *Retirate, Satanás*; y nosotros mismos lo arrojamos el día de nuestro bautismo, cuando por boca de nuestros padrinos dijimos: *Renuncio á Satanás á sus pompas y á sus obras*... Los demonios son puros espíritus; Dios puede muy bien permitir, que se manifiesten algunas veces bajo una forma visible, pero no tienen cuerpo propio; y si á veces se representa al diablo bajo una forma horrible, es para significar su fealdad, su malicia, é inspirarnos un saludable horror...

Se encuentran á veces cristianos, que tratan bien inconsideradamente esta verdad de la existencia del diablo, y afectan aun dudar de élla; éstos, hermanos míos, están en el error, y no poseen la fé tal como la exige la Iglesia. Existe el demonio: él es quien hizo caer á nuestros primeros padres; él es quien se hizo adorar por los paganos, él es quien tentó á Nuestro Señor Jesu-

cristo, él es quien aun ahora incita á los hombres al mal, y les inspira esos espantosos crímenes, cuyo solo pensamiento hace temblar de horror. Sólo, pues, los impíos é ignorantes puedan negar la existencia del diablo...

Me ha parecido á propósito, hermanos míos, haceros esta explicación, la cual tal vez no será inútil, ántes de responder á mi primera cuestión... ¿ Porqué quiso Jesucristo ser tentado por el demonio? Fué para sufrir todas las humillaciones de nuestra naturaleza, animar á los santos, y servirnos de modelo<sup>1</sup>.

Al revestirse de nuestra naturaleza, Jesucristo la tomó con todas sus miserias, con todas sus flaquezas, excepto el pecado. *No tenemos*, dice san Pablo, *un Pontífice ó mediador, que no pueda compadecerse de nuestras flaquezas, mas tentado en todo segun nuestra semejanza, pero sin pecado*<sup>2</sup>. Pues no habría podido el Apóstol decir estas palabras, y Jesucristo no habría sido como nosotros sometido á toda clase de tentaciones, si Él no hubiese querido sufrir los asaltos del mismo Satanás. Nosotros, hermanos míos, no comprendemos lo doloroso, lo triste, lo humillante, que hay en estas tentaciones del demonio, en la presencia visible ó invisible de Satanás cerca de un alma, que ama y teme á Dios, porque nuestra fé no es bastante viva, ni nuestra caridad bastante grande.

Pero si preguntáis á las santas almas, que tuvieron que sufrir estas vejaciones y aguantar estas obsesiones, os dirán que ningun sufrimiento fué para ellas igual á este sufrimiento, ningun dolor igual á este dolor. Pues bien, esta pena Nuestro Señor ha querido probarla, para enseñar á sus santos como era menester que la sufriesen...

Me pregunto, ó Salvador mio, ¿ qué pensamientos agitaban vuestra alma, cuando Satanás osaba levantaros en sus brazos, y tenía la impudencia de proponeros el que le adoraseis?... Quizás estaba vuestro corazón conmovido de lástima, viendo esta criatura, que habíais hecho tan hermosa y tan brillante, caída hasta este

1. Confer., *Santo Tomás*, IIIª parte, cuest. xli, art. 1º y sigtes.

2. Hebr., iv, 15.

último grado de rebajamiento, de malicia y locura... Quizás una tal insolencia excitaba en vos movimientos de una santa indignación; pero lo que se sabe, ó Jesús mio, es que estas tentaciones os causaron una indecible tristeza. Una comparacion, hermanos míos, os hará comprenderlo bien... Imaginaos una princesa jóven, casta, hermosa, tiernamente afecta al rey, su esposo. Hé aquí que un vil y miserable sirviente, condenado precisamente á galeras por la justicia del rey, osa levantar los ojos hacia esta reina, y proponerle el quebrantar la fidelidad, que debe á su esposo. ¿Comprendéis la humillación, la vergüenza, la tristeza, la indignación y el dolor que inspiraría á esta casta reina tan infame audacia? Pues bien, esto es nada en comparación de los sentimientos, que el alma de Nuestro Señor debió experimentar, cuando el diablo se atrevió á proponerle, que le adorase...

Luego, al someterse á este humillante y penosa experiencia, quería Nuestro Señor enseñar á sus santos de que manera ellos mismos debían sufrirla, mostrándoles, que no tenían que temer á este enemigo, y como debían menospreciarle y desafiar sus furioses... Por eso ¡cuántos santos, animados por este ejemplo del Salvador, han resistido á todas las seducciones, á todas las obsesiones, aun corporales y visibles de Satanás!... El catálogo de ellos sería largo. Sin hablar de san Antonio, de san Pacomio y de todos los santos Padres del desierto, los cuales habian sostenido con Satanás muchísimos combates; sin hablar del ilustre San Vicente Ferrer, á quien el diablo decía: « Te perseguiré, hasta que te haya derribado y seas vencido; » A cuya amenaza el santo misionero respondía: « No te temo, miserable, mientras Jesucristo esté conmigo <sup>1</sup>; » quiero solamente contaros en pocas palabras lo que hizo sufrir á santa Francisca Romana... Ya la suspendía de una ventana sobre la vía pública, amenazándola con quebrantar hacerla contra la piedra; ya la hacia dar las más pesadas caídas, alardeandole matar á ella y á su hijo. Pero siempre llena de confianza en Dios, siempre animada por el ejemplo de Jesucristo, que le decía:

1. Ribadeneira, IV, t. p. 93 (5 de Abril.)

« Ten, confianza, le he vencido yo, » respondía la santa al tentador: « Miserable, redobla tus malos tratamientos, si Dios te da el poder de hacerlo; no te temo, te desprecio <sup>1</sup>. » En verdad, todas estas cosas parecen extraordinarias, pero son verdaderas, conformes á la fé y apoyadas sobre la autoridad de la santa Iglesia. Ya comprendéis ahora porque Jesucristo quiso ser tentado, y fué, para servir á la vez de ejemplo y estímulo á sus santos en semejantes circunstancias.

*Segunda parte.* Pero al querer ser tentado por el demonio, Nuestro Señor tenía todavía otra intención, que nos es más aplicable á nosotros los cristianos, que vivimos en una condicion ordinaria. Quiso enseñarnos de que manera debemos conducirnos con respecto á las tentaciones.

*Primeramente.* No debemos exponernos á ellas; el mismo Jesucristo no se fué espontáneamente al desierto, sino que fué conducido allí por una inspiración del Espíritu santo. *Ductus est a Spiritu.* Y, en efecto, está escrito: Él que ama el peligro, en él perecerá <sup>2</sup>. Si ponéis una luz en medio de una fuerte corriente de aire, ¿cual es vuestra intención, si no que ella se extinga? Si, ignorando el arte de nadar, os precipitais en la profundidad de un rio, ¿no dirán, que queréis ahogaros? Pero por el contrario, si para hacer la voluntad de Dios, ó para cumplir con un deber importante de vuestra condición os habéis expuesto á la tentación, tened confianza; desde el momento que no hay imprudencia de vuestra parte, os vendrá en ayuda la gracia de Dios.

Un doble ejemplo, sacado de nuestras santas Escrituras, nos mostrará claramente esta verdad. David, colmado de los beneficios del Señor, hasta entónces piadoso, prudente, recatado, podía seguramente creerse fuerte y al abrigo del peligro. No obstante se expone temerariamente á él, y sucumbe. Desde lo alto de su palacio divisa una mujer; en vez de volver los ojos á otro lado, los fija con avidez sobre este peligroso espectáculo. La codicia de

1. Véase *Su Vida*, por los Boll., lib. III, cap. I, II, III, IV. — 2. Eccli. III, 27.

poseerla penetra en su corazón, la pasión se enardece, y el crimen de adulterio, acompañado con él de homicidio, viene á manchar su virtud y á proporcionarle por todo el resto de su vida un motivo de inagotables lágrimas <sup>1</sup>. Se expuso á la tentación, y á ella sucumbió!... Ved, por el contrario, al santo patriarca José; esclavo de Putifar, el cual le da su confianza, nombrándole su intendente. Una terrible tentación se le ofrece en la misma casa de su dueño, pero él no puede disponer de sí, es menester que permanezca en esta casa, su deber le obliga á ello; no ha ido al encuentro de la tentación, no la ha querido: Dios le hará fuerte y le proporcionará la gracia de vencerla. En vano, ¡oh esposa de Putifar! tú procurarás por tus palabras y artificios hacer vacilar su virtud; en vano tú te apasionarás, hasta el punto de querer violentarle, él deja su capa en tus manos, pero salva su inocencia!... Dios le protegió en medio de esta terrible tentación, porque no se había expuesto á ella, y no había salido á su encuentro <sup>2</sup>.

Y ahora, hermanos míos, volvamos á nosotros. Si hemos murmurado ó calumniado, ¿no es porque hemos buscado unas compañías, las cuales sabíamos gustaban de la murmuración y la calumnia? Véd á ese hombre que se entrega á la embriaguez, y esotro, que pierde jugando el dinero, que debería emplear en el sustento de su familia, ó en pagar sus deudas, ¿no salen ellos, al frecuentar las tabernas ó ciertas casas, al encuentro de la tentación? Y cómo entónces no sucumbirían? ¿Qué diré yo de estas con jóvenes, cuya lijereza desconsuela, y las cuales muchas veces con escándalos públicos contristan no sólo su familia, sino toda una parroquia? ¡Ah, bien sabeis que corren, por decirlo así, hacia las tentaciones, no ignorais á que diversiones se abandonan, y en medio de que sociedades se complacen!...

Sin embargo, no basta, no exponernos voluntariamente á la tentación. El ejemplo de Jesucristo nos enseña además, que hemos de prepararnos á soportarla, á vencerla por el ayuno y las buenas obras. De esta manera se había Él mismo preparado. Mas

1. II Reyes, xi, 2 y sigtes. — 2. Gén., xxxix, 7 y sigtes.

tarde decía á sus apóstoles, que no habían podido libertar un poseso: *Este linaje de demonios no se lanza sino por la oración y el ayuno* <sup>1</sup>. Ciertamente, hermanos míos, ya lo sé, que muchos de vosotros, ya por ejercer profesiones penosas, ya por entregarse á las rudas faenas de los campos, no están obligados á este ayuno, á que la Iglesia durante este santo tiempo obliga aquellos de sus hijos, que no tienen una razón legítima, para ser dispensados del mismo. Pero, entendemos solamente por ayuno, si os place, la sobriedad, la templanza recomendada á todos los cristianos en cualquiera circunstancia que sea... Por vuestra propia experiencia, ó por la ajena podeis ver cuán necesaria es aquella, para vencer las tentaciones. Habréis sin duda asistido algunas veces á ciertos convites de fiesta, á festines de bodas, ó á otras reuniones, en las cuales las límites de la templanza han sido traspasados. ¿Qué habéis visto? decidme; qué habéis observado? ¿qué habéis oído? Respondedme. — Hemos oído, diréis, muchas palabras contra la caridad, muchos discursos inmodestos y cantos licenciosos. Cuántas personas, graves y arregladas en otras circunstancias, nos han parecido lijeras, frívolas, desconcertadas!... Hemos visto jóvenes y aun mujeres de mediana edad... — Basta, no acabéis... Sin duda, no estaríais en este número y no habréis dado ocasión de vuestra parte á semejantes reflexiones!... ¡Que Dios sea bendito!... Pero comprendéis bien, cuán necesario es el ayuno, ó mejor dicho, la templanza, para preservarse de las tentaciones y vencerlas. Creed, que aquellos y aquellas, que os han escandalizado en tales circunstancias, no habían observado las leyes de ella.

Por otra parte, ¡oh! la oración sobre todo es necesaria para triunfar de las tentaciones, sean las que fueren. ¿Qué hacíais, ó adorable Salvador nuestro, durante este retiro de cuarenta días en el desierto?... Os preparabais por la oración, no sólo á vuestra vida pública, sino también á resistir á los ataques de Satanás. Y nosotros también, hermanos míos, por la oración debemos prepa-

1. Mat., xvii, 20.

rarnos á vencer las tentaciones. Un piadoso rey, viéndose rodeado por una multitud de enemigos, contra los cuales su pequeño ejército era insuficiente, exclamaba dirigiéndose al Señor: Reconocemos, ó Dios mio, que nuestras fuerzas no son bastante numerosas para resistir á esta poderosa muchedumbre, que viene á caer sobre nosotros; pero como no sabemos ni siquiera lo que hemos de hacer, no nos queda otra cosa, sino volvernos hácia vos, y echarnos en vuestros brazos, poniendo en vos toda nuestra confianza.» Y él recibía este repuesta: «Poned vuestra confianza en el Señor vuestro Dios, y no tendréis que temer, y todo os saldrá bien.» Y al día siguiente salía él victorioso<sup>1</sup>. Así debemos portarnos en medio de las tentaciones: recurrir á Dios é implorar su ayuda. Si un ladrón está en vuestra casa, podéis obligarle á huir de élla, dando gritos; pero si guardais silencio, saquearía vuestra casa por culpa vuestra. Cuando tengais una tentación, podéis por medio de la oración libraros de élla y vencerla, pero si descuidais hacerlo, y sucumbís ¿quién tendrá la culpa sino vosotros?

En fin un tercer medio es no platicar con la tentación, sino rechazarla pronto. Ved el ejemplo, que nos da nuestro divino Salvador. Apenas le ha propuesto Satanás, que le adore, cuando lleno de una santa indignación, exclama: «Retírate Satanás, atrás, miserable! *Vade retro, Satan.*» Así es como se ha de hacer, sin discutir ni racionar. Mas si discutimos y platicamos con la tentación, si guardamos con placer en nuestros corazones un pensamiento lijero, aguardando para rechazarlo, á que se haga malo y llegue á pecado mortal, entonces estemos ciertos, que saldremos vencidos. La cabeza de la serpiente es más pequeña, que su cuerpo, y, sin embargo, desde el momento que ha podido penetrar en una hendidura por pequeña que sea, pasa por allí fácilmente el resto del cuerpo. Tal est la imagen de ciertas tentaciones. Si se las deja penetrar en la imaginación, aun bajo una apariencia inofensiva, indefectiblemente todo su séquito las acom-

1. II Par., xx, 12, 15, 20.

pañará, se harán peligrosas, culpables y todo su veneno se habrá introducido en nuestro corazón.

PERORACIÓN. ¡Cuántas cosas, hermanos míos, tendría aun que deciros con respecto á las tentaciones y artificios, que el demonio emplea, para hacernos sucumbir! Pero temó ser demasiado largo; y termino llamando aun vuestra atención sobre una circunstancia de nuestro Evangelio.

El diablo hizo aparecer ante Nuestro Señor todos los reinos de este mundo con su gloria y poder, y le dijo: «Si prosternándote ante mí me adoras, te daré todo esto.» ¡Ah pérfido y mentiroso! ¿Acaso no pertenece todo á Dios? Fuera de su perversidad, ¿posee Satanás algo? Y sin embargo, cristianos, tal es su arma la más poderosa; es por medio de promesas mentirosas, por esta palabra artificiosa: *Te daré*, que él seduce sobre todo las almas... Avaros, que ardeis en el abismo del infierno, él vió las codicias, que ardían en vuestros corazones, y os dijo: «Trabaja el domingo, presta con usura, sé duro con los pobres, *te daré* la riqueza y la tranquilidad en tu vejez.» Y no habéis disfrutado de vuestras riquezas, y quizás no habéis tampoco llegado á ser viejos, ó si habéis llegado, jamás gozasteis de tranquilidad... Ambiciosos, orgullosos de todas clases, cuya suerte ha parado en la condenación eterna, él leía en el fondo de vuestras almas vuestros deseos dominantes, y os dijo: «Engaña y menosprecia á los otros, sé hipócrita, no temas recorrer á los más infames medios para exaltarte y darte importancia, *te daré* los honores y la gloria.» Ahora experimentais la falsedad de sus promesas. Descubiertos quizás aun mientras viviais sobre la tierra, pobres condenados, ¿dónde están ahora vuestros honores, dónde está vuestra gloria?

Pero, ¿para qué evocar aquí la memoria de los muertos? Vos otras jóvenes, mujeres, y vosotros todos, cristianos, que no os confesais ya, ó que os confesais mal, ha visto él las tendencias y las pasiones, que hervían en vuestro corazón, durante los años que han seguido a vuestra primera comunión. «Deja la oración, os ha dicho, asiste ménos puntualmente á los oficios divinos, sacude las leyes del pudor y de la decencia, corre á divertirte en

esas sociedades mundanas, en esas reuniones locas, *te daré* el gozo, el delcete, los placeres. » ¿ Ha cumplido el mentiroso su promesa? Comparad vuestro estado actual con aquel, en que os hablabais el día de vuestra primera comunión; ¿ cuál os parece preferible? En vez del deleite, de los placeres, ¿ no habéis acaso encontrado el fastidio, la tristeza, los remordimientos?... ¡ Ah, amados hermanos míos, al ménos, durante estos días de penitencia, sepamos una vez resistir á estos asaltos, volvamos sinceramente al Señor, á pesar de las sugerencias de Satanás. Sí, volvamos á este Señor Jesús, el Dios de nuestra niñez, él, que siempre fiel á sus promesas, puede sólo hacernos gustar la paz, la verdadera alegría acá en la tierra, y que sólo tambien puede darnos aquella felicidad, aquella bienaventuranza, que durará por toda la eternidad. Así sea.

### HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO

DEL SEGUNDO DOMINGO DE CUARESMA.

(MAT., XVII, 1-9.)

**Transfiguración de Nuestro Señor Jesucristo. — Pruebas de su divinidad; estímulo, para incitarnos á conquistar el cielo.**

**TEXTO.** *Et transfiguratus est ante eos. Et resplenduit facies ejus sicut sol; vestimenta ejus facta sunt alba sicut nix.* Y se transfiguró ante ellos. Su rostro resplandeció como el sol, y sus vestidos quedaron blancos como la nieve.

**EXORDIO.** ¡ Qué contraste, hermanos míos entre el Evangelio de este día y el que os explicábamos el último domingo! En uno vimos á Jesucristo sobre un alto monte, á donde le había transportado el demonio, y queriendo que le adorase, le proponía todos los reinos de la tierra... Promesa falsa, porque, como dijimos, no puede el demonio dar nada ni siquiera los frágiles bienes

de este mundo... Hoy, ó glorioso Salvador, estáis tambien sobre un monte alto, á donde habeis conducido á tres de vuestros apóstoles. Ahí os contemplamos resplandeciente y transfigurado!... En efecto, hermanos míos, hé aquí lo que relata nuestro Evangelio. — « Despues de seis días, tomando Jesús consigo á Pedro, Santiago y Juan, su hermano, los llevó aparte á un elevado monte y se transfiguró ante ellos. Su rostro resplandeció como el sol, y sus vestidos quedaron blancos como la nieve. Y hé aquí que al mismo tiempo se les aparecieron Moisés y Eliás, hablando con Él. Y tomando Pedro la palabra, dijo á Jesús : Señor, bueno es estaros aquí, si gustas, hagamos aquí tres tiendas, una para tí, otra para Moisés, y otra para Eliás. Estando aun hablando, hé aquí que una nube resplandeciente los cubrió, y salió de la nube una voz, que decía : Este es mi Hijo muy amado, en quien he puesto todas mis delicias; escuchadle. Y al oír esto los discípulos, cayeron de rostro en tierra, y temieron en gran manera. Llegándose entonces Jesús á ellos, les tocó, y les dijo : levantaos y no temais. Y alzando sus ojos, no vieron á nadie, sino á Jesús sólo. Cuando bajaban del monte, les impuso Jesús precepto, diciendo : No digáis á nadie lo que habeis visto, hasta que el Hijo del Hombre haya resucitado de entre los muertos. »

**PROPOSICIÓN.** Quizás, hermanos míos, comparando el momento tan corto de la Transfiguración con las horas tan largas y penosas de la Pasión del Salvador, debería mostraros, á propósito de este Evangelio, que los goces de la tierra son raros y cortos, que mucho más numerosas y largas son acá bajo las penas, las desgracias y allicciones. Sin embargo, me detengo en otra consideración, y quiero con el auxilio de Dios explicaros cual ha sido el intento, el fin de Nuestro Señor en su Transfiguración.

**DIVISION.** Entre otras razones, que podríamos dar con respecto á este misterio, me detendré en las dos siguientes : *Primera-mente*, esta Transfiguración tuvo lugar, para dar una prueba evidente de la divinidad de nuestro Salvador; *Segundo*, tuvo aun por fin animar y fortalecer la debilidad de nuestra fé, mostrándonos la recompensa prometida.

esas sociedades mundanas, en esas reuniones locas, *te daré* el gozo, el delcete, los placeres. » ¿ Ha cumplido el mentiroso su promesa? Comparad vuestro estado actual con aquel, en que os hablabais el día de vuestra primera comunión; ¿ cuál os parece preferible? En vez del deleite, de los placeres, ¿ no habéis acaso encontrado el fastidio, la tristeza, los remordimientos?... ¡ Ah, amados hermanos míos, al ménos, durante estos días de penitencia, sepamos una vez resistir á estos asaltos, volvamos sinceramente al Señor, á pesar de las sugerencias de Satanás. Sí, volvamos á este Señor Jesús, el Dios de nuestra niñez, él, que siempre fiel á sus promesas, puede sólo hacernos gustar la paz, la verdadera alegría acá en la tierra, y que sólo tambien puede darnos aquella felicidad, aquella bienaventuranza, que durará por toda la eternidad. Así sea.

### HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO

DEL SEGUNDO DOMINGO DE CUARESMA.

(MAT., XVII, 1-9.)

**Transfiguración de Nuestro Señor Jesucristo. — Pruebas de su divinidad; estímulo, para incitarnos á conquistar el cielo.**

**TEXTO.** *Et transfiguratus est ante eos. Et resplenduit facies ejus sicut sol; vestimenta ejus facta sunt alba sicut nix.* Y se transfiguró ante ellos. Su rostro resplandeció como el sol, y sus vestidos quedaron blancos como la nieve.

**EXORDIO.** ¡ Qué contraste, hermanos míos entre el Evangelio de este día y el que os explicábamos el último domingo! En uno vimos á Jesucristo sobre un alto monte, á donde le había transportado el demonio, y queriendo que le adorase, le proponía todos los reinos de la tierra... Promesa falsa, porque, como dijimos, no puede el demonio dar nada ni siquiera los frágiles bienes

de este mundo... Hoy, ó glorioso Salvador, estáis tambien sobre un monte alto, á donde habeis conducido á tres de vuestros apóstoles. Ahí os contemplamos resplandeciente y transfigurado!... En efecto, hermanos míos, hé aquí lo que relata nuestro Evangelio. — « Despues de seis días, tomando Jesús consigo á Pedro, Santiago y Juan, su hermano, los llevó aparte á un elevado monte y se transfiguró ante ellos. Su rostro resplandeció como el sol, y sus vestidos quedaron blancos como la nieve. Y hé aquí que al mismo tiempo se les aparecieron Moisés y Eliás, hablando con Él. Y tomando Pedro la palabra, dijo á Jesús : Señor, bueno es estaros aquí, si gustas, hagamos aquí tres tiendas, una para tí, otra para Moisés, y otra para Eliás. Estando aun hablando, hé aquí que una nube resplandeciente los cubrió, y salió de la nube una voz, que decía : Este es mi Hijo muy amado, en quien he puesto todas mis delicias; escuchadle. Y al oír esto los discípulos, cayeron de rostro en tierra, y temieron en gran manera. Llegándose entonces Jesús á ellos, les tocó, y les dijo : levantaos y no temais. Y alzando sus ojos, no vieron á nadie, sino á Jesús sólo. Cuando bajaban del monte, les impuso Jesús precepto, diciendo : No digáis á nadie lo que habeis visto, hasta que el Hijo del Hombre haya resucitado de entre los muertos. »

**PROPOSICIÓN.** Quizás, hermanos míos, comparando el momento tan corto de la Transfiguración con las horas tan largas y penosas de la Pasión del Salvador, debería mostraros, á propósito de este Evangelio, que los goces de la tierra son raros y cortos, que mucho más numerosas y largas son acá bajo las penas, las desgracias y allicciones. Sin embargo, me detengo en otra consideración, y quiero con el auxilio de Dios explicaros cual ha sido el intento, el fin de Nuestro Señor en su Transfiguración.

**DIVISION.** Entre otras razones, que podríamos dar con respecto á este misterio, me detendré en las dos siguientes : *Primera-mente*, esta Transfiguración tuvo lugar, para dar una prueba evidente de la divinidad de nuestro Salvador; *Segundo*, tuvo aun por fin animar y fortalecer la debilidad de nuestra fé, mostrándonos la recompensa prometida.

*Primera parte.* La Transfiguración tuvo lugar, para dar á los Apóstoles una prueba evidente de la divinidad del Salvador. Pocos días ántes, había hablado Nuestro Señor á sus discípulos de la Pasión, que debía sufrir; les había dicho que padecería mucho en Jerusalem, y que perdería la vida en élla. Había aun añadido, que cualquiera que quisiere venir en pos de Él, debía tomar su cruz, y sacrificar su vida, para merecer una recompensa eterna. Les había asimismo asegurado, que algunos de ellos no gustarian la muerte, hasta que hubiesen visto la gloria del Higo del Hombre... Hé aquí que va á cumplir esta promesa, y confirmar la autoridad de su doctrina, manifestando á algunos de ellos su divinidad de la manera más clara.

Sin duda alguna, las maravillas, que Jesús había obrado, los numerosos milagros, que había hecho, tantos poseidos, que había libertado, los ciegos, á quienes había dado la vista, los sordos, que habían recobrado el oído, el sinnúmero de enfermos, que había curado, los muertos, que había resucitado, todos estos prodigios se ponían en pié, por decirlo así, como otros tantos testigos, proclamando que era Dios... Pero, ¿no se había visto tambien á Santos personajes, que, bajo la antigua ley, obraron cosas sorprendentes? Moisés había castigado á Egipto con plagas terribles; Josué había detenido el sol en su carrera; Eliseo había sanado á Naaman, y resucitado á un muerto! Unos espíritus, todavía groseros é ignorantes, no podían comprender la diferencia, que había entre los milagros del Salvador y aquellos, que habían obrado los justos de la antigua ley... Sin duda alguna tambien una semana ántes, cuando el Salvador preguntaba á sus Apóstoles lo que pensaban de Él, en medio de la indecision de los otros, había san Pedro exclamado con energía: *Sóis el Cristo, el Hijo del Dios vivo.* Pero esto era en algun modo un testimonio aislado. Deseando todavía confirmar la fé de este Apóstol y dar á los otros una prueba evidente de su divinidad, toma consigo á tres de ellos; tres testigos honrados son suficientes para atestiguar la verdad de un hecho. Tomó solamente tres de ellos, porque su Transfiguración debía quedar secreta hasta el día de su Resurrección,

quizás para mostrarnos, que entre muchos llamados, son pocos los escogidos... Toma, pues, consigo á Pedro, Santiago y Juan: ¿Qué va á hacer?

¡Ah, hermanos míos, si no nos es permitido á nosotros acompañarles, sigámosles al ménos con los ojos del espíritu y del corazón. ¡ Vedlos como suben por los flancos escarpados de aquel elevado monte! Santos Apóstoles no sentiréis la fatiga, Jesús marcha á vuestra cabeza y os anima, y con Jesús todo trabajo es fácil, toda pena lijera! Una vez llegados á la cima del Tabor, se entregan á la oración; hé aquí que de repente el Salvador se transfigura!... De la misma manera que el agua, desde largo tiempo detenida, se precipita con rapidez, cuando se rompe el dique, que la mantenía cautiva; así la gloria de la divinidad, por mucho tiempo comprimida bajo la envoltura mortal del Salvador, resplandece súbitamente. Jesús ha por un instante suspendido el milagro, que la velaba, y hé aquí que se difunde y rebosa con una dulce impetuosidad.

El Tabor queda alumbrado por élla, y de aquí adelante se llamará el *monte santo*... El rostro de Jesús resplandece como el sol, y esta gloria penetrando hasta sus vestiduras, les comunica la albura de la nieve. Al rededor de élla se exhala un perfume de dicha, una atmósfera de felicidad, que embalsama y regocija el corazón de los Apóstoles; ellos gustan y saborean los deleites del Paraíso!... ¡Ah, cuando despues veais á vuestro divino Maestro humillado, anonadado desfigurado y cargado de una pesada cruz, expirando sobre el Calvario entre dos ladrones, no, santos Apóstoles, no olvidaréis el Tabor, recordaréis que es Dios, que se ha dignado mostrarnos un rayo de su gloria!... Pero, Pedro deslumbrado, lleno de júbilo y alegría, no quiere abandonar el Santo Monte — *Señor, exclama, bueno es estarnos aquí.* — No, Pedro, nos es menester bajar; es preciso que Jesús beba el cáliz de su Pasión. Esto se ha hecho para fortalecer vuestra fé y daros una prueba más de su divinidad. ¿No le habéis oído entretenerse con Moisés y Elías de los trabajos, que tiene dentro de poco que sufrir en Jerusalem?

En efecto, hermanos míos, Moisés y Elías asistían á esta gloriosa Transfiguración, como para atestiguar que, Jesucristo habia venido á cumplir con la ley y realizar todas las predicciones de los Profetas.

Pero, ¿qué otro prodigio se efectúa aun sobre el Tabor? Una nube luminosa cubre el monte, y envuelve al Salvador transfigurado; una estruendosa voz, la voz de Padre eterno, da nuevo testimonio de Nuestro Señor: *Este es mi Hijo muy amado, en quien he puesto todas mis delicias, escuchadle.* Al oír esta majestuosa voz, se vieron los discípulos poseidos de tal terror, que cayeron de cara en el suelo. Entónces se acerca Jesús á ellos, les toca y dice: *Levantaos y no temais.* Y cuando bajaban del monte, les manda que no hablen á nadie del prodigio, de que acaban de ser testigos. Y ved ahí, hermanos míos, otra prueba manifiesta de la divinidad del Salvador en esta voz del Padre Eterno, que viene á darle testimonio. Largo tiempo despues, san Pedro, ya anciano y estando á punto de sufrir el martirio, se acordaba con gran contento de esta tierna visión, cuando escribía á los fieles: No apoyándonos en fábulas con arte compuestas, os hemos predicado la omnipotencia de Jesucristo; sino que nosotros mismos hemos sido testigos presenciales de su grandeza, hemos oído la voz del Padre publicando su honor y gloria; esta voz estruendosa saliendo de entre una nube decía: Hé aquí mi Hijo muy amado, en quien he puesto todas mis delicias, oídele. Sí, nosotros mismos oímos esta voz, que procedía de las alturas, cuando con Él estábamos en la cima del *monte santo*.

No, el Apóstol no podía olvidar tan glorioso acontecimiento de su divino Maestro, ni tan evidente prueba de su divinidad...

*Segunda parte.* He añadido que la Transfiguración debía no sólo probar la divinidad del Salvador, sino también que tenía por fin animar y fortalecer la debilidad de nuestra fé, mostrándonos y recordándonos las recompensas prometidas.

Os lo he dicho ya, las enseñanzas, que el Salvador acababa de dar á sus discípulos, podían parecer duras y severas. El renunciar á sí mismo, tomar su cruz, sacrificar su vida, si es necesario, ¿no

es ésto, hermanos míos, algo difícil y penoso para la pobre naturaleza humana? Estad seguros, que lo juzgaban así los mismos Apóstoles. Pero al transfigurarse y al mostrar á algunos de ellos un rayo de su celestial gloria, era lo mismo, que si les hubiese dicho: « Es cosa penosa y difícil, lo confieso, el llevar su cruz, el mortificar su carne, el renunciar á sus pasiones, el reprimirlas, el dar, si es menester, su vida para permanecer fiel á la verdad y á la virtud; el sufrir las persecuciones, el conservar su alma en paz en medio de los más terribles ataques; sin embargo, considerad la recompensa. Que tres de vosotros vengan conmigo, y les mostraré la felicidad, que os está reservada. »

Por eso ved, hermanos míos, como el pensamiento de esta recompensa ha animado y fortalecido á los Apóstoles ¿Cuántos trabajos emprendidos, cuántas fatigas experimentadas por la propagación del Evangelio! No es esto todo. ¿Cuántos malos tratamientos han tenido ellos que sobrellevar, y qué cruel muerte no sufrieron á fin de obtener esta recompensa! A excepción de san Juan, el que salió vivo de una caldera de aceite hirviendo, todos murieron mártires. Teneis á Santiago expirando lentamente á los golpes de los azotes; teneis á San Pedro, clavado en una cruz, la cabeza abajo; San Pablo pereciendo por la espada; Santo Tomás, dilacerado por los idólatras, san Bartolomé, desollado vivo; teneis á San Andrés, que, con los ojos fijos en cielo, en donde ya entrevé la recompensa, que le espera, saluda la cruz, sobre la cual va á morir, diciendo: ¡Oh, buena cruz, recíbeme en tus brazos, como recibiste á mi divino Maestro, y que dentro de poco vaya mi alma á gozar de su presencia!

Y no son sólo los Apóstoles los que fueron animados y fortalecidos por esta gloria y felicidad celestial, uno de cuyos rayos se habia manifestado sobre el Tabor!... ¿Quién sostenía á San Estéban, cuando recibía tan pacientemente y rogando por sus verdugos, aquella granizada de piedras, que llovían sobre él? Él mismo nos lo enseña; era una aparición casi semejante á aquella del Tabor: « Veo, decía, los cielos abiertos, y al Hijo de Dios sentado á la derecha de su Padre » ¿Quién daba fuerzas á

San Lorenzo en aquellas parrillas, en donde el fuego devoraba sus huesos? ¿Quién fortificaba á San Vicente, molido sobre trozos de vidrio y sobre pedazos de tejas? ¿Podría olvidaros á vos, modelo de madres cristianas? Vuestro hijo Sinforiano, jóven aun, es arrebatado de vuestros brazos, echado á un oscuro calabozo, y sentenciado á muerte.

Ya una turba, ébria de furor é impiedad, le arrastra hasta el lugar de su suplicio. ¡Pobre madre! os veo acudir á su encuentro. Sin duda alguna, venís á pedir su gracia, á procurar aplacar al tirano, que le ha sentenciado, y á los verdugos, que van á ejecutar la sentencia!... Escuchad, hermanos míos, las palabras de esta mujer heroica! Hijo mio, hijo mio, acuérdate de la vida eterna, mira al cielo y ve á Dios, que te está esperando.

Si, hermanos míos, el pensamiento del cielo, el deseo de obtener las recompensas eternas ha sostenido el ánimo de los santos y fortalecido su debilidad. Se ha visto, ¡oh prodigio! á muchas jóvenes débiles y delicadas, que no podían soportar la vista de una espada desnuda, que temblaban quizás á vista de un lagarto, de una araña; se las ha visto, repito, ponerse sin miedo delante de los toros, de las serpientes, de los leones y tigres, despreciando las espadas y sufriendo con alegría los más horribles suplicios. ¡Oh! este prodigio no debe sorprendernos: la fé les mostraba la corona, que tenían preparada; sus ojos estaban fijos en el cielo; éllas tenían ansia de ir á gozar de la felicidad prometida...

Me complazco, hermanos míos, en hablaros de los santos. En las familias nobles, se mira como un placer el relatar las grandes hazañas de sus abuelos. En cuanto á nosotros, cristianos, las vidas de los santos son nuestros archivos de familia, debemos complacernos en registrarlos. Al citar sus ejemplos, mi intencion es recordaros, que podemos con la gracia de Dios, andar sobre sus pasos, y que somos convidados á participar un día de su recompensa. Pues bien, amados hermanos míos, ¿seguimos nosotros, como éllos, el camino que ha de conducirnos al cielo?...

Un día dos hombres instruidos pidieron á San Moisés, abad, algunas palabras de edificación, que pudieran sérles útiles. Hé

aquí lo que les respondió: «Cada hombre, que vive sobre la tierra tiene un fin, al cual refiere todos sus pensamientos, hácia el cual dirige sus actos, á fin de que pueda alcanzarlo más fácilmente... El que se halla enredado en pleitos, tiene por fin obtener una sentencia favorable; para lograr eso no deja piedra por mover, examina sus títulos, consulta á los abogados, solicita á los jueces,... el labrador tiene por objeto obtener una cosecha rica y abundante; á esto tienden todos sus esfuerzos: él labra, él siembra, él desafía el frio, la lluvia, los calores, para lograr este resultado. El fin del comerciante es enriquecerse, ¡cuántos cuidados y zozobras tiene que sufrir, para conseguirlo! Se muestra obsequioso, afable con todos, recorre las ferias, tiene sus correspondencias, trata de averiguar en que lugar podrá comprar lo más barato, y como podrá vender lo más caro. En cuanto á nosotros, cristianos, debemos tambien tener un fin, una intención, hacia la cual han de dirigirse todas nuestras acciones. Decidme, ¿para qué os ha criado Dios?

Esto, respondieron, los dos visitantes, no es difícil de resolver, estamos sobre la tierra para alcanzar el reino de los cielos. Tal es el fin, por el cual nos ha puesto aquí Dios. «Excelente respuesta, prosigue el santo abad, tened siempre, pues, este fin á la vista, haced de él el objeto de vuestros actos. Seríais insensatos en aspirar al reino de los cielos, reconocer que allí está el fin verdadero, que tenéis que perseguir, y no hacer nada para conseguirlo.» Los dos visitantes recordaron siempre esta lección, y ambos murieron santamente, despues de haber edificado con sus virtudes los religiosos, puestos bajo su dirección.

PERORACIÓN. Amados hermanos míos, que me sea permitido al terminar, dirigiros esta misma pregunta: Por qué estáis sobre la tierra? por qué razon, por qué fin os ha puesto Dios en este mundo? ¡Oh, todos me responderéis con estas palabras, que vosotros mismos enseñais á vuestros niños. Estamos sobre la tierra para conocer á Dios, amarle, servirle y poseerle un día en el cielo. Si pues es este realmente nuestro fin, si el cielo es nuestra patria, si nuestros pensamientos todos, si todas nuestras

acciones tienen por objeto el conseguirlo algún día, veamos, hermanos míos, en donde estamos. Hé aquí un tiempo propicio para reflexionar, hé aquí, según la palabra del Apóstol, que estamos en días de salvación; el santo tiempo de la Cuaresma no es solamente un tiempo de [penitencia, debe ser un tiempo de conversiones y reflexiones serias. ¿Pensamos verdaderamente en el cielo? ¿Qué hemos hecho hasta ahora para merecerlo? ¿Cuál es el estado de nuestra alma? Investiguemos hasta el último rincón de nuestra conciencia. ¿Qué encontramos en ella? No sólo muchas imperfecciones y miserias, sino ¡cuántos pecados, que no hemos confesado! ¡cuántas iniquidades, por las cuales no hemos hecho penitencia!...

¡Oh Jesús, reconocémoslo, no estamos en el camino que ha de conducirnos al cielo. ¡Cuán necesaria nos es vuestra misericordia, ó bondadoso Salvador! Pues bien, aquella misericordia se nos ofrece de uno modo más especial en este santo tiempo. Pero pongamos cuidado en no menospreciarla, no sofoquemos las buenas aspiraciones en nuestro corazón; fijemos para animar nuestra flaqueza nuestros ojos en el cielo. Para nosotros será entonces la alegría, serán las delicias y la felicidad, de que gozan los santos, si sabemos triunfar de nuestra flojedad; nuestro será el Paraíso, si queremos hacer una buena confesión y volver á entrar en gracia con Dios. Ved pues esa gloria, que se nos tiene prometida, y este reino que nos está preparado desde el principio del mundo. Allí Dios enjugará nuestras lágrimas, recompensará nuestros esfuerzos y coronará nuestros méritos. Allí glorificados para siempre jamás, dichosos con la posesión de Dios, diremos a in con más ardor que san Pedro: *Bonum est nos hic esse*. ¡Cuán bueno es estar aquí! Y esta bienaventuranza será nuestra herencia por toda la eternidad;... Oh!... Así sea.

## HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO

DEL TERCER DOMINGO DE CUARESMA.

(LUC, XI, 14-28.)

Lo que entender debemos por « no estar con Jesús, y no recoger con Él. »

*Qui non est mecum, contra me est; et qui non colligit mecum, dispergit.* Él que no está conmigo contra mí está, y él que conmigo no recoge, desperrama.

EXORCIO. Hermanos míos, hé aquí lo que leemos en el Evangelio del día de hoy: « Estaba Jesús lanzando un demonio, que era mudo, y habiendo lanzado el demonio, habló el mudo, y se admiró mucho el pueblo. Mas algunos de ellos dijeron: En virtud de Beelzebub, príncipe de los demonios, lanza los demonios. Y otros para tentarle le pedían algún prodigio en el cielo. Y él, que conoció luego sus pensamientos, les dijo: Todo reino en sí mismo dividido será destruido, y una casa dividida contra sí misma, caerá. Si pues Satanás está dividido contra sí mismo, ¿cómo estará en pie su reino?... Vosotros pues decís que yo lanzo los demonios por virtud de Beelzebub; pero si lanzo los demonios por virtud de Beelzebub, vuestros hijos en virtud de quién los lanzan? Por eso ellos mismos serán vuestros jueces. Mas si en virtud del dedo de Dios lanzo yo los demonios, no hay duda que el reino del Dios ha venido á vosotros. Cuando un hombre fuerte y bien armado guarda la entrada de su casa, todo lo que posee está seguro, pero si sobreviniendo otro más fuerte que él, le vence, le quitará todas sus armas, en que tenía puesta su confianza, y repartirá sus despojos. Él que no está conmigo contra mí está, y él que conmigo no recoge, desperrama. Cuando el espíritu inmundo ha salido de algún hombre, anda por lugares áridos buscando descanso, y no hallándole, dice; volveré á mi casa, de donde salí, y

acciones tienen por objeto el conseguirlo algún día, veamos, hermanos míos, en donde estamos. Hé aquí un tiempo propicio para reflexionar, hé aquí, según la palabra del Apóstol, que estamos en días de salvación; el santo tiempo de la Cuaresma no es solamente un tiempo de [penitencia, debe ser un tiempo de conversiones y reflexiones serias. ¿Pensamos verdaderamente en el cielo? ¿Qué hemos hecho hasta ahora para merecerlo? ¿Cuál es el estado de nuestra alma? Investiguemos hasta el último rincón de nuestra conciencia. ¿Qué encontramos en ella? No sólo muchas imperfecciones y miserias, sino ¡cuántos pecados, que no hemos confesado! ¡cuántas iniquidades, por las cuales no hemos hecho penitencia!...

¡Oh Jesús, reconocémoslo, no estamos en el camino que ha de conducirnos al cielo. ¡Cuán necesaria nos es vuestra misericordia, ó bondadoso Salvador! Pues bien, aquella misericordia se nos ofrece de uno modo más especial en este santo tiempo. Pero pongamos cuidado en no menospreciarla, no sofoquemos las buenas aspiraciones en nuestro corazón; fijemos para animar nuestra flaqueza nuestros ojos en el cielo. Para nosotros será entonces la alegría, serán las delicias y la felicidad, de que gozan los santos, si sabemos triunfar de nuestra flojedad; nuestro será el Paraíso, si queremos hacer una buena confesión y volver á entrar en gracia con Dios. Ved pues esa gloria, que se nos tiene prometida, y este reino que nos está preparado desde el principio del mundo. Allí Dios enjugará nuestras lágrimas, recompensará nuestros esfuerzos y coronará nuestros méritos. Allí glorificados para siempre jamás, dichosos con la posesión de Dios, diremos a in con más ardor que san Pedro: *Bonum est nos hic esse*. ¡Cuán bueno es estar aquí! Y esta bienaventuranza será nuestra herencia por toda la eternidad;... Oh!... Así sea.

## HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO

DEL TERCER DOMINGO DE CUARESMA.

(LUC, XI, 14-28.)

Lo que entender debemos por « no estar con Jesús, y no recoger con Él. »

*Qui non est mecum, contra me est; et qui non colligit mecum, dispergit.* Él que no está conmigo contra mí está, y él que conmigo no recoge, desperrama.

EXORCIO. Hermanos míos, hé aquí lo que leemos en el Evangelio del día de hoy: « Estaba Jesús lanzando un demonio, que era mudo, y habiendo lanzado el demonio, habló el mudo, y se admiró mucho el pueblo. Mas algunos de ellos dijeron: En virtud de Beelzebub, príncipe de los demonios, lanza los demonios. Y otros para tentarle le pedían algún prodigio en el cielo. Y él, que conoció luego sus pensamientos, les dijo: Todo reino en sí mismo dividido será destruido, y una casa dividida contra sí misma, caerá. Si pues Satanás está dividido contra sí mismo, ¿cómo estará en pie su reino?... Vosotros pues decís que yo lanzo los demonios por virtud de Beelzebub; pero si lanzo los demonios por virtud de Beelzebub, vuestros hijos en virtud de quién los lanzan? Por eso ellos mismos serán vuestros jueces. Mas si en virtud del dedo de Dios lanzo yo los demonios, no hay duda que el reino del Dios ha venido á vosotros. Cuando un hombre fuerte y bien armado guarda la entrada de su casa, todo lo que posee está seguro, pero si sobreviniendo otro más fuerte que él, le vence, le quitará todas sus armas, en que tenía puesta su confianza, y repartirá sus despojos. Él que no está conmigo contra mí está, y él que conmigo no recoge, desperrama. Cuando el espíritu inmundo ha salido de algún hombre, anda por lugares áridos buscando descanso, y no hallándole, dice; volveré á mi casa, de donde salí, y

viniedo á ella, la halla limpia y adornada. Entónces va y toma consigo otros siete espíritus peores que él, y entrando, habitan allí. Y el último estado de este hombre viene á ser peor que el primero. »

PROPOSICIÓN. ¡ Cuántas y cuán saludables reflexiones podríamos hacer sobre este relato! Bondad de Jesús, que sana á este poseso; malicia del demonio, que hacía mudo á este hombre, imagen de la que emplea para con los cristianos, que no confiesan sinceramente sus pecados; endurecimiento de los Fariseos, que, no pudiendo negar el milagro obrado ante sus ojos, le piden una señal en el cielo, y llevan su perversidad hasta decir que nuestro divino Salvador es el aliado del demonio; calumnias, que Nuestro Señor quiso sufrir, para enseñarnos á soportar con paciencia las péfidas insinuaciones de los malos. Sin embargo me detendré hoy en otra consideración que pueda sernos útil y saludable durante este santo tiempo de Cuaresma.

DIVISIÓN. Dijo Jesucristo aquellas palabras, cuya lectura acabáis de escuchar: *Él que no está conmigo contra mí está, y él que conmigo no recoge, desparrama*. Dichas palabras van á ser el tema de esta homilía: *primero*: por aquellos que no están con Jesucristo entenderemos el sinnúmero de cristianos indiferentes, que ningún empeño ponen en cumplir con los deberes, que la religión les impone; *segundo*: por los que no recogen con Jesucristo, entenderemos muchos cristianos, cuya religión no es bastante sólida. Ni los unos, ni los otros están en el camino, que ha de conducirnos al Cielo. Eso es lo que me propongo demostraros en la presente mañana.

*Primera parte*. Desde luego diré, que los cristianos, que viven en la indiferencia y no tienen cuidado alguno de cumplir con los deberes, que les prescribe la religión, no están con Jesucristo. Es necesario, hermanos míos, mostraros cuán cierto es esto? Fácilmente lo comprenderéis. Supongamos que el Emperador, que acaba de morir... Pero no, no quiero meterme en política; retrocedamos sesenta años atrás, á fin de que se comprenda mejor, que se trata sólo de una comparación... Supon-

gamos, pues, que estemos en 1815. El primero de los Napoleones, vencido por una coalición extranjera, está allí, sentado en un camino, triste y desconsolado por muchas defecciones. Un hombre, hasta ahora colmado de sus favores, pasa ante él, le reconoce y no le dá muestra alguna de respeto. Hay más, sin ultrajar el mismo á este Emperador abatido, aplaude á aquellos, que le ultrajan, escucha sus insultos y toma en cierto modo una parte en el desprecio, que le profesan... Detengamos á este transeunte y preguntémosle. — « Qué! Faltáis al respeto á aquel, á quien habíais jurado fidelidad!... Sóis un miserable, un cobarde! — Yo, dice, de ningún modo; le amo, le respeto, y si no le he saludado, es porque he visto otros muchos, que no le saludaban. » Apliquemos esta comparación. De seguro, mucho más que el viejo Emperador es amado Jesucristo; no faltan aquí cristianos que, á fin de manifestarle su amor, derramarían su sangre gota á gota! Pero se hallan quizás, no en esta reunion, sino en otra parte, algunos impíos, que le ultrajan y le blasfeman. Y sin embargo, Él no es ni vencido, ni destronado, pero, siendo suya la eternidad, deja obrar á los malos, y no los castiga al momento. ¿Qué debemos pensar entónces, hermanos míos, de tantos cristianos, que se avergüenzan de pronunciar su nombre, de santiguarse, y que, temblorosos ante el respeto humano, no se atreverían á dar á este divino Salvador la más pequeña nuestra de veneración?

Osan aun llamarse discípulos de Jesucristo, y sin embargo, colmados de sus beneficios, descuidan estos ingratos invocarle; y no se atreverían á bendecirle ni adorarle, diciendo públicamente: « Le amo, le honro, es mi Dios, y si no le sirvo mejor, es porque soy un cobarde y me falta el valor. » Por lo ménos; ó dulce Salvador, habría en esta confesion alguna franqueza, un resto de fé, de firmeza cristiana, que más pronto ó mas tarde atraería vuestra misericordia! Habréis comprendido perfectamente, cristianos, el fin de esta comparación.

¡ Ah, Jesucristo había previsto anticipadamente, que habría cristianos, que, sin abandonar la fé, vivirían en tan culpable in-

diferencia, descuidando los deberes, que impone la religión; y por eso rechazando Él tales discípulos, ha dicho: « *Él que no está conmigo contra mí está.* » ¡ Oh, no sé si en esta reunión se encuentran tales cristianos, pero si se encontraran, sean hombres o mujeres, les diría: « Qué ! almas, que habeis costado tanto á Jesucristo, que pretendéis pertenecer á Él y no ser del número de los impíos, reflexionad bien, ved el estado en que os encontráis; ¿ estais en realidad en el camino, que ha de conducirnos al Cielo?... »

Pero, ¿ porqué no ? Soy un hombre honrado, soy una mujer modelo, no he perjudicado nunca á nadie, y de mi reputación nadie duda. No voy, es verdad, á misa todos los domingos, ¡ tengo tantas ocupaciones !.. aunque no hago de esto una costumbre; por lo demás, no desprecio la religión, no hablo contra los que la practican, y envío con frecuencia mis hijos á la Iglesia y al catecismo; procuro que sean buenos y que reciban la primera comunión. » Amados hermanos míos, todo esto podrá ser bueno, pero no suficiente. En opiniones puramente políticas y que no afectan á los principios de honestidad y justicia, podeis ser indiferentes, sin mostrar preferencias ni por una república, ni por una monarquía, bastando que seais simplemente ciudadanos honrados. Pero, en materia de religión, no sucede lo mismo !... La religión, sabedlo, es la verdad absoluta, Jesucristo ha bajado del cielo para enseñárnosla, é imponernos los deberes, que élla prescribe. Es lógico disputar cuanto se quiera sobre los intereses frívolos y fugaces de este mundo, pero no sobre la religión !... No lo permite Jesucristo, es menester ser discípulo suyo, creer lo que enseña, practicar lo que manda, obedecer á su Iglesia; ó de otro modo se hace uno su adversario, y está contra Él...

¿ No es verdad, hermanos míos, que diríais aquí de buena gana lo que á veces dicen los impíos : « Eso es duro, es muy intolerante ? » Y, sin embargo, Cristianos, si quisiéramos reflexionar un poco, comprenderíamos fácilmente que así deber ser. La verdad es una, clara, franca y absoluta. ¿ Veis este altar ? Digo. « es de mármol, » es verdad. Pero si quisiera decir algo falso,

tendría diferentes maneras de hacerlo, y diría: « es de madera, de yeso, de tierra, de carton-piedra » y en estas diversas afirmaciones, habria mentido. Pues bien, Jesucristo es la verdad por excelencia, él es la justicia, como asimismo la misericordia, no se puede equivocar; por lo tanto, cuando nos dice : « *Él que no está conmigo, contra mí está,* » nos indica claramente, que todas estas honradas gentes segun el mundo, las cuales descuidan rogarle y servile como él quiere serlo, no son sus discípulos; que sus supuestas virtudes, si las tienen, no siendo santificadas por la fé y la humildad, no hacen de todos estos hombres indiferentes, sino honrados paganos, que se hallan en tan gran número en el infierno...

*Segunda parte.* Hay más, hermanos míos, no sólo rehusa Jesucristo reconocer como suyas tantas almas, que viven en la indiferencia y en el olvido de las prácticas religiosas, sino cuando añade : *Él que conmigo no recoge, desparrama,* quiere mostrarnos, que nuestro corazon no debe estar dividido, y que no reconocerá por sus discípulos á esos cristianos, que no se ocupan de hacer buenas obras, y de adelantar en el camino de la piedad y de la perfección...

No, vosotros que os confesais, valga lo que valiere, por Pascua y por Navidad, y que poco despues recaeis en las mismas faltas, os entregais á las mismas pasiones, no procurando enmendaros, os lo digo, desparramais las gracias y no recogeis con Jesús. Los sacramentos deben sernos provechosos; y decidme, hermanos míos, ¿ nos aprovechan en realidad á nosotros, que al cabo de veinte, treinta años no hemos hecho ningun adelanto en el bien, confesando siempre los mismos pecados, sin reformar una sola de nuestras imperfecciones, haciendo confesiones, por decirlo así, nada más que por cumplimiento ? ¡ Ah! cuidado, cristianos, que nuestro corazon no esté dividido; pues Satanás ama esta división, que detesta empero Jesucristo.

Salomon, el hijo de David, había recibido de Dios la sabiduría en herencia. Tuvo un dia que pronunciar un juicio que se hizo célebre. Dos mujeres, que vivían en un mismo aposento, habían

dado á luz, cada una un niño. Una de ellas ahogó involuntariamente el suyo durmiendo. Apercibiéndose de esto, se sale sin ruido de su lecho, y aprovechando las tinieblas de la noche, apropiase el niño de su compañera, y pone en su lugar el suyo muerto. Habiendo descubierto la superchería, comenzó la verdadera madre á dar gritos, y dió parte á la justicia del príncipe. El caso era difícil, cada una de las dos mujeres reclamaba como suyo el niño vivo, y no había prueba alguna para aclarar este asunto. Deseando conocer cual era la verdadera madre, Salomón pronunció esta sentencia: Puesto que cada una de las dos mujeres reclama este niño, que se tome una espada, dice, que se corte por el medio al niño, y que se les entregue á cada una la mitad. Al oír estas palabras, la verdadera madre se estremeció. — No, príncipe, dijo ésta, no mateis á mi niño, dádselo ántes á esta otra, prefiero verlo vivo. » La mala madre, por el contrario, decía: « Que no sea tuyo ni mío, sino que se le parta por el medio. » *Nec mihi, nec tibi, sed dividatur.* La sabiduría del rey le hizo conocer fácilmente cual era la verdadera madre, y entregó á ésta su niño.

Amados hermanos míos, ¿cuál es mi objeto al contaros esta historia? He querido demostraros, que Satanás es semejante á aquella mala madre, se complace en ver dividido nuestro corazón, parece ponerse en pié ante Jesucristo, diciendo: *Que esta alma no sea ni tuya, ni mía, sino que esté dividida.* Y desgraciadamente vemos esto con frecuencia. Se retirará uno durante algunos días, para prepararse á la comunión pascual, y quizás despues de varias semanas volverá á tomar su vida habitual, es decir, por la mañana á la Iglesia, y por la tarde al baile. No se atreve á dar rienda suelta á sus pasiones, ni abandonarse á todos los perversos instintos de una naturaleza corrompida, no, un resto de fé nos hace temer ser condenados al infierno; pero no se tiene tampoco el valor necesario para combatir las pasiones. Se ama en la virtud el aprecio, que la acompaña; pero se teme mucho los esfuerzos necesarios para practicarla de un modo constante. Se quita al pecado lo que tiene de más grosero, para conservar lo ménos vi-

sible y más peligroso. ¿Es esto, hermanos míos, seguir el camino recto? No, de la misma manera que aquellos hombres, á quienes la embriaguez ha arrebatado su vigor, los cuales vemos á veces balancearse en el camino y caer pesadamente en los fosos del mismo; así nuestras almas, embriagadas con las pasiones, pierden la rectitud de la inteligencia y la fuerza de la voluntad. Apenas damos algunos pasos más ó ménos vacilantes en el sendero, que debe conducirnos al cielo, cuando vamos á tropezar en los abismos del pecado mortal. ¡Oh, entónces se regocija el demonio, al ver estas fluctuaciones entre el vicio y la virtud; no dice ya sólomente, como la madre, de que hablábamos: *Que no sea ni tuyo, ni mío,* sino que conociendo perfectamente á donde tienden todas estas vacilaciones entre el bien y el mal, nos mira con una crueldad irónica, diciendo: « Tu eres mío. »

Ciertó, hermanos míos, que está léjos, muy léjos de mi pensamiento el asustaros inútilmente, introduciendo la inquietud en las conciencias timoratas. Quiero sólomente con eso mostraros, que no debemos hacernos ilusiones, sino examinar seriamente durante este santo tiempo de Cuaresma, si estamos con Jesucristo, recogiendo con Él, ó si por el contrario oscilamos alternativamente entre el bien y el mal<sup>1</sup>, entre Jesucristo y el mundo. No nos lisonjemos á nosotros mismos, interroguémonos seriamente, y veamos si nuestros juicios, nuestra voluntad, nuestros afectos, nuestra vida y costumbres están conformes con la doctrina de nuestro divino Salvador. Abrid el Evangelio, y escuchad lo que os predica: Bienaventurados vosotros los pobres; bienaventurados los que padecen persecución por la justicia; ¡ay! de vosotros, los que amais demasiado las riquezas, los que vivís en medio de los placeres y vanidades de este mundo. Amad á vuestros enemigos, haced bien á los que os aborrecen y orad por los que os calumnian<sup>2</sup> El reino de los cielos padece violencia<sup>3</sup>, cualquiera que hubiere guardado toda la ley y faltare en un solo mandamiento, se hace reo de todos<sup>4</sup>.

1. III Reyes, XVIII, 21. — 2. Luc, VI; Mat., V. — 3. Mat., XI, 12. —

4. Santiago, II, 10.

Esto es sin duda intolerante, pero son las lecciones de vuestro Maestro y del mío, pues no las invento yo; es menester ponerlas en práctica, para recoger y estar con Él.

Además, veamos el ejemplo que El mismo nos ha dado. Son los hombres apasionados por las riquezas; y El se hizo pobre; buscan los hombres con empeño los honores; y El rehusó ser rey. Tienen los hombres aversión á los ultrajes; y Él quizo sufrir un sinnúmero de insultos; los hombres temen mucho las injusticias, los dolores y la muerte; y Él, á pesar de su inocencia, fué sentenciado, azotado y crucificado. ¿Tengo necesidad de decirlo porque quizo sufrir tanto? Si, exclama un santo Padre; toda esta vida, que se ha dignado pasar acá en la tierra, fué una lección, un modelo, que los cristianos han de imitar<sup>1</sup>. *Él que dice que está en El, debe andar como Él anduvo*<sup>2</sup>. Ahora pues, hermanos míos, ¿están nuestros juicios, nuestros afectos y pensamientos conformes con las lecciones, que os citaba del Evangelio? Si tuvieramos la facultad de escoger, ¿escogeríamos lo que tomó para sí Jesucristo? Y si nuestros sentimientos no concuerdan en modo alguno con los suyos, ¿podemos tener la pretensión de estar y recoger con Él?

PERORACIÓN. Ay! amados hermanos míos, al recordaros verdades tan serias, pienso en mí mismo. ¡Oh, cuán necesaria nos es á todos la bondad y misericordia de nuestro divino Jesús! ¿Es bien seguro que estamos con Él? ¿No tenemos, por el contrario, muchos motivos para temer, que estamos contra Él? Qué indiferencia, qué ingratitud se encuentran en la mayor parte de nosotros! No, ó Salvador mio, no merecíamos lo que habéis hecho por nosotros, y aun muchos de aquellos, que pretenden seros fieles, ¡cuánta negligencia y tibieza demuestran en servirnos!... Habéis recogido durante el tiempo, que estuvisteis sobre esta tierra, estos incalculables méritos, que son el más rico tesoro de la Iglesia y nuestra más dulce esperanza: Y nosotros, despues de tantas gracias obtenidas, despues de tantos sacramentos reci-

1. Conf. San Agustín, *De Vera Religione*, caput xxxi, t. III, Edición Vivés.

2. I Juan, II, 6.

dos, qué hemos recogido? ¿Qué fruto han producido en nosotros tantas y tan buenas inspiraciones? Qué provecho hemos recogido de nuestras confesiones y comuniones? Adorable Salvador nuestro, con el alma llena de vergüenza y de compuncion osamos comparecer ante vuestra presencia; nuestros corazones están vacíos de todo mérito, y en vez de haber recogido con Vos, hemos disipado locamente las gracias y talentos, que nos habeis confiado. *Perdon, oh Salvador misericordioso, hacednos la merced de que, sacudiendo nuestra cobardía é indiferencia, y triunfando de esta tibieza, que entorpece nuestras almas, y retarda nuestros pasos en el camino del bien, andemos en lo sucesivo con resolución firme y constante en este camino, que ha de conducirnos á la vida eterna, es decir, á esa vida en que nosotros con los ángeles y bienaventurados disfrutaremos de la dicha de alabarnos por los siglos de los siglos... Amen.*

## HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO

DEL CUARTO DOMINGO DE CUARESMA.

(JUAN, VI, 1-15.)

Confesion, invención amorosísima y saludable de la misericordia divina

TEXTO. *Erat autem proximum Pascha, dies festus Judæorum.* Estaba cercana la Pascua, día festivo para los Judíos.

EXORDIO. Hermanos míos, acababa Nuestro Señor de reprochar los Judíos su incredulidad, cuando, segun la palabra del Evangelio de este día, se fué al otro lado del mar de Galilea, que se llama el lago de Tiberíades; y le seguía una gran multitud, porque veían los milagros, que obraba con aquellos, que estaban enfermos. Y subió Jesús á un monte, y sentóse allí con sus discípulos. Y estaba cercana la Pascua, día festivo para los Judíos. Habiendo

Esto es sin duda intolerante, pero son las lecciones de vuestro Maestro y del mío, pues no las invento yo; es menester ponerlas en práctica, para recoger y estar con Él.

Además, veamos el ejemplo que El mismo nos ha dado. Son los hombres apasionados por las riquezas; y El se hizo pobre; buscan los hombres con empeño los honores; y El rehusó ser rey. Tienen los hombres aversión á los ultrajes; y Él quizo sufrir un sinnúmero de insultos; los hombres temen mucho las injusticias, los dolores y la muerte; y Él, á pesar de su inocencia, fué sentenciado, azotado y crucificado. ¿Tengo necesidad de deciros porque quizo sufrir tanto? Si, exclama un santo Padre; toda esta vida, que se ha dignado pasar acá en la tierra, fué una lección, un modelo, que los cristianos han de imitar<sup>1</sup>. *Él que dice que está en El, debe andar como Él anduvo*<sup>2</sup>. Ahora pues, hermanos míos, ¿están nuestros juicios, nuestros afectos y pensamientos conformes con las lecciones, que os citaba del Evangelio? Si tuvieramos la facultad de escoger, ¿escogeríamos lo que tomó para sí Jesucristo? Y si nuestros sentimientos no concuerdan en modo alguno con los suyos, ¿podemos tener la pretensión de estar y recoger con Él?

PERORACIÓN. Ay! amados hermanos míos, al recordaros verdades tan serias, pienso en mí mismo. ¡Oh, cuán necesaria nos es á todos la bondad y misericordia de nuestro divino Jesús! ¿Es bien seguro que estamos con Él? ¿No tenemos, por el contrario, muchos motivos para temer, que estamos contra Él? Qué indiferencia, qué ingratitud se encuentran en la mayor parte de nosotros! No, ó Salvador mio, no merecíamos lo que habéis hecho por nosotros, y aun muchos de aquellos, que pretenden seros fieles, ¡cuánta negligencia y tibieza demuestran en serviros!... Habéis recogido durante el tiempo, que estuvisteis sobre esta tierra, estos incalculables méritos, que son el más rico tesoro de la Iglesia y nuestra más dulce esperanza: Y nosotros, despues de tantas gracias obtenidas, despues de tantos sacramentos reci-

1. Conf. San Agustín, *De Vera Religione*, caput xxxi, t. III, Edición Vivés.

2. I Juan, II, 6.

dos, qué hemos recogido? ¿Qué fruto han producido en nosotros tantas y tan buenas inspiraciones? Qué provecho hemos recogido de nuestras confesiones y comuniones? Adorable Salvador nuestro, con el alma llena de vergüenza y de compuncion osamos comparecer ante vuestra presencia; nuestros corazones están vacíos de todo mérito, y en vez de haber recogido con Vos, hemos disipado locamente las gracias y talentos, que nos habeis confiado. *Perdon, oh Salvador misericordioso, hacednos la merced de que, sacudiendo nuestra cobardía é indiferencia, y triunfando de esta tibieza, que entorpece nuestras almas, y retarda nuestros pasos en el camino del bien, andemos en lo sucesivo con resolución firme y constante en este camino, que ha de conducirnos á la vida eterna, es decir, á esa vida en que nosotros con los ángeles y bienaventurados disfrutaremos de la dicha de alabarnos por los siglos de los siglos... Amen.*

## HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO

DEL CUARTO DOMINGO DE CUARESMA.

(JUAN, VI, 1-15.)

Confesion, invención amorosísima y saludable de la misericordia divina

TEXTO. *Erat autem proximum Pascha, dies festus Judæorum.* Estaba cercana la Pascua, día festivo para los Judíos.

EXORDIO. Hermanos míos, acababa Nuestro Señor de reprochar los Judíos su incredulidad, cuando, segun la palabra del Evangelio de este día, se fué al otro lado del mar de Galilea, que se llama el lago de Tiberíades; y le seguía una gran multitud, porque veían los milagros, que obraba con aquellos, que estaban enfermos. Y subió Jesús á un monte, y sentóse allí con sus discípulos. Y estaba cercana la Pascua, día festivo para los Judíos. Habiendo

Jesús levantado los ojos y viendo que una gran muchedumbre de gente venía á Él, dijo á Felipe: ¿ Dónde compraremos pan, para que coman éstos? Pero esto lo decía para probarle, pues Él sabía lo que había de hacer. Respondióle Felipe: Doscientos denarios de pan no bastan, para que cada uno tome un pedacito. Dijo uno de sus discípulos, Andrés, hermano de Simon Pedro: Aquí hay un muchacho que tiene cinco panes de cebada y dos peces; ¿ pero esto qué es para tanta gente? Y dijo Jesús: Hacedles sentar. Había allí mucha yerba; y se sentaron en número de cerca de cinco mil hombres. Tomó, pues, Jesús los panes, y habiendo dado gracias, los distribuyó á los que estaban sentados, y tambien los peces, cuanto querían. Y despues que quedaron saciados, dijo á sus discípulos: Recoged los pedazos que han sobrado, para que no se pierdan. Recogieronlos, pues, y llenaron doce cestos de los pedazos, que habian sobrado de los cinco panes de cebada, despues que todos hubieron comido. Y viendo aquellos hombres el milagro, que Jesús había hecho, decían: Este es verdaderamente el profeta, que ha de venir al mundo. Jesús, pues, conociendo que habían de venir para llevarle y hacerle Rey, huyó segunda vez al monte él solo. »

Proposición. Quizás, hermanos míos, al recordarnos este milagro de la multiplicación de los panes, y al decirnos, como lo habeis podido observar que estaba cercana la Pascua, tenga por objeto la Iglesia exhortarnos á celebrar convenientemente la fiesta de Pascua, que se aproxima, y la cual, como sabeis, es la más solemne para los Cristianos. Para celebrarla bien, dos cosas nos son indispensables, es decir que hemos de cumplir los dos siguientes mandamientos: *Todos tus pecados confesarás por lo ménos una vez al año. Comulgarás al ménos por Pascua florida.* Hoy dejando aparte el precepto de la comunión, del cual os hablaré otro dia, me ocuparé esta mañana en hablaros de la confesión.

División. Despues de algunas breves consideraciones, me propongo demostraros, que la confesión es: *primero* una de las más amorosas invenciones de la misericordia de Dios; *segundo*, una de las más saludables.

*Primera parte:* Si hermanos míos, la confesión es una de las

más amorosas invenciones de la misericordia divina — No le basta, o adorable Salvador, no le basta á vuestro corazon correr con ternura tras de la pobre oveja descarriada. Habeis querido, para disipar todas las dudas y poner fin á todas las angustias, que atormentan al alma del pecador, establecer un medio infalible, para devolver la tranquilidad y la paz á su conciencia, y el cual, calmando sus temores y sobresaltos, le reconciliara seguramente con Dios, siendo para él como un segundo bautismo, y poniéndole de nuevo en el camino, que conduce al cielo. ¡ Oh, sed mil veces bendito! Y, sin embargo, hermanos míos, ¿ cuántas prevenciones, cuántas prejuicios no se tienen contra la confesión!

Al oír esta palabra, *confesion*, no sé que risa burlona parece asomarse á los labios de tal mujer, que no quiere hacer uso de este remedio; las jóvenes, que la han abandonado, ó que están á punto de abandonarla, balbucean tambien, no sé qué palabras. Algunos hombres que me escucharían de buena gana, si se tratara de otro asunto, parecen decirme: ¡ oh, habladnos de otra cosa, pues ya nos habeis hablado bastante de la confesión!...

No, hermanos míos, tengo aquí que cumplir con un deber sagrado, debo deciros toda la verdad, y Dios me castigaria, si obrara de otro modo... En estos días, en que entramos, nos está prescrita á todos la confesión, como preparación á la comunión pascual, nos está mandada á todos bajo pena de pecado mortal. *Todos tus pecados confesarás por lo ménos una vez al año!*... ¿ Lo entendeis bien? No he hecho yo este mandamiento, sino Dios mismo por boca de su Iglesia. Tal es el único medio de volver de nuevo al camino de la salvación.

¿ Ah, amados hermanos míos, si fuésemos ménos cobardes é ignorantes; si comprendiésemos mejor lo que es la confesión, no la temeríamos tanto, y la Iglesia, nuestra buena madre, no tendría necesidad de prescribirnosla por un mandamiento formal. ¿ La confesión? como lo decía, es una de las más amorosas invenciones de la misericordia divina. Eso no admite duda alguna.

Nuestra religión es una religión amorosa; sus misterios son

otros tantos testimonios adorables de la ternura de Jesucristo para con los pecadores!... ¡Qué amor el que impulsó á este adorable Salvador á morir para salvarnos, y qué pensamientos tan tiernos debe la vista de una cruz excitar en nuestras almas! ¿Qué amor el de un Dios escondiéndose en la santa Eucaristía, viéndolo siempre entre nosotros, y alimentándonos con su sagrada carne! ¡Oh misterioso tabernáculo, manantial maravilloso, de donde brotan olas de amor! Adoremos, hermanos míos, á Jesús que desde allí nos mira y nos ve... Pero qué amor, qué inefable ternura, ó bondadoso Salvador, os ha determinado á instituir el sacramento de la penitencia!...

Comparad, pues, ó amados hermanos míos, este sagrado tribunal con los tribunales de la justicia humana; Ah, qué diferencia!... Estos últimos han sentenciado muchas veces á inocentes, mientras que el otro absuelve á los culpables!... Ante los jueces de la tierra, de nada sirve el arrepentimiento ni para perdonar el castigo, ni siquiera para aliviarlo; que el criminal deplora su crimen ó permanezca endurecido, lo confiese humildemente ó lo niegue con audacia, poco importa: lo expiará igualmente, ó en las cárceles, ó en el patíbulo. En el tribunal de la penitencia el arrepentimiento tiene una maravillosa eficacia; Dios que no quiere la muerte del pecador, sino su enmienda, le perdona desde el momento que cambia el corazón del mismo... ¿Habeis cometido crímenes de todas clases, os habeis manchado con mil perversidades? venid, venid á confesarlos con humildad; arrepentíos sinceramente: todo será olvidado, y el perdón penetrará en vuestra alma como un bálsamo divino!... La justicia humana se ejerce públicamente; ¿No sabeis, hermanos míos, que ésta tiene poco cuidado del honor y reputación del reo; qué digo? imprime en su persona una vergüenza, una mancha, que recae hasta en sus hijos. La misericordia divina, que juzga en el tribunal sagrado, vela con cuidado por la reputación del reo; por enormes que sean vuestras culpas, y por horrosos que sean nuestros crímenes, quedarán encubiertos y callados; el corazón del confesor, del ministro de Dios es un santuario impenetrable y preferirá sufrir la muerte, ántes

que revelar la más mínima circunstancia, que pueda descubrir nuestro secreto.

Un día un emperador de Alemania, llamado Wenceslao, tuvo la osadía de querer arrancar el secreto de la confesión á un santo sacerdote. Le hizo desde luego las más hermosas promesas, le dió pruebas de la más tierna amistad, prometiéndole las más apetecibles recompensas. El humilde sacerdote opuso á todas estas seducciones el más obstinado silencio. Creyéndose menospreciado este príncipe, que la historia nos representa como un monstruo de crueldad, recurrió á las amenazas; pero en vano tortura los miembros del confesor, los golpes, con que le destroza, y las teas inflamadas, con que quema sus costados magullados, nada en fin es bastante á quebrantar el valor de este digno sacerdote. ¡O Jesús, ó María, solamente para invocar vuestros nombres sagrados se abrió su boca ensangrentada! Ni una palabra, ni una sílaba de la confesión sale de sus labios. Después de varias tentativas inútiles, hizo el tirano, que se le precipitara atado de piés y manos en un profundo río, que riega la ciudad de Praga, en Bohemia. Este santo sacerdote, este mártir del secreto de la confesión, al cual imitaríamos todos cuantos somos, si la ocasión se presentara, es san Juan Nepomuceno<sup>1</sup>.

Pero no está todo ahí; no sólo quiere Jesucristo, que el honor y la reputación del culpable se salven, si que exige también, que sea acogido con bondad, y con la más inefable ternura. ¡O Dios mío, si pudiera, hermanos míos, haceros comprender bien, qué bondad, qué amor y qué afecto pone Dios en el corazón de un confesor!... O estimados pecadores, ¿no lo habeis experimentado ya? ¿Acaso todos nosotros no tenemos experiencia de éllo? Sí, lo quiere así Jesucristo; aun cuando hubiésemos renegado de su nombre, abjurado su fé, pronunciado las más injuriosas blasfemias y manchado nuestra alma con mil crímenes, poco importa; si la gracia ha penetrado en nuestros corazones, y, si penetrados del arrepentimiento de nuestras faltas, venimos á confesarlas, di-

1. Véase en *Vida Ribadeneyra* (16 de Mayo).

ciendo con dolor: « Padre mío, he pecado; » no, no seremos ya sus enemigos: seremos á los ojos de Dios, á los ojos de su representante, pobres ovejas extraviadas, que volverá á traer con alegría al buen camino. ¡ Pobres hijos pródigos, vueltos de muy léjos! él, á quien llamaremos nuestro padre, tendrá para nosotros un corazón paternal, palabras de consolación, de ternura y de amor; Dios nos devolverá su gracia y amistad; nuestros ángeles de la guarda se regocijarán de nuestro regreso. Como santa Magdalena, como san Agustín y otros grandes pecadores vueltos aun de muy lejos, podremos ser los hijos queridos de Dios y poseerle un día en el cielo!... ¿ Halláis, pues, ó amados hermanos míos, invención más amorosa de la misericordia divina, que esta invención, que desdeñáis, y que se llama la confesión? »

*Segunda parte.* Además, he añadido, que la confesión era una de las más saludables invenciones de esta misma misericordia. Hé aquí lo que querría demostraros en pocas palabras. La confesión responde á una necesidad de nuestros corazones, nos tranquiliza sobre lo pasado, y nos fortifica para el porvenir.

La confesión responde á una necesidad de nuestros corazones. Os asombrais quizás, amados hermanos míos; pero aquí no me dirijo á impíos, supongo que tenéis la fé; que, como yo, creéis en la obligación de observar la ley de Dios y en la necesidad de hallarnos puros y sin pecados graves, cuando comparezcamos ante su tribunal. Pues bien, volvamos á reflexionar sobre nosotros mismos — ¡ Oh conciencia, ¿ qué nos dices? ¿ Es realmente una institucion justa y sabia la confesion? ¿ Responde, en efecto, á una necesidad del alma la confesión instituida por Jesucristo, y la cual nos exige la Iglesia, al ménos una vez al año?... »

— Nuestra conciencia tal vez se calle, ¡ tendría demasiado que decir!... Pues bien, voy á responder por ella... ¿ Quién de nosotros, despues de haber pasado un año ó algunas veces más largo tiempo sin confesarse, no siente la necesidad de hacerlo? Cuando pensáis en la muerte; cuando acostados en vuestro lecho, os representáis, que pueden mañana sacaros del lugar donde estáis, para ponerlos en vuestro féretro, vosotros que no os confesais,

¿ estais tranquilos? No os hace sentir el remordimiento sus agudas mordeduras? ¿ Osaríais decir, que sois justos ante Dios?... Hermanos míos, no nos hagamos aquí ilusiones; echemos una rápida ojeada sobre nuestra vida, veamos cual es nuestro estado. ¿ Hemos permanecido siempre fieles á Dios? ¿ Hémosle rogado tambien por mañana y tarde, asistido cada domingo á misa, rendidole los homenajes y respeto que le debemos? ¿ Hemos sido siempre justos para con el prójimo? ¿ Hemos respetado sus bienes, honor y reputación? ¿ Hemos ahuyentado de nuestros corazones la envidia, la ira y el encono? ¿ No hemos, nunca, incurrido en la maledicencia y calumnia? ¿ Hemos sido sinceros en nuestras palabras, castos en nuestros pensamientos, templados en nuestras comidas, virtuosos y honestos en nuestros actos? Si Dios, apareciendo de repente en medio de esta reunión, viniese á explorar nuestros corazones y examinar á fondo nuestras conciencias, ¿ podríamos sostener su mirada, sin tener vergüenza? ¿ No hallaría en lo más profundo de nuestras almas, aquí dentro de nuestros corazones, alguna lepra horrosa y oculta?... ¡ Ah, comprendo ya porque nuestras pobres conciencias no osaban responder!... Pues, decidme, amados hermanos míos, ¿ por qué medio se puede restituir la paz á nuestros corazones, restablecer la calma en nuestra conciencia turbada, hacer resflorecer la tranquilidad en nuestras almas, atormentadas por el temor de los juicios de Dios? La confesión, sí, solamente la confesión puede devolvernos la calma, la tranquilidad y la paz, que el pecado nos ha hecho perder, y de esta manera responde élla realmente á una necesidad de nuestros corazones... »

Nos tranquiliza de lo pasado. ¿ Queréis de éllo un ejemplo escogido entre mil? Una viuda, aun jóven, llamada Ángela y nacida en Foliño, nos lo dará á conocer. Ha pasado varios años en medio de las seducciones y placeres del mundo; pero su alma, atormentada por el desorden de los apetitos y por los remordimientos, no puede gozar de las dulzuras de la paz. « Hasta entonces, dice, me había confesado mal, no estaba tranquila; pero Dios tocó mi alma, hice una confesión general de todos mis pecados, y luego despues sentí una dulzura, una calma y alegría, que no

había sentido desde largo tiempo! » Sí, alma fiel y predestinada vuestra tan humilde y sincera confesión os tranquilizó de lo pasado. ¡Pobre pecadora convertida! cuántas gracias os aguardan, cuántos favores recompensarán vuestra humildad!... Beberéis en la misma llaga del corazón de Jesús aquella sangre preciosa, que los otros reciben místicamente en la adorable Eucaristía<sup>1</sup>. Colmada de las más dulces favores y segura de que vuestros pecados pasados están perdonados, dormiréis tranquila en la paz del Señor, y como el inocente Luis de Gonzaga, al volar al cielo, podréis decir: Partimos con alegría. *Lætanter imus*?... ¡Oh poder de la confesión para consolar las almas! Y, hermanos míos, ¿no podría yo apelar aquí á vuestra propia experiencia? Quizás os haya sucedido antes de vuestra primera comunión el cometer algunas faltas graves? Decidme, son éstas las que atormentan vuestra conciencia?... ¡Oh no, decís, me he confesado bien, creo haber hecho una buena primera comunión, y estoy tranquilo con respecto á estas faltas. — En otras épocas de vuestra vida quizás os dejasteis seducir por unas pasiones, que habían impreso en vuestra alma algunas manchas, pero antes de recibir, bien sea la confirmación ó el sacramento de matrimonio, á propósito de una misión habeis hecho una buena confesión, volviendo sinceramente hacia Dios; y estoy persuadido que así lograsteis quedar tranquilos sobre todas vuestras faltas... Ved, pues, amados cristianos, como tenía razón, al decir que la confesión nos tranquiliza de lo pasado...

La confesión nos fortifica para el porvenir. Cuentan, que un intrépido cazador, llamado Bláesi, habiéndose extraviado un día en las cimas heladas de los Alpes, al perseguir á un hato de gamuzas, estuvo diez horas suspendido de la punta de una roca; de lo cual sus cabellos se volvieron blancos. Salvado por un compañero, le da su escopeta, jurando no volverla á usar más. Pero á penas había andado algunos pasos en la montaña cuando se dejó ver una gamuza detrás de una breña. Bláesi se echa sobre su arma, exclamando:

1. Vida de la bienaventurada Ángela de Foliño.

mando: Soy siempre cazador. » Se pone en seguida á la persecución de su presa, sin pensar más en su agonía de toda una noche, y pocos días despues espiraba, víctima de su pasión aplastado por un alud<sup>1</sup>. Tal es, hermanos míos, la historia de toda pasión, sea cual fuere. Orgullo, ira, avaricia, impudicia; una vez entregado nuestro corazón á cualquiera de estas pasiones, ya no hay remedio; es su presa, lo lleva trás sí, le domina, y por sí solo él ya no la vence, y como el cazador, de quien acabo de hablaros, á pesar de los peligros, á pesar de los obstáculos, la seguirá, aun cuando le cueste no sólo la vida corporal, sino su salvación eterna. Sólo la confesión, amados míos, puede no solo hacernos fuertes y enseñarnos á combatir nuestras pasiones, sino tambien darnos la gracia, para vencerlas. Un pobre pecador, tiranizado por la impudicia, se presenta una tarde á san Bernardo, desesperando de su salvación, y luchando desde largo tiempo, pero siempre sin éxito contra esta terrible pasión. ¿Va el santo á desanimarle y hacerle desesperar de su curación? No, le da el consejo de confesarse á cada recaída, y en ménos de un año aquel hombre, habiendo seguido el tal consejo, había domado su pasión y convirtiéndose en un modelo de piedad. Usemos, hermanos míos, de este remedio; recurramos á la confesión, cuando sintamos necesidad de hacerlo, y experimentaremos cuán verdadero es que élla nos fortifica contra los peligros del porvenir.

PERORACIÓN. ¿He conseguido, amados hermanos míos, haceros comprender, que la confesión es realmente una de las invenciones más amorosas y saludables de la misericordia divina? Y entónces, puesto que es el único medio de volver á entrar en el camino del cielo, cuando hemos tenido la desgracia de alejarnos del mismo, ¿porqué descuidamos el recurrir á ella? ¡Ay! las razones, que alegamos, tienen poco valor, y nuestras excusas son frívolas, sobre todo cuando se trata de cosa tan importante como nuestra salvación eterna. Tendrémos ocasión mas tarde de examinar algunos de estos pretextos; espero con la gracia de Dios

1. Conf. Teschudie, *la Vida animal en los Alpes*.

demostraros cuán fútiles son ellos, pero permitidme esta mañana que termine, dádoos un consejo. Cuando se quiere curar á un niño del miedo de los fantasmas, se le conduce directamente al objeto de su miedo. Despues de haberlo tocado, no teme ya más el niño y está tranquilo. Pues bien, amados míos, ¿deseáis curaros del miedo de la confesión? Id directamente á confesaros, y veréis, como otros tantos, que la confesión es un remedio divino, cuyas dulzuras sobrepujan la amargura, y saboreando los frutos tan dulces de vuestra reconciliación con el Dios de las misericordias, prepararéis vuestra alma para saborear un día los goces eternos del cielo.... Amen.

### HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO

DEL DOMINGO DE PASION.

(JUAN, VIII, 46-59.)

#### Obligación de convertirse lo mas pronto posible.

**TEXTO.** *Qui ex Deo est, verba Dei audit.* El que es de Dios, oye las palabras de Dios.

**EXORDIO** — Hermanos míos, el tiempo de la Pasión de nuestro divino Salvador se acercaba; Él sabía que los Judíos trataban de matarle. Queriendo ilustrarles sobre sí mismo, tuvo con los primeros de ellos una larga conferencia en el templo, y de esta conferencia, que nos ha transmitido el Evangelista San Juan, está sacado el Evangelio de este día. ¿Quién de vosotros les dijo, podrá convencerme de pecado? Si os digo la verdad, ¿por qué no me creéis?... Él que es de Dios, oye las palabras de Dios.

Por eso vosotros no las oís, porque no sois de Dios. — Respondiéronle, pues, los Judíos, y le dijeron: ¿No decimos nosotros bien que tu eres Samaritano y estás endemoniado? Respondió Jesús: Yo no estoy endemoniado, sino que doy honor á mi padre,

y vosotros me habeis deshonrado; pero yo no busco mi gloria, hay quien la busque y haga justicia. En verdad, en verdad os digo: Si alguno guarda mi doctrina, no morirá jamás. Dijéronle, pues, los Judíos: Ahora conocemos que estás endemoniado. Abrahan y los profetas murieron, y tu dices: Si alguno guarda mi doctrina, no morirá jamás. ¿Eres tú por ventura mayor que nuestro Padre Abrahan, que murió, y que los profetas, que también murieron? ¿Quién pretendes ser tú? Respondióles Jesús: Si yo me glorifico á mí mismo, mi gloria es nada, mi padre es él que me glorifica, aquel que decís vosotros ser vuestro Dios; y sin embargo no le conocéis, pero yo le conozco, y si dijera que no le conozco, sería mentiroso como vosotros. Pero le conozco y cumplo su palabra. Vuestro padre Abrahan suspiró por ver mi día: lo vió y se regocijó — Dijéronle los Judíos. No tienes aun cincuenta años, ¿y viste á Abrahan? — Respondióles Jesús: En verdad, en verdad, os digo: Antes que Abrahan fuese hecho, yo soy. Entonces cogieron piedras para echárselas; pero Jesús se escondió y salió del Templo. »

Todavía aquí, hermanos míos, se nos manifiesta la malicia, la perversidad y el endurecimiento de los enemigos del Salvador. Si obra milagros, quedan aquellos insensibles; y como no pueden negarlos, los atribuyen al poder del demonio. Si, por su bondad, se digna iluminarlos é instruirlos, en vez de recibir sus lecciones con agradecimiento, le apodan llamándole Samaritano, y diciendo que está poseido del demonio. ¡Miserables, una tal ceguedad, despues de tantas gracias, merecía bien las calamidades y desdichas, que cayeron sobre vuestra nación endurecida!...

**PROPOSICIÓN.** En cuanto á nosotros, amados míos, no seamos del número de estos obstinados; demostremos que somos los hijos de Dios, escuchando y cumpliendo su palabra. Entre estas enseñanzas del Salvador hay una, que en este mismo discurso repite varias veces<sup>1</sup>, y sobre la cual me propongo llamar vuestra atención en esta mañana. *Me buscaréis, y no me hallaréis, y en vuestro pe-*

1. Juan, VIII, 21-24.

demostraros cuán fútiles son ellos, pero permitidme esta mañana que termine, dádoos un consejo. Cuando se quiere curar á un niño del miedo de los fantasmas, se le conduce directamente al objeto de su miedo. Despues de haberlo tocado, no teme ya más el niño y está tranquilo. Pues bien, amados míos, ¿deseáis curaros del miedo de la confesión? Id directamente á confesaros, y veréis, como otros tantos, que la confesión es un remedio divino, cuyas dulzuras sobrepujan la amargura, y saboreando los frutos tan dulces de vuestra reconciliación con el Dios de las misericordias, prepararéis vuestra alma para saborear un día los goces eternos del cielo.... Amen.

### HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO

DEL DOMINGO DE PASION.

(JUAN, VIII, 46-59.)

#### Obligación de convertirse lo mas pronto posible.

**TEXTO.** *Qui ex Deo est, verba Dei audit.* El que es de Dios, oye las palabras de Dios.

**EXORDIO** — Hermanos míos, el tiempo de la Pasión de nuestro divino Salvador se acercaba; Él sabía que los Judíos trataban de matarle. Queriendo ilustrarles sobre sí mismo, tuvo con los primeros de ellos una larga conferencia en el templo, y de esta conferencia, que nos ha transmitido el Evangelista San Juan, está sacado el Evangelio de este día. ¿Quién de vosotros les dijo, podrá convencerme de pecado? Si os digo la verdad, ¿por qué no me creéis?... Él que es de Dios, oye las palabras de Dios.

Por eso vosotros no las oís, porque no sois de Dios. — Respondiéronle, pues, los Judíos, y le dijeron: ¿No decimos nosotros bien que tu eres Samaritano y estás endemoniado? Respondió Jesús: Yo no estoy endemoniado, sino que doy honor á mi padre,

y vosotros me habeis deshonrado; pero yo no busco mi gloria, hay quien la busque y haga justicia. En verdad, en verdad os digo: Si alguno guarda mi doctrina, no morirá jamás. Dijéronle, pues, los Judíos: Ahora conocemos que estás endemoniado. Abrahan y los profetas murieron, y tu dices: Si alguno guarda mi doctrina, no morirá jamás. ¿Eres tú por ventura mayor que nuestro Padre Abrahan, que murió, y que los profetas, que también murieron? ¿Quién pretendes ser tú? Respondióles Jesús: Si yo me glorifico á mí mismo, mi gloria es nada, mi padre es él que me glorifica, aquel que decís vosotros ser vuestro Dios; y sin embargo no le conocéis, pero yo le conozco, y si dijera que no le conozco, sería mentiroso como vosotros. Pero le conozco y cumplo su palabra. Vuestro padre Abrahan suspiró por ver mi día: lo vió y se regocijó — Dijéronle los Judíos. No tienes aun cincuenta años, ¿y viste á Abrahan? — Respondióles Jesús: En verdad, en verdad, os digo: Antes que Abrahan fuese hecho, yo soy. Entonces cogieron piedras para echárselas; pero Jesús se escondió y salió del Templo. »

Todavía aquí, hermanos míos, se nos manifiesta la malicia, la perversidad y el endurecimiento de los enemigos del Salvador. Si obra milagros, quedan aquellos insensibles; y como no pueden negarlos, los atribuyen al poder del demonio. Si, por su bondad, se digna iluminarlos é instruirlos, en vez de recibir sus lecciones con agradecimiento, le apodan llamándole Samaritano, y diciendo que está poseído del demonio. ¡Miserables, una tal ceguedad, despues de tantas gracias, merecía bien las calamidades y desdichas, que cayeron sobre vuestra nación endurecida!...

**PROPOSICIÓN.** En cuanto á nosotros, amados míos, no seamos del número de estos obstinados; demostremos que somos los hijos de Dios, escuchando y cumpliendo su palabra. Entre estas enseñanzas del Salvador hay una, que en este mismo discurso repite varias veces<sup>1</sup>, y sobre la cual me propongo llamar vuestra atención en esta mañana. *Me buscaréis, y no me hallaréis, y en vuestro pe-*

1. Juan, VIII, 21-24.

*modo moriréis.* ¿ No vemos, cristianos, que con estas palabras, ha querido Jesucristo mostrarnos la obligación, la ineludible necesidad de convertirnos lo más pronto posible, no diferiendo de día en día el negocio de nuestra conversión, para no exponernos á la desgracia de morir en pecado ?

**DIVISION.** Despues de algunas consideraciones sobre la importancia de esta verdad, os mostraré, que el diferir la conversión es: *en primer lugar*: abusar de la paciencia del Señor; *en segundo lugar*: exponerse á caer en el endurecimiento; y *últimamente* aventurar la eternidad.

*Primera parte.* Si, hermanos míos, la obligación de convertirnos lo más pronto posible, es una importante verdad, de que depende á menudo nuestra salvacion eterna. Es ésta, como sabéis, una verdad, que con frecuencia se predica, y á pesar de éлло, es generalmente desconocida y olvidada. Tienen ojos y no la ven, tienen oídos, y no la oyen; tienen un espíritu y una inteligencia, y no la comprenden.

Dios mío, ¿ quién dará, pues, esta mañana á mis palabras la fuerza del acero, para quebrantar este endurecimiento, el ardor, la vivacidad de la llama, para disolver esta indiferencia y disipar esta ceguedad? ¡ Ah, quiera Dios, que pueda mi voz penetrar en vuestras almas como una espada de dos filos, grabando en lo más hondo de vuestros corazones esta incontestable verdad. *Convertios lo más pronto posible, no tardeis en hacerlo* <sup>1</sup>.

En efecto, amados hermanos míos, confesamos que no estamos en el buen camino, y que tenemos necesidad de convertirnos. Que si la muerte, por uno de sus golpes súbitos é inesperados viniese á arrasarnos, caeríamos á la izquierda. Lo admitimos, convenimos en éлло; sí, hay más aun, propónese uno convertirse, y dice para sí: ya vendrá tiempo, en que lo pondrémos resueltamente por obra, y serviremos á Dios como unos santos!... Pero cuándo? Hé ahí una pregunta, á la cual no damos nunca respuesta. Qué digo?... nunca respuesta? Pero sí, se da una, siempre la misma:

1. Eccli. v. 8.

*Más tarde, más tarde,* se dice. ¿ Más tarde, amados hermanos míos, queréis convertirnos? pues bien, os digo en nombre y con la autoridad de Dios mismo, que teneis obligación de convertirnos ahora, lo más pronto posible, y si no lo haceis ó lo diferís, como decía, abusaréis de la paciencia de Dios, caeréis en el endurecimiento, y aventuraréis vuestra salvación eterna.

Abusaréis de la paciencia del Señor. Dios es bondadoso, clemente, misericordioso, longánimo, lo que querais; es mejor aun de lo que os imaginais. Es verdad, es mucha verdad, pero por fin, ¿ qué idea os formais de su bondad? Acaso le comparais á un padre débil, que, ultrajado, golpeado por un hijo indigno, presentará cada mañana su mejilla, para recibir tontamente una nueva bofetada de la mano, que debiera respetarle... Estais en estado de pecado mortal, y por consiguiente, os rebelais contra él, sois un hijo ingrato, desnaturalizado, un objeto desagradable á sus ojos. Sin embargo, os tolera, os sufre, espera, aguarda cada día, cada momento, mirando vuestra alma con compasión diciendo: « Veamos si se convierte, si vuelve á entrar dentro de sí mismo. » Y siempre queda frustrada su esperanza. Os espera diez, veinte años, pensando siempre cuando os verá venir! ¡ Ah, el padre del hijo pródigo no esperó tan largo tiempo!... Pero vosotros, en vez de rendiros, en vez de reflexionar sobre vosotros mismos, esperaréis, diferís, dilatando de año en año la conversión, abusando de este modo de las gracias, bondad y longanimidad del Dios, que os invita y espera. Su justicia hace como que duerme, porque todavía es el tiempo de la misericordia; pero temblad, bien pronto la justicia se despertará, y este Dios, por tanto tiempo desconocido, va á ser para vosotros un juez severo. ¿ Y no veis ya ciertas señales, por las que parece abandonaros? vuestra alma se está más tranquila en el pecado; la gracia os persigue ménos, sus inspiraciones son ménos fuertes y frecuentes que en otro tiempo. Ya no os despiertan los remordimientos. ¡ Y esta verdad, que se os predica ahora, y que otras veces os habria turbado y atormentado, ningun efecto causa en vosotros; estais casi dispuestos á burlaros de élla, ó al ménos la escuchais con indiferencia ¡ Señal espantosa,

amados hermanos míos, señal que indica, que se acerca el endurecimiento.

*Segunda parte.* El endurecimiento es el estado, en que cae un alma, la cual habiendo resistido á las gracias y buenos pensamientos que Dios le inspiraba, ha rehusado convertirse, retardando de día en día su regreso á Dios. Escuchad una comparación. Mas de una vez he encontrado enfermos á punto de morir; sus dolores habian cesado, no sentían nada, estaban, por decirlo así, ya muertos. Una vez entre otras muchas, durante la noche, fui llamado para administrar los sacramentos á un hombre, que se moría. Me acerqué á su lecho, sus facciones estaban alteradas, sus ojos sombríos y vidriosos, y sus labios tenían ya esa amarillez propia de los moribundos, un sudor frío, triste precursor de una muerte próxima, bañaba su frente, al rededor suyo se exhalaba un olor cadavérico. « ¿Cómo estais, amigo mío, le dije á este moribundo? Muy bien, Señor Cura, me respondió con una voz algo fuerte; jamás he sufrido ménos que ahora, estoy ya bueno, espero levantarme mañana y trabajar! Le administré la Extremaunción, y una hora despues, habia dejado de existir!... Esta calma, esta desaparición de dolores, y esta ilusión de buen estado, señal casi siempre funesta en una enfermedad, es la imágen del endurecimiento.

¡Pobre alma, qué penas, qué dolores experimentaste, cuando te alejaste por primera vez del sendero de la virtud! Cuán triste fué la primera noche, que siguió á tu caída! Los remordimientos, semejantes á accesos de calentura, venían con frecuencia á atormentarte; una saludable amargura te advertiría de tu estado, y las inspiraciones de la gracia, que te instaba, habrán turbado muchas veces tu reposo!... Tú lo has desdeñado y rechazado todo; tú has dicho: *Más tarde, más tarde veré.* Y ahora que los remordimientos están sofocados, ahora que la gracia ha cesado de conmover tu corazón, ¡crees estar en paz!... « Jamás, dices, he estado tan tranquilo, no pienso en nada, ni tengo miedo, nada me asusta, ni me espanta; lo que se predica es bueno para las mujeres y los niños, estoy harto de oír cosas tan serias como esas... »

¡ Ah! qué infeliz es el cristiano que así menosprecia nuestras enseñanzas, que se burla de las santas verdades, y que se cree no tener necesidad de convertirse! Está completamente endurecido, cegado y como muerto; un poco de tiempo más, y los ángeles, que ya le lloran, verán cerrarse sobre él las puertas del infierno; hé ahí á donde conduce el endurecimiento, producido á su vez por el desprecio de las gracias.

*Tercera parte.* Pero supongo, amados hermanos míos, que no os habréis dado por aludidos, al hablaros de un alma endurecida. Decidme, aunque no estéis tan avanzados en el camino del mal; ¿exponéis ménos vuestra salvación eterna, cuando diferís así vuestra conversión, diciendo: Más tarde, veré? En fin, no os hagais ilusiones, no son solamente los pecadores endurecidos los que mueren sin confesion. Podeis ser creyentes, tener un algo de religion y perecer mañana ya de una apoplejía, ya molidos bajo los piés de vuestros caballos, ya sepultados bajo los escombros de una casa, ya víctimas de un accidente imprevisto y repentino; y entonces ¿á donde irá vuestra alma? A las garras del demonio, al infierno por toda una eternidad!... No acabo, y ya os estremeceis de miedo... Vuestra fé se despierta, y para tranquilizaros decís: esos son casos raros, sería en verdad muy desdichado, si me encontrara en el número de ellos!... Pero...

Escuchad, hé aquí una cosa ménos rara. Sobreviene una enfermedad, se ignora la naturaleza de élla, se va por el médico, el sacerdote es llamado más tarde: el juicio se debilita, se pierde la memoria y sucede el delirio; se confiesa uno; pero ¿cómo? ¿Acaso aguardáis hacer semejante confesion? ¿Esta manera de conversión esperais? Dios mio, preservadnos á todos de conversión semejante. Si tal es la que nos proponemos hacer, digamos rotundamente, que no queremos convertirnos; esto será más cierto y más franco, pues desde luego, ignoramos si tendremos tiempo de hacer tan triste conversión; y aun cuando la hiciésemos, hay motivo para dudar, si Dios querrá contentarse con élla. Entretanto, ya lo véis, aventuramos nuestra salvacion eterna.

Pero ya lo sé, no faltan excusas y pretextos para diferir su

conversión, y poner en peligro el negocio de la salvación eterna. Una muchacha de diez y seis años tiene ya demasiada edad para confesarse; es preciso que vaya al baile; una mujer de treinta años, y un hombre de cincuenta son demasiado jóvenes para convertirse. Por otra parte mi padre se opone á éllo, dice una; á mi esposo no le gusta, dice otra. Este tiene demasiadas ocupaciones, aquel tiene precisión de viajar. Uno está constreñido á sostener diarias relaciones con el mundo, otro tiene tantos hijos que educar!... Por cobardes que seamos, tengamos al ménos el valor de decir la verdad, sin encubrir nuestra ingratitud hacia Dios con tan deplorables motivos. Nuestra poca energía y nuestra cobardía son la única causa de éllo. Temeis á vuestro padre, á vuestro esposo, pero, ¿acaso Dios os ha prometido condenaros en lugar vuestro? Teneis muchas ocupaciones? suprimid aquellas que se oponen á vuestra salvación, pues están de más. Estais obligados á tener relaciones con el mundo? Mejor que mejor; poned en ellas la lealtad y conciencia de un buen cristiano. Sois demasiado jóven? ¿Acaso vuestra juventud os autoriza á vivir como un pagano, y no servir á Dios? ¡Oh, amados hermanos míos, no aleguéis más tan vanos pretextos; estos son ya viejos, anticuados, y carecen de recto sentido. No aleguéis ni siquiera el respeto humano; pues, como os decía el último domingo, hay en el Evangelio una palabra, una palabra corta, pero terrible, que Jesucristo echará en cara á aquellos, á quienes el respeto humano haya vencido. « Os habeis avergonzado de mí ante los hombres, dirá; pues bien! yo me avergüenzo de vosotros ante mi Padre; id, no os conozco. » — « Id. » Y ¿á dónde irémos, pues, ó Dios mío, si Jesucristo, la misericordia encarnada, el dulce Salvador de los hombres, nos rechaza, si no nos reconoce?... A dónde? Buscad, amados hermanos míos. Pero no será seguramente al cielo. Si, pues, queréis no ser rechazados, no os abochornéis de ser cristianos ante los hombres, no tengais vergüenza de vuestra fé. No basta ser cristiano con el corazón, es preciso serlo con sus actos exteriores, con su vida entera, y saber cumplir con los deberes impuestos á cada cristiano.

PERORACIÓN. No tardemos ya más, amados hermanos míos, no tardemos ya más en convertirnos al Señor; no sea que su ira caiga sobre nosotros, y nos condene en el día de su venganza. ¡Tantos otros han sido víctimas de este funesto error; tantos otros, que se habian propuesto convertirse más tarde, han sido sorprendidos por la muerte, y no se han convertido, ó se convirtieron mal!... Escarmentemos con su funesto ejemplo, no endurezcamos nuestro corazón, no resistamos á la gracia, no digamos ya: « Más tarde, mañana; » hémoslo dicho demasiado; durante esta Cuaresma Dios nos llama, ahora es cuando debemos rendirnos, no abusemos de su longanimidad, no cansemos su misericordia; nos ha esperado ya demasiado. Pecadores desgraciados, en quienes vive todavía una chispa de fé, nos invita la gracia de Dios, nos acosa nuestra conciencia, los remordimientos nos persiguen, ¡ah! no nos expongamos á ser pecadores desesperados y empedernidos! No! ántes el dolor, las lágrimas de la penitencia, antes todas las miserias de este mísero mundo, que el endurecimiento, es decir, ese lamentable estado de un alma, que no es ya mas que un cádaver, en donde nada vive, ni siquiera el remordimiento. Volvamos pues, volvamos de todo corazón al Dios de nuestra madre, al Dios de nuestra infancia, sirvámosle aun en nuestra edad madura. Ved qué terrible peligro corrémos difiriendo siempre nuestra conversión; un pequeño hilo, muy frágil, el hilo de nuestra vida nos retiene, y estamos aquí suspendidos encima del abismo del infierno y de sus insondables profundidades!... Este pensamiento es horrible! Ah! este pequeño hilo está entre las manos de Dios, y nosotros le ofendemos, pareciendo burlarnos de él, y desafiando su misericordia á que lo rompa antes de nuestra conversión!... ¡Terrible ceguedad! O Dios bondadoso, tened compasión de nosotros, no rompáis el frágil hilo de nuestra vida antes de habernos convertido, sostendnos y preservadnos de esta desgracia tantas veces merecida; pero sobre todo concedednos á todos estas gracias fuertes y poderosas, que hacen volver hácia vos los pobres pecadores, y que cambian su corazón. Estas gracias os pedimos en nombre de vuestro Hijo

muy amado. ¡Quiera Dios que la bendición, que vamos á recibir, sea para nosotros la seguridad, de que nuestro ruego ha sido favorablemente escuchado!... Amen.

### HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO

DEL DOMINGO DE RAMOS.

(MAT., XXI, 1-9.)

#### Sobre la comunión pascual.

TEXTO. *Dicite filia Sion: Ecce rex tuus venit tibi mansuetus.*

Decid á la hija de Sion: Hé aquí tu Rey que viene á tí lleno de mansedumbre.

EXORDIO. Hermanos míos, se acercaba el tiempo de la Pasión del Salvador. Antes de entrar el Señor en Jerusalem por última vez, había llorado sobre esta ingrata ciudad: « Jerusalem, había dicho, ¡si tú conocieses la gracia que te es dada, si tú supieses las desgracias que te amenazan, te arrepentirías, y harías penitencia! » Pero no; de la misma manera que ciertas almas endurecidas, esta ingrata ciudad no quiso escuchar nada!... Sin embargo, había en su seno algunas almas fieles. Nuestro divino Salvador quiso proporcionarlas la ocasión de manifestar su fé, aclamándole en su entrada en la ciudad. Hé aquí, pues, lo que relata el Evangelio, que leíamos á la bendición de los Ramos: « Acercándose Jesús á Jerusalem, y habiendo ya llegado á Betfage, junto al monte de las Olivas, envió á dos de sus Discípulos, diciéndoles: Id á esta aldea que está en frente, y hallaréis una asna atada y su pollino con ella; desatadla y traédmelos: y si alguno os dijere algo, decid que los ha menester el Señor, y luego los dejará ir. » Y todo esto sucedió, para que se cumpliera lo que fué dicho por el Profeta: « Decid á la hija de Sion: Hé aquí á tu Rey, que viene á tí, lleno de mansedumbre, sentado sobre una asna y sobre un

pollino, hijo de la que está acostumbrada al yugo. » Y habiéndose ido los discípulos, hicieron como les había mandado Jesús; y trajeron la asna y el pollino y pusieron sobre ellos sus vestidos é hicieronle sentar encima. Y una gran muchedumbre del pueblo extendía sus vestidos en el camino: otros cortaban ramas de los árboles y las echaban á su paso, y las gentes, que iban delante, y las que venían detrás, clamaban, diciendo: Hosanna al Hijo de David: Bendito sea Él que viene en nombre del Señor. »

PROPOSICIÓN. Quizás, hermanos míos, entre esta muchedumbre, que aclamaba así á nuestro Salvador, se hallaron algunos, que pocos días despues clamaron por respeto humano: « ¡Sea crucificado! » La naturaleza humana es tan débil y tan fácil de dejarse arrastrar al mal, que nos es permitido creerlo así. Quizás aun toda esta muchedumbre, entre la cual se hallaban sin duda alguna José de Arimatéa y la valerosa Verónica, tantos enfermos que había sanado, y un sinnúmero de niños, que había bendecido, quizás, repito, esta muchedumbre le permaneciese fiel, y viese con dolor las humillaciones y los suplicios, que se le hicieron sufrir... Pero lo que está averiguado es que Nuestro Señor, al permitir este triunfo y estas aclamaciones tan poco tiempo ántes de las ignominias y dolores de su Pasión, quiso enseñarnos, que las glorias y los goces de la tierra son muy poca cosa, y que van seguidos á menudo de muchas amarguras. Sin embargo, amados hermanos míos, dejando aparte estas varias consideraciones, me detengo en estas palabras: « Hé aquí á vuestro Rey, que viene á vosotros lleno de mansedumbre, » y las aplico á la santa comunión.

DIVISIÓN. *Primero.* Os diré que todos, bajo pena de pecado mortal, estamos obligados á comulgar en este santo tiempo; *segundo:* haré conocer las principales disposiciones necesarias, para que nuestra comunión sea buena y agradable á Dios.

*Primera parte.* Ciertamente, hermanos míos, es cosa triste, que esté uno obligado á recordar á cristianos, á hombres y mujeres, que han saboreado con tanta dicha las delicias de una buena y primera comunión, la obligación de comulgar por la Pascua!

muy amado. ¡ Quiera Dios que la bendición, que vamos á recibir, sea para nosotros la seguridad, de que nuestro ruego ha sido favorablemente escuchado!... Amen.

### HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO

DEL DOMINGO DE RAMOS.

(MAT., XXI, 1-9.)

#### Sobre la comunión pascual.

TEXTO. *Dicite filia Sion: Ecce rex tuus venit tibi mansuetus.*

Decid á la hija de Sion: Hé aquí tu Rey que viene á tí lleno de mansedumbre.

EXORDIO. Hermanos míos, se acercaba el tiempo de la Pasión del Salvador. Antes de entrar el Señor en Jerusalem por última vez, había llorado sobre esta ingrata ciudad: « Jerusalem, había dicho, ¡ si tú conocieses la gracia que te es dada, si tú supieses las desgracias que te amenazan, te arrepentirías, y harías penitencia! » Pero no; de la misma manera que ciertas almas endurecidas, esta ingrata ciudad no quiso escuchar nada!... Sin embargo, había en su seno algunas almas fieles. Nuestro divino Salvador quiso proporcionarlas la ocasion de manifestar su fé, aclamándole en su entrada en la ciudad. Hé aquí, pues, lo que relata el Evangelio, que leíamos á la bendición de los Ramos: « Acercándose Jesús á Jerusalem, y habiendo ya llegado á Betfage, junto al monte de las Olivas, envió á dos de sus Discípulos, diciéndoles: Id á esta aldea que está en frente, y hallaréis una asna atada y su pollino con élla; desatadla y traédmelos: y si alguno os dijere algo, decid que los ha menester el Señor, y luego los dejará ir. » Y todo esto sucedió, para que se cumpliera lo que fué dicho por el Profeta: « Decid á la hija de Sion: Hé aquí á tu Rey, que viene á tí, lleno de mansedumbre, sentado sobre una asna y sobre un

pollino, hijo de la que está acostumbrada al yugo. » Y habiéndose ido los discípulos, hicieron como les había mandado Jesús; y trajeron la asna y el pollino y pusieron sobre ellos sus vestidos é hicieronle sentar encima. Y una gran muchedumbre del pueblo extendía sus vestidos en el camino: otros cortaban ramas de los árboles y las echaban á su paso, y las gentes, que iban delante, y las que venían detrás, clamaban, diciendo: Hosanna al Hijo de David: Bendito sea Él que viene en nombre del Señor. »

PROPOSICIÓN. Quizás, hermanos míos, entre esta muchedumbre, que aclamaba así á nuestro Salvador, se hallaron algunos, que pocos días despues clamaron por respeto humano: « ¡ Sea crucificado! » La naturaleza humana es tan débil y tan fácil de dejarse arrastrar al mal, que nos es permitido creerlo así. Quizás aun toda esta muchedumbre, entre la cual se hallaban sin duda alguna José de Arimatéa y la valerosa Verónica, tantos enfermos que había sanado, y un sinnúmero de niños, que había bendecido, quizás, repito, esta muchedumbre le permaneciese fiel, y viese con dolor las humillaciones y los suplicios, que se le hicieron sufrir... Pero lo que está averiguado es que Nuestro Señor, al permitir este triunfo y estas aclamaciones tan poco tiempo ántes de las ignominias y dolores de su Pasión, quiso enseñarnos, que las glorias y los goces de la tierra son muy poca cosa, y que van seguidos á menudo de muchas amarguras. Sin embargo, amados hermanos míos, dejando aparte estas varias consideraciones, me detengo en estas palabras: « Hé aquí á vuestro Rey, que viene á vosotros lleno de mansedumbre, » y las aplico á la santa comunión.

DIVISIÓN. *Primero.* Os diré que todos, bajo pena de pecado mortal, estamos obligados á comulgar en este santo tiempo; *segundo:* haré conocer las principales disposiciones necesarias, para que nuestra comunión sea buena y agradable á Dios.

*Primera parte.* Ciertamente, hermanos míos, es cosa triste, que esté uno obligado á recordar á cristianos, á hombres y mujeres, que han saboreado con tanta dicha las delicias de una buena y primera comunión, la obligación de comulgar por la Pascua!

¡ Oh querría, amados cristianos, contentarme con apelar á vuestros corazones, y deciros á cada uno de vosotros : « Hermano amadísimo, Jesús está allí en este tabernáculo ; hace mucho tiempo que no habeis unido vuestra alma á la suya, y vuestra sangre con su sangre ; y Él os espera, os invita ! Pobre alma querida, Él me encarga te diga, que Él es tu Rey, y que desea en su inefable ternura unirse á tí : prepárale, pues, una digna morada... *Dicite filie Sion, etc. Decid á la hija de Sion, que su Rey viene á ella, lleno de mansedumbre.*

Sí, hermanos míos, me es penoso ver tan desconocido el amor, que le hace morar en nuestros tabernáculos ! Qué ! nuestro Jesús está allí, en este misterio de amor, en este adorable sacramento ; nos invita, nos solicita, nos tiende sus brazos ! Venid, venid pues, nos dice, acercaos, yo os consolaré y os fortificaré ; yo os haré beber en abundancia en el manantial de mis gracias y méritos !... Y á nosotros, ciegos é ingratos, es menester que nos den pruebas, para hacernos entender que estamos obligados á acercarnos á Él por lo ménos una vez al año ! ¡ Oh amados oyentes, con cuánta justicia se nos podría echar en cara esta reprensión, hecha antiguamente á los Judíos : « Hombres de dura cerviz, *dura cervice*, ¿ no comprendéis, pues ? ¿ hasta cuando resistiréis ? »

Pues bien ! á pesar de mi repugnancia, puesto que necesitais pruebas, voy á dáros las. Escuchad desde luego á Jesucristo : « Yo soy, dice, el pan de vida, bajado del cielo, si alguno come este pan, vivirá eternamente, y el pan, que yo daré, es mi carne, que debo entregar por la salvación del mundo. » Los Judíos sorprendidos murmuraban, aunque era costumbre en ellos hacerlo, cuando Jesucristo hablaba. Había entónces, como hay en nuestros días, ciertas gentes orgullosas y perversas, que tienen una aversión casi instintiva tanto á la verdad como á la virtud... Los Judíos, pues, decían murmurando : « ¿ Cómo puede darnos á comer su carne ? » Insensatos ! No sabían que Dios es todopoderoso y ha formado el mundo de la nada ! ¿ No habían visto á Jesús en las bodas de Caná cambiar el agua en vino ? Después de tantos prodigios hechos en presencia de ellos, ¿ podían dudar del poder di-

vino de Aquel, que les hablaba?... Así pues al ver su mala fé, Jesús renuncia á contestarles, y sólo se contenta con pronunciar las siguientes palabras, sobre las cuales llamo toda vuestra atención : « En verdad, en verdad, os digo, si no coméis la carne del Hijo del hombre, y no bebeis su sangre, no tendréis vida en vosotros ! »<sup>1</sup> Esto es claro, hermanos míos. ¿ Puede decirse algo más formal ? Escoged vosotros mismos los términos. ¿ Encontrais otros más expresivos y enérgicos ? Pues bien, ¿ deseais poseer la vida de la gracia ? Ved, lo que exige Jesús : Para tener esta vida es necesario comer su carne y beber su sangre, es decir, comulgar ; de lo contrario, moriremos !...

¿ Y qué nos dice ahora la Iglesia, esta madre cariñosa que nos recibió en sus brazos el día de nuestro bautismo ? ¡ Ah, ya lo sabéis, y contestais ántes que yo ? *Comulgarás humildemente, por lo ménos por Pascua florida.* Y en los tiempos en que su disciplina era más rigurosa, cualquiera que descuidaba el cumplir con este deber, era apartado del cuerpo de los fieles, y privado de la sepultura cristiana ; tal era la importancia, que se daba á la práctica de este mandamiento en los siglos de la fé ! Si en nuestros días no se aplica con tanto rigor el castigo á aquellos, que olvidan la comunión pascual, es porque la Iglesia, cual madre amorosa é indulgente, que no quiere que su indócil hijo se entregue á la desesperación, ha juzado en su alta sabiduría, que era preferible usar de dulzura y bondad para con las almas rebeldes y desviadas ; por lo demás el precepto existe y es obligatorio, siendo preciso mostrarse fiel á él, bajo pena de caer en pecado mortal... ¡ Cuántas pruebas más podría daros, hermanos míos ! pero no quiero ser más explícito respecto á este punto. Además, ¿ de qué servirían aquellas, despues del mandamiento tan estricto de la Iglesia y de la enseñanza tan formal de nuestro divino Salvador ?

*Segunda parte.* Veamos ahora con qué disposiciones debemos hacer nuestra comunión pascual !... Pero, ante todo quiero contaros una historia, de la cual tal vez algunos de entre nosotros

1. Véase San Juan, cap. vi.

podieran sacar provecho. Un mal cristiano va en busca de su párroco y le dice: — Le ruego venga vd. á la Iglesia para confesarme, pues quiero hacer la comunión pascual. Es preciso obedecer á la Iglesia, y dice uno de sus mandamientos: *Comulgarás humildemente por lo ménos por Pascua florida.* — Está bien, contesta el cura, pero notad esta palabra: *humildemente*; eso significa: estar bien preparado; ¿reunís pues las disposiciones necesarias para ejercitar tan grave acto? Dudo de éello, porque os conozco. — Vd. me conoce por un hombre divertido, respondió el feligrés. — Queréis comulgar para obedecer á la Iglesia; ¿No hay pues en sus mandamientos uno que dice: *Oírás misa entera los domingos y fiestas de guardar?* Cómo es, pués, que casi nunca os veo asistir á élla? ¿No hay otro mandamiento, que dice: *Santificarás las fiestas?* Y sin embargo, trabajáis durante las mismas! ¿No hay igualmente otro, que dice: *El viernes no comérás carne?* Y á pesar de vuestra robusta salud, ¿respetáis acaso este precepto?... Y ¡cuántas cosas más podría deciros!... — Señor cura, ya le diré todo eso, venga vd. á confesarme, porque, ¿qué se diría de mí, si no comulgase por la Pascua? — Accedo, contestó el cura, á confesaros, pero para comulgar es preciso estar en buenas disposiciones y formar la resolución sincera de corregiros. — Ah! siendo así, replico el mal cristiano, ya que no queréis permitirme, que comulgue enseñada, no quiero confesarme más. » Saquemos de esta historia la siguiente conclusión: Que la costumbre, nuestra posición y el respeto humano no bastan, para que vayamos á comulgar; sino que es preciso, que tengamos buenas é interiores disposiciones para éello...

¿Y cuáles son estas disposiciones? Una de éllas es esencialísima, las demás son muy deseables. La disposición esencial consiste en hallarse en estado de gracia, es decir, en haberse purificado de sus pecados por medio de una buena confesión. Así pues, comprendámoslo bien; no es buena confesión aquella, en que se cuentan solamente los pecados con sinceridad, sin llorarlos, sin hacer la firme resolución de emendarse en lo sucesivo... Os acusáis por ejemplo de haber robado, pero no teneis intención de res-

tituir lo robado. Os acusáis asimismo de profanar el domingo, trabajando dicho día, y no asistiendo tampoco á misa; por lo cual, si no haceis la firme resolución de corregir vuestras faltas, observadlo bien, de poco os ha servido vuestra sinceridad, y es muy dudoso que vuestra confesión sea buena y que os encontréis en estado de gracia!... ¿Me propongo acaso, hermanos míos, al hablaros así, introducir en vuestras conciencias inútiles turbaciones? ¡Ah, que Dios me guarde de éello!... No, quiero recordaros solamente lo que es necesario hacer, y es absolutamente indispensable para ponerse en estado de gracia... Quiero deciros que la confesión no es simplemente, y permitidme la expresión, una especie de *enjabonadura*, sino que reclama de nosotros el dolor de nuestras faltas y la firme resolución de no volver á cometerlas.. Hé aquí pues, hermanos míos, como decia ántes, la disposición indispensablemente requerida. Sin élla cualquiera que se acerca á Jesús le dá el beso del traidor, y reproduce el crimen de Judas!...

Hé añadido antes, hermanos míos, que había otras disposiciones muy deseables. ¿Porqué el mismo alimento corporal, que repugna á los enfermos y aprovecha poco á ciertas personas, sirve para reparar completamente las fuerzas de otras?... Es porque éstas tienen el estómago en mejor disposición para recibirlo. Lo mismo puede decirse del pan celeste, que recibimos en la Eucaristía.

Cuánto mejor preparada está el alma, más abundantes son las gracias que recibe. Cuando uno ha sabido prepararse bien con buenas obras y ejercicios piadosos, esforzándose por acercarse á la mesa Eucarística poseido de vivísima fé, de devoción ardiente y amor profundo; oh entonces Jesucristo penetra y se regala en el alma como en un santuario precioso!; Cuántas gracias y celestes favores derrama allí! Almas benditas, que gozais de estos dones, la comunión pascual no debe bastaros, id, id á beber con frecuencia el amor divino en su mas pura fuente! — No me atrevo á ello, diréis tal vez, porque Jesucristo es tan grande, y yo tan pequeño y miserable!... Yo no soy digno de recibir á tan divino Salvador. » — Y, hermanos míos, es verdad

lo que repetimos por tres veces antes de aproximarnos al altar! *Domine, non sum dignus*. Señor, no soy digno de recibirlos en mi corazón. ¿Es preciso por ello alejarnos de Él y privarnos de las innumerables gracias, que recibiría nuestro corazón, si comulgásemos con más frecuencia? Escuchad una historia, á fin de que os instruya y reanime. Un día San Pedro Celestino, atormentado por semejantes dudas, y no sabiendo si era preferible abstenerse de comulgar ó hacerlo con más frecuencia, se encaminaba á Roma, con objeto de que el Soberano Pontífice le diese consejo acerca de ésto.

Después de haber andado algunas horas, encontró en el camino al piadoso sacerdote, que le había vestido con el hábito monástico y el cual había muerto algunos años antes en olor de santidad. « Hermano mío, le dijo el repetido sacerdote, tienes razón, lo que piensas es verdad; hasta los mismos Ángeles no son dignos de recibir el cuerpo sagrado del Salvador. Y, sin embargo, Él es tan bueno, que quiere que se le reciba!... Guárdate, pues, de disminuir el número de tus comuniones, porque eso haría disminuir las gracias y más dulces favores, que Dios te concede. » El santo sacerdote desapareció, y Pedro Celestino, reanimado con estas palabras, no alteró en lo más mínimo el número de sus comuniones, llegando á ser un santo, que la Iglesia venera en sus altares<sup>1</sup>.

PERORACIÓN. Ya veis, pues, hermanos míos, como Jesús desea que le recibamos. ¡Oh, no quiero decirlo que lo manda, bajo pena de ver á nuestras almas privadas de la vida... Tampoco quiero repetirlos que la Iglesia lo manda, prefiero, amados hermanos míos, interesar en ésto el amor de vuestros propios corazones. Teneis fé; ¿no es así? Pues bien, vais á comprenderme. Cuando el niño Jesús fué presentado al templo, un santo anciano, llamado Simeon, le recibió en sus brazos, estrechóle contra su corazón, y enagenado de contento, sintiendo defallecer su alma á este contacto divino, exclamaba: « ¡Basta Señor, basta! » Ahora

1. Conf. Tobias Lohner, *Bibliotheca manualis*, etc.

dejadme morir, mis ojos han visto ya, y mis brazos estrechado á Aquel, que ha de ser la salvación del mundo... *Nunc dimittis*, ahora dejadme morir. » En efecto, qué mayor dicha!... ó santo anciano, sí, envidiamos vuestra suerte. Haber estrechado al niño Jesús contra su corazón, oh Dios mío, qué gracia tan sublime!...

Pues bien, amados cristianos, cuando tenemos la dicha de comulgar, el favor, que experimentamos, es todavía más grande!... ¡Oh divino Jesús, que estais presente y entero en la santa Hostia, no os contentais con venir á nuestros brazos y á nuestro corazón, sino que quereis entrar en nuestra boca y ser depositado en nuestra lengua, bajando luego al pecho, y vivo y lleno de amor para con nosotros, os dignais albergaros en lo más íntimo de nuestros corazones!... mezclándose vuestra sangre con la nuestra y vuestra vida con nuestra vida<sup>1</sup>. Simeon no os recibió más que una sola vez en sus brazos, muriendo de amor y alegría; y nosotros podemos recibirlos y hospedaros dentro de nuestras almas cuantas veces queremos, y con todo miramos con indiferencia tan extraordinarios favores. ¡Oh, hermanos míos, cuán ingratos somos! ¡Oh almas queridas, que no sea solamente el mandamiento de la Iglesia el que nos lleve á la sagrada mesa durante estos días de gracia. No, no, que sea el tierno amor al divino Jesús, y el vivo deseo de permanecerle fieles mientras habitamos en esta tierra, para que de este modo podamos estar á su lado en la bienaventuranza eterna... Amen.

## HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO

DEL DIA DE PASCUA DE RESURRECCION.

### Triunfo de Jesucristo.

TEXTO. *Surrexit, non est hic, ecce locum ubi posuerunt eum*. Ha resucitado, no está aquí, ved el lugar en donde le pusieron.

1. Conf. d'Argentan, *las Grandezas de la santísima Virgen Maria*.

lo que repetimos por tres veces antes de aproximarnos al altar! *Domine, non sum dignus*. Señor, no soy digno de recibirlos en mi corazón. ¿Es preciso por ello alejarnos de Él y privarnos de las innumerables gracias, que recibiría nuestro corazón, si comulgásemos con más frecuencia? Escuchad una historia, á fin de que os instruya y reanime. Un día San Pedro Celestino, atormentado por semejantes dudas, y no sabiendo si era preferible abstenerse de comulgar ó hacerlo con más frecuencia, se encaminaba á Roma, con objeto de que el Soberano Pontífice le diese consejo acerca de ésto.

Después de haber andado algunas horas, encontró en el camino al piadoso sacerdote, que le había vestido con el hábito monástico y el cual había muerto algunos años antes en olor de santidad. « Hermano mío, le dijo el repetido sacerdote, tienes razón, lo que piensas es verdad; hasta los mismos Ángeles no son dignos de recibir el cuerpo sagrado del Salvador. Y, sin embargo, Él es tan bueno, que quiere que se le reciba!... Guárdate, pues, de disminuir el número de tus comuniones, porque eso haría disminuir las gracias y más dulces favores, que Dios te concede. » El santo sacerdote desapareció, y Pedro Celestino, reanimado con estas palabras, no alteró en lo más mínimo el número de sus comuniones, llegando á ser un santo, que la Iglesia venera en sus altares<sup>1</sup>.

PERORACIÓN. Ya veis, pues, hermanos míos, como Jesús desea que le recibamos. ¡Oh, no quiero decirlo que lo manda, bajo pena de ver á nuestras almas privadas de la vida... Tampoco quiero repetirlos que la Iglesia lo manda, prefiero, amados hermanos míos, interesar en ésto el amor de vuestros propios corazones. Teneis fé; ¿no es así? Pues bien, vais á comprenderme. Cuando el niño Jesús fué presentado al templo, un santo anciano, llamado Simeon, le recibió en sus brazos, estrechóle contra su corazón, y enagenado de contento, sintiendo defallecer su alma á este contacto divino, exclamaba: « ¡Basta Señor, basta! » Ahora

1. Conf. Tobias Lohner, *Bibliotheca manualis*, etc.

dejadme morir, mis ojos han visto ya, y mis brazos estrechado á Aquel, que ha de ser la salvación del mundo... *Nunc dimittis*, ahora dejadme morir. » En efecto, qué mayor dicha!... ó santo anciano, sí, envidiamos vuestra suerte. Haber estrechado al niño Jesús contra su corazón, oh Dios mío, qué gracia tan sublime!...

Pues bien, amados cristianos, cuando tenemos la dicha de comulgar, el favor, que experimentamos, es todavía más grande!... ¡Oh divino Jesús, que estais presente y entero en la santa Hostia, no os contentais con venir á nuestros brazos y á nuestro corazón, sino que quereis entrar en nuestra boca y ser depositado en nuestra lengua, bajando luego al pecho, y vivo y lleno de amor para con nosotros, os dignais albergaros en lo más íntimo de nuestros corazones!... mezclándose vuestra sangre con la nuestra y vuestra vida con nuestra vida<sup>1</sup>. Simeon no os recibió más que una sola vez en sus brazos, muriendo de amor y alegría; y nosotros podemos recibirlos y hospedarlos dentro de nuestras almas cuantas veces queremos, y con todo miramos con indiferencia tan extraordinarios favores. ¡Oh, hermanos míos, cuán ingratos somos! ¡Oh almas queridas, que no sea solamente el mandamiento de la Iglesia el que nos lleve á la sagrada mesa durante estos días de gracia. No, no, que sea el tierno amor al divino Jesús, y el vivo deseo de permanecerle fieles mientras habitamos en esta tierra, para que de este modo podamos estar á su lado en la bienaventuranza eterna... Amen.

## HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO

DEL DIA DE PASCUA DE RESURRECCION.

### Triunfo de Jesucristo.

TEXTO. *Surrexit, non est hic, ecce locum ubi posuerunt eum*. Ha resucitado, no está aquí, ved el lugar en donde le pusieron.

1. Conf. d'Argentan, *las Grandezas de la santísima Virgen María*.

EXORDIO. — Hermanos míos, el Evangelio de esta fiesta tan solemne nos dice lo siguiente : « En aquel tiempo, María Magdalena, María, madre de Santiago y María Salomé compraron aromas para venir á unguir á Jesús. Y el primer día de la semana muy de mañana llegaron al sepulcro, á la salida del sol. Y decíanse unas á otras : ¿ Quién nos removerá la piedra, que cierra el sepulcro?... Y mirando vieron revuelta la piedra del sepulcro, que por cierto era muy grande, y entrando dentro, vieron un jóven sentado al lado derecho, vestido de una estola cándida, y se quedaron pasmadas, más él les dijo : « No os asustéis ; buscáis á Jesús Nazareno el crucificado ; ha resucitado, no está aquí : ved el lugar, en donde le pusieron : pero id á decir á sus discípulos y á Pedro, que Él les precede, esto es que va delante de ellos á Galilea : allí le veréis, como Él mismo os ha dicho. »

¡ Cuántas cosas, hermanos míos, encierra este simple relato !... Agradecimiento, ternura y amor por parte de estas piadosas mujeres, que van á visitar el sepulcro de Jesucristo !... Ángel celestial, qué haces pues sentado sobre este divino sepulcro ? — ¡ Ah, Él que estuvo allí durante tres días acostado es mi Criador y Maestro ; me ha dicho : « Vé », y dócil á su mandamiento, vengo á anunciar á estas devotas almas la Resurrección de Aquel, á quien amaban. Ha resucitado, no está aquí : He ahí el lugar, en donde le habían puesto ! ¿ Y quién ha resucitado pues ? Él que contemplábase, hace tres días, cargado con una pesada cruz, rociando con su sangre la via del Calvario, perseguido hasta en su agonía por la rabia de sus enemigos, y expirando sobre dicha cruz, despues de haber rogado á Dios por sus verdugos !. Satisfechos con su suplicio, los judíos que le perseguían han dejado su cadáver suspendido del patíbulo ; piadosas manos han venido á desclavarlo, dándole sepultura. — ¿ Pero, quién le ha resucitado ?... Él mismo, por su propio poder, sacudiendo los sudarios que le envolvían, se ha levantado glorioso é inmortal de su sepulcro. Le habeis visto primero que nadie, o dulce Virgen María ; regocijaos, pues, en este día, gloriosa Reina de los cielos ; El que se ha dignado ser vuestro hijo, ha dejado su sepulcro, re-

sucitando como lo había prometido. *Surrexit, non est hic, etc.*

PROPOSICION. Amados hermanos míos, cuán hermosa y atractiva es esta fiesta para nuestros corazones ! ¿ No habéis venido esta mañana á este recinto sagrado en mayor número, que otras veces ? Ved como apenas nuestra amada Iglesia es bastante capaz para conteneros. ¡ Oh, ¿ qué os diré, pues, y cómo cumpliré vuestros deseos ? Os hablaré del triunfo y del poder de Jesucristo.

DIVISION. Sí, á pesar de la rabia y furor de los impíos y perseguidores de nuestras días, son siempre verdaderas estas palabras, que nuestros antiguos reyes habían grabado sobre las monedas francesas : *Christus vincit, Christus regnat, Christus imperat*<sup>1</sup>, Cristo vence, Cristo reina, Cristo impera, tres pensamientos sobre los cuales llamaré esta mañana vuestra atención.

*Primera parte.* Cristo vence. Ved, en efecto, amados cristianos, como sabe deshacer los artificios de sus enemigos !... Un día los Filisteos, no atreviéndose á apoderarse resueltamente de un hombre fuerte, llamado Sanson, y cuya historia todos conoceis, tienen noticia de que debe él pasar la noche en cierta ciudad ; aprovechan las tinieblas, para atrancar y cerrar sólidamente las puertas de la misma... ¡ Es nuestro, decían, é imposible que se nos escape ! » Sanson, á quien Dios había dado una fuerza colosal, se levanta en medio de la noche, arranca las puertas con sus cerrojos y goznes, las carga sobre sus espaldas, y las transporta sobre una montaña vecina. Y al día siguiente pudieron comprender los Filisteos la inutilidad de sus esfuerzos, y ver cuánto habían aumentado la gloria de este hombre valeroso, el cual desde entonces desafiaba á todo su ejército....

¡ Oh, cuáles, pues, debieron ser también los pensamientos de los Fariseos, de los Scribas y otros enemigos del Salvador en la mañana de su Resurrección !... ¡ Habían también tomado tantas precauciones ! Estaban tan seguros de su hecho !... ¿ No habían dicho como último ultraje : « Que descienda de su cruz, y creerémos en

1. No sé si existían sobre toda clase de moneda, pero las he visto todavía sobre sueldos de oro de Carlos el Sabio y de su nieto.

él... » ¡Insolentes! ¿teneis acaso derecho á imponerle vuestra voluntad? Si no quiere descender de élla, si quiere expirar en la misma!... Que creais en Él? Lo desea Él mismo, pero desgraciadamente vuestro endurecimiento os impide alcanzar este favor!... Tomemos todavía otra precaución, habían dicho los más astutos de estos infames; van á enterrarle, pongamos nuestro sello sobre su sepulcro, y que nuestros soldados lo vigilen, á fin de que no pueda resucitar, como lo ha anunciado. « O adorable providencia de Dios, vos haceis servir al cumplimiento de vuestros deseos misteriosos la misma perversidad de los malos!... Y, en efecto, hermanos míos, el sello puesto, y los soldados que están allí vigilando, ¿no son acaso testigos seguros é irrecusables de la Resurrección del Salvador? Á la hora anunciada, viene el alma de Jesucristo á unirse de nuevo á su cuerpo, el cual radiante y glorioso atraviesa la piedra del sepulcro, como los rayos de la luz atraviesan estas vidrieras. Y apenas el sol doraba con sus rayos las cimas del Calvario, cuando Jesús, el sol de justicia, vencedor de la muerte y de sus enemigos, se aparecía á su dulce madre para consolarla de los dolores y ansias de su Pasión. Admirados de este prodigio, habían caído los guardias al suelo, y llenos aun de miedo marcháronse á contar á los enemigos del Salvador el grandioso prodigio, de que acababan de ser testigos presenciales. « Estáis vencidos, les dijéron, él que habeis crucificado ha resucitado, ha salido victorioso del sepulcro. Nosotros hemos visto su gloria ¡ah qué esplendor le rodeaba!... »

Amados hermanos míos, entre los testigos de este prodigio ¿se convertirían algunos, mientras otros habrán permanecido en su endurecimiento? No lo sé, porque no nos habla de éllo el Evangelio, pero lo averiguado es, que inaccesible desde entonces á todas los ataques, Jesucristo era vencedor. Así mismo sucede hoy. Muchos se declaran enemigos de nuestro adorable Salvador, le atacan y le combaten, pero no pueden despojarle de su victoria... Unas veces son domados por su inefable misericordia, como san Pablo, y otros tantos impíos é incrédulos, que con frecuencia se convierten; otras veces sucumbiendo á los golpes de su justicia,

y castigados de una manera ejemplar acá en la tierra, paran en ser prisioneros suyos para siempre; y sabéis en qué cárcel!... Así es que siempre, siempre es vencedor el Cristo! *Christus vincit...*

*Segunda parte.* Cristo reina. Leemos en el Evangelio de la Pasión, que el débil Pilato (cuyo carácter por lo demás es semejante al de tantos hombres de nuestros días, los cuales por no perder su tranquilidad, consideración, fortuna ó ascenso, saltan por encima de su conciencia, y sacrificarían de buena gana á un inocente); leemos, repito, que Pilato hizo á nuestro divino Salvador esta pregunta: *Ergo rex es tu*, luego tu eres Rey? El divino acusado respondió: « Sí, lo soy », pero mi reino no es de este mundo; » Es decir, hermanos míos, que quiere de buena gana sufrir, que acá en la tierra su reino sea desconocido por los infieles, los herejes y malos cristianos; es decir aun, que en el cielo solamente quiere manifestar su poder de una completa manera. Pero si, como nuestros padres decían, antes de que nuestra pobre Francia fuese trastornada por tantas revoluciones, si la dignidad real es un título de honor y amor, oh Jesús, aun en esta tierra, en estos tiempos en que el sensualismo y la indiferencia parecen aniquilarlo todo, sois aun rey, más que ningun otro de los potentados de este mundo! En efecto amados cristianos, ¿no es la solemnidad de este día una prueba de ello? ¿No es con objeto de honrarle y atestiguarle, que en vuestros corazones arde todavía una chispa de amor para con Él, que os habeis vestido esta mañana en traje de fiesta y millares de fieles de todas partes del mundo llenan á esta hora sus templos? Y aun en el día de la Resurrección, ¿no era ya honrado y amado? ¿Es que acaso no reinaba ya en nuestros corazones?

O piadosas mujeres, ¿para qué os habeis levantado antes de la aurora? ¿para qué estos perfumes entre vuestras manos? ¿para qué desde los primeros albores del día subís la pendiente escarpada del Calvario?... ¿Es pues tambien un rey para vosotras Él que fué crucificado anteayer, y que pensabais que aun dormía allá en su sepulcro de piedra?... Sí, hermanos míos, es el

rey de sus almas; y reinar sobre las almas es ser verdaderamente un rey. Ved, pues, á santa María Magdalena, llena de ansiedad, esperando que se le diga en donde está; ved, pues, á san Pedro y á san Juan, sacudiendo los sudarios del sepulcro; escuchad la conversación de los discípulos de Emmaus, y veréis que aun en ese tiempo habia súbditos adictos y fieles!... O María, dulce Madre de Jesús, despues del cielo, ¿no es vuestro corazon el más hermoso reino, y Jesús no era su rey?... Ciertamente, amados cristianos, no acabaría ya, si quisiera recorrer la historia de la Iglesia, y mostraros Jesucristo amado y honrado, es decir, reinando y triunfando á través de los siglos. Por Él, más de tres millones de mártires sufren los tormentos más crueles, los más inauditos suplicios. Niños, jóvenes, hombres, mujeres, ancianos de toda edad; obispos, sacerdotes, soldados, jueces, ricos, pobres, dueños, servidores de toda condición, ved esta inmensa muchedumbre, bajo las garras de los animales ó bajo el hacha de los verdugos, pronunciando unánimemente este mismo grito: « Jesucristo es mi rey, muero por Él; suya es mi vida, suyos son todos los látidos de mi corazon; suya es hasta la última gota de mi sangre. » *Christus regnat*, Sí, reina!...

Pero ¿es acaso necesario remontarse á los siglos pasados? ¿Acaso nuestro siglo no nos suministraría un contingente de estas espléndidas abnegaciones, y del reino de Jesucristo sobre las almas? Oh, no os hablaré de esas Hermanitas de los pobres, cuidando con ternura filial á ancianos desvalidos y enfermos, prodigándoles los servicios más generosos y repugnantes á la naturaleza. No os mostraré esas Hermanas de la caridad disputándose á porfía en las hospitales el cargo de cuidar las más asquerosas y contagiosas enfermedades. No os hablaré tampoco de tantos valerosos misioneros, abandonando á sus familias y al suelo siempre caro de la patria, para marcharse léjos á las islas salvajes, ó á las regiones insalubres, á anunciar con peligro de su vida á pobres almas desheredadas el nombre de Jesucristo. Y, ¿qué príncipe reinó jamás sobre almas más nobles y en corazones más valientes? Pero existen en este mismo tiempo, y en un imperio,

llamado el Japon, muchos millares de Cristianos, que, para conservar su fé, para permanecer fieles al rey Jesús, desafían los terrores de la pobreza, las privaciones de todo género, y los horrores del más duro cautiverio... De su vida ah! estos generosos cristianos no hacen caso, la sacrificarían de buena gana por Él, que reina en sus corazones. Pues bien! existe ningun príncipe sobre la tierra, cuyo reino esté así establecido en los corazones, y que pudiese contar con semejantes sacrificios? *Christus regnat*. Sí, Cristo reina.

*Tercera parte.* Cristo impera. Todo poder le ha sido dado en el cielo y en la tierra, y este poder lo ejerce... Quiérase ó no, es menester estar bajo su imperio!

Manda á la muerte devolverle su cuerpo glorioso y resucitado, y la muerte, reconociendo en Él á su dueño, obedece! Manda á un ángel venir sobre su sepulcro vacío, para anunciar á los Apóstoles, que vayan á reunirse en Galilea, y el mensajero celestial reconoce en Él su soberano! Despues de algunos días su misión sobre la tierra quedará terminada, y ascenderá triunfante hácia su Padre; pero hará á sus Apóstoles y á su Iglesia fieles depositarios de su poder, y con ella gobernará el mundo... Pocos siglos habrán trascurrido cuando la cruz, cetro de su poder y señal sagrada de su autoridad, dominará en el palacio de los Césares, y resplandecerá sobre los templos purificados de los ídolos... Naciones enteras vendrán á ponerse bajo su yugo, y los pueblos más lejanos le saludarán como su dueño... Si á veces ocurren rebeliones, cobardías ó flojedades, servirán, en cierto modo, para afirmar más su imperio. Así, en medio de los calores del verano, vemos las lluvias y tempestades acelerar la madurez de los frutos y fertilizar los campos...

¡ Ah, cuántas nobles inteligencias, cuántos generosos corazones han reconocido su imperio! Con qué felicidad le han servido! No hablemos ya de mártires. Ved á este jóven de la ciudad de Asís, en la flor de su edad; la fortuna de su padre le permite satisfacer todas sus pasiones; Jesucristo le dice: « Abandona á tu familia, renuncia á tus bienes todos; que la pobreza sea para

siempre tu herencia. » Y con docilidad y alegría este jóven, que más tarde era san Francisco de Asís, deja su fortuna, exclamando con transportes de contento: « ¡ Oh santa pobreza, sí, seré para siempre tu hijo! » Y ¡millares de almas generosas siguen su ejemplo, para obedecer no tan sólo las órdenes, sino los menores consejos de Cristo... Ved á esotro, que recorre las llanuras del Japon, quemado por el sol, agotado de fatiga; ha convertido ya para su Maestro reinos enteros: este es san Francisco Xavier. Genio noble y lleno de ardor, un bello porvenir le aguardaba en el mundo; pero Cristo le ha dicho: « Parte » y partió con alegría. Y cuando, extenuado por los trabajos, moría entre incendios de amor divino, decía: « Más, más! » Sí, Salvador mío, mandad más, y os obedeceré!... » Y ahora entremos en este hospital, en donde están amontonados los apestados; ved á este jóven tan modesto, que prodiga á los más abandonados tan tiernos cuidados: es Luis de Gonzaga. Cristo le ha dicho: Renuncia al ducado de tu padre, entra en ese hospital á buscar una muerte temprana; y, en efecto, atacado él mismo de la peste, murió en lo mejor de su edad, bendiciendo á Cristo, por lo que le había mandado.

¡ Oh no acabaría, si quisiera enumerar todas estas santas obediencias de las grandes almas á la palabra del Cristo! Y en nuestros mismos días, y en esta misma hora, ¿ quién ha arrancado de Ginebra, para arrastrarle al destierro, al elocuente Apóstol de esta ciudad? ¿ Quién ha despojado de sus bienes al piadoso obispo de Basilea? — Los revolucionarios, diréis. — No, no, hermanos míos; es el mandamiento de Cristo y la sumisión á sus únicas órdenes lo que proporcionó á esos dos nobles prelados los honores de la persecución!... Si hubieran querido ser débiles y transigir con sus deberes, les prodigaría la impiedad los elogios, con que distingue á los apóstatas. Pero Dios les había dicho: « Lo que se pide de vosotros no está permitido; » y han obedecido á Cristo mandando. *Christus imperat.* Cristo manda.

¿ Quereis aun una prueba más sorprendente del poder del Cristo? Mirad al sublime Pontífice, que preside los destinos de la Iglesia. Los años, que acaban de transcurrir, han visto dos ilustres

prisioneros. Por reveses de fortuna, Napoleon III, como sabeis, debió rendir su espada; y secuestrado en una ciudad de Alemania, fué allí, en cierto modo, prisionero.

Pues bien! ¿ quién iba á visitarle? ¿ Qué diputación le han enviado las naciones vecinas? ¿ Quién? Algunos raros amigos, que continuaron siendo sus fieles cortesanos en la desgracia... ¡ Ah, ved al prisionero del Vaticano; los obispos de todos los países del mundo van á recibir sus órdenes; á cada hora nuevas diputaciones vienen á presentarle sus homenajes. Francia, Bélgica, Suiza, España é Italia envían cada dia fervientes católicos, lo selecto de la humanidad, á pedir consejos y recibir órdenes. De la misma manera que una pieza de oro, caída en la mar, se hunde poco á poco y desaparece para quedarse siempre en el fondo, así cada palabra del augusto Pio IX cae en nuestros corazones, que se cierran para conservarla. ¿ Y para qué, os pregunto, amados cristianos, estos respetos, esta sumisión y obediencia á un prisionero, que ya pasa de los ochenta años. ¡ Ah! este magnánimo anciano es el representante de Cristo en la tierra, obedeciéndole á él, obedecemos al mismo Jesucristo; cuando Pio IX habla en la Iglesia, es Jesucristo quien manda, y la menor de sus órdenes conmueve de polo á polo todo el universo cristiano. Los impíos la acogen con redoblado furor, y nosotros fieles, la recibimos humildemente de rodillas. Sí, Cristo impera. *Christus imperat.*

PERORACIÓN. Amados hermanos míos, mientras os relataba la gloria y triunfo de Jesucristo; mientras os le mostraba, aun en nuestros días, victorioso, reinando é imperando, tal vez haya brotado un pensamiento en vuestra imaginación. Examinando lo que pasa en estos tiempos, y viendo las persecuciones suscitadas ó á punto de suscitarse casi en todas partes contra Cristo y su Iglesia, habréis dicho: ¡ Vaya un triunfo!

Pues bien! Que me sea permitido, al terminar, citaros una historia ó más bien una fábula, que me servirá de comparación! Cuéntase, que un capitán inglés, arrojado por un naufragio á

1. Viaje del Capitan Gulliver.

orillas desconocidas, encontró allí criaturas humanas de talla excesivamente pequeña. Habiéndose él dormido, algunos millares de estas especies de hormigas humanas intentaron agarrotarle, pero sus cuerdas eran un hilo muy delicado, y sus estacas briznas de yerba, por lo cual, al despertarse el capitán, rompió enseguida estas ligaduras, sacudiendo á la muchedumbre, que había subido sobre su cuerpo, y su menor gesto hubiese ocasionado la muerte de centenares de ellas. Pues bien, ¿ qué son todos los hombres comparados con Jesucristo? Tomad á los más poderosos, al emperador de todas las Alemanias y al czar de todas las Rusias, ¿ qué son, repito? ménos que hormigas, ménos que el más despreciable insecto, Jesucristo aparenta dormir y dejarlos obrar, y durante este tiempo, entregados á consejeros perversos, procuran tal vez encadenar á Jesucristo y agarrotar su Iglesia. ¡ Insensatos! Él va á despertarse, y en los decretos de su adorable providencia, vuestra última hora no tardará en llegar!...

Sí, amados cristianos; los días, que atravesamos, son días de prueba; Pio IX prisionero; Italia entregada al poder de algunos centenares de sectarios; España, juguete de unos cuantos revolucionarios; Suiza, gobernada por algunos miserables, que la arrastran á su ruina; Alemania, persiguiendo á la Iglesia con un furor, que recuerda el de Lutero, y Francia vacilante é insegura de su porvenir! Pobres naciones!... Casi en todas partes levantan su cabeza insolente el error, las falsas doctrinas y la revolución; la verdad es burlada y la santidad perseguida; ¡ qué situación tan triste y angustiosa! Pues bien; en medio de esta terrible tempestad, no lo dudeis, Cristo triunfará. De la misma manera que los Apóstoles, en el día de la sepultura de su Maestro dirigian miradas de amor y de esperanza hácia este santo Monte, en donde reposaba Jesús en su sepulcro, esperando que los libertase; así, nosotros, cristianos, levantemos nuestros ojos hacia el cielo, y de allí vendrá también nuestro socorro<sup>1</sup>. No faltará, estad seguros de ello; puede hacerse esperar, pero luego la

1. Ps. cxx.

mano de Cristo, cuya gloriosa Resurrección celebramos, castigará á los perseguidores y devolverá la paz á su Iglesia. En cuanto á nosotros, hermanos míos, adelantemos con nuestros ruegos el momento de nuestra libertad; demostremos con nuestras oraciones y actos que somos cristianos fieles y fervientes, y sea cual fuere la suerte que nos esté reservada acá en la tierra, tendrémos siempre la dicha de ir á la patria de los bienaventurados á contemplar á Jesucristo, vencedor y reinando durante la eternidad... Amen.

## HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO

DEL DOMINGO DE CUASIMODO.

(JUAN, XX, 19-30)

**Bondad de Jesús para con santo Tomás; agradecimiento y fidelidad de este Apóstol.**

TEXTO. *¡ Dominus meus et Deus meus. !*

EXORDIO. Hermanos míos, por la tarde del mismo día de la Resurrección, los Apóstoles, congregados para una modesta comida, habían cerrado cuidadosamente las puertas por miedo á los Judíos. De repente Jesús, que desde la mañana se había aparecido ya cuatro veces, entró donde ellos se encontraban. En medio de su asombro y sorpresa, creyeron ver un espíritu, pero, para tranquilizarles, les dijo el divino Maestro: « La paz sea con vosotros », y mientras hablaba, les mostró sus manos, sus piés y la llaga, que la lanza había abierto en su costado. Se alegraron mucho los discípulos, al ver nuevamente al Señor. — Les dijo por segunda vez: « La paz sea con vosotros! » Como me envió el Padre, así también os envió á vosotros. — Y al decir esto, sopló sobre ellos y añadió: « Recibid el Espíritu Santo; á los que perdo-

orillas desconocidas, encontró allí criaturas humanas de talla excesivamente pequeña. Habiéndose él dormido, algunos millares de estas especies de hormigas humanas intentaron agarrotarle, pero sus cuerdas eran un hilo muy delicado, y sus estacas briznas de yerba, por lo cual, al despertarse el capitán, rompió enseguida estas ligaduras, sacudiendo á la muchedumbre, que había subido sobre su cuerpo, y su menor gesto hubiese ocasionado la muerte de centenares de ellas. Pues bien, ¿ qué son todos los hombres comparados con Jesucristo? Tomad á los más poderosos, al emperador de todas las Alemanias y al czar de todas las Rusias, ¿ qué son, repito? ménos que hormigas, ménos que el más despreciable insecto, Jesucristo aparenta dormir y dejarlos obrar, y durante este tiempo, entregados á consejeros perversos, procuran tal vez encadenar á Jesucristo y agarrotar su Iglesia. ¡ Insensatos! Él va á despertarse, y en los decretos de su adorable providencia, vuestra última hora no tardará en llegar!...

Sí, amados cristianos; los días, que atravesamos, son días de prueba; Pio IX prisionero; Italia entregada al poder de algunos centenares de sectarios; España, juguete de unos cuantos revolucionarios; Suiza, gobernada por algunos miserables, que la arrastran á su ruina; Alemania, persiguiendo á la Iglesia con un furor, que recuerda el de Lutero, y Francia vacilante é insegura de su porvenir! Pobres naciones!... Casi en todas partes levantan su cabeza insolente el error, las falsas doctrinas y la revolución; la verdad es burlada y la santidad perseguida; ¡ qué situación tan triste y angustiosa! Pues bien; en medio de esta terrible tempestad, no lo dudeis, Cristo triunfará. De la misma manera que los Apóstoles, en el día de la sepultura de su Maestro dirigian miradas de amor y de esperanza hácia este santo Monte, en donde reposaba Jesús en su sepulcro, esperando que los libertase; así, nosotros, cristianos, levantemos nuestros ojos hacia el cielo, y de allí vendrá también nuestro socorro<sup>1</sup>. No faltará, estad seguros de ello; puede hacerse esperar, pero luego la

1. Ps. cxx.

mano de Cristo, cuya gloriosa Resurrección celebramos, castigará á los perseguidores y devolverá la paz á su Iglesia. En cuanto á nosotros, hermanos míos, adelantemos con nuestros ruegos el momento de nuestra libertad; demostremos con nuestras oraciones y actos que somos cristianos fieles y fervientes, y sea cual fuere la suerte que nos esté reservada acá en la tierra, tendrémos siempre la dicha de ir á la patria de los bienaventurados á contemplar á Jesucristo, vencedor y reinando durante la eternidad... Amen.

## HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO

DEL DOMINGO DE CUASIMODO.

(JUAN, XX, 19-30)

**Bondad de Jesús para con santo Tomás; agradecimiento y fidelidad de este Apóstol.**

TEXTO. *¡ Dominus meus et Deus meus. !*

EXORDIO. Hermanos míos, por la tarde del mismo día de la Resurrección, los Apóstoles, congregados para una modesta comida, habían cerrado cuidadosamente las puertas por miedo á los Judíos. De repente Jesús, que desde la mañana se había aparecido ya cuatro veces, entró donde ellos se encontraban. En medio de su asombro y sorpresa, creyeron ver un espíritu, pero, para tranquilizarles, les dijo el divino Maestro: « La paz sea con vosotros », y mientras hablaba, les mostró sus manos, sus piés y la llaga, que la lanza había abierto en su costado. Se alegraron mucho los discípulos, al ver nuevamente al Señor. — Les dijo por segunda vez: « La paz sea con vosotros! » Como me envió el Padre, así también os envió á vosotros. — Y al decir esto, sopló sobre ellos y añadió: « Recibid el Espíritu Santo; á los que perdo-

nareis los pecados, les serán perdonados, á quienes los retuviere, les serán retenidos. » Pero Tomás, uno de los doce Apóstoles, no estaba con ellos, cuando vino Jesús. Dijéronle, pues, los otros discípulos: « Hemos visto al Señor! » — Y Tomás les respondió: « Si no viere con mis ojos las llagas de las manos, y metiere mi dedo en el agujero de los clavos, y mi mano en su costado abierto, no lo creeré! » Y pasados ocho días, estaban otra vez los discípulos dentro de la misma casa y con ellos Tomás: Estando las puertas cerradas, entró Jesús. De pié en medio de ellos, les dijo: « La paz sea con vosotros! » Después dirigiéndose á Tomás, le dijo: Mete aquí tu dedo, y mira mis manos, acerca la tuya y métela en mi costado, y no quieras ser incrédulo, sino fiel. » — ¡ Mi Señor y mi Dios! exclamó el Apóstol. Jesús le contestó: « Porque me viste, Tomás, has creído, pero bienaventurados aquellos que no vieron y creyeron!... »

¡ Quién no admiraría aquí, hermanos míos, la condescendencia y bondad del Salvador!... Había hecho anunciar á sus Apóstoles, que le verían en Galilea; pero su ternura para con ellos no le permite dejarlos más largo tiempo en la expectación. Desde la primera tarde se les aparece, y ocho días después, se digna aun mostrárselos de nuevo, para sanar á uno de entre ellos de su incredulidad!

**Proposición.** Quiero, hermanos míos, á propósito de este relato Evangélico, recordaros que Jesucristo, al perdonarnos nuestros pecados y admitirnos á la comunión pascual, ha usado para con nosotros de esta misma bondad, de que hizo prueba para con santo Tomás; y deciros que, como este Apóstol, debemos mostrarnos en adelante fieles, y perseverar en nuestras buenas resoluciones.

**División.** — *Primeramente:* Condescendencia de nuestro divino Salvador con respecto á santo Tomás, imagen de la que ha usado para con nosotros; *segundo:* fidelidad inviolable de este santo Apóstol, modelo de aquella, con que debemos en lo sucesivo servir á Dios. Dos pensamientos, sobre los cuales haré algunas breves reflexiones.

*Primera parte.* Sin duda alguna, hermanos míos, Dios tenía sus designios, al permitir que uno de sus Apóstoles, compañero durante tan largo tiempo de las empresas sagradas de nuestro divino Salvador, oyente asiduo de sus enseñanzas, y testigo de tantos prodigios, como le había visto obrar, dudase de la verdad de su Resurrección. Quería con eso afirmar de una manera inquebrantable la verdad de este misterio, el cual es, en cierto modo, la base y el fundamento de nuestra santa religión... Sí, dice San Gregorio, la duda de Santo Tomás ha confirmado más la certeza de la Resurrección, que la firme creencia de Santa María Magdalena, ó de los otros Apóstoles. Así es que muchas veces Dios sabe sacar el bien del mal, y lo dispone todo según los designios de su adorable Providencia.

Pero no es ménos verdadero, que en esta circunstancia santo Tomás fué culpable... Cómo? este Apóstol, tan afecto á su Maestro, que algunos días ántes de la Pasión decía á aquellos, que estaban inciertos sobre seguir al Salvador hacia Jerusalem: *Vamos, sigámonosle y muramos con él, si es menester:* este Apóstol, que había visto á Jesús resucitar á Lázaro, no cree, que Él haya podido resucitarse á sí mismo. ¡ Oh Tomás, cuánto habeis cambiado!... Lázaro olía ya mal, cuando vuestro Maestro le mandó salir de su sepulcro; le visteis con vuestros propios ojos reanimarse milagrosamente; quizás seais vos quien levantó el sudario y desató las ligaduras que le ataban! ¿ Y no creéis, que este Jesús, cuyo divino poder habeis visto, pueda hacer uso de él para sí mismo?... Vamos! No comprendo ya vuestra incredulidad! En vano San Pedro y los otros Apóstoles le afirman el hecho con razones y pruebas; él continua siempre terco y obstinado... « Diréis lo que queráis, no creo en éllo, será menester para convencerme, que le vea, que me hable, que toque y palpe sus llagas! » — Qué terquedad, qué pretensión orgullosa!

O María, comprendo vuestro silencio; este Apóstol no habría creído tempoco en vuestra palabra, la habría menospreciado sin duda, así como la de los otros, y siempre misericordiosa, no queríais agravar su falta!... Jesús compasivo con este discípulo in-

crédulo, se digna satisfacer sus exigencias, y no sólo le perdona, sino que le convierte.

Amados hermanos míos, no nos apresuremos á censurar á este Apóstol; no, reflexionemos seriamente, y verémos en la situación de Santo Tomás una imágen, aunque pequeña, del estado, en que estábamos nosotros mismos antes de nuestra última confesión. Ya fuese la incredulidad, orgullo, avaricia, impureza ú otro defecto el que nos dominara, no éramos ya discípulos fieles de Jesucristo, y más tiempo que el Apóstol hemos permanecido en estado de pecado. La voz de nuestra conciencia, las frecuentes instrucciones, que oíamos, nos obligaban á salir de este estado; y lo mismo que para el Apóstol, ha sido casi preciso un milagro palpable, para sacarnos de tan triste situación!...

Pues bien, este prodigio lo ha hecho Dios; Jesucristo ha usado de esta bondad, de esta condescendencia para con nosotros, y si estamos sinceramente convertidos, si sacudiendo las cadenas del pecado, hemos vuelto al estado de gracia, ¿quién ha obrado en nosotros semejante maravilla?... — ¿El predicador que nos ha instruido? — Pero el predicador no es más que un instrumento. — ¿Las oraciones, que hemos hecho? Sin duda ha podido Dios escucharlas, pero hechas en estado de pecado, su eficacia no llegaba á tanto. — ¿Las frecuentes invitaciones de algun pariente, de algun amigo interesado por la salvación de nuestra alma? — No, amados Cristianos, no pueden ser tan eficaces... Solo Jesucristo nos ha sanado. Nuestro regreso hácia Él es una obra de su diestra! ¡Oh, adorable Salvador, bendito seais! ¡Y que despues de habernos perdonado tan misericordiosamente nuestras faltas, hayais prolongado vuestra condescendencia, no sólo hasta hacernos tocar vuestras sagradas llagas, si que tambien hasta darnos el sacramento de vuestro amor! ¡Oh, cómo podremos demostraros dignamente nuestro agradecimiento!

*Segunda parte.* Santo Tomás, hermanos míos, puede aquí servirnos de modelo, y enseñarnos por su fidelidad, de que manera debemos mostrarnos agradecidos... Ved desde luego con que prontitud se arrodilla á los piés de su buen Maestro. Apenas le ha de-

jado Jesús tocar sus llagas, cuando cae á sus piés, y exclama: *Sóis mi Señor y mi Dios!* Parece que Jesucristo no le exigía tanto; pero loco de amor, al ver la dulzura é inefable complacencia de su buen Maestro, no puede retener los sentimientos que le animan y se arrodilla para adorarle: « No, no sois solamente mi Señor, sino tambien mi Dios. » Admirable reparación de su falta! ¡Oh santo Apóstol, si nos ha sorprendido vuestra incredulidad, nos encanta vuestra humildad y fé viva, enérgica y sincera.

Tales han debido ser, amados cristianos, nuestros sentimientos, cuando hemos tenido la dicha de ser reconciliados con Dios, cuando hemos recibido el perdon, y cuando, despues de numerosas infidelidades, hemos oido pronunciar sobre nuestra pobre alma estas palabras: « Te absuelvo: En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo... » Al retirarnos del sagrado tribunal, en donde acababa Jesús de restituirnos su amistad, ¿acaso nuestras almas conmovidas no han sentido brotar en éllas estas dos palabras tan dulces: *Mi Señor y mi Dios?* ¿No nos hemos arrodillado, para dar gracias y adorar al Maestro tan bueno y misericordioso para con nosotros? Y cuando hemos tenido la dicha de recibirle en el altar, y penetrando Él en nuestros corazones, ha querido darnos una prueba infalible de su reconciliación con nosotros, ¡cuán dulces han debido ser los sentimientos, que inundaban nuestras almas!...

Pero consideremos de que manera Santo Tomás supo reparar por toda su vida esa falta de su incredulidad. Celoso por la gloria de su Maestro, le consagró su vida entera. Apenas han pasado las fiestas de Pentecostes, poco tiempo despues de la descension del Espíritu santo, parte á las regiones casi ignotas del Oriente. ¡Oh reyes Magos, que habeis venido en otro tiempo á adorar á Jesucristo á Belen, he aqui otro astro, que Dios os envía. Santo Tomás los bautiza y asocia á su apostolado. Despues internándose en las regiones más remotas de la India, evangeliza reinos enteros. Completamente fatigado y sin poder apenas tenerse en pié, su celo le impulsaba á emprender nuevas conquistas por la fé, cuando los infieles, enfurecidos por los progresos, que hacía el

Evangelio, le mataron á lanzadas<sup>1</sup>. Glorioso Apóstol, ¡ojalá podamos nosotros, imitando vuestro ejemplo, consagrar fielmente los días, que nos quedan de vida, al servicio del Señor! ¡Que sea así, hermanos míos; que no seamos ya testigos de un espectáculo, que cada año viene á entristecernos! En Pascua ¡se convierte uno, velando sobre sí mismo por algunos días, pasados los cuales, vuelve á tomar sus antiguas costumbres, entregándose á los mismos desórdenes. Esto es, para servirme de las expresiones enérgicas de la Escritura, el *perro que vuelve á su vómito, el cerdo que se revuelca de nuevo en el cieno.*

« Se hace penitencia, dice un Padre, y en seguida se arrepiente uno de élla. » Había uno por su conversión parecido decir á Dios: « Señor, dignaos perdonarme, me propongo firmemente no ofenderos ya más. » Apenas han transcurrido algunas semanas se dirige el mismo á Satanás, pareciendo decirle: « Perdóname ¡oh Lucifer! mi arrepentimiento. Si, el servirte á tí vale más que servir á Dios, lo reconozco; por eso estoy nuevamente á tu disposición. *Et sic diabolus per aliam penitentiam penitentiam satisfacit*<sup>2</sup>. Desdichados de nosotros! cuando habíamos vuelto á Dios, habíamos proporcionado una gran alegría al cielo; y ahora nuestra recaída la recibe el infierno, y á los condenados les proporcionamos la ocasión de hacer burla y menosprecio de nuestro dulce Salvador. Amados hermanos míos, que no sea ya así. Como santo Tomás hemos dicho á Jesucristo: « *Sois mi Señor y mi Dios;* » permanezcamos, pues, como él, fieles á nuestra palabra... No exige Jesucristo, que vayamos á evangelizar países salvajes, ni derramar nuestra sangre sobre arenas lejanas; no, quiere solamente que huyamos de las ocasiones peligrosas, que combatamos nuestras malas costumbres, y que cumplamos fielmente con los deberes propios de nuestra condición. ¿Es mucho esto? Responded vosotros mismos!

PERORACIÓN. Los dos discípulos, que hicieron con Jesús resu-

1. *In vita ejus.*

2. Tert., *De anima.*

citado, sin reconocerle, el viaje de Jerusalem á Emmaus, quisieron detenerle. « *Permaneced con nosotros, Señor,* dijeronle, *pues se hace tarde.* » Esta súplica la repite muchas veces la Iglesia durante el tiempo pascual. Y, en efecto, amados cristianos, ¿no es élla en cierto modo, como un resumen de todas las instrucciones, que hemos oído durante la Cuaresma? ¿No es el resumen y la continuación necesaria de la Comunión pascual? ¿Cuál era el objeto ó fin principal de todas las enseñanzas, que nos han dado? ¿No era el de unirnos á Dios, y obligarnos á hacer todos nuestros esfuerzos, para volver á entrar en gracia con él, obligándole, por decirlo así, á que viviese con nosotros? Y hasta Él mismo, ¿qué deseaba, al darse á nosotros tan generosamente en el altar? Oh Bondadoso Salvador, vuestra intención no fué solamente unirnos á nuestros cuerpos, por algunos instantes, sino que queríais morar y vivir con nosotros, por efecto de vuestra gracia, durante todos los días de nuestra vida...

¡Oh, vivid con nosotros, Señor... *Mane nobiscum, Domine.* Vivid, por que se hace tarde; nuestra vida toca quizás á su término; los días son malos, las tentaciones fuertes, las pasiones ardientes y las ocasiones terribles. Sin Vos, que sois nuestra fortaleza y nuestra luz, qué sería de nosotros? Estaríamos envueltos en tinieblas, y nuestros pasos vacilantes é inseguros no podrían seguir largo tiempo esta vía bendita, á la cual nos ha conducido vuestra gracia. Sí, se hace tarde, vivid con nosotros, os lo suplicamos!... Somos, ó bondadoso Jesús, el patriarca Jacob, cuando iba á emprender aquel largo viaje, que debía conducirle á Mesopotamia, el cual estaba tembloroso y vacilante; pero le tranquilizasteis diciéndole: « *No temas, yo estoy contigo.* » Estad también con nosotros. Espantados al pensar en nuestras debilidades y recordar nuestras pasadas recaídas, no nos atrevemos sin vuestro auxilio á confiar en nuestra perseverancia... ¡Oh, vivid con nosotros para ayudarnos, iluminarnos y animarnos en medio de los peligros y acechanzas de esta vida. *Mane nobiscum, Domine, quoniam advesperascit...* Así sea.

## HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO

DEL SEGUNDO DOMINGO DESPUES DE PASCUA.

(JUAN, x. 11-17.)

Precio de nuestra alma segun nuestro divino Salvador; El poco aprecio que nosotros mismos hacemos de élla.

TEXTO. *Animam meam pono pro ovibus meis.* Doy mi vida por mis ovejas.

Exordio. Hermanos míos, existen bajo la ciudad de Roma inmensas catacumbas, de las cuales se extrajo antiguamente arena y otros materiales con objeto de construir sus edificios. Es aquello en cierto modo una ciudad subterránea, en medio de la cual se extraviaría el explorador, si no iba guiado por un práctico seguro y conocedor de estos lugares... Allí fueron enterrados los restos de millares de mártires! Allí los cristianos, perseguidos durante los primeros siglos de la Iglesia, se refugiaban, con objeto de recibir de nuestra santa religión los socorros, de que necesitaban. Se enseña aun en nuestros días el sitio, en donde, guiados por un traidor, los soldados mataron cruelmente al papa san Estéban, mientras celebraba los santos misterios.. Él mezcló su sangre con la de la augusta Víctima, que acababa de inmolar sobre el altar... Pues bien; la imagen, que se encuentra con más frecuencia en aquellos lugares, que sirvieron, por decirlo así, de cuna al Cristianismo, es la imagen del buen Pastor... Ya se le representa trayendo sobre sus espaldas la oveja extraviada, ya tomándola con cariño en sus brazos y conduciéndola amorosamente al redil. Allí se ve la exacta reproducción del Evangelio de este día... Yo soy el buen Pastor. El buen Pastor da su vida por sus ovejas, pero el asalariado, que no es pastor, viendo el lobo que viene, deja las ovejas y huye; y el lobo las arrebató y dispersa el rebaño. Así el asalariado huye, porque es asalariado y no tiene cuidado

de las ovejas. Yo soy el buen pastor, y conozco mis ovejas, y mis ovejas me conocen; como el Padre me conoce y yo conozco al Padre, y entrego mi vida por mis ovejas. Tambien tengo otras ovejas, que no son de este redil; á éstas tambien me conviene traer, y oirán mi voz, y habrá un solo rebaño y un solo pastor. »

Porqué, hermanos míos, entre tantas representaciones interesantes, que podría suministrar la vida de nuestro Salvador, sóloamente la imagen del buen Pastor es la imagen preferida?... ¡Ah, creo encontrar la razon! Aquellos cristianos de los primeros siglos, expuestos á todas horas á derramar su sangre, antes que renegar de su fé, necesitaban un recuerdo, una imagen que los reanimase en los momentos de debilidad. Por eso el buen Pastor, guiando no solamente la oveja extraviada, sino que tambien dando su vida por todas las ovejas, les recordaba el amor de nuestro Salvador, estimulándolos á entregar su vida, antes que abandonar al divino Maestro.

Proposición. A propósito de esta Parábola del buen Pastor, que da su vida por sus ovejas, quisiera, hermanos míos, demostraros lo que valen nuestras almas, por las cuales ha dado Jesucristo la vida, y como por desgracia olvidamos con frecuencia el gran valor que tienen éllas ante Dios.

División. Así pues, trataré de demostraros; *en primer lugar*: el precio de nuestra alma; *y en segundo lugar*; lo poco que nosotros mismos la apreciamos.

*Primera parte.* Amados hermanos míos, habeis notado sin duda lo que dice nuestro divino Salvador en el Evangelio de este día:

*Yo soy el buen Pastor; yo doy mi vida por mis ovejas.* ¿Es necesario explicaros lo que Él entiende por sus ovejas? ¿Hay necesidad asimismo de demostraros, como, en efecto, ha dado su vida por éllas? ¡Oh, cristianos, que me escuchais, tanto los que entre vosotros se hallan en la flor de su vida, como los que, siendo de avanzada edad, se hallan al borde del sepulcro; el rico como el pobre, y el criado como el dueño, en una palabra, todos los que hemos sido bautizados, somos esas ovejas, de que habla nuestro divino Salvador... Pues bien; este buen Pastor ¿ha dado

en realidad su vida por sus ovejas? ¿Es verdad que ha muerto por nosotros? Hace unos quince días, os decíamos lo que hizo, cuanto sufrió, y como realmente había muerto por nosotros! Amados hermanos míos, interroguemos por un momento á nuestra conciencia... Reflexionemos dos minutos seriamente. ¿Porqué ha venido á la tierra Jesucristo, el Hijo de Dios, la segunda Persona de la santísima Trinidad? Decidme, ¿porqué ha sufrido las humillaciones del pesebre en Belen, y las privaciones del destierro en Egipto?... Porqué hizo vida pobre y oculta en Nazaret?... ¿Porqué se impuso la penosa misión de predicar el Evangelio durante tres años en medio de las contradicciones y calumnias de sus enemigos? Y sobre todo ¿porqué sufrió una muerte tan afrentosa y los tormentos horribles, que la precedieron? Contestadme vosotros mismos!... ¡Ah, amados hermanos míos, ¿lo habeis pensado bien? Por salvar á nuestras almas!... Por débiles, pobres y humildes que seamos, ved lo que Jesucristo ha hecho y ha sufrido por el menor de entre nosotros. ¡Cuánto valor tienen nuestras almas ante sus ojos!... Cuánto las estima, y á que caro precio las ha rescatado de la muerte!...

.. Pero entremos en detalles, fijémonos mas en este pensamiento, por que tal vez no lo hayamos comprendido.

O Dios mio! ó Jesús mio, bendito seais para siempre! Cuánto nos habeis amado, y sufrido para rescatarnos!!

Imaginaos, hermanos míos, esta balanza eterna, en la cual un Dios todopoderoso pesa y aprecia las cosas... Hé aquí de un lado las lágrimas del niño Jesús, su pobreza y las persecuciones, que sufre; poned en la otra parte vuestra alma: ésta pesa más, es decir vale más aun. Pero todavía no basta esto para élla á los ojos de Dios!... ¡O Jesús, haced milagros, pasad las noches orando, sembrad por donde vayais, la caridad y los beneficios; ayunad, sufrid, enseñad!... Todas estas obras las veo en la balanza, y sin embargo, mi alma pesa más ¡y no basta esto para élla! Pues bien.

1. Cf. Hayneuve. *Meditación para el domingo del buen Pastor*, y las de la xxxª semana despues de Pentecostes, que se refieren á este Evangelio.

hermanos míos, pongamos á un lado la corona de espinas, el cetro ridiculo, y las insignias de locura, con que Herodes revistió á nuestro Jesús; añadamos las ultrajes, los insultos que se le infirieron durante la Pasión, los azotes y salivazos, la preferencia de Barrabás!... ¡Oh esto es bastante, ¿no es verdad? ¡Nuestra alma no vale tanto! ¿Pero, qué digo? élla pesa más!... Cómo! Cristianos, valemos más todavía! Angel de la Pasión, descende á la tierra y pon lo que falta! Pero no, vos mismo lo pondréis, mi adorable Salvador. Los clavos, la hiel, la cruz, la lanza, vuestro cuerpo ensangrentado, y las lágrimas de vuestra piadosa madre, todo esto puesto en un platillo de la balanza, y en el otro mi alma, creo, ó Jesús mio, que es demasiado. ¡O buen Pastor, ni la mejor de vuestras ovejas podría nunca merecer lo que habeis hecho por élla!... Dios amoroso, ¡qué valor tan grande tienen á vuestros ojos nuestras almas, y cuánto las habeis amado!...

Amados hermanos míos, la vida, las humillaciones, los sufrimientos y la muerte del Hijo de Dios hecho hombre, todo esto es lo que valen nuestras almas ante la Santísima Trinidad, y segun la apreciación del divino Pastor! ¡O Dios mio! ¿Cómo podemos contener nuestras lágrimas? ¡Cuánta bondad! No he acabado todavía... Hay más aun! Más todavía!... Qué vais á decir? ¿Cómo? No contento con morir por nuestras almas, Jesucristo ha querido instituir sus admirables sacramentos, y permanecer siempre en este santo altar, en la adorable Eucaristía!.. ¡Ah, abrid este tabernáculo, añadid el copon sagrado y á Jesús que está dentro, Jesús bajo las adorables especies; añadidlo, digo, á la corona de espinas, á los clavos, á la cruz, á la sangre que ha derramado, y en el otro platillo de la balanza, poned vuestra alma, ó el alma del más humilde y despreciado.... Ahora el equilibrio estará completo!... «Pobre alma mia! levántate mira lo que vales y pesas!...» *Anima erige te, tanti vales*<sup>1</sup>.

*Segunda parte.* Sí, hermanos míos, hé aquí el precio y valor de nuestra alma ante los ojos de nuestro buen Pastor. «¡Ah,

1. San Agustin, *Discurso sobre el Salmo cii*, t. XIV, p. 233, edición Vivés.

exclama san Pedro, dirigiéndose á los primeros fieles, no habeis sido rescatados con oro, ni con plata, ni con los bienes frágiles y pasajeros de este mundo. No, sino que ha sido con la sangre, que ha derramado por nosotros nuestro Señor, el Cordero immaculado <sup>1</sup>. » Y san Pablo dirigiéndose á los Corintios, les decía estas palabras, que quiero repetiros : « Bendecid á Dios, hermanos míos, sedle fieles, llevadle en vuestro corazon, por que le pertenecis y os ha comprado á gran precio : *Redempti estis pretio magno* <sup>2</sup>. » Si es así, hermanos míos, que nuestra alma tiene tan gran valor ante Dios, ¿no es incomprensible el que en tan poco aprecio la tengamos ?

Entremos en algunos detalles. Decidme, en todas las cosas ¿no preferimos lo mejor y más hermoso, siendo esto el objeto de nuestra elección, cuando podemos conseguirlo ? Supongamos que se trate de un vestido; procuraremos que sea lo más cómodo posible; si tiene manchas, se las quitaremos, evitando asimismo que tenga rasgones... si se tratara de una casa, procuraríamos encontrarla hermosa. En una palabra, en todo aquello que es de nuestro uso, como camas, muebles, sillas y hasta en los mismos libros que traemos á la Iglesia, preferimos lo mejor y más cómodo, y tratamos de procurárnoslo segun nuestras facultades... Lo hacemos así con nuestra alma? ¿Deseamos verdadera y eficazmente, que ésta se presente pura, hermosa, inocente é inmaculada ante Dios ? Sabemos que el ménor pecado tizna su belleza, y que toda ofensa grave y mortal le quita la gracia, volviéndola fea y asquerosa á los ojos del Señor, y, sin embargo, no tenemos cuidado, no hacemos ningun esfuerzo por conservarla pura é intacta ante Dios ! Qué digo ? Por nuestra propia voluntad, obedeciendo á nuestras malas costumbres la ensuciamos y envilecemos ante Dios. ¡ Qué dolor para el corazon de Jesús !... ! Qué pena para este buen Pastor, que ama tanto á nuestras pobres almas y quisiera estar siempre dentro de ellas ! ¡ Pobre alma, nos dice, tus faltas te han ensuciado, y te encuentras llena de inmundicias. Cuán vil y as-

1. I<sup>a</sup> Epist., 1, 18. — 2. I<sup>a</sup> Epistola á los Corintios, VI, 20.

querosa te has hecho, al mancharte nuevamente, recayendo en tus pecados y volviéndote á los senderos del vicio <sup>1</sup>!...

Supongamos, cristianos, que está en nuestra mano el proporcionarnos robusta salud, ilustrarnos en la ciencia, conseguir fortuna, crédito y honores; y que gustosos y por nuestra propia culpa perdiésemos la reputación, la fortuna y tomásemos asimismo alimentos nocivos y venenosos, para perjudicarnos, ¿qué se diría entónces de nosotros?... ¿No se nos trataría con razon de insensatos?...

Pero, hermanos míos, depende de nosotros, ayudados de la gracia, que Dios no niega nunca, cuando se la pedimos con humildad, depende, digo, de nosotros el enriquecer nuestra alma de todos aquellos dones, que pueden hacerla amada de Dios, contribuyendo á su perfección; y nosotros ni siquiera pensamos en éllo, permaneciéndo con respecto á este punto en la más completa indiferencia !... ¡ Oh, cuán poco comprendemos el valor de nuestras almas !... « He pasado, dice el Sabio, por el campo del perezoso y la viña del hombre indiferente; y he visto que estaban cubiertos de zarzas y ortigas <sup>2</sup>. » Ángel de la guarda, que nos acompañais sin cesar, vos podríais decir en que estado se encuentran nuestras almas, y si por desgracia no son éllas muy parecidas á la viña y campo del perezoso !... ¿ El orgullo, la impureza, la avaricia, la envidia, la codicia, el olvido de Dios y la indiferencia en cumplir nuestros deberes no han invadido nuestras almas como otras tantas yerbas dañinas y venenosas ?... ¡ Y qué desgraciados somos; pues no nos cuidamos de arrancaclas !

Despreciamos á estas almas, que tanto valor tienen para Dios, y las tratamos como á esos campos estériles y sin ningun valor que, lejos de cultivarse, se los deja abandonados. ®

¡ Oh, hermanos míos, comprendamos mejor el precio de nuestras almas, veamos su noble origen; pues están hechas á imágen de Dios. Reconozcamos su dignidad y valor; pues están rescata-

1. Jerem., II, 36.

2. Prov., XXIV, 31.

das por la sangre de un Dios Salvador. Pero, sobre todo, reflexionemos como ha de acabar para nosotros esta funesta indiferencia. ¡ Ah! ya los sabeis, acaba con la pérdida de nuestras almas por toda una eternidad. Cuéntase, que yendo el príncipe Lesimaco á combatir contra los Tracios, fué sitiado con su ejército en un elevado monte. Rendido por la sed, se vió en la necesidad de entregarse.

Se le dió un vaso de agua que bebió con avidez. Despues de haberla bebido, y mirando la copa vacía, exhaló un profundo suspiro, diciendo: « ¿ Qué he hecho, dioses inmortales! » ¡ Un reinado por un vaso de agua!... » Y empezó á llorar amargamente... ¡ Ah, pobres pecadores! así lloraremos nosotros tambien un día, al ver el poco aprecio que hacemos de nuestras almas, y la nada de las cosas, por las cuales sacrificamos nuestra salvación... ¡ Qué he hecho! dirémos tambien nosotros; he perdido el cielo y la dicha eterna por un asqueroso y momentáneo placer; he perdido mi alma tan preciosa y amada, por conseguir bienes fugaces, que sólo eran lodo que la ensuciaban. Pensemos, pues, en ésto ahora que tenemos tiempo, porque luego nuestras lágrimas serán vanas y estéril nuestro sentimiento!...

PERORACIÓN. Amados hermanos míos, un día san Agustín, considerando la bondad y misericordia de Dios, recordando con que inefable amor Jesucristo había librado su alma del pecado, exclamaba en medio de los transportes de alegría y reconocimiento: « ¡ Oh alma mía, tu que gozas de una noble semejanza con Dios, tú que has sido rescatada por la sangre del Salvador, tu que por la fé has llegado á ser su esposa y has recibido por dote al Espíritu santo; ¡ oh pobre alma, á la cual quisiera Él ver adornada de todas las virtudes, tu á quien quiere colocar al lado de los ángeles, ama al ménos á Aquel, que te da tantas pruebas de amor; piensa en Aquel, que solo piensa en tí, y busca á Aquel, que te ha buscado á costa de tantos trabajos! » Admirables sentimientos!...

1. San Leonardo de Puerto-Mauricio, *Sobre el Paraíso*.
2. Manuel, t. XXII, p. 657, édic. Vivés.

¡ Qué dichosos seríamos, hermanos míos, si pudiésemos nosotros albergarlos en nuestro corazón! Éstos encierran lo que espera de nosotros nuestro buen Pastor: *Conozco á mis ovejas, dice, y mis ovejas me conocen, y escuchan mi voz.* ¡ Sublime y conmovedora comparación! Habreis visto algunas veces corderos robados á una madre demasiado jóven y débil para criarlos; una aldeana inteligente los ha criado con sin igual ternura; observad como la siguen, la conocen y escuchan su voz; oid sus balidos cuando élla se ha separado de ellos. Así deberíamos ser nosotros con respecto á nuestro divino Pastor. ¡ Pero cómo! un animal, un inocente cordero será mas agradecido que nosotros mismos! ¡ O buen Pastor, que no solamente nos habeis criado con vuestra mano, sino que sois nuestro alimento por medio de la santa Comunión!... ¡ O admirable Pastor, que nos buscais con sin igual amor, cuando nos hemos extraviado y habeis dado vuestra vida para arrancarnos de las garras de los lobos del infierno, os suplicamos, nos concedais la gracia de conocer bien vuestra voz; de recordarnos á qué precio de dolores y sacrificios nos habeis rescatado; de permanecer siempre en vuestro redil, de seguiros, amaros y bendeciros hoy, mañana y siempre.... Así sea.

### HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO

DEL TERCER DOMINGO DESPUES DE PASCUA.

(JUAN, XVI, 16-22.)

**Vanidad de las alegrías del mundo comparadas con las alegrías del cristiano.**

TEXTO. *Mundus autem gaudebit; vos autem contrabimini, sed tristitia vestra vertetur in gaudium.* El mundo ménos reirá, y vosotros estaréis tristes, pero vuestra risa con ardor tornará en gozo.

das por la sangre de un Dios Salvador. Pero, sobre todo, reflexionemos como ha de acabar para nosotros esta funesta indiferencia. ¡ Ah! ya los sabeis, acaba con la pérdida de nuestras almas por toda una eternidad. Cuéntase, que yendo el príncipe Lesimaco á combatir contra los Tracios, fué sitiado con su ejército en un elevado monte. Rendido por la sed, se vió en la necesidad de entregarse.

Se le dió un vaso de agua que bebió con avidez. Despues de haberla bebido, y mirando la copa vacía, exhaló un profundo suspiro, diciendo: « ¿ Qué he hecho, dioses inmortales! » ¡ Un reinado por un vaso de agua!... » Y empezó á llorar amargamente... ¡ Ah, pobres pecadores! así lloraremos nosotros tambien un día, al ver el poco aprecio que hacemos de nuestras almas, y la nada de las cosas, por las cuales sacrificamos nuestra salvación... ¡ Qué he hecho! dirémos tambien nosotros; he perdido el cielo y la dicha eterna por un asqueroso y momentáneo placer; he perdido mi alma tan preciosa y amada, por conseguir bienes fugaces, que sólo eran lodo que la ensuciaban. Pensemos, pues, en ésto ahora que tenemos tiempo, porque luego nuestras lágrimas serán vanas y estéril nuestro sentimiento!...

PERORACIÓN. Amados hermanos míos, un día san Agustín, considerando la bondad y misericordia de Dios, recordando con que inefable amor Jesucristo había librado su alma del pecado, exclamaba en medio de los transportes de alegría y reconocimiento: « ¡ Oh alma mía, tu que gozas de una noble semejanza con Dios, tú que has sido rescatada por la sangre del Salvador, tu que por la fé has llegado á ser su esposa y has recibido por dote al Espíritu santo; ¡ oh pobre alma, á la cual quisiera Él ver adornada de todas las virtudes, tu á quien quiere colocar al lado de los ángeles, ama al ménos á Aquel, que te da tantas pruebas de amor; piensa en Aquel, que solo piensa en tí, y busca á Aquel, que te ha buscado á costa de tantos trabajos! » Admirables sentimientos!...

1. San Leonardo de Puerto-Mauricio, *Sobre el Paraíso*.
2. Manuel, t. XXII, p. 657, édic. Vivés.

¡ Qué dichosos seríamos, hermanos míos, si pudiésemos nosotros albergarlos en nuestro corazón! Éstos encierran lo que espera de nosotros nuestro buen Pastor: *Conozco á mis ovejas, dice, y mis ovejas me conocen, y escuchan mi voz.* ¡ Sublime y conmovedora comparación! Habreis visto algunas veces corderos robados á una madre demasiado jóven y débil para criarlos; una aldeana inteligente los ha criado con sin igual ternura; observad como la siguen, la conocen y escuchan su voz; oid sus balidos cuando élla se ha separado de éellos. Así deberíamos ser nosotros con respecto á nuestro divino Pastor. ¡ Pero cómo! un animal, un inocente cordero será mas agradecido que nosotros mismos! ¡ O buen Pastor, que no solamente nos habeis criado con vuestra mano, sino que sois nuestro alimento por medio de la santa Comunión!... ¡ O admirable Pastor, que nos buscais con sin igual amor, cuando nos hemos extraviado y habeis dado vuestra vida para arrancarnos de las garras de los lobos del infierno, os suplicamos, nos concedais la gracia de conocer bien vuestra voz; de recordarnos á qué precio de dolores y sacrificios nos habeis rescatado; de permanecer siempre en vuestro redil, de seguiros, amaros y bendeciros hoy, mañana y siempre.... Así sea.

### HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO

DEL TERCER DOMINGO DESPUES DE PASCUA.

(JUAN, XVI, 16-22.)

**Vanidad de las alegrías del mundo comparadas con las alegrías del cristiano.**

TEXTO. *Mundus autem gaudebit; vos autem contrabimini, sed tristitia vestra vertetur in gaudium.* El mundo ménos reirá, y vosotros estaréis tristes, pero vuestra risa con ardo volverá en gozo.

Exordio. « En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos : Un poquito, y no me veréis; y otra vez un poquito, y me veréis, porque me voy al Padre. Entonces se dijeron algunos de sus discípulos unos á otros : ¿ Qué es esto que nos dice : Un poquito, y no me veréis ; y otra vez un poquito, y me veréis, porque me voy al Padre ? Decían pues : ¿ Qué es esto que dice : Un poquito ?... No entendemos lo que habla.

Y conoció Jesús que le querían preguntar, y dijoles : ¿ Disputais entre vosotros sobre esto que dije : Un poquito, y no me veréis; y otra vez, un poquito, y me veréis ?

En verdad, en verdad os digo : Vosotros lloraréis y os lamentaréis, y el mundo se alegrará ; y vosotros estaréis tristes, pero vuestra tristeza se tornará en gozo. La mujer, cuando va de parto, está triste, porque viene su hora ; mas despues que ha parido un niño, ya no se acuerda del apuro, por el gozo de que ha nacido un hombre en el mundo. Tambien, pues, vosotros ahora estais tristes ; mas otra vez os veré, y se gozará vuestro corazón, y nadie os quitará vuestro gozo. »

Tal es, hermanos míos, el relato evangélico de este día. Jesucristo acababa de instituir el sacramento de la Eucaristía, pronunciando estas palabras el jueves por la tarde, es decir, pocas horas antes de comenzar su Pasión. Su tierno amor para con sus Apóstoles quería fortificarlos anticipadamente contra las pruebas, que su fé tendría que experimentar durante la Pasión. « Dentro de poco, no me veréis, voy á morir ; permaneceré dos días en el sepulcro, y poco tiempo despues, me volveréis á ver ; resucitaré al tercer día ». Ya sabemos, hermanos míos, como Él cumplió su palabra...

Entristecidos los Apóstoles por las predicciones, que les había hecho nuestro divino Salvador en la Cena y en el discurso que les dirigió, desconsolados asimismo por la traición de Judas, y los sufrimientos que iba á padecer su buen Maestro, no se atrevían á interrogarle... Jesús conociendo sus pensamientos y queriendo instruirlos les dijo : « Sí, vosotros lloraréis y el mundo se alegrará, pero consolaos, porque la alegría del mundo pasará, pero

vuestra tristeza se cambiará en una alegría eterna, y que nadie os podrá arrebatár. »

Proposición. Me propongo, hermanos míos, deciros esta mañana la diferencia que existe entre las alegrías mundanas, y aquellas que aguardan los verdaderos discípulos de Jesucristo.

División. Os demostraré *en primer lugar* : la vanidad de las alegrías mundanas; y *en segundo lugar* : examinaremos la solidez de aquellas que están reservadas al alma cristiana.

*Primera parte.* Vanidad de las alegrías mundanas. No entiendo bajo este nombre, hermanos míos, los placeres legítimos y permitidos, por los cuales Dios no se ofende. No, estos no los prohíbe Jesucristo, porque es bueno, conoce la pobre naturaleza humana y sabe que ésta necesita tambien algunas veces de expansion y recreo... Por alegrías mundanas quiero designar sobre todo esa excesiva disipación, esos placeres prohibidos, y esa alegría puramente humana, buscada léjos de Dios, y muchas veces contra su voluntad... Varios ejemplos os harán comprender bien mi pensamiento. Un ladron se regocija con el éxito de su latrocinio, y cuanto más considerable ha sido el robo, más se felicita aquel. — Hombres honrados que me escuchais, decidme, ¿ acaso envidiais semejante alegría?... De ningun modo. — Una esposa infame, esclava de sus pasiones, se felicita de haber engañado á su marido, violando juramentos sagrados ! — Decidme, mujeres castas y piadosas, ¿ no os inspira horror y repulsión la indigna conducta y alegría de esa miserable ? Supongamos que sea un ambicioso, lleno de orgullo, y que se alegre de haber conseguido sus fines por medio de calumniosas denuncias !... Le vereis felicitarse á sí mismo y regocijarse de sus manejos infernales, que tienen por origen la mentira, la injusticia, el odio... ¿ Os gustan semejantes alegrías ? No, mil veces, no ; sois demasiado honrados, para poner vuestro gozo en cosas tan malas.

Amados hermanos míos, hay otras alegrías, que sin duda son menos criminales en sus principios, y que sin embargo nos alejan igualmente de Dios ; estas tales nos inspiran ménos repugnancia... ¿ Qué digo ?... Muchas veces las anhelamos con ardor y para con-

seguirlas sacrificaríamos la salvación eterna de nuestra alma. Jóvenes de nuestros días, os parece que vuestra vida sería demasiado triste y como envuelta en un manto de luto, si no os fuese permitido frecuentar ciertas reuniones, y acudir á ciertas juntas, en donde se aprende de todo, ménos lecciones de virtud...

Todos nosotros miramos con cierta envidia aquellos, que, dotados de más bienes de fortuna que nosotros, pueden satisfacer todos sus deseos y gozar de todo aquello, que consideramos placentero... Casas elegantísimas, alimento exquisito, frecuentes banquetes, vestidos magníficos y repetidos festines ! Estas son, según creo, las alegrías mundanas, alegrías que, al primer aspecto, parecen ser legítimas y apetecibles. Veamos pues, hermanos míos, cuán vanas son éstas... Jóvenes mundanas, que frecuentais esas juntas peligrosas y os entregais á tan locas diversiones, ¿ decidnos, si teneis en vuestro corazón un resto de fé, ¿ qué fruto habeis obtenido de toda esa conducta licenciosa ? ¡ Ah ya, lo adivino, la tristeza, la envidia y muchas veces la vergüenza y el remordimiento ! Y á eso llamais placeres y alegrías !...

Si dispusiese de tiempo, amados cristianos, haríamos un detenido exámen de todo lo que el mundo llama placer y alegría, y os convenceríais de su falsedad. Escuchad un ejemplo. Salomon, el hijo de David, estaba al frente de un reino floreciente. Era sabio, poderoso y considerado. Los príncipes de los Estados vecinos iban á visitarle con el solo objeto de admirar su sabiduría. Su numerosa flota iba á los mares del Oriente, y regresaba cargada de oro y pedrería. Su palacio era soberbio, y su servidumbre componíase de millares de hombres, los cuales obedecían humildemente su menor orden. Su corazón iba sumergiéndose en el mar de los placeres de todo género... Dínos, pues, ¡ oh hijo de David, príncipe sabio y dichoso, tú, que has gozado de los placeres mundanos, y saboreado los deleites de la tierra; tú, que puedes hablar con autoridad y por experiencia propia ¿ qué son y qué valen todas las delicias terrenas ? ¿ Vedle, hermanos míos, con los labios amargados, despues de haber apurado hasta la última hez la copa de los placeres; ¿ qué vá a contestarnos ? Escu-

chémosle. — « Si, responde, yo me habia dicho á mí mismo: iré, nadaré en todas las delicias y gozaré de todos los bienes !... Pero he reconocido la falsedad de ello, y he dicho á la risa y á la alegría: ¿ Porque me habeis engañado <sup>1</sup>? Vanidad de vanidades; todo es vanidad. » Excepto amar y servir á Dios.

Sí, hermanos míos, durante la vida, y hasta cuando se experimentan en toda su plenitud, y en todo aquello que tienen de más embriagador las alegrías del mundo, éstas son nada, y siempre dejan grabado en el alma un sentimiento de tristeza y decepción. « Yo lo he sido todo, decía un emperador, que de simple soldado habia llegado al trono <sup>2</sup>, y veo que todo es bien poca cosa !... » Y es que nuestra alma tiene otro destino más noble; por lo cual todas las alegrías del mundo no llenan, ni satisfacen sus altas aspiraciones.

Pero, para comprender mejor todavía la vanidad de las riquezas, honores, placeres, en una palabra, de todo lo que pueda llamarse alegrías mundanas, consideremos, que estamos en el momento de la muerte. Ved á ese rico, del cual habla nuestra Señor en el Evangelio; sus bienes se han aumentado, y ha hecho multiplicar sus graneros, hasta el punto, que le es imposible almacenar las numerosas medidas de trigo, que cosecha. El oro se amontona en sus cofres !... ¡ Ah, es dichoso, porque ha conseguido su ideal, es decir, ser rico !... « Goza, alma mía, dice, saborea las alegrías y placeres, que proporciona una gran fortuna. » — « Insensato, dice Jesús, no hables así, esta misma noche van á pedirte el alma ! » Y, en efecto, entremos en su aposento; vedle acostado sobre un lecho suntuoso, presa de los más agudos sufrimientos, todo está triste á su lado; y nadie se atreve á dirigirle la palabra. Sufre... — ¡ Pero cómo! sufre ? ¿ No ha aumentado su fortuna y multiplicado sus graneros ? ¿ no se ha dicho á simismo : « Goza, alma mía de todos estos bienes ? Y á pesar de sus riquezas y fortuna, sufre, no gozará de estos placeres, que él se habia pro-

1. *Dixi ego in corde meo: Vadam, et affluam deliciis, et fruar bonis. Et vidi quod hoc quoque esset vanitas.* (Ecli., II, 1.)

2. Septimio Severo.

metido. Insensato! esta noche van á reclamarle el alma !... ¡ Oh, si las alegrías de este mundo son poca cosa en sí mismas, es sobre todo en presencia de la muerte, cuando aparece su nada...

*Segunda parte.* Veamos ahora cuanto más sólidas y verdaderas son las alegrías y consuelos del alma fiel. « El mundo se alegrará, dice Jesucristo á sus Apóstoles, y vosotros estaréis sumidos en la tristeza, pero esta tristeza se trocará en alegría; yo os veré, y se gozará vuestro corazón, y nadie os quitará vuestra alegría. » ¡ Oh, adorable Jesús, cuán verdaderas son estas palabras, como todas las que habeis pronunciado!... Sí, la única dicha consiste en amaros y servirnos; las verdaderas alegrías de la tierra, (si es que existen algunas), pertenecen á vuestros fieles servidores... Muchas veces, hermanos míos, y observad que esto es una de las pérdidas astucias del demonio, muchas veces, repito, se representa la piedad y la virtud como una dueña austera y triste, que no ofrece sino disgustos, y prohíbe á aquellos que la siguen hasta el menor gusto. Amable y bondadoso Jesús, tan compasivo para los que os buscan, y tan misericordioso para aquellos que os invocan, Jesús delicias incomprensibles de los que os han encontrado, ¿ seríais realmente un Dios tan severo, mandando á vuestros servidores, que estuviesen siempre sumidos en lágrimas y tristeza, prohibiéndoles hasta los placeres y alegrías más inocentes?...

« No, no, decía un santo <sup>2</sup>, derribad á este ídolo, no está allí mi Jesús, y los que así le representan, no le conocen!... »

No hay duda que los bienes, la dicha y las alegrías, que Dios nos promete, son sobre todo las alegrías eternas del cielo. Pero, así como al segador se le da el alimento, antes de pagarle su salario; así como el militar cobra su sueldo, antes de recibir la cruz de honor, ó la pensión ganada por su valor, así proporciona Jesucristo en este mundo á los que le sirven alegrías y placeres

1. LUC, XII, 20.

2. Ps. LXXXV, 5, y el himno de San Bernardo sobre el dulce nombre de Jesús.

3. San Leonardo de Puerto-Mauricio, Cf. *Sermon sobre las consolaciones de la vida devota.*

reales, precursores de los imperecederas delicias del Paraíso.

Aquí podría citaros, hermanos míos, toda la *Vida de los santos*; os referiré de élla algunos trozos, y despues volverémos á hacer un exámen de nosotros mismos. Ved á ese anciano dentro de una cueva, sentado sobre una roca: Es san Pablo, primer ermitaño, cuenta ya ciento y veinte años de edad. Su vestido se compone de una túnica tegida de hojas de palmera. Apaga su sed con el agua, que sale de la roca, y cada día la Providencia le manda medio pan por un cuervo!... Considerad con qué dicha y agradecimiento recibe este beneficio; su corazón rebosa de alegría, y en aquella caverna experimenta incomparables placeres y delicias. San Antonio, que fué testigo de éllo, no se cansaba de admirarle. Dirijamos la vista á otro lado, y fijémonos en un famoso príncipe llamado Alejandro Magno. Este ha conquistado un inmenso imperio; sus estandartes han alcanzado siempre la victoria, pero la ambición le devora, y á pesar de todos sus éxitos, y de toda su dicha, llora enfurecido, al saber que existen otros mundos, que no puede conquistar!... Decidme, amados cristianos, ¿ quién os parece más dichoso el insaciable conquistador ó el pobre solitario? El viejo ermitano; ¿ No es verdad?

Ved á san Luis, uno de los mas grandes reyes, que han llevado la corona de Francia, modelo de los príncipes cristianos: su fé, su piedad no le privó de ninguna empresa gloriosa, ni de ninguno de los placeres y glorias, que la religión permite!... ¡ Gloria imperecedera, placeres que nunca desaparecerán, éxitos que durarán toda una eternidad! No cabe duda, que se vió obligado á resistir á sus pasiones y á combatir las sugestiones de la ambición. Estos son, sobre todo, los combates que nuestro Señor Jesucristo califica de *tristeza*. Todos los santos, todas las almas piadosas conocen estas luchas; pero segun su divina palabra, esta tristeza se cambia en la más dulce alegría, que pueda experimentarse en este mundo; alegría, que durará, por toda una eternidad. *Et gaudium vestrum nemo tollet a vobis...*

Madres cristianas que me escuchais, el mismo Jesucristo ha querido dar una explicación que, estoy seguro, comprenderá

vuestro corazón. Según Él, á los cristianos en la tierra, les pasa como á la madre en los dolores del parto ; pero, dice, estos sufrimientos son breves, y el gozo que los sigue luego, ese gozo de haber dado á luz un niño, que despues se besa y estrecha sobre el corazón, ¡ ah ese gozo, repito, no es pasajero, sino que por el contrario nunca desaparece, muriendo con nosotros mismos. Asi pasa con los esfuerzos que hay que hacer para vencer las pasiones y permanecer fieles á Jesucristo. Cuesta el hacerlos, es cierto, pero son sacrificios momentáneos que luego nos proporcionan un verdadero y perenne consuelo, que nadie nos puede arrebatarnos...

Décidme, vosotros, los que habeis permanecido siempre fieles á las enseñanzas, que se os han dado, como asimismo á las promesas que hicisteis á Dios, y á la Santísima Virgen el día de vuestra primera comunión, ya seais doncellas aun, ya esposas ó madres de familia, ¿ os pesa de haber sido buenas ? ¿ No os sentis dichosas de haber resistido á las tentaciones del vicio y de haber seguido las sanas inspiraciones de vuestra conciencia ? Llevais alta vuestra frente, hasta ante los hombres ; habeis conservado vuestra dignidad, y por lo tanto nadie tiene derecho de reprocharos lo mas mínimo !... ¿ No constituye ésto un consuelo y alegría incomparables ?... Pero, ay ! existen entre las compañeras, que habeis conocido, algunas que no se encuentran en tan plausible situación, y á las cuales los vanos placeres de este mundo, á que no han sabido resistir, están causando, ya aquí en la tierra, muchas y crueles amarguras.

Una palabra más, amados hermanos míos. Para probar si el oro es verdadero, se hace uso de la piedra llamada de toque. Si el oro es verdadero, esta piedra le da cierto brillo ; y si el metal es falso, lo empaña y descompone. ¿ Quereis saber cuales son las verdaderas alegrías ? Pues bien, la piedra de toque, ó sea la muerte, os enseñará á distinguirlas !... ¡ Ah, antes lo decía, en este momento terrible é inevitable se nos muestran los placeres y alegrías del mundo vanos y deplorables, mientras que las consolaciones y dulzuras de la piedad nos encantan, tranquilizando

nuestras almas. Entonces, ¡ oh bondadoso Salvador, es cuando la tristeza de vuestros servidores se cambia en alegría, que nadie les puede robar.

PERORACIÓN. Tal vez, me digais, hermanos míos, que los que se entregan á los placeres del mundo pasan, mientras viven en la tierra, días venturosos. En efecto, les vemos correr presurosos á los teatros, bailes y demás espectáculos, donde rien embriagados de placer, entregando su alma á todas las pasiones. ¡ ¡ Ah, que no os engañe la apariencia !... ¡ No los creais tan felices ! Si pudieseis leer en el fondo de su corazón y escuchar sus tristes confidencias, veriais como esta aparente y loca alegría es indicio de una conciencia agitada, y de un alma á veces muy desconsolada !... Cantan, gozaan y se divierten ! Pero fijaos en esos dos viajeros, que caminan durante la noche por el campo : El uno sigue su camino tranquilo, intrépido, silencioso y sin temor ; las tinieblas de la noche no le asustan ; su corazón late como de ordinario, y anda como si estuviera en pleno día ; en cambio, el otro marcha asustado y tembloroso, estremeciéndose su corazón al menor ruido que oye ; y si por casualidad cae cualquier hoja de los árboles, ó vuela algun pájaro, se llena de pavor, creyendo tropezar con ladrones ó fantasmas. ¿ Qué es lo que hace este último ?... Se pone á cantar para tranquilizarse algo de su temor. Pero si lo escuchais bien, su voz está alterada por el miedo y denota, en cierto modo, la ansia, que le domina... Así les sucede á los que aman los placeres del mundo ; mientras que, por el contrario, el alma fiel permanece tranquila, porque nada teme. Aquellos cantan, gozan y se divierten locamente á fin de ahogar sus remordimientos y no escuchar el grito de su conciencia.

Vuestra propia experiencia, creo, confirma mis palabras.

¿ No es esto, en efecto, un verdadero cuadro de las alegrías mundanas ? Más si se nubla el horizonte, si los relámpagos cruzan las nubes, si retumba el trueno, y estalla el rayo, pronto una sensación de miedo recorre todo su ser. ¿ Y porqué pues ? ¡ Ah porque su conciencia está agitada. El cristiano, por el contrario, siente la paz en su alma ; la naturaleza podrá causarle una im-

presión que él no puede evitar, pero en el fondo de su alma conserva la tranquilidad y la calma. Está convencido que ese Dios, á quien ama, tendrá misericordia de él. Él no prueba los placeres de este mundo sino como el viagero que se contenta de admirar las flores que encuentra en el camino. Ama otras alegrías y consuelos más duraderos. Así pues, no teme tampoco la muerte, y no cabe duda, hermanos míos, que la muerte para nosotros cristianos, si hemos servido fielmente á Dios, es la puerta que nos abre la entrada en la bienaventuranza eterna. Amen.

### HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO

DEL CUARTO DOMINGO DESPUES DE PASCUA.

(JUAN, XVI, 5-15.)

#### Enseñanzas saludables, que nos dan las adversidades.

TEXTO. *Expedit vobis ut ego vadam.* Os conviene que me vaya.

EXORDIO. Hermanos míos, el Evangelio de este día nos trasporta todavía al Jueves santo. Judas acababa de separarse de la compañía de los Apóstoles para ir á casa de los príncipes de los sacerdotes, con objeto de percibir el precio de su traición y entregar á nuestro divino Salvador á los soldados que debían apoderarse de Él. Durante toda esta tarde las palabras de Nuestro Señor Jesucristo habían sido impregnadas de una tristeza solemne... Eran como su postrer despedido!... Los Apóstoles afligidos se miraban unos á otros en silencio, no atreviéndose á interrogarle!... Entonces queriendo Jesús al mismo tiempo consolarles é iluminarles, les dirigió estas palabras que san Juan nos ha transmitido, y las cuales acabamos de leer en el Evangelio de este día: « Voy Al que me envió, díjoles, y ninguno de vosotros me pregunta: ¿ A donde vas? Antes porque os he hablado estas cosas, la tristeza ha henchido vuestro corazón. Empero yo os digo la verdad: Os

conviene que me vaya; porque si yo no me fuere, el Consolador no vendría á vosotros, mas si me fuere, os le enviaré; y cuando él venga, redargüirá al mundo de pecado, y de justicia, y de juicio. De pecado ciertamente, por cuanto no han creído en mí; y de justicia, por cuanto voy al Padre, y no me veréis más; y de juicio por cuanto el príncipe de este mundo ya está juzgado. Aun tengo muchas cosas que deciros, mas ahora no las podeis llevar. Pero cuando viniere aquel Espíritu de verdad, él os enseñará toda verdad, porque no hablará de sí mismo, sino que hablará todo lo que oyere, y os hará saber las cosas, que han de venir. Él me glorificará porque tomará de lo mío, y os lo hará saber. Todo lo que tiene el Padre, mío es, por eso dije que tomará de lo mío, y os lo hará saber. »

PROPOSICIÓN Y DIVISIÓN. Quiero, hermanos míos, á propósito de este Evangelio demostraros la utilidad de las adversidades y aflicciones, que pueden sobrevenirnos mientras estamos en el mundo.

*Primero*: Éllas nos enseñan que la verdadera dicha no se encuentra en esta tierra; *segundo*: nos preparan para comprender mejor el valor de los bienes eternos.

*Primera parte.* Carísimos hermanos, el domingo último os hablaba ya de lo poco que valen las alegrías del mundo; es esto una verdad sobre la cual nunca es demasiado insistir... Colocados en el mundo solamente por breves días, quisiéramos vivir en él eternamente, tomando por lo tanto demasiado afecto á las cosas de esta tierra, como si estas fuesen nuestro último fin y hubiésemos sido criados para gozar de éllas... Y cuántas veces hasta los buenos tienen necesidad de decirse: « *Sursum corda*: arriba los corazones; para ir al cielo y gozar de la dicha del Paraiso, me ha criado Dios!... Pues bien, las penas, los sufrimientos, las tentaciones y aflicciones, ¿ no nos recuerdan del modo más elocuente esta importante verdad?... Los que sois padres habréis dicho muchas veces: « Nuestro hijo será nuestro consuelo, nuestro apoyo y sosten, y nos hará dichosos en nuestra vejez. » ¡ Ah, olvidais, que solo Dios es un apoyo fuerte y un sosten verda-

presión que él no puede evitar, pero en el fondo de su alma conserva la tranquilidad y la calma. Está convencido que ese Dios, á quien ama, tendrá misericordia de él. Él no prueba los placeres de este mundo sino como el viagero que se contenta de admirar las flores que encuentra en el camino. Ama otras alegrías y consuelos más duraderos. Así pues, no teme tampoco la muerte, y no cabe duda, hermanos míos, que la muerte para nosotros cristianos, si hemos servido fielmente á Dios, es la puerta que nos abre la entrada en la bienaventuranza eterna. Amen.

### HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO

DEL CUARTO DOMINGO DESPUES DE PASCUA.

(JUAN, XVI, 5-15.)

#### Enseñanzas saludables, que nos dan las adversidades.

TEXTO. *Expedit vobis ut ego vadam.* Os conviene que me vaya.

EXORDIO. Hermanos míos, el Evangelio de este día nos trasporta todavía al Jueves santo. Judas acababa de separarse de la compañía de los Apóstoles para ir á casa de los príncipes de los sacerdotes, con objeto de percibir el precio de su traición y entregar á nuestro divino Salvador á los soldados que debían apoderarse de Él. Durante toda esta tarde las palabras de Nuestro Señor Jesucristo habían sido impregnadas de una tristeza solemne... Eran como su postrer despedido!... Los Apóstoles afligidos se miraban unos á otros en silencio, no atreviéndose á interrogarle!... Entonces queriendo Jesús al mismo tiempo consolarles é iluminarles, les dirigió estas palabras que san Juan nos ha transmitido, y las cuales acabamos de leer en el Evangelio de este día: « Voy Al que me envió, díjoles, y ninguno de vosotros me pregunta: ¿ A donde vas? Antes porque os he hablado estas cosas, la tristeza ha henchido vuestro corazón. Empero yo os digo la verdad: Os

conviene que me vaya; porque si yo no me fuere, el Consolador no vendría á vosotros, mas si me fuere, os le enviaré; y cuando él venga, redargüirá al mundo de pecado, y de justicia, y de juicio. De pecado ciertamente, por cuanto no han creído en mí; y de justicia, por cuanto voy al Padre, y no me veréis más; y de juicio por cuanto el príncipe de este mundo ya está juzgado. Aun tengo muchas cosas que deciros, mas ahora no las podeis llevar. Pero cuando viniere aquel Espíritu de verdad, él os enseñará toda verdad, porque no hablará de sí mismo, sino que hablará todo lo que oyere, y os hará saber las cosas, que han de venir. Él me glorificará porque tomará de lo mío, y os lo hará saber. Todo lo que tiene el Padre, mío es, por eso dije que tomará de lo mío, y os lo hará saber. »

PROPOSICIÓN Y DIVISIÓN. Quiero, hermanos míos, á propósito de este Evangelio demostraros la utilidad de las adversidades y aflicciones, que pueden sobrevenirnos mientras estamos en el mundo.

*Primero*: Éllas nos enseñan que la verdadera dicha no se encuentra en esta tierra; *segundo*: nos preparan para comprender mejor el valor de los bienes eternos.

*Primera parte.* Carísimos hermanos, el domingo último os hablaba ya de lo poco que valen las alegrías del mundo; es esto una verdad sobre la cual nunca es demasiado insistir... Colocados en el mundo solamente por breves días, quisiéramos vivir en él eternamente, tomando por lo tanto demasiado afecto á las cosas de esta tierra, como si estas fuesen nuestro último fin y hubiésemos sido criados para gozar de éllas... Y cuántas veces hasta los buenos tienen necesidad de decirse: « *Sursum corda*: arriba los corazones; para ir al cielo y gozar de la dicha del Paraiso, me ha criado Dios!... Pues bien, las penas, los sufrimientos, las tentaciones y aflicciones, ¿ no nos recuerdan del modo más elocuente esta importante verdad?... Los que sois padres habréis dicho muchas veces: « Nuestro hijo será nuestro consuelo, nuestro apoyo y sosten, y nos hará dichosos en nuestra vejez. » ¡ Ah, olvidais, que solo Dios es un apoyo fuerte y un sosten verda-

dero ! Y hé aquí que vuestro hijo muere : « *Sursum corda*, levanted vuestro corazón. » Buscad en lo sucesivo por apoyo al que solo puede sosteneros y de esta manera vuestra aflicción os habrá sido útil.

¿ Por qué estais tristes, santos Apóstoles ? Jesús, nuestro buen Maestro, acaba de decirnos que va á separarse de nosotros. — ¿ Cómo ¿ él que os ha llamado para servirle y ha sido tan bueno para vosotros ¿ os deja y desampara ? Sí, acaba de decirnoslo, muy pronto Él nos dejará, y nosotros no nos atrevemos á interrogarle, porque nuestras almas están sumergidas en un océano de dolor ! — ¿ Oh bondadoso Salvador, dignaos vos mismo consolar á vuestros discípulos. Y, en efecto, escuchad lo que les dice : « Queridos amigos, la afección que me teneis es demasiado humana ; como pajarillos que quisieran siempre calentarse bajo el ala de su madre, y como pequeñuelos que quisieran estar siempre en brazos de su nodriza, temeis que me separe de vosotros. Y, sin embargo, os digo, os es conveniente que me vaya. — Pero Señor ! es tan dulce estar á vuestro lado, escuchar vuestras lecciones y gozar de vuestra presencia ! ¿ Cómo, pues, debe sernos útil vuestra partida ? — En verdad, prosiguió nuestro divino Salvador, si yo no me fuere, el Espíritu Santo no vendrá á habitar en vosotros ; pero al separarme de vuestro lado, os lo enviaré, Él os enseñará toda verdad, os regocijará con su presencia y vuestra alegría será completa !... »

Amados hermanos míos, tratemos de comprender bien esta enseñanza de nuestro buen Jesús. Los Apóstoles eran, como nosotros, débiles é imperfectos ; ellos juzgaban de las cosas solamente segun la impresión del momento, sin que sus miradas se dirigieran hacia las profundidades de la eternidad. Eran tan dichosos con la compañía de Jesús, que no comprendían lo útiles, que debían serles sus sufrimientos, su muerte y estancia en el sepulcro ; no comprendían lo ventajoso, que era para ellos, esta ausencia mas larga que empezó el día de la Ascensión ; no comprendían asimismo la cita solemne, que Él les daba en el cielo.

Era esto una prueba para ellos, y sus almas, imperfectas aun,

la habían acogido con tristeza ! ; Oh como mas tarde lo comprendieron ellos mejor, sometiéndose con gusto y voluntad á todas las pruebas y privaciones de la vida !...

Así debemos obrar nosotros. Observad, pues, hermanos míos, esa tendencia que tenemos á tomarnos aquí en la tierra una especie de Paraíso. Y no solamente los impíos, sino hasta aquellos de entre nosotros, que tienen fé y piedad, tratan de instalarse en esta tierra, como si debiesen de habitar siempre en élla. El uno establece su casa de la manera más cómoda, el otro emplea su fortuna en proporcionarse toda clase de goces y placeres, aquel se complace en sus hijos, éstos son inteligentes, obtienen premios, aman el trabajo y constituyen su consuelo. ¡ Ah, es lo mismo que un hermoso día de verano, en el cual el sol aparece radiante, y vemos nuestros vergeles, viñedos y montes bañados, inundados de espléndida luz : « ¡ Qué hermoso día, exclamamos, qué hermoso día se prepara ! » — Qué hermoso día !... No, hermanos míos, no lo tenemos, no tenemos ni siquiera una hora.

Ved ese punto negro, que asoma en el horizonte ; se engrosa, se convierte en una nube oscura, y luego estallan de su seno el relámpago y el rayo... Temblad, porque un instante es suficiente para destruir todas vuestras esperanzas !... ¡ Oh entonces hasta el impío reconoce que existe un Dios, y que este Dios es su dueño ! Así sucede, amados hermanos míos, con todos nuestros sueños de felicidad sobre la tierra. Un incendio consumirá nuestras habitaciones, una bancarota arruinará nuestra fortuna, una enfermedad diezmará nuestras familias, y de cualquier manera que sea, la adversidad vendrá á aniquilar todos estos proyectos de felicidad, que habíamos construido. Y sin embargo, á pesar de nuestro dolor y lágrimas, esto nos será ventajoso, si tenemos la fé, porque estas desdichas nos harán comprender mejor la nada de este mundo, y despegarán nuestros corazones de los bienes perecederos de esta vida. « *Expedi vobis ut ego vadam.* » Conviene que os deje, » podría decirnos esta felicidad, que os habeis prometido sobre la tierra. Sí, es ventajoso á veces para nosotros que la adversidad venga á visitarnos.

*Segunda parte*: Pero no solamente las adversidades y aflicciones nos demuestran que la verdadera felicidad no existe acá en la tierra, sino tambien nos preparan á apreciar mejor el valor de los bienes eternos. « Os es necesario que yo me vaya, dice Jesucristo á sus Apóstoles, porque si yo no me fuere, el Consolador no vendrá á vosotros, mas si yo me fuere, os le enviaré, y él juzgará al mundo, y os enseñará toda verdad. » Qué pues! ó bondadoso Jesús, ¿ no sois todopoderoso y no podeis, sin dejar á vuestros discípulos, comunicarles este espíritu de consolacion y verdad! ¡ Oh, os lo suplican, evitadles esta aflicción!... Pero no, hermanos míos, él mismo lo dice, es necesario que se vaya de ellos, á fin de que el Espíritu Santo venga á visitarles. Procuremos comprender bien la enseñanza, que encierra en sí esta conducta misteriosa del Salvador. Sí, es bueno y ventajoso que no disfrutemos acá en la tierra de una pura felicidad; que las tribulaciones y adversidades vengan á veces á llamar á la puerta de nuestro corazón; sin ellas, viviríamos muchas veces entre ilusiones y tinieblas. El Espíritu santo, el Espíritu de verdad iluminaría no suficientemente á nuestras almas, y no conoceríamos el valor de estos bienes eternos, que Dios nos ha prometido.

Para conocer bien las cosas, y apreciar su valor, es menester compararlas. Pues bien, las aflicciones nos ayudan á comparar los bienes de la tierra con la felicidad del cielo. ¡ Ah, nos alegrábamos, pensando encontrar la felicidad acá en la tierra, y hé aquí que nos hemos despertado con el tañido fúnebre de la campana, anunciando la agonía de un pariente y la sepultura de algunos de nuestros goces. Estábamos por la mañana en la alegría, por la tarde eran nuestras mejillas bañadas de lágrimas! ¡ Oh dicha del cielo, oh inmortal é interminable felicidad, oh delicias inalterables y exentas de toda amargura, cuán deseables sois, comparadas con estos tan frágiles bienes, con esta tan dudosa y turbada dicha, que el hombre se forja sobre la tierra! Sí, hermanos míos, á cualquiera, que tenga fé, parece el cielo más hermoso á través las lágrimas, y el corazón quebrantado por el dolor se eleva mas ardentemente hacia esta patria de los santos...

Sí, las aflicciones sobrellevadas con paciencia nos son provechosas; ellas han formado los santos... Cuantos ejemplos podría citaros sobre el particular. Juana de Valois, hija y hermana de los reyes de Francia, se habia casado con Luis XII, el cual acababa de subir al trono. Élla se complacia en ser llamada reina de Francia!... Pero de repente su esposo la arroja de su palacio; el divorcio está pronunciado!

Pobre princesa, no ceñiréis ya la corona! Lejos del palacio de vuestro esposo, estais en lo sucesivo obligada á vivir en el aislamiento y abandono! Qué desgracia!... Espíritu Consolador, Espíritu de verdad, venid á iluminar y sostener á esta mujer desconsolada. La veo el día de Navidad cerca del pesebre del niño Jesús: « ¡ Ah, exclama! ¿ me atrevería yo á sentirme pesada de verme alejada de un trono, al ver al Rey de los reyes acostado en el pesebre de Belen?... Niño divino, aceptad mi sacrificio; si no tengo ya esta corona terrenal, por lo menos quiero merecer la corona inmortal, que me está reservada en el cielo. » Y, en efecto, desdeñando la majestad real, que fué para élla origen de tantos dolores, Santa Juana de Valois, por una vida mas angélica que humana, supo merecer esta hermosa corona, que adorna su frente en el Paraiso; diadema inmortal, que nadie podrá arrebatarse<sup>1</sup>.

¿ Quereis aun otro ejemplo? Hé aquí un jóven oficial lleno de ardimiento y valor, ha recibido una grave herida, su porvenir está perdido; en adelante no tiene ya que esperar ni ascensos en el ejército, ni nada de esos honores que habia soñado! Oh, él llora de desesperación! Qué desgracia! pero el Espíritu Consolador descende en esta alma desconsolada y la ilumina. Qué, en fin, dícese á si mismo, qué valen, pues, estos bienes, estos honores y gloria cuya pérdida deploro? ¿ No me veré obligado á dejarlos un día? Qué valor tienen estas esperanzas ambiciosas, que una estocada ó la menor enfermedad puede destruir? ¿ Por ventura mi alma no es criada para unos bienes más nobles, más sólidos y

1. Vease la *Vida* de esta Santa por el abate Moulinet.

sublimes? Ah! arriba el corazón; para mí el Paraíso! Hé aquí los bienes, que quiero; hé aquí la única gloria, á que aspiro! » Cumplió su palabra, consagrando su vida entera á la mayor gloria de Dios, y fué san Ignacio, el fundador de la Compañía de Jesús<sup>1</sup>.

Y por lo demás, amados cristianos, ¿no podemos juzgar por nosotros mismos, que las adversidades y aflicciones hacernos comprender mejor el precio de los bienes eternos? Mientras que todo nos sonríe acá en la tierra, no pensamos mucho en el cielo, ó si á veces nuestros pensamientos se enderezan hacia él, lo vemos solo como en lontananza oscura y nebulosa. Pero hé aquí que una grave enfermedad viene de parte de Dios á decirnos: Pon orden á tu casa, pues estás para morir<sup>1</sup>. Oh entonces, ¿no comprendemos mejor el precio de las cosas eternas? ¿Para qué este laudable apresuramiento en pedir un sacerdote? Para qué este vivo deseo de no morir antes de haber recibido los Sacramentos? Porque estos tormentos é inquietud de toda una familia cuando el enfermo no puede recibir los socorros de la religión? ¿No es porque entonces sentimos mejor lo que vale el cielo? ¿No es porque la desgracia y aflicción nos muestran el precio y valor del mismo?

PERORACIÓN. Amados hermanos míos, no comprendemos bastante la utilidad de las adversidades y el fin amoroso, que se propone la divina Providencia, cuando élla permite que seamos visitados por las aflicciones. *Bienaventurados los que sufren*, dijo el divino Maestro, *bienaventurados los que lloran*. Él decía verdad; todos los santos lo han comprendido. Y una de las almas más tiernamente unidas á este divino Salvador, Santa Teresa, escribiendo un día á una de sus amigas, triste y desconsolada de ciertas desgracias, que habían herido á su familia, le decía: «ea ánimo, cara mía, las desgracias son las caricias del cielo, las alhajas, que Jesús da á las almas que ama<sup>3</sup>.» El arcángel Rafael decía igual-

1. *In vita ejus*, Cf. Bartoli. — 2. IV Reges xx. 1. — 3. Véase las cartas de santa Teresa.

mente al santo varón Tobías: *Porque eras agradable á Dios, te fué necesario ser probado por la tribulación*<sup>1</sup>. Oh, hermanos míos, no nos dejemos abatir nunca por las aflicciones, que no asome jamás la murmuración sobre nuestros labios; amor, confianza, abandono más completo en los brazos de nuestro amoroso Salvador, tales son los sentimientos que deben producir en nosotros las penas y contrariedades de esta vida. Oh adorable Jesús, ignoramos las desgracias y penas que nos teneis reservadas acá en la tierra, pero sean éllas las que fueren, aceptámoslas con resignación de vuestra mano bendita, sabemos de antemano que nos serán útiles, que contribuirán á desatar nuestros corazones de este mundo, haciéndoles suspirar más ardientemente por los goces del cielo, que durarán por toda una eternidad. Así sea.

## HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO

DEL QUINTO DOMINGO DESPUES DE PASCUA.

(JUAN XVI, 25-30.)

**Es preciso orar apoyándose en el nombre de nuestro Señor Jesucristo.**

TEXTO. — *Amen, amen, dico vobis, si quid Patrem petieritis in nomine meo, dabit vobis*. De cierto, de cierto, os digo que todo cuanto pediereis al Padre en mi nombre, os lo dará.

EXORDIO. Hermanos míos, el relato evangélico de este día es la continuación de los que os explicábamos en los dos domingos precedentes. Es igualmente sacado de este admirable sermón, que Nuestro Señor dirigía á sus Apóstoles pocas horas antes de su Pasión. Él iba pronto á dejarlos, dentro poco no le verían mas, y, como hemos dicho, á este pensamiento de la separación de su buen Maestro, la tristeza se había apoderado de sus almas. Con

1. Tobías XII, 13.

sublimes? Ah! arriba el corazón; para mí el Paraíso! Hé aquí los bienes, que quiero; hé aquí la única gloria, á que aspiro! » Cumplió su palabra, consagrando su vida entera á la mayor gloria de Dios, y fué san Ignacio, el fundador de la Compañía de Jesús<sup>1</sup>.

Y por lo demás, amados cristianos, ¿no podemos juzgar por nosotros mismos, que las adversidades y aflicciones hacernos comprender mejor el precio de los bienes eternos? Mientras que todo nos sonríe acá en la tierra, no pensamos mucho en el cielo, ó si á veces nuestros pensamientos se enderezan hacia él, lo vemos solo como en lontananza oscura y nebulosa. Pero hé aquí que una grave enfermedad viene de parte de Dios á decirnos: Pon orden á tu casa, pues estás para morir<sup>1</sup>. Oh entonces, ¿no comprendemos mejor el precio de las cosas eternas? ¿Para qué este laudable apresuramiento en pedir un sacerdote? Para qué este vivo deseo de no morir antes de haber recibido los Sacramentos? Porqué estos tormentos é inquietud de toda una familia cuando el enfermo no puede recibir los socorros de la religión? ¿No es porque entonces sentimos mejor lo que vale el cielo? ¿No es porque la desgracia y aflicción nos muestran el precio y valor del mismo?

PERORACIÓN. Amados hermanos míos, no comprendemos bastante la utilidad de las adversidades y el fin amoroso, que se propone la divina Providencia, cuando élla permite que seamos visitados por las aflicciones. *Bienaventurados los que sufren*, dijo el divino Maestro, *bienaventurados los que lloran*. Él decía verdad; todos los santos lo han comprendido. Y una de las almas más tiernamente unidas á este divino Salvador, Santa Teresa, escribiendo un día á una de sus amigas, triste y desconsolada de ciertas desgracias, que habían herido á su familia, le decía: «ea ánimo, cara mía, las desgracias son las caricias del cielo, las alhajas, que Jesús da á las almas que ama<sup>3</sup>.» El arcángel Rafael decía igual-

1. *In vita ejus*, Cf. Bartoli. — 2. IV Reges xx. 1. — 3. Véase las cartas de santa Teresa.

mente al santo varón Tobías: *Porque eras agradable á Dios, te fué necesario ser probado por la tribulación*<sup>1</sup>. Oh, hermanos míos, no nos dejemos abatir nunca por las aflicciones, que no asome jamás la murmuración sobre nuestros labios; amor, confianza, abandono más completo en los brazos de nuestro amoroso Salvador, tales son los sentimientos que deben producir en nosotros las penas y contrariedades de esta vida. Oh adorable Jesús, ignoramos las desgracias y penas que nos teneis reservadas acá en la tierra, pero sean éllas las que fueren, aceptámoslas con resignación de vuestra mano bendita, sabemos de antemano que nos serán útiles, que contribuirán á desatar nuestros corazones de este mundo, haciéndoles suspirar más ardientemente por los goces del cielo, que durarán por toda una eternidad. Así sea.

## HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO

DEL QUINTO DOMINGO DESPUES DE PASCUA.

(JUAN XVI, 25-30.)

**Es preciso orar apoyéndose en el nombre de nuestro Señor Jesucristo.**

TEXTO. — *Amen, amen, dico vobis, si quid Patrem petieritis in nomine meo, dabit vobis*. De cierto, de cierto, os digo que todo cuanto pediereis al Padre en mi nombre, os lo dará.

EXORDIO. Hermanos míos, el relato evangélico de este día es la continuación de los que os explicábamos en los dos domingos precedentes. Es igualmente sacado de este admirable sermón, que Nuestro Señor dirigía á sus Apóstoles pocas horas antes de su Pasión. Él iba pronto á dejarlos, dentro poco no le verían mas, y, como hemos dicho, á este pensamiento de la separación de su buen Maestro, la tristeza se había apoderado de sus almas. Con

1. Tobías XII, 13.

los tres años que habían vivido en su intimidad, llegaron á conocer toda la bondad, la ternura y el amor que su corazón encerraba. ¿ A quién se dirigirán en adelante en sus necesidades? ¿ A quién recurrirán? Dulce Jesús, ¿ vais, pues, á abandonarlos? No, hermanos míos, les indicará un medio infalible de obtener todas las gracias que les son necesarias! Hasta ahora, les dijo, estaba en medio de vosotros, os habeis dirigido á mí en todas vuestras necesidades, por eso nada habeis pedido á mi Padre en mi nombre; pero ahora es necesario que me vaya, y dentro poco no me veréis ya, **estribad** siempre en mí, aunque ausente; pues, en verdad, en verdad, os digo, que todo cuanto pidiereis á mi Padre en mi nombre, os lo dará. » Tal es, hermanos míos, el principal pensamiento del Evangelio del presente día, el cual habeis podido leer mientras lo cantábamos en el altar. La oración en nombre de Jesucristo, hé ahí el secreto divino escapado de los labios del Salvador, el medio infalible de obtenerlo todo de su Padre, una receta segura para ser oído siempre favorablemente.

**Proposición.** Mi intención, esta mañana, es hablaros de la oración hecha en nombre de nuestro divino Salvador. Pero, qué es orar en nombre de Jesucristo? Es apoyarse sobre los méritos de este adorable Redentor, es dirigir nuestros ruegos hácia Dios con la firme confianza de que serán favorablemente oídos, no á causa del fervor y de los méritos de aquel que ora, sino á causa y por virtud de los méritos del Salvador...

**División.** Orar en nombre de Jesucristo es, como voy á demostraroslo, reconocer dos cosas: *Primero*: que de nosotros mismos, no merecemos ser oídos; *segundo*: que la eficacia, el valor de nuestros ruegos y también de nuestras buenas obras, se apoya únicamente en los méritos infinitos de nuestro divino Salvador...

**Primera parte. Primero.** Por poco, hermanos míos, que quisiéramos reflexionar sobre lo que somos, sobre la grandeza y santidad de Dios, veríamos claramente que por nosotros mismos no podemos nada, y que sin la intervención y mediación de nuestro augusto Redentor, nuestras oraciones serían estériles y rechazadas con justicia por el Dios Todopoderoso... ¿ Es necesario

recordaros lo que era el hombre en su origen, y relataros la justicia, la santidad, la inocencia, en que le había criado Dios y los otros dones, de que le había adornado?... ¡ Ah, hermanos míos, basta examinarnos á nosotros mismos y sondear nuestro corazón, para conocer cuales fueron las consecuencias del pecado de nuestro primer padre. Desórdenes, perturbaciones en el alma, aguijón de la concupiscencia, odio, orgullo y todas estas malas pasiones, que hormiguean en el corazón humano, como gusanos en un cádaver, ¿ no es esto la herencia funesta, que Adán transmitió á su posteridad?... ¡ Ah, en vano Dios busca su imagen en esta alma humana, que había criado á su semejanza! El pecado ha pasado sobre ella, y, como un incendio furioso, ha devorado todo cuanto hacía su belleza, no dejándola sino ruinas informes en las cuales no sabría Dios reconocer su obra, y de la que aparta su faz irritada! Hé ahí el hombre cual le ha hecho el pecado. ¿ Cómo, siendo él una criatura así degenerada, podría por sí mismo obtener las gracias, de que necesita y reconquistar el amor de su Dios? No, no, jamás!...

Un príncipe poderoso y generoso ama con ternura y predilección á un jóven soldado. Le trata con bondad, quiere hacer su fortuna, dándole una suma considerable. Hé aquí que este soldado, en vez de mostrarse agradecido y de censurar y aumentar esta suma con una prudente economía, la emplea enteramente en urdir un complot contra su bienhechor! Qué pensaríais de este ingrato, si se atreviese enseguida á presentarse haraposo delante de su príncipe, pidiéndole limosna? ¿ Comprendeis que el príncipe, justamente indignado, volviese la cabeza y rehusase concederle lo que le pide?... Pues, amados cristianos, tal es el estado del hombre.

Inocencia, justicia, inteligencia, ¿ de cuántos dones eminentes Dios no le había colmado?... Estos dones, qué se hicieron en nuestros primeros padres?... qué hemos hecho de ellos nosotros mismos? Donde los tenemos ahora? Acaso no los hemos vuelto contra nuestro bienhechor? ¿ No ha servido nuestra razón para excitar en nosotros el orgullo y la rebelión? Y violando, como lo

hemos hecho, los mandamientos de nuestro Maestro, no hemos dicho con nuestros actos, sino con nuestras palabras: « O Dios, bien puedes hacer, yo no te serviré: *Non serviam...* »<sup>1</sup> « Hay más, hemos asociado cuanto ha sido de nuestra parte las otras criaturas á nuestra rebelion. Éllas habían sido criadas para un uso legítimo, y hemos dicho á unas: serviréis para satisfacer mi gula, ó mi inclinacion á la borrachera. » Á otras: « Yo os profanaré para satisfacer mis pasiones » Y ahora, atrevete, á decir al Dios, que tantas veces has ultrajado: *Padre, escuchadme.* ¡ Ah, si tu eres sola, si Jesucristo no está allí para sostenerte, pobre alma, manchada y envilecida ¿, comprendes porqué el Criador vuelve su faz y rehusa escucharte ?

Amados hermanos míos, ¿ he recargado demasiado este cuadro? no es la pura verdad? Si, de nuestra parte y por nosotros mismos no somos sino miseria, debilidad, corrupcion y por lo tanto indignos de ser oídos favorablemente. Y sin embargo, se encuentra á veces algunas almas orgullosas ó poco instruidas, que no apoyándose sino sobre sí mismas, querrian, en cierto modo, que Dios se bajase del cielo para hacerse propicio á sus deseos!... Pero, dicen algunos, yo no hago daño á nadie, llevo una conducta honesta, regular, exenta de desorden; me parece que cuando ruego, debería obtener lo que pido, y verdaderamente para conmigo Dios no es justo, me castiga mas de lo que merezco, se muestra sordo á todos mis ruegos! » ¡ Oh, quién, pues, amados hermanos míos, nos libraré del orgullo, de este orgullo arraigado en nuestros corazones, como un roble en la roca! ¿ No veis que vuestros ruegos, porque no se apoyan sobre Jesucristo, basándose únicamente en algunas virtudes humanas y falsas que pensais tener, no merecen ser oídos? En verdad, os digo, ninguno puede acercarse al Padre, si Jesucristo no le introduce; y toda oración, que no es hecha en su nombre, que no se apoya sobre sus méritos, no es digna de ser oída favorablemente.

1. Jeremias, II, 20.

*Segunda parte.* Me falta, hermanos míos, demostraros cómo nuestras oraciones no tienen valor y eficacia sino por los méritos de nuestro divino Salvador. Si amados cristianos, consolémonos de nuestra impotencia, puesto que el Hijo de Dios, la segunda persona de la augusta Trinidad, ha querido él mismo remediarla. Pero, ¿ qué medio ha empleado? Esto se nos ha dicho muchas veces, y sin embargo, nunca es de sobra repetirlo... Escuchad aun otra vez las industrias de su amor. El vé la desdicha de los hombres, que están bajo el yugo de Satanás.

Dios no quiere ni escucharlos, ni oírlos; su santidad, su justicia se oponen á ésto. Es menester que haya una reparacion... Entonces conmovido de compasion hacia esta pobre naturaleza humana, o adorable Salvador mío, os presentais á vuestro Padre, diciéndole: « Padre santo, héme aquí: por su rebelion han los hombres contraído una enorme deuda para con vuestra justicia, vengo á pagarla, quiero ponerme en lugar suyo y responder por ellos!.. » Su oferta fué aceptada. Tomó pues la forma de esclavo, uniendo á su naturaleza divina la humana con todas sus debilidades, excepto el pecado. Él vino á habitar entre los hombres y conversar con ellos<sup>2</sup>. Sobre la cruz quedó consumado el sacrificio comenzado en el pesebre! O Jesús, por medio de vuestra muerte habéis reconciliado el hombre con Dios y reanudado las relaciones, que el pecado había roto; habeis pagado nuestra deuda enteramente, y la reparacion fué mas grande que el ultraje... Por eso, adorable Salvador, habeis recibido como Hombre-Dios, un nombre que esta por encima de todo nombre, un nombre ante el cual todo debe doblar la rodilla, un nombre poderoso en el cielo, y al cual nada puede resistir<sup>3</sup>. ¡ Ah, desde entonces fué este sagrado nombre para los hombres una señal de salvacion y reunion alrededor del cual debieron congregarse todos los que querian marchar á la conquista del reino eterno. A este nombre se abrió el cielo, y ningun ruego pudo llegar al trono del Padre Eterno, sin ser apoyado sobre este nombre bendito.

1. Hebr., x, 6 y sig<sup>tas</sup>. — 2. Baruch, III, 38. — 3. Hechos, IV, 12 — Filip., II, 9, etc.

Amados hermanos míos, sí, los santos son muy poderosos! los ángeles gozan de gran valimiento! Vos, sobre todo, ó dulcísima Madre de Jesús, vos á quien llamanos con fruicion la puerta del cielo, el socorro de los cristianos, la consoladora de los afligidos, el refugio de los pecadores, vos, á quien damos tantos otros títulos, que una alma devota no puede pronunciar sin enternecerse, vos, nuestra vida, nuestra dulzura y esperanza, cuán poderosa auréola os rodea!... ¡Bien es verdad que siempre sois oída favorablemente! Pues bien, amados oyentes, es en Jesucristo y por Jesucristo solamente que los bienaventurados, los arcángeles y la augusta María tienen este gran poder y son oídos!...

Veo las almas trabajando por introducirse en el cielo, ó á lo ménos por hacer penetrar allí sus ruegos. — ¿Quién es vuestro abogado, les dicen, en quién os apoyáis? — Yo, dice uno, me he encomendado á san Juan. Otro « á san Pedro; » Otro « á mi ángel de la guarda, » — Otro en fin « A la Virgen María. » — Muy bien; pero habéis conocido á Jesús? ¿Habéis rogado á aquellos, que os patrocinan para que intercediesen en favor vuestro cerca de Él, y os encomendasen á su nombre sagrado? Si no lo habeis hecho, saldrán estériles vuestros deseos, no podrán vuestros ruegos ser despachados, pues no existe ninguna gracia sobrenatural no hay que esperar salvacion fuera de este nombre poderoso. *Non est in alio aliquo salus* <sup>1</sup>.

Una comparación os hará comprender bien este pensamiento. Habeis oído decir muchas veces que hay dos clases de moneda, una buena, y otra sin valor. Pues bien, la oración, que no se apoyara sino sobre nuestros propios méritos, tal como esta, por ejemplo: « Dios mío, yo soy bueno, tengo tal ó cual virtud, merezco que me escuchéis », será semejante á una moneda falsa, y sin valor, la cual no pasaría ante Dios y no podría de ningún modo pagar sus gracias y beneficios. Por el contrario, la oración hecha en nombre de Jesucristo es como moneda de oro, marcada con la efigie real; tiene un valor maravilloso, Dios la recibe y

1. Cf. Hechos. iv, 12 y sigtes.

segun la palabra de Jesucristo, nos da en compensación todas las gracias, que le pedimos... *Amen, amen, dico vobis, si quid petieritis, etc.*

Esto por otra parte, amados cristianos, nos enseña la Iglesia de la más solemne manera. Ved cómo élla recurre á este poderoso abogado, como se apoya en sus méritos, como ora en él, con él y por él! ¿Acaso todas sus oraciones no se terminan por esta conclusión tan humilde como consoladora: *Per Dominum nostrum Jesum Christum*, por Jesucristo nuestro Señor?... Conclusión humilde, porque élla es un reconocimiento de nuestra impotencia, conclusión consoladora, porque nos muestra en quien reside nuestra fuerza... Si, hermanos míos, sean cuales fueren las gracias, que la Iglesia pide á Dios para sus hijos; favores espirituales ó beneficios temporales, que reclame para ellos la práctica de las virtudes ó la remisión de los pecados, la salud del alma ó la sanidad del cuerpo, todo lo solicita siempre en nombre de Jesucristo y por Jesucristo. *Per Christum Dominum nostrum*. Que élla recurra á la intercesión de los santos, á sus méritos ó á los de la santísima Virgen, siempre terminará sus súplicas con esta fórmula: *Per Christum Dominum nostrum*. « Por Jesucristo, nuestro Señor. » Tanto es verdad, amados cristianos, que no hay mérito real y dignidad en los santos, á cualquier grado de gloria que sean elevados sino por Jesucristo! Tanto es verdad, en fin, que por Él sólo nuestras oraciones pueden obtener su efecto!...

PERORACIÓN. Amados hermanos míos, encontramos en el Evangelio una oración muy breve, y sobre la cual, quiero, al terminar, llamar vuestra atención. Lázaro, el amigo de nuestro Salvador y el hermano de santa Marta y santa María Magdalena, estaba peligrosamente enfermo. Jesús era ausente. Las dos hermanas le despachan un mensajero con estas palabras solas: « Señor aquel que amas, está enfermo <sup>1</sup>. » Oración singular, pues, en efecto, cuando quiere uno obtener algun favor de un príncipe, ¿no se expresa acaso de esta manera? De ningún modo. « El que solicita tal

1. Cf. Hechos, iv, 12 y sigtes — Juan. xi, 3 y sigtes.

gracia, dice en su solicitud, os ha sido siempre afecto, os ha servido varios años con fidelidad, ha sido herido en tal ó cual batalla, defendiendo vuestra persona. Por otra parte, su padre fué uno de vuestros mejores servidores. » En una palabra, se enumeran los títulos todos, que parecen dar derecho al favor que se reclama. Pero aquí ¡qué diferencia! No se dice á nuestro divino Salvador: « Lázaro, que os ama tanto, y que os ha recibido en su casa de Betania, ese Lázaro, vuestro discípulo adicto, que por vos derramaria hasta la última gota de su sangre, está enfermo, venid á sanarle; su familia, que os es afecta, tiene derecho á algun favor de parte vuestra. » No; se emplean estas palabras solas: « *El que ama está enfermo.* » ¡Cuán magnífica es esta súplica! ¡O Jesús, todo cuanto hemos hecho en favor vuestro es nada, únicamente vuestra bondad y el amor que teneis á nuestro hermano, pueden determinaros á sanarle. » ¡Humilde demanda! ¡O Jesús! la habeis oido favorablemente, resucitando al hermano de estas dos hermanas, que os habían tan humildemente rogado!... O divino Salvador, con este mismo espíritu de humildad y de fé queremos en adelante dirigiros nuestras plegarias; O bondadoso Jesús! Aquellos que amais están enfermos, aquellas almas, por cuya salvación habeis bajado sobre la tierra, aquellas almas que habeis querido hasta derramar vuestra sangre por ellas, no, no se apoyan en su propia virtud, ni en sus méritos para imploraros, sino en vuestro nombre bendito y en el amor que las teneis.

Haced, pues, que en adelante nuestras oraciones sean unidas con las vuestras y apoyadas en vuestro nombre sagrado, al cual vuestro padre no puede rehusar nada; que le invoquemos siempre en nuestros ruegos y súplicas; que en vos y por vos pidamos acá en la tierra todas las gracias, que necesitamos, á fin de que un día en vos y por vos, seamos coronados en el cielo. Amen.

## HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO

PARA EL DOMINGO EN LA OCTAVA DE ASCENSION.

(JUAN, XV, 26-27; XVI, 4-5.)

## Influencia del Espíritu Santo sobre nuestra voluntad.

TEXTO. *Cum autem venerit Paraclitus... testimonium perhibebit de me*: Cuando viniere el Consolador... Él dará testimonio de mí.

EXORDIO. Hermanos míos, representémonos al padre mas tierno. Hélo aquí obligado á alejarse de sus hijos; él prevé el dolor que les causará su ausencia; sabe que tendrán mucho que sufrir por parte de algunos hombres injustos!... ¡Qué hará! Procurará consolarles de su separación, animándoles y fortificándoles sobre todo contra las adversidades y desdichas que van á sobrevenirles. « Yo me voy, hijos míos, les dirá, pero luego recibiréis noticias de mí; un mensajero, que será como yo mismo, vendrá de mi parte á iluminaros y dirigiros en medio de las dificultades, que os esperan... »

Esto es, hermanos míos, lo que hace nuestro divino Salvador en el Evangelio de este día. Este relato es aun una parte del discurso, que este buen Maestro dirigía á sus discípulos por la tarde del Jueves Santo durante las pocas horas, que separaron la institución de la Santa Eucaristía de su agonía en el huerto de los Olivas. « Acordaos, les habla dicho, que no es el discípulo mayor que su Maestro; si á mi me han perseguido, tambien á vosotros perseguirán. Pero cuando el Consolador, el cual os enviaré de parte de mi Padre, el Espíritu de verdad, que procede del Padre, viniere, él os dará testimonio de mí; y vosotros tambien me daréis testimonio, porque estais conmigo desde el principio. Os he dicho estas cosas, á fin de que no os escandalizeis. Os echarán de las sinagogas, y viene la hora en que cualquiera que os mate, pensará, que hace servicio á Dios. Y estas cosas os harán,

gracia, dice en su solicitud, os ha sido siempre afecto, os ha servido varios años con fidelidad, ha sido herido en tal ó cual batalla, defendiendo vuestra persona. Por otra parte, su padre fué uno de vuestros mejores servidores. » En una palabra, se enumeran los títulos todos, que parecen dar derecho al favor que se reclama. Pero aquí ¡qué diferencia! No se dice á nuestro divino Salvador: « Lázaro, que os ama tanto, y que os ha recibido en su casa de Betania, ese Lázaro, vuestro discípulo adicto, que por vos derramaria hasta la última gota de su sangre, está enfermo, venid á sanarle; su familia, que os es afecta, tiene derecho á algun favor de parte vuestra. » No; se emplean estas palabras solas: « *El que amas está enfermo.* » ¡Cuán magnífica es esta súplica! ¡O Jesús, todo cuanto hemos hecho en favor vuestro es nada, únicamente vuestra bondad y el amor que teneis á nuestro hermano, pueden determinaros á sanarle. » ¡Humilde demanda! ¡O Jesús! la habeis oido favorablemente, resucitando al hermano de estas dos hermanas, que os habían tan humildemente rogado!... O divino Salvador, con este mismo espíritu de humildad y de fé queremos en adelante dirigiros nuestras plegarias; O bondadoso Jesús! Aquellos que amais están enfermos, aquellas almas, por cuya salvación habeis bajado sobre la tierra, aquellas almas que habeis querido hasta derramar vuestra sangre por ellas, no, no se apoyan en su propia virtud, ni en sus méritos para imploraros, sino en vuestro nombre bendito y en el amor que las teneis.

Haced, pues, que en adelante nuestras oraciones sean unidas con las vuestras y apoyadas en vuestro nombre sagrado, al cual vuestro padre no puede rehusar nada; que le invoquemos siempre en nuestros ruegos y súplicas; que en vos y por vos pidamos acá en la tierra todas las gracias, que necesitamos, á fin de que un día en vos y por vos, seamos coronados en el cielo. Amen.

## HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO

PARA EL DOMINGO EN LA OCTAVA DE ASCENSION.

(JUAN, XV, 26-27; XVI, 4-5.)

## Influencia del Espíritu Santo sobre nuestra voluntad.

TEXTO. *Cum autem venerit Paraclitus... testimonium perhibebit de me*: Cuando viniere el Consolador... Él dará testimonio de mí.

EXORDIO. Hermanos míos, representémonos al padre mas tierno. Hélo aquí obligado á alejarse de sus hijos; él prevé el dolor que les causará su ausencia; sabe que tendrán mucho que sufrir por parte de algunos hombres injustos!... ¡Qué hará! Procurará consolarles de su separación, animándoles y fortificándoles sobre todo contra las adversidades y desdichas que van á sobrevenirles. « Yo me voy, hijos míos, les diré, pero luego recibiréis noticias de mí; un mensajero, que será como yo mismo, vendrá de mi parte á iluminaros y dirigiros en medio de las dificultades, que os esperan... »

Esto es, hermanos míos, lo que hace nuestro divino Salvador en el Evangelio de este día. Este relato es aun una parte del discurso, que este buen Maestro dirigía á sus discípulos por la tarde del Jueves Santo durante las pocas horas, que separaron la institución de la Santa Eucaristía de su agonía en el huerto de los Olivas. « Acordaos, les habla dicho, que no es el discípulo mayor que su Maestro; si á mi me han perseguido, tambien á vosotros perseguirán. Pero cuando el Consolador, el cual os enviaré de parte de mi Padre, el Espíritu de verdad, que procede del Padre, viniere, él os dará testimonio de mí; y vosotros tambien me daréis testimonio, porque estais conmigo desde el principio. Os he dicho estas cosas, á fin de que no os escandalizeis. Os echarán de las sinagogas, y viene la hora en que cualquiera que os mate, pensará, que hace servicio á Dios. Y estas cosas os harán,

porque no conocen al Padre ni á mí, y os digo esto, para que cuando aquella hora viniere, os acordeis, que yo os lo había dicho. »

**Proposición.** Al poner este relato evangélico en él mismo domingo, que precede á la fiesta de Pentecostes, sin duda alguna, hermanos míos, tiene por objeto la Iglesia disponernos bien á la celebración de esta solemnidad y á la venida del Espíritu Santo en nuestras almas. Entraré pues tambien en este pensamiento. Así me propongo demostraros el testimonio, que el Espíritu Santo debe dar de Jesucristo en nuestros pensamientos, en nuestros actos y en toda nuestra conducta. Pero no, este asunto sería demasiado vasto, insistiré sobre todo en la influencia que Él ha de ejercer sobre nuestra voluntad.

**División.** Para moveros á prepararos bien á la venida del Espíritu Santo en nuestras almas en el día de Pentecostes, examinaremos *en primer lugar* : lo que es nuestra voluntad, cuando ya no es dirigida por el Espíritu Santo; y *en segundo lugar* : como élla se transforma, cuando este Espíritu la guía y la conduce. Dichoso sería, si, por medio de las pocas reflexiones, que quiero haceros, os inspirara el deseo de prepararos á celebrar piadosamente la fiesta de Pentecostes.

**Primera parte.** Lo que es nuestra voluntad, cuando no es dirigida por el Espíritu Santo... Veamos, hermanos míos; vosotros todos los que me escucháis, ciertamente no sois impíos, y á pesar de éello, ¿ no se encuentran muchos entre vosotros, que están muy lejos de ser cristianos fieles y fervorosos? ¿ De qué depende esto?... Yo os lo pregunto, reflexionad; sabéis daros bien á vosotros mismos la razon de esta indiferencia, por la que descuidais ciertos deberes esenciales? Esta razon es la siguiente : Es nuestra voluntad que no obedece á las inspiraciones del Espíritu Santo, y que por su infidelidad rehusa dar testimonio á Jesucristo.

Hay en nosotros, hermanos míos, dos facultades, dos dones íntimamente unidos : el juicio y la voluntad. Si me atreviese, compararía estas dos facultades á un casamiento; y diría : el juicio es el esposo, él debe imperar, la voluntad es la esposa, élla

debe obedecer. Pues bien, la presencia del Espíritu santo en nuestras almas ilumina nuestro juicio, y da á nuestra voluntad mas rectitud y mejor disposición. Pero, ya lo sabéis, amados hermanos míos, se halla á veces de estas uniones mal acertadas, en las cuales el órden establecido por Dios no siempre se observa. A veces una mujer imperiosa quiere dominar á su esposo, gobernarle, dirigirle, y casi siempre le dirige mal. Uno de los mas perversos príncipes, que reinaron, se llamaba Acab. Sin embargo no era malo por su naturaleza, á menudo tenía algunas veleidades de hacer el bien; su conciencia á veces tenía repugnancia al mal, y la justicia no había perdido todos sus derechos sobre su corazón... Desgradaciamente se dejó gobernar por su mujer Jezabel, un monstruo de impiedad, que no retrocedía ante ningun crimen, para conseguir sus intentos. Por eso dice de él la Santa Escritura : *No hubo hombre alguno, cuya malicia fuese igual á la de Acab, el cual parecía vendido para hacer el mal delante el Señor; pues estaba empujado á esto por Jezabel, su esposa*<sup>1</sup>. Pues bien, hermanos míos, este desórden existe á menudo en el alma. Nuestra voluntad se complace en el vicio; por eso deprava, corrompe, y oscurece nuestro juicio... Decidme : si habéis jamás concebido algunas dudas contra las verdades de nuestra santa religion, ¿ no ha sido despues de ciertas caidas? ; no ha sido á consecuencia de malos hábitos contraídos? No quería ya vuestra voluntad hacer el bien, y á pesar de las reclamaciones de vuestra conciencia, ha empujado vuestro juicio y vuestra inteligencia á rechazar la verdad!... Sí, cristianos, hácese uno incrédulo é impío, porque es vicioso y culpable...

Y, en efecto, hermanos míos, para convertir la mayor parte de los incrédulos, bastaría volver á traer su voluntad al bien. Supongamos, que estais enfermos, enseguida mandais venir á un médico : « Doctor, le decís, desde algunos días no me siento bien, tengo terrible dolor de cabeza, en este mismo momento me parece que todo gira en este cuarto á mi rededor. ¿ Son vértigos? — Sí,

1. III Reyes, XXI, 25.

amigo mío, responde el doctor. — Además no puedo ya dormir, estoy muy agitado; por otra parte, si no tuviera dolor de cabeza, me encontraría bien. — Tened cuidado, Señor mío, replica el médico, esta enfermedad es muy peligrosa y necesita pronto remedio. Es menester desde luego purgar el estómago. — ¡El estómago!... Pero solamente de la cabeza me siento mal y no del estómago. — Mire vd. señor mío, que la enfermedad está en el interior, y las dolores de cabeza no son sino una señal, un síntoma. — Pero pensaba, prosigue el enfermo, que, aplicándome ciertos perfumes y poniendo algunas compresas sobre mi frente, me bastaría esto. — De ningún modo, caro amigo, y si queréis curar, dejadme atacar el mal en su raíz<sup>1</sup>... » Apliquemos, hermanos míos, esta comparación. ¿Queréis no tener ya más de estas dudas é incertidumbres, que, semejantes á unos verdugos, vienen á atormentar vuestro espíritu? Queréis que las verdades de la religión se os presenten tan claras como en el día de vuestra primera comunión, y que vuestra fé sea tan viva como entonces? Pues, renunciad á tal ó cual mala costumbre, mortificad esa avaricia, que es causa de que profaneis el santo día del Domingo, evitad esas peligrosas ocasiones, en las cuales habeis tantas veces sucumbido; en una palabra, haced que vuestra voluntad sea recta, justa, santa, y estad seguros de que recobraréis la fé, y vuestro espíritu quedará sano.

*Segunda parte.* Pero, ¿quién, hermanos míos, dará á nuestra voluntad la fuerza necesaria, para resistir á tantas seducciones, que la arrastran hacia al mal, y para vencer los obstáculos, que la desvían del bien?... Sólo vos, ó Espíritu Santo, Espíritu de fortaleza y de verdad, sólo vos podéis sanar á esta pobre herida, derramando en nuestros corazones la caridad y el amor de Dios. Ved, pues, amados oyentes, como sin el socorro del Espíritu divino, sin estas gracias especiales que comunica á las almas, que le ruegan y solicitan su asistencia, no podemos nada. ¿Y no lo hemos muchas veces experimentado?... No hemos hecho dema-

1. Cf. S. Leonardo de Puerto Mauricio, *Sermo sobre la fé.*

siado á menudo la triste experiencia de nuestra flaqueza? ¿De donde vienen, decidme, las mas graves caídas, que hemos tenido en el curso de nuestra vida? No es porque hemos descuidado la oración y olvidado llamar al Espíritu Santo á nuestro socorro?...

Representaos un hombre ignorante en el arte de nadar á la orilla de un río ancho, profundo y rápido. ¿Cómo podrá éste alcanzar la orilla opuesta?... Si trata de cruzar el río, ¿no es cierto que será sumergido? Pero hé aquí que una nave viene á su encuentro, un piloto hábil la dirige; sube en esta navicilla, y cruza sin accidente este río peligroso; ¡Pues bien! nuestra voluntad aislada, sola, abandonada á sí misma, es este pobre viajante; este río rápido y hondo es la imagen de este mundo y de los peligros, que nos presenta; es, si lo queréis, la imagen de nuestra vida sobre la tierra y de las tentaciones todas, que la acompañan! Solos y desprovistos de socorro, es seguro, que pereceremos. Pero la gracia de Dios ayudándonos, es como una navicilla que nos sobrelleva; más aun, es la guía, es el piloto, que ha de conducirnos á la orilla opuesta, es decir, á la vida eterna. Esta voluntad tan débil, la cual, abandonada á sí misma, oscurecía nuestra inteligencia y aminoraba la fé en nosotros, ah! la veis, como desde el momento que está fortalecida y guiada por el Espíritu Santo, contribuye élla á desarrollar en nuestra inteligencia las luces de la fé y el conocimiento de las cosas divinas!...

Cuántos ejemplos podríamos citaros! Penetremos juntos en las soledades del Egipto. Hé aquí á san Antonio, venerable anciano, sin letras, ni estudios de ninguna clase; pero el Espíritu Santo, ha derramado el amor de Dios en su corazón. Pasa las noches orando, vigila con gran cuidado sobre los pensamientos de su alma y sobre los actos de su voluntad. Para recompensarle de su fidelidad, le ha fortalecido el Espíritu divino contra las tentaciones. En vano, oh Satanas, te disfrazas de mil maneras para asustarle é inducirle al mal; ¡vanos esfuerzos! él será tu vencedor... Pero considerad, también como esta tan fiel voluntad proporciona al Santo luces y conocimientos sublimes!

Los doctores más ilustres van á consultarle. Habiéndose susci-

tado una herejía terrible, este solitario, ignorante en las ciencias humanas, abandona su desierto, recorre las calles de Alejandria y confunde con admirable manera los sofismas del error! Vosotras, doncellas, escuchad otro ejemplo, él de vuestra santa patrona. Piadosa, modesta, viviendo aislada Santa Catalina supo desde la más tierna edad, y á pesar de todas las seducciones de la juventud, conservar su corazón y voluntad fieles á las leyes del Señor. Se la arresta, se la prende y condena como cristiana á morir por su fé. Pero antes de derramar su sangre había élla confundido toda la ciencia y refutado todos los argumentos de los doctores paganos mas instruidos... Noble doncella, ¿quién, pues, os habia comunicado esta sublime elocuencia y estas brillantes claridades sobre nuestros divinos misterios? Era, hermanos míos, era el Espíritu Santo, quien, para recompensar la fidelidad de su voluntad, había derramado, como á torrentes, sus luces en la sublime inteligencia de la santa.

Sin duda, hermanos míos, no pretendemos merecer y obtener tales favores. Pero he querido citaros esos ejemplos, que podría multiplicar, para mostraros, como la voluntad purificada, fortalecida por el Espíritu Santo y cumpliendo fielmente la ley de Dios, contribuye á afirmar la fé en nosotros y á iluminar nuestro juicio sobre los misterios y las verdades de nuestra santa religión. Si pues, deseamos que nuestra fé sea mas viva, que los ejercicios de piedad nos sean mas dulces y que el cumplimiento de nuestros deberes sea para nosotros más fácil, esforcémosnos en reglar bien nuestra voluntad. La inteligencia, es verdad, tiene una gran influencia sobre nuestros actos, pero no es ménos verdad que nuestra voluntad ejerce aun muchas veces una poderosa influencia sobre nuestros pensamientos y creencias...

PERORACIÓN. Amados hermanos míos, habría podido mostraros el testimonio, que este Espíritu da á nuestro divino Salvador en nuestras almas, á quienes ilumina por medio de la fé, por los dones de inteligencia, de consejo, de sabiduría; pero he preferido hablaros del testimonio, que ha de dar en nuestras voluntades por medio de la fidelidad y del don de fortaleza. ¡ Ah! hermanos míos, lo

que nos falta es quizás más aun la fortaleza para obrar, que la inteligencia para creer... Nuestra voluntad es débil, tiembla ante el respeto humano, teme los esfuerzos que debemos hacer, para cumplir con nuestros deberes y triunfar de nuestras pasiones... Élla rehusa la lucha, y cual barca abandonada, se deja llevar á merced de la corriente, que ha de conducirla al abismo... O Espíritu divino, venid, pues, á gobernarla vos mismo, venid á llenar nuestros corazones y á abrasarlos con el fuego de vuestro amor. Durante estos días, que preceden al aniversario de vuestra bajada sobre los Apóstoles, hacednos la merced de pensar en nosotros, de suspirar hacia vos, de comprender bien la necesidad que tenemos de vuestra venida; purificad en nosotros lo que está manchado, sanad lo que está enfermo. Pero sobre todo, ó Espíritu de fortaleza, en estos tiempos de desfallecimiento, en que tantas almas no se atreven á afirmar su fé, y la esconden en lo más recóndito de sí mismas, como un tesoro inútil, concedednos el don de fortaleza, á fin de que nuestra voluntad fortalecida, triunfando del respeto humano y de otros tantos obstáculos, que se alzan ante élla, sepa mostrarse fiel en el cumplimiento de todos nuestros deberes. Ojalá que, con el socorro de vuestra gracia, no nos avergoncemos jamás de nuestra fé, y sepamos dar testimonio á Jesucristo por medio de nuestros actos, y merecer así que en el día del juicio este adorable Salvador nos reconozca por sus discípulos y nos acoja ante su Padre. Así sea.

HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO

DEL DOMINGO PENTECOSTES.

(JUAN, XIV, 23-31).

Espíritu Santo, espíritu de fortaleza y mansedumbre.

TEXTO. *Paraclitus autem Spiritus Sanctus... vos docebit omnia. El*

tado una herejía terrible, este solitario, ignorante en las ciencias humanas, abandona su desierto, recorre las calles de Alejandria y confunde con admirable manera los sofismas del error! Vosotras, doncellas, escuchad otro ejemplo, él de vuestra santa patrona. Piadosa, modesta, viviendo aislada Santa Catalina supo desde la más tierna edad, y á pesar de todas las seducciones de la juventud, conservar su corazón y voluntad fieles á las leyes del Señor. Se la arresta, se la prende y condena como cristiana á morir por su fé. Pero antes de derramar su sangre había élla confundido toda la ciencia y refutado todos los argumentos de los doctores paganos mas instruidos... Noble doncella, ¿quién, pues, os habia comunicado esta sublime elocuencia y estas brillantes claridades sobre nuestros divinos misterios? Era, hermanos míos, era el Espíritu Santo, quien, para recompensar la fidelidad de su voluntad, había derramado, como á torrentes, sus luces en la sublime inteligencia de la santa.

Sin duda, hermanos míos, no pretendemos merecer y obtener tales favores. Pero he querido citaros esos ejemplos, que podría multiplicar, para mostraros, como la voluntad purificada, fortalecida por el Espíritu Santo y cumpliendo fielmente la ley de Dios, contribuye á afirmar la fé en nosotros y á iluminar nuestro juicio sobre los misterios y las verdades de nuestra santa religión. Si pues, deseamos que nuestra fé sea mas viva, que los ejercicios de piedad nos sean mas dulces y que el cumplimiento de nuestros deberes sea para nosotros más fácil, esforcémonos en reglar bien nuestra voluntad. La inteligencia, es verdad, tiene una gran influencia sobre nuestros actos, pero no es ménos verdad que nuestra voluntad ejerce aun muchas veces una poderosa influencia sobre nuestros pensamientos y creencias...

PERORACIÓN. Amados hermanos míos, habría podido mostraros el testimonio, que este Espíritu da á nuestro divino Salvador en nuestras almas, á quienes ilumina por medio de la fé, por los dones de inteligencia, de consejo, de sabiduría; pero he preferido hablaros del testimonio, que ha de dar en nuestras voluntades por medio de la fidelidad y del don de fortaleza. ¡ Ah! hermanos míos, lo

que nos falta es quizás más aun la fortaleza para obrar, que la inteligencia para creer... Nuestra voluntad es débil, tiembla ante el respeto humano, teme los esfuerzos que debemos hacer, para cumplir con nuestros deberes y triunfar de nuestras pasiones... Élla rehusa la lucha, y cual barca abandonada, se deja llevar á merced de la corriente, que ha de conducirla al abismo... O Espíritu divino, venid, pues, á gobernarla vos mismo, venid á llenar nuestros corazones y á abrasarlos con el fuego de vuestro amor. Durante estos días, que preceden al aniversario de vuestra bajada sobre los Apóstoles, hacednos la merced de pensar en nosotros, de suspirar hacia vos, de comprender bien la necesidad que tenemos de vuestra venida; purificad en nosotros lo que está manchado, sanad lo que está enfermo. Pero sobre todo, ó Espíritu de fortaleza, en estos tiempos de desfallecimiento, en que tantas almas no se atreven á afirmar su fé, y la esconden en lo más recóndito de sí mismas, como un tesoro inútil, concedednos el don de fortaleza, á fin de que nuestra voluntad fortalecida, triunfando del respeto humano y de otros tantos obstáculos, que se alzan ante élla, sepa mostrarse fiel en el cumplimiento de todos nuestros deberes. Ojalá que, con el socorro de vuestra gracia, no nos avergoncemos jamás de nuestra fé, y sepamos dar testimonio á Jesucristo por medio de nuestros actos, y merecer así que en el día del juicio este adorable Salvador nos reconozca por sus discípulos y nos acoja ante su Padre. Así sea.

HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO

DEL DOMINGO PENTECOSTES.

(JUAN, XIV, 23-31).

Espíritu Santo, espíritu de fortaleza y mansedumbre.

TEXTO. *Paraclitus autem Spiritus Sanctus... vos docebit omnia. El*

consolador, que es el Espíritu Santo... os enseñará todas las cosas.

Exordio. Hermanos míos, nuestro divino Salvador se había vuelto hacia su Padre, sus Apóstoles le habían visto subir glorioso y triunfante á los cielos; tristes de su partida, habían regresado á Jerusalem, para esperar el cumplimiento de las promesas, que les había hecho. Y qué les había prometido? En varias circunstancias les había dicho: « No os dejaré huérfanos; os enviaré el Espíritu Consolador para consolaros de mi ausencia, para fortaleceros contra las luchas, que tendréis que sostener y haceros comprender bien todas las enseñanzas, que yo mismo os he dado. Pocas horas antes de morir, queriendo precaverlos contra los desfallecimientos, que podían sentir con respecto á la Pasión, insistía con fuerza sobre esta venida del Espíritu Santo, que les enviaría, para encender sus almas, iluminarlas y completar su educación apostólica... Leemos, en efecto, en el Evangelio de este día que les dijo. « Si alguno me ama, guardará mis mandamientos; y mi Padre le amará, y vendremos á él, y haremos mansion en él. Él que no me ama, no guarda mis palabras; y la palabra que habeis oído, no es mía, sino del Padre que me envió. Estas cosas os he hablado estando con vosotros, mas el Consolador que es el Espíritu Santo, al cual el Padre enviará en mi nombre, os enseñará todas las cosas, que os he dicho. La paz os dejo, mi paz os doy, no como el mundo la da, yo os la doy. No se turbe vuestro corazón, ni tenga miedo... Me voy, y vengo á vosotros » en la persona del Espíritu Santo, que procede de mi Padre y de mí.

¿Quién no admirará aquí la bondad de Nuestro Señor? Decíamoslo el último domingo: Se muestra Él para con sus Apóstoles lo mismo que el más tierno padre para con sus hijos. Estando á punto de alejarse de ellos, les precave contra la tristeza y el abatimiento. Tened confianza, amigos míos, les dijo, mi paz os doy, me voy, pero no os abandono. Vuelvo á vosotros en cierto modo en la persona del Espíritu divino, de quien tantas veces os he hablado; él será para vosotros un consolador, un Maestro y un apoyo... »

PROPOSICIÓN. Hablemos pues, hermanos míos, en tan solemne día, hablemos de este Espíritu divino, que bajó sobre los Apóstoles en el día de Pentecostes. Considerando los dones que derramó sobre los discípulos de Jesús, digamos también el efecto que ha de producir en las almas, que le reciben con docilidad... Explicaros estos dones todos sería demasiado largo; me detendré solamente en los dos, que me parecen indicados en el Evangelio del día de hoy...

DIVISIÓN. *En primer lugar*: el don de fortaleza para guardar la palabra de Jesucristo y atestiguarle nuestro amor; *en segundo lugar*: la mansedumbre para conservar esta paz, que Jesucristo dió á sus Apóstoles, cuando les dijo: *Os doy mi paz.*

*Primera parte.* Don de fortaleza. ¿Quiénes eran, pues, esos personajes, los Apóstoles de nuestro divino Salvador?... — Unos simples hombres del pueblo, pobres artesanos ó pescadores, que no tenían estudios de ninguna clase. No os diré cuantas veces habría podido su buen Maestro quejarse de la ignorancia y dureza de espíritu de ellos!... Y, sin embargo, o bondadoso Jesús, no sólo los tolerasteis, sino que también amasteis y escogisteis á esos hombres simples; y queriendo que la institución de vuestra religión fuese una obra verdaderamente divina, tomasteis para propagarla todo cuanto había de más débil y menospreciado en el mundo! Vedles, hermanos míos, á esos hombres tímidos y pávidos, huyendo en el día de su Pasión, y encerrándose cuidadosamente despues de la Resurrección, por miedo de los Judíos!... ¡Oh, como necesitan mucho valor, energía y fortaleza divina, para cumplir la difícil misión, á la cual Dios les tiene destinados! No es desconocida de su divino Maestro su debilidad; por eso les dijo antes de dejarlos: *Permaneced en la ciudad de Jerusalem, hasta que seáis revestidos de la virtud de lo alto*<sup>2</sup>. Jesús en presencia de sus apóstoles ha subido á los cielos; y así han sido ellos testigos de su Resurrección y de su gloriosa Ascensión. Con esto ¿han quedado ellos mas firmes, y más valerosos? No lo sé... Lo

1. I Cor., 1-27.

2. Hechos., ii, iii, etc.

averiguado es que, llenos de confianza en la palabra de su divino Maestro, esperan el cumplimiento de sus promesas!... Santa docilidad á la palabra de Jesús, tú vas á merecerles la venida del Espíritu santo en sus corazones!... Hélos aquí, amados cristianos, todos están congregados... ¿Qué hacen?... Perseveran en la oración!... Dulce Virgen María, sin duda estais en medio de ellos, formais parte de esta santa junta, conspirais con ellos á la salvación del mundo, dándoles el ejemplo de esta perseverancia en la oración!...

Hélos aquí, pues, congregateos en casa de una familia, que fué amada de Jesús; quizás estan las puertas cerradas, segunda vez por temor de los Judíos. Si, pero esperad... Son las nueve de la mañana, (segun los Judíos, es la tercera hora del dia.) De repente, en medio de la calma mas profunda, se sintió un gran estruendo, semejante á una tempestad con viento furioso. Y hé aquí que lenguas de fuego aparecen sobre cada uno de ellos... Dulce y misterioso símbolo de fortaleza y mansedumbre del Espíritu Santo, estas lenguas penetran hasta en lo más hondo de su corazón, para enfervorizarles y fortalecerles...

¡Ah! puertas del Cenáculo, abrid, nada podrá hacerles temblar en adelante, el Espíritu Santo habita en sus almas!...

Una muchedumbre confusa se ha congregado al rededor de la casa, en donde están los discípulos del Salvador. Aquella ha percibido este ruido extraordinario, é ignora la causa del mismo. Los Apóstoles trasformados, entusiasmados é inflamados del deseo de hacer conocer su adorable Maestro, predicán á Jesucristo á esta muchedumbre confusa, y los extranjeros mismos comprenden su lenguaje, porque el Espíritu santo les ha comunicado el don de lenguas. Los unos, siempre endurecidos, acogen sus discursos con burlas, diciendo: « Esos hombres están borrachos!... » Miserables incrédulos!.. ¿Borrachos? Si, lo son, pero de un vino que sólo conocen las almas piadosas y los corazones generosos. Si, están ébrios del amor divino, del deseo de hacer conocer su ado-

1. Hechos., II III, etc.

rable Maestro, de propagar su doctrina, y darramar por Él toda su sangre!...

Hé aquí, en efecto, á Pedro, que se adelanta: « Este prodigio de que sois testigos, les dijo, estas lenguas extranjeras que os hablamos, no las hemos estudiado; nos fueron reveladas por el Espíritu divino, que nos ha enviado Jesús, nuestro Maestro, este verdadero Mesias, este Hijo de Dios, que habeis crucificado. » Y tres mil hombres, atónitos de este milagro, se convierten á este primer discurso.

Pocos dias despues, el Apóstol, en nombre de Jesucristo, sanó un pobre estropeado de cuarenta años de edad, el cual desde su juventud mendigaba á la puerta del templo. Al saber este prodigio, se congrega numerosa muchedumbre alrededor de san Pedro y san Juan. Pedro tomando la palabra les dijo: « ¿Estais maravillados de esta curación? No la he hecho yo, sino este Jesús que habeis crucificado, à pesar de Pilatos, que le declaraba inocente: Dios le ha resucitado, sólo por virtud de Él obramos milagros, y en su nombre solo podeis ser salvos. Pero, o venerable Apóstol, de dónde os ha venido esta fuerza y valor? Hace algunas semanas solamente temblabais á la voz de una simple criada, jurabais no conocer á este hombre, y hé aquí que ahora en presencia de una inmensa multitud confesais que Él es Dios, y que cualquiera, que rehuse invocar su nombre, no será salvo!... Quién, pues, os ha comunicado esta energía?... O Espíritu santo, Espíritu de fortaleza, es que Vos habeis descendido en esta alma y la habeis transformado. Si, eso es obra vuestra!

Cinco mil hombres se convierten á este segundo discurso de S. Pedro. Pero se le prende y es llevado á la cárcel con sus compañeros. Prometed, les dicen los jueces, de no hablar más de este Jesús, y recobraréis la libertad. No podemos, respondieron todos unánimemente, no podemos guardar silencio sobre lo que sabemos y hemos visto con nuestros propios ojos. Imposible á nosotros, el Espíritu divino nos impele á afirmar, confesar y predicar nuestra fé en Jesucristo. — En efecto, o santos Apóstoles, vosotros habeis predicado esta fé á los cuatro vientos del mundo, y

habeis derramado vuestra sangre para atestiguar la divinidad de Jesucristo.

Hé ahí, hermanos míos, cómo el Espíritu santo es espíritu de fortaleza, cómo él trasforma á las almas y les comunica la energía necesaria para « guardar la palabra » es decir, para practicar la doctrina de Jesucristo y confesarla, hasta morir, si es menester... ¡ Oh, cuán necesario ó indispensable nos es este don de fortaleza sobre todo en estos días que alcanzamos!... No, no es la inteligencia, no es tampoco la fé lo que mas nos falta, sino la fortaleza. Somos cristianos, amamos el bien, la verdad; en el fondo de nuestros corazones hay aun no sé qué rincón secreto, en donde la religion de Jesucristo tiene su santuario.

Pero, como á san Pedro, antes de recibir el santo Espíritu, la palabra de una simple criada nos haría negar nuestra fé, no osamos confesarla, ni manifestarla delante de los hombres, tenemos miedo de los indiferentes, temblamos delante de los impíos, nos excusamos de no ser como ellos; dichosos aun, si nuestra cobardía no llega hasta á hacernos tomar parte en sus burlas y aplaudir sus blasfemias... O Dios mío, cuán cobardes somos! Espíritu de fortaleza, venid, pues, á animarnos, dándonos la energía necesaria para afirmar abiertamente, que amamos á Jesús, que queremos guardar su palabra, creer en su doctrina y observar sus mandamientos.

*Segunda parte.* He añadido, hermanos míos, que siendo el Espíritu santo espíritu de fortaleza es al propio tiempo espíritu de mansedumbre. « Os doy mi paz », dice Jesucristo en el Evangelio del día de hoy. Si nos de su paz, quiere que la conservemos; ¿y qué de más útil, de más indispensable, para conservar en nuestros corazones la paz de Jesucristo, que el Espíritu de mansedumbre?

Parece que, según los hombres, la fortaleza y mansedumbre son incompatibles... El hombre fuerte, duro en sí mismo, conserva algo de esta dureza con respecto á los otros, y el hombre de genio manso se muestra generalmente débil en las circunstan-

cias, en las cuales la fortaleza sería necesaria<sup>1</sup>. En la familia veréis al padre robusto duro por el trabajo, tratando con aspereza á sus hijos, y á su lado veréis la madre mansa, pero demasiado indulgente respecto á los defectos de los mismos. En un Estado, ora se verá un tiranno, con autoridad dura y despótica, sometiendo todo cuanto le resiste bajo un yugo de hierro; ora un príncipe demasiado blando, iendo de concecion en concecion, y terminando como el infortunado Luis XVI en el patíbulo, ó como tantos otros en la revolucion. Solo Dios, hermanos míos, sabe juntar estas dos cualidades en apariencia opuestas: la fortaleza y la mansedumbre. Él dice al rayo: « Vé á herir este roble. » Y el vayo parte, y quebranta á este rey de las selvas; despues vuelve á los piés de su dueño, y le dice: « Héme aqui. » Dice Dios á la gota de rocío: « refresca esa pequeña flor. » Y la gota de rocío refresca la humilde planta y le da su expansion. Sí, las leyes de la divina Providencia lo gobiernan todo con fortaleza y suavidad.

Así sucede con el Espíritu divino, comunicado á los Apóstoles en el día de Pentecostes. Ananías y Sáfira por haber mentido á pesar de las inspiraciones de su conciencia á los Apóstoles, ó mas bien á este divino Espíritu, caerán heridos de muerte súbita mientras que el eunuco de la reina Candace, hombre justo y de corazón simple, no deseando otra cosa sino la verdad, será iluminado por Felipe, á quien este Espíritu divino enviará de intento, para instruirle.

Pero para limitarnos al misterio de este día, ved, hermanos míos, como al lado de esta fortaleza sobrenatural, manifestada por los Apóstoles, aparece al mismo tiempo este espíritu de mansedumbre, compañero necesario y guardian fiel de esta paz, que Jesucristo les da. San Pedro acaba de reprochar á esta muchedumbre el crimen, que élla ha cometido, crucificando al divino Salvador. Ha valerosamente anunciado la divinidad de Jesucristo, su Resurrección gloriosa, y esta Ascensión triunfante, por la que

1. Cf. BOSSUET. *Segundo Sermon para Pentecostes.*

Jesús es colocado en el cielo á la derecha del Padre. Con estas palabras, algunos movidos de arrepentimiento le dicen : « ¿ Qué hay que hacer? ¿ Se indignará él y llevado de un celo exagerado desanimará á aquellos, que no piden sino arrepentirse? Les dirá acaso : « Infames! en el día de su Pasión, no quisisteis reconocerle, dando voces de que lo quitaran, de que desapareciese y fuese crucificado; no, no hay perdón para vosotros, sois unos malditos! »

— ¡Ah! hermanos míos, como el Espíritu Santo derrama en las almas, á las cuales ha comunicado la fuerza y energía de la fé, un sentimiento más caritativo y suave! Escuchad pues: « Hermanos, dijeron á san Pedro y á los otros Apóstoles, aquellos primeros convertidos, ¿ qué hemos de hacer?... Y Pedro les dijo con bondad: Arrepentios, que cada uno de vosotros sea bautizado en el nombre de Jesucristo, para perdón de vuestros pecados y recibiréis como nosotros el don del Espíritu Santo, porque tanto vosotros, como vuestros hijos, sois los hijos de promisión, ea ánimo, pues, huid solamente de la compañía de los impíos!... »

Como se ve bien en esa conducta, hermanos míos, á este Espíritu de mansedumbre, á este Espíritu divino, que guarda en nuestras almas la calma, la paz, esta paz inefable, que Jesucristo daba á sus Apóstoles!... Ved, por el contrario, el espíritu del mundo : ¿ no engendra con frecuencia, bajo los más frívolos pretextos, los celos, la envidia y rencores á veces implacables? Yo, soy de un partido, dice uno. — Yo soy de otro, responde el interpelado.

Y esta sola diferencia de apreciar á propósito de opiniones ó de hombres que no conocemos, de los cuales nada tenemos, ó por lo ménos hemos de esperar muy poco, y que las más de las veces nos cerrarían sus puertas, si tuviéramos realmente necesidad de sus servicios; sí, esta diferencia sola, lo sabeis, engendra odios, discordias, divisiones, no sólo en una misma parroquia, sino también muchas veces en una misma familia!... ¡ Oh miseria del es-

1. Hechos., II, 38 40.

píritu humano!... cuanto necesitamos de esta mansedumbre, que nos preserve del odio, de la envidia, y que nos hace indulgentes para con los otros! ¡ Ah! hé ahí, amados cristianos, uno de los frutos del Espíritu Santo, y que nos es necesario para guardar en nosotros la paz, que nuestro Salvador daba á sus Apóstoles.

Y ved, hermanos míos, al lado de esos rencores, de esas envidias, de esos odios, que engendra entre los hombres el espíritu del mundo; ved, repito, lo que produce el Espíritu divino, que es Espíritu de mansedumbre. Haced burla de nosotros, nos perseguís, habrían podido decir á los paganos y Judíos los Apóstoles y los primeros cristianos; pues bien! nosotros, lejos de detestaros y maldeciros, no tenemos mas que un deseo, que Dios os ilumine, os convierta y salve vuestras almas. » Así, rogaba san Estéban por sus verdugos<sup>1</sup>; así san Pablo mandaba á los fieles rogar por aquellos príncipes mismos que luego habían de condenarle á muerte<sup>2</sup>. Para resumir en dos palabras este espíritu de mansedumbre, permitidme citaros, al terminar, unas palabras, que un impío famoso pone en boca de un cristiano próximo á morir... Este hombre es un guerrero ariseo, acaba de ser herido mortalmente por un enemigo idólatra y bárbaro, llevan cerca de su lecho de muerte á este enemigo encadenado ¿ Va aquel á vengarse? No, la fé se despierta en él, el Espíritu de mansedumbre, que es el verdadero espíritu de la religión, recobra su imperio en aquella alma ulcerada, el herido perdona, y dirigiéndose á su enemigo, le dice :

De nuestros dióses vé la diferencia :  
Los tuyos, de crímenes salpicados,  
Venganza te mandan insensata  
Y el mío, cuando tu brazo me mata,  
Tender me manda mis brazos helados,  
Y abrazarte con amor é indulgencia<sup>3</sup>.

Tal es, en efecto, amados cristianos, este espíritu de mansedumbre infundido en este día á los Apóstoles : indulgencia, cari-

1. Hechos., VII, 59. — 2. Rom. XIII, 1.

3. Voltaire, *Alzire*.

dad, amor por el prójimo, disposición á perdonar las injurias, que hemos sufrido. Qué dichosos seríamos, si supiésemos juntar á este espíritu de mansedumbre, que conserva la paz de Jesucristo en nuestra alma, el espíritu de fortaleza que nos incita á no avergonzarnos de la fé cristiana, y á cumplir fielmente los mandamientos del Salvador!

PERORACIÓN. Amados hermanos míos, hubo un día en que, como los Apóstoles, recibimos el Espíritu Santo. En esta fiesta de Pentecostes, Él descendió en forma de lenguas de fuego sobre los discípulos congregados, y el día, en que recibimos el Sacramento de Confirmación, vino á nuestras almas tan realmente como entonces, aunque ninguna señal sensible manifestase su presencia.

Pues, decidme; hemos sido fieles en seguir sus inspiraciones? ¿Nuestra conducta ha mostrado siempre que, como los Apóstoles, estábamos bajo la influencia de este Espíritu de fortaleza y mansedumbre? ¿No nos hemos avergonzado nunca de nuestra fé? ¿Hemos tenido el ánimo, la energía de decir, y sobre todo de probar por nuestros actos, que reconocíamos á Jesucristo por nuestro Dios, que queríamos obedecer á sus mandamientos y someternos á su voluntad?... ¿Ah, hermanos míos, pongamos la mano sobre el corazón y nos dirá de cuantas debilidades, de cuántos desfallecimientos y cobardías somos capaces, cuando se trata de mostrarnos cristianos!... Hemos tenido también este espíritu de mansedumbre, guardian necesario de la paz con nosotros mismos, y de la paz con el prójimo? ¿Hemos sido buenos, indulgentes hacia los otros? ¿Hemos, como los Apóstoles, perdonado á nuestros enemigos, y orado por aquellos, que nos perseguían?... O Espíritu divino, espíritu de fortaleza y mansedumbre, en este día de bendición descendid de nuevo en nuestras almas, venid á inflamarlas, iluminarlas y santificarlas; derramad en las mismas esta fuerza y esta mansedumbre tan recomendadas en el Evangelio; que el divino Salvador, cuando comparezcamos ante su tribunal, pueda acogernos con misericordia y decirnos: « No os habeis avergonzado de mí delante de los hombres; pues bien! yo os reconozco por mis servidores delante de

mí Padre <sup>1</sup>. Juisteis misericordiosos y mansos, venid á disfrutar de esta tierra prometida á la mansedumbre, que es el reino eterno y la felicidad del Paraiso... »

Así sea.

## HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO

DEL DOMINGO DE LA SANTISIMA TRINIDAD.

(MAT. XXVIII, 18 y 20.)

Sobre la Santísima Trinidad; nuestros deberes para con ella.

TEXTO. — *Euntes ergo, docete omnes gentes, baptizantes eos in nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti...* Id y enseñad á todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

EXORDIO. Hermanos míos, recordaréis sin duda la cita solemne, que el Angel había dado á los Apóstoles en la mañana de la Resurrección de parte del Salvador... El mismo Jesucristo, apareciéndose á las santas mujeres, les había dicho: « Id, decid á mis discípulos, á quienes amo como hermanos, que se vayan á Galilea, y allí me verán <sup>2</sup>. »

Dóciles á este aviso los Apóstoles, seguidos de muchos discípulos, se reunieron en el lugar señalado. Allí, en la misma montaña del Tabor, donde Pedro, Santiago y Juan le habían visto transfigurado, se manifestó glorioso, y resucitado á mas de quinientos discípulos <sup>3</sup>. Despues dirigiéndose á los Apóstoles les dijo, lo que leemos en el Evangelio de este día... « Todo poder me ha sido dado en el cielo y en la tierra. Id, pues, y enseñad á todas las

1. Lucas, ix, 26. — Mat., v, 4.

2. Mat. xxvi, 32; xxviii, 7 y 10; Marcos, xiv, 28; xvi, 7.

3. Vease Rohrbacher, *Historia ecclesi.*, y Cornelio Alapide, sobre el xxviii. Capitulo de San Mateo

dad, amor por el prójimo, disposición á perdonar las injurias, que hemos sufrido. Qué dichosos seríamos, si supiésemos juntar á este espíritu de mansedumbre, que conserva la paz de Jesucristo en nuestra alma, el espíritu de fortaleza que nos incita á no avergonzarnos de la fé cristiana, y á cumplir fielmente los mandamientos del Salvador!

PERORACIÓN. Amados hermanos míos, hubo un día en que, como los Apóstoles, recibimos el Espíritu Santo. En esta fiesta de Pentecostes, Él descendió en forma de lenguas de fuego sobre los discípulos congregados, y el día, en que recibimos el Sacramento de Confirmación, vino á nuestras almas tan realmente como entonces, aunque ninguna señal sensible manifestase su presencia.

Pues, decidme; hemos sido fieles en seguir sus inspiraciones? ¿Nuestra conducta ha mostrado siempre que, como los Apóstoles, estábamos bajo la influencia de este Espíritu de fortaleza y mansedumbre? ¿No nos hemos avergonzado nunca de nuestra fé? ¿Hemos tenido el ánimo, la energía de decir, y sobre todo de probar por nuestros actos, que reconocíamos á Jesucristo por nuestro Dios, que queríamos obedecer á sus mandamientos y someternos á su voluntad?... ¿Ah, hermanos míos, pongamos la mano sobre el corazón y nos dirá de cuantas debilidades, de cuántos desfallecimientos y cobardías somos capaces, cuando se trata de mostrarnos cristianos!... Hemos tenido también este espíritu de mansedumbre, guardian necesario de la paz con nosotros mismos, y de la paz con el prójimo? ¿Hemos sido buenos, indulgentes hacia los otros? ¿Hemos, como los Apóstoles, perdonado á nuestros enemigos, y orado por aquellos, que nos perseguían?... O Espíritu divino, espíritu de fortaleza y mansedumbre, en este día de bendición descendid de nuevo en nuestras almas, venid á inflamarlas, iluminarlas y santificarlas; derramad en las mismas esta fuerza y esta mansedumbre tan recomendadas en el Evangelio; que el divino Salvador, cuando comparezcamos ante su tribunal, pueda acogernos con misericordia y decirnos: « No os habeis avergonzado de mí delante de los hombres; pues bien! yo os reconozco por mis servidores delante de

mí Padre <sup>1</sup>. Juisteis misericordiosos y mansos, venid á disfrutar de esta tierra prometida á la mansedumbre, que es el reino eterno y la felicidad del Paraiso... »

Así sea.

## HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO

DEL DOMINGO DE LA SANTISIMA TRINIDAD.

(MAT. XXVIII, 18 y 20.)

Sobre la Santísima Trinidad; nuestros deberes para con élla.

TEXTO. — *Euntes ergo, docete omnes gentes, baptizantes eos in nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti...* Id y enseñad á todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

EXORDIO. Hermanos míos, recordaréis sin duda la cita solemne, que el Angel había dado á los Apóstoles en la mañana de la Resurrección de parte del Salvador... El mismo Jesucristo, apareciéndose á las santas mujeres, les había dicho: « Id, decid á mis discípulos, á quienes amo como hermanos, que se vayan á Galilea, y allí me verán <sup>2</sup>. »

Dóciles á este aviso los Apóstoles, seguidos de muchos discípulos, se reunieron en el lugar señalado. Allí, en la misma montaña del Tabor, donde Pedro, Santiago y Juan le habían visto transfigurado, se manifestó glorioso, y resucitado á mas de quinientos discípulos <sup>3</sup>. Despues dirigiéndose á los Apóstoles les dijo, lo que leemos en el Evangelio de este día... « Todo poder me ha sido dado en el cielo y en la tierra. Id, pues, y enseñad á todas las

1. Lucas, ix, 26. — Mat., v, 4.

2. Mat. xxvi, 32; xxviii, 7 y 10; Marcos, xiv, 28; xvi, 7.

3. Vease Rohrbacher, *Historia ecclesi.*, y Cornelio Alapide. sobre el xxviii. Capitulo de San Mateo

gentes, bautizándolas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Enseñadles á cumplir todo lo que yo os he mandado. Hé aquí que estoy con vosotros hasta el fin de los siglos. »

Hermanos míos, cuántas cosas encierran estas pocas palabras! Jesús resucitado es quien habla y afirma de una manera solemne el poder grande, que le ha sido dado. Hace poco todavía, en la semana, que precedió á su Pasión, decía á sus Apóstoles: « Es necesario que yo sea entregado á los Judíos, azotado, crucificado y muerto!... » Pero hoy, qué cambio!... Cuán diferente es su lenguaje! *¿ Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra!...*  Adorable Salvador habeis resucitado; ¡ ah sí, ese poder os es bien debido despues de las humillaciones y dolores de vuestra pasión! — Id, pues, dijo á los Apóstoles, el mundo entero me pertenece; enseñad á todas las gentes, á todas, sin exceptuar ni una sola, he muerto por todos los hombres, y he recibido por herencia de mi Padre todas las naciones <sup>1</sup>. Bautizadlas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. » No, no se trata ya del bautismo de Juan, que no era sino una preparación para la justificación de las almas; sino de un bautismo que por sí mismo las santifica, las hace justas y agradables á los ojos de Dios...

**Proposición.** De estas tres divinas personas, en cuyo nombre hemos sido bautizados, de este augusto misterio de la adorable Trinidad, cuya fiesta celebramos hoy, me propongo, hermanos míos, deciros algunas palabras esta mañana.

**División.** Examinaremos: *primeramente*: lo que estamos obligados á creer en este misterio; *Segundo*: los motivos sobre los cuales descansa nuestra fé; y *tercero*: deduciremos despues algunas conclusiones prácticas.

**Primera parte.** Es posible, carísimos hermanos, que en esta instrucción, para hacerme entender, me vea obligado hacer uso de comparaciones... ¡ Ah, estas comparaciones serán muy imperfectas, porque ninguna puede aplicarse á Dios con entera exactitud! ¡ Oh Dios mío, ¡ oh Trinidad Santa, aquí bien podemos

1. Ps. II, 8.

con vuestra gracia bendeciros, creer en vos, adoraros; pero comprenderos,... jamas!... ¿ Quién podra sondear las profundidades de vuestra esencia, decir lo que sois? No, ninguna criatura podrá ser comparada con vos; porque, ¿ quién es semejante á vos?... *Quis ut Deus?...*

El misterio de la Santísima Trinidad es la base, el fundamento, el origen de donde dimanen todos los demás misterios, todas las demás verdades de nuestra santa religión. Examinad, hermanos míos, el papel, la función del corazon en el hombre... ¿ No es el principio y el origen de la vida? No es él que distribuye á todo nuestro cuerpo la sangre, esta savia vivificante, sin la que ninguno de nuestros miembros podría subsistir. Quitad el corazon, ó suspended solo sus movimientos, la vida cesa en el mismo instante. Pues bien, la Santísima Trinidad es el corazon que dá la vida, es el principio, el fundamento sobre el que descansa todo el edificio de nuestra fé... El misterio de la Encarnación, el de la Redención, todas las verdades, que de ellos se derivan, descansan sobre la Trinidad, vienen de ella, como la rama nace del tronco que la produce. La Encarnación es la segunda persona de la Beatísima Trinidad, que toma un cuerpo y un alma. La Redención es esta misma persona, que muere en cuanto el cuerpo en una cruz, por redimirnos... La Iglesia es su institución divina, los Sacramentos, esos canales preciosos por los cuales la gracia llega á nuestras almas; todas estas dulces y saludables verdades no son más, que consecuencias de la Encarnación de nuestro divino Salvador. Por lo tanto, no siendo la Encarnación mas que una manifestación de la Santa Trinidad, ¿ no es evidente que este augusto misterio, es como decía, el origen, la fuente, el principio de todas las demás verdades?...

De ahí, hermanos míos, que el conocimiento de este misterio, para el que tenga uso de razon, es de tal manera indispensable, que el que lo ignore no puede confesarse ni comulgar. Pero admiremos aquí, hermanos míos, la bondad de Dios... No exige Él que penetremos en las profundidades de este misterio, que conozcamos sus insondables arcanos!... No, ¡ Oh Dios tres veces

santo, vos conocéis la flaqueza y la incapacidad del espíritu humano, y como buen padre, no pedís de vuestros hijos ningún imposible, ni aun nada difícil!...

Acordémonos, hermanos míos, de lo que aprendimos en el catecismo... El misterio de la adorable Trinidad es un solo Dios en tres personas; el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo; estas tres personas, aunque distintas entre sí, no forman más que un sólo y simplícísimo Dios. El Padre es Dios, el Hijo es Dios, el Espíritu Santo es Dios, y sin embargo, no son tres Dioses, sino un solo Dios. Todas las tres personas son igualmente perfectas, eternas, en una palabra, las tres son iguales en edad, en sabiduría, en poder y en todas las cosas. Hé ahí lo que debemos creer respecto á la Santísima Trinidad!...

*Segunda parte.* Por consiguiente, decidme, cristianos, habría podido el hombre descubrir jamás esta verdad, adivinar este misterio?... ¡ Oh no; Dios está muy por encima de nosotros, y no sería Dios, si una inteligencia limitada como la nuestra pudiese comprenderle. O dulce Salvador Jesús, vos nos lo habeis hecho conocer. ¡ Oh verdad infalible! creemos este misterio por vuestra palabra. Quiero, hermanos míos, recordaros tan sólo algunas palabras del Evangelio.

Ved á Jesús dejando esa humilde casa de Nazaret, donde ha pasado su juventud. Pobre taller de San José, santificado por su trabajo, Él te deja!... ¡ Oh María, su dulce y piadosa Madre, ya no vendrá sino raras veces á sentarse en esa mesa frugal, donde durante la comida gozabais de sus celestiales conversaciones! Pero ¿ á donde va? ¿ Qué va á hacer? Se dirige á la orilla del Jordán; antes de comenzar su misión pública, va á recibir humildemente el bautismo de las manos de san Juan Bautista! Sí, es el mismo Hijo de Dios, hecho hombre por nosotros, que baja á los bordes del río!... Santo precursor, vuestro corazón se estremece viéndole venir; quereis arrojaros á sus piés! Y hé aquí que en el momento mismo en que le bautizais se oye de lo alto del cielo la voz del Padre eterno: *Este es mi Hijo muy amado, oíde.* Y mientras que esta voz retumbaba en los bordes del Jordan, el

Espíritu Santo, la tercera persona de la augusta Trinidad, apareciendo en forma de paloma, se venía á posarse sobre la cabeza de nuestro Salvador <sup>1</sup>... » Admirable manifestación, que precedió á la misión pública del divino Redentor, y por la cual las tres personas divinas han querido demostrar, que cada una de ellas concurría á nuestra justificación: el Padre al darnos su Hijo muy amado; el Hijo al entregar para nosotros su vida; el Espíritu Santo, al descender en nuestras almas, para hacer allí fructificar las enseñanzas del divino Maestro, y las gracias, que nos había merecido...

Hé aquí, ¿ no es verdad, hermanos míos?, hé aquí en esta circunstancia la manifestación de las tres personas divinas. Éllas aparecieron en el bautismo de Jesús; pues bien, serán también invocadas, cuando un bautismo mas santo, mas eficaz, y del cual él de San Juan no era mas que un imperfecto símbolo, sea aplicado á cada uno de nosotros.

Es Jesucristo que lo quiere así; es Él, quien lo manda! Oh Trinidad santa, Trinidad adorable, os debemos la vida del cuerpo: la vida espiritual de nuestras almas será igualmente obra vuestra.

Id, dice Jesucristo á sus Apóstoles, enseñad á todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo... ¿ No vemos aun aquí, amados oyentes, un testimonio manifiesto, evidente de la existencia de las tres personas divinas!...

Pero, ó divino Salvador, puesto que solo sois él que para rescatarnos, habeis tomado un cuerpo y un alma, puesto que solo habeis sufrido para nosotros la muerte en la cruz, porqué no decís, que se nos bautice solamente en vuestro nombre? ¿ No sois el autor de los sacramentos? ¿ No es de vuestros méritos que reciben ellos toda su virtud?... ¡ Ah, hermanos míos, escuchad lo que dice en su Evangelio. « Mi Padre y yo, no somos más que una cosa; lo que posee mi Padre es mio, y lo que poseo es de mi Padre <sup>2</sup>. Después, en varios otros pasajes: « El Espíritu

1. Mat., III, 16; Marc, I, 10; Lucas, III, 22; Juan, I, 32.

2. Juan, X, 30; XXVII, 22.

Santo recibirá de mí, y por su parte Él, me devolverá lo que le doy dándome testimonio, y haciéndome conocer mejor; es el Espíritu de mi Padre, es el mío <sup>1</sup>. Admirable unidad, Trinidad adorable, Dios único en tres personas!... Sí, me prosterno á vuestros piés y os adoro desde lo mas íntimo de mí alma!... ¡ Ah, despues de estas palabras y enseñanzas de nuestro divino Maestro, ya no me sorprende el oír á San Juan Evangelista, clamando: *Tres son los que dan testimonio en el cielo, el Padre, el Verbo, y el Espíritu Santo, y estos tres son una misma cosa* <sup>2</sup>. Hé ahí, hermanos míos, sobre que fundamento sólido descansa nuestra fé, en el misterio de un solo Dios en tres personas que son: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo: creámoslo segun el Evangelio, segun la palabra misma de Jesucristo, que es la verdad infalible...

*Tercera parte.* Podría ahora, hermanos míos, citaros algunas comparaciones que parecen, hasta cierto punto, darnos una imágen de la Santísima Trinidad... Podría deciros, que en el sol, el disco redondo que parece á nuestros ojos, el calor y los rayos son tres cosas distintas que no forman más que uno solo y mismo astro. Bajando sobre la tierra, diríamos: la fuente, el arroyo, y el rio encierran una sola y misma agua. Las raices, el tronco, las ramas, aunque distintos, no forman mas que un solo y mismo árbol <sup>3</sup>... Si aun quisiéramos tambien penetrar dentro de nosotros mismos, encontraríamos impresa en nuestra alma una gloriosa semejanza de la augusta Trinidad; en efecto, nuestra memoria, nuestra inteligencia y voluntad son en nosotros tres cualidades, tres facultades distintas, sin ser separadas, y sin embargo, no tenemos más que una sola alma... Además, no es nada sorprendente que traigamos en nosotros mismos una imágen de Dios, de la augusta Trinidad, puesto que hemos sido criados á su semejanza!...

Pero prefiero detenerme en algunas conclusiones prácticas, y recordaros en pocas palabras nuestros deberes para con la Santísima Trinidad.

1. Juan, XIV, XVI et passim apud Evang.

2. Juan, V, 7.

3. Cf. Hayeneuve, *Veritales practicæ*.

Estos deberes consisten sobre todo, segun los santos, en consagrarle nuestra inteligencia, nuestra memoria y voluntad, puesto que somos la obra de sus manos, y élla se ha dignado criarnos á su imágen y semejanza. Creer y por la fé inmolarle nuestra inteligencia. Sí, ¡ oh Trinidad santa! creo firmemente que sois un solo Dios en tres personas: Padre, Hijo y Espíritu Santo; y ayudado con vuestra gracia, me parece que, cual los santos mártires, derramaría mi sangre para atestiguar esta verdad. O Dios de majestad, cuán admirable sois en este gran misterio! y cuán lejos está la flaqueza del espíritu humano de comprender vuestras maravillas todas!... Pero me alegro de éllo, ó Dios mío, siento mi corazon estremecerse al pensamiento de que seais tan elevado, y de que vuestras perfecciones sean tan infinitas, que ningun otro que vos pueda comprenderlas. Sí, Dios mío, creo; dignaos por vuestra misericordia, hacer mi fé mas viva y ardiente <sup>1</sup>.

Y nuestra memoria, ¿ no debemos tambien consagrarla al Dios tres veces santo? ¿ No debe élla recordarnos no solamente las perfecciones infinitas de la adorable Trinidad, sino tambien los dones y beneficios, de que esta Trinidad nos ha colmado? ¡ Oh sí, que por nosotros sea bendita, alabada, y adorada esta santa é indivisible Trinidad, pues ella ha manifestado en nosotros su inefable misericordia. O Señor nuestro Dios, cuánto merece vuestro nombre augusto ser admirado por toda la tierra <sup>2</sup>.

Enfin, nuestra voluntad debe estarle sometida. Ved, amados cristianos, como, al someterse á sus leyes, las criaturas todas alaban y adoran, cada una á su manera, á este Dios soberano! Sol, tú sigues tu carrera sin desviarte jamas!... Astros, vosotros cantais su gloria siguiendo fielmente las órbitas que su mano todopoderosa os ha trazado en el espacio <sup>3</sup>... Estaciones, vosotras volveis de nuevo segun el órden, que os ha marcado. O hermosas flores, tambien vosotras abris vuestros cálices fragrantés en los días, que su Providencia os ha señalado... Y en cuanto á noso-

1. Cf. D'Argentan, *Grandezas de Dios*, cap. VI.

2. Marc. IX, 23.

tros, amados cristianos, ¿no es justo que nuestra voluntad esté sometida á sus divinos mandamientos? ¿seríamos los únicos, que osáramos por nuestras infidelidades y rebeliones, protestar contra esta obediencia, que le da la naturaleza entera? Pues, hermanos míos, fé, adoración, obediencia, tales son los tres principales deberes, que hemos de rendir á la santísima Trinidad...

PERORACIÓN. Amados hermanos míos, si vivamos sometidos con todo nuestro corazón al Padre, que nos ha criado, al Hijo que nos ha rescatado, al Espíritu Santo que nos ha santificado, á esta augusta Trinidad, que nos ha hecho lo que somos... *Santo, Santo, Santo*, claman en lo alto, en los esplendores de los cielos, los coros de los ángeles y santos, sumergidos en las profundidades y delicias de esta adorable esencia, cuya contemplación hace su felicidad... Ah, unamos nuestros homenajes á sus homenajes, nuestras adoraciones á sus adoraciones. Pero sobre todo, carísimos hermanos, creamos con toda nuestra alma este augusto misterio, sin pretender sondear sus profundidades. El ojo no puede contemplar la brillante luz del sol, y el imprudente que se obstinara en contemplarle, perdería infaliblemente la vista. Nos es imposible acá en la tierra contemplar á Dios; allá arriba en el Paraíso, allá arriba solamente Él se comunicará á nosotros y le veremos cara á cara <sup>1</sup>.

Cuentan, que el ilustre san Agustín, una de las más grandes inteligencias, uno de los hombres más sabios que han existido, se paseaba un día á la orilla del mar, intentando sondear y penetrar el misterio, de que hablamos. Delante de él presentase un niño, que trabajaba con gran ardor en sacar con una concha el agua del mar, que ondeaba en la playa, vaciándola en un pequeño hoyo que había cavado en la arena. El santo doctor se para: — Hijo mío le dice con bondad, ¿porqué te fatigas así? — ¡Ah, quiero, respondió este último, vaciar toda el agua del mar en este hoyo. San Agustín se sonrió. — Imposible, amigo mío; dijo al niño, ¿Imposible? replicó el ángel, pues este niño era un ángel,

1. Véase el *Intróito* de esta fiesta.

que Dios había enviado, para dar una lección al santo doctor; ¿imposible! Ah, me es mas fácil á mí lograr lo que pretendo que á tí el sondear el augusto é impenetrable misterio que ocupa tus pensamientos en este momento. — Y el ángel desapareció. San Agustín comprendió la lección; se volvió á su casa con una fé menos curiosa y un corazón mas humilde: « Dios ha hablado, decía, esto debe ser suficiente. »

¡O Dios tres veces santo, tres veces poderoso! Trinidad incomprendible, Luz eterna, tres veces feliz con vuestra propia felicidad! ¡O unidad siempre verdadera! ¡O verdad siempre una! ¡O caridad siempre santa, fuente de todos los bienes! Regenerados en vuestro nombre, cantamos vuestras alabanzas. ¡Ojalá pueda la fé hacernos gustar de antemano la dicha, que ambiciona nuestro amor! ¡Gloria al Padre que nos ha criado, gloria al Hijo que nos ha rescatado, gloria á vos, divino Espíritu, que nos vivificais por la caridad! Sí, gloria, alabanza, y bendición en los siglos de los siglos á la adorable Trinidad <sup>1</sup>... Así sea.

## HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO

DEL DIA DE LA FESTIVIDAD DEL CORPUS

(JUAN, VI, 56-59)

La Eucaristia instituida para la mayor gloria de Dios y glorificación de nuestro Señor Jesucristo.

TEXTO. *Caro enim meae vere est cibus, et sanguis meus vere est potus.* Porque mi carne es verdadera comida, y mi sangre verdadera bebida.

EXORDIO. Me aprovecharé, hermanos míos, de la asistencia más que ordinaria, que esta hermosa festividad del Corpus Cristi ha

1. Cf. Himno de esta fiesta.

tros, amados cristianos, ¿no es justo que nuestra voluntad esté sometida á sus divinos mandamientos? ¿seríamos los únicos, que osáramos por nuestras infidelidades y rebeliones, protestar contra esta obediencia, que le da la naturaleza entera? Pues, hermanos míos, fé, adoración, obediencia, tales son los tres principales deberes, que hemos de rendir á la santísima Trinidad...

PERORACIÓN. Amados hermanos míos, si vivamos sometidos con todo nuestro corazón al Padre, que nos ha criado, al Hijo que nos ha rescatado, al Espíritu Santo que nos ha santificado, á esta augusta Trinidad, que nos ha hecho lo que somos... *Santo, Santo, Santo*, claman en lo alto, en los esplendores de los cielos, los coros de los ángeles y santos, sumergidos en las profundidades y delicias de esta adorable esencia, cuya contemplación hace su felicidad... Ah, unamos nuestros homenajes á sus homenajes, nuestras adoraciones á sus adoraciones. Pero sobre todo, carísimos hermanos, creamos con toda nuestra alma este augusto misterio, sin pretender sondear sus profundidades. El ojo no puede contemplar la brillante luz del sol, y el imprudente que se obstinara en contemplarle, perdería infaliblemente la vista. Nos es imposible acá en la tierra contemplar á Dios; allá arriba en el Paraíso, allá arriba solamente Él se comunicará á nosotros y le veremos cara á cara<sup>1</sup>.

Cuentan, que el ilustre san Agustín, una de las más grandes inteligencias, uno de los hombres más sabios que han existido, se paseaba un día á la orilla del mar, intentando sondear y penetrar el misterio, de que hablamos. Delante de él presentase un niño, que trabajaba con gran ardor en sacar con una concha el agua del mar, que ondeaba en la playa, vaciándola en un pequeño hoyo que había cavado en la arena. El santo doctor se para: — Hijo mío le dice con bondad, ¿porqué te fatigas así? — ¡Ah, quiero, respondió este último, vaciar toda el agua del mar en este hoyo. San Agustín se sonrió. — Imposible, amigo mío; dijo al niño, ¿Imposible? replicó el ángel, pues este niño era un ángel,

1. Véase el *Intróito* de esta fiesta.

que Dios había enviado, para dar una lección al santo doctor; ¿imposible! Ah, me es mas fácil á mí lograr lo que pretendo que á tí el sondear el augusto é impenetrable misterio que ocupa tus pensamientos en este momento. — Y el ángel desapareció. San Agustín comprendió la lección; se volvió á su casa con una fé menos curiosa y un corazón mas humilde: « Dios ha hablado, decía, esto debe ser suficiente. »

¡O Dios tres veces santo, tres veces poderoso! Trinidad incomprendible, Luz eterna, tres veces feliz con vuestra propia felicidad! ¡O unidad siempre verdadera! ¡O verdad siempre una! ¡O caridad siempre santa, fuente de todos los bienes! Regenerados en vuestro nombre, cantamos vuestras alabanzas. ¡Ojalá pueda la fé hacernos gustar de antemano la dicha, que ambiciona nuestro amor! ¡Gloria al Padre que nos ha criado, gloria al Hijo que nos ha rescatado, gloria á vos, divino Espíritu, que nos vivificais por la caridad! Sí, gloria, alabanza, y bendición en los siglos de los siglos á la adorable Trinidad<sup>1</sup>... Así sea.

## HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO

DEL DIA DE LA FESTIVIDAD DEL CORPUS

(JUAN, VI, 56-59)

La Eucaristia instituida para la mayor gloria de Dios y glorificación de nuestro Señor Jesucristo.

TEXTO. *Caro enim meae vere est cibus, et sanguis meus vere est potus.* Porque mi carne es verdadera comida, y mi sangre verdadera bebida.

EXORDIO. Me aprovecharé, hermanos míos, de la asistencia más que ordinaria, que esta hermosa festividad del Corpus Cristi ha

1. Cf. Himno de esta fiesta.

atraído esta mañana á esta Iglesia para hacer una observación, que ha de sernos útil á todos. No se lee bastante el Evangelio entre las familias, ni se se conoce bastante la vida admirable de Nuestro Señor Jesucristo... Supongamos que hayamos tenido entre nuestros abuelos un general ilustre ó un sabio famoso, cuya historia haya sido impresa; nos complaceríamos en leerla, en hacer oírla á los otros; hallaríamos placer en repetir: « Hé ahí lo que fué mi pariente, mi abuelo, mi tío ó mi hermano! » Pues bien Jesucristo es mucho más que esto para cada uno de nosotros; es nuestro Creador, nuestro Padre, nuestro Salvador, es nuestro hermano el Dios de nuestras almas; ¡y no procuramos conocer su vida, ni estudiar sus divinas enseñanzas!...

Estas reflexiones me las inspira el relato evangélico del día de hoy. ¿Quién de vosotros, amados hermanos míos, podría decir en qué circunstancias estas solemnes palabras fueron pronunciadas? Sin embargo, es bueno saberlo; éllas deben á estas circunstancias una autoridad y un majestad especiales... El divino Salvador acababa de alimentar cien mil personas con cinco panes... Atónita á este prodigio la muchedumbre, que le rodeaba, había querido proclamarle rey. Él se esconde; pero al día siguiente, mostrándose de nuevo á esta muchedumbre, que le había seguido, le revela el adorable misterio, que celebramos en este día. Como si Él hubiese dicho: « ¿Estais maravillados de haber visto multiplicarse el pan material en mis manos, pero os anuncio algo más inefable y maravilloso!... Yo mismo, me daré en comida, pues soy el pan vivo. » Mi carne es verdadera comida, y mi sangre verdadera bebida. El que come mi carne, y bebe mi sangre en mí permanece, y yo en él. Como me envió el Padre que vive, y yo vivo por el Padre, asimismo él que me come, él también vivirá por mí. Este es el pan que descendió del cielo... No como vuestros padres comieron el maná, y murieron; él que come de este pan vivirá eternamente! »

PROPOSTIÓN. — Amados hermanos míos, dejemos á un lado las protestas de los Judíos, que no querían creer en este misterio amoroso. Sí, atrás los miserables é incrédulos!... Como los

Apóstoles, como san Pedro, unámonos á este buen Salvador; pues sólo Él tiene palabras que dan vida<sup>1</sup>. Veamos, pues, juntos las misteriosas razones, que han impulsado á nuestro augusto Redentor á instituir este adorable sacramento.

DIVISIÓN. — ¡Oh dulce Jesús, si me es permitido penetrar en los secretos de vuestro divino corazón, me parece haber adivinado tres: « *Primero*: la mas grande gloria de vuestro Padre; *segundo*: vuestra propia gloria, y *tercero*: nuestra mayor ventaja.

*Primera parte.* Jesucristo ha instituido la santa Eucaristía para la mayor gloria de su Padre y de la adorable Trinidad entera. Ya sabéis, hermanos míos, que la Eucaristía no es solamente un sacramento, en el cual recibimos el cuerpo, la sangre, el alma y divinidad del Salvador... No, élla es más que eso todavía!... Es un sacrificio. El sacrificio es el acto de adoración por excelencia; empieza desde los primeros días del mundo. Cain y Abel ofrecen sacrificios al Altísimo; Noé, al salir del arca, y Abraham en diversas circunstancias sacrifican víctimas para reconocer el soberano poder de Dios sobre toda criatura... Moisés manda y dispone los sacrificios que deben hacerse entre el pueblo judío. Unas veces emplean un cordero, otras una becerria, y algunas un cabron ó tórtolas... A cada una de estas víctimas le conviene un símbolo: unas se ofrecerán por la remisión de los pecados; estas para dar gracias á Dios de sus beneficios; aquellas como testimonio del dominio absoluto, que Dios ejerce en toda la naturaleza.

Pero ¡oh insignificantes víctimas ¿que podéis vosotras para la gloria de Dios? ¿Acaso necesita Él de la sangre de cabrones y becerras?... « No, santo Padre, dice Nuestro Señor Jesucristo, todos estos ofrecimientos no son dignos de vos!... Héme aquí, yo solo conozco vuestra infinita grandeza. Mejor que con todos estos holocaustos, sabré yo honraros, daros gracias imploraros y aplacaros... *Ecce venio...* » Héme aquí en la adorable Eucaristía, ofrecida todos los días en miles de altares. *Ecce venio...* ¡Oh profeta, habéis previsto esta maravilla; no cabe duda que

1. Cf. todo el capítulo de San Juan.

mucho tiempo ántes os la había revelado el Espíritu divino. « Vendrá un tiempo, decíais, en que cesarán todos los sacrificios de animales, y llegarán días, en los que se ofrecerá á la gloria del Altísimo un sacrificio adorable, una víctima pura, santa é inmaculada. »

Gracias á vos, ó muy amable Salvador, han llegado esos días; dulce é inefable víctima, no os habéis contentado con ofrecerlos en el Calvario!... No, cada día por los manos de pobres y débiles criaturas, que vos habéis investido del sacerdocio, bajáis á los altares para ser nuevamente inmolado!... Trinidad augusta, ¡ah debéis estar satisfecha! La víctima que se inmola es digna de vos, porque sabe bendeciros, adoraros y glorificaros!... No sabéis, hermanos míos, que Jesucristo, Dios-Hombre, está real y verdaderamente presente en nuestros altares cada vez que un sacerdote dice misa? ¿Ved á este Hijo de Dios, igual á su Padre y convertido en hermano nuestro por esa naturaleza de que se ha revestido en el seno de su piadosa Madre; vedle, repito, levantando sus manos para suplicar á su Padre y decirle en nuestro propio nombre: « Padre mío, yo os adoro, yo os bendigo, y doy gracias por los inefabiles favores que concedéis á los hombres, dignaos así continuar dispensándoles vuestras gracias. O santo Padre, yo soy quien vengo en nombre de ellos, á ofrecerlos una satisfacción digna y á pedir perdón!... » Y efectivamente, es verdad! ¡Oh cielos admiraos y bendecid á Dios, ya que la tierra no puede comprender ni apreciar dignamente este misterio!... Qué gloria para Dios y que glorificaciones para la santísima Trinidad en estos ruegos y en esta inmolación de Jesús!...

Por eso, hermanos míos, cuán poderoso y eficaz es el augusto sacrificio que ofrecemos en el altar!... Y si nuestra fé fuese más viva, ¡como debiéramos hacernos un deber y un gozo de asistir con más frecuencia á la misa!... Un día un hombre célebre, tan valiente capitán como fiel cristiano, Alfonso de Albuquerque el conquistador de las Indias, navegaba en el Océano acompañado de una numerosa escuadra. De repente levántase una terrible tempestad, las olas amontonadas azotan los flancos de los navíos,

los cuales oscilan al choque de los mismos. El viento huracanado rompe las velas, haciendo gemir los mástiles y crujir todo el casco de los barcos. Millares de personas lanzan un grito angustioso!... Está acabado, la mar abre sus insondables abismos, y parece llegado el momento horroroso de perecer todos! Solo Albuquerque ha conservado su serenidad y confianza en Dios; de pié sobre el puente del principal barco, coge en sus brazos á un tierno niño que acababa de ser bautizado, y levantándolo hácia el cielo, exclama: « O Dios, sí, somos pecadores, sí, merecemos la muerte; pero este niño, ¿qué daño ha hecho? ¡Ah, os lo suplico, dignaos, Señor, por consideración de este inocente, perdonar á los pobres culpables. » Dios escuchó la oración de este héroe cristiano, y de repente cesó la tempestad.

Amados hermanos míos, esto es lo que el sacerdote hace en el altar ¿Necesito acaso deciros, que la impiedad, la indiferencia, el olvido de Dios y toda clase de iniquidades atraen sobre nosotros y nuestras pobres sociedades la cólera del Altísimo!... El castigo está para caer, y cansada la paciencia de Dios, van á llover sobre el mundo calamidades quizás inauditas! Quién pues hace suspender los golpes de su venganza, quién detiene su brazo irritado?... ¡Ah ahora mismo, al momento de la elevación, veréis la santa Hostia, el sacerdote la tendrá en sus manos, y como Albuquerque, dirá á Dios: « Sí, somos culpables, sí, merecemos la muerte; pero este dulce Jesús que se sacrifica por vuestra gloria y por nuestra salvación ¿no es digno de que le oigais favorablemente?... ¡Ah, ¡Ah, Señor, en atención á este inocente y á la gloria, que proporciona á vuestra suprema Majestad esta noble víctima, piedad, perdón para los pobres pecadores! »

*Segunda parte.* Hé añadido, hermanos míos, que Jesucristo ha instituido la santa Eucaristía para su propia gloria. Ciertamente puede este pensamiento parecer extraordinario á ciertas almas piadosas!... Y, en efecto, al ver lo que pasa en nuestros días: nuestras Iglesias casi desiertas, la sagrada mesa poco frecuentada, nadie ó por lo ménos un muy pequeño número de asistentes á la misa diaria, la sangre de Jesucristo manando en cierto modo en

el desierto, sin que haya á veces otro que el sacerdote para recogerla puede uno preguntarse cómo este adorable sacramento contribuye á la gloria de Jesús... Al considerar lo poco que se le visita, al recordar las irreverencias de que es objeto, al ver tantas comuniones indignas, tantas profanaciones y ultrajes por parte de los herejes y malos cristianos, ¡oh sí, parece enfín, que en el Tabernáculo Jesús es más bien humillado, que glorificado!... Si al menos, o dulce Salvador, manifestáseis vuestra presencia por por medio de algunas señales sensibles, si algunos rayos de vuestra Majestad brillasen á través de los velos que os cubren, si un sordo ruido semejante á la voz del Sinaí, saliendo de este altar, imprimiese el terror y respeto en el alma de aquellos, que vienen á postrarse ante vos, si vuestro dolor se manifestase, aunque solo fuese por una palabra amorosa, cuando un corazón indigno viene á recibirlos, si os oyésemos decirle como á Judas: « Pobre amigo ¿ á qué has venido aquí? » Oh entonces los impíos mismos dirían: *Está allí!* Respetarían vuestra presencia, y este sacramento serviría en efecto para glorificaros! Pero nada! ni la menor señal, y excepto los milagros que algunas veces obráis en este misterio, nada, nada os revela!... Impedís hasta á los mismos ángeles, que constantemente os adoran cerca de nuestras altares, les impedís, digo, de manifestar vuestra presencia; no queréis ser visto sino por los ojos de la fé, ni ser conocido en cierto modo sino por los corazones, que os aman! Pues bien! ó adorable sacramento, misterio amoroso, ó Jesús de la Eucaristía, creo en vuestra presencia; os adoro, y no quiero tener otro deseo que el de amaros con toda mi alma...

Amados hermanos míos, qué homenaje y gloria para nuestro Salvador, al ver esta fé viva, humilde y enérgica, que todos los santos tenían en el misterio de la Eucaristía!... Mirad cuanta gente de todas edades, sexos, y clases sociales, viene á arrodilarse á los piés de nuestros Tabernáculos!... ¡ Oh genios ilustres, oh antorchas del espíritu humano, brillante Crisóstomo, sabio Agustín, piadoso san Bernardo, profundo santo Tomás, ¿ que hacéis, pues, arrodillados junto al altar? ¡ Creemos y adoramos!... »

Y vos, poderoso Carlomagno, é ilustre San Luis, ¿ porqué os quitais vuestras brillantes coronas y os arrodilláis así sobre las losas del santuario?... — La misma respuesta, hermanos míos: « Creo y adoro!... » — Y vos, Zita, humilde criada, vos, Geneveva, vos Germana, pobres pastoras, qué gusto encontraréis, pues, al pié de estos altares?... La misma respuesta también: « Creo y adoro! » Y así, hermanos míos, si interrogásemos á todos los mártires, á todos los santos, á todos los piadosos cristianos, que han vivido, oíríamos salir de sus pechos todos el mismo grito. « Creo y adoro!... ¿ No véis pues, hermanos míos, en esta fé firme un gran respeto y una grande gloria para el Dios de la Eucaristía?... »

Y ahora, fijad un momento vuestra atención en un espectáculo, que acaso no os ha jamás conmovido, porque es muy comun. Recorred nuestras ciudades las más populosas, como nuestras aldeas más pobres, ¿ qué significan estas iglesias, estos campanarios? Para qué este edificio más vasto, más elevado, que domina á todas las demás construcciones, como un hombre poderoso, que cubriera á los débiles con su protección? Penetremos en este edificio. Para qué esas cruces, esos altares? ¿ Qué significa esa lámpara, que arde día y noche? Ah! á esa señal reconocéis nuestras iglesias católicas, y sentís la presencia de Jesús? ¿ Véis en el sitio más vistoso del altar mayor, ese mármol ó madera, ricamente decorada?... Es el Tabernáculo... Y qué quiere decir esa palabra? *Tienda, abrigo, morada!* ¿ Y quién habita allí? ¿ Quién? El Dios de la Eucaristía, Jesús nuestro Salvador está allí realmente, substancialmente. Luego, hermanos míos, el Tabernáculo ha sido construido para recibir á Jesucristo; el altar para el Tabernáculo, y nuestras iglesias y catedrales para resguardar nuestros altares. Gloria, pues, al Dios de la Eucaristía. Ningun príncipe ha poseído tantos palacios, nunca jamás la adulación, ni la lisonja han quemado durante un siglo ante los potentados de este mundo tanto incienso, como el Dios de la Eucaristía recibe en un día solo!...

Ah! hermanos míos, la fiesta que celebramos hoy, ¿ no es un

brillante testimonio de esta gloria de Jesús en la Eucaristía? Porqué esos altares de ramaje levantados hasta en las más pobres aldeas! Porqué en este día tantas flores cortadas de sus tallos, deshojadas y esparcidas, ostentando sus colores y exhalando su embriagador aroma en todos los sitios, por donde ha de pasar el Dios de la Eucaristía? Porqué esa procesión solemne y esos cánticos de triunfo? ¿No es con el fin de rendir homenaje al augusto sacramento de nuestras altares? Sí, ó buen Jesús, lo comprendo, habéis instituido este misterio para daros á conocer mejor, como asimismo para haceros honrar y glorificar!...

Ah, amados cristianos, mejor comprenderíamos aun que la Santa Eucaristía contribuye á la gloria de nuestro Redentor, si pudiésemos ver todas las comuniones fervientes, que han hecho tantas almas desde su institución, y todos los actos de adoración, de fé y de piedad, de los cuales élla fué el principio! Responded en nombre de tantas almas enrojadas en esta hornaza de amor, ¡oh piadosa Juliana de Falconeri... Privada de la dicha de recibir la santa comunión por sus continuos vómitos, esta tierna amante de Jesús suplica á su confesor que traiga á su celda el Dios de la Eucaristía, para al ménos adorarle y gozar de su presencia, puesto que no puede tener el inefable gozo de recibirle!... — ¡Oh serafines! son vuestras adoraciones más fervientes; vuestros suspiros amorosos más ardientes que los de esta pobre enferma? ¿Qué le decía ésta á Jesús? ¿Qué le respondía este adorable Salvador? No lo sé... Pero el Dios de la Eucaristía, siempre bueno con los suyos, no pudo resistir al deseo de su humilde sierva; saliendo milagrosamente del cojon sagrado, la hostia fué por sí misma á introducirse en el pecho de la piadosa moribunda. Se encontró en su corazón el sello que la hostia había impreso; y comulgada así, expiró santa Juliana poco despues, bendiciendo y glorificando al Dios de la Eucaristía!...

Efectivamente, hermanos míos, tantas comuniones piadosas, esas solemnes procesiones, y esas innumerables iglesias elevadas como otros tantos palacios en honor del príncipe de la paz, que reside en el Santísimo Sacramento, todo eso debe hacernos com-

prender que Jesucristo ha instituido la Eucaristía para su gloria, como la había instituido para la de su Padre.

PERORACIÓN. Tenía intención de demostraros, que nuestro divino Salvador había tenido tambien en cuenta nuestra mayor ventaja, al establecer este adorable sacramento. No quiero abusar de vuestra atención, y me propongo desarrollar este punto el domingo próximo. Pero, ó amados hermanos míos, pidámosle á Dios desde hoy, nos conceda la gracia de conocer, venerar, adorar y admirar este misterio amoroso!...

Un piadoso misionero, que subió un día al púlpito con intención de hablar sobre la Santa Eucaristía, empezo así su sermón: « *El Maestro está aquí y os llama. Magister adest et vocat te.* » Jesús esta allí, dice, señalando el tabernáculo, nos invita, y nos llama con urgencia. Despues las lágrimas cortaron su voz; no puede acabar su discurso, sólo pronunciaba siempre estas palabras: « *Jesús está allí!...* » Tal vez, amados hermanos míos, al ver sus lágrimas y su emoción debieron sus oyentes comprender mejor la grandeza y sublimidad de este misterio!... Tal vez, ó dulce Salvador, en frente de este prodigio amoroso, un silencio tierno, algunas lágrimas del corazón serian la más elocuente predicación! *Tibi silentium laus!...* Jesús está allí, Jesús el Hijo de Dios, el Verbo del Padre eterno, Jesús hecho hombre en vuestras purísimas entrañas, ó noble Virgen María, Jesús muerto en la cruz por nosotros, Jesús, juez supremo de vivos y muertos, Jesús está allí, cerca de nosotros, á nuestra vista; nos invita, nos llama con urgencia!...

Amados hermanos míos, cuando salga de nuestra querida iglesia para ser llevado en triunfo por las calles de nuestra humilde aldea, para derramar sus bendiciones sobre nosotros, sobre nuestras familias, y sobre todo lo que nos pertenece; ah entonces sigámosle con respeto, roguémosle con fervor, adoremosle, glorifiquémosle; evitemos las conversaciones profanas y esa disipación, que denotarían de nuestra parte una fé vacilante y constituirían un ultraje para él, escandalizando al propio tiempo á las almas piadosas, que le le acompañen.

O dulce Jesús, sí, queremos alabaros, glorificaros y bendeciros; o buen Pastor, o pan de vida, tened compasión de nosotros, dignaos protegernos acá en la tierra, y alimentarnos con vuestra sagrada carne; dignaos asimismo en la tierra de los vivos hacernos gozar de los bienes, que reserváis á vuestros elegidos!... Así sea.

ALERE FLAMMAM  
HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO

DE LA FIESTA DEL SAGRADO CORAZON; TERCER DOMINGO  
DESPUES DE PENTECOSTES.

(S. JUAN, XIX, 31-35.)

Eucaristia instituida para nuestra mayor ventaja; Jesus verdadero médico de nuestras almas.

TEXTO. *Unus militum lancea latus ejus aperuit, et continuo exivit sanguis et aqua.* Empero uno de los soldados le abrió el costado con una lanza, y al punto salió sangre y agua.

EXORDIO. Hermanos míos, el Evangelista san Juan, despues de haber referido la traición de Judas, la prision de Jesús, su flagelación y crucifixión, despues de habernos repetido las conmovedoras palabras, con que al morir el Salvador nos legaba á su dulce Madre, la amable Virgen María, para ser Madre de todos nosotros; en fin, despues de habernos mostrado á este divino Salvador expirando; cuando vió que todo había acabado, continua su relato en estos términos: « Entonces los Judíos, por cuanto era la vispera de la Pascua, para que los cuerpos no quedasen en la cruz en el Sábado, pues era grande el día del Sábado, rogaron á Pilato que se les quebrasen las piernas, y fuesen quitados. Pilato accedió á su demanda, los soldados quebraron las piernas de los dos ladrones que habían sido crucificados al lado de Jesús. Más cuando vinieron á Jesús, como le vieron ya muerto, no le

quebraron las piernas, empero uno de los soldados le abrió el costado con una lanza y luego salió sangre y agua. Y él que lo vió, añade san Juan, da testimonio, y su testimonio es verdadero. »

Tal es, hermanos míos, el Evangelio señalado para esta bella fiesta del sagrado Corazon, que celebramos en este día. ¡Tierna inspiración de las almas piadosas! Casi en toda la Iglesia, despues de la fiesta de la Eucaristía, es la fiesta del sagrado Corazon de María, la glorificación y celebración de su inefable ternura para con nuestras almas!... En efecto, la Santa Eucaristía es quizás la más incomprensible manifestación de este prodigioso amor, que nos ha mostrado Jesucristo, presente en esta Iglesia, dándose á nosotros enteramente en su adorable Sacramento! Jesucristo en medio de nosotros de día y de noche, no teniendo las más de las veces otro compañero de su sacrificio desconocido que la pequeña lámpara, que arde delante de Él! Qué materia de piadosas y tristes reflexiones!...

PROPOSICIÓN. El domingo último os dijimos, hermanos míos, cómo la institución de la Santa Eucaristía, sacrificio y sacramento á la vez, contribuía á la gloria de la Santísima Trinidad y de Jesucristo, Dios-Hombre. Entonces carecimos de tiempo para explicaros cómo el corazon tan bondadoso de nuestro divino Salvador los había establecido para el mayor bien de nuestras almas. Esto es, pues, lo que me propongo explicaros esta mañana.

DIVISIÓN. Cuán dulces son vuestros tabernáculos, ó Dios de la Eucaristía! Almas piadosas, que gustais de aproximaros allí, vosotras habéis probado, saboreado y sabréis por experiencia cuán dulce es Él Señor! Cuanto podría decirse con respecto á su adorable persona! Pero me detendré solamente en un pensamiento claro, fácil y que estará al alcance de todos (hasta de los niños que están preparándose á recibir la primera comunión, ó de aquellos que acaban de hacerla) Jesús, médico, Jesús divino medicamento, que cura á nuestras almas con el inefable sacramento; hé aquí el único pensamiento, del cual pienso ocuparme esta mañana; y espero que esto bastará para hacernos compren-

O dulce Jesús, sí, queremos alabaros, glorificaros y bendeciros; o buen Pastor, o pan de vida, tened compasión de nosotros, dignaos protegernos acá en la tierra, y alimentarnos con vuestra sagrada carne; dignaos asimismo en la tierra de los vivos hacernos gozar de los bienes, que reserváis á vuestros elegidos!... Así sea.

ALERE FLAMMAM  
HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO

DE LA FIESTA DEL SAGRADO CORAZON; TERCER DOMINGO  
DESPUES DE PENTECOSTES.

(S. JUAN, XIX, 31-35.)

Eucaristia instituida para nuestra mayor ventaja; Jesus verdadero  
médico de nuestras almas.

TEXTO. *Unus militum lancea latus ejus aperuit, et continuo exivit sanguis et aqua.* Empero uno de los soldados le abrió el costado con una lanza, y al punto salió sangre y agua.

EXORDIO. Hermanos míos, el Evangelista san Juan, despues de haber referido la traición de Judas, la prision de Jesús, su flagelación y crucifixión, despues de habernos repetido las conmovedoras palabras, con que al morir el Salvador nos legaba á su dulce Madre, la amable Virgen María, para ser Madre de todos nosotros; en fin, despues de habernos mostrado á este divino Salvador expirando; cuando vió que todo había acabado, continua su relato en estos términos: « Entonces los Judíos, por cuanto era la vispera de la Pascua, para que los cuerpos no quedasen en la cruz en el Sábado, pues era grande el día del Sábado, rogaron á Pilato que se les quebrasen las piernas, y fuesen quitados. Pilato accedió á su demanda, los soldados quebraron las piernas de los dos ladrones que habían sido crucificados al lado de Jesús. Más cuando vinieron á Jesús, como le vieron ya muerto, no le

quebraron las piernas, empero uno de los soldados le abrió el costado con una lanza y luego salió sangre y agua. Y él que lo vió, añade san Juan, da testimonio, y su testimonio es verdadero. »

Tal es, hermanos míos, el Evangelio señalado para esta bella fiesta del sagrado Corazon, que celebramos en este día. ¡Tierna inspiración de las almas piadosas! Casi en toda la Iglesia, despues de la fiesta de la Eucaristía, es la fiesta del sagrado Corazon de María, la glorificación y celebración de su inefable ternura para con nuestras almas!... En efecto, la Santa Eucaristía es quizás la más incomprensible manifestación de este prodigioso amor, que nos ha mostrado Jesucristo, presente en esta Iglesia, dándose á nosotros enteramente en su adorable Sacramento! Jesucristo en medio de nosotros de día y de noche, no teniendo las más de las veces otro compañero de su sacrificio desconocido que la pequeña lámpara, que arde delante de Él! Qué materia de piadosas y tristes reflexiones!...

PROPOSICIÓN. El domingo último os dijimos, hermanos míos, cómo la institución de la Santa Eucaristía, sacrificio y sacramento á la vez, contribuía á la gloria de la Santísima Trinidad y de Jesucristo, Dios-Hombre. Entonces carecimos de tiempo para explicaros cómo el corazon tan bondadoso de nuestro divino Salvador los había establecido para el mayor bien de nuestras almas. Esto es, pues, lo que me propongo explicaros esta mañana.

DIVISIÓN. Cuán dulces son vuestros tabernáculos, ó Dios de la Eucaristía! Almas piadosas, que gustais de aproximaros allí, vosotras habéis probado, saboreado y sabréis por experiencia cuán dulce es Él Señor! Cuanto podría decirse con respecto á su adorable persona! Pero me detendré solamente en un pensamiento claro, fácil y que estará al alcance de todos (hasta de los niños que están preparándose á recibir la primera comunión, ó de aquellos que acaban de hacerla) Jesús, médico, Jesús divino medicamento, que cura á nuestras almas con el inefable sacramento; hé aquí el único pensamiento, del cual pienso ocuparme esta mañana; y espero que esto bastará para hacernos compren-

der que la Santa Eucaristia ha sido instituida para nuestro mayor bien.

Amadísimos hermanos, leemos en el Evangelio que los enfermos, confiados en el poder y bondad de Nuestro Señor Jesucristo se reunian al rededor de Él, tratando de tocarle, para ser curados de sus enfermedades y defectos. ¡ Oh dulce Hijo de la Virgen María, ¿ con qué tierna compasión os prestáis á la diligencia, á veces indiscreta, de estos enfermos? Con qué caridad satisfaciais sus deseos!...

No hubo ni uno solo, que recurriese á vos, y no fuese curado!... No, hermanos míos, ni uno sólo; tal era la bondad y compasión, que reservaba Dios á las dolencias de la naturaleza humana!... Pues bien, lo que este adorable médico era para los cuerpos durante el curso de su vida mortal, es hoy, fué ayer y será mañana y siempre en la Santa Eucaristia para las almas, que le invocan!...

¿ Qué deseáis de un médico? ¿ Qué cualidades le exigís? Creo que hasta el más exigente enfermo no podría pedirle más que las siguientes: *Primero*: la ciencia; *segundo*: el acierto; *tercero*: la abnegación, la afeción, y *ultimamente*, deseariamos tambien que tuviese cierto desinterés, es decir, que despues de habernos curado, no exigiese el médico mucho dinero por nuestra curación. Pues bien! hermanos míos, el médico de nuestras almas, que reside en la Santa Eucaristia, posee eminentemente todas estas cualidades.

Cuántas veces los más notables doctores se han equivocado con respecto á las enfermedades del cuerpo! Cuántas dudas, cuántos debates y discusiones se han suscitado aun entre lo más célebres! Qué hay que hacer con este enfermo? Metedle en agua fría, contesta la ciencia alemana, hacedle entrar en reacción por medio de fricciones, dirá por ejemplo la escuela francesa. — Y á pesar de éello, las dos le dejan morir, porque hay una infinidad de enfermedades, cuyas causas se ignoran, y la ciencia de los hombres está lejos de ser infalible... Pero el Dios de la Eucaristia, el médico de las almas, ¡ ah, Él conoce la fuente, y el principio de

nuestras enfermedades. Ningun síntoma le escapa, basta aproximarse á él, consultarle de buena fé, escucharle con docilidad para recibir de parte suya una respuesta cierta é infalible. Señor, ¿ porqué pues esta parálisis de mi alma, que no pueda hacer esfuerzo alguno cuando se trata de practicar el bien? — Élla proviene del olvido de la oración, de la pereza y negligencia con que cumplís vuestros deberes — ¿ De donde esta sequedad, esta indiferencia, esta tisis de un corazon que se estrecha? De vuestra dureza hácia los pobres, y del demasiado apego á las cosas de la tierra. ¿ Por qué estas súbitas caidas, estos trasportes frenéticos de ciertas pasiones que hierven en el corazon? De la imprudencia con que os echáis en medio de las ocasiones peligrosas... Si, hermanos míos, el médico de nuestras almas, si le consultamos con sinceridad, nos dirá las causas de todas nuestras enfermedades; las conoce...

Pero, no basta, como sabéis, amados cristianos, que un médico sea instruido; es menester aun que sepa usar de su ciencia y administrar los remedios convenientes. Y muchas veces, en efecto, los doctores más instruidos no son siempre los que curan mejor y cuidan más hábilmente á sus enfermos... Pero aquí hermanos míos, en la Santa Eucaristia, ¡ oh cuán hábil, poderoso, y feliz es el médico en las curas, que hace!...

Sobre la tierra ninguna enfermedad resistía á su poderosa palabra, sordos, ciegos, cojos, mudos, hidrópicos, leprosos, demoníacos, paralíticos, todas las que recurrían á Él obtenían su curación. ¡ Ah si pudiera penetrar en lo más hondo de los corazones, conocer y arrancar todos los misteriosos secretos, que se han pasado entre el Dios de la Eucaristia y las almas, que le han recibido con fé, ¿ qué prodigiosas curaciones no tendria que relataros?... Dudas contra la fé, tibieza ambición, orgullo, abatimiento, lujuria, cólera, envidia, ¿ Acaso existe una sola de estas funestas enfermedades de las almas, que no haya sido curada por el poder de este médico divino, por virtud de una comunión humildemente hecha!... Pobre santa Teresa, cuántas veces habéis sido abatida! Todo se alza contra vos, vuestro fervor es desconocido,

y vuestras intenciones calumniadas!... Hé aquí que la tristeza ha invadido vuestra alma y vais á ser presa de la tibieza y el abatimiento... ¿ En dónde iba á tomar nuevo vigor vuestra virtud á veces desfallecida? Virgen heroica ¿ quién, pues, os ha vuelto á dar las fuerzas necesarias, para cumplir esta hermosa misión, que Dios os había encargado? ¡ Ah, hermanos míos, abrid el tabernáculo, está allí el médico, que la ha sanado<sup>1</sup>. Y vos, glorioso san Agustín, vos que temíais no poder vencer vuestras pasiones, vos cuya disipación culpable manchaba el alma como una lepra horrorosa, cuán cambiado sois! Ya os oigo decirnos: « Estos placeres de que temía mucho privarme, ¡ oh, ahora cuántas delicias encuentro en evitarlos! <sup>2</sup>... » Abrid aun el tabernáculo, hermanos míos, y encontraréis el autor de esta admirable curación! Y para este divino médico no hay enfermedad desesparada de remedio. Hé aquí un príncipe cruel, herético, incestuoso, perseguidor de la Iglesia, especie de monstruo temido de sus vasallos como una fiera, y reuniendo en su persona todos los vicios.

San Bernardo está llamado para convertir y cambiar el corazón de este bárbaro... ¿ Qué medio empleará? O Dios de la Eucaristía, relatad este prodigio... El Santo os hizo aparecer, y la virtud que se escapaba de la humilde hostia amedrentó á este príncipe cruel: crisis saludable!... Despues, desde el momento que os hubo recibido en su corazón, se sintió transformado; al estado desesperado de su alma sucedió una salud perfecta. De aquí, desde entonces convertido en modelo de castidad, de mansedumbre, de abnegación, de fervorosa penitencia, terminó su vida en la soledad y lágrimas, y fué el ilustre san Guillermo, duque de Aquitania, modelo de penitentes<sup>3</sup>...

Y ahora, hermanos míos, ¿ tiene el Dios de la Eucaristía afección para nosotros? ¿ tiene realmente interés por nuestro bien? Cuando estamos enfermos, nos gustaría encontrar á un amigo en el doctor, que nos cuida: querriamos que viniese luego de llamado, y que estuviese á nuestra disposición de día y de noche...

1. Véase sus epístolas y su *Vida*. — 2. *Confesiones*, lib. ix, cap. ix. — 3. Véase su *Vida*.

¡ Oh, y como el médico de nuestras almas responde bien á estos deseos! Desde el momento que le solicitamos, Él se apresura, por decirlo así, á venir á nuestro socorro. Un día fué rogado por un centurion, que viniese á sanar su sirviente enfermo. « Yo iré, le dijo él y le sanaré. <sup>1</sup> » Y el centurion, lleno de fé, le respondió estas palabras que repetimos nosotros mismos hasta tres veces antes de comulgar: « Señor, yo no soy digno que vengais á mi casa, pero decid solamente una palabra y mi sirviente quedará sano. » Y el sirviente quedó sano al mismo instante! O adorable Salvador, cuantas veces, en la santa Eucaristía, renováis este prodigio!... Con qué ternura vos escucháis al alma, que os suplica: Con qué celeridad andáis á su socorro!... O bondadoso Jesús, ó Dios del tabernáculo, decid, os lo pedimos con instancia, pronunciad sobre nosotros una de estas poderosas palabras, que sane nuestras almas!... Sí, amados hermanos míos, Jesús queda siempre allí pronto á escucharnos, dispuesto á venir en nuestras almas para sanarlas; bástanos manifestarle humilde y sinceramente nuestro deseo.

En fin, hermanos míos, he añadido que deseábamos encontrar en un médico el desinterés y la caridad... Hace apenas algunos años que murió en Paris un hombre más recomendable aun por su fé viva, franca y valiente, que por su ciencia profunda. Era el doctor Recamier, uno de los más célebres doctores de nuestro siglo. Muchas veces visitaba á los enfermos indigentes; prodigaba á estos pobres cuidados tan atentos y concienzudos como los que habría prestado á un príncipe. Dios solo sabe cuantas veces él pagó con su propio dinero los remedios, que prescribía, y cuán abundantes limosnas dejaba para ayudar á estas familias indigentes. Por eso fué muy llorado á su muerte y un gran séquito de pobres obreros asistió á sus exequias! Amados hermanos míos, sin duda es admirable la conducta de este ilustre doctor. ¡ Ah! es porque, como verdadero discípulo de Jesuérsto, este cristiano había imitado el ejemplo dado por el Dios de la Euc-

1. Mat., viii, 7.

ristía... Jesucristo viene en nuestras almas para curarlas; y ¿qué reclama de nosotros, amados cristianos, por precio de esta curación?... Agradecimiento, fidelidad y amor... Pero, ó dulce Jesús, ¿Es esto pedirnos algo? ¿No es una alegría, una felicidad el amar al que nos sana, y darle gracias? Hay más, hermanos míos, no sólo él sana gratuitamente las enfermedades de nuestras almas; sino que lejos de exigirnos el pago de sus cuidados, nos enriquece, nos colma de favores y derrama sobre nosotros sus más abundantes gracias. ¡Oh vosotros, que tenéis la dicha de recibirle de tiempo en tiempo, pedible no sólo la gracia de triunfar del vicio y vencer vuestras pasiones; á ejemplo de los santos, sed más exigentes, aspirad á cosas más altas; pedible las virtudes, de qué necesitáis, suplicadle os conceda una fé siempre creciente, una esperanza más firme, una caridad más viva. No temáis ser indiscretos en vuestras demandas, fatigar su bondad y agotar su liberalidad. ¡Ah, si toda oración es oída favorablemente, lo es sobre todo la que dirigimos á este divino Salvador cuando tenemos la dicha de poseerle en nuestras almas!...

PERORACIÓN. Amados hermanos míos, os decía que la santa Eucaristía habia sido instituida por nuestro divino Salvador para nuestra mayor ventaja. He tratado solamente de una manera superficial este asunto. Os he mostrado solamente como al caritativo médico, que sana nuestras almas de sus enfermedades. Y cuántos otros títulos aun habríamos podido darle. Él es Maestro celestial que ilumina y forma á los santos; es el pan de vida que nutre las almas, es la humilde víctima que apacigua la cólera de Dios, es el fermento divino que conserva la fé y la religión en medio de las corrupciones y desfallecimientos de la pobre naturaleza humana. « Quitad este sacramento de la Iglesia, exclamaba un santo, y qué quedará en el mundo, sino el error y la infidelidad! Los pueblos enteros serán como rebaños de animales esparcidos y entregados á la idolatría ó á la incredulidad, como se vé en los países heréticos ó infieles<sup>1</sup>. »

1. San Buenaventura, *apud Mansi*, Disc. 1, nº 8.

— Ah, hermanos míos, á veces se sorprende uno al ver, que Dios no castiga de una manera más terrible nuestras pobres sociedades. ¡Oh Dios, tantas blasfemias como se pronuncian é imprimen, tanta corrupción y degradación en las costumbres, tanta indiferencia y cobardía por el bien, tanto ardor y audacia por el mal, tantos crímenes como cada día se elevan hácia el Cielo como una nube siniestra; no atraerán el rayo?... ¡Ah, amados cristianos, sin el Dios de la Eucaristía, este rayo habría desde largo tiempo caído!

Pero, ved á este Jesús presente en tantos tabernáculos; ved esos millares de sacrificios ofrecidos cada día sobre tantas altares; ahí, pues, no lo dudeis, ahí está la fuerza, que detiene las venganzas del Altísimo... Sí, divino Salvador, no solamente sois el médico de nuestras almas, la fuerza, el sosten, la consolación, las delicias de los corazones piadosos; sino también la Providencia, que salva las sociedades. O Jesús, sed pues para siempre jamás alabado, bendito y adorado, en vuestro santo sacramento del altar... Así sea.

## HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO

DEL CUARTO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES.

(S. LUCAS, V, 1-10.)

Sobre el trabajo; manera de santificarlo.

TEXTO. *Præceptor, per totam noctem laborantes nihil cepimus: in verbo autem tuo laxabo rete. Et cum hoc fecissent, concluserunt piscium multitudinem copiosam.* Maestro, habiendo trabajado toda la noche, nada hemos tomado: mas en tu palabra echaré la red. Y habiéndola echado, cogieron gran multitud de peces.

EXORDIO. Hermanos míos, Nuestro Señor comenzaba su vida pública, y fué pocos meses despues de ser bautizado por san Juan Bautista, que tuvo lugar el milagro relatado en el Evangelio del

ristía... Jesucristo viene en nuestras almas para curarlas; y ¿qué reclama de nosotros, amados cristianos, por precio de esta curación?... Agradecimiento, fidelidad y amor... Pero, ó dulce Jesús, ¿Es esto pedirnos algo? ¿No es una alegría, una felicidad el amar al que nos sana, y darle gracias? Hay más, hermanos míos, no sólo él sana gratuitamente las enfermedades de nuestras almas; sino que lejos de exigirnos el pago de sus cuidados, nos enriquece, nos colma de favores y derrama sobre nosotros sus más abundantes gracias. ¡Oh vosotros, que tenéis la dicha de recibirle de tiempo en tiempo, pedible no sólo la gracia de triunfar del vicio y vencer vuestras pasiones; á ejemplo de los santos, sed más exigentes, aspirad á cosas más altas; pedible las virtudes, de qué necesitáis, suplicadle os conceda una fé siempre creciente, una esperanza más firme, una caridad más viva. No temáis ser indiscretos en vuestras demandas, fatigar su bondad y agotar su liberalidad. ¡Ah, si toda oración es oída favorablemente, lo es sobre todo la que dirigimos á este divino Salvador cuando tenemos la dicha de poseerle en nuestras almas!...

PERORACIÓN. Amados hermanos míos, os decía que la santa Eucaristía habia sido instituida por nuestro divino Salvador para nuestra mayor ventaja. He tratado solamente de una manera superficial este asunto. Os he mostrado solamente como al caritativo médico, que sana nuestras almas de sus enfermedades. Y cuántos otros títulos aun habríamos podido darle. Él es Maestro celestial que ilumina y forma á los santos; es el pan de vida que nutre las almas, es la humilde víctima que apacigua la cólera de Dios, es el fermento divino que conserva la fé y la religión en medio de las corrupciones y desfallecimientos de la pobre naturaleza humana. « Quitad este sacramento de la Iglesia, exclamaba un santo, y qué quedará en el mundo, sino el error y la infidelidad! Los pueblos enteros serán como rebaños de animales esparcidos y entregados á la idolatría ó á la incredulidad, como se vé en los países heréticos ó infieles<sup>1</sup>. »

1. San Buenaventura, *apud Mansi*, Disc. 1, nº 8.

— Ah, hermanos míos, á veces se sorprende uno al ver, que Dios no castiga de una manera más terrible nuestras pobres sociedades. ¡Oh Dios, tantas blasfemias como se pronuncian é imprimen, tanta corrupción y degradación en las costumbres, tanta indiferencia y cobardía por el bien, tanto ardor y audacia por el mal, tantos crímenes como cada día se elevan hácia el Cielo como una nube siniestra; no atraerán el rayo?... ¡Ah, amados cristianos, sin el Dios de la Eucaristía, este rayo habría desde largo tiempo caído!

Pero, ved á este Jesús presente en tantos tabernáculos; ved esos millares de sacrificios ofrecidos cada día sobre tantas altares; ahí, pues, no lo dudeis, ahí está la fuerza, que detiene las venganzas del Altísimo... Sí, divino Salvador, no solamente sois el médico de nuestras almas, la fuerza, el sosten, la consolación, las delicias de los corazones piadosos; sino también la Providencia, que salva las sociedades. O Jesús, sed pues para siempre jamás alabado, bendito y adorado, en vuestro santo sacramento del altar... Así sea.

## HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO

DEL CUARTO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES.

(S. LUCAS, V, 1-10.)

Sobre el trabajo; manera de santificarlo.

TEXTO. *Præceptor, per totam noctem laborantes nihil cepimus: in verbo autem tuo laxabo rete. Et cum hoc fecissent, concluserunt piscium multitudinem copiosam.* Maestro, habiendo trabajado toda la noche, nada hemos tomado: mas en tu palabra echaré la red. Y habiéndola echado, cogieron gran multitud de peces.

EXORDIO. Hermanos míos, Nuestro Señor comenzaba su vida pública, y fué pocos meses despues de ser bautizado por san Juan Bautista, que tuvo lugar el milagro relatado en el Evangelio del

día de hoy. « Y aconteció que estando él junto al lago de Genezareth, las gentes se agolpaban á su redor, para oír la palabra de Dios, y vió dos barcos que estaban cerca de la orilla del lago, y los pescadores, habiendo descendido de ellos, lavaban sus redes. Y entrando en uno de estos barcos, el cual era de Simon, le rogó que le desviase de tierra un poco, y sentándose, enseñaba desde el barco á las gentes. Y como cesó de hablar, dijo á Simon: Tira á alta mar, y echad vuestras redes para pescar. Y respondió Simon: Maestro, habiendo trabajado toda la noche, nada hemos tomado; más en tu palabra, echaré la red. Y habiéndola echado, cogieron tan gran multitud de pescado, que la red se rompía; é hicieron seña á los compañeros que estaban en el otro barco, que vinieran á ayudarles; y vinieron, y llenaron ambos barcos, de tal manera que casi se sumergían; lo cual viendo Simon Pedro, se arrojó á los piés de Jesús diciendo: Apártate de mí, Señor, porque soy hombre pecador. Porque, á vista de la gran pesca que acababan de hacer, él se sintió sobrecogido de pavor, lo mismo que los que estaban con él. De igual manera se espantaron Santiago y Juan, hijos del Zebedeo, que eran compañeros de Simon. Y Jesús dijo á Simon: No temas; desde ahora serás pescador de hombres. Y sacados á tierra los barcos, dejándolo todo, le siguieron. »

Admiremos, amados cristianos, no solamente el prodigio de esta pesca milagrosa hecha segun el mandamiento de Jesucristo, sino la humildad de san Pedro derribándose á los piés del Salvador, y sobre todo la docilidad con que los cuatro Apóstoles, designados en este Evangelio, lo abandonan todo, para seguirle. Así, tambien nosotros deberíamos escuchar su voz, seguir sus inspiraciones y responder fielmente á los designios, que tiene sobre nosotros.

Proposición. Me propongo, hermanos míos, explicaros esta mañana las pocas palabras de este Evangelio, que os citaba al principio: *Maestro, habiendo trabajado toda la noche, nada hemos tomado: más en tu palabra echaré la red. Y habiéndola echado, cogieron tan gran multitud de pescos, que la red se rompía.*

DIVISIÓN. Aprendamos cómo debemos santificar nuestro trabajo, viendo: *Primero*: que el trabajo ejecutado sin Jesucristo y fuera de él es un trabajo estéril; *segundo*: que el trabajo cumplido segun el orden de Jesucristo y en unión con Él, es sumamente meritorio.

*Primera parte.* Hermanos míos, el Espíritu Santo nos enseña que el hombre está sobre la tierra para trabajar, como el pájaro para volar por el aire<sup>1</sup>. Y, en efecto, cuando Dios puso Adán en el paraíso terrestre, le había ya impuesto como deber el trabajo. Debía guardar y labrar este huerto de delicias<sup>1</sup>. Este trabajo hubo sido agradable y fácil, si nuestros primeros padres hubiesen permanecido fieles á Dios; pero despues de la caída, fué el trabajo impuesto al hombre como una penitencia. Escuchad lo que Dios dice á Adán: « Con el sudor de tu rostro comerás tu pan, cultivarás la tierra con muchas penas, y rebelde élla á tus cuidados, muchas veces no te producirá sino cardos y espinas<sup>2</sup>. » Inútil, hermanos míos, insistir por más tiempo sobre la necesidad y obligación que tenemos todos de trabajar, los unos de una manera, los otros de otra; trabajo de inteligencia para los que ocupan ciertos empleos, (y sabedlo bien, este trabajo no es ni el ménos penoso ni el ménos fatigoso;) trabajo de cuerpo para los que ejercen ciertas profesiones: labradores, viñadores, carpinteros, carreteros, y tantas otras artes que sería demasiado largo enumerar.

Hé aquí pues el principio incontestable: cada hombre tiene obligación de trabajar; rico ó pobre, es menester, para cumplir los designios de Dios sobre nosotros, que tengamos ocupaciones. Por lo demás, ¡desdichado del hombre ocioso!... Cualquiera que sea la situación que ocupa, vosotros mismos le comparáis, con razon quizás, á esos animales inmundos, que se encierran en casas estrechas, para mejor engordarlos...

Pues bien, hermanos míos, siendo el trabajo para nosotros un deber, una necesidad, examinemos juntos lo que es, cuando so-

1. Job., v, 7. — 2. Gen., ii, 15.

mos separados de Jesucristo, cuando descuidamos ofrecérselo. Tenemos un ejemplo en el Evangelio de este día: « Maestro, dicen los Apóstoles, hemos trabajado toda la noche sin provecho alguno; pues nada hemos cogido. » Y de hecho, el trabajo separado de Jesucristo es al mismo tiempo un trabajo penoso y sin resultado.

Ved, en efecto, hermanos míos, á ese obrero, ese labrador, ese artesano, que no creen en Dios; encorvados durante largos días, el uno sobre su arado, el otro sobre la máquina que conduce, ó sobre los instrumentos, que maneja, ¿ qué hacen?... Decidme, si el pensamiento del cielo, si el pensamiento de Dios que les mira y bendice, no viene á sostenerlos, fortalecerlos, animarlos, ¡cuán punzante debe ser su fatiga! ¡Cuán áspero es este sudor que mana de sus frentes, y les corre por sus miembros! Teniendo el corazón embrutecido por la avaricia, ó atormentado por la envidia, podrá bien el labrador animarse por el pensamiento de aumentar sus campos, el artesano, el obrero por la esperanza de que en el día de la paga, y al cabo de la quincena, podrá entregarse á algunas horas de embriaguez y de orgías. Pero ¿ unos pensamientos tan rastreros, una esperanza tan ruin pueden ser motivos bastante dignos y poderosos para un corazón medianamente honrado? Y vosotras mismas, mujeres cristianas, que me escucháis, ¿ no sentís por vuestra propia experiencia, cuán penoso es el trabajo diario, sea que vayáis á los campos, desafiando el frío ó el calor, para entregaros á los duros trabajos de la tierra, sea que la aguja á otros labores reclamen todos vuestros instantes? ¿ No sentís, repito, cuán penoso debe ser un trabajo ejecutado sin el sentimiento del deber y fuera de la esperanza del Cielo?...

Sí, el trabajo sin Jesucristo es un trabajo de noche, es muy penoso, y además estéril, suponiendo aun, hermanos míos, que obtengamos un buen salario... Labrador, tus votos son oídos, esta fanega de tierra que querías comprar, está en posesión tuya; has construido este grande hórreo, objeto de tus sueños!... ¡Ah! amado hermano mío, sin hablar de estas enfermedades prematuras, de esos dolores agudos, consecuencia de tu avaricia y de tu

tenacidad en el trabajo, esos terrenos adquiridos, esos edificios construidos, ¿ te parecen una recompensa suficiente de todas tus fatigas?... Si es así, te compadezco. La muerte no tardará en llegar, y de los frutos de tus penosos trabajos, ¿ qué te quedará?... No los ignoras; un ataud y dos centiáreas de tierra que ni tuyas serán!... ¿ Os mostraré yo ahora, hermanos míos, cuán estéril es el trabajo del artesano, del obrero de nuestras aldeas ó de nuestras ciudades, que no conoce ya á Jesucristo, que no sabe tampoco ofrecerle sus fatigas y sudores? Por subido que sea su salario, ¿ no lo halla insuficiente? ¿ No está su corazón ulcerado por el odio y la envidia? ¿ Por ventura su ojo, enrojecido por el hervor de todas las codicias, no lanza una mirada envenenada sobre la fortuna de los ricos, y hasta sobre las economías de los mas humildes labradores? Sí, sin Jesucristo el trabajo es penoso; sí, sin Jesucristo, el trabajo es estéril, y sea cual fuere el precio con que se paga, desde el momento que las recompensas eternas están excluidas, el salario es siempre insuficiente!... Sed, estad ciertos de ésto, por no conocer á Jesucristo por no asociarse á Él en el trabajo hay tantos y tan pobres obreros que se abandonan á la intemperancia, se enredan en conspiraciones secretas, y meditan la ruina de la sociedad...

*Segunda parte.* Pero, hermanos míos, si el trabajo, que no es ofrecido á Jesucristo, que no está hecho en unión con él, es al mismo tiempo el más penoso y estéril, ved, por el contrario, lo que es, cuando está ejecutado segun el orden de su Providencia.

Oh Señor muy amado, podáis acá en la tierra ser el primero entre los más honrados y poderosos, y habéis querido ser solamente un artesano. Sed por ésto bendito!... Pero, sin duda, ó Jesús mío, vos vais á escoger una profesión honrosa y fácil; el pincel del artista ó la pluma del sabio... No, hermanos míos, no tomará ni siquiera el cayado del pastor, ni el aguijon del labrador, sus padres son demasiado pobres, y no tienen rebaños que conducir, ni campos, que cultivar. Será el hacha del carpintero, el modesto cepillo del ebanista que manejarán sus divinas manos... Por lo ménos, Hijo muy amado de la Virgen María, puesto que

os dignáis ejercer la humilde profesión de José, vuestro padre nutricio, os mostraréis sin duda alguna muy hábil en este arte!... Cómo debéis perfeccionarlo, enriquecerlo con hermosas invenciones; pues en fin, sois Dios!... No, hermanos míos, Jesucristo quiere ser el modelo y el estímulo del obrero el más humilde, el más ordinario; nada distinguirá su trabajo, y como el más pobre, esperará de su trabajo el pan diario, que habrá de nutrirle!... ¡Oh piadoso José, oh santa Virgen María, cuál debió ser vuestra admiración viéndole humillarse, rebajarse así!... Pero también, qué estímulo y qué consolación para vosotros todos, que con el trabajo de vuestros brazos debéis ganar como Él vuestro pan diario!... Sí, nuestros trabajos, sean cuales fueren, si sabemos ofrecerlos á Jesús, ejecutarlos en unión con Él, hácese más fáciles y nos llevan mejor provecho. « Los Apóstoles, dice el Evangelio de este día, habían trabajado toda la noche sin resultado alguno, su pesca había sido estéril. » Jesús estaba ausente, pero héle aquí en el barco. Á su mandamiento, echa san Pedro las redes, no es ya un trabajo nocturno, el sol brilla al horizonte, y la red puede desenvolverse con menor dificultad, que en medio de la oscuridad de la noche... Acudid, ó hijos del Zebedeo, venid á ayudar á vuestros compañeros; Pedro y Andrés han echado sus redes por orden de Jesús, que estaba en su barco, y hé aquí que estas redes van á romperse, tan copiosa es la multitud de pescado, que han cogido... Echaron la red solamente una vez y en medio del día: trabajo fácil; la pesca es muy abundante; trabajo fructuoso... Es el efecto de la presencia de Jesús...

Así es, amados cristianos; de nuestras ocupaciones todas, de todas nuestras fatigas, de todos nuestros trabajos ofrecidos á Jesús, unidos á los suyos, cuanto no pierden ne sus dificultades? ¿Cuán agradables y fáciles se hacen á veces también? Ved, á este labrador conduciendo su arado, el sol radia sobre él sus rayos los mas ardientes: es san Isidro, el patron de los labradores. Qué buen humor! Como la paz, que reina en su corazon, se refleja en su rostro!... ¿Cómo! vuestros miembros son ennegrecidos por ese ardiente sol de la España, son bañados de sudor;

estáis deslomado por la fatiga, y cantáis himnos y salmos, ¡oh piadoso labrador!... Sin embargo, vuestros trabajos son muy penosos!... Vedle levantando sus ojos hácia el cielo... « ¡Ah, Jesucristo ha trabajado durante el tiempo que vivía sobre la tierra, ha conocido la fatiga, quiero unir mis trabajos á los suyos y mezclar mis sudores á sus sudores: ¡oh cuán dulce es el pensar en Jesús! » ¡Ah sí, hermanos míos, nada tan apropiado para aligerar y disminuir la fatiga que experimentamos en nuestros trabajos, como el ofrecimiento que hacemos de los mismos á nuestro buen Salvador.

No solamente el trabajo hecho en unión con Jesucristo hácese más fácil, sino que es más provechoso y meritorio. Podría mostraros que, aun sobre la tierra, Dios bendice de una manera especial aquellos que le son fieles y que trabajan en unión con él, ya favoreciéndoles en sus empresas, conservándoles una salud más floreciente, ya preservando sus corazones de los malas pasiones, alejando de ellos la pereza, la ambición, la borrachera, fuentes habituales de miseria y envilecimiento... Pero no, hablemos sobre todo de las recompensas eternas.

Ciertamente, lo vemos todos los días; quiérase ó no se quiera, es menester que cada uno traiga su cruz; que la acepte con resignación y la traiga en pos de Jesucristo bendiciéndole; que haya quien la lleve con rabia y la arrastre vomitando blasfemias, élla tiene siempre su peso, mucho mas penoso para aquel que la recibe como impío, que para aquel que la acoge como cristiano... Así pasa con el trabajo, que es una ley de nuestra naturaleza, una necesidad, á que es imposible sustraernos!... Pero ¡qué dichosa necesidad para las almas que tienen la fé, y qué magnífica recompensa puede merecernos este trabajo diario, si sabemos santificarlo, ofreciéndolo á Dios, aceptándolo como un deber de nuestra condición y como una penitencia impuesta á nuestra pobre naturaleza desde su caída en el paraiso terrenal!

Leemos en la vida de san Vicente de Paul un acto de caridad

verdaderamente sublime. Un pobre galeote estaba para caer en la desesperación; el santo que tuvo lástima de él, pidió ocupar su puesto, y Dios permitió que el cambio fuese aceptado. Hé ahí á Vicente de Paul encadenado, mezclado con los galeotes y compartiendo con ellos el calabozo, que les reunía y los trabajos forzosos, á que estaban condenados. Los unos dan alaridos, blasfeman, maldicen la sociedad; pero él, al ver sus cadenas, pensaba en las de Jesús; al tomar parte en los trabajos de los galeotes, reflexionaba en los trabajos de su divino Maestro y en las fatigas, que había sufrido <sup>1</sup>. Decidme, hermanos míos, quién á vuestro parecer era más digno de lástima, ó el santo sufriendo alegremente y con fé esta esclavitud voluntaria, ó los desdichados que la llevaban con la rabia y blasfemia en el corazón? ¿Para quién eran los trabajos menos penosos, y sobre todo á quién merecían las mas hermosas y gloriosas recompensas?... Pues bien, amados cristianos, es esto la historia de la vida. Estamos todos, como os decía, estamos todos condenados al trabajo; sin Jesucristo este trabajo es duro y estéril; con Él hácese fácil y meritorio.

PERORACIÓN. Ah! Amados hermanos míos, doy una importancia particular á esta instrucción. Querría induciros con eficacia á santificar bien vuestro trabajo, á hacerlo provechoso para el Cielo... Excita la admiración el rasgo de santa Isabel, reina de Hungría, llevando sobre sus hombros delicados un pesado haz de leña destinado á calentar una familia indigente. En efecto, este rasgo merece nuestra admiración. Encontramos aquí no sólo la

1. Este rasgo de la vida de san Vicente de Paul ha sido objeto de una viva discusión entre dos de los más célebres panegiristas de este santo. El abate Maury habíalo citado y habia sacado del mismo un hermoso monumento de elocuencia. El abate de Boulogne en el elogio del mismo santo parece negar este rasgo sublime de abnegación. Un sabio comentario puesto al fin del panegirico del abate Maury restablece la verdad de este hecho, relatado además por la mayor parte de los historiadores del santo y consignado en las actas de su canonización. Acabamos de leer lo que dice á este propósito el defensor más reciente de la opinión de Monseñor de Boulogne; no nos ha convencido. Nuestra opinión es la de Abelli, de Collet, del cardenal Maury, etc., etc.

caridad, sino tambien una virtud llevada hasta el heroísmo. Verdaderamente siéntese uno conmovido, al representarse esa pesada carga sobre hombros reales! Pues bien; vosotros todos los que trabajáis no sois de otra naturaleza, y si supieseis ofrecer vuestro trabajo á Dios, cada esfuerzo que hacéis, cada gota de sudor que mana de vuestra frente, os serían tenidos en cuenta para el Cielo!... ¡ Oh Cristianos, cuántos tesoros perdidos! ¡ Oh mis queridos amigos, cuán fácil nos sería hacernos santos!

Supongamos que un hombre rico, criado con delicadeza, que una señora de alto rango, como las que se encuentran en las ciudades, recibiesen de sus confesores como penitencia, la obligación de entregarse, solo un día, á vuestras ocupaciones de segar, labrar ó hacer á alguno de esos trabajos, que son diarios para vosotros... ¡ Cuán dura sería esta penitencia y cuán meritorio sería para ellos el cumplimiento de la misma. Este mérito, hermanos míos, podeis obtenerlo vosotros. Sí, cuando trabajáis, levantad vuestros ojos hácia el cielo; en medio de vuestras fatigas pensad en Jesucristo... Acordaos que viviendo Él sobre la tierra, no escogió ni la pluma del sabio, ni el cetro del monarca, ni la espada del conquistador; que aquella misma mano, que formó la tierra y los cielos, que encendió los soles en el espacio, que midió el Océano, se ha endurecido al contacto de los instrumentos del obrero. O Divino Jesús, modelo de los pobres, de los obreros, os suplicamos nos enseñeis á santificar nuestro trabajo uniéndolo al vuestro, no limitando nuestras esperanzas á esta ganancia necesaria para sustentar esta pobre vida, que pasa como el agua; sino hacednos suspirar hácia esa otra vida, en donde nuestras fatigas y sudores serán recompensados con una dicha eterna y un descanso que no tendrá jamás fin. Así sea. ®

## HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO

DEL QUINTO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES.

(S. MAT., V, 20-24.)

En que consistía la justicia de los Fariseos; cual debe ser la nuestra.

TEXTO. *Dico enim vobis quia nisi abundaverit justitia vestra plus quam Scribarum et Phariseorum non intrabitis in regnum caelorum.* Os digo en verdad que si vuestra justicia no fuere mayor que la de los Escribas y de los Fariseos, no entraréis en el reino de los cielos.

EXORDIO. Hermanos míos, el Evangelio de este día encierra una de las mas importantes enseñanzas de nuestro divino Salvador; quizás por eso es ésta una de las ménos entendidas, y sobre todo de las ménos practicadas. Los Evangelistas nos muestran á este divino Maestro seguido de una inmensa muchedumbre; Él se sube á un monte, siéntase sobre una roca para ser mejor oído, y allí expone en pocas palabras la doctrina nueva, que ha venido á traer al mundo. Es la carta que da á su pueblo, es la constitución divina, á la cual deben someterse todos aquellos, que quieren hacerse vasallos suyos.

El Evangelio de esta día encierra un fragmento de este magnífico sermón pronunciado sobre el monte... Os digo en verdad que si vuestra justicia no fuere mayor que la de los Escribas y Fariseos, no entraréis en el reino de los cielos. Oistéis que fué dicho á los antiguos: No matarás y cualquiera que matare, será culpado de juicio. Mas yo os digo que cualquiera que se enojare contra su hermano será culpado de juicio y cualquiera que dijere á su hermano: Raca, será culpado de concilio; y cualquiera que le dijere: Fátuo, será culpado del fuego del infierno. Por tanto, si trajeres tu presente al altar y allí recordares que tu hermano tiene algo contra tí, deja tu presente en el altar, y

véte primero á reconciliarte con tu hermano, y entonces ven y ofrece tu presente... »

PROPOSICIÓN. Querría, hermanos míos, á propósito de este relato evangélico, haceros comprender bien que Dios exige de nosotros, no una santidad aparente, que nos merezca los elogios de los hombres, sino las virtudes interiores que salgan como de su fuente del fondo del corazón, apoyadas en la humildad, y manifestándose sobre todo por una gran mansedumbre y una viva caridad hacia el prójimo.

DIVISIÓN. Veamos pues: *Primero*: que era la justicia de los Fariseos; dirémos, *en segundo lugar*, lo que ha de ser la nuestra, para ser *más abundante*, mas agradable á Dios y merecernos *la gracia de entrar en el reino de los cielos*.

*Primera parte*. Y desde luego, ¿quiénes eran los Escribas y Fariseos?... Los Escribas eran los sabios, los doctores entre los Judíos; debían enseñar la ley de Dios y explicarla al pueblo. Exteriormente tenían una vida arreglada, y estaba su reputación al abrigo de todo reproche.

Los Fariseos, doctores igualmente, se distinguían de los Escribas haciendo alarde de un exterior más piadoso y llevando una vida más austera. No eran, según decían, como los otros hombres; ayunaban varias veces en la semana, hacían copiosas limosnas, largas oraciones, y pagaban por la manutención de los Levitas y del templo el diezmo de todo lo que poseían <sup>1</sup>.

Los hombres que ven solamente las apariencias, viendo la austeridad de su vida y la exactitud con que cumplían las menores prescripciones de la ley, les prodigaban honores, respecto y admiración.

Sin embargo; ¿No dijo Jesucristo al mas humilde y menor de entre nosotros, que para alcanzar el reino de los cielos es preciso ser mas santos y justos que esos hombre, al parecer tan rígidos y respetados por sus aparentes virtudes? Qué pues, o bondadoso Salvador, vos tan bueno, tan compasivo para con nosotros, pobres pecadores, me parecéis hoy muy severo! Como? ¿es menester

1. Luc., XVIII, 12 et passim apud Evang.

para ser salvos, que tengamos una vida más justa que la de esos hombres tan graves, tan austeros y fieles observadores de la ley ! ¡ Ah, hermanos míos, la mirada de Jesucristo penetra más lejos que la nuestra : nada le está escondido ; delante de Él la falsedad, la ambición, el orgullo y la hipocresía tratan inútilmente de velarse con piadosas apariencias, las vé, las conoce ; su ojo penetra la máscara, de que se cubren, sea cual fuere su espesor...

Considerad, en efecto, como demuestra el Evangelio que esta justicia, que esta santidad pretendida de los Fariseos está despojada de humildad y de caridad, dos condiciones esenciales para que la virtud sea realmente tal, y merezca las recompensas eternas... Vedles como en esas comidas á que el Salvador está convidado, escogen ellos los primeros sitios, echando una mirada desdeñosa sobre los Apóstoles. Considerad este otro que vá al templo, no para orar á Dios, sino para hacer su propio elogio y hablar con desprecio del publicano.

Señor, dice, os doy gracias de tantas virtudes, de tantas cualidades que poseo ; no, no soy un pecador como los otros y sobre todo como este publicano. Heridos de la influencia que obtiene sobre el pueblo nuestro divino Salvador por su mansedumbre y por los milagros que obra, estos hombres soberbios se declaran contra Él. El orgullo de ellos irá hasta negar prodigios evidentes como la luz del día ; y si no pueden negarlos, su envidia insensata los atribuirá al poder del demonio !... ¡ Ah, miserables hipócritas, si perseguís así á nuestro Salvador, es porque os conoce, es porque hace conocer á los otros, que vuestra falsa virtud no tiene otro principio sino el orgullo y el deseo de daros importancia. Hacéis limosnas, pero deseáis que sean conocidas. Él ha visto con que ostentación echáis vuestra pieza de oro en el cepillo del templo, y ha dicho que la pobre mujer, que humildemente había echado un denario, tenía más mérito que vosotros delante de Dios !. Sepulcros blanqueados, sí, solo el orgullo es el principio de todos vuestros actos !...

1. Marc. XII, 41 ; Luc., XXI, 1.

Y ved, amados hermanos míos, como el Salvador conocía bien á estos hipócritas ! Sabía que no solamente sus corazones estaban ulcerados por el orgullo, sino que su pretendida justicia carecía de caridad. Por mas hermoso que sea exteriormente un sepulcro, por más espléndido que sea un monumento fúnebre, si penetráis en el interior, ¿ qué encontraréis ? la corrupción, la podredumbre, los gusanos !... Pues en el alma de estos hombres, que llamaba con tanta precisión *sepulcros blanqueados*, veía Jesucristo la envidia, los celos, el odio y muchas otras pasiones, pues las almas, de que está ausente la caridad, son realmente como muertas delante de Dios, y los vicios se multiplican allí como los gusanos en un cadáver !... Vamcs pues ! estos Fariseos, tan austeros en apariencia, que no habrían querido omitir la menor ceremonia prescrita ; que se hacían un mérito de la exactitud, con que limpiaban sus manos ántes de la comida ; que se enorgullecían de la fidelidad, con la cual observaban tradiciones mezquinas y ridículas, no usaban de una dureza y injusticia extraña en los juicios que formaban respecto del prójimo !... Maestro, decían á Nuestro Señor Jesucristo, porque acogéis así los publicanos y pecadores ?... Nosotros tenemos por cosa indigna entretenernos con esta clase de gentes, aun cuando fuese para convertirlos. » ¡ Cuán constante y pertinaz era la envidia que tenían á nuestro divino Salvador ! cómo espían sus acciones ! Cómo se esfuerzan, haciéndole preguntas capciosas, por sorprenderle en sus palabras ! Cómo le calumnian ! Jesus acababa de sanar un ciego de nacimiento ; este ciego relata ingenuamente, como se ha operado su curación milagrosa. Furiosos, le amenazan así que á sus padres... : « No hables mas así, le dicen, este hombre no ha podido curarte, porque es un pecador. » En fin, para satisfacer su odio y celos, no retrocederán ante el mas grande de los crímenes : conspirarán contra nuestro divino Salvador, le juzgarán de la manera que sabéis, y le entregarán al suplicio ignominioso de la cruz... Pero aquí, hermanos míos, admirad la delicadeza de su conciencia, la grandeza de su virtud !... O mas bien, amados cristianos, consideremos la atrocidad de su hipocresía. No entrarán

en el pretorio de Pilato, por miedo de ser manchados, porque es la morada de un pagano. Qué conciencia tan delicada y escrupulosa! Pero no vacilarán cuando se tratará de perseguir al inocente Jesús con sus calumnias; no estarán indecisos para excitar al pueblo á pedir su muerte, y reunidos ellos mismos á la más vil multitud, clamarán: ¡Quitadle, crucifícadle! Llevarán la rabia y el odio hasta subir al Calvario, para beber, en cierto modo, con los ojos la sangre de su víctima, para saborear todo el espectáculo de sus dolores é insultarle en su agonía!... Hélos aquí á esos hombres en apariencia virtuosos y austeros, hélos aquí á esos hipócritas!... O divino Salvador, como les conocéis bien!...

*Segunda parte.* Por eso, hermanos míos, ya no extrañaréis ahora que Jesucristo exija de sus discípulos una virtud mas perfecta, una mayor justicia; ya no os admirará que nos diga en el Evangelio de este día: *En verdad, os digo, si vuestra justicia no fuere mayor que la de los Escribas y Fariseos, no entraréis en el reino de los cielos.* Se puede engañar á los hombres, pero la mas secreta intención, el rincón mas escondido del corazón no puede escaparse á la vista de Dios... Nuestra conciencia es para Él un libro siempre abierto; vigilemos, pues, atentamente sobre nosotros mismos, sin contentarnos con las apariencias de la virtud.

Pero, decidme, hermanos míos, ¿sería imposible encontrar en nuestros días virtudes bastante semejantes á las de los Fariseos, una justicia y santidad muy poco diferentes de la suyas?... ¿No hay aun sepulcros blanqueados? Ese hombre dominado por la avaricia se escuda con la probidad, no quiere tener nada que desembrollar con los tribunales ó la justicia humana. Confíadle vuestra bolsa, os la vuelve intacta y no falta en deciros con énfasis: « Soy un hombre honrado. » Pero ¿tiene ningun temor de engañar á sabiendas y voluntariamente en los contratos que concluye?... ¿No procura apropiarse parte del campo del vecino? ¿No disputa sobre el salario de los obreros? En una palabra ¿no se permite muchas faltas de delicadeza, las cuales la ley humana puede no reprimir, pero que la conciencia cristiana reprueba? Sepulcro blanqueado!... Se encuentran á veces personas que se

tienen por cristianas, y que no son exentas del vicio de los Fariseos. Mi amada hermana, si sois piadosa, no querríais faltar ni á las vísperas, ni á cualquier oficio de piedad; ¿pero porqué esa severidad para con el prójimo? Porqué esa lijereza con que traíais su reputación? Porqué esas maledicencias y quizás esas calumnias que os son tan habituales? ¡Ah tened cuidado, no seais tambien un sepulcro blanqueado! Asistir á la santa misa, comulgar de tiempo en tiempo es cosa muy buena; pero respetar el honor y la reputación del prójimo, tener por él sentimientos benévulos y caritativos es igualmente cosa buena; y os diré con Nuestro Señor Jesucristo que es menester hacer lo uno y no dejar lo otro. *Hæc oportuit facere et illa non omitttere.* En fin ¿no podría hallarse tambien entre los cristianos ciertas personas modestas, recogidas, decentes delante del público, y que en secreto olvidan la presencia de Dios y no conservan esta misma reserva ni en sus pensamientos, ni en sus actos! Sepulcros blanqueados aun, brillo al exterior, corrupción y podredumbre al interior!...

¿Cuál es, pues, hermanos míos, la justicia que Jesucristo exige de nosotros, para que seamos admitidos en el reino de los cielos? Es, cristianos, una virtud interior que reuna las dos condiciones que faltaban á la santidad de los Fariseos, una virtud humilde y caritativa.

Sin humildad no hay verdadera justicia. Hemos dicho con que energía nuestro divino Salvador censura el orgullo de los Fariseos; veamos como recomienda la humildad á sus discípulos!... No contento con hacer de su vida entera una lección de humildad, predica esta virtud de una manera especial. Un día, despues de haber dado gracias á su Padre, porque las verdades, que enseñaba, rechazadas por el orgullo de los sabios y doctores, eran manifestadas á los humildes y pequeños, añadía: Aceptad mi yugo, someteos á mi doctrina, y aprended de mí que soy manso y humilde de corazón. Oráculo divino, preciosamente recogido por los Evangelistas y fielmente practicado por los santos todos... *Aprended de mí...* ¿Qué solemne entrada!... Y qué, pues, o Jesús,

vais á enseñarles? ¿vais acaso á comunicarles algun secreto de vuestra ciencia divina, á enseñarles á curar los enfermos, á resucitar los muertos!... No, hermanos míos, escuchad: « Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón. » Hé ahí, cristianos, lo que hacía la santidad del divino Salvador incomparablemente superior á la de los Fariseos... He ahí lo que pone la virtud de los cristianos muy por encima de la de los doctores de la antigua ley y de los sabios del paganismo...

¡ Oh divina Madre de Jesús, criatura la más santa y perfecta, esta misma enseñanza nos da también vuestra vida entera; esta misma lección recogía de vuestros labios benditos una de vuestras más devotas siervas. Leemos, en efecto, en las *Revelaciones* de Santa Brígida, que en una de esas apariciones con que era ella favorecida, la Santísima Virgen le dice: « Hija mía, si quieres santificarte, ven á esconderte bajo el manto de mi humildad; considérate como la más grande pecadora de todos. ¡ Ves á algunos malos? tu no sabes si mañana ellos serán convertidos; no ves su alma, ignoras con que intenciones obran; no te prefieras, pues, á ninguno, y no juzgues mal de nadie en el fondo de tu corazón. Es cosa dura para las almas mundanas creer y estar bien persuadidas de que están por debajo de los otros. Que no sea así contigo, hija mía; sigue mi ejemplo, porque tal era mi humildad...<sup>1</sup> » Debo también decir que la justicia, la virtud de los cristianos debe ser acompañada de caridad!... ¿ No es sobre este punto que Nuestro Señor insiste particularmente en el Evangelio de este día? « Ha sido dicho á los antiguos: No matarás; y cualquiera que matare será culpado de juicio. Mas yo os digo, prosigue, que cualquiera que se enojare con su hermano será culpado de juicio; cualquiera que dijere á su hermano: Raca, será culpado de concilio; y cualquiera que dijere: Fátuo, será culpado de fuego del infierno. » Nos prohíbe, pues, el Señor la cólera para con el prójimo, nos prohíbe toda palabra insultante, porque la palabra Raca, intraducible en nuestra lengua, es un vocablo

1. Cf. Lohner, *Bibliotheca manualis*.

de indignación y de desprecio<sup>1</sup>; Dios nos prohíbe igualmente las palabras injuriosas, y amenaza castigar con severidad á los que habrán violado estos preceptos de caridad. Y no lo olvidemos, amados cristianos, como os decía, Jesucristo ve lo que se pasa en lo más íntimo de nuestra alma, y si queremos merecer entrar un día en el reino de los cielos, es menester no solamente abstenernos de palabras injuriosas para con el prójimo, sino que además es necesario que hayamos en el fondo de nuestro corazón caridad y afección para con Él.

PERORACION. ¡ Y no es esto lo que nos enseña de la manera más formal, más clara y enérgica, cuando añade: « Por tanto, si trajeres tu presente al altar, y allí recordares, que tu hermano tiene algo contra tí, deja allí tu presente en el altar, y véte primero á reconciliarte con tu hermano, y entonces ven y ofrece tu presente. » Qué de más fuerte, amados cristianos, pero también, como lo observa un santo, qué de más dulce y de más tierno<sup>2</sup> que estas palabras!

La caridad, la unión de los corazones tiene un tal valor á los ojos de nuestro buen Salvador que la prefiere en cierto modo á su propia gloria. « Venís á rogarme, á ofrecer presentes, á cumplir y ofrecer un sacrificio; pues bien! si tenéis odio á vuestro hermano, si existe en vuestra alma algo de hiel contra él, id desde luego á reconciliaros con él, interrumpid por decirlo así este ejercicio de piedad, diferid esta ceremonia é id á reconciliaros con vuestro prójimo.

O adorable Salvador, cómo estas palabras hácenos sentir bien la importancia de la caridad y del amor que debemos tener hacia nuestro prójimo. O vos, que sois al mismo tiempo todopoderoso y muy misericordioso, dignaos concedernos una justicia, que sea según vuestro corazón; preservadnos de este orgullo, de esta hipocresía, que echabais en cara á los Fariseos; haced que os sirvamos con una intención recta, con un corazón humilde y sincero... Preservadnos de la envidia, de los celos, del odio; haced

1. Véase Cornelio Alapide.

que, conservando acá en la tierra la paz, la caridad, tengamos como un prelude de esta unión eterna, que no debe formar sino un corazón y alma de todos vuestros escogidos en esa bienaventurada patria, á que nos habeis destinado... Así sea.

### HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO

DEL SEXTO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES.

(S. MARCOS, VIII, 1-9.)

**Multiplicación de los panes; milagro que se renueva cada año;  
Debemos testificar por éllo á Dios nuestro agradecimiento.**

TEXTO. *Misereor super turbam, quia ecce jam triduo sustinent me, nec habent quod manducent.* Tengo compasión de la multitud, porque ya hace tres días que están conmigo, y no tienen que comer.

EXORDIO. Hermanos míos, hacía más de dos años que Nuestro Señor Jesucristo recorría como un misionero las ciudades y aldeas de la Judea. Si como decíamos el último Domingo, los Escribas y Fariseos calumniaban su persona, negaban sus milagros y despreciaban sus enseñanzas; en cambio las almas más simples y rectas iban como encadenadas á sus pasos. Tomaban gusto en recoger aquellas hermosas lecciones dirigidas en forma de parábolas; además era su doctrina siempre confirmada por algun milagro nuevo producido por su poder. Él se había retirado á un monte desierto junto al mar de Galiléa; le había acompañado mucha gente; y le habían traído mudos, ciegos, cojos y otros muchos enfermos y los había sanado<sup>1</sup>. El entusiasmo se había apoderado de esta muchedumbre que admirada, exclama: Ha hecho bien todas las cosas, ha hecho oír á los sordos y hablar á

1. Juan. vi, 2-12.

los mudos. » Tal era la piadosa curiosidad del pueblo, que le hacía olvidar la bebida y comida...

Pero la bondad del Salvador no permitirá que esos hombres caigan en desfallecimiento, y el Evangelio de este día nos muestra como Él sabe subvenir á las necesidades de los que le aman y siguen.

« Como el pueblo hubiese concurrido otra vez en gran número y no tuviesen que comer, Jesús llamó á sus discípulos y les dijo: Tengo compasión de esas gentes, porque ya hace tres días que están conmigo, y no tienen que comer, y si los enviare en ayunas á sus casas, desmayarán en el camino, porque algunos de ellos han venido de lejos. Sus discípulos (no atreviéndose á recordarle que ya una vez había con cinco panes de cebada alimentado millares de hombres) le respondieron: ¿ De dónde podrá alguien hartar á éstos de pan aquí en el desierto? Y Jesús les preguntó: ¿ Cuántos panes tenéis? y ellos dijeron: siete. Entonces mandó á la multitud, que se recostase en tierra, y tomando los siete panes, habiendo dado gracias, los partió y dió á sus discípulos para que los distribuyesen, y los distribuyeron á la multitud. Partió igualmente unos pocos pececillos, que había bendecido. Todos comieron de ellos, y se hartaron, y levantaron de los pedazos que habían sobrado, siete espuertas. Y eran los que comieron como cuatro mil. »

PROPOSICIÓN Y DIVISIÓN. ¿ No os parece, hermanos míos, que si hubiésemos sido del número de estas cuatro mil personas así milagrosamente hartadas, habríamos admirado el poder y la bondad de nuestro divino Salvador; nos habríamos prosternado á sus piés para adorarle y aficionado á Él como al mejor de los dueños: en una palabra que este milagro nos hubiera trasportado de admiración y habríamos sido penetrados de la más viva gratitud? Amados hermanos míos, quiero esta mañana mostraros: *Primero* que este prodigio de la multiplicación de los panes se renueva cada año; *segundo*: que tenemos obligación de manifestar por esto nuestro agradecimiento al Señor.

*Primera parte.* Sí, amados cristianos, este milagro de la multi-

que, conservando acá en la tierra la paz, la caridad, tengamos como un prelude de esta unión eterna, que no debe formar sino un corazón y alma de todos vuestros escogidos en esa bienaventurada patria, á que nos habeis destinado... Así sea.

### HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO

DEL SEXTO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES.

(S. MARCOS, VIII, 1-9.)

**Multiplicación de los panes; milagro que se renueva cada año;  
Debemos testificar por éllo á Dios nuestro agradecimiento.**

TEXTO. *Misereor super turbam, quia ecce jam triduo sustinent me, nec habent quod manducent.* Tengo compasión de la multitud, porque ya hace tres días que están conmigo, y no tienen que comer.

EXORDIO. Hermanos míos, hacía más de dos años que Nuestro Señor Jesucristo recorría como un misionero las ciudades y aldeas de la Judea. Si como decíamos el último Domingo, los Escribas y Fariseos calumniaban su persona, negaban sus milagros y despreciaban sus enseñanzas; en cambio las almas más simples y rectas iban como encadenadas á sus pasos. Tomaban gusto en recoger aquellas hermosas lecciones dirigidas en forma de parábolas; además era su doctrina siempre confirmada por algun milagro nuevo producido por su poder. Él se había retirado á un monte desierto junto al mar de Galiléa; le había acompañado mucha gente; y le habían traído mudos, ciegos, cojos y otros muchos enfermos y los había sanado<sup>1</sup>. El entusiasmo se había apoderado de esta muchedumbre que admirada, exclama: Ha hecho bien todas las cosas, ha hecho oír á los sordos y hablar á

1. Juan. vi, 2-12.

los mudos. » Tal era la piadosa curiosidad del pueblo, que le hacía olvidar la bebida y comida...

Pero la bondad del Salvador no permitirá que esos hombres caigan en desfallecimiento, y el Evangelio de este día nos muestra como Él sabe subvenir á las necesidades de los que le aman y siguen.

« Como el pueblo hubiese concurrido otra vez en gran número y no tuviesen que comer, Jesús llamó á sus discípulos y les dijo: Tengo compasión de esas gentes, porque ya hace tres días que están conmigo, y no tienen que comer, y si los enviare en ayunas á sus casas, desmayarán en el camino, porque algunos de ellos han venido de lejos. Sus discípulos (no atreviéndose á recordarle que ya una vez había con cinco panes de cebada alimentado millares de hombres) le respondieron: ¿ De dónde podrá alguien hartar á éstos de pan aquí en el desierto? Y Jesús les preguntó: ¿ Cuántos panes tenéis? y ellos dijeron: siete. Entonces mandó á la multitud, que se recostase en tierra, y tomando los siete panes, habiendo dado gracias, los partió y dió á sus discípulos para que los distribuyesen, y los distribuyeron á la multitud. Partió igualmente unos pocos pececillos, que había bendecido. Todos comieron de ellos, y se hartaron, y levantaron de los pedazos que habían sobrado, siete espuertas. Y eran los que comieron como cuatro mil. »

PROPOSICIÓN Y DIVISIÓN. ¿ No os parece, hermanos míos, que si hubiésemos sido del número de estas cuatro mil personas así milagrosamente hartadas, habríamos admirado el poder y la bondad de nuestro divino Salvador; nos habríamos prosternado á sus piés para adorarle y aficionado á Él como al mejor de los dueños: en una palabra que este milagro nos hubiera trasportado de admiración y habríamos sido penetrados de la más viva gratitud? Amados hermanos míos, quiero esta mañana mostraros: *Primero* que este prodigio de la multiplicación de los panes se renueva cada año; *segundo*: que tenemos obligación de manifestar por esto nuestro agradecimiento al Señor.

*Primera parte.* Sí, amados cristianos, este milagro de la multi-

plicación de los panes, que Jesucristo obró una ó dos veces en favor de aquellos que le acompañaban, lo renueva, lo continua cada año en favor del universo entero, y particularmente en favor de nosotros todos. ¿ Habéis considerado el campo hace cerca de ocho ó diez meses? ¿ Qué habeis visto allí? Colinas desecadas, llanuras desnudas, despojadas de sus cosechas... Veíais allá y acullá á labradores ocupados en sus trabajos, cada uno de ellos llevaba consigo algunas medidas de centeno ó trigo, que sembraba en su campo; despues, surcando con la reja del arado la superficie de la tierra, volvía á cubrir estos puñados de grano esparcido sobre los surcos. Pero hoy, si recorréis ese mismo campo, cuán cambiado lo encontrarais!... En esos lugares mismos en donde los sembradores echaron esos pocos granos de centeno ó trigo, en esas colinas, en esas llanuras, en donde poco despues echaron algunas medidas de avena ó cebada, crecen hermosas mieses. Éstas ya se encorvan ménos al soplo de los vientos, que bajo el peso de sus ricas espigas. Ya en algunos países ellas han sido recogidas; ya en el nuestro blanquean y parecen decir al brazo del segador: Dentro algunos dias. ¡ Ojalá Dios, que nos las há dado, las conserve aun, las preserve de todo accidente y os conceda un tiempo favorable para recogerlas!

¡ Ah pobres segadores, cuando encorvados bajo el peso del trabajo y calor, cuando cansados levantaréis hacia el cielo, para respirar mejor, vuestras cabezas tostadas por el sol, ¿ pensaréis que asistís á la multiplicación de los panes?... Y nosotros todos, hermanos míos, cuando contemplamos esas mieses ya amarillentas, ¿ consideramos que no son otra cosa, sino la renovación de este prodigio?

Y sin embargo, nada es más verdadero. En el Evangelio de este día pregunta Jesús á sus Apóstoles lo que tienen: « Siete panes, responden ellos; es todo lo que tenemos y es muy poco para hartar o tan grande multitud. — Dádmelás, responde el Salvador, y haced sentar á este pueblo... » Pero, o Dios mio, puesto que queréis obrar un prodigio, ¿ necesitáis acaso de estos panes? no podéis crearlos en vez de multiplicarlos? El milagro parecería

más espléndido. No, hermanos míos, Jesucristo, para obrar sus milagros como para concedernos sus gracias, quiere que hagamos lo que de nosotros depende, que demos lo que dar podemos. Los Apóstoles dan pues lo que tienen, y los siete panes, bastando apenas para alimentar algunas personas, han podido entre las manos divinas de Jesucristo hartar á cuatro mil hombres. Así es que esta multiplicación de los panes se realiza cada año bajo nuestro ojos. Jesucristo pide al labrador su trabajo y algunas medidas de simiente; y merced á su Providencia, ese poco grano, que ápenas bastaría para alimentar algunas familias, producirá cosechas abundantes, las cuales hartarán á aldeas, ciudades, reinos enteros!...

Decidme, amados cristianos, es que no hay igualmente en estas dos circunstancias el milagro de la multiplicación de los panes? La sola diferencia entre esos dos prodigios está en que en el uno Nuestro Señor Jesucristo obró esta multiplicación en un instante y por un acto directo de su voluntad, miéntras que el otro se cumple en varios meses y Dios para obrar exige al hombre el concurso de su trabajo, y emplea para producirlo la lluvia, el sol, el frío, el calor y diversos elementos de la naturaleza, que tiene en su poder...

*Segunda parte.* He añadido, hermanos míos, que era para nosotros todos una obligación el mostrarnos agradecidos por esta bondad, con la cual Dios multiplica cada año el grano, que ha de nutrirnos. Y este agradecimiento es un deber no solo para el labrador, sino tambien una obligación para nosotros todos, ricos ó pobres, cualquiera que sea la condición á la cual pertenezcamos, cualquiera que sea nuestro empleo ó profesión... Necesitamos todos de pan para sostener nuestra vida, por lo tanto debemos bendecir la Providencia, que lo multiplica así cada año...

Leemos en otro pasaje del Evangelio <sup>1</sup>, que una muchedumbre alimentada así por Jesús de una manera milagrosa en el desierto, quería en el transporte de su gratitud levantarle y proclamarle

1. Juan, vi.

rey. El no se había aun manifestado á estos hombres; ignoraban ellos que era el Hijo de Dios, el rey de los Cielos, incomparablemente por encima de las dignidades reales todas de la tierra! Pero, nosotros, hermanos míos, nosotros cristianos, nutridos con su doctrina, instruidos con su ley, que sabemos que él es el Dios que produce este milagro, que multiplica así nuestros granos, que nos da así nuestro pan diario, ¿serémos pues más ciegos y ménos agradecidos que esta muchedumbre, que no le conocía?... ¿No le serviremos como á nuestro rey? ¿No le amaremos como á nuestro padre? ¿No le daremos gracias, adorándole como á nuestro Dios? Ah, hermanos míos, estos beneficios de Dios son tan comunes, tan ordinarios, que no pensamos en ellos!... Nos tocan, y no los vemos, nos rodean, y no los sentimos! Somos como niños, necesitamos que se nos recuerden muchas veces y con instancia para que los comprendamos... Si al ménos entendiésemos!...

Una piadosa niña, hija del rey Luis XV, que más tarde hizose carmelita y murió en olor de santidad, muy jóven aun, decía un día á su aya: «Yo todas las noches cuando me acuesto, todas las mañanas, cuando me levanto, digo á Jesucristo: «Dios mio, os doy mi corazón;» decidme, ¿es que Jesús no me dará nada en cambio? La prudente aya aprovechó esta ingénua pregunta, para llamar la atención de su alumna sobre los beneficios del Señor: «Creéis, dice, hija mía, que Jesús no os dá nada? Pero sin hablar de su sangre, de su vida que dió para rescataros cuando murió en la cruz, todo lo que tenéis viene de él, no sólo os ha dado la vida, sino os la conserva!... ¿De qué pues se componen vuestros vestidos? — De lana y seda, respondió la niña. — Pues bien; es Dios que hace hilar la seda al gusano que la produce; es Dios que hace crecer la lana sobre el lomo de los pequeños corderos, ¿no es, pues, Dios quien os dá vuestros vestidos? Y vuestra comida hija mía, es tambien Dios quien os la da; Él hace crecer en el campo el grano de que está fabricado ese pan, de que os alimentáis... No lo olvidéis, niña querida, todo lo que tenéis, Dios os lo ha dado, y no es por de más que en recompensa de tantos beneficios le entre-

gueis vuestro corazón... » — La niña retuvo fielmente esta lección. Cada vez que se recreaba con el perfume de una flor, ó el sabor de una fruta, se complacía en repetir estas palabras: *Esto es un beneficio de Dios, es menester darle gracias* <sup>1</sup>.

¡Pues bien, hermanos míos, de la misma manera que esta piadosa niña, sepamos nosotros mostrarnos agradecidos. Estas cosechas que estáis para recoger, son un beneficio del Señor, es menester darle gracias... ¡Oh vosotros, que debéis recoger, en los campos, con muchas fatigas y penas estos ricos presentes del Señor, no seáis ingratos. Sean cuales fueren vuestras ocupaciones, no olvidéis á Dios, sed fieles en rogarle; por la mañana, que vuestra alma le bendiga y como la alondra, haga subir hácia el cielo un himno de agradecimiento. Hácia el mediodía, cuando interrumpáis vuestro trabajo para tomar aliento y enjugar el sudor que mane de vuestra frente, cuando sentados bajo alguno sombraje, reparéis vuestras fuerzas por medio de una frugal comida y de un instante de descanso, bendecid tambien al Señor y dadle gracias... Y por la tarde, cuando llegados al cabo de vuestro surco, contempleis las gavillas amontanadas, dadle gracias aun.

PERORACIÓN, Pero sobre todo el Domingo!... ¡Ah, amados hermanos míos, cuán sensible es á nuestro corazón el ver que en la estación misma en la cual el Señor nos colma mas de sus beneficios, la iglesia queda más desierta y los oficios divinos son ménos frecuentados!... ¡Qué pues! ¿no estáis bastante fatigados? ¿No necesitáis descanso para vuestro cuerpo y del refrigerio de la oración para vuestra alma? ¿Porqué esta obstinación en trabajar el día del Señor... — «El tiempo no sufre dilación alguna, decís, no sabe uno lo que puede sobrevenir.» — Ingratos! ¿pensáis que Dios, que hasta ahora os ha conservado vuestras mieses, no es bastante poderoso para conserváros las un día más?... ¿No véis que, al profanar así el día, que se he reservado, os atraéis su cólera?... No, ¡oh amados hermanos míos, no deserteis de la iglesia durante esta estación, no abandonéis los divinos oficios; tendremos consi-

1. Vida de doña Luisa de Francia.

deración por vuestras fatigas; nuestras instrucciones serán más breves, que de costumbre... Venid, y todos juntos, dando gracias á Dios por sus beneficios, repetiremos este cántico de agradecimiento, que cantaba el santo rey David: bendice, alma mía, al Señor y bendigan todas mis entrañas su santo nombre <sup>1</sup>. » Vos sois, o Dios, quien haceis brotar las fuentes en los valles y haceis correr por las aguas entre los montañas. Regáis los campos con las nubes, que caen del cielo. Producís el heno para los animales; y para el hombre, haceis salir de la tierra el pan, que le alimenta y el vino, que ha de alegrar su corazón... Vos habéis criado el día y la noche; la noche en que descansa el hombre, es el tiempo que habéis dado á las fieras; pero, desde luego que amanece, vuelven ellas á entrar en sus cuevas, y el hombre sale para ir á su trabajo. O Dios de las misericordias, ¡cuán hermosas son vuestras obras!... Bendigamos juntos, amados hermanos míos, al Señor; ojalá podamos bendecirle en el tiempo y también durante la eternidad... Así sea.

### HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO

DEL SÉPTIMO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES.

(MAT. VII, 15 22.)

Qué debemos entender por falsos profetas; Obligación de estar en guardia contra ellos.

TEXTO. *A fructibus eorum cognoscetis eos.* Por sus frutos los conoceréis.

EXORDIO. Hermanos míos, cuentan que la madre de un célebre caballero francés llamado Bayardo, al separarse de su hijo, que iba á casa del gobernador del Delfinado, para hacer el aprendizaje

<sup>1</sup>. Salm. cxxx.

de las armas, le daba los más sabios consejos y le precavía con una solicitud verdaderamente maternal contra los peligros á que podría estar expuesto. « Caro hijo, le decía, antes de todo, acuérdate de Dios, permanécele fiel; sé bondadoso, leal y generoso con los hombres, evita la compañía de los malos, no te fies de su lengua melosa y pérfida <sup>1</sup>. »

Esta previsora madre imitaba con eso á nuestro divino Salvador... No solamente en su Evangelio nos enseña Jesús lo que debemos hacer, sino que también nos advierte de los peligros, que pueden perdernos... Unas veces dice á sus Apóstoles: « No temais las persecuciones; estaréis expuestos á ellas, estad ciertos de ello. Pero tened confianza, yo estaré allí para sosteneros. » Y en el Evangelio de este día nos precave contra los peligros, á que está expuesta nuestra fé por parte de aquellos á quienes llama falsos profetas. <sup>2</sup>

« Guardaos, nos dice, de los falsos profetas que vienen á vosotros con vestidos de ovejas, mas dentro son lobos rapaces. Por sus frutos los reconoceréis. ¿ Por ventura cogen uvas de los espinos, ó higos de los abrojos?... Así todo árbol bueno lleva buenos frutos; mas el árbol malo lleva malos frutos. Todo árbol que no lleva buen fruto, será cortado y echado al fuego. Así que por sus obras los conoceréis á esos falsos profetas. No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hiciere la voluntad de mi Padre, que está en los cielos, ese entrará en el reino de los cielos. »

PROPOSICIÓN. Me propongo pues está mañana explicaros en pocas palabras la enseñanza que nos dá nuestro Señor en este Evangelio, y mostraros la importancia de la misma.

DIVISIÓN. Veamos pues: *Primero*: Qué debemos entender por falsos profetas, y á que señales se les reconoce; despues, *en segundo lugar*, verémos que es un deber para nosotros evitarlos y desconfiar de ellos.

<sup>1</sup>. Vida de Bayardo.

<sup>2</sup>. I Cor., xiv *et alibi*.

deración por vuestras fatigas; nuestras instrucciones serán más breves, que de costumbre... Venid, y todos juntos, dando gracias á Dios por sus beneficios, repetiremos este cántico de agradecimiento, que cantaba el santo rey David: bendice, alma mía, al Señor y bendigan todas mis entrañas su santo nombre <sup>1</sup>. » Vos sois, o Dios, quien haceis brotar las fuentes en los valles y haceis correr por las aguas entre los montañas. Regáis los campos con las nubes, que caen del cielo. Producís el heno para los animales; y para el hombre, haceis salir de la tierra el pan, que le alimenta y el vino, que ha de alegrar su corazón... Vos habéis criado el día y la noche; la noche en que descansa el hombre, es el tiempo que habéis dado á las fieras; pero, desde luego que amanece, vuelven ellas á entrar en sus cuevas, y el hombre sale para ir á su trabajo. O Dios de las misericordias, ¡cuán hermosas son vuestras obras!... Bendigamos juntos, amados hermanos míos, al Señor; ojalá podamos bendecirle en el tiempo y también durante la eternidad... Así sea.

### HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO

DEL SÉPTIMO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES.

(MAT. VII, 15 22.)

Qué debemos entender por falsos profetas; Obligación de estar en guardia contra ellos.

TEXTO. *A fructibus eorum cognoscetis eos.* Por sus frutos los conoceréis.

EXORDIO. Hermanos míos, cuentan que la madre de un célebre caballero francés llamado Bayardo, al separarse de su hijo, que iba á casa del gobernador del Delfinado, para hacer el aprendizaje

1. Salm. cxxx.

de las armas, le daba los más sabios consejos y le precavía con una solicitud verdaderamente maternal contra los peligros á que podría estar expuesto. « Caro hijo, le decía, antes de todo, acuérdate de Dios, permanécele fiel; sé bondadoso, leal y generoso con los hombres, evita la compañía de los malos, no te fies de su lengua melosa y pérfida <sup>1</sup>. »

Esta previsora madre imitaba con eso á nuestro divino Salvador... No solamente en su Evangelio nos enseña Jesús lo que debemos hacer, sino que también nos advierte de los peligros, que pueden perdernos... Unas veces dice á sus Apóstoles: « No temais las persecuciones; estaréis expuestos á ellas, estad ciertos de ello. Pero tened confianza, yo estaré allí para sosteneros. » Y en el Evangelio de este día nos precave contra los peligros, á que está expuesta nuestra fé por parte de aquellos á quienes llama falsos profetas. <sup>2</sup>

« Guardaos, nos dice, de los falsos profetas que vienen á vosotros con vestidos de ovejas, mas dentro son lobos rapaces. Por sus frutos los reconoceréis. ¿ Por ventura cogen uvas de los espinos, ó higos de los abrojos?... Así todo árbol bueno lleva buenos frutos; mas el árbol malo lleva malos frutos. Todo árbol que no lleva buen fruto, será cortado y echado al fuego. Así que por sus obras los conoceréis á esos falsos profetas. No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hiciere la voluntad de mi Padre, que está en los cielos, ese entrará en el reino de los cielos. »

PROPOSICIÓN. Me propongo pues está mañana explicaros en pocas palabras la enseñanza que nos dá nuestro Señor en este Evangelio, y mostraros la importancia de la misma.

DIVISIÓN. Veamos pues: *Primero*: Qué debemos entender por falsos profetas, y á que señales se les reconoce; despues, *en segundo lugar*, verémos que es un deber para nosotros evitarlos y desconfiar de ellos.

1. *Vida de Bayardo.*

2. I Cor., xiv *et alibi.*

*Primera parte.* La palabra *profeta*, amados hermanos míos, no quiere designar aquí al que anuncia el porvenir. No, significa simplemente *doctor*, sentido que tiene más de una vez en la santa Escritura. Entenderemos pues por falsos profetas á todos los que se esfuerzan en seducir las almas, enseñándolas la mentira y alejándolas de la verdad. Si, por ejemplo, lo que no quiera Dios, si desde este púlpito ó aun en conversaciones particulares, yo os enseñara otra cosa que lo que proclama el Evangelio; si me esforzara en destruir en vuestras almas estas verdades saludables que habéis aprendido en el catecismo, y que deben ser la regla de vuestra creencia y conducta; entonces en este caso sería yo un falso profeta, es decir un maestro de error, enseñando la mentira!

Luego, hermanos míos, los protestantes, los heréjes de toda clase no son otra cosa que falsos profetas. Ved á Lutero, el fundador del protestantismo, ¿quién era ántes de enseñar sus errores?... Un religioso, un monje, un presbítero. — Le pesa el yugo de la regla, las promesas que ha hecho le son insoportables. ¿Qué hace pues?... se rebela contra la Iglesia y su divina autoridad. — ¡Alto ahí, miserable, acuérdate de la fé, de la piedad de tus primeros años; mira la enormidad del escándalo que vas á dar, vé que ancho pedazo vas á desgarrar de la Iglesia, de estat única sin costura del Salvador Jesús; sondea la profundidad del abismo, que se abre bajo tus piés!... — Pero no, el orgullo y la pasión prevalecen!... Lutero, para justificar sus desórdenes y vicios vergonzosos, negará la necesidad de la confesión, el mérito de las buenas obras; rehusará aun reconocer la libertad del hombre, y sostendrá que Dios mismo nos obliga á hacer el mal!... Se le verá, con la rabia en el corazón, vomitar contra la Iglesia injurias y blasfemias; después, á fin de que, según la palabra del Salvador, *el árbol sea reconocido por su fruto*, seducirá una religiosa, contraerá con ella una unión doblemente sacrilega y pasará sus días en el desarreglo de costumbres y la crápula<sup>1</sup>. Hé aquí el

1. Véase sus *Memorias* ó su *Vida* por Audin.

fundador del protestantismo, el falso profeta por excelencia, el modelo al cual se aproximan más ó menos, estad ciertos de ello, los doctores todos de la herejía, los maestros todos de la mentira...

Pero existe aun otra clase de falsos profetas, más comunes en nuestros días y por lo ménos igualmente perniciosos. Se encuentra hoy un gentío de ambiciosos, de hombres degenerados y corrompidos, de oberos tambien engañados y pervertidos que hacen de falsos profetas, predicando una doctrina opuesta á la religión y funesta á la sociedad... ¿No pretenden ellos, apoyándose en no sé cuales ideas absurdas é imposibles, que el obrero no debe trabajar más; que los bienes deben ser repartidos; que la familia es una tontería y la religión una vejez, de que no necesitamos más? ¿No los vemos, á esos falsos profetas, esforzándose en corromper al pueblo? Nos menosprecian á nosotros, gentes de aldea: en efecto, nuestra fé así como nuestro buen sentido oponen una fuerte barrera á su febril ambición!...

¡Ah! reconozcamos á esos falsos doctores, á esos dependientes de Satanás, reconozcámoslos por su conducta, como se reconoce un árbol por su fruto. Quieren que sus cuerpos san enterrados de la misma manera que los de los animales. Si esos entierros laicos no fuesen un ultraje á la religión, á la moral, á la humanidad entera, nada tendríamos que decir: sus cuerpos deshonorados, envilecidos por una vida desordenada, no merecen ciertamente otros honores... Han vivido como animales, mueren como los animales; los entierros laicos que desean son seguramente las solas exequias, que les convienen... Examinad su vida, hermanos míos, son todos los mismos, esos pretendidos reformadores de la sociedad, esos hombres que aborrecen nuestra santa religión, que nos matarían cruelmente, como lo hicieron ya, á nosotros los cristianos, si fuesen ellos los dueños del poder. Ambición, impiedad, libertinaje, todos van marcados con este triple sello. *A fructibus eorum cognoscetis eos...* Reflexionad bien; si conocéis algunos de ellos, examínadlos de cerca, y osad decirme si he mentado!...

*Segunda parte.* O adorable Jesús, vos cuya mirada divina penetraba á través de los siglos, visteis todos esos profetas del error y de la mentira, que debían aparecer en varias épocas. Quisisteis ponernos en guardia contra su sociedad y enseñanzas!... Sed bendito por éllo... *Attendite a falsis prophetis.*

Sí, hermanos míos, desconfiemos de todos estos falsos profetas, sea cual fuere la piel de que se cubran, sea cual fuere el lenguaje, que empleen... Sea un ministro protestante el que venga, con tono meloso é hipócrita, á declamar cosas, millares de veces refutadas, contra la confesión y nuestros dogmas católicos; atrás, rechazémosle, no admitamos tratos con él!... Hijo de Lutero, discípulo de un monje impúdico y apóstata, sigue tu camino, te conozco!... Sea tal ó cual diputado ó funcionario en esperanza que venga á atacar nuestras creencias y commover las bases, sobre las cuales se apoyan la familia y la sociedad, no le escuchemos. Atrás tú también, te conozco, y los destrozos ejecutados por tus semejantes durante la *Comune* de París, me han demostrado suficientemente lo que tu vales. » No escuchemos tampoco a ese obrero perezoso, borracho é impío, que declama en la taberna contra los ricos, contra la religión, contra su cura... ¿Acaso no les conocemos? ¿Acaso no sabe todo el mundo que las gentes de semejante laya son al mismo tiempo perezosos y libertinos?...

Perdonad, amados hermanos míos, la energía de esta expresión. Esos desgraciados nos han hecho tanto daño! ¿No es á causa de sus errores y mentiras que la Francia, nuestro hermoso país, ha caído en un estado de malestar indecible y titubea en cierto modo como un hombre ébrio, no sabiendo que dirección tomar?... Por lo demás, si necesitase justificarme, os citaría el ejemplo de san Policarpo, discípulo de san Juan Evangelista. Un día en una de las calles de Roma encontró á un hereje, un protestante, un falso profeta de aquel tiempo, llamado Marción. El santo se alejó con indignación de este doctor de mentira. « Pero no me conoces ya? dice el hereje al santo obispo — ¡Oh, yo te conozco por el hijo primogénito de Satanás. » Ved, hermanos míos, con qué energía, desde los primeros tiempos de la Iglesia, estos doctores

que enseñaban una doctrina falsa y mentirosa, eran arrojados y rechazados por los primeros fieles!...

Queréis un ejemplo más reciente? Abramos la Vida de san Vicente de Paul. Uno de sus íntimos amigos, Duvergier de Hauranne, *cubierto*, como lo dice nuestro Señor Jesucristo, *con una piel de cordero*, trata pérfidamente de atacar la Iglesia, su cabeza y la verdad católica delante de este santo sacerdote... Vicente de Paul, tan manso, tan quieto, tan pacífico no puede contener su celo: este falso profeta le parece más peligroso que una víbora que tratase de infiltrar su veneno; le rechaza con palabras severas, y rompe toda relación con él!... Ilustre santo, os acordabáis sin duda de la palabra de Jesús: « Guardaos de los falsos profetas y de los doctores de mentiras. » *Attendite a falsis prophetis.*

Amados hermanos míos, saquemos de esta instrucción una conclusión práctica. Os prometí el último domingo, que durante el tiempo de la cosecha y de los trabajos de los campos, mis instrucciones serían más breves que de costumbre, quiero cumplir mi palabra y no fatigaros.

PERORACIÓN. Como conclusión práctica de esta instrucción, os aconsejo, hermanos míos, que os pongais en guardia, segun la palabra de nuestro divino Salvador, contra estos pretendidos doctores, que enseñan el error y la mentira. Amad el trabajo, la justicia, la equidad; amad todas estas nobles bases sobre las cuales se apoya el edificio social... Entónces todos estos hombres miserables, doctores y profesores de revoluciones é impiedades, no tendrán influencia alguna sobre vuestras almas... Guardaos de todo falso profeta, de todo pretendido doctor, que os hable contra la religión, contra sus sacramentos y la saludables enseñanzas, que élla nos dá. Estad seguros de éllo, el hombre que habla de esta manera, cualquiera que sea la suavidad de sus palabras y la piel con que se cubra, será siempre un lobo devorador... ¿Es á vuestra fortuna, á vuestro honor y á vuestra virtud que dirige sus tiros? No lo sé; pero si le examináis de cerca descubriréis fácilmente lo que es. No, no; la piel de cordero, de que se cubren ésos hipócritas, no puede esconderlos á la vista del alma cristiana,

del hombre inteligente... Guardaos de estos buhoneros de biblias, especie de ministros ambulantes que vienen á veces á vuestros hogares para hacer una propaganda protestante é impía...

Son miserables sin convicción y sin fé, dadles un pedazo de pan, si lo necesitan, pero no escuchéis jamás sus discursos y sabed, si es menester, hacerles callar... *Attendite a falsis prophetis*. Guardémonos todos de esos predicadores de impiedad, de revolución y de mentira...

Melancton, discípulo querido de este famoso Lutero, de quien os hablaba, había arrastrado toda su familia á su herejía. Su pobre madre poco antes de morir tuvo, dicen, alguna inquietud. Ella manda venir á su hijo : Hijo mío, le dice con lágrimas, dentro poco voy á parecer delante de Dios ; ¡ oh dime, te conjuro, ¿ he obrado bien siguiendo vuestras nuevas enseñanzas ? ¿ Acaso no habría sido mejor para mí permanecer fiel á las prácticas mandadas por la antigua religión?... Dime, ¿ qué piensas de éllo ? ¿ Qué debo hacer ? Se añade que Melancton conmovido, al ver su madre moribunda, le respondió estas palabras : « Madre mía, la religión que yo predico es buena parara vivir, pero la otra es mejor para morir !... Amados hermanos míos, léjos de nosotros todos los doctores de mentira é impiedad... Hémos sido bautizados en la antigua religión, en aquella que no solamente es la mejor para morir, sino que es tambien la mejor para vivir. Ojalá podamos creer firmemente las verdades que nos enseña y practicar con fidelidad las virtudes, que nos predica !... Así sea.

## HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO

DEL OCTAVO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES.

(S. LUCAS, XVI, 1-9.)

**Interrogatorio del mayordomo infiel, imágen del que tendremos que sufrir nosotros ; debemos hacernos amigos, que nos introduzcan en los tabernáculos eternos.**

**TEXTO.** *Redde rationem villicationis tuæ ; jam enim non poteris villicare.* Dá cuenta de tu mayordomía, porque ya no podrás ser mayordomo.

**EXORDIO.** Hermanos míos, el Evangelio del día de hoy nos muestra á nuestro divino Salvador, relatando á sus discípulos la siguiente parábola : « Había un hombre rico, el cual tenía un mayordomo, y este fué acusado delante de él como disipador de sus bienes. Y lo llamó y le dijo : ¿ Qué es esto que oigo de tí ? Dá cuenta de tu mayordomía, porque ya no podrás ser mayordomo. Entónces el mayordomo dijo dentro de sí : ¿ Qué haré ? que mi señor me quita la mayordomía. Cavar, no puedo ; de mendigar, tengo vergüenza. Ya sé lo que he de hacer, para que, cuando me fuere quitada la mayordomía, me reciban en sus casas. Y llamando á cada uno de los deudores de su Señor, dijo al primero : ¿ Cuánto debes á mi señor ? Y este le repondió : Cien barriles de aceite. Y le dijo : Toma tu escritura, siéntate presto y escribe cincuenta. Despues dijo á otro : ¿ Y tú, cuanto debes ? Y el contestó : Cien coros de trigo. Y él dijo : Toma tu vale y escribe ochenta... Y alabó el señor al mayordomo malo, (no porque aprobase su conducta poco honrada,) sino porque había obrado discretamente, porque, añade Nuestro Señor, los hijos de este siglo son en su generación más sagaces en sus negocios temporales, que los hijos de la luz en el negocio de su salvación. Y yo os digo : Hacéos ami-

del hombre inteligente... Guardaos de estos buhoneros de biblias, especie de ministros ambulantes que vienen á veces á vuestros hogares para hacer una propaganda protestante é impía...

Son miserables sin convicción y sin fé, dadles un pedazo de pan, si lo necesitan, pero no escuchéis jamás sus discursos y sabed, si es menester, hacerles callar... *Attendite a falsis prophetis*. Guardémonos todos de esos predicadores de impiedad, de revolución y de mentira...

Melancton, discípulo querido de este famoso Lutero, de quien os hablaba, había arrastrado toda su familia á su herejía. Su pobre madre poco antes de morir tuvo, dicen, alguna inquietud. Ella manda venir á su hijo : Hijo mío, le dice con lágrimas, dentro poco voy á parecer delante de Dios ; ¡ oh dime, te conjuro, ¿ he obrado bien siguiendo vuestras nuevas enseñanzas ? ¿ Acaso no habría sido mejor para mí permanecer fiel á las prácticas mandadas por la antigua religión?... Dime, ¿ qué piensas de éllo ? ¿ Qué debo hacer ? Se añade que Melancton conmovido, al ver su madre moribunda, le respondió estas palabras : « Madre mía, la religión que yo predico es buena parara vivir, pero la otra es mejor para morir !... Amados hermanos míos, léjos de nosotros todos los doctores de mentira é impiedad... Hémos sido bautizados en la antigua religión, en aquella que no solamente es la mejor para morir, sino que es tambien la mejor para vivir. Ojalá podamos creer firmemente las verdades que nos enseña y practicar con fidelidad las virtudes, que nos predica !... Así sea.

## HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO

DEL OCTAVO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES.

(S. LUCAS, XVI, 1-9.)

**Interrogatorio del mayordomo infiel, imágen del que tendremos que sufrir nosotros ; debemos hacernos amigos, que nos introduzcan en los tabernáculos eternos.**

**TEXTO.** *Redde rationem villicationis tuæ ; jam enim non poteris villicare.* Dá cuenta de tu mayordomía, porque ya no podrás ser mayordomo.

**EXORDIO.** Hermanos míos, el Evangelio del día de hoy nos muestra á nuestro divino Salvador, relatando á sus discípulos la siguiente parábola : « Había un hombre rico, el cual tenía un mayordomo, y este fué acusado delante de él como disipador de sus bienes. Y lo llamó y le dijo : ¿ Qué es esto que oigo de tí ? Dá cuenta de tu mayordomía, porque ya no podrás ser mayordomo. Entónces el mayordomo dijo dentro de sí : ¿ Qué haré ? que mi señor me quita la mayordomía. Cavar, no puedo ; de mendigar, tengo vergüenza. Ya sé lo que he de hacer, para que, cuando me fuere quitada la mayordomía, me reciban en sus casas. Y llamando á cada uno de los deudores de su Señor, dijo al primero : ¿ Cuánto debes á mi señor ? Y este le repondió : Cien barriles de aceite. Y le dijo : Toma tu escritura, siéntate presto y escribe cincuenta. Despues dijo á otro : ¿ Y tú, cuanto debes ? Y el contestó : Cien coros de trigo. Y él dijo : Toma tu vale y escribe ochenta... Y alabó el señor al mayordomo malo, (no porque aprobase su conducta poco honrada,) sino porque había obrado discretamente, porque, añade Nuestro Señor, los hijos de este siglo son en su generación más sagaces en sus negocios temporales, que los hijos de la luz en el negocio de su salvación. Y yo os digo : Hacéos ami-

gos de las riquezas, que suelen ser causa de iniquidad, para que cuando faltareis, os reciban en las moradas eternas...

PROPOSICIÓN Y DIVISIÓN. — Esta parábola encierra varias enseñanzas; pero me contentaré, para no ser demasiado largo, de llamar vuestra atención sobre dos solas circunstancias; *Primero*: sobre el interrogatorio que sufre el mayordomo infiel; interrogatorio que un día tendremos todos que sufrir, y á que debemos prepararnos; *segundo*: sobre la necesidad de hacernos amigos, que nos introduzcan en las moradas eternas.

*Primera parte.* El interrogatorio y el juicio del mayordomo infiel. Nosotros todos, amados cristianos, tendremos en un tiempo más ó ménos lejano que responderen el tribunal del soberano Juez á est amisma pregunta:

¿ *Dadme cuenta de vuestra mayordomía*; decidme el uso que habéis hecho de los bienes que os he confiado, de las luces que habéis recibido, de las gracias que os han sido dadas; Terrible momento! Sólo tu recuerdo nos causa una emoción espantosa!... Sin embargo este momento es inevitable... ¿ Queremos, hermanos míos, que no sea para nosotros tan espantoso? Preparémonos á él de antemano examinándonos, é interrogándonos nosotros mismos... Hacedos á vosotros muchas veces las siguientes preguntas.

Si alguien os hubiese confiado sus bienes, ó los hubiese depuesto en vuestra custodia con la intención y promesa formal de que se los conservaseis en buen estado y se los guardaseis con esmero, ¿ querriais disiparlos locamente, de manera que no pudieseis restituirlos cuando os los reclamara? Exponeros al riesgo de ser citados ante los jueces, acusados de mala fé, y quizás condenados á una prisión perpetua, ó por lo menos castigados con penas infamantes? ¿ Querriais exponeros á un castigo, que os deshonrase á vosotros mismos y á vuestra familia? No, amados hermanos míos, ya lo sé; os conozco bastantemente para afirmar que ninguno de vosotros consentiría en ésto...

Si, lo que no permita Dios, á consecuencia de accidentes imprevistos una tal desgracia os sucediese, si fueseis conducidos ante

el tribunal, sin dinero, sin amigos, sin consejos, sin ningun recurso para salir de esta mala situación, responded: ¿ No os veríais en la turbación, en la inquietud y entre angustias?... Pero, decidme, si de repente un amigo se presentaba para sacaros de esa penosa situación, para salvar vuestro honor y vuestros bienes, al mismo tiempo que os librase del peligro, que os amenaza, ¿ no aceptaríais su ayuda? ¿ no seguiríais sus consejos? ¿ No es verdad, que si os negarais á escucharle, seríais doblemente culpables, en primer lugar por haber disipado el bien ajeno, y en segundo lugar, por haber rehusado el socorro que se os ofrecía?...

Pues bien, hermanos míos, tal es nuestra situación, tal el estado en que nos encontramos; tal es la enseñanza que Jesucristo quiere darnos en esta parábola: ¿ *Qué tenemos que no hayamos recibido?*<sup>1</sup>. ¿ No vienen del Señor todos nuestros bienes?... Atormentado por los verdugos del rey Antíoco, obligado á entregar su lengua para ser cortada y sus miembros para ser martirizados, uno de los siete Macabéos decía al perseguidor: « *De Dios he recibido estos miembros; les doy de buena gana por Él.* De Dios tambien hemos recibido nuestros miembros, nuestra salud, nuestra inteligencia y los bienes todos del orden natural; ¿ y cuántos otros bienes aun del orden espiritual no debemos á su bondad? Sois bautizados, habéis recibido los sacramentos, habéis sido instruidos en la fé; muchas son las gracias que se os han dado... Por cualquier lado que nos miremos, ya sea en cuanto al cuerpo, ya en cuanto al alma, ¿ no podemos decir con razon: Estos bienes Dios me los ha dado. » *E celo ista possideo*<sup>2</sup>.

Pues, hermanos míos, ¿ qué hemos hecho de todos estos bienes? ¿ Hemos usado de ellos conforme á la voluntad de Dios?... Todo en nosotros debería contribuir á su gloria y á nuestra salvación... Veamos; ¿ es verdaderamente este el uso que hemos hecho de ellos? ¿ Cómo los hemos empleado? *Dadme cuenta*, nos dice Jesucristo, *de la mayordomía de mis bienes.* ¿ En qué habéis empleado vuestra salud, vuestros miembros, vuestra inteligencia? Qué

1. I Cor., IV, 7. — 2. II Mac., VII, 41.

habéis hecho del don de la fé? Qué se hicieron tantas luces que habéis recibido, tantas instrucciones saludables que os han sido dadas? ¿Dónde son los frutos que ellas han producido, el provecho que habéis sacado de las mismas? Entre todas estas solicitudes, todas estas preocupaciones, que os absorben, entre estos numerosos trabajos que emprendéis, ¿podrías citar uno solo de ellos, que haya tenido por fin único el honor de Dios y la salvación de vuestra alma? ¡Ah, hermanos míos, como todo en nuestra vida está pegado á la tierra, á esta vida presente, como si el cielo no fuere nuestra verdadera patria, y como si, á la par que los animales, nouviésemos otro fin que esta miserable vida!...

Qué diríais, qué pensaríais vosotros, si uno de vuestros criados no os sirviese mejor de lo que servís á Dios?... ¿Qué digo, si en lugar de servirlos, ultrajara vuestro nombre, os cubriese de heridas y llegase hasta á introducir el desórden en vuestra familia? Y sin embargo, amados hermanos míos, hé ahí en dónde estamos con Dios... No contentos de disipar sus bienes y de no servirle, ofendémosle aun con blasfemias, con maledicencias, quizás con desórdenes y con una culpable indiferencia...

Pero Dios lo sabe todo. Un día nos hará comparecer ante su formidable tribunal, y deberémos darle cuanta rigurosa... ¡Qué motivo de temor y espanto!... Qué podrémos responder á vos, Señor, á quien nada está oculto, que conocéis nuestros pensamientos los mas secretos y que habéis contado nuestros pasos todos?... ¿Qué haré? exclamaba el mayordomo infiel, al pensar en la cuenta que iba á exigirle su dueño?... ¡Ah! cuántos motivos tendrémos tambien nosotros despues de habernos examinando, para preguntarnos: qué harémos<sup>2</sup>?

*Segunda parte.* ¿Qué hacer? Es menester, hermanos míos, sin ser injustos como el mayordomo infiel, ser prudentes como él; debemos hacernos amigos, pero amigos que nos introduzcan en las moradas eternas. Amigos, quizás tenemos algunos; pero no se trata de éstos. Acaso la siguiente parábola, referida por san Juan

1. Job. xiv, 46; xxxi, 4. — 2. Cf. *Veritates practic.*

Damasceno, os hará comprender bien el género de amigos, que hemos de procurarnos y con los cuales podemos contar, para introducirnos en las moradas eternas 1.

Un hombre, dice el mismo, tenía cuatro amigos, los cuales le estaban todos unidos y á quienes el estimaba mucho, bien que tenía pocas relaciones con el que llamaremos el último; mientras que por el contrario las tenía frecuentes con los otros tres. Sobrevino un asunto grave y capital, del que este hombre no podía de ningún modo salir airoso sin el socorro de sus amigos.

Con prontitud va á encontrar al primero para referirle su aventura; pero este cobarde amigo, viéndole en la pena y apuro, le cierra su puerta y rehusa recibirle... Así desechado el hombre, de quien hablamos, recurre al segundo de sus amigos. Este le escucha con alguna atención; pero le dice que no puede darle otro socorro en su apuro, que un pequeño pedazo de tela, de que era fabricante... ¡No era esto un consuelo irrisorio en medio de una tan grande desgracia!...

Triste y desconsolado se marcha este hombre á ver al tercero de sus amigos. Éste, conmovido de compasión, se pone á llorar; se ofrece tambien á acompañarle para defender su causa delante de los abogados y jueces, y en todo lugar, si es menester. Ya seguido de su amigo en la desgracia, había llegado á la puerta del presidente, cuando de repente, oh inconsistencia de las amistades humanas! el amigo se niega á entrar y se vuelve á su casa, sin haber de ningún modo ayudado al infortunado...

¿Qué hará este último? Sus amigos le abandonan y no puede sin el socorro de ellos salir libre del caso desastroso, que le atormenta... Le quedaba el último de aquellos, que había amado, pero de quien había descuidado la amistad, y á quien había en cierto modo mirado con olvido y poco frecuentado. ¿Atreveráse á contarle su aflicción y pedir su apoyo?... Está incierto, pero el peligro le amenaza, le apremia la necesidad, se decide en fin á ir á reclamar de él una protección, que los otros le han rehusado...

1. In Barlaam.

Esto no fué en vano; este cuarto amigo se marcha inmediatamente á ver al hombre importante, de quien solo dependía el grave asunto de que hablamos; pleitea con tanta elocuencia la causa de este pobre acusado, que obtiene todo lo que desea y salva de la última desgracia á este hombre que le había demasiado descuidado... Imaginad, hermanos míos, cuales serían los sentimientos de éste último; que debió pensar de los cobardes amigos que le habían abandonado!... Cuál no fué su gratitud hacia el que le había salvado!...

Ahora hagamos la aplicación de esta parábola. Cada uno de nosotros, hermanos míos, es este hombre que tiene un importante asunto que deslindar; la cosa es seria, va en éllo nuestra salvación eterna... Tenemos cuatro amigos: son tres, con los cuales estamos mas aficionados. Pero el cuarto, le descuidamos; y sin embargo, solo éste nos ayudará, solo éste podrá introducirnos en las moradas eternas...

Nosotros todos compareceremos ante el tribunal de Jesucristo; ¿ creís que estáis bastante preparados, bastante bien dispuestos y seguros de vosotros mismos, para no necesitar socorro alguno en este momento solemne?... ¿ Y de dónde vendrá este socorro? ¿ En dónde encontraréis apoyo?... Será en estos tres amigos, que tanto amáis y á quienes profesáis tan viva afección?... Veámoslo; voy á evocar cada uno de estos amigos, como si estuviérais muertos, y como si el tan importante asunto de vuestra salvación debiera decidirse en este momento... Este primer amigo á quien estáis tan aficionados, es el placer, la satisfacción de los sentidos; ¿ qué socorro podrá éste dar á vuestra alma, cuando élla comparezca delante del soberano Juez? ¿ Por ventura no desaparece desde el instante que el alma ha abandonado el cuerpo, y muchas veces largo tiempo ántes!... El segundo de vuestros amigos es el amor de las riquezas y de los bienes de este mundo. ¿ Qué ayuda podrá daros en este momento?... Un pedazo de tela, un sudario, hé ahí todo lo que tendrán que ofrecer os en vuestra agonía las riquezas y bienes de este mundo...

El tercer de vuestros amigos son los honores, vuestra familia,

las afecciones de que podéis gozar acá en la tierra; os digo, pues, que este tercer amigo podrá quizás entristecerse de vuestra muerte, lloraros, acompañaros hasta vuestro sepulcro; pero no irá más lejos, no podrá arrancaros al infierno, ni libraros, si debéis ser condenados... Ved, pues, cuán vanos é impotentes son los goces de los sentidos, los bienes de la tierra, las afecciones de este mundo, estas tres cosas que tanto amamos, y que á pesar de éllo no pueden protegernos en este tan importante asunto de nuestro juicio...

Queda, pues, el cuarto amigo, que solo puede sernos útil, y sin embargo le descuidamos, y lo ménos posible mantenemos relaciones con él; este cuarto amigo es la práctica de las buenas obras, y particularmente la compasión, la limosna hecha á los pobres é indigentes. ¿ Gustamos de hacer buenas obras? Amamos estas buenas obras como amamos el dinero, los placeres, los honores de este mundo? Y sin embargo, es el sólo amigo que nos acompañará hasta el tribunal del soberano Juez, y el cual no abandonándonos jamás, defenderá nuestra causa y nos obtendrá el ser introducidos en las moradas eternas...

PERORACIÓN. ¡ O Señor Jesús, ! sois vos, lo sabemos, este rico de quien habla nuestro Evangelio. Vos sois el Señor del cielo y de la tierra, á vos pertenecen todos los bienes; de vos han venido todas las gracias; cuántos tesoros nos habéis confiado!... Reconocemos, oh bondadoso Salvador, que hemos usado mal de estos bienes, que hemos dilapidado los tesoros recibidos de vuestras manos. Os pedimos humildemente perdón de éllo, dignaos concedérnoslo, oh Dios misericordioso... Quién podrá entrar en juicio con vos?... Qué podríamos responder, si nos deciais: *Dad cuenta de vuestra mayordomía. Decid el provecho que habéis sacado de mis bienes, los frutos que han producido en vosotros mis gracias?* »

Puesto que, como este criado infiel, no podríamos sin temblar oír una semejante intimación, dignaos concedernos el favor de imitar no la falta de probidad, sino la prudencia de este mayordomo; á fin de que fieles al cumplimiento de todos los deberes del cristiano, y particularmente al de la limosna y caridad para con

el prójimo, podamos enviar delante de nosotros buenas obras que pleiteando para nosotros, como amigos elocuentes, nos merezcan el favor de obtener nuestro perdón y llegar á ese hermoso paraíso, morada eterna, en donde reináis por los siglos de los siglos. Así sea.

### HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO

DEL NONO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES.

(S. LUCAS, XIX, 41-47.)

Jesús llorando sobre Jerusalem nos enseña nuestros deberes hacia nuestra patria.

TEXTO. *Videns civitatem fleuit super illam*: Viendo la ciudad, lloró sobre ella.

EXORDIO. Hermanos míos, en aquel mismo día, en que nuestro divino Salvador se dirigía, cual modesto triunfador, hacia la ciudad de Jerusalem, en aquel mismo tiempo, en que una muchedumbre de almas buenas y piadosas habían ido á su encuentro para cantar: *Hosanna*: bendito sea Él que viene en el nombre del Señor; descubriendo Él la ciudad, en la cual debía sufrir su dolorosa Pasión, comienza á llorar sobre ella, como lo dice el Evangelio del día de hoy. « ¡Ah, pobre Jerusalem, si por lo ménos tú también me reconocieses; si en este tu día, supieses tú apreciar Él que puede procurarte la paz!... Pero no, todo esto es hoy escondido á tus ojos; tú rehusas verle. » Sin duda entonces el llanto de Jesús se aumentó, pues su divina mirada descubría ya desde largo tiempo ántes las desdichas que estaban para caer sobre aquella ciudad ingrata!... » Vendrán, añade, terribles días sobre tí, tus enemigos te cercarán de trincheras, y te pondrán cerco, y te estrecharán por todas partes; y te arrasará á tí y á tus hijos, que están dentro de tus murallas, y no

dejarán en tí piedra sobre piedra, por cuanto no conociste el tiempo de tu visitación. »

¿Quién no admirará aquí, hermanos míos, la bondad, la ternura de nuestro adorable Salvador?... Lloró, deplora la suerte de una ingrata ciudad, que dentro de poco va á crucificarle!... ¿Como? Jesús, vos, el Hijo de Dios, el Rey de los Cielos, lloráis! Dejad, pues, esta debilidad para la naturaleza humana. « No, no, dice, prefiero velar mi majestad y no revelar á los hombres sino mi bondad y misericordia! »

PROPOSICIÓN. Amados hermanos míos, no os mostraré al alma pecadora designada bajo el símbolo de esta culpable ciudad, los vicios arruinándola completamente, el infierno ó la muerte eterna viniendo á ser su herencia, y Jesucristo llorando su desdicha... No; deteniéndome en el sentido literal de este Evangelio, me propongo mostraros, que Jesucristo nos dá aquí una lección poco comprendida, y desgraciadamente demasiado olvidada en nuestros días; Y qué nos enseña? Nuestros deberes hacia nuestra patria.

DIVISION. Debemos pues, á ejemplo de Nuestro Salvador: *primero*: amar nuestra patria; *segundo*, compadecernos de sus desgracias; *tercero*: Orar por ella.

*Primera parte.* Debemos amar nuestra patria; por de pronto, hermanos míos, qué se debe entender por patria? ¿Qué ideas encierra esta palabra? Por patria debe entenderse el país, reino, imperio ó república, en que hemos nacido, cuyas leyes amparan nuestra libertad y nuestros derechos y que con su autoridad protege nuestros bienes, nuestro honor y estas otras nobles cosas tan caras á los corazones honrados, y que se llaman el hogar de la familia, la Iglesia en que fuimos bautizados, el cementerio en donde descansan nuestros abuelos... Para nosotros la patria es este país, cuya gloria, eclipsada por recientes derrotas, es tan resplandeciente en las anales de la historia. Esta patria no es solamente nuestro pueblo, nuestro cantón, no, es la Francia entera... Y sabedlo bien, cuando lloraba Jesús, no era solamente sobre los desastres, que debían alcanzar á Belén, en donde había

el prójimo, podamos enviar delante de nosotros buenas obras que pleiteando para nosotros, como amigos elocuentes, nos merezcan el favor de obtener nuestro perdon y llegar á ese hermoso paraíso, morada eterna, en donde reináis por los siglos de los siglos. Así sea.

### HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO

DEL NONO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES.

(S. LUCAS, XIX, 41-47.)

Jesús llorando sobre Jerusalem nos enseña nuestros deberes hacia nuestra patria.

TEXTO. *Videns civitatem fleuit super illam*: Viendo la ciudad, lloró sobre élla.

EXORDIO. Hermanos míos, en aquel mismo día, en que nuestro divino Salvador se dirigía, cual modesto triunfador, hacia la ciudad de Jerusalem, en aquel mismo tiempo, en que una muchedumbre de almas buenas y piadosas habían ido á su encuentro para cantar: *Hosanna*: bendito sea Él que viene en el nombre del Señor; descubriendo Él la ciudad, en la cual debía sufrir su dolorosa Pasión, comienza á llorar sobre élla, como lo dice el Evangelio del día de hoy. « ¡Ah, pobre Jerusalem, si por lo ménos tú también me reconocieses; si en este tu día, supieses tú apreciar Él que puede procurarte la paz!... Pero no, todo esto es hoy escondido á tus ojos; tú rehusas verle. » Sin duda entonces el llanto de Jesús se aumentó, pues su divina mirada descubría ya desde largo tiempo ántes las desdichas que estaban para caer sobre aquella ciudad ingrata!... » Vendrán, añade, terribles días sobre tí, tus enemigos te cercarán de trincheras, y te pondrán cerco, y te estrecharán por todas partes; y te arrasará á tí y á tus hijos, que están dentro de tus murallas, y no

dejarán en tí piedra sobre piedra, por cuanto no conociste el tiempo de tu visitacion. »

¿Quién no admirará aquí, hermanos míos, la bondad, la ternura de nuestro adorable Salvador?... Lloró, deplora la suerte de una ingrata ciudad, que dentro de poco va á crucificarle!... ¿Como? Jesús, vos, el Hijo de Dios, el Rey de los Cielos, lloráis! Dejad, pues, esta debilidad para la naturaleza humana. « No, no, dice, prefiero velar mi majestad y no revelar á los hombres sino mi bondad y misericordia! »

PROPOSICIÓN. Amados hermanos míos, no os mostraré al alma pecadora designada bajo el símbolo de esta culpable ciudad, los vicios arruinándola completamente, el infierno ó la muerte eterna viniendo á ser su herencia, y Jesucristo llorando su desdicha... No; deteniéndome en el sentido literal de este Evangelio, me propongo mostraros, que Jesucristo nos dá aquí una lección poco comprendida, y desgraciadamente demasiado olvidada en nuestros días; Y qué nos enseña? Nuestros deberes hacia nuestra patria.

DIVISION. Debemos pues, á ejemplo de Nuestro Salvador: *primero*: amar nuestra patria; *segundo*, compadecernos de sus desgracias; *tercero*: Orar por élla.

*Primera parte.* Debemos amar nuestra patria; por de pronto, hermanos míos, qué se debe entender por patria? ¿Qué ideas encierra esta palabra? Por patria debe entenderse el país, reino, imperio ó república, en que hemos nacido, cuyas leyes amparan nuestra libertad y nuestros derechos y que con su autoridad protege nuestros bienes, nuestro honor y estas otras nobles cosas tan caras á los corazones honrados, y que se llaman el hogar de la familia, la Iglesia en que fuimos bautizados, el cementerio en donde descansan nuestros abuelos... Para nosotros la patria es este país, cuya gloria, eclipsada por recientes derrotas, es tan resplandeciente en las anales de la historia. Esta patria no es solamente nuestro pueblo, nuestro canton, no, es la Francia entera... Y sabedlo bien, cuando lloraba Jesús, no era solamente sobre los desastres, que debían alcanzar á Belen, en donde había

nacido, á Nazareth, en donde había vivido, sino también sobre los de la Judea entera, cuya capital era Jerusalem. Cuanto amáis, o dulce Salvador, á esta Judea, en donde habían nacido vuestros abuelos, y sobre la cual habían ellos reinado! O tierra donde descansaba san José, aire que respiraba la dulce Virgen María; país honrado y santificado por las enseñanzas de los profetas y la sangre de los valientes Macabéos, ¡oh, cuanto os amaba!... Él, el Criador y Salvador de todos los hombres, Él que debía mandar á sus Apóstoles predicar el Evangelio á todas las naciones, no quiso extender el beneficio de sus predicaciones, el esplendor de sus milagros, la edificación de sus virtudes más allá de las fronteras de la Judea!... Conducta misteriosa por la cual nuestro divino Jesús quería sin duda enseñarnos nosotros á amar también nuestra patria, á serla adictos, á consagrarla nuestra actividad, nuestros talentos, nuestro valor...

Así, hermanos míos, lo han entendido todos los santos... ¡Créis que san Luis, cuando echaba tan valientemente á los Ingleses fuera de la Francia, tenía odio contra ellos? ¡Créis que tantos valerosos y piadosos guerreros, cuando derramaban su sangre para defender la patria y su suelo sagrado, estaban guiados, en su sacrificio, por la envidia, el odio ú otras viles pasiones?... No, no; la prueba es que ofrecían una mano fraternal á su enemigo vencido; curaban por sí mismos sus heridas, le recogían con la más tierna caridad, cuando caía en los campos de batalla... No, hermanos míos, lo que les guiaba y animaba su valor era la conciencia que tenían de que el amor de la patria es un deber: mejor aun, que este amor es una virtud, la cual, regulada según los principios de la conciencia y de la fé, merece en el cielo una recompensa eterna...

*Segunda parte.* He dicho que un segundo deber hacía la patria era el compadecernos de sus desdichas. Hemos visto, hermanos míos, durante nuestros últimos desastres á unos miserables, que aplaudían á las derrotas, sufridas por nuestros ejércitos; que se mofaban de la tristeza y se burlaban de las lágrimas de todos los buenos ciudadanos... ¿Y quiénes eran esos hombres? Sin duda,

me complazco en reconocerlo, no se encuentran entre vosotros; pero en fin es bueno, es útil que los conozcáis, á fin de que esteis en guardia contra ellos, si, por casualidad, dieseis con alguno de los mismos. Eran estos hombres perdidos de deudas, ambiciosos, esclavos del odio, de la envidia y de todas estas infames pasiones, que fermentan en sus corazones. Eran sobre todo hombres impíos, afiliados á sociedades secretas y malditas... Por lo demás, nada de extraño; pues la patria, como he dicho, es el hogar, es la familia, es la ley protegiendo al débil, es el honor esparciéndose sobre todos, en fin, en una palabra, *es el orden según Dios*; y la mayor parte de estos miserables no tienen ni hogar, ni familia; rechazan toda ley que tiene á raya sus pasiones; lo que aman, es el desorden. ¿Podían ellos compadecerse de unas desgracias que habían preparado por sí mismos con su irreligión, con su corrupción, y quizás aun por medio de conspiraciones secretas?...

Ved, por el contrario, el ejemplo que nos dá nuestro bondadoso Salvador... Las desdichas que deben caer sobre Jerusalem y la Judéa no han llegado todavía, pero ya las llora y se entenece sobre su cara patria!... ¡Oh, dice, si tú conocieses, si tu supieses las calamidades que están para caer sobre tí, pobre Jerusalem, tú te esforzarías en evitarlas, tú que matas á los profetas<sup>1</sup>, tú que te manchas de crímenes, y que luego colmarás la medida de tus maldades, condenándome á muerte!... ¡Ah, por lo ménos, alto ahí! mientras es aun tiempo. Hasta ahora todo puede aun serte perdonado. Mira pues lo que he hecho por tí. Para tí he bajado del cielo, he querido vivir, anunciar mi doctrina, obrar mis milagros en tu seno, ó mi carísima patria... Y tú, en recompensa de mis beneficios, tú te aprestas para darme la muerte. Vuelve sobre tí, te lo conjuro, mientras es aun tiempo<sup>2</sup>!...

Pues bien! hermanos míos, tales son los sentimientos que animan el corazón de todo buen cristiano hacia su patria. Quisiera éste alejar de élla todas las calamidades. Y si desgracias caen

1. Mat., xxiii, 37. — 2. Cf. Cornelio Alapide sobre el cap. xix de S. Lucas.

sobre élla, con que ternura se compadece de la misma, porque para él la patria es una madre. ¿ No veis lo que hace san Vicente de Paul, un pobre presbítero, cuando, hace cerca doscientos años, la guerra devastaba la Champaña, la Lorena y otras provincias de nuestra cara Francia? qué hace, pues?... Recoge abundantes limosnas y hace distribuir inmensos socorros á millares y millares de miseros, que sin él habrían muerto de hambre. Habéis oido hablar de ese arzobispo de Paris, muriendo herido de una bala en el momento, en que iba á dar palabras de paz á ciudadanos extraviados? Fué compasivo hacia las desventuras de su patria. Deseaba verlas cesar. ¿ Cuáles fueron sus últimas palabras? ¡ Ah, os acordáis de éllas... En el momento en que la sangre brotaba á borbotones de su herida; ántes de entregar su alma á Dios, hallando aun bastante energía dentro de si para hacer en favor de su país el voto de un cristiano, el voto de un obispo mártir: *Que mi sangre, dice, sea la última derramada, es la gracia suprema que pido á Dios...* Y en nuestros desastres recientes, ¿ quién, ha establecido ambulancias para los heridos, recogido los innumerables huérfanos, cuyos padres habían sucumbido en los combates?... Quién, ha ofrecido las más copiosas limosnas á los habitantes de la Alsacia-Lorena, violentamente desmembrados de la patria francesa? Quién? Pero, lo sabéis bien, los cristianos, aquellos solos que comprenden la obligación que les dicta el ejemplo del Salvador de compadecerse de las desdichas de la patria!...

*Tercera parte.* En fin, hermanos míos, Jesucristo nos enseña un tercer deber hacia nuestra patria; tal es el de orar por élla.

¿ Todos no pueden como los Bayardos, los Turenas, y otros tantos soldados, tan buenos cristianos como valientes guerreros, derramar su sangre por su defensa; pero, vosotros todos, niños míos, y vosotras todas, mujeres piadosas, sí, vosotros todos, cristianos que me escucháis, todos podéis, más aun, todos debéis orar por nuestra Francia.

\*1. Véase su *Vida* y la *Historia de la Iglesia*.

O adorable Salvador, en esto como en todas las cosas, sois nuestro modelo... Le veo retirándose á la soledad y pasando las noches orando<sup>1</sup>. Sin duda su pensamiento abraza á todos los hombres, que ha venido á rescatar; pero estad seguros de éello, se detiene con predilección sobre esta patria, sobre esta Judea, que querría ver ménos culpable, y más dichosa. Y cuando, llorando sobre élla, decía: *Pobre Jerusalem, si tú supieses, si tú conocieses la gracia que te es dada*, ¡ ah, sin duda, sus ojos bañados de lágrimas, dirigiéndose hácia el cielo, invocaban aun por esta patria ingrata la misericordia divina!... Miradle en el huerto de las Olivas: su alma está triste hasta la muerte. ¿ Y de dónde viene esta tristeza, os pregunto?... Sin duda élla viene principalmente de nuestros pecados cuyo grave peso le oprimía. Sí, pobres pecadores, debemos compadecernos de Él; pero era aun, segun los santos Doctores, el amor, que tenía á la Judéa, á Jerusalem y su patria, lo que le causaba esta inmensa tristeza y esta cruel agonía. « ¡ Cómo, dice san Ambrosio, creer que temía la muerte, que temblaba delante de élla, Él, que la había deseado y se adelantaba con intrepidez á su encuentro! ¿ No había venido á Jerusalem para sufrirla? ¿ No sale al encuentro de los soldados, que vienen á apoderarse de Él?... Despues de haberles abatido con una sola palabra ¿ no se pone voluntariamente entre sus manos?... No, o bondadoso Salvador, lo que os entristecía, fuera de nuestros pecados, era el amor que teníais á Jerusalem. Veíais los terribles castigos, que estaban para caer sobre élla, y el endurecimiento que debía seguir á este último crimen. « O Padre, decíais, salvad mi pueblo, evitadme el dolor de ver perecer mi patria: *Transeat a me calix iste*<sup>2</sup>. » ¡ Ah, hermanos míos, la misericordia de Dios, por más grande que sea, no puede salvarnos á pesar de nosotros, la ciudad criminal y el pueblo culpable, perseverando en sus sentimientos ímpios, no quisieron ser salvados; por eso sufrieron las desgracias, que Jesucristo les había profetizado.

1. Lucas, vi, 12.

2. S. Ambrosio, *in cap. xxii*, S. Lucas.

Sigamos, amados hermanos míos, el ejemplo que nos dá el Salvador, oremos por nuestra patria. En varias circunstancias fué ésta salvada por la oración... Un día una coalición formidable de todos esos pueblos del Norte más ó ménos bárbaros se había formado contra élla; debían aniquilarla y partírsela. Pero á su cabeza estaba un príncipe cristiano, llamado Pelipe Augusto, abuelo de San Luis. Él hizo orar. La Francia entera se prosternó á los piés de los altares en este inmenso peligro, y despues de una victoria memorable ganada en Bouvines, supo rechazar muy léjos de sí los batallones del extranjero...

Otra vez, Dios había permitido que nuestra patria cayese en la humillación más profunda. El Inglés la había invadido casi enteramente; pero los Franceses de aquel tiempo tenían la fé... Reconociendo en esta humillación el castigo de sus pecados, suplicaban á Dios les perdonase y salvase la patria. Se necesitaba un milagro; pues bien, hermanos míos, Dios otorgó este milagro. Una simple jóven, llamada Juana de Arco, fué el instrumento, de que se sirvió; y por el poder de la oración la Francia se hizo de nuevo libre é independante.

Cuántos otros rasgos aun podría citaros; pero me detengo por miedo de ser demasiado largo. Creo que comprendéis ya, que es para nosotros un deber, el orar por nuestra patria, el suplicar al Señor que conserve en élla la fé católica, que la fortalezca contra el extranjero, y la preserve de esas pasiones desenfrenadas é impías, que tienden á disolverla en el interior.

PERORACIÓN. Amados hermanos míos, en nuestras días la lucha entre el bien y el mal parece más ardiente que nunca; los malos levantan la cabeza; los buenos, los hombres de paz, de orden y trabajo, andan á veces inciertos y vacilantes, flojos y desanimados. Qué sucederá? ¿Qué saldrá de esta lucha? De la misma manera que hay pecadores tan endurecidos, que Dios les abandona; así hay naciones tan culpables, que Dios las deja sin auxilio... Esto se ha verificado ya, y Dios mismo encargaba á uno de sus profetas el anunciarlo á las naciones, que quería destruir: « Te perdonaré, decía á la ciudad de Damasco, hasta tres veces,

pero á la cuarta, ya no la perdono<sup>1</sup>. » ; Oh Dios mio, ¿ Es posible que hayamos llegado á este grado de ingratitude, de impiedad y olvido de vuestras santas leyes, que no ha de haber más perdon para nosotros, y que nuestra pobre Francia deba ser entregada á las pasiones impías y disolventes de tantos miserables, que la codician como una presa, aguardando que élla venga á ser la esclava del extranjero?... Pero no, Dios mio, no queréis perdernos. Todas estas desdichas que caen sobre nosotros no tienen mas objeto que despertar nuestra fé. Pobre Francia, tú te has alejado de Dios, y Dios humillándote te ha dicho: *Necesitas de mi*... Por eso todas las almas cristianas han experimentado esta necesidad, y de todos los puntos de la patria, todos los que tienen un corazon verdaderamente francés, mujeres, niños, ancianos, guerreros probados, sí, todos, con una voz unánime exclaman: « O Dios omnipotente, en nombre de vuestro Corazon, en nombre de vuestro amor, salvad, salvad, la Francia! » Amados hermanos míos, sí, Dios es bueno, sí, Dios salvará la Francia... Así sea.

## HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO

DEL DÉCIMO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES.

(S. LUCAS, XVIII, 9 15.)

Honor que Dios nos hace, al permitirnos rogarle; eficacia de la oración hecha con humildad.

TEXTO. *Omnis qui se exaltat humiliabitur, et qui se humiliat exaltabitur*: Cualquiera que se ensalza, será humillado, y el que se humilla, será ensalzado.

EXORDIO. « En aquel tiempo, dice el Evangelio del día de hoy,

1. Amos, I, 13.

Sigamos, amados hermanos míos, el ejemplo que nos dá el Salvador, oremos por nuestra patria. En varias circunstancias fué ésta salvada por la oración... Un día una coalición formidable de todos esos pueblos del Norte más ó ménos bárbaros se había formado contra élla; debían aniquilarla y partírsela. Pero á su cabeza estaba un príncipe cristiano, llamado Pelipe Augusto, abuelo de San Luis. Él hizo orar. La Francia entera se prosternó á los piés de los altares en este inmenso peligro, y despues de una victoria memorable ganada en Bouvines, supo rechazar muy léjos de sí los batallones del extranjero...

Otra vez, Dios había permitido que nuestra patria cayese en la humillación más profunda. El Inglés la había invadido casi enteramente; pero los Franceses de aquel tiempo tenían la fé... Reconociendo en esta humillación el castigo de sus pecados, suplicaban á Dios les perdonase y salvase la patria. Se necesitaba un milagro; pues bien, hermanos míos, Dios otorgó este milagro. Una simple jóven, llamada Juana de Arco, fué el instrumento, de que se sirvió; y por el poder de la oración la Francia se hizo de nuevo libre é independante.

Cuántos otros rasgos aun podría citaros; pero me detengo por miedo de ser demasiado largo. Creo que comprendéis ya, que es para nosotros un deber, el orar por nuestra patria, el suplicar al Señor que conserve en élla la fé católica, que la fortalezca contra el extranjero, y la preserve de esas pasiones desenfrenadas é impías, que tienden á disolverla en el interior.

PERORACIÓN. Amados hermanos míos, en nuestras días la lucha entre el bien y el mal parece más ardiente que nunca; los malos levantan la cabeza; los buenos, los hombres de paz, de orden y trabajo, andan á veces inciertos y vacilantes, flojos y desanimados. Qué sucederá? ¿Qué saldrá de esta lucha? De la misma manera que hay pecadores tan endurecidos, que Dios les abandona; así hay naciones tan culpables, que Dios las deja sin auxilio... Esto se ha verificado ya, y Dios mismo encargaba á uno de sus profetas el anunciarlo á las naciones, que quería destruir: « Te perdonaré, decía á la ciudad de Damasco, hasta tres veces,

pero á la cuarta, ya no la perdono<sup>1</sup>. » ; Oh Dios mio, ¿ Es posible que hayamos llegado á este grado de ingratitude, de impiedad y olvido de vuestras santas leyes, que no ha de haber más perdon para nosotros, y que nuestra pobre Francia deba ser entregada á las pasiones impías y disolventes de tantos miserables, que la codician como una presa, aguardando que élla venga á ser la esclava del extranjero?... Pero no, Dios mio, no queréis perdernos. Todas estas desdichas que caen sobre nosotros no tienen mas objeto que despertar nuestra fé. Pobre Francia, tú te has alejado de Dios, y Dios humillándote te ha dicho: *Necesitas de mi*... Por eso todas las almas cristianas han experimentado esta necesidad, y de todos los puntos de la patria, todos los que tienen un corazon verdaderamente francés, mujeres, niños, ancianos, guerreros probados, sí, todos, con una voz unánime exclaman: « O Dios omnipotente, en nombre de vuestro Corazon, en nombre de vuestro amor, salvad, salvad, la Francia! » Amados hermanos míos, sí, Dios es bueno, sí, Dios salvará la Francia... Así sea.

## HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO

DEL DÉCIMO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES.

(S. LUCAS, XVIII, 9 15.)

Honor que Dios nos hace, al permitirnos rogarle; eficacia de la oración hecha con humildad.

TEXTO. *Omnis qui se exaltat humiliabitur, et qui se humiliat exaltabitur*: Cualquiera que se ensalza, será humillado, y el que se humilla, será ensalzado.

EXORDIO. « En aquel tiempo, dice el Evangelio del día de hoy,

1. Amos, I, 13.

para confundir á algunos que confiaban de sí como justos y santos, y menospreciaban á los otros, relató Jesús la siguiente parábola: Dos hombres subieron al templo á orar; el uno Fariseo, y el otro publicano. El Fariseo en pié, cerca del santuario oraba consigo de esta manera: Dios mío, gracias te doy porque no soy como los otros hombres, ladrones, injustos, adúlteros, como tambien este publicano. Ayuno dos veces en la semana, doy los diezmos de todo lo que poseo.

Mas el publicano estando léjos, no osaba ni aun alzar los ojos al cielo, sino que hería su pecho, diciendo: Dios, sé propicio á mí, pecador. Os digo que este descendió á su casa justificado; mas no el otro; porque cualquiera que se ensalza, será humillado; y él que se humilla será ensalzado. »

Nuestro Señor acababa de relatar poco ántes á sus oyentes otra historia, para mostrarnos la eficacia de la oración: « Orad, decía, y no desfallezcáis jamás... Había un juez en una ciudad, el cual ni temía á Dios, ni respetaba á nadie. Había tambien en aquella ciudad una viuda, la cual vino á encontrarle diciéndole: Os suplico, me hagais justicia, defendedme contra aquellos que me oprimen. Este juez rehusó largo tiempo escucharla. Durante varios meses no fué élla admitida; pero como insistía, el juez dijo dentro de sí: sin duda no temo á Dios, ni tengo respeto á los hombres, pero como esta viuda me es molesta, le haré justicia, porque al fin no venga y me afrente. Ved, añadía nuestro bondadoso Jesús, la eficacia de la oración; ved lo que élla obtuvo de un juez injusto, y decidme si Dios que es justo, no oirá favorablemente las oraciones de sus servidores, si le oran con instancia. ?

PROPOSICIÓN. Amados hermanos míos, muchas veces hemos ya hecho alusión á esta parábola del Fariseo y del publicano; muchas veces hemos ya dicho que Dios rechazaba á los orgullosos y daba, por el contrario, miradas afectuosísimas y amorosísimas sobre aquellos que son humildes; no volveré á tocar este asunto, y esta mañana os diré solamente algunas palabras muy breves sobre la oración.

DIVISION. Os mostraré: *primero*: el honor que Dios nos hace al permitirnos, que le roguemos; *segundo*: la eficacia de la oración hecha con humildad.

*Primera parte.* El honor que Dios nos hace permitiéndonos, qué digo?... invitándonos á orarle!... Pensamiento extraño, singular, sobre el cual no reflexionamos bastantemente, y sin embargo es verdadero! Podré expresarme con bastante claridad para hacéroslo comprender?... Lo espero; probémoslo.

Imaginaos, amados hermanos míos, á un rey, á un emperador, ó, puesto que estos títulos no existen ya, á un grande, á un poderoso de este mundo, un simple gobernador de provincia, el cual, sin necesitar para nada de nosotros, viniese á decirnos: « Amigo mío, estoy á vuestra disposición, y sea cual fuere el favor que pidieréis de mí, si se funda en la justicia, os lo haré. Decid la gracia que deseais, y por poco que tengáis derecho á élla, os será dada. Os permito aun pedir no solamente para vos, sino tambien para todos aquellos que os son caros. » ¡ Ah, comprendéis, hermanos míos, cuán felices seríamos, si un hombre de influencia, cualquiera que fuese su título, viniese á hacernos semejantes proposiciones!... ¿ No sería esto un honor para nosotros? ¿ No diríamos: « Tengo á alguien, que me protege, y si me hiciese uno alguna injusticia, si necesitase de un apoyo, puedo contar con la protección de un hombre poderoso y generoso?... » Amados hermanos míos, si, una tal promesa, una tal permisión sería un honor para nosotros, quizás aun concebiríamos orgullo de élló!...

¡ Ah, decidme pues, os suplico, ¿ qué es la oración?... ¿ No es un honor que nos hace Dios?... ¿ No es la permisión que nos dá de pedirle todo cuanto necesitamos, con la promesa de escucharnos, de acogernos favorablemente? *Pedid y recibiréis, llamad á la puerta y se os abrirá.* Y aquí no es un hombre, á quien en fin somos iguales, cualquiera que sea su elevación, es Dios mismo. Y aquí no se trata de estos favores que pasan ó que pueden ser da-

dos á otros concurrentes, que nos habrán precedido, no, se trata de bienes eternos, y estamos seguros de que el protector á quien imploraremos nos los logrará. En el cielo, en el paraíso, hay sitio para todos, y esto es sobre todo lo que debemos pedir: *Quærite primum regnum Dei*, pedid primero el reino de Dios, y lo demás se os dará por añadidura. *Et omnia adjicientur vobis* ¡ Ah ! ¿ comprendéis, amados oyentes, qué honor nos hace Dios permitiéndonos orarle y prometiéndonos favorablemente ?

Pero examinemos este pensamiento con más atención, deseo hacérselo comprender bien, de una manera clara, evidente, como este hermoso sol que nos ilumina... Más de una vez se os ha dicho que, bajo cierto punto de vista, eran los animales superiores al hombre. Dios es tan bueno hacia sus criaturas, que las ha colmado todas en efecto de sus bendiciones. A ciertos animales ha dado alas para recorrer el espacio con mas celeridad, á otros ha dado garras para protegerlos contra sus enemigos; estos tienen cuernos para defenderse, aquellos tienen una espesa piel destinada á ponerlos al abrigo del frío. Todos, en una palabra, han recibido de Dios los dones necesarios para conservar su existencia. Solo el hombre parece desheredado en medio de todos estos seres, que parecen en cierto modo privilegiados. ¿ No creería uno, que él debiera envidiar al pájaro sus alas, al caballo su fuerza y agilidad; á la oveja, su espeso vellón ? Y sin embargo, hermanos míos, no es así... Sí, o Dios de bondad, vos habéis colmado de beneficios todo sér salido de vuestras manos; pero el hombre, vuestra criatura predilecta ¡ ah, cuán mas noblemente le habéis tratado !... Amados hermanos míos, aquí no hablo solamente de la razón, de la inteligencia, privilegios que nos elevan incomparablemente por encima de todos los animales; no, quiero hablar solamente del honor, que Dios nos ha hecho, enseñándonos, concediéndonos y recomendándonos la oración !...

La oración es el privilegio del hijo, es, como lo dice san Agustín, la llave de los tesoros del cielo. Imaginaos á un rico padre de familia; varios obreros han trabajado por él; al anochecer paga á cada uno su salario.

Mejor dicho : tiene muchos criados, y al cabo del año da á cada uno de ellos un sueldo mas ó menos considerable. Pero, decidme, sería el hijo razonable, envidiando este sueldo de los criados, si su padre le dijera : « En cuanto á tí, hijo mío, toma lo que te convenga, hé aquí las llaves de mi tesoro, puedes disponer de ellas ! » Qué honor para este hijo, y como esta entrega de las llaves entre sus manos le ensalza incomparablemente por encima de todos los mercenarios !... Pues bien, hermanos míos, tal es la dignidad del cristiano, tal es el honor que le hace Dios, permitiéndole recurrir á la oración, y prometiéndole oírle siempre favorablemente, cuando sepa recurrir á Él con las disposiciones requeridas...

*Segunda parte.* Os he hecho comprender bien, hermanos míos, como es un honor para nosotros el que Dios nos permita orarle ? Yo espero que sí. Consideremos ahora cómo la oración produce sus efectos y nos es saludable. Ved al Fariseo, de quien habla el Evangelio; se fué al templo para orar, y sin embargo, dice Nuestro Señor Jesucristo, que no fué oído. ¿ Y porqué ? ¡ Ah, lo sabéis, porque su oración carecía de humildad. Miserable, ¿ qué venías á hacer en el templo ?... Tú venías á alabarte á tí mismo por tus virtudes, á decir que tú no eras semejante á los otros, tu venías á menospreciar á este pobre publicano, que había subido al templo al mismo tiempo, que tu... Abominación y maldición sobre el orgullo !... Este fué el pecado de Satanás, y es por desgracia un pecado, que conduce al infierno un gran número de almas... Miserables orgullosos, de que os sirve la oración ? para qué os es útil ?... Llave divina, élla puede abrirnos los tesoros del cielo, pero si me es permitido expresarme así, dejadme decir que la cerradura, que élla abre, es una cerradura con secreto, y que este secreto es la humildad... Dichoso publicano, tú conociste este secreto, cuando sin preocuparte de los desprecios del Fariseo, golpeando humildemente tu pecho, clamaste : Dios mío, sed propicio á mí, pobre pecador...

Sí, hermanos míos, la oración es eficaz, pero con la condición : de que vaya acompañada de la humildad. Sin esto, nos dice Nuestro Señor, no puede producir resultado alguno. El humilde

publicano fué justificado, y el Fariseo orgulloso descendió del templo mas culpable, á pesar de su oración.

¡ Ah, Dios mio, esto es manifiesto. Si la oración es un honor para nosotros, élla es además, hermanos míos, una necesidad; diré mas, élla es un remedio. Sabéis todos lo que es un remedio. Supongamos á un médico que os prescribe, con objeto de curar una enfermedad grave, un remedio infalible; pero es menester, para que este remedio haga su efecto, que sea administrado en ciertas condiciones, acompañado de sustancias dulces; de miel, de azúcar, de goma, supongo. Si, por el contrario, no sabéis emplearlo, si lo administráis con sustancias opuestas á su efecto, ¿ qué sucederá, amados hermanos míos? ¡ Ah, lo sabéis, en lugar de contribuir á vuestra curación, no solamente os será inútil, sino quizás peligroso <sup>1</sup>. Así es con la oración; si no va élla acompañada de la humildad, de un sentimiento profundo de nuestras necesidades, queda estéril; y si el orgullo y desprecio para con el prójimo la acompañan, se hace culpable: léjos de justificarnos nos hace quizás más criminales delante de Dios.

No es que nos sea prohibido, hermanos míos, dar gracias á Dios por los beneficios, de que nos ha colmado, y si el Fariseo, de quien se trata en nuestro Evangelio, se hubiese contentado de dar gracias á Dios, porque era exento de ciertos vicios, porque poseía ciertas cualidades, que Dios le había dado; si, en una palabra, hubiese dado gracias á Dios por sus beneficios, sin atribuirse nada á sí mismo, y sobre todo sin ningun sentimiento de desprecio hacia el prójimo, hubiera sido su oración buena y eficaz; porque la humildad no consiste en negar las gracias, que nos ha hecho Dios, sino en saber atribuirle el honor y la gloria. Ved á la santísima Virgen. O dulce y bondadosa Virgen María, no es con objeto de compararos al Fariseo, que invoco aquí vuestro testimonio... ¡ Oh, no, de la misma manera que fuisteis la más colmada de los beneficios del Criador, así fuisteis la más humilde y agradecida de todas las criaturas...

1. San Juan Crisóstomo, *in illud*, Ps. VII, *Domine, Deus meus*:

Sin embargo, hermanos míos, su oración comienza como la del Fariseo; el Fariseo decía: Dios mio, gracias os doy, porque no soy como los otros hombres; María, o dulce María, decís casi como él: Mi alma glorifica al Señor. *Magnificat anima mea Dominum*. Pero tambien qué diferencia en la continuacion de la oración!... Cuán diversos son los sentimientos, que animan el corazon de la Virgen María!... Élla reconoce, en efecto, que el que es poderoso ha obrado en élla grandes cosas. Élla dá la razon de ello, razon basada sobre una profunda humildad; *es, dice ella porque Él ha mirado la humildad, la nada de su esclava*. ¡ Oh Fariseo, si tu hubieses hablado así, sí, lo juro sobre la palabra del Salvador, como el pobre publicano, tu habrías salido del templo justificado, porque tu oración habría sido acompañada de la humildad, condicion esencial para que toda oración sea favorablemente oída...

PERORACIÓN. Amados hermanos míos, una historia será la conclusion de esta instruccion; ojalá podamos todos sacar nuestro provecho de élla... Antiguamente un cierto Teodoro, que había largo tiempo observado los deberes, que nuestra santa religion nos impone, tuvo la desdicha de cometer una falta grave; luego el demonio trabajó por precipitarle en la desesperacion y abatimiento. San Crisóstomo, que le conocía y tenía un interés particular por él, procuró sacarle del abismo, en que quería Satanás precipitarle; le dirigió estas consideraciones por las cuales yo termino. Despues de halerle dicho algunas palabras sobre la confesion y su eficacia para obtener el perdon de nuestras faltas, citaba el ejemplo del publicano, de quien habla nuestro Evangelio. « Está escrito, decía, que *la malicia del demonio no puede vencer la santidad de Dios* <sup>1</sup>. Si la malicia de Satanás puede, en un instante, hacer perder á un alma la justicia y la santidad adquiridas en el espacio de muchos años, un humilde recurso á la gracia y misericordia de Dios puede más prontamente aun sacar una alma del estado del pecado, reconciliarla con Dios y purificarla de todas sus culpas pasadas, tal es la eficacia de la oración acom-

1. *Sapientiam non vincit malicia* (Sapientia, VII, 30).

pañada de un deseo sincero de recibir el Sacramento de Penitencia... El buen ladrón no tuvo que decir sino una palabra en la cruz y fué perdonado. El publicano arrepentido y golpeando su pecho no decía á Dios sino estas simples palabras : *O Dios, sed propicio á mí.* Y al dejar el templo, podía con confianza esperar, que Dios le había perdonado. Tened ánimo pues, prosigue el santo doctor; Dios es bueno, os perdonará si le oráis con humildad, porque su misericordia excede sin comparación la malicia del demonio<sup>1</sup>.

Amados, hermanos míos, lo mismo os digo á vosotros; sí, tengamos buena confianza, somos los hijos predilectos del Salvador Jesús. Al permitirnos y recomendarnos el recurrir á la oración, nos ha considerado como sus hijos queridos, nos ha confiado las llaves de sus tesoros. No faltemos pues á recurrir á la oración, pero recurramos á ella con humildad, y el Señor nos otorgará esta justificación, que fué otorgada al pobre publicano, de quien se trata en el Evangelio de este día... O divino Salvador Jesús, lleno de misericordia, preservad nuestras almas del orgullo; hacednos la gracia de oraros con un humilde confianza, y dignaos mostrarnos propicio á nosotros todos, pobres pecadores... Así, sea.

### HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO

DEL UNDÉCIMO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES.

(S. MARCOS, VII, 31-37.)

**Legitimidad y utilidad de las ceremonias que la Iglesia emplea en el culto, que ella rinde á Dios, y en la administración de los sacramentos.**

TEXTO. *Et suspiciens in cælum ingemuit, et ait illi Ephphetha,*

1. Primera exhortación á Teodoro. — Cf. Dom Cellier, t. VII, p. 14 y De Lanuza, *Homiliae quadrag.*

*quod est adaperire.* Y levantando los ojos al cielo, gimió Jesús diciendole : Ephphetha que quiere decir : Sé abierto.

EXORDIO. Hermanos míos, acababa Nuestro Señor de sanar á la hija de la Cananea. Todos los testigos de este prodigio estaban en la admiración. Por eso una grande muchedumbre acudió á su encuentro, llevando á Él, para que los sanase, mudos, ciegos, cojos y enfermos de toda clase<sup>1</sup>. Entre estos enfermos estaba el de quien habla el Evangelio del día de hoy : « Jesús volviendo á salir de los confines de Tiro, fué por Sidon á la Mar de Galilea. Y le traen un sordo mudo, y le ruegan que le ponga la mano encima. Y tomándole á parte de entre la gente, metió Jesús sus dedos en las orejas de él, y escupiéndolo tocó su lengua : Y mirando al cielo, gimió y le dijo : Ephphetha : que es decir : Sé abierto. Y luego fueron abiertos sus oídos, y fué desatada la ligadura de su lengua, y hablaba bien. Y les mandó que no lo dijese á nadie; pero cuanto más se lo mandaba, tanto más lo divulgaban. Y en gran manera se maravillaban, diciendo : Bien lo ha hecho todo : á los sordos ha hecho oír, y á los mudos hablar. »

Vemos, hermanos míos, en este sordo mudo la imagen del pecador, y las condiciones que deben acompañar su conversión, para que sea buena y sincera. Es menester que salga de la muchedumbre, es decir, que vuelva á entrar en sí mismo, considere su estado, examine su conciencia. Es menester que oiga la voz de la gracia, á la cual por tanto tiempo ha permanecido sordo.

En fin, es menester que se desate su lengua y confiése sus pecados<sup>2</sup>...

PROPOSICIÓN. Pero las circunstancias extraordinarias, que acompañan la curación del sordo-mudo, me inspiran otro pensamiento... Jesuista poco tiempo antes había enérgicamente condenado las tradiciones vanas, las observancias supersticiosas de los Fari-

1. Mat., xv, 30.

2. Nos ha parecido que este asunto, que, por lo demás, se deriva más propiamente de este Evangelio, sería mejor colocado en el tiempo del Adviento ó de la Cuaresma.

pañada de un deseo sincero de recibir el Sacramento de Penitencia... El buen ladrón no tuvo que decir sino una palabra en la cruz y fué perdonado. El publicano arrepentido y golpeando su pecho no decía á Dios sino estas simples palabras : *O Dios, sed propicio á mí.* Y al dejar el templo, podía con confianza esperar, que Dios le había perdonado. Tened ánimo pues, prosigue el santo doctor; Dios es bueno, os perdonará si le oráis con humildad, porque su misericordia excede sin comparación la malicia del demonio<sup>1</sup>.

Amados, hermanos míos, lo mismo os digo á vosotros; sí, tengamos buena confianza, somos los hijos predilectos del Salvador Jesús. Al permitirnos y recomendarnos el recurrir á la oración, nos ha considerado como sus hijos queridos, nos ha confiado las llaves de sus tesoros. No faltemos pues á recurrir á la oración, pero recurramos á ella con humildad, y el Señor nos otorgará esta justificación, que fué otorgada al pobre publicano, de quien se trata en el Evangelio de este día... O divino Salvador Jesús, lleno de misericordia, preservad nuestras almas del orgullo; hacednos la gracia de oraros con un humilde confianza, y dignaos mostrarnos propicio á nosotros todos, pobres pecadores... Así, sea.

### HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO

DEL UNDÉCIMO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES.

(S. MARCOS, VII, 31-37.)

**Legitimidad y utilidad de las ceremonias que la Iglesia emplea en el culto, que ella rinde á Dios, y en la administración de los sacramentos.**

TEXTO. *Et suspiciens in cælum ingemuit, et ait illi Ephphetha,*

1. Primera exhortación á Teodoro. — Cf. Dom Cellier, t. VII, p. 14 y De Lanuza, *Homiliae quadrag.*

*quod est adaperire.* Y levantando los ojos al cielo, gimió Jesús diciendole : Ephphetha que quiere decir : Sé abierto.

EXORDIO. Hermanos míos, acababa Nuestro Señor de sanar á la hija de la Cananea. Todos los testigos de este prodigio estaban en la admiración. Por eso una grande muchedumbre acudió á su encuentro, llevando á Él, para que los sanase, mudos, ciegos, cojos y enfermos de toda clase<sup>1</sup>. Entre estos enfermos estaba el de quien habla el Evangelio del día de hoy : « Jesús volviendo á salir de los confines de Tiro, fué por Sidon á la Mar de Galilea. Y le traen un sordo mudo, y le ruegan que le ponga la mano encima. Y tomándole á parte de entre la gente, metió Jesús sus dedos en las orejas de él, y escupiéndolo tocó su lengua : Y mirando al cielo, gimió y le dijo : Ephphetha : que es decir : Sé abierto. Y luego fueron abiertos sus oídos, y fué desatada la ligadura de su lengua, y hablaba bien. Y les mandó que no lo dijese á nadie; pero cuanto más se lo mandaba, tanto más lo divulgaban. Y en gran manera se maravillaban, diciendo : Bien lo ha hecho todo : á los sordos ha hecho oír, y á los mudos hablar. »

Vemos, hermanos míos, en este sordo mudo la imagen del pecador, y las condiciones que deben acompañar su conversión, para que sea buena y sincera. Es menester que salga de la muchedumbre, es decir, que vuelva á entrar en sí mismo, considere su estado, examine su conciencia. Es menester que oiga la voz de la gracia, á la cual por tanto tiempo ha permanecido sordo.

En fin, es menester que se desate su lengua y confiése sus pecados<sup>2</sup>...

PROPOSICIÓN. Pero las circunstancias extraordinarias, que acompañan la curación del sordo-mudo, me inspiran otro pensamiento... Jesuista poco tiempo ántes había enérgicamente condenado las tradiciones vanas, las observancias supersticiosas de los Fari-

1. Mat., xv, 30.

2. Nos ha parecido que este asunto, que, por lo demás, se deriva más propiamente de este Evangelio, sería mejor colocado en el tiempo del Adviento ó de la Cuaresma.

séos<sup>1</sup>, ¿acaso no habrá querido mostrarnos, por medio de las señales misteriosas que emplea en la curación de este sordo-mudo, que, en oposicion á las observancias supersticiosas, podía haber ceremonias laudables y legítimas?

*Division.* Pero, no siendo el culto exterior sino el conjunto de las ceremonias aprobadas por la Iglesia, fundadas sobre la tradición de los Apóstoles y la autoridad de Jesucristo, deseo demostraros: *Primero*: la legitimidad de las ceremonias, que la Iglesia emplea en el culto, que rinde á Dios y en la administracion de los sacramentos; *segundo*: su utilidad.

*Primera parte.* Legitimidad de las ceremonias exteriores que la Iglesia católica emplea en el culto, que rinde á Dios y en la administración de los sacramentos... Quizás, hermanos míos, necesitéis de algunas explicaciones, para comprender bien el asunto, que debo tratar esta mañana; voy pues á dáros las tan breves y simples como pueda... Ha habido herejes que han pretendido, que todas las ceremonias de la Iglesia, es decir, todas estas señales exteriores, por las cuales manifestamos á Dios nuestro respeto; todos estos ritos de que rodeamos la administración de los sacramentos, para hacer comprender mejor su importancia y conciliarles un respeto más profundo, eran prohibidos, como poco dignos de Dios, contrarios á su voluntad, y como si encerrasen un germen de idolatría... La Iglesia católica, congregada en un concilio universal, ha condenado solemnemente estos novadores impíos<sup>2</sup>... Pero Jesucristo los había condenado de antemano.

En el milagro de este día emplea él mismo señales exteriores, modelos misteriosos de las que debía emplear su Iglesia.

¿No le veis sacando á este sordo-mudo de entre la turba, metiéndole los dedos en las orejas y poniéndole saliva sobre la lengua, levantando los ojos al cielo, echando un suspiro y pronunciando con autoridad esta palabra: *Ephphetha*, orejas de este

1. Véase el cap. xv de San Mateo, y el principio del vii<sup>o</sup> cap. de San Marcos.

2. Concilio de Trento, sess. vii, *De Sacramentis in genere*, can. 13, y sess. xxii, *De Sacrificio Missæ*, can. 7, etc.

pobre sordo-mudo, abríos... Qué pues! o buen Salvador, ¿qué significan todas estas circunstancias? Necesitáis de tantas ceremonias, de tantos ritos exteriores para sanar á este enfermo?... ¿No sois Él que con un gesto ha calmado la mar agitada? No sois ya más Él que curabais sin verle al criado del centurion, tocado de una enfermedad mortal, y decíais á su dueño: *Id, vuestro criado está sano...* ¿No sois Él que, encontrando en Náim el ataúd de un jóven, que llevaban á enterrar, dijisteis al cadáver: *Jóven, levántate, yo te lo mando.* Hoy, ¿porqué, pues, tantas señales, tantas ceremonias exteriores por un prodigio ménos resplandeciente, por la curación de un sordo-mudo?...

Sí, hermanos míos, se halla aquí algo misterioso. Desde luego, para sanar á este sordo-mudo, le saca Jesucristo de entre la muchedumbre. Me diréis quizás: Es para hacernos conocer, que el pecador que quiere convertirse, debe volver á entrar en sí mismo, y examinarse en el silencio de su conciencia.

Convengo en ésto; pero, á mi parecer, en esto no está toda la significación de tal circunstancia; porque, cuántos pecadores, cuántos poseidos del demonio curó nuestro divino Salvador, en medio aun de la muchedumbre, que les rodeaba!... Veo en ésto la justificación de esos ritos espirituales, de esas ceremonias particulares, por las cuales la Iglesia disponía antiguamente sus hijos al bautismo, y por los que dispone los jóvenes levitas al sacerdocio.

Todo lo que debe estar consagrado á Dios de una manera especial debe ser segregado del vulgo; un augustó sacramento, el Orden, consagrará á los sacerdotes, que han de servirle en el altar; ceremonias santas santificarán los templos, que le serán dedicados... Sí, todo, hasta el cementerio, en donde deben un día descansar nuestros huesos, como fieles católicos que somos, será el objeto de una bendición especial.

Jesús pone en seguida sus dedos en las orejas de este pobre sordo-mudo, despues, tomando saliva, le tocó la lengua diciendo: *Sé abierto.* Esta ceremonia, cristianos, lo sabéis, la Iglesia la observa en el bautismo, no ignoráis que el sacerdote, despues de

varios exorcismos, toca las orejas, en seguida las ventanas de la nariz del niño cerca de la boca, diciendo : *Sé abierto*. Como si dijese : Pobre niño, tú no perteneces aun á Dios; pero por medio del bautismo tú vas á ser su hijo; ¡ ah, ojalá no seas sordo á las verdades de la religión, á las enseñanzas, que más tarde te serán dadas; ojalá tu lengua, como la del sordo-mudo, cuando un día se desate para hablar, evite las blasfemias, las maledicciones y calumnias, las palabras demasiado libres; ojalá, por el contrario, se complazca en pronunciar el nombre de Jesús, en bendecirle, en darle gracias, en cantar sus alabanzas; *Et loquebatur recte...*

En fin, Jesús levanta los ojos al cielo y dá un suspiro. Levanta los ojos al cielo; y para qué, os pregunto?... Es que Dios no está en todo lugar? ¿Es que él mismo no es Dios? Por esta señal, hermanos míos, ha querido justificar todas las actitudes exteriores, humildes y piadosas, que tomamos, cuando oramos en particular, y que la Iglesia consagra en sus ceremonias públicas. Y para citar solamente un ejemplo de las mismas, ved al sacerdote durante el santo sacrificio de la Misa : alternativamente levanta los ojos hacia el cielo, como se dice de nuestro divino Salvador en el Evangelio del día de hoy; despues, los baja sobre el altar, como los bajaba Jesús en el huerto de las Olivas. Y todas estas ceremonias, apoyadas en el ejemplo de Jesucristo, prescritas por la autoridad de la Iglesia, son talmente legítimas, talmente obligatorias, que si voluntariamente nosotros omitiéramos una sola, seríamos culpables delante de Dios<sup>1</sup>.

*Segunda parte.* He añadido, hermanos míos, que estas ceremonias eran útiles. En efecto, éllas excitan y estimulan la piedad interior.

A veces oís á impíos ó ignorantes, que dicen : « Yo no voy á Misa, ya ruego en mi casa. » Otro os dirá : « No me arrodillo, pero por eso no reconozco ménos, que tenemos un Dios allá arriba y le ruego dentro de mí mismo. » Qué pues, cuando oís á

1. Gury, *De Sacrif. Missæ*, casus xv.

esos hombres hablar un semejante lenguaje, ¿ acaso los creéis? ¿ No sabéis que el hombre que voluntariamente no santifica el domingo, que ridiculiza á aquellos, que asisten al santo sacrificio de la Misa y pretende que nuestros oficios son vanas ceremonias, ne sabéis, repito, que este hombre es un impío, y que un retazo de papel contendría fácilmente todas las oraciones, que hace en un año?... ¿ No os arrodilláis jamás, decís, oráis dentro de vos mismo, en vuestro interior?...

Dudo de ello, amigo mío, pero suponiendo que esto sea verdad, decidme, oráis con el mismo fervor, la misma piedad con que orabais en el tiempo de vuestra primera comunión, cuando teníais el hábito de orar arrodillado?...

Uno de los más famosos filósofos del último siglo, Juan Jacobo Rousseau, se chanceaba un día de un simple aldeano, buen cristiano, porque se arrodillaba para dirigirse á Dios. « Amigo mío, le decía el filósofo, con tono burlon, Dios es demasiado grande; cuando queréis rogarle, no os hagais tan pequeño, porque sería posible, que no os oyese; es ridículo creerse de una talla demasiado alta para hablar á Dios. » El aldeano le respondió con buen juicio : « Sí, Dios es grande, lo sé yo; pero cuando se prosterna mi cuerpo, siento que mi alma se eleva más hácia él, aunque se humilla; me parece que Dios está más dispuesto á oirme favorablemente. » Este hombre tenía razon, y el filósofo, que le chanceaba y pretendía no tener necesidad de arrodillarse, volvióse loco<sup>1</sup> algunos años despues, á consecuencia de su desmesurado orgullo, y se quitó lastimosamente la vida, abandonado de Dios y de los hombres.

Amados hermanos míos, para haceros comprender mejor todavía la utilidad de este culto, de estas ceremonias exteriores, consultad vuestra propia experiencia, trasportaos en espíritu á nuestras hermosas solemnidades, á la fiesta de Pascua, por ejemplo, ó á un día de primera comunión.

Al ver esta procesión de niños piadosos, los unos llevando una

1. Vease Faller.

banda por distintivo en el brazo, las otras vestidas de blanco, todos trayendo un cirio en la mano, ¿no sentis vuestro corazón conmovirse? ¿Esta asistencia numerosa y recogida, estos suspiros del órgano, estos cantos graves y solemnes no hablan á vuestra alma?

¿Es que no sentis nada á la vista de estos ricos ornamentos sagrados, de estas flores que decoran el altar, de este incienso que sube hácia el cielo, como un símbolo de la oración?... ¿No es verdad que en estos días, que en estas circunstancias nos hallamos más dispuestos á orar, que nuestro corazón se eleva con mas facilidad hácia Dios?... Y por qué, pues?... Sí, yo os lo pregunto: ¿Por qué? Es porque estas ceremonias, estas señales exteriores, al mismo tiempo que impresionan nuestros sentidos, conmueven nuestra alma...

Los herejes, los ímpios, los incrédulos de todo género lo saben bien; y es por esta razón, que hacen tantos esfuerzos para atacar y ridiculizar los ritos sagrados, las santas ceremonias de la Iglesia. Según ellos, no más agua bendita, no más cirios, no más lámparas que ardan ante el altar, ningún ornamento, ningunas imágenes en nuestros templos; no quieren ni genuflexiones, ni arrodillamientos, ni invocaciones; en una palabra toda señal exterior de devoción les desplace, y querrían quitar á la religión lo que hace su esplendor y su belleza! Insensatos, ¿no sabéis, que los ritos exteriores son para la fé, la piedad y religión, lo que la corteza es para el árbol, lo que las hojas son para el fruto? Quitad al árbol su corteza, y perecerá; quitad á la viña sus hojas, y no llegarán sus frutos á madurar. El culto exterior es útil; yo diré más, es necesario para sostener, para conservar y fortificar el culto interior, que consiste en los homenajes del alma; así la corteza es indispensable para impedir que el árbol se deseque, así las hojas son necesarias para que el fruto pueda llegar á ser maduro. « La vid no tiene uvas, decía el profeta, la higuera no ha producido fruto, porque sus hojas han caído <sup>1</sup>. »

1. Jeremias, VIII, 13.

De la misma manera, hermanos míos, perecerían en las almas la fé, la piedad, todos los sentimientos interiores, si se suprimía de nuestra santa religión las ceremonias exteriores, que emplea la Iglesia, ya sea en el sacrificio de la Misa, ya en la administración de los sacramentos.

PERORACIÓN. Amados hermanos míos, cuál era mi intención, al haceros estas consideraciones sobre nuestras ceremonias religiosas, sobre estas señales de respeto, que la santa Iglesia católica, Esposa inmaculada del Salvador, tributa á su divina Cabeza?... ¡Ah, mi objeto, hélo aquí: Quería mostraros, que teniendo su origen en el ejemplo de Jesucristo, que no había desdeñado estos ritos exteriores, que á veces aun les había multiplicado al obrar sus milagros, como lo vemos en el Evangelio del día de hoy; quería, repito, mostraros cuanto respeto merecen de nuestra parte. Quería precaveros contra las necias objeciones de los herejes, que á veces atacan nuestras ceremonias las más hermosas, las más santas, las cuales se remontan hasta los tiempos de los Apóstoles. En efecto, hermanos míos, lo mismo que los protestantes han disminuido las verdades, que nos enseña la fé, así han suprimido todo lo que hay de hermoso, de solemne, y majestuoso en el culto, que rendimos á Dios.

Pero, sobre todo, hermanos míos, quisiera ponerlos en guardia contra los discursos de estos hombres ignorantes ó ímpios que, dispensándose de la asistencia al santo sacrificio de la Misa, no dando señal alguna de religión, pretenden sin embargo (por lo ménos lo dicen) honrar mejor á Dios que vosotros, que os arrodilláis para rogarle, que os haceis un deber de asistir á los oficios, y de tomar parte en todas nuestras santas ceremonias. ¡Ah son éstos Fariséos de la ignorancia; sea cual fuere la afectada honradez de esos hombres, guardaos de sus palabras... Continúa arrodillándoos ante Dios por la mañana y por la noche, cuando le rogáis. Sed fieles en venir con nosotros cada domingo á este recinto, para rendir á nuestro divino Salvador un culto exterior y público. Si lo haceis con humildad, aunque seais pobres pecadores; si aunque fueseis sordos y mudos, como el enfermo de

nuestro Evangelio, Jesús, el Dios misericordioso, pondrá sus dedos en vuestras orejas, es decir que os hará oír su voz, que sus buenas inspiraciones penetrarán hasta vuestro corazón. Vuestra lengua, muda y endurecida, se sentirá suavizada por la unción de su gracia; y después de haberle bendecido, rogado y alabado en el tiempo, le bendeciréis y alabaráis también por toda la eternidad... Así sea.

ALERE FLAMMAM  
VERITATIS

HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO

DEL DUODÉCIMO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES.

(S. LUCAS, X, 23-37.)

**Nuestra caridad para con el prójimo debe ser verdadera, compasiva y generosa.**

**TEXTO.** *Vade et tu fac similiter.* Vé, y haz tú lo mismo,

**EXORDIO.** « En aquel tiempo, dice el Evangelio de este día, Jesús dijo á sus discípulos: Bienaventurados los ojos, que ven lo que vosotros véis, porque os digo, que muchos profetas y reyes desearon ver lo que vosotros véis, y no lo vieron; y oír lo que oís, y no lo oyeron. Y hé aquí que un doctor de la Ley se levantó tentándole y diciendo: Maestro, ¿Qué debo hacer para poseer la vida eterna? Y él le dijo: ¿Qué está escrito en la ley? ¿Cómo lees? Él respondiendo, dijo: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con todo tu entendimiento, y á tu prójimo como á tí mismo. Jesús le dijo: Bien has respondido, haz eso y vivirás. Mas ese hombre, queriendo justificarse á sí mismo, dijo á Jesús: Y quién es mi prójimo? Y Jesús tomando la palabra, le dijo: Un hombre bajaba de Jerusalem á Jericó, y cayó en manos de los ladrones, que le despojaron, y después de haberle inferido muchas heridas, le dejaron medio muerto y se fueron. Aconteció, pues, que un sacerdote

bajaba por el mismo camino; y cuando le vió, pasó de largo. Y así mismo un Levita, llegando cerca de aquel lugar, y viéndole, pasó también de largo. Mas un samaritano, que iba de camino, se llegó cerca de él, y en viéndole se sintió conmovido de compasión y acercándose le vendó las heridas, echando en ellas aceite y vino, y poniéndole sobre su bestia de carga, lo llevó á una venta y tuvo cuidado de él. Y otro día sacó dos monedas y las dio al mesonero y le dijo: Ten cuidado de él y cuanto gastares de mas, te lo pagaré cuando vuelva. Cuál de estos tres te parece que fué el prójimo de aquel, que cayó en manos de los ladrones? Aquel, respondió el doctor, que usó con él de misericordia. Pues vé, le dijo entonces Jesús, y haz tu lo mismo.

**PROPOSICIÓN.** Tal es hermanos míos la narración del Evangelio de este día. Preguntan á Nuestro Señor, que es necesario hacer para alcanzar la vida eterna. Y Él da una respuesta detallada, mostrando por medio de un ejemplo como debemos portarnos con respecto al prójimo, y termina con estas palabras: « Vé y haz tu lo mismo, si quieres llegar á la vida eterna. » Me propongo, pues, esta mañana deciros en pocas palabras las cualidades, que debe tener nuestro amor, nuestra caridad para con el prójimo, para que sea agradable á Dios y nos merezca la vida eterna...

**DIVISION.** Según la enseñanza de nuestro augustísimo Maestro, la caridad para con el prójimo debe ser semejante á la del Samaritano, de quien habla este Evangelio. Pues bien: esta caridad reúne tres condiciones. *Primeramente* élla fué verdadera. *En segundo lugar:* Élla fué compasiva; *terceramente,* élla fué generosa. Tres pensamientos sobre los cuales voy á llamar vuestra atención.

**Primera parte.** Caridad verdadera. Ah! hermanos míos, bien lo sabeis, se hace un deplorable abuso de las mejores cosas, y á veces el afecto, el amor, que se tiene al prójimo, los servicios, que se le hacen, servicios que siempre debieran ser meritorios ante Dios, son con frecuencia estériles y alguna vez culpables... Ellos son culpables, cuando son hechos con intenciones malas; sea que tengan por objeto el seducir y arrastrar al mal á las personas, á quienes se hacen; sea que tengan por motivo nuestra

nuestro Evangelio, Jesús, el Dios misericordioso, pondrá sus dedos en vuestras orejas, es decir que os hará oír su voz, que sus buenas inspiraciones penetrarán hasta vuestro corazón. Vuestra lengua, muda y endurecida, se sentirá suavizada por la unción de su gracia; y después de haberle bendecido, rogado y alabado en el tiempo, le bendeciréis y alabaráis también por toda la eternidad... Así sea.

ALERE FLAMMAM  
VERITATIS

HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO

DEL DUODÉCIMO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES.

(S. LUCAS, X, 23-37.)

**Nuestra caridad para con el prójimo debe ser verdadera, compasiva y generosa.**

TEXTO. *Vade et tu fac similiter.* Vé, y haz tú lo mismo,

EXORDIO. « En aquel tiempo, dice el Evangelio de este día, Jesús dijo á sus discípulos: Bienaventurados los ojos, que ven lo que vosotros véis, porque os digo, que muchos profetas y reyes desearon ver lo que vosotros véis, y no lo vieron; y oír lo que oís, y no lo oyeron. Y hé aquí que un doctor de la Ley se levantó tentándole y diciendo: Maestro, ¿Qué debo hacer para poseer la vida eterna? Y él le dijo: ¿Qué está escrito en la ley? ¿Cómo lees? Él respondiendo, dijo: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con todo tu entendimiento, y á tu prójimo como á tí mismo. Jesús le dijo: Bien has respondido, haz eso y vivirás. Mas ese hombre, queriendo justificarse á sí mismo, dijo á Jesús: Y quién es mi prójimo? Y Jesús tomando la palabra, le dijo: Un hombre bajaba de Jerusalem á Jericó, y cayó en manos de los ladrones, que le despojaron, y después de haberle inferido muchas heridas, le dejaron medio muerto y se fueron. Aconteció, pues, que un sacerdote

bajaba por el mismo camino; y cuando le vió, pasó de largo. Y así mismo un Levita, llegando cerca de aquel lugar, y viéndole, pasó también de largo. Mas un samaritano, que iba de camino, se llegó cerca de él, y en viéndole se sintió conmovido de compasión y acercándose le vendó las heridas, echando en ellas aceite y vino, y poniéndole sobre su bestia de carga, lo llevó á una venta y tuvo cuidado de él. Y otro día sacó dos monedas y las dio al mesonero y le dijo: Ten cuidado de él y cuanto gastares de mas, te lo pagaré cuando vuelva. Cuál de estos tres te parece que fué el prójimo de aquel, que cayó en manos de los ladrones? Aquel, respondió el doctor, que usó con él de misericordia. Pues vé, le dijo entonces Jesús, y haz tu lo mismo.

PROPOSICIÓN. Tal es hermanos míos la narración del Evangelio de este día. Preguntan á Nuestro Señor, que es necesario hacer para alcanzar la vida eterna. Y Él da una respuesta detallada, mostrando por medio de un ejemplo como debemos portarnos con respecto al prójimo, y termina con estas palabras: « Vé y haz tu lo mismo, si quieres llegar á la vida eterna. » Me propongo, pues, esta mañana deciros en pocas palabras las cualidades, que debe tener nuestro amor, nuestra caridad para con el prójimo, para que sea agradable á Dios y nos merezca la vida eterna...

DIVISION. Según la enseñanza de nuestro augustísimo Maestro, la caridad para con el prójimo debe ser semejante á la del Samaritano, de quien habla este Evangelio. Pues bien: esta caridad reúne tres condiciones. *Primeramente* élla fué verdadera. *En segundo lugar*: élla fué compasiva; *terceramente*, élla fué generosa. Tres pensamientos sobre los cuales voy á llamar vuestra atención.

*Primera parte.* Caridad verdadera. Ah! hermanos míos, bien lo sabeis, se hace un deplorable abuso de las mejores cosas, y á veces el afecto, el amor, que se tiene al prójimo, los servicios, que se le hacen, servicios que siempre debieran ser meritorios ante Dios, son con frecuencia estériles y alguna vez culpables... Ellos son culpables, cuando son hechos con intenciones malas; sea que tengan por objeto el seducir y arrastrar al mal á las personas, á quienes se hacen; sea que tengan por motivo nuestra

propia vana gloria, á la exaltacion de nuestro amor propio. Pero hablemos de esta caridad estéril, que nada tiene de sobrenatural, y queda sin valor para el cielo. Tal es, por ejemplo, la que se ejerce con respecto á los parientes, á los amigos, á aquellos hacia los cuales sentimos simpatía. Si, pues, no sabemos elevar nuestras intenciones hacia Dios, y santificar con pensamientos de fé la caridad, que ejercitamos en tales circunstancias, es muy de temer, que nuestras limosnas, ó las demás obras de misericordia, que practicamos con miras puramente humanas, sean estériles y sin ningun valor á los ojos de Dios.

¿Queremos saber qué es la caridad verdadera? Consideremos al Samaritano, que Jesucristo nos cita como un modelo. ¡Él desciende de Jerusalem á Jericó; divisa á un hombre cubierto de heridas y medio muerto!... Continúa vuestro camino, viajero, este hombre es un Judío, es vuestro enemigo; porque un odio nacional existe entre Jerusalem y Samaria... Pero no, cristianos, á la vista de las necesidades de este hombre, él olvida todos los motivos de division, que separan á los dos pueblos, él no vé en el herido mas que á un hermano, y, sin hacer caso de las enemistades, que los Judíos tienen con los samaritanos, él se acercará á socorrerle... ¡Si á lo menos este acto de caridad se verificase en público; en presencia de una muchedumbre numerosa y simpática!... entonces comprenderíamos mejor el acto de virtud que él ejerce... Nosotros deseamos, en efecto, cristianos (ah! lo deseamos demasiado,) que el poco bien, que hacemos, sea visto de los hombres. Nosotros encontramos en eso una satisfaccion para nuestro amor propio y una compensacion de los esfuerzos, que hemos hecho. Pero en este caso del samaritano no hay ningun testigo... Al lado de ese pobre herido ha pasado el sacerdote judío con indiferencia; el levita ni siquiera se ha vuelto. ¿Erais acaso Fariseos los dos?... No lo sé... Pero si esto hubiese sucedido en medio de la ciudad, si vosotros hubieseis debido recoger aplausos, sin duda que os habríais parado.... El ojo de Dios solo os ha visto y solo tambien Jesús ha podido revelarnos vuestra indiferencia y dureza....

Pero todavía, cristianos, otra consideracion debía inducir al samaritano á pasar rápidamente su camino, sin inquietarse de los gemidos y lamentos de ese hombre moribundo. El lugar en donde se encontraba era un paraje frecuentado por bandidos, y segun San Gerónimo <sup>1</sup> se habían cometido allí muchos robos y asesinatos... Adelanta, pues, tu camino, o buen samaritano, deja morir á ese judío; quizás desde lo alto de la montaña te están espiondo los bandidos y pueden á hacerte sufrir una suerte igual... Espolea al caballo y marcha á prisa, ese paraje es poco seguro, tu vida corre peligro... Al contrario, él se detiene, cualquiera que sea el peligro que corra, ofrécese un acto de caridad para cumplir en favor de ese pobre herido, y él sabrá cumplirlo. Ah!, hermanos míos, decidme : ¿ese amor para con el prójimo, que desafía el peligro, que no busca aplausos de ninguna clase, que se ejerce en favor de un enemigo, no es eso una caridad verdadera?... O Samaritano, yo te admiro : ¡ ah! á cuantos cristianos de nuestros días podrías servir de modelo !.. En qué corto número se encuentran los que te siguiesen!...

*Segunda parte.* Caridad compasiva. Este Samaritano escucha los gemidos y suspiros de ese judío herido; él se le acerca y se pone á su lado. — Pero ¿qué vas á hacer, viajero?.. Ese hombre está casi muerto, tus cuidados tal vez sean inútiles; el tiempo es precioso, tus negocios te llaman; déjale, pues, morir... Como tu no le has herido, nadie podrá imputarte su muerte... ¡Cuántas razones, en efecto, encontramos, carísimos hermanos, para no enternecernos sobre las miserias del prójimo, para no compadecernos de sus necesidades!.. Qué obligacion tengo de socorrerle, decimos? Acaso tengo yo la culpa de su miseria? No tiene además él parientes, hijos, etc? Que ellos le asistan, pues; en cuanto á mí, nada veo que me obligue á éllo... Ah! hermanos míos, han pasado el sacerdote judío y el levita, ellos han apartado la vista, y sin el samaritano, ese pobre herido habria muerto abandonado y bañado en su propia sangre. Así, cristianos, tal vez los amigos,

1. Sobre el capit. xx de S. Mateo.

los parientes, los hijos mismos de este necesitado cierran sus ojos por no ver su miseria, se niegan á socorrerle, acaso desean su muerte; y si vosotros no venís á socorrerle, él morirá sin consuelo y sin socorro... Oh! hermanos míos, os lo suplico con ardor, tened entrañas de piedad y compasion para con los pobres...

Ved al Samaritano, él se inclina sobre el herido, le anima, le consuela. El no le hace cargos de ninguna clase, ni le dice: « Has sido un imprudente, ¿quién te hacía meter en ese camino peligroso en una hora, en que es poco frecuentado? Debías prever el peligro y no exponerte á él... » No, por el contrario, apeándose del caballo, se acerca á ese hombre y cura sus heridas con la ternura de una madre. Sin embargo él no es médico, pero la caridad le inspira... Él infunde sobre las heridas un vino, que debe limpiarlas y detener la sangre, que corre de ellas. Enseguida las rocia con aceite, que calmará los dolores de ese infortunado. ¿No veis aquí, hermanos míos, una caridad tierna y compasiva?

¡Qué dichosos seríamos nosotros si esa piedad, esa tierna compasion acompañase las obras de misericordia, que ejercitamos en beneficio del prójimo! Cómo esta circunstancia las haría mas dulces para los pobres y mas preciosas á los ojos de Dios!... Pero, como sabeis, con triste frecuencia la sequedad, la dureza acompañan nuestras limosnas, si por ventura aun las hacemos... Ese hombre rico, esa señora que querrá pasar por piadosa, se sacarán de delante al pobre diciéndole: « Véte al asilo de beneficencia; allí entrego yo todos los años lo que debo dar. » Otras veces nuestras limosnas irán acompañadas de sentimientos de desprecio ó de palabras insultantes, que harán bien amargo el pedazo de pan, que vengan á pedirnos... ¡Ah! hermanos míos, una vez mas, piedad y compasion para nuestros hermanos, que se encuentran en necesidad! Si vosotros supierais, si conocierais, cuánto cuesta alargar la mano!... Si os fueran conocidas todas las circunstancias desgraciadas, todos los accidentes, que han echado en la indigencia al pobre anciano, á la pobre madre de familia, que reclaman vuestro socorro!... Si, como los miembros de las Con-

ferencias de S. Vicente de Paul, fueseis á visitar en sus viviendas húmedas á esos enfermos, á esos estropeados, acostados sobre la paja ó sobre míseros lechos, estoy seguro, que los que teneis corazon, os sentiríais penetrados de compasion, que vuestras lágrimas correrían y que serían mas abundantes vuestras limosnas.

Pero ah! nosotros no osamos afrontar el espectáculo de la pobreza y las mas de las veces encargamos á una mano extraña la distribucion de lo poco, que damos. ¡Y aun nos llamamos cristianos!... Y ciertas personas, que se niegan tambien á inspeccionar por sí mismas las miserias del pobre, por temor de sentirse lastimadas, osan todavía llamarse piadosas!... Oh! hermanos míos, cuántas cualidades faltan á esta conmiseracion, para que sea élla verdadera!... Cuánto le falta á nuestra caridad para ser verdaderamente compasiva!...

*Tercera parte.* Pero no está todo ahí, la caridad del Samaritano para con el pobre herido se mostró generosa. ¡Qué quiere decir una caridad generosa? Es la que da abundantemente?... Puede ser... Pero, á mi parecer, la caridad generosa es la que se priva y se sacrifica por el prójimo... Angeles de la caridad, que os consagrais al servicio de los enfermos en los hospitales, y vosotros, que sacrificais vuestra vida, para cuidar á pobres ancianos, Hermanas de la caridad, Hermanitas de los Pobres, cualquiera que sea vuestro nombre, cuán generoso es vuestro amor para con el prójimo!.. ¿Generoso?... Pero cómo?... Ellas no poseen nada! Ellas han hecho voto de pobreza! Todas estas santas almas, que se sacrifican por el bien de sus hermanos pobres y afligidos, nada tienen: ¿qué pueden, pues, dar? Hermanos míos, ellas se dan á sí mismas. Sus días, sus noches, su salud, su vida entera, ved ahí lo que ellas dan á los pobres... ¡Y vosotros las habeis visto privarse á sí mismas de lo necesario, y sin quejarse de las repulsas, mendigar á vuestras puertas por ancianos desvalidos, á quienes la edad y los achaques no permitían ya alargar la mano!...

¡Caridad generosa! Pero decidme: ¿quién ejerce esta caridad con mas abnegacion, ó el rico, que da una pieza de oro de su su-

pérfuo, ó el pobre, que vela en las noches y sacrifica su tiempo al lado del lecho de un vecino enfermo y desamparado?... El mas generoso no es este último?... Él paga con su propia persona; él da un tiempo, de que tiene necesidad para ganarse su propio pan de cada día... Esta caridad generosa la encontramos, hermanos míos, en el Samaritano de nuestro Evangelio. Despues de haber curado con tanta ternura las llagas de aquel herido, próximo á espirar, no dice él: « He hecho lo bastante. » Él se priva de su propia caballería, toma en sus brazos al pobre herido, lo coloca encima de su mismo caballo, mientras que él hace por simismo á pié el camino, que faltaba. Con esta conducta condena el modo de proceder de ciertos cristianos, que no saben privarse de sus comodidades y hacer un sacrificio, cuando se trata de ayudar al prójimo.

Vedle llegado al meson; ¿Qué va á hacer? Sin duda que su tarea está terminada; despues de haber contado al dueño de la casa las penosas circunstancias, en que ha encontrado á aquel infortunado y los cuidados empleados en su favor le diría: « Este es un Judío, lo pongo en vuestras manos, cuidadlo del modo que sepais; en cuanto á mí, he cumplido mi deber, y de sobras... » ¿Es este, hermanos carísimos, el lenguaje que tiene este buen Samaritano? Es este el modo de portarse con respecto al herido?... Él ha pagado con su propia persona, y ahora va á pagar con su dinero. Sacando dos piezas de moneda, las da al dueño del meson, diciéndole: « Cuidad bien de este hombre. » ¿Está todo ahí? No cristianos, Jesucristo nos lo muestra llevando mas lejos su caridad, y comprometiéndose á pagar todos los demás gastos necesarios para la completa curacion de aquel pobre extranjero, que había encontrado en el camino. « Cuidad bien de él, he aqui dos piezas de dinero para sus primeras necesidades; si se necesita mas, no temáis perder nada, yo mismo os pagaré todos los gastos á mi vuelta. » *Et quodcumque supererogaveris, ego cum rediero reddam tibi.* ¿Puede, hermanos míos, encontrarse una caridad mas generosa, mas tierna, mas maternal? ¡O adorable Salvador, con cuánta razon nos proponéis á este Samaritano por modelo!...

Qué dichosos seríamos nosotros, si, segun vuestro mandamiento, imitábamos esta compasion esta caridad en favor del prójimo!...

PERORACION. Hermanos carísimos, sí, verdadera fué, compasiva y generosa la caridad, que practicó este buen Samaritano en favor de aquel pobre herido. Al recomendarnos nuestro dulce Salvador obrar de igual modo, sepámoslo bien, no nos impone nada de imposible. Y para confirmar esta verdad, ¿será preciso citaros la vida de tantos santos, que han tenido para con el prójimo un amor, una abnegacion llevada hasta el heroísmo?... Un ejemplo solamente... Ved á esa jóven princesa, tan débil y tan delicada, que sale de su palacio durante la noche. Un pesado haz de leña magulla sus espaldas... ¿A donde se dirige élla en medio de esta noche sombría, en esta estacion rigurosa, pues la nieve cubre la tierra? Porque no hace llevar á sus criadas esa pesada carga? Ah! Es que en la pendiente del monte, que esta cercano á su castillo, se encuentra una pobre mujer enferma, achacosa y aterida por el frío. Élla quiere asistirle por sí misma, calentarla y cuidarla, como si fuera su madre... A las compañeras que la siguen y están tránsidas de frío las dice alegremente: « Poned vuestros pasos sobre los míos. » Y prodigio admirable! la nieve pisada por la jóven princesa calienta los piés helados de las criadas, que la siguen. Esta mujer jóven, este modelo de caridad es santa Isabel de Hungría... ¡Qué valor, hermanos míos, qué heroísmo de caridad se revela en toda la vida de esta santa!.. Aquí, élla alimenta á pobres abandonados; allá, cuida y limpia á pobres leprosos; además, ¿osaré decirlo?... temeré herir vuestros oídos, quizás demasiado delicados? Además élla chupa el pús de una úlcera incurable, que queda curada milagrosamente por el contacto de sus labios benditos<sup>1</sup>. Ved ahí los santos, hermanos míos. Oh! si nosotros no podemos imitarlos en este heroísmo, admirémosles al ménos, y reconozcamos el mérito de la caridad... Acordémonos que, mostrándonos buenos y compasivos para con el prójimo, merecerémos, segun la palabra de Jesucristo, la vida eterna. Sí,

1. Véase su vida y las Conferencias de Lacordaire sobre la santidad.

hermanos carísimos, seamos misericordiosos y compasivos para con el prójimo, á fin de que un día nuestro dulce Jesús se muestre misericordioso y compasivo para con nosotros... Así sea.

### HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO

DEL DÉCIMO TERCERO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES.

(S. Luc, XVII, 11-19.)

**Agradecimiento que debemos a Dios; manera de testificarle este agradecimiento.**

TEXTO. *Non est inventus, qui rediret et daret gloriam Deo, nisi hic alienigena.* No hubo quien volviese y diese gloria á Dios, sino este extranjero.

EXORDIO. Hermanos míos, pocos meses antes de su Pasion Nuestro Señor Jesucristo se dirigía hacia Jerusalem, para celebrar la fiesta que entre los Judíos se llamaba la fiesta de los Tabernáculos. Sus parientes, (no hablo aquí de la santísima Virgen, demasiado santa y modesta, para ceder á una tentacion de orgullo; ni de S. José, que en esta época ya no vivía en la tierra;) sino sus demás parientes habrían deseado, á causa de la celebridad, que acompañaba á sus milagros; que Él se hubiese venido con ellos á esta solemnidad <sup>1</sup>. Jesús, que no quería fomentar este amor propio de su familia, tomó otro camino. En este trayecto, pues, á Jerusalem tuvo lugar el milagro, que nos refiere el Evangelio de este día, en el cual leemos <sup>2</sup>: « Dirigiéndose Jesús á Jerusalem, pasó por Samaria y Galilea. Y entrando en una aldea, salieron á su encuentro diez hombres leprosos, que se pararon de lejos; (por ser contagiosa su enfermedad;) y alzaron la voz, diciendo: Jesús, maestro, ten misericordia de nosotros. Él, en viéndolos, les dijo: Id, mostraos á los sacerdotes; y mientras

1. Joan, vii, 4. — 2. Conf. De Ligny, *Vie de Jésus-Christ.*

iban, quedaron limpios. Y uno de ellos, cuando vió que había quedado limpio, volvió glorificando á Dios á grandes voces; y se postró en tierra á los piés de Jesús, dándole gracias; y este era Samaritano. Y respondió Jesús y dijo: ¿ Pon ventura no son diez los que quedaron limpios? Y los nueve donde están? No hubo otro que volviere y diese gloria á Dios, sino este extranjero. Y le dijo: levántate, véte, que tu fé te ha hecho salvo. »

¡ Ah! hermanos míos, qué vicio tan comun la ingratitud! qué raros son los que dan á Dios las acciones de gracias, que le deben! De aquí esta triste reflexion de Nuestro divino Salvador: « ¡ Por ventura no fueron curados todos? Porqué, pues, de los diez solo este extranjero ha vuelto á dar gloria á Dios? »

PROPOSICIÓN. Quiero, pues, en esta mañana con la ayuda de Dios inspiraros una saludable aversion á la ingratitud, vicio, al cual S. Bernardo llama con razon « un vicio capital, destructor de la gracia, enemigo de la salvacion y uno de los que mas desagradan al corazon de Dios nuestro soberano Bienhechor <sup>1</sup>. »

DIVISION. Os demostraré, pues; *primeramente*; que el agradecimiento á Dios es un deber para cada uno de nosotros; en *segundo lugar*; examinarémos lo que debemos hacer, para cumplir este deber.

*Primera parte.* El agradecimiento á Dios es un deber para cada uno de nosotros... Quiero principiar por pedir os vuestro parecer. Un día, han pasado ya de eso muchos años, nació en una choza abandonada un pobre niño. Sus padres se encontraban en un tal desamparo, que no podían de ningun modo proveer á su subsistencia. Una grande y noble señora, conociendo esta extremada miseria, vino por sí misma, y sin previa invitacion, á sacorrer al niño. Ya comprenderéis con que ternura, cuando os haya dicho, que élla lo tomó sobre sus rodillas, lo estrechó sobre su corazon y le nutrió con su leche. El niño creció; el amor de la noble señora no le faltó jamás. No solamente

1. « Ingratitudo peremptoria res est; hostis gratiæ, inimica salutis, etc. » (S. Bernardo serm. 51 in *Cant.* et serm. 2, de *Evang. Septem panum.*)

hermanos carísimos, seamos misericordiosos y compasivos para con el prójimo, á fin de que un día nuestro dulce Jesús se muestre misericordioso y compasivo para con nosotros... Así sea.

### HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO

DEL DÉCIMO TERCERO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES.

(S. Luc, XVII, 11-19.)

**Agradecimiento que debemos a Dios; manera de testificarle este agradecimiento.**

TEXTO. *Non est inventus, qui rediret et daret gloriam Deo, nisi hic alienigena.* No hubo quien volviese y diese gloria á Dios, sino este extranjero.

EXORDIO. Hermanos míos, pocos meses antes de su Pasion Nuestro Señor Jesucristo se dirigía hacia Jerusalem, para celebrar la fiesta que entre los Judíos se llamaba la fiesta de los Tabernáculos. Sus parientes, (no hablo aquí de la santísima Virgen, demasiado santa y modesta, para ceder á una tentacion de orgullo; ni de S. José, que en esta época ya no vivía en la tierra;) sino sus demás parientes habrían deseado, á causa de la celebridad, que acompañaba á sus milagros; que Él se hubiese venido con ellos á esta solemnidad <sup>1</sup>. Jesús, que no quería fomentar este amor propio de su familia, tomó otro camino. En este trayecto, pues, á Jerusalem tuvo lugar el milagro, que nos refiere el Evangelio de este día, en el cual leemos <sup>2</sup>: « Dirigiéndose Jesús á Jerusalem, pasó por Samaria y Galilea. Y entrando en una aldea, salieron á su encuentro diez hombres leprosos, que se pararon de lejos; (por ser contagiosa su enfermedad;) y alzaron la voz, diciendo: Jesús, maestro, ten misericordia de nosotros. Él, en viéndolos, les dijo: Id, mostraos á los sacerdotes; y mientras

1. Joan, vii, 4. — 2. Conf. De Ligny, *Vie de Jésus-Christ*.

iban, quedaron limpios. Y uno de ellos, cuando vió que había quedado limpio, volvió glorificando á Dios á grandes voces; y se postró en tierra á los piés de Jesús, dándole gracias; y este era Samaritano. Y respondió Jesús y dijo: ¿ Pon ventura no son diez los que quedaron limpios? Y los nueve donde están? No hubo otro que volviere y diese gloria á Dios, sino este extranjero. Y le dijo: levántate, véte, que tu fé te ha hecho salvo. »

¡ Ah! hermanos míos, qué vicio tan comun la ingratitud! qué raros son los que dan á Dios las acciones de gracias, que le deben! De aquí esta triste reflexion de Nuestro divino Salvador: « ¡ Por ventura no fueron curados todos? Porqué, pues, de los diez solo este extranjero ha vuelto á dar gloria á Dios? »

PROPOSICIÓN. Quiero, pues, en esta mañana con la ayuda de Dios inspiraros una saludable aversion á la ingratitud, vicio, al cual S. Bernardo llama con razon « un vicio capital, destructor de la gracia, enemigo de la salvacion y uno de los que mas desagradan al corazon de Dios nuestro soberano Bienhechor <sup>1</sup>. »

DIVISION. Os demostraré, pues; *primeramente*; que el agradecimiento á Dios es un deber para cada uno de nosotros; en *segundo lugar*; examinarémos lo que debemos hacer, para cumplir este deber.

*Primera parte.* El agradecimiento á Dios es un deber para cada uno de nosotros... Quiero principiar por pedir os vuestro parecer. Un día, han pasado ya de eso muchos años, nació en una choza abandonada un pobre niño. Sus padres se encontraban en un tal desamparo, que no podían de ningun modo proveer á su subsistencia. Una grande y noble señora, conociendo esta extremada miseria, vino por sí misma, y sin previa invitacion, á sacorrer al niño. Ya comprenderéis con que ternura, cuando os haya dicho, que élla lo tomó sobre sus rodillas, lo estrechó sobre su corazon y le nutrió con su leche. El niño creció; el amor de la noble señora no le faltó jamás. No solamente

1. « Ingratitudo peremptoria res est; hostis gratiæ, inimica salutis, etc. » (S. Bernardo serm. 51 in *Cant.* et serm. 2, de *Evang. Septem panum.*)

éllase encargó de su sustento y vestido, sino que además quiso por sí misma instruirlo y formar su espíritu y su corazón. Élla lo adoptó por hijo, lo introdujo en su palacio, le mantuvo á su mesa y puso entre sus manos un testamento, que le instituía heredero de todos sus bienes. Decidme, cristianos; ¿este pobre indigente no debía gratitud á esa señora noble y rica, que se había mostrado con él tan buena y generosa? ¿No sería él un monstruo de ingratitud, si hubiese llevado su irreverencia hasta á ultrajar á su bienhechora?... Así lo pensais vosotros; ¿no es verdad?... VERITATIS

Hermanos carísimos esta historia es la nuestra. Considerémonos en el momento de nuestro nacimiento flacos, dando vagidos, y respirando á penas. Una grande y noble señora, la Providencia de Dios vino á nuestro socorro. Élla puso en el seno de nuestra madre la leche, que nos ha nutrido y en el corazón de nuestro padre el amor y el esfuerzo que nos han sostenido y protegido. ¡O dulce Providencia de mi Dios, no se limitan á eso vuestros cuidados. Por medio del santo Bautismo nos habeis hecho cristianos; por la fé y por tantas instrucciones recibidas en el catecismo habeis formado nuestro corazón é ilustrado nuestra inteligencia. En el día de nuestra primera comunión, o buen Jesús, entramos en vuestro palacio y nos sentamos á vuestra mesa. Vos depositasteis en nuestras manos como un testamento irrevocable, esas promesas, por las cuales nos asegurais la felicidad y las delicias del cielo, si sabemos séros fieles... Ah! hermanos míos, despues de tantos beneficios, ¿no es para nosotros un deber la gratitud para con Dios?

A mas de que este deber Dios nos lo impone y todas las criaturas nos lo recuerdan...

En verdad, hermanos míos, que Dios puede muy bien pasarse de nuestros homenajes y de nuestro agradecimiento. Aunque ni vosotros ni yo existiéramos, Dios por esto no dejaría de ser menos soberanamente grande y soberanamente perfecto; aunque todos los hombres se mostraran ingratos, no por eso recibiera el menor perjuicio su infinita perfección, su omnipotencia... Cuando

Él nos permite, cuando Él quiere, que le demos gracias, no lo olvidemos, es también esto un honor, que nos hace, una gloria, que nos concede. Si un príncipe pasa cerca de un pobre mendigo y hace á éste una generosa limosna; si al día siguiente va el mendigo á casa del príncipe para darle gracias, estad seguros, que no se le concederá audiencia y que no será admitido... Pero Dios nos tiene mayor estimación, y parece como si necesitara de nuestro pobre agradecimiento. En la Ley Antigua había Él exigido el establecimiento de ciertas fiestas, en las que el pueblo Judío le testificaba su gratitud, sea por el tránsito milagroso del mar Rojo, sea por la Ley dada sobre el Sinaí, sea por el manjar milagroso, llovido del cielo en el desierto; y Él decía á su pueblo: « Cuando hayas gozado de todos los bienes de la tierra, no te olvides de dar gracias al Señor tu Dios <sup>1</sup>. »

Pero ¿á qué hablar de la Ley Antigua? ¿Qué quiere, pues, decir entre nosotros la palabra *Eucaristia*?.. Ah! ya lo sabéis, hermanos míos, esta palabra significa: *accion de gracias*; ¡Cómo! O Jesús, vos estais ahí sobre el altar y en este adorable sacramento os llamais *Eucaristia*, esto es, *accion de gracias*. ¡ Vos habeis querido quedaros aquí presente, para dar continuamente gracias en nuestro nombre á vuestro Padre, por tantos beneficios, como concede á los hombres! ¡Cómo nos enseñais bien, viviendo entre nosotros bajo este augusto título, que Dios exige de nuestra parte el agradecimiento, como un deber estricto!... ¿Qué mas os diré, hermanos carísimos? Todo cuanto nos rodea, nos invita á dar gracias á Dios por sus beneficios. De cada criatura parece salir una voz, que nos dice: *Toma y sé agradecido*. Toma mis frutos, nos dice la tierra, recoge mis mieses, estruja mis racimos, y muéstrate agradecido á Aquel, que me reparte la lluvia, el calor y el rocío y cuya bendición me da la fertilidad... Los animales mismos, que Dios ha puesto á nuestro servicio, nos dirigen el mismo lenguaje: Toma mi lana para vestirme, dice el uno; toma mi leche y mi carne para alimentarte,

1. Deuteronom, VII, 10.

dice el otro; toma mi fuerza y agilidad, para ayudarte en tus trabajos, añade un tercero; y seas agradecido á Aquel que nos ha puesto bajo tu dominio y nos ha destinado á tu servicio. Y si hacemos atención á los beneficios mucho más importantes aun del orden espiritual, ¿qué nos dice la Iglesia, esta tierna madre, que nos acogió en nuestra entrada á la vida?... Recibe el Bautismo, que te hace cristiano, la Confirmación, que debe hacerte animoso, la Penitencia, que te purifica, la Eucaristía, que te une con Jesús; recibe, sí, recibe; pero que tu lengua, tu inteligencia y tu corazón, que tu alma entera se penetre de reconocimiento y bendiga al Señor...

*Segunda parte.* Veamos ahora, hermanos míos, lo que debemos hacer, para testimoniar nuestra gratitud á Dios. El Evangelio de este día nos ofrece en la persona de ese leproso curado un modelo, que debemos imitar. El reconoce que debe á Dios su curación, lo proclama en alta voz, en fin viene á echarse á los pies del Salvador testificando con esto que se pone á su disposición, y que quiere emplear en su servicio la salud, que acaba de recobrar.

¿Qué cosa tan rara es el reconocer que todo nos viene de Dios y el testificarle nuestro agradecimiento!... Diez son los que Jesucristo acaba de curar, y entre ellos tan solamente uno y aun era éste extranjero, samaritano, uno solo repito viene á dar gracias á Jesús por su curación!... Sin temor al respeto humano, sin inquietarse de lo que pueden decir ó pensar sus nueve compañeros, desde el punto que se encuentra sano, retrocede y se apresura por venir á dar gracias al médico celestial, que le ha purificado de la lepra y le ha devuelto la salud. Y los otros nueve, podemos decir con Jesús, *¿dónde están?* ¿Los otros?... Hermanos míos, esos otros son unos ingratos; apenas han recibido el beneficio, cuando han olvidado á su Bienhechor.

¿De diez, nueve!... ¡O Divino Jesús cuán grande es el número de los que se olvidan de daros gracias!... Pero, o cristianos, ¿no observamos aun lo mismo en nuestros días? Todos por el Bautismo fuimos purificados de la lepra, del pecado original; todos por la Penitencia hemos sido purificados de la lepra quizás mas

asquerosa aun, del pecado mortal, cometido por nuestra propia voluntad; y sin embargo, ¿quién de nosotros piensa en dar gracias á Dios? ¿se encuentra solamente uno entre diez?... ¿y sois de este número, vosotros los que me escucháis?... Responded vosotros mismos...

Ved á ese samaritano; él pasa poco cuidado de lo que harán los demás. «¿A dónde vas? le dirían. ¿Porqué dejas así tus compañeros? — Voy, contestaría él, á mostrar mi gratitud y á tributar acciones de gracias al que me ha curado.» Y él proclamaba en efecto el beneficio, que había recibido de Jesús. *Regressus est, cum magna voce magnificans Deum.* Volvió, glorificando á grandes voces á Jesucristo, á quien reconoció por Dios.. y nosotros, hermanos míos, lejos de testificar á Dios nuestra gratitud por los beneficios, de que nos ha colmado, lejos de glorificarle por tantos bienes, como nos ha hecho, nos los atribuimos á nosotros mismos; á veces quizá un miserable respeto humano nos induce á disimularlos. Salud, fuerzas, hermosura, talentos, riquezas, prosperidades, todas las ventajas naturales, que podemos tener y que no son en realidad sino dones de Dios, decidme ¿para qué nos sirven? ¿Pensamos acaso en dar gracias á Dios por todos estos bienes?... Os lo pido; es esta una pregunta, que me permito dirigiros... Ah! me la hago tambien á mí mismo... ¿Reconocemos nosotros que todas estas cualidades, que todos estos bienes naturales nos vienen de Dios?... Cuando vemos pasar por delante de nuestras puertas á algun pobre idiota, que nos tiende la mano, ¿nos hacemos por ventura á nosotros mismos esta reflexión: «Sin la gracia de Dios, sin la bondad de que ha usado conmigo, yo sería tal vez menos que ese pobre insensato, que sirve de juguete á los niños?...» Esta es sin embargo la verdad, hermanos míos, y nosotros no pensamos en ello. Y si por una parte nos atribuimos á nosotros mismos los dones naturales, por otra en cambio ocultamos y disimulamos los beneficios sobrenaturales, que hemos recibido. En cuanto á la fé que Dios nos ha dado, apenas osamos confesarla; las buenas inspiraciones que Él nos envía, esas luces interiores, esos buenos movimientos por los

que llama á las puertas de nuestra **conciencia**, en vez de alcanzar de nosotros que los sigamos, los **ocultamos**; y no pocas veces en lugar de dar gracias á Dios por esos **continuos** beneficios sobrenaturales, una vil cobardía nos **induce** á disimularlos y á mostrarnos exteriormente peores de lo que somos en realidad... ¡ Qué villanía, qué ingratitud !...

Pero no está todo ahí. El leproso **curado** no se contenta de glorificar á Dios, sino que se arroja á los **piés** del Salvador, como si le dijese: « Vos me habeis limpiado **de** las manchas de la lepra, vos me habeis devuelto la salud; yo **vengo**, pues, á ponerme á vuestra disposicion, y desde ahora **me** proclamo vuestro servidor. » *Et cecidit in faciem ante pedes ejus, gratias agens.* Ved ahí, hermanos míos, el uso que es necesario hacer de los bienes del Señor... No solo debemos testificar **públicamente** nuestra gratitud, no sólo debemos honrar y amar **á** nuestro bienhechor, sino que de un modo especial debemos **consagrar** á su servicio los dones recibidos de sus divinas manos... Un día Dios encargaba á un profeta de echar en cara del pueblo **Judío** esta queja: « Yo le he dado trigo, vino, aceite y otros dones **de** la tierra; yo he aumentado su fortuna y les he concedido **oro y** plata; y ellos se han servido de estos dones, para fabricar **ídolos**, cuyo culto debe atraer sobre ellos mis castigos. » O dulce **Salvador** Jesús, ¡ á cuántos cristianos podríais hacer tambien el **mismo** reproche; á cuántos de nosotros podríais decir con razon: « Yo os he dado la salud, y vosotros abusais de ella para **ofenderme**; yo os he dado campos y tierras, y cuantas mas os doy **tanto** mas profanais con el trabajo el santo día del Domingo; yo os **he** colmado de bienes y vosotros usais de esos bienes, para ostentacion de vuestro orgullo y satisfaccion de vuestras pasiones... **Mis** dones sólo os han servido para haceros mas culpables... ¡ **Ingratos** ! vosotros los habeis empleado contra mí y los habeis **convertido** en ídolos para vuestra perdicion. » *Argentum suum et aurum suum fecerunt sibi idola ut interirent*<sup>1</sup>.

1. Oseas. VIII, 4.

**PERORACION.** Hermanos carísimos, un santo Doctor pedía continuamente á Dios el don del agradecimiento: « Permitidme, decía él, repasar dentro de mí mismo todos los beneficios, que he recibido de vuestra bondad desde mi infancia y durante todo el curso de mi vida; sé que aborreceis la ingratitud; que este vicio es la raiz de todos los males que reinan en las almas; que es un viento abrasador, que enjuga la corriente de vuestras gracias; que seca y marchita el vigor de nuestras buenas obras... Este vicio maldito como un rayo hiere al alma, sustrayéndola á las influencias de la misericordia divina; hace revivir el mal pasado, aniquila el bien presente y nos incapacita para el porvenir. O Dios mío, preservadme de la ingratitud y grabad para siempre en mi corazón la memoria de vuestros beneficios. » Hermanos carísimos, hagamos con frecuencia esta misma plegaria; no cesemos nunca de tributar gracias á Dios por sus incesantes beneficios. Sí, bendigámosle y seamos de tal modo agradecidos á sus dones, que Nuestro Señor Jesucristo no tenga que decir de nosotros lo que decía de los nueve leprosos: « En donde están los demás ? » O adorable Salvador, nos complacemos en reconocerlo y proclamarlo, sí, nosotros no vivimos sino de vuestros beneficios... Uno de nuestros gloriosos mártires, S. Cipriano<sup>2</sup>, espirando despues de muchos tormentos bajo la cuchilla, al recibir el golpe fatal, pronunció esta palabra: *Deo gratias.* Gracias sean dadas á Dios, bendigámosle. Así, o dulce Redentor nuestro, debemos nosotros bendeciros y daros gracias no sólo por vuestros dones y beneficios, sino tambien por las penas y trabajos, por que nos quiera hacer pasar vuestra providencia paternal. Sí, en medio de la alegría mi alma bendecirá al Señor: sí, en medio de la tristeza, y aunque se sienta oprimido bajo el peso de la cruz, quiero que mi corazón se eleve tambien hacia Dios para alabarle, bendecirle y decir con el ilustre mártir, de quien os he hablado: *Deo gratias.* Gracias sean dadas á Dios. O criador, Dueño y soberano Bienhechor nuestro, haced que, despues de haberos agradecido vuestros dones acá en la tierra, podamos bendeciros y daros gracias para siempre *en el seno de esa felicidad*, que nos aguarda en el cielo... Así sea.

## HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO

DEL DÉCIMO CUARTO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES

(S. MATEO, VI, 24-33.)

**Apego excesivo á los bienes de la tierra, vicio muy comun ;  
sus funestos afectos ; medios de combatirlo.**

TEXTO. *Non potestis Deo* servire et mammon. No podéis servir á Dios y á las riquezas.

EXORDIO. Hermanos míos, Nuestro Señor acababa de decir á la muchedumbre que le rodeaba, que era menester evitar la avaricia y que no debíamos poner nuestros tesoros en la tierra, en donde los puede consumir el orin, ó robarlos los ladrones... « Poned, había dicho, vuestros tesoros en el cielo ; porque en donde está vuestro tesoro, allí está tambien vuestro corazón <sup>1</sup>. » Queriendo precaver á sus oyentes contra esta dureza, con que nos apegamos á los bienes de este mundo, y disponerlos á confiar del todo en su maternal Providencia, añadió el señor : « Nadie puede servir á dos señores porque ó aborrecerá al uno y amará al otro, ó al uno sufrirá, y al otro despreciará. No podeis servir á Dios y á las riquezas. Por tanto os digo, no andeis afanados sobre lo que comereis para sostener vuestra vida, ni sobre como os vestiréis para cubrir vuestro cuerpo ¿ No vale mas la vida que el alimento, y el cuerpo no es mas que el vestido ? Mirad las aves del cielo, que no siembran, ni siegan, ni recogen en graneros, y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿ Pues no sois vosotros mucho mas que ellas ? ¿ Y quién de vosotros con todos sus cálculos puede añadir un solo codo á su estatura ? ¿ Y por qué os inquietais sobre el vestido ? Considerad como crecen los lirios del campo : no trabajan, ni hilan ; y sin embargo os digo, que ni Salomon en toda su

<sup>1</sup> 1 Matth. vi, 20-21

gloria fué cubierto como uno de estos. Pues si Dios viste así al heno del campo, que hoy es y mañana será echado al horno ; ¿ cuanto mas cuidará de vestir á vosotros, hombres de poca fé ? No os aconsejéis, pues, diciendo : ¿ qué comerémos, ó qui beberémos, ó con qué nos cubrirémos ? Porque los Gentiles se afanan por estas cosas, y vuestro Padre sabe que teneis necesidad de todas éllas. Buscad, pues, primeramente el reino de Dios y su justicia y todas estas cosas se os darán por añadidura. »

PROPOSICION. ¿ Cuánto quisiera, hermanos carísimos, poder hacerlos entender bien y sobre todo determinarlos á practicar fielmente los importantes documentos, que encierra esta narracion del Evangelio !... Acaso jamás fué tan necesario recordarlos como en los tiempos, que vivimos... Todo el mundo cuenta sobre sí mismo ; se olvida la Providencia ; se divide el corazón entre Dios y los bienes de este mundo y ; ay ! con deplorable frecuencia estos últimos se llevan la mejor parte, si no lo ocupan por entero !...

DIVISION. Trataré, pues, de demostraros esta mañana *Primero* : que el excesivo apego á los bienes de este mundo es un vicio muy comun : verémos, *en segundo lugar*, sus funestos efectos ; é indicaremos, *en fin*, los medios de combatirlo.

*Primera parte.* Afirmino por de pronto que el excesivo apego á los bienes de este mundo es un vicio muy comun de nuestros días. Y no vayais á creer, hermanos míos, que quiera hablar aqui de aquellos avaros, que amontonan el dinero, sin gozar de él, siendo duros consigo mismos, y mas duros aun con los pobres. Tampoco pretendo ocuparme de aquellos usureros, que prestan al mayor interés que pueden ; ni de aquellos otros que se enriquecen con fraudes y rapiñas y no retroceden ante ningun medio por injusto que sea, para engañar al prójimo y apoderarse del bien ajeno. No, esos avaros y bribones no forman mas que un número reducido ; pero el vicio, de que intento hablaros, es muy comun.

Quiero hablaros de tantos hombres, por otra parte honrados, cuyo corazón, con gran detrimento de su alma, está asido á los bienes de este mundo, como si las riquezas temporales fuesen

su fin último, como si Dios no los hubiese criado para el cielo... En este punto deseo ser bien comprendido, no quiero exagerar nada.. El padre de familia, que conserva la herencia que sus abuelos le han dejado, y aun procura aumentarla con un trabajo legítimo, á fin de poderla trasmitir á sus hijos, es digno de elogio. Obreros honrados y laboriosos que habeis conservado la fé, que santificáis el domingo, ciertamente que la religion no os imputará á crimen vuestra actividad y vuestra prudente prevision.

Pero ved á ese labrador enjaezando en domingo los caballos, para uncirlos á sus carruajes y al arado. Le detengo para decirle : — Hermano, V. ha trabajado bastante durante toda la semana; ¿ á qué, pues, fatigarse aun en el día consagrado al Señor y violar este mandamiento: *Santificarás las fiestas?* — Ah! señor, el trabajo apremia; no se encuentra trabajadores; y luego lo que hoy hiciere, hecho será. — Pero en fin, V. goza de una posicion desahogada, ni ha menester el trabajo para vivir y criar á sus hijos. — Entonces él zurriaga los caballos y parte, sin haberme dado la razon... Esta razon héla aquí: es el interés, el apego excesivo á los bienes de este mundo. Al trabajar así el día del Señor, ¿ no pretende ahorrar el dinero, que le costaría el empleo de algunos jornaleros? ¿ No muestra con eso la intencion de reunir una suma, para comprar nuevas tierras? ¿ No es verdad hermanos míos? ¿ No vemos eso todos los días?... Preguntad igualmente á tantos operarios, artesanos y obreros, cualquiera que sea la profesion que ejercen; preguntadles, porque no descansan en el día, en que el Señor les prescribe el reposo. Si ellos son francos, todos os darán la misma respuesta, todos os dirán que quieren ganar así algun dinero, para aumentar su fortuna ó completar sus economías...

Y este vicio de un apego excesivo á los bienes temporales no es privativo de los varones; ha penetrado en el corazon de las mujeres y hasta ha invadido el alma de los niños. Muy temprano se les habla de las ventajas de la riqueza; muy jóvenes aun, se les envía al campo ó al taller, sin darles quizá tiempo para arrodillarse ante Dios y ofrecerle las obras del día... En lugar de decir-

les : « Hijos míos, sed virtuosos, la felicidad se encuentra en la prudencia y la virtud, » se les dice : « Hijo mío, hija mía, entonces uno es dichoso, cuando gana mucho dinero. » Ved ahí como este vicio ha venido á ser comun; ved ahí como tantos cristianos de nuestros días han olvidado esa bella patria del cielo, por no ver mas que la tierra y no pensar mas que en sus bienes perecederos...

*Segunda parte.* Examinemos ahora, hermanos míos, los funestos efectos de este vicio, tan frecuente en nuestros días, el cual lejos de ser vituperado, es tenido casi en igual estima que la virtud. Lejos, muy lejos de mí el pensamiento de zaherir personalidades. Sin embargo, hermanos míos, ¿ he de dejar por esto de explicaros lo que dice el Evangelio? ¿ No haría traicion á mi ministerio, si os disimulaba lo que Dios exige de nosotros, para salvarnos?... ¿ No es el mismo Jesucristo quien nos enseña, que no se puede servir á dos señores, esto es : amar á Dios como debe ser amado y tener al mismo tiempo un amor desmedido á los bienes de este mundo? « Imposible, ha dicho él, que el corazon del hombre esté dividido; él es demasiado pequeño; si ama con exceso los bienes de la tierra, ya no puede amar á Dios, al contrario le ofende. » Y este mismo Salvador, hablando de un hombre rico que amontonaba sin cesar, y complaciéndose demasiado en sus bienes, construía nuevos trojes y ensanchaba sus graneros; este mismo Salvador, repito, ¿ no le llama insensato? *stulte*; porque en aquella misma noche, en que hacía cálculos de gozar de sus bienes amontonados, iban á pedirle el alma... Tal vez, hermanos míos, me expondría á disgustaros, si á ejemplo de nuestro divino Salvador, llamaba insensatos á los que se hallan dominados por la pasion del interés; sin embargo séame permitido señalaros algunos de los funestos efectos de esta pasion.

Ella destruye la fé y seca el corazon. Ella destruye la fé. ¿ Se considera acaso como un hijo del buen Dios, que le dará su pan de cada día ese hombre enorgullecido por los bienes que le reporta su trabajo exagerado?... No, él no cree sino en sí mismo; sólo en sí mismo cuenta; y echando una ojeada de complacencia sobre el

campo que ha cultivado, si es labrador, ó sobre el objeto, que ha terminado, si es artesano, se admira á sí mismo : « Oh! piensa él, Dios sería muy poco bueno, si me impedía recoger este salario, ó hacer la cosecha de este hermoso trigo. » Y acaso él hace estas necias reflexiones, mientras vosotros, fieles piadosos, estais congregados en este recinto en el Domingo, para implorar la misericordia y las bendiciones de Dios... ¡ O Dueño soberano del cielo y de la tierra, qué bueno sois vos! cómo no lanzais un rayo sobre ese impío, ese orgulloso que envaneido de esa salud, que le conservais, insulta en cierto modo y blasfema en su corazón de vuestra augusta Providencia!...

Sin duda, hermanos míos, que si queríamos reflexionar, bastaría dar una mirada á nuestro rededor, para observar que en mas de una circunstancia la justicia de Dios se ha cumplido en algunos de una manera visible. Aquí, es un carretero aplastado bajo las ruedas de una pesada carreta, que conducía en domingo. ... Allá es otro con una pierna rota... Mas allá una peste cebándose en el ganado y esparciendo el duelo y la ruina en la alquería. Sí, muy á menudo, aun en la tierra, Dios castiga tanto el trabajo del Domingo, como ese interés desordenado que es su primera causa ó raíz. Pero Dios es paciente ; Él no castiga siempre de una manera visible esas violaciones de su ley, esos adulterios de un corazón demasiado asido á las cosas de la tierra. Muchas veces Él se contenta con disimular y retirarse. Entonces la desventurada alma, castigada de esta manera, no vive sino para la tierra y olvida que existe un paraíso, para el cual ha sido criada... Ese hombre tan apegado al lucro, esa mujer tan interesada raras veces se dejan ver en la iglesia... Ellos nada creen, nada perciben de la grandeza y hermosura de las cosas de nuestra santa religión... Y cuando llegue la muerte, á pesar de las aperiencias exteriores, morirán en la obstinacion, con el idiotismo del bruto, sin pensar en las terribles consecuencias de la muerte.

Hermanos carísimos, ¿ hay acaso exageracion en mis palabras? Todo esto no es por ventura demasiado verdadero?... Pero escuchad todavía otro efecto producido por esta funesta pasión; tal

es la insensibilidad del corazón. No hablemos de la dureza hacia los pobres; puede ser que por amor propio ó por temor se les dé aun un pedazo de pan... No salgamos de la familia. ¡ Es costoso criar hijos!... O misterio de iniquidad! Quisiérase entonces no tener familia ó á lo menos tenerla lo menos numerosa posible!... ¡ Y cómo quereis que esa mujer, que tiene el corazón ajado y seco por la avaricia y por el interés, pueda producir y sacar esos tesoros de amor y ternura, que un padre y una madre cristianos derraman tan complacientes sobre sus hijos?... No; para esos padres endurecidos por el interés serán tambien los bienes de la tierra la única cosa amable en sus hijos ó en su hija única.

Y ¿ qué será de tales padres, cuando lleguen á ser viejos, achacosos é inútiles para el trabajo? Aquí, hermanos míos, siéntome con el corazón oprimido. Cuentan, que un emperador romano, (uno de tantos monstruos como el paganismo hizo sentar en su trono,) reunió en un día todos los pobres de Roma, los hizo meter en un barco y los mandó arrojar al mar como otras tantas bocas inútiles que hambreaban la república, sin darla ningun servicio... ¡ Pobres padres, cuando llegueis á ser viejos! si vuestros hijos están dominados por un apego excesivo á los bienes de la tierra, vosotros tambien, sí, vosotros seréis bocas inútiles... Muchas veces sin duda os sentiréis que sois una carga inútil, que gastais sin producir nada, que si no fuerais vosotros, habría podido reservarse tal suma etc. Si caeis enfermos, vuestro hijo que hará cuidar su ganado, no cuidará tal vez de llamar para vosotros la asistencia del médico... Relegados á un rincón de la casa que habeis construido, veréis en vuestra larga agonía, que vuestros ingratos hijos desean con ansia llegue el momento, en que puedan deshacerse de vosotros, como de un embarazo... Hermanos carísimos, tiemblo al deciros tales cosas... No obstante á eso conduce el apego desarreglado á las riquezas de este mundo; y quizás nos conduzca mas lejos aun, si no sabemos preservarnos de este vicio, que tiende á extenderse por nuestros pueblos, como una lepra funesta.

*Tercera parte.* Ah! hermanos míos, lo repito, me cuesta tratar

este asunto; pero por otra parte no puedo disimularlo. En efecto, según los observadores atentos de nuestra sociedad, la disminución cada día más visible de la familia entre nosotros y la profanación del domingo son los pecados, que han atraído y continuarán atrayendo sobre nuestra desventurada Francia los castigos de Dios; porque tales pecados son verdaderos ultrajes inferidos á la Providencia divina... Hemos querido ser ricos y amontonar, en lugar de levantar nuestros ojos al cielo, los hemos fijado en la tierra. Entonces ha estallado esta guerra desastrosa, que ha causado la muerte de tantos hijos únicos; después ha aparecido ese extranjero insolente que, apremiando nuestra patria, la ha arrancado la enorme suma que sabeis. Ah! cuántos Domingos habrá necesidad de trabajar, para volver á ganar esta suma!.. Y si nosotros continuamos profanando así el día del Señor, estemos ciertos, que Dios sabrá manifestarse de nuevo, y el castigo esta vez será acaso más terrible.

Pero no, hermanos carísimos; echémonos en los brazos de Dios, confiemos absolutamente en su Providencia; no violemos ninguna de sus leyes, y después de haber trabajado seis días, consagremos el séptimo al servicio del Señor. « Mirad, dice Jesucristo en el Evangelio de hoy, á las aves del cielo; vuestro Padre celestial las nutre... ¿Porqué, pues, inquietaros tanto?.. ¿Acaso no teneis vosotros un alma inmortal?.. No sois vosotros más caros á su corazón?... Ah! su ternura para con vosotros es mucho mayor?.. Poned, pues, en Él toda vuestra confianza y nada de lo necesario os faltará... » Mirad con que magnificencia Él embellece con los más vivos colores y con los más ricos ornamentos las flores, que no deben durar más de un día... Si Él toma tanto cuidado por estas plantas tan frágiles, que mañana caerán secas, ¿ con cuánta más razón cuidará de nosotros, que somos sus hijos, que hemos sido redimidos por la sangre de Jesucristo, que somos llamados á gozar un día de las inefabes delicias del cielo!... Confianza, pues, hermanos míos, y confianza filial en la santa Providencia de Dios; este es un medio infalible, para destruir en nosotros este amor excesivo de los bienes terrenos.

Consideremos enseguida la fragilidad de esos bienes y su poco valor, comparados con los bienes de la eternidad, para los cuales Dios nos ha criado. Veámoslo, pues... Pero no; para hacer mi pensamiento más vivo y sensible, representémonos al más grande propietario del universo, al más rico comerciante, al banquero más afortunado que haya visto la tierra, acabando de morir. Mirad esa caja más larga que ancha, que llevan al lado de su lecho de muerte... En ella, pues, le depositan y encierran... ¿Cómo! Á ese hombre dueño de tantas tierras, quintas y bosques le ponen en tan estrecho lugar!... ¿Á ese mortal afortunado, cuyas arcas rebosaban piezas de oro y papeles aun más preciosos, tratan de esta manera?... Sí, hermanos míos; así sucede; y de todos sus bienes, por cuantiosos que sean, ni los unos, ni los otros se llevarán nada, fuera de un triste ataúd. Y nosotros, menos ricos y afortunados, tampoco nos llevaremos ni los campos que hayamos comprado, ni la casa que habremos construido, ni las rentas que hayamos acumulado... Nuestros herederos, nuestro hijos, á quienes habremos inspirado la idolatría de los bienes terrenos, serán quizás los primeros en olvidarnos; nuestro nombre ya no será pronunciado sino con indiferencia en este mismo hogar que habremos edificado... Y entretanto nuestra alma ¿ en donde estará?... Ella estará en el lugar, á donde van á parar las almas de los que han profanado el Domingo, ultrajado la Providencia y formado su ídolo de las cosas de este mundo... ¡Oh, y si nosotros pensáramos en ello; cómo ese nada de los bienes de la tierra y esa bondad con que nos trata la Providencia divina, nos preservarían del apego excesivo á los miserables bienes de este mundo!...

PERORACIÓN. Hermanos míos, una historia, y termino. Nos refiere la Escritura, que Satanás recibió un día la permisión de probar á un hombre justo y temeroso de Dios, el cual se llamaba Job. Este hombre poseía muy ricos rebaños; llega un mensajero y le dice. « Los ladrones os han robado todos vuestros rebaños. » Él tenía también numerosos hijos; llega otro mensajero y le dice: « vuestra casa se ha hundido y vuestros hijos é hijas han

quedado aplastados bajo sus ruinas. » En fin, desgracia sobre desgracia, él vió desvanecerse su inmensa fortuna; hasta se vió privado de la salud y reducido á un estado tal de pobreza, que recostado sobre un muladar, no tenía mas que pedazos de teja para limpiarse las úlceras, que cubrían su cuerpo. » — « Hombre tan cruelmente probado, le decía su mujer, alza tus ojos al cielo; maldice la Providencia, que te aflige de una manera tan terrible y muere blasfemando. » Pero él se contentó con responder: « Desnudo salí del seno de mi madre, desnudo volveré al seno de la tierra; el Señor me lo había dado todo, Él me lo ha quitado todo, que su santo nombre sea bendito. » Inútil es decirnos, que Dios que había querido probar á su siervo, supo recompensarle y hacerle mucho mas rico. Solamente quiero demostraros por el ejemplo de este hombre justo, como debemos considerar los bienes de la tierra. Si Dios, pues, nos los da, sepamos alabarle y darle gracias por éllo; pero de ningun modo tratemos de adquirirlos, violando la ley del Señor. Ne peguemos demasiado á ellos nuestro corazon; poseámoslos, pero de modo que ellos no nos posean á nosotros. No olvidemos nunca, que nosotros somos criados para gozar un día de las riquezas inmortales, y que en presencia de éstas los bienes de este mundo no son mas que un poco de lodo despreciable y sin valor. « Hijos de Cristo, cristianos bautizados en su nombre y marcados con su sangre, allá arriba, en ese hermoso paraíso, allá arriba debe estar nuestro corazon; porque allá está nuestra fortuna y el inestimable tesoro del cual debemos ser un día dichosos poseedores. ¡ Oh hermanos míos, cómo al lado de las delicias de la eternidad el resto es nada! » Sigamos, pues, el consejo, que nos da nuestro adorable Salvador. Preservemos nuestras almas de un apego desarreglado á los bienes de este mundo. Busquemos primero y ante todo el reino de los cielos y Dios sabrá darnos, según su santa voluntad las demás cosas que necesitamos... Así sea.

## HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO

DEL DÉCIMO QUINTO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES

(Luc., VII, 11-16)

## Sobre la resurreccion del hijo de la viuda de Naim.

TEXTO. *Ecce defunctus efferebatur filius unicus matris suæ, et hæc vidua erat; et turba civitatis multa cum illa.* Y hé aquí que llevaban á enterrar á un difunto, hijo único de una madre viuda, é iba con élla mucha gente de la ciudad.

Exordio. Hermanos míos, nuestro Señor Jesucristo, despues del célebre sermon pronunciado sobre la montaña, del cual hemos hablado mas de una vez, se había dirigido á la ciudad de Cafarnaum. Aquí hallábase gravemente enfermo y á punto de morir el criado del centurion. Los Judíos suplicaban á Jesús que le curase; « este centurion, decían ellos, protege nuestra nacion, él merece ser escuchado. » Accediendo á sus deseos, nuestro dulce Salvador se dirigía á la casa del centurion, para curar al criado enfermo, cuando sin demora este oficial envió algunos amigos á decirle: « Yo no soy digno, que vos vengais hasta á mi casa; no tengais esa molestia, vos sois todopoderoso, decid sólamente una palabra, y mi criado quedará sano<sup>1</sup>. » Ya sabeis, hermanos míos, que Jesús, admirando la fé de este capitán pagano, le concedió el favor que le pedía, devolviendo la salud á su criado. Era ya esto mucho, haber curado, sin verle, á un hombre gravemente enfermo y casi agonizante. Pero el prodigio que cuenta el Evangelio del día de hoy, es mas sorprendente aun.

« Dejando, pues, nuestro Salvador á Cafarnaum, se dirigió á la ciudad de Naim; é iban con Él sus discípulos y una gran muchedumbre del pueblo. Y acercándose á las puertas de la ciudad,

1. Math. VIII, 8; Luc. VII, 6.

quedado aplastados bajo sus ruinas. » En fin, desgracia sobre desgracia, él vió desvanecerse su inmensa fortuna; hasta se vió privado de la salud y reducido á un estado tal de pobreza, que recostado sobre un muladar, no tenía mas que pedazos de teja para limpiarse las úlceras, que cubrían su cuerpo. » — « Hombre tan cruelmente probado, le decía su mujer, alza tus ojos al cielo; maldice la Providencia, que te aflige de una manera tan terrible y muere blasfemando. » Pero él se contentó con responder: « Desnudo salí del seno de mi madre, desnudo volveré al seno de la tierra; el Señor me lo había dado todo, Él me lo ha quitado todo, que su santo nombre sea bendito. » Inútil es decirnos, que Dios que había querido probar á su siervo, supo recompensarle y hacerle mucho mas rico. Solamente quiero demostraros por el ejemplo de este hombre justo, como debemos considerar los bienes de la tierra. Si Dios, pues, nos los da, sepamos alabarle y darle gracias por éllo; pero de ningun modo tratemos de adquirirlos, violando la ley del Señor. Ne peguemos demasiado á ellos nuestro corazón; poseámoslos, pero de modo que ellos no nos posean á nosotros. No olvidemos nunca, que nosotros somos criados para gozar un día de las riquezas inmortales, y que en presencia de éstas los bienes de este mundo no son mas que un poco de lodo despreciable y sin valor. « Hijos de Cristo, cristianos bautizados en su nombre y marcados con su sangre, allá arriba, en ese hermoso paraíso, allá arriba debe estar nuestro corazón; porque allá está nuestra fortuna y el inestimable tesoro del cual debemos ser un día dichosos poseedores. ¡ Oh hermanos míos, cómo al lado de las delicias de la eternidad el resto es nada! » Sigamos, pues, el consejo, que nos da nuestro adorable Salvador. Preservemos nuestras almas de un apego desarreglado á los bienes de este mundo. Busquemos primero y ante todo el reino de los cielos y Dios sabrá darnos, según su santa voluntad las demás cosas que necesitamos... Así sea.

## HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO

DEL DÉCIMO QUINTO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES

(Luc., VII, 11-16)

## Sobre la resurreccion del hijo de la viuda de Naim.

TEXTO. *Ecce defunctus efferebatur filius unicus matris suæ, et hæc vidua erat; et turba civitatis multa cum illa.* Y hé aquí que llevaban á enterrar á un difunto, hijo único de una madre viuda, é iba con élla mucha gente de la ciudad.

Exordio. Hermanos míos, nuestro Señor Jesucristo, despues del célebre sermon pronunciado sobre la montaña, del cual hemos hablado mas de una vez, se había dirigido á la ciudad de Cafarnaum. Aquí hallábase gravemente enfermo y á punto de morir el criado del centurion. Los Judíos suplicaban á Jesús que le curase; « este centurion, decían ellos, protege nuestra nacion, él merece ser escuchado. » Accediendo á sus deseos, nuestro dulce Salvador se dirigía á la casa del centurion, para curar al criado enfermo, cuando sin demora este oficial envió algunos amigos á decirle: « Yo no soy digno, que vos vengais hasta á mi casa; no tengais esa molestia, vos sois todopoderoso, decid sólamente una palabra, y mi criado quedará sano<sup>1</sup>. » Ya sabeis, hermanos míos, que Jesús, admirando la fé de este capitan pagano, le concedió el favor que le pedía, devolviendo la salud á su criado. Era ya esto mucho, haber curado, sin verle, á un hombre gravemente enfermo y casi agonizante. Pero el prodigio que cuenta el Evangelio del día de hoy, es mas sorprendente aun.

« Dejando, pues, nuestro Salvador á Cafarnaum, se dirigió á la ciudad de Naim; é iban con Él sus discípulos y una gran muchedumbre del pueblo. Y acercándose á las puertas de la ciudad,

1. Math. VIII, 8; Luc. VII, 6.

hé aquí que sacaban fuera á enterrar á un difunto, hijo único de su madre la cual era viuda; y la acompañaba mucha gente de la ciudad. Nuestro Señor al ver esta viuda desolada, movido de compasión, le dijo: No llores. Y se acercó y tocó el féretro: (y los que lo llevaban se pararon.) Y dijo: Mancebo, á tí te digo, levántate. Á este mandamiento divino, el muerto se alzó, sentóse y comenzó á hablar. Y Jesús le devolvió á su madre. Y todos los que estaban presentes se sintieron sobrecogidos de temor y glorificaban á Dios, diciendo: Un gran profeta se ha levantado entre nosotros; y Dios ha visitado á su pueblo. »

**Proposición y División.** Esta tierna historia nos suministrará materia para dos reflexiones; Primera: Este jóven mancebo, que llevaban á enterrar, nos muestra, que se muere á toda edad, y que á toda edad es necesario pensar en la muerte y prepararse á élla. Segunda: la compasión que Nuestro Señor manifiesta á esta pobre viuda desolada, al descubrirnos la bondad de su corazón, debe estimularnos á rogarle por la salvación de aquellos que nos son caros.

**Primera parte.** Hermanos carísimos, parémonos un instante con nuestro divino Salvador, con sus Apóstoles y la muchedumbre piadosa que le acompaña; parémonos digo en presencia de este féretro... Quién es este, que yace en él y que llevan así al sepulcro, á su última morada? ¿Es acaso algún viejo, consumido por los años, cuya vida se ha extinguido despues de una larga carrera? ¿Es por ventura algún criado, á quien la miseria y un exceso de trabajo han conducido á la tumba?... Ha sido quizás víctima de una enfermedad, en la que le han faltado los cuidados necesarios?... No, cristianos, no; el Evangelio nos muestra, que aquel que yace en ese féretro, no es ninguno de esos... El muerto es un jóven mancebo, segado á la flor de sus años, en medio de todo el vigor de su juventud, entonces cuando la vida corre, cual torrente impetuoso, por decirlo así, por nuestras venas... Él era rico, considerado, y uno de los principales de la ciudad por su nacimiento, por su fortuna y educación. Ved, sino, á esa gran muchedumbre de vecinos que siguen el duelo... Ah! los reme-

dios, los cuidados, las atenciones mas delicadas no le han hecho falta... Preguntadlo sino á su madre, á esta viuda afligida, que acompaña derramando lágrimas los restos de este hijo queridísimo, su solo y único apoyo... Tenía, pues, ese jóven todo lo que puede hacer feliz la vida en el mundo, todo lo que puede retardar, si eso fuera posible, los duros golpes de la muerte. Pobre jóven, ¿acaso también tú, como muchos de nosotros, vivías completamente descuidado y olvidado de la proximidad del golpe fatal! ¿Tal vez, como acostumbran tantos jóvenes, habías formado proyectos y grandes cálculos para el porvenir!... Pero en medio de esos cálculos y proyectos vió, hermanos míos, quebrarse el hilo de sus días y extinguirse su vida.

Oh! jóvenes, vosotros que confiáis en vuestras fuerzas, en vuestra juventud, en vuestra salud; vosotros todos, cristianos, que gustáis de vivir entre ilusiones, que poneis entre vosotros y la muerte una larga serie de años; vosotros, que decís: «soy demasiado jóven para pensar en la muerte, debería consumirme de tristeza, si tan pronto me preparase á élla, ya tendré tiempo mas tarde,» venid cerca del féretro de este mancebo, abríos paso por entre la triste muchedumbre, que le rodea. Entre los judíos el féretro no tenía tapa; no teneis que hacer otra cosa, sino levantar un lienzo... Mirad y contemplad... Tal vez no tenía aun vuestra edad aquel que está allí bajo vuestros ojos y que llevan á enterrar. Su fuerza, su hermosura, su juventud ¿en qué han parado? Sus miembros están helados é inmóviles, sus facciones pálidas y descompuestas; sus ojos apagados ya no pueden ver; alzad la voz, sus oídos no pueden sentir. La muerte no establece distinción alguna entre el viejo y el jóven, entre la mujer decrepita y la doncella, que se halla en toda la pompa de su hermosura. Su mano helada los hace estirar en un féretro y al día siguiente jóvenes ó viejos serán pasto de los gusanos.

Pero acaso, hermanos míos, este ejemplo del Evangelio no basta para persuadiros bien, que se muere á toda edad, y que en todas las edades es menester prepararse á la muerte... Dad una ojeada á vuestro rededor; observad si pasa mucho tiempo, sin

que la muerte venga á hacer algunos vacíos entre las filas de la adolescencia y de la juventud. No hablemos de tantos jóvenes, que en la última guerra han muerto lejos de su país y de su familia y han sido enterrados, sin que una madre desolada haya podido seguir su féretro... sino ved á ese jóven cayendo víctima de un accidente imprevisto... Mirad á esotro arrebatado en pocos días por una enfermedad terrible. Ved á esa doncella consumida rápidamente por una fiebre inexorable. Mirad á tantos otros languideciendo meses enteros, marchitándose, enflaqueciéndose poco á poco, como un planta que, atacada por un insecto roedor, palidece lentamente, se seca y se inclina para morir.

Revolved vuestros recuerdos; mirad en este pueblo y en los vecinos cuantos mozos y mozas en la flor de la edad, cuantos hombres robustos y mujeres aun jóvenes han venido á poblar dentro de pocos años nuestros cementerios... Eso es verdad, decís vosotros, pero... Ah! ya os comprendo vais á darme frívolas razones. «Ese tal ha muerto, porque trabajaba demasiado; esotro por haber sido imprudente; el uno ya venía flaco; el otro tenía sobra de sangre...» Ilusiones verdaderamente dignas de Satanás que las inventa, y que así trata de alejar de nosotros el pensamiento de la muerte<sup>1</sup>. Pero ¿acaso no sabeis vosotros, que me escucháis, que si de aquí á algunos días venía la muerte á heriros, se hallarían semejantes razones, para justificar vuestra muerte inesperada? Los unos dirían: «Tenía él exceso de sangre»; otros: «Tenía falta de ella!»; Motivos todos vanos y frívolos!... Hermanos míos, la muerte toca á donde Dios la manda tocar; élla no respeta edad, ni robustez, ni salud. Y ved ahí porque jóvenes y viejos todos debemos, según el consejo de nuestro divino Salvador, estar prevenidos para recibirla, á fin de que no nos coja de sorpresa.

*Segunda parte.* Pero admiremos también la bondad de nuestro divino Salvador... pocas circunstancias se encuentran, en que élla se manifieste de una manera mas sensible. Al ver aquella madre

1. Cf. De Lanuza, *Homil. quadr.*; *Homilia trigesima prima*; p. 223.

desolada, que seguía derramando lágrimas el féretro de su hijo único, se sintió el Señor movido á compasion... O dulce Jesús, tal vez entonces se os representó la imágen de vuestra madre, la augusta Virgen María, viuda también, y de la cual os separasteis, para cumplir los trabajos de vuestra pública mision... La aliecion de esa madre os representa el dolor que traspasará el corazón de la vuestra, al veros espirar á Vos, su único Hijo, sobre el ignoble madero de la cruz. Vos pensais ya con anticipacion en las lágrimas que derramará élla, cuando teniendo entre sus brazos vuestro cuerpo sagrado ya difunto, ayudará á devotos amigos á depositarlo en el sepulcro... Todas estas consideraciones enternecian el alma tan buena de nuestro divino Salvador y le interesaban mas vivamente en favor de aquella viuda inconsolable. Sin esperar, pues, que le rueguen, ni que le pidan un milagro, Él se acerca al fúnebre cortejo: «No llores, dice, á la madre del difunto.» Los portadores del muerto se paran enseguida. Jesús, dirigiéndose al difunto, le dice: «Mancebo, levántate, yo te lo mando.» A esta palabra omnipotente del Hijo de Dios hecho hombre, la muerte reconoce á su dueño y devuelve su víctima... El mancebo, en efecto, vuelve á la vida, levanta el sudario y abre de nuevo los ojos á esta bella luz del día, que ya no debía ver mas. Nuestro divino Salvador tomándole por la mano le devuelve á su madre. O Jesús; qué bueno sois! Todos los circunstantes, sobre cogidos de un religioso estupor, glorificaron á Dios á vista de este prodigio, y trasportados de admiracion, clamaban: «Un gran profeta ha aparecido entre nosotros: si, Dios ha visitado á su pueblo...»

Hermanos míos, este milagro que nuestro Señor no obró mas que, una vez en favor de la viuda de Naim, lo renueva todos los días en otro orden en favor de las madres y mujeres cristianas, que le ruegan por hijos extraviados ó por esposos indiferentes, ¡Pobres hijos, arrastrados por el ardor de sus pasiones ó por las malas compañías á las sendas funestas del mal...; pobres esposos, en cuyas almas han apagado la fé, el respeto humano, la indiferencia y la impiedad!... Éllos son muertos, muertos á la gracia de Dios, sumergidos en las tinieblas del peccado, envueltos en

hábitos de orgullo, de interés, de impiedad, ó de libertinaje, como en lúgubres sudarios... ¡ Ah! ellos ya no son á los ojos de Dios, á las miradas de los ángeles mas que como cadáveres, que van á enterrar!... Vosotras, madres y mujeres, que teneis la *¡fé*, vosotras, que llorais sobre esos extravíos y que deseais sinceramente el retorno á la gracia, la resurreccion de esas almas que os son caras, dirigíos á nuestro divino Salvador. Él tendrá compasion de vuestro dolor; Él puede hacer entrar de nuevo en el camino de la virtud á ese hijo, que tanto amais; Él puede despertar de esta indiferencia á ese esposo, cuya alma os es tan cara. Rogad, pues, rogad sin cesar y no os canséis de hacerlo, y no dudeis, tarde ó temprano vuestras súplicas serán escuchadas... ¡ Cuántos ejemplos podría citaros! Madres cristianas, no os citaré á Santa Mónica logrando la conversion de su hijo Agustin; vosotras conoceis esta historia y mas de una vez se os ha referido... No, yo os hablaré de otra madre. Ésta, pues, siendo muy piadosa, había consagrado á la santísima Virgen á su hijo mucho tiempo antes de nacer... No había aun nacido el fruto que llevaba en sus entrañas, cuando tuvo ella una vision misteriosa. Parecióle, pues, que daba á luz á una bestia feroz, que mas tarde debía cambiarse en cordero. El hijo en su adolescencia fué un motivo de continuo dolor para su madre... Orgullo, insolencia, libertinaje, ninguna de las malas pasiones que contribuyen á la pérdida de la juventud, le hizo falta... Su corazon, á pesar de los buenos cuidados de su madre, era como esos terrenos ingratos, en donde solo crecen abrojos y espinas. « ¡ Pobre madre! le decía su confesor, vos estais desolada, pero rogad, rogad sin cesar, y Dios vendrá en vuestro socorro... » Y la afligida madre lloraba y rogaba con fervor, pidiendo á Dios la conversion de su hijo... Un día que élla le hacía algunas observaciones, su hijo respondió á sus consejos con mas insolencia que de costumbre; él llegó, segun dicen, hasta á alzar contra élla su mano criminal, que sin embargo se detuvo. « Ah! exclamó la madre desconsolada, tu eres realmente la bestia feroz, que vi entre sueños, cuando te llevaba en mis entrañas!.. » Espantado de estas palabras, el mancebo se tranquiliza y pide á

su madre algunas explicaciones. Este era para él el momento de la gracia, á la que se mostró fiel. Este era tambien el instante, en que la madre iba á ver cumplidos sus ruegos. En efecto, al día siguiente este jóven, tomando una resolucion enérgica, abandonaba al mundo, se consagraba al servicio de Dios y llevando su virtud hasta el heroismo, venía á ser, como S. Agustin, una de las glorias de nuestra santa religion, un santo Obispo, que la Iglesia ha colocado sobre nuestros altares, y á quien nosotros honramos bajo el nombre de S. Andrés Corsini el día cuatro de Febrero<sup>1</sup>.

Ahora, ó mujeres cristianas, séame tambien permitido citaros un ejemplo para animaros. Santa Isabel, reina de Portugal, estaba unida á un príncipe voluptuoso, disoluto y tocado de la pasion de los celos. O piadosa esposa, ¡ cuánto tuvisteis que sufrir durante los largos años, que le estuvisteis unido!.. Sin embargo de su boca no se deslizó jamás una sola palabra de murmuracion, ni de queja. Dios era el único confidente de sus penas; á Dios las ofrecía élla por la conversion de aquel, con quien estaba unida por el sacramento del matrimonio... O Dios de bondad, vos escuchasteis favorablemente sus fervientes súplicas y los sentimientos de predestinado, en que murió este príncipe hasta entonces impío, fueron debidos solo á las oraciones de Santa Isabel y á los cuidados tan tiernos, que élla le prodigó en la última enfermedad del mismo... Aprended, mujeres cristianas, de este ejemplo, cual es el poder y la eficacia de la oracion hecha con fervor por aquellos, que os deben ser queridos...

PERORACION. Carísimos hermanos, al terminar, tratemos de sacar dos documentos importantes, dos conclusiones prácticas, que fluyen principalmente de las reflexiones, que acabamos de hacer sobre el Evangelio de este día. Se muere á todas las edades; la muerte, como un espectro sinistro, se cierne sobre cada uno de nosotros. ¿ Quién será el primero ó la primera que élla acometa?.. ¿ Serás tu, viejo? ¿ Serás tu, jóven? No serás tu, doncella? ¡ No serás tu, mujer llena de salud?... Pero ¿ qué digo? ¿ Acaso no seré yo el primero?.. Ah! No lo sabemos... qué razon tan poderosa, hermanos míos, para que estemos siempre prevenidos, pues que

como al hijo de la viuda de Naim, la muerte puede sorprendernos, á pesar de nuestra juventud, á pesar de las precauciones que tomamos, y á despecho de este vigor, de esta salud floreciente, de que estamos orgullosos. *Ergo estote parati*. Estémos, pues, todos preparados siempre.

La segunda conclusion práctica es el propósito eficaz de rogar por las personas, que nos son caras; seamos afligidos y desolados de verlas olvidar los deberes de nuestra santa religion y abandonar las sendas del bién, por seguir el camino del mal. Pero, á pesar de vuestra tristeza, vosotras, mujeres piadosas, madres cristianas, no desmayeis, rogad, sí, rogad con confianza, perseverad en pedir á Dios la conversion de esos pobres hijos, de esos esposos, que olvidan sus deberes cristianos... Esto es para vosotras una obligacion; ¡ la salvacion de los mismos os toca tan de cerca; tantos lazos y lazos tan sagrados os unen con ellos!... Pero si vosotras cumplis bien este deber de la oracion, yo os aseguro apoyado sobre la palabra de Jesucristo, que Él no faltará en consolaros... Mas temprano ó mas tarde, ó en qué momento, no lo sé; pero ciertamente nuestro dulce Jesús á quien habreis invocado con fé, escuchará vuestros deseos y enjugará vuestras lágrimas... Esos hijos, esos esposos, á quienes habréis hecho volver á Dios, y cuya conversion habréis preparado con vuestras oraciones, serán vuestro mas dulce gozo en la tierra y ornarán vuestra corona en el cielo... Así sea.

### HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO

DEL DÉCIMO SEXTO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES

(S. LUC., XIV, 1-11)

Como deben portarse los cristianos en medio del mundo.

TEXTO. *Et ipsi observabant eum*. Y ellos le estaban acechando.

EXORDIO. Hermanos carísimos, un día de sábado, que como ya

sabeis, era día de descanso entre los Judíos, Nuestro Señor, invitado por un fariseo, había entrado en la casa de este último, para tomar allí una frugal comida. Pero los que estaban allí reunidos espían sus acciones y le estaban acechando. Llevaron á la presencia del Señor á un hombre hidrópico, para que lo curase, pues, ¡ tantas veces había Él curado á los enfermos de sus dolencias!... Los doctores de la ley, los fariseos, esos enemigos del divino Salvador, los cuales llevados del odio que le tenían, dentro de algunos meses mas tarde debían recabar de Pilatos una sentencia de muerte contra Él, todos esos le espían con malicia y se decían: — « Qué es lo que va á hacer?... Osará curar á ese enfermo en el día del sábado, que es un día de reposo?... » Respondiendo nuestro dulce Jesús á esos pensamientos, que sus divinos ojos leían en el fondo de aquellos corazones maliciosos, les propuso esta cuestion: « ¿ Es lícito curar enfermos en sábado? » Pero ellos callaron, porque no sabían que responder. Tomando entonces á aquel pobre enfermo por la mano, el Médico celestial le devolvió la salud y le despidió. Luego, dirigiéndose á los que le rodeaban, les dijo: « ¿ Quién de vosotros, viendo á su asno ó á su buey caido en un pozo, no procurará sacarlo enseguida, aunque sea en día de sábado?... » Y á pesar de su envidia, ellos no sabían que responder. Viendo tambien el Señor el afán con que ellos procuraban apropiarse los puestos mas distinguidos en la mesa, les dió esta leccion: « Cuando fueres convidado á bodas, no te sientes en el primer lugar, no sea que haya allí otro convidado mas digno que tú; y que venga aquel que te convidó á tí y á él y te diga: cede el lugar á éste; y que entonces tengas que pasar por la vergüenza de tomar el último lugar. Así pues, cuando fueres invitado, pónete en el último lugar, para que, cuando venga el que te convidó, te diga: Amigo, sube mas arriba. Entonces serás honrado delante de los que estuvieren contigo en la mesa: Porque cualquiera que se ensalza será humillado, y el que se humilla será ensalzado. » Tal es, hermanos míos, el contenido del Evangelio del día de hoy.

PROPOSICION. Propóngome, pues, hermanos míos, con ocasion de esta libertad, de esta rectitud, de esta leccion tan netamente for-

mulada, en una palabra, de esta conducta admirable, que nuestro divino salvador guarda en medio de esos enemigos, que le acechan; propóngome, repito, hablaros de la manera como deben portarse los verdaderos cristianos en medio del mundo.

*Division. Primero*: bondad, indulgencia en todo lo que no sea tocar á los intereses sagrados de la virtud y de la verdad: *segundo*: energía y firmeza, pero firmeza inquebrantable, cuando se trate de la fé, de la moral y de las enseñanzas de la santa Iglesia católica...

*Primera parte.* Admirad, hermanos míos, la bondad de Nuestro Salvador Jesús... ¡Cómo sabe Él condescender con todas las debilidades de nuestra naturaleza!... ¡Cuánta razon teneis, o glorioso apóstol S. Pablo, al decirnos que Él se sometió á todas las flaquezas, á excepcion del pecado!... Elías y otros profetas de la antigua Ley, S. Juan Bautista y tantos otros santos anacoretas, cuya historia á veces os contamos, llevaron una vida austera, santificada por la abstinencia y las mortificaciones. Pero nuestro adorable Salvador, acomodándose á nuestra flaqueza, quiso llevar una vida la mas comun, á fin de ser para nosotros un dechado, en quien pudiesemos poner siempre los ojos... obreros, cualesquiera que seais, vedle manejando la sierra, el hacha y los instrumentos del carpintero. ¡O sudores benditos del Hijo de Dios hecho hombre!... No había necesidad para redimirnos de derramar su sangre; no, la menor gota de este sudor que corre en forma de perlas por sobre su frente, habría bastado para la redencion de todos los hombres...

Mas vengamos á nuestro propósito. Miremos á Nuestro Señor en su mision pública viviendo en medio de los hombres y conversando con ellos. Le invitan á las bodas de Caná y asiste á ellas con sus discipulos. También estabais vos allí, o santísima Virgen María; gusto de recordarlo y de hacer presente á estos fieles que me escuchan, que por vuestra intercesion obró Él allí su primer milagro. Las alegrías de familia, estas dulces reuniones que hay entre parientes, cuando todo se hace segun las reglas de la templanza y de la modestia, no están prohibidas, pues que

nuestro divino Salvador las autorizó con su ejemplo. Ya sabeis, que á veces Él tomaba su comida en casa de S. Pedro, ó en Betania en casa de Marta y Lázaro, ó en casa de algunos amigos que le eran adictos. Otras veces, como cuenta el Evangelio de este día, aceptaba la invitacion de hombres, que le tenían envidia, que alimentaban contra Él las mas malévolas intenciones. « Miremos, decian sus enemigos, de sorprenderle en sus palabras ó en sus acciones. En público Él profiere bellas máximas y opera curaciones; pero tal vez no conservará esta dignidad en una conversacion íntima. Acaso entre las libres expansiones de un festin se le escapará alguna palabra imprudente ó alguna accion indiscreta, de que podamos aprovecharnos para arruinar su crédito, hacerle perder la consideracion de que goza entre el pueblo y recabar algun día contra él una sentencia de muerte... »

Y Jesús, para poder hacer algun bien á esas almas obcecadas por el odio; y este dulce Salvador, que no acaba de quebrar la caña que está medio quebrada, y no quiere apagar la mecha que todavía humea, consentía en pasar algunas horas en medio de aquellos hombres orgullosos. ¡ Con qué suavidad, con qué amor, con que inefables industrias trataba Él de curar la ignorancia de aquellos, de rectificar sus juicios, y de disipar sus injustas prevenciones!... Él los conoce perfectamente, ningun pliegue de sus consciencias le está oculto, y con todo escuchad como les habla: « Amigos, ya que vosotros no vacilarais en sacar, aunque fuese en día de sábado, á vuestro asno ó á vuestro buey de un precipicio, en que hubiese caído, ¿ porqué no me ha de ser lícito á mí curar á ese pobre enfermo?... — « Simon, decia en otra circunstancia á un fariseo que le había convidado y que le consideraba demasiado indulgente con respecto á una pobre pecadora, tengo que decirte dos palabras. Dos hombres eran deudores á un rico propietario; el uno le debía una pequeña cantidad, mas el otro le era deudor de una suma considerable. Ni el uno, ni el otro podían pagar. El rico hizo á entrambos la condonacion de su deuda. Dime ¿ quién de los dos debe amar mas?... » Notad, hermanos míos, cuánta bondad... No dice al fariseo: « Tu eres

un orgulloso; y esta pobre pecadora es humilde y por su humildad élla acaba de lograr su perdon... No, sino que queriendo tratar á este fariseo segun su flaqueza, le deja entender que él no es deudor mas que de una pequeña suma ante la justicia divina... Otra vez los fariseos reunidos acusan á este divino Maestro de demasiado indulgente para con los pecadores y publicanos, y Él les contesta con estas palabras: « Yo he venido no para salvar justos, sino pecadores. » Como si les dijese: « Confieso que vosotros sois justos; pero dejadme ejercitar mi misericordia en bien de los pecadores. » Y sin embargo Él los conocía, Él sabía lo que valía la justicia de los fariseos. ¡ Qué admirable modelo, o cristianos, para nosotros todos, los que tenemos que vivir en medio del mundo!...

Sepámoslo bien, hermanos míos, un hombre cristiano, una mujer piadosa se ven muchas veces obligados á parecer en medio del mundo y asistir á ciertas reuniones, en donde son constantemente observados con ojo envidioso y malévolos por aquellos, que no tienen la dicha de participar de su fé, ó que son demasiado flacos para cumplir los deberes, que la religion impone. *Et ipsi observabant eum.* Es necesario velar sobre nuestras palabras y acciones; y no decir ni hacer nada, que pueda escandalizar el alma del mas pequeño. Es menester que, á ejemplo de nuestro divino Maestro, seamos buenos, mansos, indulgentes, caritativos en todas nuestras conversaciones. Conviene no dejarse preocupar por ciertas palabras imprudentes que podrían sernos dirigidas, y en caso necesario saber proporcionar á esas pobres almas, con quienes hemos de vivir, alientos que las levanten, enseñanzas, que disipen poco á poco sus dudas y destruyan las prevenciones, que hayan podido concebir contra la verdad...

*Segunda parte.* Sin embargo, no olvidemos hermanos míos, que esta indulgencia y tolerancia no deben llegar jamás hasta á disimular nuestra fé y á menoscabar los derechos de la verdad... Pues el cristiano, que vive en medio del mundo, en ninguna circunstancia debe avergonzarse de ser discípulo de Cristo... Un día S. Ignacio, poco despues de su conversion, viajaba con un ma-

hometano. Este último profirió algunas palabras injuriosas contra la augusta Virgen María, á la que Ignacio había prometido la mas tierna devocion. El santo sintió hervir la sangre en sus venas; y habiéndose alejado el mahometano, Ignacio tuvo un momento el pensamiento de perseguirle, de provocarle á un duelo y con la espada en la mano hacerle retractar los ultrajes, que había proferido contra la Regina de los cielos<sup>1</sup>. Hermanos carísimos todos los que creemos y practicamos lo que enseña nuestra santa religion, somos los discípulos de la verdad, los hijos de la santa Iglesia apostólica romana. Ah! no dejemos insultar á nuestra Madre, cualesquiera que seamos. Maldito el hijo que viese con indiferencia destrozarse el seno que le ha alimentado, y abofetear las mejillas que tantas veces se juntaron con las suyas... Maldito, tres veces maldito aquel que contemplase con apatía como se cargan de cadenas los brazos, en los cuales fué mecido... No, que se me seque mi mano derecha, que me quede mil veces pegada la lengua al paladar antes que dejar ultrajar en mi presencia á la santa Iglesia, mi Madre... ¡ O verdad, o religion, luz resplandeciente de las almas! ¡ O Jesús bendito! ¡ O santa Iglesia católica, Esposa suya amadísima! O Pío IX, digno representante de Jesucristo en la tierra!... Ah! antes derramar la última gota de mi sangre, que dejar insultar en mi presencia, y sin defenderla, ninguna de estas cosas tan sagradas para mi corazón.

Aquí tambien, hermanos míos, si deseamos saber como debemos portarnos, no tenemos que hacer mas que estudiar bien la vida de nuestro divino Salvador. ¡ Con qué oportunidad, con qué mansedumbre, pero tambien con qué firmeza, con qué deseo de ser útil á los que le escuchan, Él refiere la parábola con que termina el Evangelio de este día! Él ha visto como los convidados iban apropiándose los primeros asientos; aquí se ofrece la ocasion de proclamar una verdad importante, de dar un documento saludable; Jesús, pues, no faltará á su mision.

Repasad el Evangelio de este día. « Viendo que cada uno de los convidados se apropiaba el mejor puesto, Jesús les dice esta parábola. Cuando seas convidado á un festin, guárdate de ocupar

el lugar mas distinguido, el cual tal vez está destinado á otro; pónete, al contrario, en el lugar mas bajo de la mesa; y si el dueño de la casa quiere honrarte, te dirá: Amigo, sube mas arriba, ahí no está tu puesto; mientras que la vergüenza cubriría tu rostro, si te dijese: pónete mas abajo, porque el lugar que ocupas, es para otro...»

Y en otras circunstancias, cuando la verdad era atacada, ó era preciso proclamarla, ¿por ventura nuestro divino Salvador tenía miedo, ó retrocedía ante la cólera de los fariseos ó el furor del pueblo?... Ruge, o pueblo obcecado; rechinad los dientes, fariseos; mal que os pese la verdad resonará en vuestros oídos... Bienaventurados los pobres de espíritu; bienaventurados los humildes de corazón; bienaventurados también los mansos, los que sufren persecución por causa de la justicia; para vosotros tales es el hermoso reino de los cielos... A los fariseos que, como ciertos hombres de nuestros días, mostraban en sus palabras compasión por los pobres, pero sin socorrerles nunca, les decía: «Ay! de vosotros que imponéis á los demás cargas, que vosotros no quisierais tocar con la punta de los dedos. Sepulcros blanqueados, raza perversa, ¿hasta cuando tendré que estar entre vosotros?...» ¿Quién no siente, hermanos míos, en estas expresiones de indignación los sentimientos, que mas de una vez han inflamado nuestro corazón ante las frecuentes prevaricaciones, ante los ultrajes inferidos á la verdad y á la justicia y que todos los días hieren nuestros oídos ó afligen nuestra vista?...

Oh! lo repito, fuera pactos con el error. Como nuestro divino Salvador, seamos buenos, indulgentes con las personas; amémoslas, procuremos ilustrarlas é instruir las, si podemos esperar que ellas acojan nuestras palabras y lecciones... Pero ante el error, que se manifiesta, á vista del crimen que se ostenta, que nuestro corazón amigo de la verdad se llene de horror é indignación... Raza perversa, espíritus adúlteros, nacides para la verdad, que habeis roto toda relación con ella, vosotros que, entregando vuestro corazón á la codicia, sacrificáis á la avaricia, á la ambición y á todos los instintos perversos, á los cuales renun-

ciasteis el día de vuestro bautismo, atrás! no quiero conoceros, soy cristiano y vuestras impías rechillas no me impedirán afirmar la verdad. Sí, yo creo en todo lo que odiais, en todo lo que enseña la santa Iglesia católica; sí, santifico el domingo, sí, me confieso, y ¿qué?... Venid, pues, desventurados, á hacerme un reproche de ser fiel á mis deberes... ¡Mártir, si fuera menester serlo!... Sí, como en los primeros siglos fuera necesario derramar la sangre para decir «Jesús, yo os pertenezco», ¡cuántos fieles, cuántos cristianos, o adorable Salvador, arrojarían aun para servir, su vida en pasto á los verdugos ó á las fieras!...

PERORACION. Hermanos carísimos, lo siento, esta materia me inflama; ¡es cosa tan bella y tan dulce el afirmar la fé, el decir á nuestro divino Redentor á vista de tantas defecciones y cobardías: «Jesús, yo os amo, á lo menos quisiera amaros!» Almas piadosas, cristianos enérgicos, ¿no son éstos vuestros sentimientos?... Y vosotros los que conservais la fé, pero que tal vez no teneis fortaleza para afirmarla, decidme; ¿No es así como entendeis el ser verdadero cristiano, el ser discípulo sincero de este adorable Jesús que por mí y por vosotros arrojó las burlas de los judíos, se sometió á los ultrajes del pretorio, sufrió el menosprecio de Herodes, aceptó la sentencia de Pilato y quiso morir sobre esa cruz ignominiosa, que Él había llevado durante largas horas?...

¡Ah! los Fariseos le estaban acechando. *Observabant eum...* Acaso, cristianos, un ojo malévoló é invidioso está sin cesar abierto sobre vosotros; también nos están acechando esos impíos, esos incrédulos, esas almas cobardes y débiles, y además nos aborrecen. Pues bien, amémosles nosotros, seamos con ellos buenos, mansos, indulgentes, compasivos y obsequiosos... Pero no sacrificuemos jamás, para darles gusto, la verdad, ni siquiera un ápice de la verdad. Nosotros podemos entregarles nuestra salud, nuestro honor, nuestros bienes; estas cosas se las podemos dar, porque hasta cierto punto son nuestras y nos pertenecen... Pero la verdad, los dogmas sagrados que nos enseña nuestra santa religion, los deberes que ella impone, son bienes que pertenecen á

Dios; en ninguna circunstancia nos es lícito sacrificarlos. Dichosos seríamos nosotros, hermanos míos, si, como los mártires, supiéramos estimarlos en su justo valor; si Dios nos hacía la gracia de entregar por la conservación de estos verdaderos bienes nuestras riquezas, nuestra salud, nuestra vida misma... Después, unidos á los coros de los bienaventurados, á esos generosos soldados, á quienes S. Juan veía en los esplendores de los cielos con las palmas en la mano, cantaríamos también nosotros por toda la eternidad: Gloria, honor, amor por los siglos de los siglos al manso Cordero, que ha derramado su sangre por la salvación del mundo... Así sea.

### HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO

DEL DÉCIMO SÉPTIMO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES

(S. MATEO, XXII, 34-46.)

**Coalición de los Saduceos y Fariseos contra Jesucristo, imagen de la reunión de los impíos y herejes contra la Iglesia.**

TEXTO. *Et interrogavit eum unus ex eis legis Doctor, tentans eum.* Y le preguntó uno de ellos, el cual era Doctor de la ley, tentándole.

EXORDIO. Sin duda, hermanos míos, que recordais la entrada triunfal de Nuestro Señor en Jerúsalen en los días, que precedieron á su Pasión. Cada año celebramos el aniversario de dicha entrada el Domingo de Ramos. Ya sabeis, que una muchedumbre devota había aclamado á este Rey pacífico cantando: « Hosanna! bendito sea el que viene en nombre del Señor. » Este triunfo había enconado el odio de los enemigos de nuestro divino Salvador. Ellos escudriñaban sus acciones, acechaban sus palabras con un rencor mas furibundo todavía del que habían manifestado antes. En estas circunstancias, pues, y cerca del tiempo, esto es en el

martes que precedió á la Pasión, tuvo lugar la conferencia, que nos refiere el Evangelio del día de hoy.

« Los Fariseos, cuando oyeron que había hecho callar á los Saduceos, se juntaron entre sí; y uno de ellos que era doctor de la ley le preguntó, tentándole: Maestro, ¿ cuál es el principal mandamiento de la ley? Jesús le dijo: Amarás al Señor tu Dios de todo tu corazón, con toda tu alma, con todo tu entendimiento. Este es el mayor y primer mandamiento. Y el segundo es semejante á éste: Amarás á tu prójimo, como á tí mismo. De estos dos mandamientos depende toda la ley y los profetas. Y estando juntos los Fariseos les preguntó Jesús, diciendo: ¿ Qué os parece de Cristo? ¿ de quién es hijo? Dícenle: de David. Díceles: ¿ cómo es pues, que David le llama en espíritu Señor diciendo: Dijo el Señor á mi Señor: siéntate á mi derecha, hasta que ponga á tus enemigos por peana de tus pies? Pues si David le llama Señor, ¿ cómo es su hijo? Y nadie podía responder palabra, y ninguno se atrevió mas desde aquel día á preguntarle. »

PROPOSICION Y DIVISION. Con ocasion de este Evangelio me propongo, hermanos míos, demostraros: *Primero*: en esta coalición de los enemigos del Salvador para perderle, la figura de los enemigos de la verdad, que conspiran juntos para la destrucción de la santa Iglesia católica. *Segundo*: en las respuestas y preguntas tan sabias, que Jesucristo hace á sus enemigos, el símbolo de la conducta que la Iglesia observa con respecto á aquellos que la persiguen. Escuchad, hermanos míos; este asunto es muy interesante, yo trataré, en cuanto me sea posible, de que lo comprendais bien.

*Primera parte.* Comencemos, pues, por hablar de esta reunión de los enemigos de Nuestro Señor Jesucristo, que conspiraban por perderle. *Convenerunt in unum.* Ellos se juntaron entre sí, dice el Evangelio de este día. ¿ Sólo estaban los Fariseos en esta junta? ¿ No formaban parte de ella los Saduceos?... No lo sé<sup>1</sup>; lo que es cierto es que los unos y los otros se entendían perfectamente

1. Conf. Lanuza, *Index Concinatorius.*

Dios; en ninguna circunstancia nos es lícito sacrificarlos. Dichosos seríamos nosotros, hermanos míos, si, como los mártires, supiéramos estimarlos en su justo valor; si Dios nos hacía la gracia de entregar por la conservación de estos verdaderos bienes nuestras riquezas, nuestra salud, nuestra vida misma... Después, unidos á los coros de los bienaventurados, á esos generosos soldados, á quienes S. Juan veía en los esplendores de los cielos con las palmas en la mano, cantaríamos también nosotros por toda la eternidad: Gloria, honor, amor por los siglos de los siglos al manso Cordero, que ha derramado su sangre por la salvación del mundo... Así sea.

### HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO

DEL DÉCIMO SÉPTIMO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES

(S. MATEO, XXII, 34-46.)

**Coalición de los Saduceos y Fariseos contra Jesucristo, imagen de la reunión de los impíos y herejes contra la Iglesia.**

**TEXTO.** *Et interrogavit eum unus ex eis legis Doctor, tentans eum.* Y le preguntó uno de ellos, el cual era Doctor de la ley, tentándole.

**EXORDIO.** Sin duda, hermanos míos, que recordais la entrada triunfal de Nuestro Señor en Jerúsalen en los días, que precedieron á su Pasión. Cada año celebramos el aniversario de dicha entrada el Domingo de Ramos. Ya sabeis, que una muchedumbre devota había aclamado á este Rey pacífico cantando: « Hosanna! bendito sea el que viene en nombre del Señor. » Este triunfo había enconado el odio de los enemigos de nuestro divino Salvador. Ellos escudriñaban sus acciones, acechaban sus palabras con un rencor mas furibundo todavía del que habían manifestado antes. En estas circunstancias, pues, y cerca del tiempo, esto es en el

martes que precedió á la Pasión, tuvo lugar la conferencia, que nos refiere el Evangelio del día de hoy.

« Los Fariseos, cuando oyeron que había hecho callar á los Saduceos, se juntaron entre sí; y uno de ellos que era doctor de la ley le preguntó, tentándole: Maestro, ¿ cuál es el principal mandamiento de la ley? Jesús le dijo: Amarás al Señor tu Dios de todo tu corazón, con toda tu alma, con todo tu entendimiento. Este es el mayor y primer mandamiento. Y el segundo es semejante á éste: Amarás á tu prójimo, como á tí mismo. De estos dos mandamientos depende toda la ley y los profetas. Y estando juntos los Fariseos les preguntó Jesús, diciendo: ¿ Qué os parece de Cristo? ¿ de quién es hijo? Dícenle: de David. Díceles: ¿ cómo es pues, que David le llama en espíritu Señor diciendo: Dijo el Señor á mi Señor: siéntate á mi derecha, hasta que ponga á tus enemigos por peana de tus pies? Pues si David le llama Señor, ¿ cómo es su hijo? Y nadie podía responder palabra, y ninguno se atrevió mas desde aquel día á preguntarle. »

**PROPOSICION Y DIVISION.** Con ocasion de este Evangelio me propongo, hermanos míos, demostraros: *Primero*: en esta coalición de los enemigos del Salvador para perderle, la figura de los enemigos de la verdad, que conspiran juntos para la destrucción de la santa Iglesia católica. *Segundo*: en las respuestas y preguntas tan sabias, que Jesucristo hace á sus enemigos, el símbolo de la conducta que la Iglesia observa con respecto á aquellos que la persiguen. Escuchad, hermanos míos; este asunto es muy interesante, yo trataré, en cuanto me sea posible, de que lo comprendais bien.

*Primera parte.* Comencemos, pues, por hablar de esta reunión de los enemigos de Nuestro Señor Jesucristo, que conspiraban por perderle. *Convenerunt in unum.* Ellos se juntaron entre sí, dice el Evangelio de este día. ¿ Sólo estaban los Fariseos en esta junta? ¿ No formaban parte de élla los Saduceos?... No lo sé<sup>1</sup>; lo que es cierto es que los unos y los otros se entendían perfectamente

1. Conf. Lanuza, *Index Concinatorius*.

y se ponían de acuerdo, cuando se trataba de calumniar á nuestro divino Salvador, de negar sus milagros, de condenar sus acciones y de desnaturalizar sus palabras... Sin embargo ellos entre sí se odiaban y estaban divididos casi en todo lo demás. Los Saduceos eran los impíos é incrédulos entre los Judíos; todos negaban la resurrección de la carne y la mayor parte de ellos no creía en la inmortalidad del alma. Así también eran éstos hombres licenciosos, que vivían entregados á sus pasiones. Jesucristo les desagradaba á causa de la santidad de su conducta y de la severidad de su moral.

Los Fariseos, al contrario, siempre en lucha y en disputa con los Saduceos tocante á la ley de Moisés y á sus prescripciones, afectaban á veces, como tenemos dicho ya, una grande austeridad exterior, una fidelidad minuciosa á ciertas observancias... Ellos eran los adversarios encarnizados de los Saduceos... Sin embargo, estos hombres tan opuestos los unos á los otros se juntan entre sí para apagar la verdad, que los ofusca, y para ahogar en la sangre, si fuese posible, al Enviado divino, que había venido á llevarla á la tierra... ¡ O profeta, inspirado por el Espíritu santo, cuánta verdad dijiste, al representar desde mucho tiempo antes la conspiración de todos los instintos perversos, de todos los vicios de nuestra naturaleza contra el Justo por excelencia!... Oprimámosle, gritaban todos; hagámosle desaparecer y que su memoria acabe con él! — ¿Y porqué, pues? Porque su justicia nos molesta, porque su vida santa es para nosotros una continua reprensión <sup>1</sup>.

Así se vió, hermanos míos, en el día de la Pasión; los Fariseos y Saduceos, Caifás, el Pontífice Judío, Herodes, que tal vez no pertenecía á religion alguna, Pilatos pagano, adorador del César, esto es, la hipocresía, la impiedad, la heregía, el orgullo y la ambición concurrieron con acuerdo unánime á la muerte de Nuestro Señor. *Convenerunt in unum*. Ellos se juntaron y no formaron mas que uno solo contra el Señor y contra Cristo <sup>2</sup>. « Lejos de

1. Sap., XI, 10 y siguientes.

2. Ps. XI, 2.

nosotros su yugo, dijeron, rompamos los lazos de su autoridad. *Tolle, crucifige*. Quitalo, crucifícale. » Tal fué á la hora de la pasión del Hijo de Dios el grito unánime de todos los vicios y de todos los errores aun los mas opuestos.

O Divina Iglesia católica, sociedad augusta de las almas, fundada por nuestro divino [Salvador para conservar las verdades llevadas por Él á la tierra, para guardar y administrar sus sacramentos, tu eres su Encarnación continua entre nosotros. ¡ Ah! ¿ debo, pues, admirarme de verte sufrir la misma suerte del autor que te fundó? Amas de que, o buen Jesús, vos habíais anunciado con anticipación estas persecuciones, y así ya no debemos admirarnos de ellas. Mas, decidme, hermanos míos, ¿ no es cierto que todas las malas pasiones, que todos los errores, por otra parte divididos entre sí, se juntan para atacar nuestra santa Iglesia? ¿ No es cierto que los impíos é incrédulos, los revolucionarios desde el mas comunista hasta el hereje mas conservador, enemigos irreconciliables casi en todo, vienen como Herodes y Pilatos á hacerse amigos, cuando se trata de perseguir á la Iglesia, de encarcelar y despojar al santo Pontífice Pio IX que preside á los destinos de la misma? *Et convenerunt in unum*. Si, en este punto ellos forman como uno solo; en esto el potentado hereje de la Alemania está perfectamente de acuerdo con el malvado mas vulgar, á quien haría á su vez encarcelar, si lo tuviera bajo su poder... ¿ Se trata de la Iglesia católica?... ¡ Ah! desde entonces los príncipes herejes, ó los católicos apóstatas, todos alargarán la mano al hombre mas degradado, si él quiere gritar con ellos: « Abajo la Iglesia católica... Abajo el soberano Pontífice... »

Y ¿ porqué esto, hermanos míos?... ¿ Porqué esa incomprendible unión de todas las malas pasiones, de todos los vicios, de todos los errores, aun los mas opuestos, cuando se trata de perseguir á nosotros los católicos, de violentar nuestra conciencia y de confiscar nuestra libertad?... La razón está en que, como decía el profeta, la vista del justo, el espectáculo de la verdad que se afirma, que condena todos sus vicios, que no transige con nin-

guno de sus errores, si, este espectáculo les molesta, esta vista es para ellos un continuo remordimiento... Esta grande voz de la verdad católica, salida de la boca del soberano Pontífice, la que como un sonido solemne resuena á través de todo el universo cristiano, y como las vibraciones de una campana inmensa llega á dar la señal á la mas modesta campana de nuestros campanarios, les desagrada... Pio IX habla, nuestros obispos repiten sus palabras, y nosotros, vuestros sacerdotes y párrocos, repetimos con fidelidad desde nuestros púlpitos rurales las verdades salidas de la boca inspirada de nuestro amadísimo Pontífice... Y esta verdad que los impíos, los libertinos y herejes no quieren escuchar, pues raras veces se ven ellos en nuestras iglesias, esta verdad, digo, turba su tranquilidad y paraliza los esfuerzos que hacen para establecer en todas partes, si les fuese posible, el imperio del mal.

*Segunda parte.* Veamos ahora, hermanos míos, con que bondad, con que prudencia se porta Nuestro Señor en frente de sus enemigos. Ciertamente que el complot formado por ellos no ha escapado á sus divinos ojos, y á la pregunta que le hacen, podría Él responder : « No quiero revelaros mi pensamiento, ¿ con qué derecho me interrogáis ? » Pero no ; sino que lleno de condescendencia contesta al que le interrogaba : « Me preguntas ¿ cuál es el principal mandamiento de la ley ? ... Hélo aquí : Amarás al Señor tu Dios de todo tu corazón, de toda tu alma, de todo tu entendimiento ; y he aquí el segundo que le es semejante : Amarás á tu prójimo como á tí mismo. Toda la ley y los profetas se encierran en el cumplimiento de estos dos mandamientos... » Lo repito ; qué mansedumbre, que prudencia !... Amarás al Señor, tu Dios. En verdad, cualesquiera que seais, Saduceos, Fariseos, herejes ó incrédulos de toda clase, no podeis estar discordes en que es necesario amar al Dios que os ha dado la existencia, que os la conserva y que os ha colmado de beneficios. Pero sabed, que hay un segundo precepto tan íntimamente ligado con el del amor á Dios, que de ningun modo puede ser separado del mismo, y los dos no forman sino uno solo. Tal es este : Amarás al prójimo como á tí mismo.

Como si les dijese : Para cumplir el precepto del amor divino, es menester no odiar al prójimo, no perseguirle, no maquinár injustamente su muerte, como vosotros lo haceis con respecto á mí... Era esta una leccion que daba su misericordia en la forma mas modesta á aquellos corazones endurecidos. ¿ Fué élla escuchada por algunos de ellos ? Puede ser que sí ; porque S. Márcos nos hace saber, que el doctor de la ley, á quien iba dirigida esta respuesta, no pudo dispensarse de contestar : « Maestro, lo que habeis dicho es muy verdadero... » Y Jesús, viendo su buena fé, habría añadido : « Animo, amigo, tu no estás lejos del reino de los cielos <sup>1</sup>. » Lo que demuestra, que siempre se saca algun provecho de tratar con mansedumbre aun á nuestros mayores enemigos.

El divino Salvador, queriendo todavía ilustrarle mas, le demostró que Cristo no era solamente hombre, hijo de David, pues que este príncipe le llamaba su Señor y su Dios, títulos que los reyes no tienen costumbre de dar á sus descendientes mas de mil años antes, que estos hayan nacido... Pero los Fariseos prevenidos del odio, no quisieron entender esta enseñanza, y no sabiendo que responder, se retiraron. La sabiduría, con que Cristo les respondió, acrecentó sin duda su furor ; porque ¿ á donde se fueron ellos ?... A maquinár en una nueva junta esta prision que debía tener lugar dos dias mas tarde...

Observad ahora, hermanos míos, como la santa Iglesia imita admirablemente esta mansedumbre, esta sabiduría de su divino Maestro... Por diversas maneras los herejes la han pedido, como para tentarla, lo que se debe creer ; y élla les ha contestado siempre por este símbolo de los Apóstoles que se reza en todos los paises, en que hay católicos hace ya mas de diez y ocho siglos, sin haberse cambiado, ni una sola sílaba... Los avaros, los impíos, los libertinos, los esclavos, no importa de que pasion, le han pedido qué era menester practicar ; y constantemente élla les ha respondido por este Decálogo, por estos diez mandamientos de Dios que son un curso de moral completa... Jamás transacciones con el error,

1. Marc. XII, 32-34.

jamás concesiones hechas á pasion alguna, sea la que fuere ; tal ha sido y tal será siempre su doctrina... Sin duda que algunos de sus enemigos, como el Doctor de la ley, han podido admirar la sabiduría de sus afirmaciones, élla ha podido decirles, como el divino Maestro, que ellos no estaban lejos de Dios ; muchas veces también élla los ha enteramente conquistado y recogido en su seno.

Después dirigiéndose élla á todos sus enemigos, justificando la certeza y autoridad con que les enseña, les ha dicho mas de una vez en sus concilios y en las enseñanzas solemnes de sus Pontífices : « ¿ Qué pensais de Cristo ? ¿ Qué pensais de esta verdad que Él vino á revelar á la tierra ? ¿ La creeis sujeta á las variaciones y cambios, como una doctrina humana ? ¿ La creeis hija de esta facultad débil é inconstante que vosotros llamais la razon del hombre ?... No, no ; su origen es mas alto ; élla viene de Dios... La razon humana misma cuando es recta, cuando las pasiones no obscurecen sus juicios, la razon humana, repito, proclama esta verdad que yo os enseño como hija de Dios ; élla reconoce en la misma una luz celestial, llevada por Jesucristo sobre la tierra, para iluminar las tinieblas en que se revolvía inútilmente el espíritu humano, abandonado á sus propias fuerzas. » A esta respuesta, de que la verdad no varía, de que élla viene de Dios, de que es un arca santa á la que ninguna mano temeraria puede tocar ; al ver la energía con que la santa Iglesia defiende á Cristo y su doctrina, los impíos, los herejes no saben que decir ; como los Fariseos, como los enemigos del Salvador se retiran, sin haber podido dar una respuesta satisfactoria.

PERORACION. Hermanos carísimos, como los enemigos del Salvador, ellos se retiran también furiosos contra esta sabiduría y autoridad de la santa Iglesia católica ; ellos traman, ora en medio del día, ora en la sombra, siniestras conjuraciones para destruirla... Esto se ha hecho en todas las épocas, esto se está verificando todavía en nuestros días... Pero, así como los esfuerzos de los Fariseos sólo sirvieron para el triunfo de Nuestro Señor Jesucristo, preparando su Resurrección gloriosa, así también esta re-

crudescencia de impiedad y persecucion que estalla contra la Iglesia, augura para la misma, no lo dudeis, un triunfo y una exaltacion no lejana... Nosotros que tenemos la dicha de ser católicos, mantengamos en nuestros corazones esta firme esperanza, y sin irritarnos contra los impíos, contra los herejes y perseguidores, no tengamos para ellos, (conforme os decía ya en Domingo último) sino sentimientos de amor y de tierna compasion... Jesucristo, estando sobre la Cruz y rogando por sus verdugos, decía : « Padre, perdonadlos, por que no saben lo que hacen. » A menudo también el augusto Pio IX del fondo de esa cárcel en que le retiene la mas injusta de las usurpaciones, dirige á Dios esta misma plegaria. Tengámosla también nosotros frecuentemente en nuestros labios. ¡ O Dios ! sed bendito por haber conservado en nuestros corazones vuestra fé y vuestro amor. Pero ¡ o Dios mío, piedad para tantos hombres frágiles que os ultrajan, sin saber lo que hacen ; haced que vuelva á brillar en ellos de una manera indeleble el sello de Cristo, impreso en su frente !... Así sea

### HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO

DEL DÉCIMO OCTAVO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES.

(S. MATEO, IX 1-8.)

#### Eficacia de la oracion hecha en comunión de fé y de sentimientos.

TEXTO. *Et videns Jesus fidem illorum, dixit paralytico : Confide fili ; remittuntur tibi peccata tua.* Y viendo Jesús la fé de ellos, dijo al paralítico : Hijo, ten confianza, que perdonados te son tus pecados.

EXORDIO. Hermanos míos, Nuestro Señor acababa de manifestar su soberano poder sobre los demonios, curando á un poseso. La legion de espíritus malos que había invadido el alma de este hombre, se había arrojado, con la permission de nuestro divino Salvador, sobre los cuerpos de una piara de cerdos que estaban lejos

jamás concesiones hechas á pasion alguna, sea la que fuere ; tal ha sido y tal será siempre su doctrina... Sin duda que algunos de sus enemigos, como el Doctor de la ley, han podido admirar la sabiduría de sus afirmaciones, élla ha podido decirles, como el divino Maestro, que ellos no estaban lejos de Dios ; muchas veces también élla los ha enteramente conquistado y recogido en su seno.

Después dirigiéndose élla á todos sus enemigos, justificando la certeza y autoridad con que les enseña, les ha dicho mas de una vez en sus concilios y en las enseñanzas solemnes de sus Pontífices : « ¿ Qué pensais de Cristo ? ¿ Qué pensais de esta verdad que Él vino á revelar á la tierra ? ¿ La creeis sujeta á las variaciones y cambios, como una doctrina humana ? ¿ La creeis hija de esta facultad débil é inconstante que vosotros llamais la razon del hombre ?... No, no ; su origen es mas alto ; élla viene de Dios... La razon humana misma cuando es recta, cuando las pasiones no obscurecen sus juicios, la razon humana, repito, proclama esta verdad que yo os enseño como hija de Dios ; élla reconoce en la misma una luz celestial, llevada por Jesucristo sobre la tierra, para iluminar las tinieblas en que se revolvía inútilmente el espíritu humano, abandonado á sus propias fuerzas. » A esta respuesta, de que la verdad no varía, de que élla viene de Dios, de que es un arca santa á la que ninguna mano temeraria puede tocar ; al ver la energía con que la santa Iglesia defiende á Cristo y su doctrina, los impíos, los herejes no saben que decir ; como los Fariseos, como los enemigos del Salvador se retiran, sin haber podido dar una respuesta satisfactoria.

PERORACION. Hermanos carísimos, como los enemigos del Salvador, ellos se retiran también furiosos contra esta sabiduría y autoridad de la santa Iglesia católica ; ellos traman, ora en medio del día, ora en la sombra, siniestras conjuraciones para destruirla... Esto se ha hecho en todas las épocas, esto se está verificando todavía en nuestros días... Pero, así como los esfuerzos de los Fariseos sólo sirvieron para el triunfo de Nuestro Señor Jesucristo, preparando su Resurrección gloriosa, así también esta re-

crudescencia de impiedad y persecucion que estalla contra la Iglesia, augura para la misma, no lo dudeis, un triunfo y una exaltacion no lejana... Nosotros que tenemos la dicha de ser católicos, mantengamos en nuestros corazones esta firme esperanza, y sin irritarnos contra los impíos, contra los herejes y perseguidores, no tengamos para ellos, (conforme os decía ya en Domingo último) sino sentimientos de amor y de tierna compasion... Jesucristo, estando sobre la Cruz y rogando por sus verdugos, decía : « Padre, perdonadlos, por que no saben lo que hacen. » A menudo también el augusto Pio IX del fondo de esa cárcel en que le retiene la mas injusta de las usurpaciones, dirige á Dios esta misma plegaria. Tengámosla también nosotros frecuentemente en nuestros labios. ¡ O Dios ! sed bendito por haber conservado en nuestros corazones vuestra fé y vuestro amor. Pero ¡ o Dios mío, piedad para tantos hombres frágiles que os ultrajan, sin saber lo que hacen ; haced que vuelva á brillar en ellos de una manera indeleble el sello de Cristo, impreso en su frente !... Así sea

### HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO

DEL DÉCIMO OCTAVO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES.

(S. MATEO, IX 1-8.)

#### Eficacia de la oracion hecha en comunión de fé y de sentimientos.

TEXTO. *Et videns Jesus fidem illorum, dixit paralytico : Confide fili ; remittuntur tibi peccata tua.* Y viendo Jesús la fé de ellos, dijo al paralítico : Hijo, ten confianza, que perdonados te son tus pecados.

EXORDIO. Hermanos míos, Nuestro Señor acababa de manifestar su soberano poder sobre los demonios, curando á un poseso. La legion de espíritus malos que había invadido el alma de este hombre, se había arrojado, con la permission de nuestro divino Salvador, sobre los cuerpos de una piara de cerdos que estaban lejos

de allí. Estos animales inmundos, dignas moradas de los espíritus impuros, se habían precipitado en el mar... Espantados de este prodigio los habitantes de aquel lugar, vinieron á rogar á Jesucristo, que se alejara de su país <sup>1</sup>.

Entonces fué cuando, según refiere el Evangelio del día de hoy, « Jesús, habiendo entrado en un barco, pasó al otro lado del lago y volvió á su ciudad, (esto es á Cafarnaum en donde tenía su morada ordinaria.) Y hé aquí que le presentaron un paralítico, echado en una camilla. Y viendo Jesús la fé de ellos, dijo al paralítico: Hijo, ten confianza, que te son perdonados tus pecados. Y luego algunos de los Escribas dijeron entre sí: Este blasfema. Y como viese Jesús los pensamientos de ellos, dijo: ¿Porqué pensais mal en vuestros corazones? ¿qué es más fácil decir: Perdonados te son tus pecados, ó decir: levántate y anda? Pues para que sepáis, que el Hijo del hombre tiene potestad sobre la tierra de perdonar los pecados, dijo entonces al paralítico: levántate, toma tu camilla y vete á tu casa. Levantóse el enfermo y fuése á su casa. Y viendo esto las gentes, temieron y glorificaron á Dios que dió tal potestad á los hombres... »

Proposición. Bien podría demostraros, hermanos míos, con ocasión de este relato, que Nuestro Señor en esta circunstancia manifiesta su divinidad con tres señales muy visibles; Él perdona los pecados; lee en el fondo de los corazones; en fin, devuelve con una sola palabra la salud á ese pobre paralítico... Pero esta mañana prefiero llamar vuestra atención sobre una palabra que me parece notable. Casi siempre Jesucristo concede la curación de los enfermos y la remisión de sus pecados á su propia fé. « Tened confianza, les dice, vuestra fé os ha hecho salvos <sup>2</sup>. » Pero aquí es la fé de los otros la que logra al paralítico su curación. Circunstancia verdaderamente misteriosa, por la que Jesucristo ha querido mostrarnos que en el orden de la salvación, como cuando se trata de los intereses de la tierra, podemos sernos útiles y ayudarnos los unos á los otros...

1. Matth., VIII, 28 y siguientes. — 2. Genes. XVIII, 23-32.

DIVISION. Hablemos, pues, de esta solidaridad espiritual de la oración hecha en comunión de fé y de sentimientos. Y así diremos: *primeramente*, que élla es provechosa á los pecadores; y en *segundo* lugar; que es útil á los justos. Para hacer más comprensible este asunto, nos valdremos principalmente de ejemplos que demuestren la importancia y eficacia de la oración hecha en favor de los demás.

*Primera parte.* Cuando Dios hubo resuelto destruir con fuego del cielo las ciudades de Sodoma y Gomorra, la Escritura nos dice, que los ángeles encargados de ejecutar los decretos de la justicia divina se presentaron á Abraham. Espantado el santo patriarca del rigor del castigo, tuvo con el Señor el siguiente coloquio: Señor, le dice, vos sois bueno, vos no confundiréis al justo con el impío; si, pues, se encuentran cincuenta justos en las ciudades culpables, ¿las destruiréis acaso? No, dice el Señor; si hay cincuenta justos en Sodoma, yo en atención á ellos perdonaré á la ciudad. Pero, replicó el patriarca, ¿si sólo hubiese cuarenta y cinco? — Cuarenta y cinco bastarían también, para que se salvara el resto. Y así disminuyendo gradualmente el número, Abraham bajó hasta diez, y el Señor le afirmó, que en atención á esos sólo diez justos él suspendería los golpes de su venganza <sup>1</sup>. Hé aquí, pues, hermanos míos, un ejemplo bien notable de esta solidaridad espiritual... Antes de castigar á un pueblo, á una ciudad, á una provincia, Dios pesa por decirlo así, como en una balanza, el bien y el mal. Y por poco que sea el bien, tal vez en favor de algunas almas piadosas que se encontrarán en número muy pequeño, ¡vos, ó Dios infinitamente bueno y misericordioso, dejais de castigar á millares de culpables!...

El paralítico de quien [nos habla nuestro Evangelio, sin duda tenía fé, pero esta fé era débil y no podía por sí sola obtenerle la curación; y por esto en virtud de la fé de los otros Nuestro Señor Jesucristo le concede esta gracia. *Et videns fidem illorum*, y viendo la fé de ellos, le dijo: *Ten confianza*. Y en verdad, hermanos míos, S. Márcos nos refiere, que aquellos hombres caritativos habían colocado al paralítico sobre su lecho y lo habían

llevado hasta la casa, en donde se encontraba nuestro divino Salvador. No pudiendo ellos penetrar cerca de él por impedirlo la muchedumbre, ¿perderán por esto el ánimo? No, sino que suben sobre el techo de la casa, que era plano, como todos los tejados de la Judea. Á fuerza de brazos suben tambien allí al enfermo, y descubriendo la casa, penetran en el interior, y depositan á los piés de Jesús á aquel pobre hombre, incapaz de hacer ningun movimiento... « Señor, he aquí á un pobre enfermo, dignaos curarlo. » ¡Cuánta fé de su parte! Cuánta confianza en el poder del Hijo de Dios! ¡Cuán provechosa fué al paralítico esta fé, pues le mereció tanto el perdon de sus pecados como la curacion de su enfermedad!...

¡Cuántas veces, hermanos carísimos, se ha renovado el mismo prodigio! Él se renueva todos los días; y con frecuencia nos causa sorpresa el ver como hombres impíos vuelven á Dios. Entonces decimos: ¿Quién lo habría creído? A veces tambien nos causa admiracion el ver, que pecadores obstinados vuelven seriamente á Dios en las proximidades de la muerte y salen de este mundo con sentimientos de predestinados... Es que Dios ha visto la fé de una esposa, de una madre, de una hija que rogaba por esas almas; es que algunos amigos cristianos, algunos fieles reunidos han suplicado con instancia á la misericordia divina, que convirtiese á esas pobres almas. *Rogaverunt illum pro ea* <sup>1</sup>, le rogaron por ella; — *et videns fidem illorum*, y viendo la fé de aquellos, nuestro misericordioso Jesús ha curado esas almas, como curó á la suegra de S. Pedro, como curó al paralítico.

*Segunda parte.* Y no penseis, hermanos míos, que esta solidaridad espiritual, que esta fé comun, que estas oraciones que hacemos juntos los unos por los otros, sean sólamente provechosas á los pecadores; pues son tambien útiles á los justos, aun á los más santos. Escuchad á S. Pablo, escribiendo á los Corintios: « Hermanos míos, les dice, las penas y adversidades que he sufrido en el Asia, me han abrumado; si, mis tribulaciones excedían mis

1. Luc., iv, 38.

fuerzas. La vida me era una carga y parecíame sentir pronunciarse dentro de mí mismo el decreto de mi muerte. Dios quería con esto enseñarme á poner en Él toda mi confianza; Él me ha librado de estos peligros y me librárá aun, gracias á vuestros ruegos <sup>1</sup>... » ¿Qué decís, ó gran Apóstol? Vuestro lenguaje es verdaderamente admirable. ¿Acaso no sois vaso de eleccion? ¿Por ventura no os ha escogido Dios para Apóstol de las naciones? ¿No fuisteis arrebatado en una vision sublime hasta al tercer cielo?... ¿Cómo, pues, podeis reclamar las oraciones de los Corintios, y decir que éllas os son necesarias y útiles?... Los fieles de Corinto son todavia flacos y vacilantes en la fé, vuestra santidad excede incomparablemente la justicia de todas esas almas que habeis convertido.

Es verdad, hermanos míos, y sin embargo el Apóstol reclama las oraciones de esos cristianos menos perfectos, para dejar bien establecida esta solidaridad espiritual y enseñarnos la eficacia de la oracion comun, aunque aquellos que la dirigen á Dios no tengan ni tanta fé, ni tanta santidad como aquel, en cuyo favor oran <sup>2</sup>.

Y ahora, hermanos míos; ¿cómo no volver nuestras miradas hácia Pio IX, nuestro santo y amadísimo Pontífice? Él tambien, como al apóstol S. Pablo, puede contarnos las inmensas amarguras, las crueles tribulaciones, que destrozán su corazon... O Dios mío, vuestro representante en la tierra se halla, como el grande Apóstol, abrumado sobre manera, reclamando igualmente las oraciones de la Iglesia; y abre con largueza el tesoro de las indulgencias, para obligarnos á rogar por su libertad y por el triunfo de nuestra santa religion. ¡O Padre, ó pontífice supremo!... Vosotros lo sabeis, hermanos míos, su voz no se ha perdido en el vacío... De todos los ángulos del mundo y muy particularmente de todas las provincias de nuestra Francia se han levantado numerosos peregrinos, para ir á visitar los mas venerados santua-

1. II Corinth., i, 8 y siguientes. — 2. S. Juan Crisóstomo, Homil., *De orando Deo*.

rios, dedicados los unos á la Virgen María, los otros al Corazon adorable de Jesús, y manifestar allí su fé, uniendo sus ruegos, á fin de que Dios socorra á su Iglesia y libre su Vicario del cautiverio á que le tienen reducido los impíos... Pues; qué piden en sus cánticos y súplicas esos millares de cristianos que del Oriente, del Occidente, del Norte y Mediodía afluyen á Paray-le-Monial, á Nuestra Señora de la Salette, á Nuestra Señora de Lourdes?... ¡ Ah! lo que pedimos, hélo aquí : « Piedad Dios mio; la cabeza de vuestra Iglesia sobre un nuevo Calvario en llanto gime, glorificad al sucesor de Pedro, dándole un triunfo igual á su dolor. »

No, hermanos míos, no, el rencor no entra en nuestros corazones, la política no preside, ni se mete para nada en estas solemnes reuniones... Lo que hacemos es pedir la conversion de los perseguidores, el triunfo de la Iglesia, esto es, el triunfo de la verdad; pedimos tambien la felicidad de la Francia. Los miserables artificios y cálculos de la política humana poco nos importan. Los que pretenden, que la política es el resorte y objetivo de estas santas manifestaciones, son simplemente unos embusteros y calumniadores. Felices seríamos, si nuestra fé fuese bastante viva para que Jesucristo bajase sobre este mundo enfermo sus ojos misericordiosos; y si, al ver esta fé, se dignase abreviar los días de prueba, conceder el triunfo á su Iglesia y la libertad al augusto Pontífice que la gobierna. *Et videns fidem illorum, dixit: Confide.*

¿ Confianza? ¿ Y porqué no?... Un día Herodes encarceló y cargó de cadenas á S. Pedro, jactándose de tenerle en su poder, y diciéndose á sí mismo : *Mañana le haré dar la muerte*<sup>1</sup>. Pero la Iglesia rogaba sin cesar por la libertad de su Cabeza; (y ved ahí tambien una prueba de la eficacia de la oracion hecha en comun,) estas súplicas alcanzaron la libertad milagrosa del santo Pontífice... ¡ O Herodes, haz remachar bien las cadenas que estrechan los miembros del Apóstol, medita y calcula la fiesta que mañana

1. Actor. Apost., XII, 4 y siguientes.

darás á tu pueblo; adula á la muchedumbre, realza tu popularidad, dando á tu pueblo la sangre de un Apóstol, de un Pontífice supremo para que aquel la beba y se sacie!... Tus cálculos son vanos; habérselas contra Dios, contra su Iglesia, contra sus Pontífices es tarea ingrata... Eres tu demasiado pequeño, y Satanás mismo cuyas inspiraciones sigues, Satanás mismo nada puede en este caso... El Señor lo ha dicho : *Non prævalebunt... Et videns fidem illorum*. Y desde lo alto de los cielos Jesucristo contemplaba la fé de los primeros fieles, y un ángel bajaba hácia S. Pedro dentro de su calabozo, diciéndole : *Confide*; y le sacó del cautiverio. ¡ O Ángel libertador, quiera Dios enviaros allá á donde os llaman todos los corazones católicos; quiera Dios apresurar un triunfo que forma el mas ardiente anhelo de nuestros corazones!...

PERORACION. Sí, hermanos carísimos, roguemos; la oracion comun hecha con fé es omnipotente en el corazon de Dios. Un hilo de cañamo por sí solo es nada, un niño lo rompiera fácilmente, pero juntad un buen número de estos hilos, dejad que el cordelero los entrelazca y retuerza y forme de ellos una sola cuerda; entonces este mismo cañamo levantará los fardos mas pesados y retendrá en el puerto los mas enormes barcos... Esto es la imagen de la oracion hecha con una fé comun; tomado en particular cada uno de nosotros es impotente; nuestra fé es tan poco viva, nuestro fervor deja tanto que desear! pero unidos todos, mezclados y por decirlo asi torcidos, formando una sola cuerda por la union de la fé y de los mismos sentimientos, entonces somos fuertes... Supongamos que alguno de nosotros tenga que pedir una gracia á un príncipe de este mundo; ¿ creéis que una carta que llevase nuestra sola firma, seria tan poderosa, como una solicitud firmada por cien mil nombres?... Evidentemente que no... Así sucede, hermanos míos, con la oracion hecha en union de sentimientos; élla tiene mayor influencia en el corazon de Dios; esas voces de hombres, de mujeres, de niños juntándose en la expresion de un mismo deseo, son omnipotentes en el corazon del Señor. *Et videns fidem illorum*. El paralítico por si solo no habría podido obtener

lo que deseaba. Gracias á la fé de los otros él obtuvo mas de lo que había pedido.

Para confirmar mas esta verdad, voy á citaros una historia bien reciente. El 8 de Setiembre último, día de la Natividad de la Santísima Virgen, una señora piadosa de la ciudad de Arles quiso asociarse á los fieles que hacían la romería á Nuestra Señora de la Salette. Contando apenas treinta años de edad, se hallaba hácia diez años impotente, como el parálitico de nuestro Evangelio; habíale trasportado en brazos y sobre una camilla (nueva semejanza tambien con nuestro parálitico) á la montaña Santa... Despues de la Misa bajáronla con un blanco cobertor á la fuente milagrosa, que brotó de aquella roca en el momento, en que en 1846 se apareció allí la augusta Madre de Dios. Ella lavaba sus piés y sus piernas tullidas en el agua milagrosa, diciendo con muchas lágrimas : « *Mi buena Madre, curadme.* » Una muchedumbre simpática y numerosa la rodeaba, repitiendo cerca de ella : « *O buena Madre, curadla.* » Habríais dicho que aquello era una letanía, pues á cada invocacion de la pobre enferma los asistentes repetían : « *O buena Madre, curadla.* » ; O poder de la oracion hecha en comunión de fé!... Sí, O Virgen María, como vuestro Hijo, vos sois soberanamente misericordiosa. Vos visteis la fé de esa pobre parálitica y de los piadosos concurrentes que os pedían su curacion... *Et videns fidem illorum.* En efecto, hermanos míos, la enferma se levanta, marcha sola, está curada; y llorando de gozo á la vista de la muchedumbre maravillada, entra á la Iglesia para dar gracias á Dios y á su santísima Madre de su curacion <sup>1</sup>.

Tengamos, pues, hermanos míos, en gran estima la oracion hecha en union de los mismos sentimientos y de la misma fé... Procuremos unirnos los unos á los otros en los mismos deseos de religion y piedad; este es el mejor medio para conservar entre nosotros los lazos de la caridad. Si, cristianos, hagamos juntos un solo corazon, una sola alma en la tierra, á fin de que podamos

1. Véase l'Univers de 13 setiembre de 1873.

así volver á encontrarnos juntos y reunidos en aquella incomparable asamblea de los santos, que es eternamente una y bienaventurada en Nuestro Señor Jesucristo... Así sea.

## HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO

DEL DÉCIMO NONO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTÉS.

(MATTH., XXII, 1-14.)

**La misericordia de Dios resplandece en la justicia que ejerce en los Judíos y malos cristianos.**

TEXTO. *Perdidit homicidas illos et civitatem illorum succendit.* Él acabó con aquellos homicidas y puso fuego á su ciudad.

EXORDIO. Dice el Evangelio de este día que « en aquel tiempo, hablando Jesús en parábolas á los judíos que le rodeaban, les dijo : Semejante es el reyno de los cielos á un rey que, queriendo celebrar las bodas de su hijo, envió sus criados á llamar á los convidados á las bodas; mas éstos no quisieron asistir. Envió de nuevo otros criados con orden de decir á los convidados : Hé aquí que he preparado mi banquete, mis toros y los animales cebados están ya muertos; todo está pronto, venid á las bodas. Mas ellos no hicieron caso y se fueron, el uno á su granja, y el otro á su tráfico; y los otros prendiendo á sus criados, despues de haberlos ultrajado, los asesinaron. Y cuando el Rey supo esto, se irritó, y enviando sus ejércitos, acabó con aquellos homicidas y puso fuego á su ciudad. Entonces dijo á sus criados : Las bodas están ciertamente aparejadas, mas los que habían sido convidados no fueron dignos. Id, pues, á las salidas de los caminos y llamad á las bodas á cuantos halláreis. Y habiendo salido los criados á los caminos, congregaron á cuantos hallaron, buenos y malos, y se llenaron las bodas de convidados. Y entró el rey para ver á los que estaban en la mesa, y vió allí un hombre que no iba vestido con vestidura

lo que deseaba. Gracias á la fé de los otros él obtuvo mas de lo que había pedido.

Para confirmar mas esta verdad, voy á citaros una historia bien reciente. El 8 de Setiembre último, día de la Natividad de la Santísima Virgen, una señora piadosa de la ciudad de Arles quiso asociarse á los fieles que hacían la romería á Nuestra Señora de la Salette. Contando apenas treinta años de edad, se hallaba hácia diez años impotente, como el paralítico de nuestro Evangelio; habíale trasportado en brazos y sobre una camilla (nueva semejanza tambien con nuestro paralítico) á la montaña Santa... Despues de la Misa bajáronla con un blanco cobertor á la fuente milagrosa, que brotó de aquella roca en el momento, en que en 1846 se apareció allí la augusta Madre de Dios. Ella lavaba sus piés y sus piernas tullidas en el agua milagrosa, diciendo con muchas lágrimas : « *Mi buena Madre, curadme.* » Una muchedumbre simpática y numerosa la rodeaba, repitiendo cerca de ella : « *O buena Madre, curadla.* » Habríaís dicho que aquello era una letanía, pues á cada invocacion de la pobre enferma los asistentes repetían : « *O buena Madre, curadla.* » ; O poder de la oracion hecha en comunión de fé!... Sí, O Virgen María, como vuestro Hijo, vos sois soberanamente misericordiosa. Vos visteis la fé de esa pobre paralítica y de los piadosos concurrentes que os pedían su curacion... *Et videns fidem illorum.* En efecto, hermanos míos, la enferma se levanta, marcha sola, está curada; y llorando de gozo á la vista de la muchedumbre maravillada, entra á la Iglesia para dar gracias á Dios y á su santísima Madre de su curacion <sup>1</sup>.

Tengamos, pues, hermanos míos, en gran estima la oracion hecha en union de los mismos sentimientos y de la misma fé... Procuremos unirnos los unos á los otros en los mismos deseos de religion y piedad; este es el mejor medio para conservar entre nosotros los lazos de la caridad. Si, cristianos, hagamos juntos un solo corazon, una sola alma en la tierra, á fin de que podamos

1. Véase l'Univers de 13 setiembre de 1873.

así volver á encontrarnos juntos y reunidos en aquella incomparable asamblea de los santos, que es eternamente una y bienaventurada en Nuestro Señor Jesucristo... Así sea.

## HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO

DEL DÉCIMO NONO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTÉS.

(MATTH., XXII, 1-14.)

**La misericordia de Dios resplandece en la justicia que ejerce en los Judíos y malos cristianos.**

TEXTO. *Perdidit homicidas illos et civitatem illorum succendit.* Él acabó con aquellos homicidas y puso fuego á su ciudad.

EXORDIO. Dice el Evangelio de este día que « en aquel tiempo, hablando Jesús en parábolas á los judíos que le rodeaban, les dijo : Semejante es el reyno de los cielos á un rey que, queriendo celebrar las bodas de su hijo, envió sus criados á llamar á los convidados á las bodas; mas éstos no quisieron asistir. Envió de nuevo otros criados con orden de decir á los convidados : Hé aquí que he preparado mi banquete, mis toros y los animales cebados están ya muertos; todo está pronto, venid á las bodas. Mas ellos no hicieron caso y se fueron, el uno á su granja, y el otro á su tráfico; y los otros prendiendo á sus criados, despues de haberlos ultrajado, los asesinaron. Y cuando el Rey supo esto, se irritó, y enviando sus ejércitos, acabó con aquellos homicidas y puso fuego á su ciudad. Entonces dijo á sus criados : Las bodas están ciertamente aparejadas, mas los que habían sido convidados no fueron dignos. Id, pues, á las salidas de los caminos y llamad á las bodas á cuantos halláreis. Y habiendo salido los criados á los caminos, congregaron á cuantos hallaron, buenos y malos, y se llenaron las bodas de convidados. Y entró el rey para ver á los que estaban en la mesa, y vió allí un hombre que no iba vestido con vestidura

de boda; y le dijo : Amigo ¿ cómo has entrado aquí, no teniendo vestido de boda? Mas él enmudeció. Entonces el rey dijo á sus ministros : Atadle de piés y manos y arrojadle á las tinieblas exteriores; allí habrá llanto y crujir de dientes. Porque muchos son los llamados y pocos los escogidos. »

Fué, hermanos míos, tres ó cuatro días antes de su Pasion, cuando Nuestro Señor refirió esta parábola á los principales de entre los Judíos. Este rey de quien les hablaba, era su Padre, estas bodas, seguidas de un banquete, significaban los beneficios que debía procurar á los hombres su Encarnacion. Los Judíos que fueron los primeros invitados á aprovecharse de ellos, despues de haber dado muerte á los Profetas, iban bien pronto á poner el sello á sus crímenes, crucificando al Hijo de Dios hecho hombre; esta maldad debía atraer sobre ellos las mas grandes calamidades, y entre otras la destruccion de su ciudad y la dispersion de los mismos entre todos los pueblos de la tierra. Los que serían llamados á reemplazarlos en el convite de las bodas eran las naciones paganas que los Apóstoles debían convertir.

Proposicion y Divisioñ. Como muchas veces somos tentados de acusar á Dios de demasiado severo, deseo, hermanos míos, aprovechar la ocasion que me ofrece esta parábola, para demostraros : *Primero* : que la misericordia de Dios resplandece en medio de la justicia con que castigó á los Judíos; *segundo* ; me propongo tambien haceros ver como esta misma misericordia resplandece en la justicia con que trata á los malos cristianos, figurados por aquel hombre que se había introducido en el banquete, sin tener el vestido de boda...

*Primera parte.* Hermanos míos, yo me represento á Dios como un padre bondadoso, justo, es verdad, pero siempre dispuesto á la indulgencia y misericordia, por poco que sus hijos se le muestren arrepentidos... Su brazo se levanta, pero antes de herir, su voz paternal dice al hijo culpable : « amigo, duélete del mal que has hecho, de la falta que has cometido, y en lugar de castigarte te estrecharé con ternura contra mi corazon... » Y ¿ no es acaso esta la conducta que observó Dios respecto del pueblo judío?...

Vedlo : Jesucristo les da aun en el Evangelio de este día una solemne advertencia : « Hermanos, amigos míos, parece decirles, vosotros sois los primeros convidados á este banquete nupcial, mi Padre es quien os convida; y yo mismo, desde que estoy entre vosotros, ¿ he hecho por ventura otra cosa? ¿ No os he exhortado y apremiado de mil maneras á aprovecharos de mi Encarnacion y de las gracias que de élla dimanaban?... Hacedos, pues, dignos de participar de las alegrías del cielo, de las delicias del paraiso, para las cuales habeis sido criados y á las que los Profetas, mensajeros y criados de mi Padre, os han tantas veces invitado... Reflexionad bien en el crimen que vais á cometer, pidiendo mi muerte. Hasta ahora aun no os está cerrada la puerta del arrepentimiento. Pero si os haceis sordos á mis invitaciones, la maldicion caerá sobre vosotros; porque el rey de quien os hablo, habiendo sabido, que se había dado muerte á sus criados, exterminó á los asesinos y arrasó su ciudad... » ¿ No era este, hermanos míos, el llamamiento supremo de la misericordia, tratando de apartar á los ciegos Judíos del crimen que maquinaban y que iban á consumir dentro pocos días?...

Y esta conducta para con los culpables de parte de la misericordia de Dios no era, en verdad, nueva : ningun castigo cayó jamás sobre el género humano ó sobre el pueblo judío, sin que antes la bondad de nuestro Padre celestial enviase signos precursores, para detener la justicia y reclamar el arrepentimiento. Noé á quien S. Pedro llama con tanta razon el heraldo, esto es, elregonero de la justicia, *preconem justitiæ* <sup>1</sup>, ¿ no pasó ciento veinte años en fabricar el arca, que debía salvar del diluvio á él y á su familia? ¿ Y porqué esto? Porque Dios quería con este tan largo tiempo invitar los hombres á convertirse, ya que se veía precisado á castigarles á pesar suyo. Si en lugar de hacer ellos burla del patriarca, hubiesen escuchado su voz, abandonado sus vicios y llorado sus crímenes, el diluvio no habría tenido lugar, la clemencia divina los habría perdonado... ¿ Quereis aun un he-

1. II Pet. II, 5.

cho mas patente?... Hélo aquí. Moisés está conferenciando con Dios sobre la montaña; durante este tiempo el pueblo judío, olvidando lo que debe al Señor, se entrega á la idolatría; hace construir un becerro de oro ante el que se prosterna... « Tu pueblo ha prevaricado, dice el Señor á Moisés, déjame castigarlo; es esto demasiada ingratitude, voy á ejecutar un castigo ejemplar... » ¡ O Dios de bondad y misericordia, cómo sois, en verdad, el mejor de los padres! ¿ No sois vos el Todopoderoso, el que gobierna el mundo y manda al rayo? ¿ Porque, pues, decís á vuestro siervo Moisés : « Déjame, no detengas mi brazo, no me impidas castigar á este pueblo ingrato? ¡ Ah! es que vos no castigais sino á disgusto... En efecto Moisés intercede, y el castigo es suavizado <sup>1</sup>.

Si quisiéramos, hermanos míos, recorrer todo el Antiguo Testamento, veríamos que Dios siempre y en todas partes ejercía su justicia muy á pesar suyo, y que siempre estaba dispuesto á conceder el perdón al arrepentimiento... Esto nos dice la historia del profeta Jonás. « Vé, le dice el Señor, á la gran ciudad de Nínive y clama de mi parte por las calles de la misma : aun cuarenta días y Nínive será destruida. » En vano, o profeta, temes cumplir tu mision; en vano has dicho dentro de tu corazón : « Ya que Dios quiere destruir esta ciudad, ¿ á qué ir yo á anunciarla semejante desgracia, pues élla la experimentará bien pronto?... » Tu huyes; pero la misericordia de Dios te salva por medio de un prodigio; y la ballena que te ha tragado, viene á lanzarte sano y salvo á la orilla. Vé, pues, ahora, y no temas, cumple el encargo que has recibido, para que se realicen los designios de Dios... Sí, hermanos míos, Dios tenía sus designios; pero eran éstos llenos de misericordia... Cuando el profeta hubo clamado en las calles de la ciudad culpable : « Aun cuarenta días y Nínive será asolada, » la ciudad entera púsose á hacer penitencia, y Dios, tocado de su arrepentimiento, suspendió el decreto de destruccion que había dado contra élla. Siempre sucede lo mismo, hermanos míos : y si los enemigos del Salvador hubiesen querido escuchar esta última

1. Exodo, xxxii, 10.

amonestacion que les daba en el Evangelio de hoy; sí, en lugar de darle la muerte á él, el hijo, el siervo del rey por excelencia, hubiesen respondido á sus invitaciones, estad ciertos, que éellos no habrían sido exterminados, ni su ciudad arrasada.

¿ Por ventura el hombre que quiere haceros daño, despojaros de lo vuestro, ó atentar á vuestros días, tiene el cuidado de preveniros? Evidentemente que no. Pues, cuando Dios prevenía á los Judíos de los males que iban á llover sobre éellos, con esto manifestaba, que muy á pesar suyo cumpliría Él sus amenazas, y los exhortaba á sustraerse á sus efectos por medio del arrepentimiento.

*Segunda parte.* Ya veis, hermanos míos, que Dios, aun cuando castigaba á los judíos, se mostraba misericordioso, pues tan repetidas veces les había invitado á este banquete nupcial que, como tengo dicho, no era otra cosa, sino la participacion á los beneficios de la Encarnacion del Salvador. Pues bien, la misericordia que Él usa con nosotros, aun cuando nos castiga, es acaso mas grande todavía... Habiendo los Judíos sido reprobados á causa de sus crímenes é infidelidades, fueron las naciones paganas, fueron nuestros padres, ¿ qué digo? somos nosotros mismos los invitados á ocupar el puesto de aquellos.

Mas ¿ qué significa esta severidad para con el hombre, que había osado introducirse entre los convidados, sin tener el vestido conveniente?... Para entender bien este pasaje de <sup>3</sup> vange-  
lio sabed, que era costumbre entre los Judíos el dar á cada uno de los convidados un vestido, que él debía ponerse para sentarse en el banquete de las bodas : llamábase este vestido vestidura nupcial <sup>1</sup>. Fué, pues, con justicia que el rey arrojó de su presencia á aquel, que se había descuidado de vestirse de la vestidura, que le estaba preparada... ¿ Cuáles podían ser sus excusas?... Miradlo... Él no podía decir : Yo no tenía vestidura nupcial, yo no he podido ponérmela. — Mentiroso, le habría dicho el rey, había una que tenía destinada para tí. — Pero yo no he tenido

1. Conf. Cornelio Alapide, *ibid.*, éd. Vivès.

tiempo, vuestra invitacion me ha sorprendido. — ¿Cómo es, pues, que á los otros no les ha faltado tiempo?... Con justicia, pues, este hombre fué excluido del convite y castigado por su negligencia.

Hermanos carísimos, la historia de este hombre es la de todos nosotros, pobres pecadores. Dios, al invitarnos á las bodas de su Hijo y á participar de los beneficios de la Encarnacion, nos ha preparado en los Sacramentos del Bautismo y Penitencia una vestidura nupcial, y merecemos un severo castigo, si somos negligentes en andar adornados con tan precioso vestido.

¡Ah! miradlo bien, cuando nosotros ofendemos á Dios, somos mas culpables que los Judíos... ¡Mas culpables, decid! y ¿cómo? ¿Acaso hemos sido nosotros tan ingratos como ellos. ¿Por ventura hemos dado nosotros muerte á los profetas y crucificado á su Hijo?... Lejos de eso; nosotros miramos con horror sus maldades y detestamos el crimen que ellos cometieron, clavando á Jesucristo en la cruz. Y ¿es verdad, hermanos míos, que nosotros seamos menos culpables que los Judíos? Quizá, mirándolo con atencion, encontraremos, que somos nosotros mas ingratos y mas dignos de castigo.

Por de pronto los beneficios que nosotros hemos recibido de Dios, son mas numerosos y mas grandes... Los Judíos fueron librados de la servidumbre de Faraon, y nosotros, sí, nosotros hemos sido sacados de la esclavitud de Satanás; á ellos les había prometido Dios los bienes de la tierra, pero á nosotros nos promete las delicias del cielo. Para apagar su sed, les hizo brotar agua de una peña; pero á nosotros nos purifica y refrigera con su propia sangre. Para ellos hizo el Señor llover el maná del cielo; pero á nosotros, ah! abrid, hermanos míos, este tabernáculo, decid lo que él encierra, lo que Jesucristo aquí nos dá; ¿no esta ahí el verdadero pan bajado del cielo?...

El profeta Samuel decía á los Judíos congregados: « Levantaos, y voy á manifestaros en presencia del Altísimo los favores de que os ha colmado su misericordia !. » Permitidme, hermanos míos, que os hable de la misma manera. Examinad; contad; si

podeis, el número de gracias que os ha dispensado, ¡ tantas luces interiores, tantas instrucciones! ¡ O Dios mío, cuántas veces nos ha llamado vuestra bondad! Pero nosotros hemos permanecido sordos á vuestro llamamiento. ¡ Ah! si algun día somos castigados, mil veces lo habrémos merecido, y no podrémos quejarnos de vuestra misericordia. ¿ Podemos, hermanos míos, compararnos, ni siquiera á aquel Fariseo, cuya oracion rechazó Dios?... Él sube al templo para orar; y cuántos cristianos hay que apenas se ven en nuestras Iglesias y se desdeñan de dar gracias á Dios!... Él ayunaba dos veces á la semana; y nosotros ¿ hacemos acaso un solo acto de mortificacion por semana?... Él pagaba el diezmo de sus bienes; y ¿ en dónde están nuestras buenas obras y las limosnas que hacemos á los pobres?... En fin, él podía afirmar con verdad que no era adúltero, ni ladrón, ni injusto : y ¿ se encuentran muchos entre los cristianos, que pudieran dar de sí un semejante testimonio? Sin embargo Dios lo rechaza, el alma de aquel Fariseo no tiene el peso requerido, para atraer en favor suyo la balanza, *inventus est minus habens*. Ya lo veis, pues, hermanos míos, muchos de entre nosotros valen menos que los Judíos!...

¿ Será aun preciso hacer esta verdad mas clara? Cuando, pues, á pesar de las inspiraciones de nuestra fé y de los remordimientos de nuestra conciencia nos entregamos, no importa á que pasiones desordenadas, á la avaricia, orgullo, impureza, ¿ no preferimos entonces esta pasion á Jesucristo, como los Judíos le prefirieron á Barrabás? ¡ Pobre pecador! cuando cedes á las sugerencias del mal, entonces te asocias á los verdugos que azotaron al divino Salvador, y parece que les dices : « Vosotros no pegáis bastante fuerte, ni bastante tiempo; dejadme ocupar vuestro puesto. » ¿ Nosotros, hermanos míos, ocupamos este puesto y renovamos, en cuanto es de nuestra parte, los suplicios de nuestro Redentor; y esto no solo durante una noche, sino por años enteros. ¡ O Dios mío, sí, es verdad, nosotros somos mas culpables que los Judíos y mas que ellos merecemos ser reprobados!...

Ahora recordemos la misericordia que Dios ha usado con nosotros; y para mostrar las riquezas de esta misericordia, ¿ no ha

tolerado, como dice el Apóstol, con una paciencia extrema á cristianos dignos de su cólera y merecedores desde largo tiempo de los suplicios eternos?... ¡ Cuántos buenos pensamientos, cuántos estímulos y remordimientos!... ¡O Dios mío, lo repito, cuántas veces nos habeis invitado á la mesa nupcial, al banquete de vuestro amor! « Venid, hijos míos, nos decíais; venid, mi corazón os llama, el convite está preparado, la víctima está inmolada, apresuraos. » Y nosotros, al igual que los Judíos, nosotros nos hemos desdeñado de responder á su llamamiento; quizás tambien entre los que han venido á sentarse en la mesa eucarística ha habido algunos que no llevaban la vestidura nupcial, que no tenían la pureza de conciencia, las disposiciones convenientes. A pesar de esto, hermanos míos, la misericordia de Dios nos aguarda, nos tolera... ¿ Qué digo? élla nos invita todavía, y muy á pesar suyo se verá algun día obligada á castigarnos.

PERORACION. Leemos en la Sagrada Escritura, que un ángel del Señor se apareció á la madre de Sanson, para anunciarle el nacimiento de este hijo predestinado que debia ser por algun tiempo el libertador de Israel. El marido de esta mujer, asustado, le dijo: « Ciertamente moriremos, porque Dios se nos ha aparecido. — No, contestó la madre; si el Señor quisiera hacernos morir, no nos habria anunciado todas estas cosas, ni predicho todo lo que debe sobrevenirnos<sup>2</sup>. » Pobres pecadores, ¿ no podemos decir tambien lo mismo respecto de nosotros? No, no quiere Dios nuestra pérdida, os lo digo de verdad; pues si la quisiera, no haría resonar en nuestros oídos de una manera tan frecuente estas saludables amonestaciones y tan solemnes amenazas. Él quiere nuestra enmienda, nuestra salvacion; y estas amenazas mismas vienen á ser una invitacion mas apremiante de su misericordia<sup>3</sup>. « Cuando, decía el Señor por boca de un profeta, hubiere dado un decreto contra algun reino, para perderlo y asolarlo del todo, si esta nacion hiciere penitencia, evitará por su arrepentimiento

1. Rom., ix, 22-23.

2. Judic., xiii, 22-23. — 3. Jerem., xviii, 7 y sigs.

las desgracias con que la haya amenazado, y yo no derramaré sobre élla los males con que debia aniquilarla. » O Dios, o Padre lleno de misericordia, esta misma es la conducta que guardais con respecto á nuestras almas; hacednos, pues, la gracia de responder á vuestro amor, de cooperar al designio que teneis de salvarnos. Haced, o dulce Salvador, que vuestras amenazas produzcan en nosotros un temor saludable, nos exciten á salir del pecado, nos hagan entrar de nuevo en gracia con vos, á fin de que, mecidos en los brazos de vuestra inefable misericordia, podamos un día alabaros y bendeciros para siempre en la gloria eterna. Así sea.

## HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO

DEL VIGÉSIMO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES.

(JOAN. IV, 46-53.)

Como los padres deben vigilar sobre los intereses temporales y espirituales de sus hijos.

TEXTO. *Rogabat eum, ut descenderet et sanaret filium ejus, incipiebat enim mori.* Rogaba á Jesús, que bajase y curase su hijo, que estaba próximo á morir<sup>1</sup>.

EXORDIO. Hermanos míos, nuestro divino Salvador habia venido por segunda vez á Caná de Galilea, pueblo en donde habia obrado su primer milagro. « Había, pues, entre los vecinos de aquel lugar un príncipe, un gobernador, ó segun la palabra que emplea el Evangelio de este día, un reyezuelo que tenía á su hijo enfermo en Cafarnaum. Habiendo sabido, que Jesús estaba en aquella comarca, vino á encontrarle, rogándole que bajase á su casa, para curar á su hijo que estaba agonizando. Viendo nuestro Señor, que la fé de ese hombre era todavía imperfecta, pues que este

1. Joan., iv, 47.

tolerado, como dice el Apóstol, con una paciencia extrema á cristianos dignos de su cólera y merecedores desde largo tiempo de los suplicios eternos?... ¡ Cuántos buenos pensamientos, cuántos estímulos y remordimientos!... ¡O Dios mío, lo repito, cuántas veces nos habeis invitado á la mesa nupcial, al banquete de vuestro amor! « Venid, hijos míos, nos decíais; venid, mi corazón os llama, el convite está preparado, la víctima está inmolada, apresuraos. » Y nosotros, al igual que los Judíos, nosotros nos hemos desdeñado de responder á su llamamiento; quizás tambien entre los que han venido á sentarse en la mesa eucarística ha habido algunos que no llevaban la vestidura nupcial, que no tenían la pureza de conciencia, las disposiciones convenientes. A pesar de esto, hermanos míos, la misericordia de Dios nos aguarda, nos tolera... ¿ Qué digo? élla nos invita todavía, y muy á pesar suyo se verá algun día obligada á castigarnos.

PERORACION. Leemos en la Sagrada Escritura, que un ángel del Señor se apareció á la madre de Sanson, para anunciarle el nacimiento de este hijo predestinado que debía ser por algun tiempo el libertador de Israel. El marido de esta mujer, asustado, le dijo: « Ciertamente moriremos, porque Dios se nos ha aparecido. — No, contestó la madre; si el Señor quisiera hacernos morir, no nos habria anunciado todas estas cosas, ni predicho todo lo que debe sobrevenirnos<sup>2</sup>. » Pobres pecadores, ¿ no podemos decir tambien lo mismo respecto de nosotros? No, no quiere Dios nuestra pérdida, os lo digo de verdad; pues si la quisiera, no haría resonar en nuestros oídos de una manera tan frecuente estas saludables amonestaciones y tan solemnes amenazas. Él quiere nuestra enmienda, nuestra salvacion; y estas amenazas mismas vienen á ser una invitacion mas apremiante de su misericordia<sup>3</sup>. « Cuando, decía el Señor por boca de un profeta, hubiere dado un decreto contra algun reino, para perderlo y asolarlo del todo, si esta nacion hiciere penitencia, evitará por su arrepentimiento

1. Rom., ix, 22-23.

2. Judic., xiii, 22-23. — 3. Jerem., xviii, 7 y sigs.

las desgracias con que la haya amenazado, y yo no derramaré sobre élla los males con que debía aniquilarla. » O Dios, o Padre lleno de misericordia, esta misma es la conducta que guardais con respecto á nuestras almas; hacednos, pues, la gracia de responder á vuestro amor, de cooperar al designio que teneis de salvarnos. Haced, o dulce Salvador, que vuestras amenazas produzcan en nosotros un temor saludable, nos exciten á salir del pecado, nos hagan entrar de nuevo en gracia con vos, á fin de que, mecidos en los brazos de vuestra inefable misericordia, podamos un día alabaros y bendeciros para siempre en la gloria eterna. Así sea.

## HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO

DEL VIGÉSIMO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES.

(JOAN. IV, 46-53.)

Como los padres deben vigilar sobre los intereses temporales y espirituales de sus hijos.

TEXTO. *Rogabat eum, ut descenderet et sanaret filium ejus, incipiebat enim mori.* Rogaba á Jesús, que bajase y curase su hijo, que estaba próximo á morir<sup>1</sup>.

EXORDIO. Hermanos míos, nuestro divino Salvador había venido por segunda vez á Caná de Galilea, pueblo en donde había obrado su primer milagro. « Había, pues, entre los vecinos de aquel lugar un príncipe, un gobernador, ó segun la palabra que emplea el Evangelio de este día, un reyezuelo que tenía á su hijo enfermo en Cafarnaum. Habiendo sabido, que Jesús estaba en aquella comarca, vino á encontrarle, rogándole que bajase á su casa, para curar á su hijo que estaba agonizando. Viendo nuestro Señor, que la fé de ese hombre era todavía imperfecta, pues que este

1. Joan., iv, 47.

juzgaba necesaria la presencia de Jesús para la curacion de su hijo, le increpó por é llo y le dijo : « Si no veis milagros y prodigios, ya no creéis. — Señor, respondió el príncipe, venid, os ruego, antes que mi hijo muera. Jesús le dijo : Vé, que tu hijo vive. Creyó el hombre á la palabra que le dijo Jesús y se fué. Y cuando bajaba saliéronle al encuentro sus criados, diciéndole que su hijo estaba bueno. Pidióles entonces á que hora comenzó á encontrarse mejor, y le dijeron : Ayer á la siete le dejó la fiebre. Conoció, pues, el padre, que era la misma hora, en que Jesús le dijo: Tu hijo vive; y creyó él y toda su casa; » esto es creyó que Jesús era verdaderamente el Mesías esperado.

Tal es la narracion del Evangelio del día de hoy. Con tal ocasion bien podría demostraros, hermanos míos, que nadie, por poderoso que sea, está exento de las penas de este mundo; podría tambien conducirnos al aposento del hijo de ese príncipe, extendido sobre el lecho del dolor, devorado por la fiebre y estando bajo la helada mano de la muerte. Veríais entonces, conforme dijimos al hablar del hijo de la viuda de Naim, que ni la juventud, ni los buenos cuidados, ni la fortuna pueden preservarnos de las enfermedades, ni eximirnos de la muerte.

*Proposicion.* Pero en esta mañana quiero pararme en otro pensamiento. La insistencia de este padre en pedir á Nuestro Señor la curacion de su hijo : *Bajad, os ruego, antes que muera mi hijo;* el resultado producido por la salud recobrada por el hijo, tanto sobre su padre, como sobre toda la familia : *Credidit ipse et domus ejus tota, creyó él y toda su casa* me impelen á hablaros de los deberes de los padres para con sus hijos.

*Division.* Primeramente : es una obligacion de los padres el velar convenientemente por los intereses temporales de sus hijos : *en segundo lugar* : ellos deben procurar todavia con mas ahinco los intereses espirituales de los mismos hijos; estas dos lecciones se derivan claramente del Evangelio de este día.

*Primera parte.* Es una obligacion manifiesta de los padres el velar por los intereses temporales de sus hijos; pero es preciso añadir, que ellos deben proceder en esto conforme á la voluntad

de Dios, es decir, que deben evitar el mas y el menos, que son dos defectos igualmente reprobables. Ciertamente, hermanos míos, parece casi inútil, especialmente en los tiempos que vivimos, decir á los padres, que están obligados á ocuparse de lo que toca á los intereses temporales de sus hijos; pues es de temer, que pongan en esto demasiado cuidado. Pues, ¿ no se ven á cada paso padres que en cierta manera parecen vivir únicamente para sus hijos? Y muchas veces, haciendo ellos traicion á los designios de la Providencia, ultrajando las santas leyes por la misma establecidas, ¿ no procuran restringir el número de los hijos, no solo para sustraerse á los cuidados y trabajos que importa la educacion, sino tambien para que el hijo ó la hija única sean mas ricos y ocupen mejor posicion en el mundo?... ¡ Cálculo egoista y cruel, que no pocas veces desbarata Dios de una manera terrible!... ¿ No vienen á ser muchos hijos otros tantos ídolos, cuyos caprichos se aprueban, y á cuya satisfaccion sacrifican los padres todos sus pensamientos y desvelos? Quiérese á toda costa, que ellos hagan fortuna y que sean de condicion superior á la que ocuparon sus padres... Y si á vosotros mismos que me escuchais os preguntase : ¿ porqué tantas fatigas y preocupaciones, porqué este apego al trabajo, por el cual profanais tantas veces la santificacion del Domingo?... Sin duda vosotros me diríais : Por mis hijos; sí, lo hago por ellos; por mi hijo, por mi hija me desentraño tanto.

Y si esos mismos hijos estuviesen enfermos y devorados por la fiebre, si los vierais próximos á morir, ¿ no os sentiríais inquietos, fuera de vosotros mismos y atormentados, como este príncipe de quien nos habla nuestro Evangelio?... ¿ No acudiríais pronto al médico?... Y si hoy, como entonces, recorriese Nuestro Señor nuestras ciudades y aldeas, como recorría las de la Judea, sembrando milagros á su paso, ¿ no iríais en vuestra angustia y dolor á echaros, como ese padre, á sus piés y á pedirle la curacion de vuestro hijo?... Ah! yo conozco vuestro corazon y sé que la mayor parte de vosotros no faltaria en hacerlo. En esto tendríais razon; vuestro llamamiento al médico, vuestro recurso á Nuestro Señor en tales circunstancias sería para vosotros un deber. Digamos,

pues, que generalmente se mira por los intereses temporales de los hijos; pero convengamos tambien, que no son pocos los padres que se ocupan de ellos demasiado. Digo demasiado, porque á causa de esos mismos intereses á menudo los padres y madres ofenden á Dios y ponen á riesgo su salvacion eterna.

Si los padres de quienes acabo de hablaros, son culpables, no faltan otros que pecan por un exceso opuesto. En efecto, se encuentran tambien padres sin entrañas y sin corazon que ningun cuidado tienen de los intereses temporales de sus hijos. Estos tales ora son unos viciosos que malgastan, sea en el juego, sea en la taberna el pan de sus hijos; ora son unos haraganes y perezosos, que miran con aversion el trabajo, disipan lo que sus padres laboriosos les dejaron, y ellos á su vez no dejarán á sus hijos otra herencia que la pobreza y miseria. Otras veces es el lujo y el orgullo que devorarán las economías que habrían podido proporcionar á los hijos un relativo bienestar.

Además la instruccion afecta tambien á los intereses temporales de los hijos. Ahora, pues, decidme; ¿no se ven á veces padres que por avaricia impiden á sus hijos el frecuentar el catecismo, la escuela, obligándolos á entregarse á un trabajo precoz, y para hacer ganar algunos céntimos á esos pobres hijos, los privan de la educacion é instruccion á que los mismos tienen derecho?... ¿Debo tambien hablaros de otra clase de padres, que no sé si merecen este nombre, de esos padres y madres indignas que criando á sus hijos en la pereza y abandono, especulan sobre su corta edad?... ¡Pobres niños! vosotros no conoceréis ni la Iglesia, ni la escuela, y condenados por padres infames á la holgazanería, á la medicidad acaso, no recibiréis instruccion alguna; y el nombre de Dios, de este Padre que teneis en el cielo, no asomará en vuestros labios sino para ser blasfemado. Entregados al vicio como una presa, vuestra infancia pasará entre la miseria y la deshonra; y si llegais á haceros grandes, la flojedad y malos ejemplos de vuestros padres harán quizás de vosotros unos de esos seres repugnantes que se ven á menudo, y que acaban por ser la desesperacion de su familia y un azote de la sociedad.. ¡ Ah!

y cuán culpables son semejantes padres delante de Dios, y cómo podría aplicárseles con razon estas palabras que nuestros libros santos aplican al avestruz, ave feroz y sin afeccion por sus hijuelos: *El avestruz es duro con sus hijuelos, como si no le perteneciesen*<sup>1</sup>.

*Segunda parte.* Á tal raza de padres sin duda no pertenecía, o cristianos, este príncipe de quien nos habla nuestro Evangelio. Él había emprendido un viaje bastante largo, para obtener la curacion de su hijo; él no se cansa de pedir, y á pesar de la reprehension que nuestro divino Salvador le hace por su poca fé, mirad como insiste: « Venid, os ruego, antes que mi hijo se haya muerto. » Pero tambien, hermanos míos, que su ejemplo os sirva para ocuparos con mas ardor de los intereses espirituales de vuestros hijos... O padre desolado, no en vano os habeis dirigido á Jesucristo; vuestra súplica es atendida... Ved como sus criados vienen á su encuentro, para anunciarle la curacion de su hijo. A la misma ahora, al momento mismo en que el médico celestial le dijo: Vete, tu hijo esta sano; la fiebre dejó á este hijo queridísimo. ¿Qué hará, pues, el padre? ¡ Ah! en testimonio de su gratitud se apresura á conquistar á la fé, no sólo á su hijo, sino á todos los que moran en su casa. Él cree en la divinidad de Aquel que por manera tan súbita y milagrosa ha devuelto la salud á su hijo; y quiere además, que todos cuantos le rodean, participen de la misma creencia. *Credidit ipse et domus ejus tota.* Él pensaría con razon, que no basta tener la fé y la religion para sí mismo, sino que además es necesario hacer todos los esfuerzos, para comunicar estos sentimientos de fé y de religion á todos aquellos con quienes se vive; y mas particularmente aun á los hijos, de cuya alma son responsables el padre y la madre ante Dios.

¿Es este, hermanos míos, un ejemplo siempre bien seguido, es esta una verdad bien comprendida siempre? ¡ Ah! no quiero hablar de tantas esposas que piadosas en cierta manera para sí mismas, ningun empeño ponen en atraer á sus maridos á las prác-

1. Job, xxxix, 16.

licas religiosas que ellos tal vez han abandonado. « Sería trabajo inútil, » dicen ellas. O mujeres, si realmente teneis fé, no habéis de esta manera. Por de pronto, ¿ habéis vosotras emprendido seriamente esta obra, que debe ser para vosotras una obra de todos los días?... Y si ya habéis agotado todos los demás medios, ¿ no os queda siempre el recurso supremo de la oración?... Pero de los hijos quiero principalmente ocuparme. ¿ Se toman realmente á pecho los intereses espirituales de su alma?... ¿ Se les dice de verdad lo que la madre de S. Luis repetía á su hijo : Prefiero verte muerto á mis piés, que manchado de un solo pecado mortal?... ¡ Ay ! No lo ignoráis, muy reducido es el número de madres, que se hallan animadas de tales sentimientos y que del fondo de su corazón podrían usar semejante lenguaje. Un niño por inadvertencia dejará caer un plato, ó un objeto aun de menos valor, entonces el padre, la madre se irritan y le pegan fuerte; pero se le oye blasfemar, ven que falta con frecuencia á las plegarias de la mañana ó de la noche, y estas faltas se consideran como una bagatela, y no se hace caso de corregirlas. Vuestro hijo ó vuestra hija se han quebrado un miembro á causa de un accidente cualquiera; ¿ qué dolor, qué disgusto!... Eso os inquieta; « Pobre hijo, decís, ¿ cómo sufre!... si á lo menos no le quedara traza alguna de este accidente... » Pero supongamos, que él haya perdido la fé, que menosprecie sus deberes religiosos, que raras veces se deje ver en la Iglesia. Responded, padres y madres, que me escucháis, ¿ esta ruina, este desmembramiento de su alma os causa la misma pena?... ¿ Decís tambien entonces con la misma ansiedad : « ¡ pobre hijo, qué digno es de lástima!... Si llegaba á morir en este estado, su paradero sería el infierno, y un infierno eterno!... » ¿ Lo pensáis así? ¿ Os ocupáis en eso?...

Pero si no os ocupáis de eso, vuestra religion individual, vuestra piedad personal de poco os servirá; pues entonces sois peores que un infiel. Si, hermanos míos, la expresion es dura, pero no es mía sino del apóstol S. Pablo. Escuchad lo que dice : *Si quis suorum et maxime domesticorum curam non habet, fidem negavit et est infideli deterior*. Si alguno no tiene cuidado de los suyos y en parti-

cular de los de su casa, ha negado la fé y es peor que un infiel <sup>1</sup>. Escuchadlo bien; si no os ocupáis de la salvacion de los de vuestra casa, y en especial de la salvacion de vuestros hijos, (porque aquí el Apóstol habla no menos de los ciudadanos del alma, que de los del cuerpo,) en este caso sois peores que un infiel, y os portáis como si hubieseis negado la fé. Así pues, cristianos, sepámoslo bien; es necesario obrar, como este padre de quien se trata en este Evangelio; es menester que uno crea para sí mismo y dar buen ejemplo, si queremos que los hijos lo sigan. Dicese que el águila que fabrica ordinariamente su nido en lo alto de las peñas, cuando quiere enseñar á sus pequeñuelos á tomar su vuelo, vuela por debajo de ellos, trazándoles el camino y sosteniéndolos con sus alas. Esto es la imágen de lo que deben hacer los padres. Ocupaos temprano del alma y de la salvacion de vuestros hijos, trazadles el camino con vuestro ejemplo, sostenedlos con vuestras oraciones y consejos, y no lo dudeis, si vuestro amor es bien ordenado, si preferís los intereses espirituales de vuestros hijos á los temporales, Dios bendecirá vuestros esfuerzos y escuchará vuestras oraciones... Os he dicho, que el amor que se debe á los hijos, debe ser ordenado, esto es, arreglado segun el orden querido por Dios, de modo que la afeccion que se les tenga, ande guiada por la fé que prefiere el alma al cuerpo. Mirad á esa madre heroica, de quien nos habla la *vida de los Santos*. Los verdugos quieren librar su hijo, esperando hacerle negar la fé. Élla lo toma en sus brazos, lo carga por sí misma sobre el carro que debe conducirle al suplicio. « No, hijo mio, le dice, tu no perderás esta bella corona del martirio que comienza á tocar tu frente. Que lloren las madres que no están seguras de la salvacion eterna de sus hijos; en cuanto á mí, lejos de derramar lágrimas, me regocijaré de saber que estás en el cielo cerca de Dios, por quien vas á dar tu vida, y de que rogarás por la que te ha dado á luz <sup>2</sup>. » ¡ Que fé!.. ¡ Cómo su amor para con su hijo era bien arreglado, pues

1. I Tim., v, 8.

2. *Vida de los santos*, los cuarenta mártires, Ribadeneyra, 10 de Marzo.

prefería la salvación de su alma á los intereses de su cuerpo!...

PERORACION. Pero; cuán raras veces se encuentra esta afección ordenada aun entre las personas cristianas! Permitidme terminar, confirmando esto con un ejemplo. Leemos en la vida de S. Juan de la Cruz, que una señora, la marquesa de Espada, habiendo visto á su hijo don Genaro sucumbir á la edad de cuatro años bajo la acción de la viruela, suplicaba á este santo cuya oración era en cierto modo omnipotente cerca de Dios, que le devolviese su hijo. « Tal vez, contestó el santo á esta madre desolada, Dios se dignará devolvéroslo; pero si lo ha arrebatado tan prematuramente del mundo, ha sido, porque él debía ser para vos causa de grandes disgustos. Él devorará su fortuna y os reducirá á la miseria; después de haberse perdido en el juego y de haber sido encarcelado muchas veces, será desterrado. Después volverá á mendigar su pan por las calles de Nápoles é incurrirá por fin en excomunión mayor. » La marquesa que no conocía mayor desgracia que la pérdida de su hijo, pidió al santo, si después de tantos desórdenes y miserias su hijo se salvaría. « Si, respondió él, por un rasgo especial de la misericordia divina vuestro hijo se salvará. » Si ha de ser así, replicó la madre, poco me importa la miseria y la vergüenza, devolvedle la vida. — ¿Le queréis, pues, vivo, á pesar de lo que os anuncio?... Si le quiero vivo... Entrán entonces en el aposento en que yacía el hijo, el santo se puso de rodillas; luego después de haber invocado á Dios, hizo correr por la boca del niño algunas gotas de un licor milagroso, que se escapa del sepulcro de S. Nicolás. De repente el niño se levanta y se halla curado. La madre no sabía como expresar su gratitud. « No á mí, dice el santo, debéis dar las gracias, sino á S. Nicolás, cuyos méritos le han devuelto la vida. » Genaro así resucitado erigió; pero ay! todas las predicciones de S. Juan se cumplieron á la letra; él perdió en el juego hasta cien mil escudos en un solo día, vino á parar, en fin, en la última miseria y arrastró á su madre en su ruina. Vivió entonces con la gente mas soez en Nápoles, fué encarcelado, desterrado después, y volvió á mendigar su pan á las puertas de la ciudad; pero, como había predi-

cho el santo, Dios tocó su corazón y murió en los mas vivos sentimientos de arrepentimiento<sup>1</sup>.

Ciertamente, hermanos míos, aunque esta mujer tuvo fé, ya veis empero cuan mal reglado era el amor que profesaba á su hijo. ¡ Ah! en vez de consentir en que su hijo volase al cielo con la inocencia de su Bautismo, prefirió verle vivir durante largos años en el desórden y olvido de Dios. Á lo menos vosotros profesad á vuestros hijos una afección ordenada de una manera mas cristiana. Poco importa, que vuestros hijos sean ricos, afortunados y considerados sobre la tierra, y que pasen aqui días mas ó menos largos; lo que sobre todo importa es, que vivan cristianamente, que conserven la fé, que salven su alma; si vuestros ejemplos y consejos han contribuido á este resultado, la recompensa que á vosotros os toque, será mas grande y vuestros hijos serán un día vuestra corona el cielo. Así sea.

### HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO

DEL VIGÉSIMO PRIMERO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES.

(S. MATEO, XVIII, 23-35.)

#### Sobre el perdón de las injurias.

TEXTO. *Sic et Pater meus cælestis faciet vobis, si non remiseritis unusquisque fratri suo de cordibus vestris.* Así tambien se portará con vosotros mi Padre celestial, si no perdonáreis con todo vuestro corazón á vuestro hermano las ofensas que él os hubiere hecho.

EXORDIO. Hermanos míos, S. Pedro acababa de consultar á nuestro Salvador, habiéndole pedido cuantas veces debía perdonar á los que le hubiesen ofendido. ¿ « Hasta siete veces? » le había dicho. Y Jesús le había respondido: No, Pedro, esto no basta, sino

1. Vida de S. Juan-José de la Cruz, *ibid.* 5 Marzo.

prefería la salvación de su alma á los intereses de su cuerpo!...

PERORACION. Pero; cuán raras veces se encuentra esta afección ordenada aun entre las personas cristianas! Permitidme terminar, confirmando esto con un ejemplo. Leemos en la vida de S. Juan de la Cruz, que una señora, la marquesa de Espada, habiendo visto á su hijo don Genaro sucumbir á la edad de cuatro años bajo la acción de la viruela, suplicaba á este santo cuya oración era en cierto modo omnipotente cerca de Dios, que le devolviese su hijo. « Tal vez, contestó el santo á esta madre desolada, Dios se dignará devolvéroslo; pero si lo ha arrebatado tan prematuramente del mundo, ha sido, porque él debía ser para vos causa de grandes disgustos. Él devorará su fortuna y os reducirá á la miseria; después de haberse perdido en el juego y de haber sido encarcelado muchas veces, será desterrado. Después volverá á mendigar su pan por las calles de Nápoles é incurrirá por fin en excomunión mayor. » La marquesa que no conocía mayor desgracia que la pérdida de su hijo, pidió al santo, si después de tantos desórdenes y miserias su hijo se salvaría. « Si, respondió él, por un rasgo especial de la misericordia divina vuestro hijo se salvará. » Si ha de ser así, replicó la madre, poco me importa la miseria y la vergüenza, devolvedle la vida. — ¿Le queréis, pues, vivo, á pesar de lo que os anuncio?... Si le quiero vivo... Entrán entonces en el aposento en que yacía el hijo, el santo se puso de rodillas; luego después de haber invocado á Dios, hizo correr por la boca del niño algunas gotas de un licor milagroso, que se escapa del sepulcro de S. Nicolás. De repente el niño se levanta y se halla curado. La madre no sabía como expresar su gratitud. « No á mí, dice el santo, debéis dar las gracias, sino á S. Nicolás, cuyos méritos le han devuelto la vida. » Genaro así resucitado erigió; pero ay! todas las predicciones de S. Juan se cumplieron á la letra; él perdió en el juego hasta cien mil escudos en un solo día, vino á parar, en fin, en la última miseria y arrastró á su madre en su ruina. Vivió entonces con la gente mas soez en Nápoles, fué encarcelado, desterrado después, y volvió á mendigar su pan á las puertas de la ciudad; pero, como había predi-

cho el santo, Dios tocó su corazón y murió en los mas vivos sentimientos de arrepentimiento<sup>1</sup>.

Ciertamente, hermanos míos, aunque esta mujer tuvo fé, ya veis empero cuan mal reglado era el amor que profesaba á su hijo. ¡ Ah! en vez de consentir en que su hijo volase al cielo con la inocencia de su Bautismo, prefirió verle vivir durante largos años en el desórden y olvido de Dios. Á lo menos vosotros profesad á vuestros hijos una afección ordenada de una manera mas cristiana. Poco importa, que vuestros hijos sean ricos, afortunados y considerados sobre la tierra, y que pasen aqui días mas ó menos largos; lo que sobre todo importa es, que vivan cristianamente, que conserven la fé, que salven su alma; si vuestros ejemplos y consejos han contribuido á este resultado, la recompensa que á vosotros os toque, será mas grande y vuestros hijos serán un día vuestra corona el cielo. Así sea.

### HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO

DEL VIGÉSIMO PRIMERO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES.

(S. MATEO, XVIII, 23-35.)

#### Sobre el perdón de las injurias.

TEXTO. *Sic et Pater meus cælestis faciet vobis, si non remiseritis unusquisque fratri suo de cordibus vestris.* Así tambien se portará con vosotros mi Padre celestial, si no perdonáreis con todo vuestro corazón á vuestro hermano las ofensas que él os hubiere hecho.

EXORDIO. Hermanos míos, S. Pedro acababa de consultar á nuestro Salvador, habiéndole pedido cuantas veces debía perdonar á los que le hubiesen ofendido. ¿ « Hasta siete veces? » le había dicho. Y Jesús le había respondido: No, Pedro, esto no basta, sino

1. Vida de S. Juan-José de la Cruz, *ibid.* 5 Marzo.

que debes perdonar á tu prójimo hasta setenta y siete veces, esto es, tantas veces cuantas te hubiere ofendido <sup>1</sup>. » Para confirmar esta doctrina y darla aun mas autoridad, Nuestro Señor contó la parábola citada en el Evangelio de este día. » El reino de los cielos, dijo, es semejante á un rey que quiso hacer rendir cuentas á sus siervos. Se le presentó uno que le debía diez mil talentos; (suma enorme) y como no tuviese con que pagarlos, mandó su señor que fuese vendido él, su mujer, sus hijos y cuanto tenía. Entonces el siervo, arrojándose á sus piés, le rogaba, diciendo: Señor, ten paciencia conmigo, que todo te lo pagaré: y compadecido el señor de aquel siervo, le dejó libre y le perdonó su deuda. Mas luego que salió aquel siervo, encontró á uno de sus compañeros que le debía la suma insignificante de cien dineros; y trabando de él, quería ahogarle, diciendo: Paga lo que me debes. En vano este compañero se echa á sus piés, diciéndole: Ten paciencia conmigo y todo te lo pagaré. Mas él no quiso escucharle y le hizo meter en la cárcel, hasta que pagase lo que debía. Sabedor el rey de lo que había pasado, se indignó mucho y habiendo llamado á su presencia á este siervo duro é ingrato, le dijo: Siervo malvado, toda la deuda te perdoné, porque me lo rogaste; ¿pues no debías tu tambien tener compasion de tu compañero, como yo la tuve de tí? Y le entregó á los verdugos, para que le atormentasen hasta que pagase toda la deuda. Asi tambien mi Padre celestial se portará con vosotros, si no perdonais de todo corazon á vuestro hermano... »

PROPOSICION. Hermanos carísimos, me propongo hablaros esta mañana de la obligacion que Dios nos impone, de perdonar plena y generosamente las injurias que nos fueren hechas. Verdad importante, sobre la que Nuestro Señor Jesucristo insiste fuertemente en su Evangelio.

DIVISION. *Primeramente*: Obligacion para todo cristiano de perdonar las injurias que le hagan: *En segundo lugar*: como debemos satisfacer á esta obligacion.

1. Matth., XVIII, 21-22.

*Primera parte.* Obligacion de perdonar las injurias que nos fueren hechas. Hermanos míos, hay un vicio inherente en cierto modo á nuestra naturaleza despues de su caída; y este vicio es el orgullo. Este es el primero, como sabeis, de los pecados capitales y el padre de una muchedumbre de pecados, cuales son vanidad, amor propio, rencor, envidia, hipocresía, cólera, ambicion etc., todos estos vicios son otros tantos malos hijos que le pertenecen y son producto suyo... El orgullo fué el que incitó á nuestros primeros padres á rebelarse contra Dios, inspirándoles el deseo insensato de hacerse sabios é inmortales como Él. De este vicio ninguno de nosotros está exento; él compenetra y está como infiltrado en nuestros huesos; y como el insecto que carcome los mejores frutos, corrompe con frecuencia hasta las mejores acciones que podamos practicar.

Pues bien, una de las cosas que mas repugnan á nuestro orgullo es el perdonar las injurias. Nuestro divino Salvador lo sabía bien, y así recomienda repetidas veces y con extraordinaria energía el perdon de las injurias. Escuchad algunas de sus palabras. « Perdonad, dice, y seréis perdonados <sup>1</sup>. Si no usais de misericordia con vuestros hermanos, Dios tampoco la usará con vosotros en el día del juicio. » Y en otra parte: « Con la misma medida, que midiéreis á los demás, se os medirá á vosotros <sup>2</sup> »; es decir: Si vosotros sois duros é inexorables con vuestro prójimo, el Juez soberano será duro é inexorable con vosotros. Aun mas, hermanos míos; Él ha querido, que en esta bella oracion del *Padre Nuestro* que Él mismo enseñó á sus Apóstoles y que todos nosotros debemos repetir á lo menos por la mañana y noche; Él ha querido, repito, darnos este documento: *Perdonadnos nuestras deudas, como nosotros perdonamos á nuestros deudores.*

¡O buen Salvador; y cuánto cuesta á nuestra pobre naturaleza humana! ¿Acaso dais vos aqui un precepto demasiado difícil y casi imposible de cumplir? Escuchad su respuesta: « No; *exem-*

1. Luc., VI, 37.

2. Matth., VII, 2; Marc. IV, 24, etc.

*plum dedi vobis.* Os he dado ejemplo y como yo he hecho, así debéis hacer también vosotros. » Veo, en efecto, á este adorable Jesús, siempre calumniado, siempre perseguido durante su vida mortal, y siempre perdonando. Aun con verle sobre la cruz, el odio que le persigue, no se encuentra satisfecho : burlas, dictorios, sarcasmos : « Baja, si puedes, le dicen, seductor é impostor. » Refinamientos de crueldad, manto de escarlata, cetro irrisorio, corona de espinas, hiel, vinagre : todo cuanto el rencor y la ferocidad pueden inventar, para hacer la muerte mas cruel... ¡ Ah! hermanos míos, ¿ tenemos nosotros enemigos semejantes é injurias tan enormes que perdonar?... ¡ Cosa extraña! En aquel mismo instante en que la rabia de sus enemigos le rodea, parece Él preferir sus enemigos á la dulcísima Virgen María, su Madre. En efecto, á vos, Madre desolada, os recomienda á S. Juan; y á sus verdugos los recomienda á la misericordia de su Padre : « Padre, perdonadlos, porque no saben lo que hacen. »

Y ahora, hermanos míos, ¿ no renueva Él todos los días en el sacramento de la Penitencia lo mismo que una vez hizo en la Cruz?... ¡ Cuán inmensa es la deuda contraída ante la justicia divina, aunque no sea mas que por un solo pecado mortal!... El sacerdote, como sabéis, ocupa en el santo Tribunal el lugar de Jesucristo; con Jesucristo mismo nos confesamos y Jesucristo es quien nos perdona... Hé aqui, pues, que nos encontramos arrodillados en el Confesionario, ó clavados por grave enfermedad en el lecho en que vamos á morir, siéndonos necesario recurrir á la misericordia divina. Yo he dejado de rogaros, decimos á Nuestro Señor, he blasfemado de vuestro Nombre santísimo, no he asistido á los divinos oficios, he profanado el Domingo, he cometido injusticias y he violado vuestra ley de mil maneras. — ¿ cuántas veces, hijo mio?... ¡ Ah! Señor, tantas veces, que no podría decir el número. — Sin embargo, tu sabías bien, prosigue Jesucristo, que me ultrajabas, que despreciabas mi poder, que violabas las sagradas promesas empeñadas en tu bautismo y renovadas al día de tu primera comunión. — Si, lo sabía, Señor. — Pues bien, hijo mio, á pesar de tu malicia, de tu ingratitud, yo

te perdono; pero con una condicion, y es, que perdones tu también á ese pariente, á ese vecino, á ese hombre que te ha ofendido. — ¡ Jamás, yo no puedo, me ha hecho demasiado daño! — ¡ Siervo malvado, yo tu Salvador y tu Dios, yo te he perdonado del todo una deuda incomparablemente mas grande! Mira, pues, tu no mereces perdon y voy á entregarte á los ejecutores de mi justicia. Y, en efecto, hermanos míos, que no espere perdon el que no quiere perdonar á su prójimo <sup>1</sup>...

*Segunda parte.* Lo repito, se trata aquí de una obligacion estrecha y rigurosa; mas ¿ cómo satisfacer á ella? Perdonando de veras y del fondo del corazon las injurias que nos fueren hechas. No pocas veces, hermanos míos, nos hacemos ilusion sobre este punto y nos creemos haber hecho lo bastante, cuando, al hablar de nuestros enemigos, decimos : « Yo no le tengo ningun odio; que el mal, que le deseo, me venga á mí; pero hablarle, ¡ nunca!... Ni tampoco quiero que mis hijos entren en su casa. » Y con esto creéis haber realmente perdonado?... Pero entrad en el fondo de vuestro corazon, examinad seriamente vuestra conciencia y encontraréis, que no es así... Vos gustais de recordar delante de los otros la injuria, que tal persona os ha hecho, ó la injusticia que ha cometido contra vos; y os sonreís, cuando oís decir mal de esa misma persona. ¿ Qué significa ese movimiento de satisfaccion que sentís, cuando le sucede algun accidente desgraciado?... Si vuestra boca calla, (lo que no siempre es así), ¿ no hay en el fondo de vuestro corazon una voz secreta que dice. « Le está bien; esta desgracia la tenía el tal, ó la cual bien merecida. »

¿ Y á eso llamáis perdonar? ¡ Siervo malvado!, os diré con Jesucristo, ¿ es de esta manera como Dios os ha perdonado?... Así es cómo se ha reconciliado con vos?... Él os ha perdonado toda vuestra deuda, os ha devuelto su amistad, su amor y lejos de quereros mal, ha continuado dispensándoos sus beneficios. ¿ Sabéis bien lo que decís, cuando pronunciáis estas palabras: *Perdonadnos, como perdonamos?* ¿ Os agradaría, que Dios se contentase de daros un

1. S. Leonardo, *Del amor á los enemigos.*

perdon hipócrita, de parecer exteriormente haber olvidado vuestras faltas, y que interiormente os guardase rencor?... ¿Estaríais bien tranquilos sobre vuestras culpas pasadas, si Él os dijese : « Te perdono, pero en adelante todo está concluido entre nosotros, ya no te concederé mas mis gracias, ni tampoco te hablaré con mis luces interiores y buenas inspiraciones, y cuando venga sobre tí algun mal, aunque sea la condenacion eterna, me alegraré de ello?... » ¡ Ah! hermanos carísimos, cuando hemos ofendido á Dios, deseamos que Él olvide de una manera completa las injurias de que somos reos ante Él; y si nosotros no perdonamos del fondo de nuestro corazon, pronunciamos nuestra propia condenacion, cuando decimos : *Perdonad nuestras deudas, como perdonamos á nuestros deudores*. Asi pues, debe ser de veras, con sinceridad, del fondo de nuestro corazon, sin reserva, la manera como debemos perdonar las injurias que hayamos recibido. Esto es quizás difícil, pero con la gracia de Dios no es imposible... Mirad á S. Estéban, aplastado bajo aquella granizada de piedras que los Judíos lanzan sobre él; no solo él los perdona, sino que ruega por sus verdugos. « Jesús, dice, no les imputes este pecado<sup>1</sup>. » Ya no quiero hacer mencion de S. Juan Gualberto, quien, en atencion al Salvador, perdonó á un enemigo que tenía bajo su poder, debiendo á este acto de caridad su propia conversion y las muchísimas gracias que hicieron de él uno de los santos mas ilustres<sup>2</sup>. Pero no puedo dejar de citaros un ejemplo no menos tierno y tal vez menos conocido. Santa Isabel de Hungría, despues de la muerte de su esposo, vino á ser el blanco de las mas terribles persecuciones. Echada de su palacio, acompañada de sus cuatro pequeños hijos, vióse reducida á mendigar un asilo que le fué denegado... Aquellos á quienes había élla protegido en tiempo de su fortuna, no quisieron recibirla. Los pobres que élla había sustentado, sí, los pobres mismos le volvían la cabeza, y no contentos de eso, hacían burla de su miseria é insultaban su infortunio... Pero vos, o santa admirable, en vez de irritaros,

1. Actor. Apost., VII, 59. — 2. Véase su *Vida* en Ribadeneyra.

no contenta de perdonar de todo vuestro corazon, suplicabais fervorosamente al Señor, que concediese una gracia particular á cada uno de los que os ultrajaban. Y el Dios que perdona, se dignó manifestárseos, y deciros : « Hija mía, jamás oracion alguna me fué mas grata, y tus perseguidores, ya que lo desees, recibirán la remision de sus pecados<sup>1</sup>. » Ved ahí, hermanos míos, como se debe perdonar; es decir se debe amar á los enemigos, se les ha de querer bien y ha de rogarse por ellos...

PERORACION. S. Leonardo de Porto-Mauricio, predicando un día sobre el amor que se debe á los enemigos y el perdon de las injurias, contaba la historia siguiente<sup>2</sup> : « Un jóven de doce años, lleno de piedad, se estaba muriendo de mal de corazon. Su padre le amaba tiernamente, pero alimentaba al mismo tiempo un odio mortal contra su propio hermano que tenía hacia él los mismos sentimientos. El jóven moribundo quiso reconciliarlos, los hizo llamar y colocar al uno á su derecha y al otro á su izquierda; despues abrazando á los dos, los estrechó contra su corazon y les dijo : « La gracia que pide un moribundo, no se niega nunca. He aquí, padre mío, el favor que os pide un hijo, que está á punto de morir; he aquí igualmente, mi tío, lo que os reclama un sobrino que se está muriendo; y es que los dos os perdoneis mutuamente y que os améis como hermanos. ¡ Ah! os lo conjuro, no me refuseis este favor. » Los dos hermanos no pudieron resistir á este llamamiento, el uno se echó en los brazos del otro, y todo quedó olvidado. Pues bien, hermanos míos, es Jesús mismo, Jesús jóven aun y espirando en la cruz quien nos invita á nosotros y á los que nos hayan ofendido á reconciliarnos cerca de ese lecho cruel, en que va á morir. « Amaos los unos á los otros, nos dice, perdonad, y yo os perdonaré; la paz reine entre vosotros, pues todos sois hermanos... » ¡ Dulcísimo Salvador, en vano escuchariamos vuestra voz!... O Jesús misericordioso, vos que mostrais sobre todo vuestro poder perdonándonos y usando de

1. Su *vida*, por Montalembert, cap. XVIII, y Jacques Marchant, *Hortus Pastorum*, t. III, p. 257 (édit. Vivès).

2. Cf. S. Leonardo, — *Del amor á los enemigos*.

misericordia con nosotros <sup>1</sup>, hacednos la gracia de que olvidemos sinceramente todas las injurias que nos han sido hechas, y de perdonarlas de lo íntimo del corazón, á fin de que en algun día obtengamos de vuestra inefable bondad la indulgencia y el perdón, de que necesitamos todos, para llegar á la bienaventuranza eterna. Así sea.

### HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO

DEL DOMINGO VIGESIMO SEGUNDO DESPUES DE PENTECOSTES.

(S. MATEO, XXII, 13-21.)

**La autoridad: Respeto que se debe á la autoridad temporal  
y á la espiritual.**

**TEXTO.** *Reddite ergo quæ sunt Cæsaris Cæsari; et quæ sunt Dei Deo.*  
Dad, pues, al César lo que es del César y á Dios lo que es de Dios.

**EXORDIO.** Hermanos míos, lo que cuenta el Evangelio del día de hoy tuvo lugar en el Martes que precedió á la Pasion. Los enemigos de Jesucristo querían á toda costa hallar un pretexto, para desacreditarle á los ojos del pueblo y acusarle ante el gobernador romano. Al efecto creyeron ellos haber hallado un medio para comprometerle... Tal fué el interrogarle sobre la justicia del tributo que los Judíos pagaban á los Romanos. Pensaron ellos, que si él decía que era necesario pagarlo, el pueblo que miraba con repugnancia este impuesto, se levantaría contra él; que si por el contrario, afirmaba, que no debía pagarse, le acusarían de rebelion ante el gobernador. Llevados, pues, de esta intencion perversa « los Fariseos le enviaron algunos de sus discípulos con algunos partidarios de Herodes, para decirle: Maestro, sabemos que eres

1. Sapientia, XII, 16. *Deus, qui omnipotentiam tuam parcendo maxime et miserando manifestas etc.* Oracion de la Iglesia.

veraz y que enseñas verdaderamente el camino de Dios, sin miramiento á persona alguna. Dínos, pues, ¿ qué te parece: Es lícito dar el tributo al César, ó no? Mas Jesús, conociendo la malicia de ellos, dijo: Porque me tentais, hipócritas? Montradme la moneda del tributo. Y ellos le presentaron una moneda. Y Jesús les dijo: ¿ De quién es esta figura é inscripcion? Dícenle: Del César. Entonces les dijo: Pues dad al César lo que es del César; y á Dios lo que es de Dios...» Y confundidos ellos por la sabiduría de esta respuesta, se retiraron.

**PROPOSICION.** ¡ Cuantas y cuán saludables instrucciones nos suministraría la narracion de este Evangelio, si el tiempo nos permitiese desarrollarlo!... Consulta hipócrita hecha á Nuestro Señor por sus enemigos, muy semejante á la que ciertos penitentes hacen á sus confesores por curiosidad, y sin intencion de seguir su parecer. Obligacion de dar á cada uno lo que se le debe, esto es, de ser justo bajo todos respectos con el prójimo, y de ser devoto y sumiso para con Dios. Pero en nuestros días, no sé, que género de enfermedad se ha poderado de los espíritus aun los mas discretos. Se afecta un tal desprecio de toda autoridad, que creo ser un deber llamar la atencion sobre este punto.

**DIVISION.** *Primeramente.* ¿ Qué es autoridad? Y ¿ cuál es su origen? *En segundo lugar:* Respeto que se debe á la autoridad temporal. *Tercero.* Respeto debido á la autoridad espiritual. Estos son los tres pensamientos que vengo á exponer con la mayor brevedad posible...

*Primera parte.* ¿ Qué es autoridad? Es la potestad legitima que un hombre ejerce sobre la voluntad de otro hombre... Vos sois un padre, una madre, por ejemplo; y en este caso nadie, á no ser que sea un insensato, osará decir que no teneis el derecho de mandar á vuestros hijos... Sois tambien un amo, ¿ no es pues evidente que el criado á quien pagais el salario, debe obedeceros?... Pero nosotros estamos compuestos de cuerpo y alma; vivimos algunos años aquí en la tierra; despues si hemos sido fieles á Dios, debemos vivir en el cielo durante la eternidad. De ahí, hermanos míos, la autoridad temporal y la autoridad espiritual; la

misericordia con nosotros <sup>1</sup>, hacednos la gracia de que olvidemos sinceramente todas las injurias que nos han sido hechas, y de perdonarlas de lo íntimo del corazón, á fin de que en algun día obtengamos de vuestra inefable bondad la indulgencia y el perdón, de que necesitamos todos, para llegar á la bienaventuranza eterna. Así sea.

### HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO

DEL DOMINGO VIGESIMO SEGUNDO DESPUES DE PENTECOSTES.

(S. MATEO, XXII, 13-21.)

**La autoridad: Respeto que se debe á la autoridad temporal  
y á la espiritual.**

**TEXTO.** *Reddite ergo quæ sunt Cæsaris Cæsari; et quæ sunt Dei Deo.*  
Dad, pues, al César lo que es del César y á Dios lo que es de Dios.

**EXORDIO.** Hermanos míos, lo que cuenta el Evangelio del día de hoy tuvo lugar en el Martes que precedió á la Pasion. Los enemigos de Jesucristo querían á toda costa hallar un pretexto, para desacreditarle á los ojos del pueblo y acusarle ante el gobernador romano. Al efecto creyeron ellos haber hallado un medio para comprometerle... Tal fué el interrogarle sobre la justicia del tributo que los Judíos pagaban á los Romanos. Pensaron ellos, que si él decía que era necesario pagarlo, el pueblo que miraba con repugnancia este impuesto, se levantaría contra él; que si por el contrario, afirmaba, que no debía pagarse, le acusarían de rebelion ante el gobernador. Llevados, pues, de esta intencion perversa « los Fariseos le enviaron algunos de sus discípulos con algunos partidarios de Herodes, para decirle: Maestro, sabemos que eres

1. Sapientia, XII, 16. *Deus, qui omnipotentiam tuam parcendo maxime et miserando manifestas etc.* Oracion de la Iglesia.

veraz y que enseñas verdaderamente el camino de Dios, sin miramiento á persona alguna. Dínos, pues, ¿ qué te parece: Es lícito dar el tributo al César, ó no? Mas Jesús, conociendo la malicia de ellos, dijo: Porque me tentais, hipócritas? Montradme la moneda del tributo. Y ellos le presentaron una moneda. Y Jesús les dijo: ¿ De quién es esta figura é inscripcion? Dícenle: Del César. Entonces les dijo: Pues dad al César lo que es del César; y á Dios lo que es de Dios...» Y confundidos ellos por la sabiduría de esta respuesta, se retiraron.

**PROPOSICION.** ¡ Cuantas y cuán saludables instrucciones nos suministraría la narracion de este Evangelio, si el tiempo nos permitiese desarrollarlo!... Consulta hipócrita hecha á Nuestro Señor por sus enemigos, muy semejante á la que ciertos penitentes hacen á sus confesores por curiosidad, y sin intencion de seguir su parecer. Obligacion de dar á cada uno lo que se le debe, esto es, de ser justo bajo todos respectos con el prójimo, y de ser devoto y sumiso para con Dios. Pero en nuestros días, no sé, que género de enfermedad se ha poderado de los espíritus aun los mas discretos. Se afecta un tal desprecio de toda autoridad, que creo ser un deber llamar la atencion sobre este punto.

**DIVISION.** *Primeramente.* ¿ Qué es autoridad? Y ¿ cuál es su origen? *En segundo lugar:* Respeto que se debe á la autoridad temporal. *Tercero.* Respeto debido á la autoridad espiritual. Estos son los tres pensamientos que vengo á exponer con la mayor brevedad posible...

*Primera parte.* ¿ Qué es autoridad? Es la potestad legitima que un hombre ejerce sobre la voluntad de otro hombre... Vos sois un padre, una madre, por ejemplo; y en este caso nadie, á no ser que sea un insensato, osará decir que no teneis el derecho de mandar á vuestros hijos... Sois tambien un amo, ¿ no es pues evidente que el criado á quien pagais el salario, debe obedeceros?... Pero nosotros estamos compuestos de cuerpo y alma; vivimos algunos años aquí en la tierra; despues si hemos sido fieles á Dios, debemos vivir en el cielo durante la eternidad. De ahí, hermanos míos, la autoridad temporal y la autoridad espiritual; la

una, que ordena las cosas del tiempo; y la otra, que sin olvidar el cuerpo, se ocupa principalmente del alma y de las cosas de la eternidad.

Ahora pues, S. Pablo nos enseña, que toda autoridad viene de Dios <sup>1</sup>... ¿Cómo?... ¿Es esto verdad?... Si, cristianos, el Espíritu santo que inspiraba al Apóstol, no puede mentir. Dios es el manantial, el principio de toda autoridad... No os diré, que, habiendo Dios criado al hombre, solo él tiene derecho á mandarle, solo él puede comunicar este derecho á quien le place. Quiero valerme de una comparacion, para hacer mas claro mi pensamiento, á fin de que entendais mejor esta verdad... Supongamos un pueblo construido en una llanura árida y seca; la lluvia no cae allí nunca; ningun arroyo, ninguna corriente viene á refrescar y fecundar su suelo ingrato; los pozos mismos están enjutos y falta completamente el agua necesaria tanto á la vida de los hombres, como á la vegetacion de las plantas. ¿Sería posible vivir bajo un tal clima? No sería antes eso un insoportable desierto, que devoraría á sus habitantes? Mas si en una montaña proxima se halla un inmenso depósito, si un delgado hilillo del agua allí encerrada llega á cada habitacion y basta para las necesidades de la misma, si una abundosa corriente, escapándose de este depósito, alimenta las fuentes públicas, y difunde sobre ese terreno estéril el frescor, la fecundidad y la vida; entonces ¡ qué cambio! ¡ y cómo todo toma otro aspecto!...

Apliquemos esta comparacion. El hombre es hecho para vivir en sociedad; la autoridad es igualmente indispensable para su vida moral, como el agua para la vida de su cuerpo. Suprimid la autoridad, y el hijo se rebela contra el padre, el criado contra el amo, y el vasallo conspira contra el que lo gobierna. En este caso fuera magistrados, fuera leyes, fuera justicia, fuera paz, abajo la sociedad.

El mundo vendría á convertirse en un vasto desierto, en que los hombres se destrozarian como bestias fieras y el mas fuerte

1. Rom. XIII, 1.

oprimiría al mas débil. O Dios infinitamente sabio, ¿de esta suerte habriais colocado al hombre sobre la tierra?... No, hermanos míos... De esta soberania omnipotente, que Dios posee sobre la naturaleza entera, él deja derivar, como de un vastísimo depósito, sobre vosotros, padres, madres y gefes de familia, la autoridad que necesitais, para mandar á vuestros hijos y gobernar vuestra casa. *Honra á tu padre y á tu madre*<sup>1</sup>, dice Dios á los hijos. El concede una parte mas considerable de esta autoridad á los que deben regir los pueblos y presidir á los destinos de los mismos. *Pormi reinan ellos*<sup>2</sup>, dice el Señor. Pero ¿á quién da él mas copiosa esta autoridad?... A su Vicario sobre la tierra; y en la santa Iglesia corre y se reparte dicha autoridad como un torrente bienhechor; á la Iglesia y á sus ministros ha dicho el Señor: *Quien á vosotros escucha, á mí escucha*<sup>3</sup>. Ved, pues, hermanos míos, como toda autoridad viene de Dios.

*Segunda parte.* Así es, hermanos míos, que siempre la Iglesia ha exigido de sus hijos respeto, sumision y obediencia á la autoridad temporal. Escuchad; ya en tiempo de los Apóstoles había hombres inquietos, orgullosos que miraban de reojo toda dependencia. Satisfechos de saber, que Nuestro Señor Jesucristo había dicho, que todos los hombres eran iguales delante de Dios, que el alma del mas pequeño valía tanto como la del mas grande, se levantaban con cierta dureza contra la autoridad temporal. Estos eran los revolucionarios de entonces. He aquí lo que decía S. Pedro, para precaver á los fieles contra estas tendencias: « Carísimos, portaos en medio del mundo de una manera irreprochable; estad sometidos por Dios á todo hombre que tenga autoridad sobre vosotros, primero al soberano y enseguida á los que le representan y que están encargados de estimular á los buenos y de castigar á los malos. Tal es el orden querido por Dios. De ningun modo conviene, que vosotros que teneis la fé, paseis por sediciosos y perturbadores de la sociedad. Sí, sois libres, sólo Dios tiene derecho sobre vuestra razon é inteligencia; pero esta libertad no

1. Exodo, xx, 12. — 2. Proverb. VIII, 15. — 3. Luc. x, 16.

debe degenerar en licencia, ni debe servir de velo, para encubrir vuestro orgullo y este amor innato que todos tenemos por la independencia... Amad á vuestros hermanos, temed á Dios, respetad los depositarios de la autoridad... <sup>1</sup> »

Tales eran, hermanos míos, las enseñanzas de la Iglesia primitiva, las que no han variado, sino que continúan hasta ahora siendo las mismas que está dando al mundo el sucesor de S. Pedro nuestro amadísimo Pio IX. Si, respeto á la autoridad legítima, cualquiera que sea el depositario de la misma y el nombre que éste tenga; un verdadero cristiano no debe ser jamás instigador, ni partidario de sediciones y conjuras.

¡ Ah! hermanos míos, si quisiéramos reflexionar, veríamos que esos pobres reyes, esos envidiados depositarios de la autoridad son casi siempre bien dignos de lástima. Inmensa es la responsabilidad que sobre ellos pesa; punzantes y numerosos son sus cuidados y tormentos... He aquí un navío que va á dejar el puerto; pasajeros subid en gran número á ese barco. En efecto se encuentran en él quinientos, mil, más aun; ellos están conversando, juegan, duermen con toda seguridad. Pero en la parte delantera del navío hay un hombre que no duerme, y sobre quien pesa toda la responsabilidad; este es el piloto. Con el ojo siempre fijo hacia el punto de dirección allí debe dirigir el barco. Aquí se presenta un escollo que evitar; mas allá es preciso ponerse en guarda contra los piratas; mas lejos aun cruzan vientos pérfidos, corrientes submarinas que harían zozobrar la embarcación que él dirige. Sin embargo los demás todos duermen; pero para él; qué responsabilidad, qué cuidados!... Él sabe que todos esos viajeros le han confiado su fortuna y su vida. Pues bien, hermanos míos, ahí tenéis una imágen de todo depositario de la autoridad temporal. Nosotros dormimos, nos entregamos tranquilamente á nuestras varias ocupaciones; unos cultivan sus viñas, otros sus campos; los artesanos cuentan con su salario, los negociantes se entregan á sus especulaciones mercantiles y cada uno piensa sólo en sí mismo... Es, pues, nece-

1. I Petri, II, 11-17; Rom., XIII, 1 y sig.

sario que alguno vele por la salvaguardia de nuestros intereses, por preservar nuestra fortuna de los ladrones y garantir nuestra vida contra las tentativas de los asesinos. Y este tal es el depositario de la autoridad, sea cual fuere el nombre que lleve; él es el encargado de hacer observar las leyes que nos protegen á nosotros y á los nuestros...

¡ Ah! *Demos al César lo que pertenece al César.* Fuera conspiraciones, fuera revueltas, fuera insubordinación contra los representantes de la autoridad; porque eso sería resistir al orden establecido por Dios <sup>1</sup>. A ejemplo de Jesucristo, paguémosles fielmente los impuestos que les son debidos. Evitemos, en fin, esas críticas amargas, esas injustas y apasionadas discusiones contra los que nos gobiernan.

¡ Ah! Ellos son hombres, ellos no son infalibles, ellos pueden engañarse; y nosotros mismos, si ocupáramos su puesto, ¿ estamos seguros de que contentaríamos á todo el mundo?... Y además, á veces hermanos míos, Dios permite, para manifestar su poder, que la tormenta sea mas fuerte que el piloto y que las revoluciones destruyan y acaben con los mejores gobiernos y los príncipes mas sabios. Adoremos en esto los designios de la Providencia; pero no nos olvidemos de tributar á la autoridad el respeto que le es debido... Esto en cuanto al César.

*Tercera parte.* Veamos ahora lo que debemos á Dios, esto es, á la autoridad espiritual. Ésta es la que Dios ha dejado á su Iglesia, de cuya autoridad el soberano Pontífice posee la plenitud sobre la tierra y sobre la que los obispos, y nosotros tambien, en cuanto somos vuestros pastores, ejercemos en parte entre vosotros... Esta autoridad tiene por objeto trabajar en nuestra santificación y dirigir nuestras almas hacia el cielo... ¡ Ah! hermanos míos, si los malos se rebelan contra la autoridad civil, ¿ no se levantarán aun con mas audacia contra la autoridad espiritual? ¿ Quién hubo jamás que fuese mas calumniado y perseguido, que la Cabeza de la Iglesia, el augusto Vicario de Jesucristo?... No contentos sus

1. Rom. XIII, 1.

enemigos de haberle despojado de sus Estados, quisieran aun envilecerle... Pero, o Dios todopoderoso, vuestra sabiduría sabe colocar el remedio al lado del mal, y en estos tiempos difíciles habeis colocado sobre la silla de S. Pedro á uno de los Pontífices mas santos y venerables que hayan gobernado la Iglesia. Su robusta ancianidad desde casi treinta años y á pesar de las mas violentas tempestades dirige con mano firme y prudente la barca de S. Pedro.

Y ved, cristianos; los obispos y aun nosotros simples curas de aldea, ¿no somos tambien asociados á esas persecuciones que sufre el soberano Pontífice? ¿Acaso no procura cada día el odio inventar contra nosotros las mas absurdas calumnias? Ahora pues, ¿cuál debe ser en estas circunstancias la conducta de un cristiano que tenga fé? *Dar á Dios lo que es de Dios*, es decir, amar al Soberano Pontífice, someterse á sus decisiones infalibles, socorrerle segun nuestras facultades, rogar por la exaltacion de la santa Iglesia tan indignamente perseguida, y por la conversion de los impíos.

¡Que impresion tan penosa causa oír muchas veces á hombres que no son incrédulos, á mujeres aun que se creen piadosas, repetir las calumnias inventadas por los malos periódicos, y propagadas por unos miserables pervertidos ó seducidos!... Eso es, entedlo bien, faltar al respeto que debemos á nuestros superiores; eso es negar á Dios lo que pertenece á Dios. Suponed, padres y madres, que me escuchais, que se inventan contra vosotros las cosas mas increíbles; que se os oprime con las mas graves imputaciones; ¿estariais contentos, si vuestros hijos que os conocen, que á lo menos deben conoceros, fuesen bastante ingratos y mal inspirados, para juntarse, aunque no fuese mas que por chanza, á vuestros calumniadores? Pues bien, hermanos carísimos, la Iglesia es nuestra madre, el Papa, los Obispos, nuestros pastores son nuestros padres espirituales; ¿y nosotros son reiríamos al verlos atacados y aplaudiríamos con las manos, cuando se trata de desprestigiarlos, lanzando sobre ellos las mas absurdas patrañas?... Vamos! que en este caso seríamos unos hijos culpables é ingratos

y faltariamos al respeto debido a esta autoridad espiritual, establecida por Dios en su Iglesia, para direccion y gobierno de la misma. Diréis vosotros, que esto se hace muchas veces por ligereza y sin mala intencion. Pero, ¿acceptariais vosotros una semejante excusa de la boca de uno de vuestros hijos?... No: pues bien, yo os digo, que Dios tampoco la aceptará de vuestra parte...

PERORACION. Concluyamos, hermanos carísimos. ¿Habeis vosotros asistido alguna vez á la descomposicion de un cadáver?... Los ojos están apagados, la lengua inmóvil, los oidos no sienten ya; todo sentimiento, todo signo de vida ha desaparecido. Pronto los gusanos se apoderan de él, las carnes paran en podredumbre, los nervios se desatan, los huesos se descoyuntan, y al cabo de poco tiempo del tal cadáver no queda mas que un horrible esqueleto, cuya variada armazon cae por sí misma á trozos. Esto es la imagen de una sociedad, en la que no presidiese una autoridad... La autoridad es como la vida, el alma de toda reunion de hombres; llámese esta reunion familia, provincia, reino, república, ó lo que se quiera... Desde el momento en que aquel que tiene el derecho de mandar, no es escuchado, viene á ser la sociedad una rebelion perpétua y víctima de la disolucion y de la muerte... Y entedlo bien, el rebajamiento de la autoridad es el que hace tan enfermizas á nuestras sociedades. Todos quisieran mandar, ninguno sabe obedecer, y los mas incapaces son los que se presentan con las mas grandes pretensiones. Nosotros, pues, ya que somos cristianos, pongamos cuidado en preservarnos de este funesto espíritu de revuelta, que amenaza extenderse por todas partes como un contagio mortal... Dóciles á los preceptos de nuestro Divino Salvador: *Demos al César lo que es del César*; sometámonos á los que Dios ha puesto, para mandarnos; obedezcámosles con respeto y deferencia, porque Dios lo quiere. *Demos tambien á Dios lo que es de Dios*; amemos á nuestros superiores espirituales, roguemos por ellos, escuchemos dócilmente sus avisos; esto será para nosotros un medio seguro é infalible para santificarnos en la tierra y llegar á ese hermoso reino del cielo,

en donde Dios solo será nuestro Rey, nuestro Amo, nuestro único Soberano y todas nuestras delicias por toda la eternidad... Así sea.

### HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO

DEL DOMINGO VIGESIMO TERCERO DESPUES DE PENTECOSTES.

(S. MATEO, IX, 18-26.)

**Nuestro Señor quiso exponerse á las burlas: como los cristianos deben soportarlas.**

TEXTO. *Et deridebant eum.* Y hacían mofa de Él.

EXORDIO. Hermanos míos, Nuestro Señor Jesucristo en el curso de sus predicaciones juntaba siempre la instruccion al milagro. Ora una curacion milagrosa venía á confirmar la leccion que habia dado; ora sus documentos siempre divinos venían en pos del prodigio que acababa de obrar... Esto se encuentra en cada página del Evangelio.

El acababa de manifestar á los discípulos de S. Juan Bautista, que los apóstoles en manera alguna estaban obligados á la estricta observancia de la ley antigua, <sup>1</sup> cuando tuvo efecto lo que refiere el Evangelio del día de hoy. « Un príncipe se le acerca y le adora, diciéndole: Señor, mi hija acaba de morir; mas ven, pon tu mano sobre ella y vivirá <sup>2</sup>. Y Jesús, levantándose, le fué siguiendo con sus discípulos, y entonces una mujer que hacía doce años estaba padeciendo un flujo de sangre, llegándose por detrás, tocó la orla de su vestido; porque decía dentro de sí: si tocaré tan solamente su vestido, quedaré sana. Jesús volviöse y viéndola dijo: Ten confianza, hija, tu fé te ha sanado. Y quedó sana la mujer desde aquella hora. Y habiendo llegado Jesús á la casa del príncipe, y

1. Matth., ix, 14-17. — 2. Marc., V, 32; Luc., viii, 41.

viendo á los tañedores de flauta y un gran tumulto de gente; (pues era costumbre entre los Judíos y otras muchas naciones llamar, cuando uno moría, á plañideras y tocadores de instrumentos, quienes por medio de sonos tristes y fúnebres atestiguan el dolor que causaba la pérdida del difunto :) dijo: Retiraos, pues la muchacha no es muerta, sino que duerme. » Como si les dijera: Respecto á mi omnipotencia la muerte no es mas que un sueño, voy á resucitar esta niña. » Y aquella gente no quería creerlo y hacía mofa de él. Y habiendo el Salvador echado fuera la gente, entró en el aposento de la difunta y tomándola por la mano, la muchacha se levantó llena de vida; y corrió la fama de este prodigio por toda aquella tierra. »

PROPOSICION. Como dentro de algunos días tengo que hablaros sobre la fé<sup>1</sup>, no me detendré esta mañana en haceros admirar la de ese príncipe que pidió y obtuvo la resurreccion de su hija, ni la de esa pobre mujer enferma, que por medio de la fé logró su remedio. Me contentaré, pues, con llamar vuestra atencio sobre la conducta de aquella turba incrédula, cuyo carácter nos pinta el Evangelio en dos palabras. *Et deridebant eum.* Y hacían burla de él.

DIVISION. Verémos, pues; Primero: como Jesús quiso exponerse á las burlas: segundo: Como deben soportarlas los cristianos, cuando son objeto de ellas por parte de los impíos ó libertinos.

Primera parte. Hoy día, hermanos míos, se acostumbra atacar principalmente con burlas y chanzas á nuestra santa religion y á los que la practican: género de persecucion en apariencia inofensivo, pero en verdad muy peligroso. Una comparacion os hará entender bien mi pensamiento. Escuchad... Un barco majestuoso está flotando sobre el Océano; levántase furiosa tormenta y sale victorioso de ella; mas un gusano muy pequeño <sup>2</sup> de la familia de

1. Véanse las *Instrucciones populares sobre el Símbolo de los Apóstoles, Instrucciones preliminares.*

2. Hace cerca de un siglo que este molusco estuvo á punto de destruir la flota Holendesa. Para impedir, pues, sus estragos se inventó el blindaje de los barcos. Véase el *Diccionario pintoresco de la Historia natural*, bajo la

en donde Dios solo será nuestro Rey, nuestro Amo, nuestro único Soberano y todas nuestras delicias por toda la eternidad... Así sea.

### HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO

DEL DOMINGO VIGESIMO TERCERO DESPUES DE PENTECOSTES.

(S. MATEO, IX, 18-26.)

**Nuestro Señor quiso exponerse á las burlas: como los cristianos deben soportarlas.**

TEXTO. *Et deridebant eum.* Y hacían mofa de Él.

EXORDIO. Hermanos míos, Nuestro Señor Jesucristo en el curso de sus predicaciones juntaba siempre la instruccion al milagro. Ora una curacion milagrosa venía á confirmar la leccion que habia dado; ora sus documentos siempre divinos venían en pos del prodigio que acababa de obrar... Esto se encuentra en cada página del Evangelio.

El acababa de manifestar á los discípulos de S. Juan Bautista, que los apóstoles en manera alguna estaban obligados á la estricta observancia de la ley antigua, <sup>1</sup> cuando tuvo efecto lo que refiere el Evangelio del día de hoy. « Un príncipe se le acerca y le adora, diciéndole: Señor, mi hija acaba de morir; mas ven, pon tu mano sobre ella y vivirá <sup>2</sup>. Y Jesús, levantándose, le fué siguiendo con sus discípulos, y entonces una mujer que hacía doce años estaba padeciendo un flujo de sangre, llegándose por detrás, tocó la orla de su vestido; porque decía dentro de sí: si tocaré tan solamente su vestido, quedaré sana. Jesús volviöse y viéndola dijo: Ten confianza, hija, tu fé te ha sanado. Y quedó sana la mujer desde aquella hora. Y habiendo llegado Jesús á la casa del príncipe, y

1. Matth., ix, 14-17. — 2. Marc., V, 32; Luc., viii, 41.

viendo á los tañedores de flauta y un gran tumulto de gente; (pues era costumbre entre los Judíos y otras muchas naciones llamar, cuando uno moría, á plañideras y tocadores de instrumentos, quienes por medio de sonos tristes y fúnebres atestiguan el dolor que causaba la pérdida del difunto :) dijo: Retiraos, pues la muchacha no es muerta, sino que duerme. » Como si les dijera: Respecto á mi omnipotencia la muerte no es mas que un sueño, voy á resucitar esta niña. » Y aquella gente no quería creerlo y hacía mofa de él. Y habiendo el Salvador echado fuera la gente, entró en el aposento de la difunta y tomándola por la mano, la muchacha se levantó llena de vida; y corrió la fama de este prodigio por toda aquella tierra. »

PROPOSICION. Como dentro de algunos días tengo que hablaros sobre la fé<sup>1</sup>, no me detendré esta mañana en haceros admirar la de ese príncipe que pidió y obtuvo la resurreccion de su hija, ni la de esa pobre mujer enferma, que por medio de la fé logró su remedio. Me contentaré, pues, con llamar vuestra atencio sobre la conducta de aquella turba incrédula, cuyo carácter nos pinta el Evangelio en dos palabras. *Et deridebant eum.* Y hacían burla de él.

DIVISION. Verémos, pues; Primero: como Jesús quiso exponerse á las burlas: segundo: Como deben soportarlas los cristianos, cuando son objeto de ellas por parte de los impíos ó libertinos.

Primera parte. Hoy día, hermanos míos, se acostumbra atacar principalmente con burlas y chanzas á nuestra santa religion y á los que la practican: género de persecucion en apariencia inofensivo, pero en verdad muy peligroso. Una comparacion os hará entender bien mi pensamiento. Escuchad... Un barco majestuoso está flotando sobre el Océano; levántase furiosa tormenta y sale victorioso de ella; mas un gusano muy pequeño <sup>2</sup> de la familia de

1. Véanse las *Instrucciones populares sobre el Símbolo de los Apóstoles, Instrucciones preliminares.*

2. Hace cerca de un siglo que este molusco estuvo á punto de destruir la flota Holandesa. Para impedir, pues, sus estragos se inventó el blindaje de los barcos. Véase el *Diccionario pintoresco de la Historia natural*, bajo la

los moluscos horada el casco del navío, y el agua penetra á través de la madera carcomida. Un vil insecto ha hecho lo que no pudo la tormenta; el barco se hunde y se abisma en el fondo. Así, hermanos míos, muchos cristianos que habrían resistido á una persecucion abierta, sucumben á veces á las burlas. Esto se vió en tiempo de Juliano el Apóstata; esto se ve todavía en nuestros días. Para prevenirnos, pues, y fortificarnos contra esta persecucion páfida, nuestro Salvador mismo quiso sufrir las burlas y sarcasmos los mas amargos.

No hablemos ya de su infancia, en que sin duda no le hicieron falta las burlas y desprecios que acompañan al niño pobre y desterrado. Pasemos enseguida á su vida pública... El Señor ha obrado ya muchos milagros, y acaba de arrebatár con la sabiduría de su doctrina la admiracion del pueblo que le escuchaba. En lugar de admirarle, ved con que necias reflexiones acogen sus enseñanzas los burlones y envidiosos... ¿ Con qué derecho nos habla? ¿ De donde ha recibido, decian irónicamente, esta sabiduría y este poder?... ¿ No es el hijo del carpintero? ¿ Su madre no se llama María? ¿ sus parientes no se hallan en medio de nosotros? Y así ellos hacían mofa de él. *Et scandalizabantur in eo.* Dice el Evangelio que Jesús por toda respuesta hizo pocos milagros en medio de ellos, á causa de la incredulidad de los mismos 1. Su pais mismo era para muchos objeto de burla. Nazareth, humilde poblacion de Galilea, no era considerada, para servirme del lenguaje de nuestros días, como una ciudad culta y floreciente. Estaba en uso el mofarse de sus habitantes; y Nathanael mismo que mas tarde fué discípulo del Salvador y acabó por derramar su sangre por la fé 2, Nathanael había comenzado por decir á los primeros que le habían hablado de Jesús: « ¿ Ha salido nunca

direccion de J. E. Guérin. Esta obra seria excelente, si no tuviera un prefacio burdo y provocativo y si no contara entre sus colaboradores á dos ó tres bufos, verdaderas monas de Voltaire, que hacen el impio hablando de insectos ó conchas. — Hablo de la edicion de 1834.

1. Math., xiv, 54-58. Marc., vi, 4-6. — 2. Joan., i, 46. La opinion mas comun es que Nathanael es el mismo S. Bartholomé. (Véase Cornelio Lapide in cap. I Joan.)

cosa buena de Nazareth? » Mas tarde decían tambien los Fariseos: « ¡Él, profeta!... ¡ Es de Galilea y de Galilea no salen profetas!... 1 ».

En el momento mismo en que Él manifestaba su poder divino con los mas señalados prodigios, sus enemigos clamaban: « ¿ Porqué le escuchais? ¿ No veis, que está poseido del demonio y que es un insensato?... 2 » ¡ O mi dulce Salvador, o Sabiduría encarnada, perdonadme el reproducir estas blasfemias!... Mi intencion sola es mostrar como Vos mismo quisisteis sufrir las mas humillantes bufonadas, para animar á los que me escuchan á soportar bien las burlas del mundo... »

Pero continuemos. Ved lo que dice el Evangelio de este día; Jesus viene á resucitar una muchacha. Todos esos músicos, esas plañideras que se hallan alrededor de la difunta, ¿ no deberían abstenerse de sus dichos burlescos, siquiera á lo menos por respeto al duelo de la familia desolada? ¿ Es ocasion oportuna de hacer bromas el hallarse al lado de un cadáver? ¿ No deberían por lo menos esperar el resultado de las promesas del Salvador, antes de soltar la rienda á sus sarcasmos? ¡ Ah no! pues todos los burlones y chanceros suelen ser gente mal educada, falta de sentimientos caritativos y sin corazon. *Et deridebant eum.* Y se mofaban de Jesús; Ah qué pensaría de sus risotadas y zumbas aquel padre afligido que había ido á rogarle que viniese á resucitar su hija!...

En fin, bien lo sabeis, hermanos míos, Nuestro Señor consintió en pasar hasta la Cruz por esta persecucion de insultos y mofas. Sus enemigos, vueltos en cierto modo mas furiosos en vista de la paciencia divina, con que él sufría tantos tormentos, le perseguían con sus sarcasmos y le invitaban con ironía á descender de la cruz, si pudiese. Aquel vil ladrón, que espiraba á su izquierda, se juntaba á aquellos infames y le decía: ¡ Ya que eres tan poderoso sálvate á tí y á nosotros contigo!...

1. Joan., vii, 52.

2. Joan., x, 20.

Paréceme, pues, cristianos, haber suficientemente demostrado, como Nuestro divino Salvador quiso sufrir las irrisiones y burlas de los incrédulos y malvados.

*Segunda parte.* Hermanos carísimos, si Jesucristo quiso soportar este género de persecucion, fué para darnos ejemplo y enseñarnos tambien como nosotros debiamos soportarlo. El discípulo, dijo él, no es mas que el Maestro; vosotros seréis tratados de la misma manera que yo lo he sido. Si á mí me han perseguido, tambien os perseguirán á vosotros; si de mí han hecho mofa, tambien la harán de vosotros; si me han hecho blanco de sus burlas y dicerios, no espereis vosotros mejor tratamiento...

Y en hecho de verdad, me traslado al día de Pentecostes... Los Apóstoles abrasados de los santos ardores que el Espíritu Divino acababa de derramar en sus almas, se adelantan en medio de la muchedumbre, para anunciar al pueblo la mision divina, llevada á cabo por su Maestro, y la gloriosa Resurreccion del mismo... Un milagro patente acompaña su predicacion; esos hombres sencillos, esos humildes pescadores han recibido el don de lenguas. Cada uno les entiende, sea cualquiera el idioma de su pais respectivo. Las almas rectas admiran este prodigio y se convierten; pero los impíos, los orgullosos acuden á su recurso obligado de la chacota y de los sarcasmos... No escuchéis á esos hombres, decían, porque son unos insentatos; no saben lo que dicen, están borrachos... En vano S. Pedro les prueba lo contrario... aquellos burlones no le creen y persisten en su endurecimiento.

Sigamos ahora á S. Pablo en sus carreras apostólicas... Llega él á Atenas y se presenta delante del Areopago, que era una asamblea de sabios y jueces, compuesta de las personas mas nobles é instruidas que encerraba la ciudad. Comienza el Apóstol á hablar de nuestro Señor Jesucristo, é insiste especialmente sobre la vida futura, en la que cada uno recibirá, segun sus obras, ó una felicidad eterna, ó castigos sin fin.... Esta verdad divina es acogida con murmullos y chanzonetas. Porque, ¡ ay ! hermanos míos, cuando se trata del juicio, del paraíso ó del in-

fierno, entonces principalmente se esfuerzan en sonreírse y chancarse los incrédulos y libertinos. Los sabios, pues, de Atenas interrumpieron á san Pablo, diciéndole con risa burlona: « Buen hombre, te hemos escuchado ya bastante... otra vez, verémos... » Y mientras S. Dionisio se convertía, la mayor parte de esos sabios se retiraba sonriendo y haciendo burla de la persona y de las palabras de aquel extranjero

Muchas veces y muy frecuentemente se echó mano de esa arma de la mofa, para quebrantar la firmeza de los mártires. Sí, se les hacía objeto de burla. ¿ Cómo ? se les decía : ¡ pobres locos, vosotros adorais á un Judío crucificado !... ¡ Vosotras Inès, Agata, Lucía, Filomena, nobles vástagos de familias ilustres, vosotras reconocéis por vuestro Dios á ese Jesús, que Pilatos hizo clavar en cruz ! — Si, nosotros adoramos á Jesús, el Hijo de Dios hecho hombre... respondían esas almas generosas, impregnadas de fé y fortificadas por la gracia... Y aunque los libros no lo digan, pero lo adivinan la piedad y la fé, me figuro tambien, o santísima Madre de Jesús, que esas admirables vírgenes debieron ser igualmente objeto de burla, á causa del culto que éllas os tributaban. ¿ Cómo ? ¡ Una Cecilia, una Justina y tantas otras nobles patricias invocar no sé á que mujer de Judea !... encomendarse á élla, desdeñar ilustres alianzas por marchar sobre las huellas de la humilde María !... ¡ Qué ridículo debía parecer esto á aquellos paganos, entregados al sensualismo y desenfreno !... Pobres cristianos, pobres amados mártires, ¡ de cuántas mofas y vilipendios fuisteis el blanco á causa de vuestra fé !... <sup>1</sup> *Et deridebant eum etc.*

Y ahora, hermanos míos, decidme : Si tuvierais que escoger entre el puesto que ocupan al presente estos santos mártires, y el lugar que la justicia de Dios ha destinado á esos perseguidores que se burlaban de éllos, aun en medio de los tormentos, ¿ por cuál optaríais vosotros ?... Ah, ya sé vuestra respuesta... Si,

1. Véanse las Actas de Sta Cecilia de S. Probo y de otros muchísimos. Véase tambien la *Octava* de Minucio Félix.

pues, nosotros queremos ir á juntarnos con los mártires, sepamos, como ellos, soportar las persecuciones y particularmente esta persecucion de la mofa... Despues de todo, ¿ que son esos ó esas, que se ríen de nuestra santa religion?... Los miro de cerca; trato de buscar en ellos alguna virtud; pero, á pesar de mi indulgencia, me cuesta trabajo descubrir en los mismos alguna que otra sombra ó apariencia de virtud verdadera. ¿ Qué valen, pues, esas mujercillas que se ríen, cuando os ven venir de Misa los Domingos? ¿ Qué peso puede tener la conducta y moralidad de esas muchachas ó mujeres que se burlan de nosotros, porque celebramos Nuestras Pascuas y nuestras festividades?... Pero me detengo; temo decir demasiado... ¡ Ay! pobres mujeres, mucho mejor harían, si nos imitaran; entonces hallarian quizás en la asistencia á los oficios divinos, en la frecuencia sincera de los santos sacramentos la consideracion, el honor y la paz del corazón, de que están privadas!...

PERORACION. Lo repito, hermanos carísimos, al terminar; el discípulo no debe ser mas que el maestro y debe compartir la suerte del mismo... Nuestro Salvador fué burlado, y nosotros igualmente debemos estar expuestos á las burlas y mofas de los libertinos é impíos. Y al fin, ¿ qué nos importa?... Algunos debieron gesticular neciamente, cuando vieron á este príncipe de quien nos habla nuestro Evangelio, recurriendo á Jesús, para obtener la resurreccion de su hija... Y sin embargo este padre desconsolado vió su fé recompensada por un milagro... Y tu, pobre mujer, tu tambien harías sin duda sonreírse á los incrédulos, cuando decías: « Si puedo tan solamente tocar la orla de su vestido, quedaré sana. » Y á pesar de esto, tu viste igualmente recompensada tu fé por un milagro... Sepamos, pues, nosotros despreciar de la misma manera las necias zumbas, con que se pretenda apartarnos del cumplimiento de nuestros deberes... Á esos hombres impíos, á esas mujeres desvanecidas respondámosles con ardimiento... « Sí, voy á Misa cada Domingo y todos los días festivos; sí, me confieso y comulgo por la Pascua y con mas frecuencia todavía... Esto os disgusta! tanto peor para vosotros.

Para mí, sé que hay un Dios á quien debo servir, y que tengo un alma que salvar... » ¡ Animo! pues, buenos y fieles cristianos, por pocos que seais, marchad siempre adelante en el camino de la verdad, en la práctica de la virtud y en el cumplimiento de vuestros deberes; el reino de los cielos os pertenece, el mismo Jesucristo os lo prometió, cuando dijo: « No temas, pequeña grey, ni las persecuciones, ni las burlas; porque ha placido á vuestro Padre celestial daros el reyno de los cielos... » *Nolite timere, pusillus grex, quia complacuit Patri vestro dare vobis regnum!*... Así sea.

## HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO

DEL DOMINGO VIGÉSIMO CUARTO DESPUES DE PENTECOSTES.

(MATTH., XXIV, 15-35.)

Efectos, que produce en el alma el pecado mortal.

TEXTO. *Cum videritis abominationem desolationis ... stantem in loco sancto, qui legit intelligat.* Cuando viéreis, que la abominacion de la desolacion domina en el lugar santo, el que lee entienda.

EXORDIO. Hermanos míos, una vez que Nuestro Señor Jesucristo salía del templo de Jerusalem, sus discípulos le hicieron notar la hermosura y grandeza de este edificio; y Jesús les dijo « ¿ Veis todos estos vastos edificios? En verdad os digo, que su destruccion será tal, que no quedará en ellos piedra sobre piedra. » Y poco despues les predijo la destruccion de Jerusalem y las diversas circunstancias que debían acompañarla. « Cuando viéreis, continuó diciendo, que la abominacion de la desolacion que fué vaticinada por el profeta Daniel, domina en el lugar santo,

pues, nosotros queremos ir á juntarnos con los mártires, sepamos, como ellos, soportar las persecuciones y particularmente esta persecucion de la mofa... Despues de todo, ¿ que son esos ó esas, que se ríen de nuestra santa religion?... Los miro de cerca; trato de buscar en ellos alguna virtud; pero, á pesar de mi indulgencia, me cuesta trabajo descubrir en los mismos alguna que otra sombra ó apariencia de virtud verdadera. ¿ Qué valen, pues, esas mujercillas que se ríen, cuando os ven venir de Misa los Domingos? ¿ Qué peso puede tener la conducta y moralidad de esas muchachas ó mujeres que se burlan de nosotros, porque celebramos Nuestras Pascuas y nuestras festividades?... Pero me detengo; temo decir demasiado... ¡ Ay! pobres mujeres, mucho mejor harían, si nos imitaran; entonces hallarian quizás en la asistencia á los oficios divinos, en la frecuencia sincera de los santos sacramentos la consideración, el honor y la paz del corazón, de que están privadas!...

PERORACION. Lo repito, hermanos carísimos, al terminar; el discípulo no debe ser mas que el maestro y debe compartir la suerte del mismo... Nuestro Salvador fué burlado, y nosotros igualmente debemos estar expuestos á las burlas y mofas de los libertinos é impíos. Y al fin, ¿ qué nos importa?... Algunos debieron gesticular neciamente, cuando vieron á este príncipe de quien nos habla nuestro Evangelio, recurriendo á Jesús, para obtener la resurreccion de su hija... Y sin embargo este padre desconsolado vió su fé recompensada por un milagro... Y tu, pobre mujer, tu tambien harías sin duda sonreírse á los incrédulos, cuando decías: « Si puedo tan solamente tocar la orla de su vestido, quedaré sana. » Y á pesar de esto, tu viste igualmente recompensada tu fé por un milagro... Sepamos, pues, nosotros despreciar de la misma manera las necias zumbas, con que se pretenda apartarnos del cumplimiento de nuestros deberes... Á esos hombres impíos, á esas mujeres desvanecidas respondámosles con ardimiento... « Sí, voy á Misa cada Domingo y todos los días festivos; sí, me confieso y comulgo por la Pascua y con mas frecuencia todavía... Esto os disgusta! tanto peor para vosotros.

Para mí, sé que hay un Dios á quien debo servir, y que tengo un alma que salvar... » ¡ Animo! pues, buenos y fieles cristianos, por pocos que seais, marchad siempre adelante en el camino de la verdad, en la práctica de la virtud y en el cumplimiento de vuestros deberes; el reino de los cielos os pertenece, el mismo Jesucristo os lo prometió, cuando dijo: « No temas, pequeña grey, ni las persecuciones, ni las burlas; porque ha placido á vuestro Padre celestial daros el reyno de los cielos... » *Nolite timere, pusillus grex, quia complacuit Patri vestro dare vobis regnum!*... Así sea.

## HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO

DEL DOMINGO VIGÉSIMO CUARTO DESPUES DE PENTECOSTES.

(MATTH., XXIV, 15-35.)

Efectos, que produce en el alma el pecado mortal.

TEXTO. *Cum videritis abominationem desolationis ... stantem in loco sancto, qui legit intelligat.* Cuando viéreis, que la abominacion de la desolacion domina en el lugar santo, el que lee entienda.

EXORDIO. Hermanos míos, una vez que Nuestro Señor Jesucristo salía del templo de Jerusalem, sus discípulos le hicieron notar la hermosura y grandeza de este edificio; y Jesús les dijo « ¿ Veis todos estos vastos edificios? En verdad os digo, que su destruccion será tal, que no quedará en ellos piedra sobre piedra. » Y poco despues les predijo la destruccion de Jerusalem y las diversas circunstancias que debían acompañarla. « Cuando viéreis, continuó diciendo, que la abominacion de la desolacion que fué vaticinada por el profeta Daniel, domina en el lugar santo,

el que lee entienda. Entonces los que están en la Judea huyan á los montes y el que esté en el tejado, no descienda á tomar cosa alguna en su casa y el que en el campo, no vuelva á buscar su vestido. ¡ Mas ay de las mujeres, que lleven embarazo y crien en aquellos días! Rogad, pues, que vuestra huida no suceda en invierno ó en sábado; porque habrá entonces grande tribulacion, cual no la hubo desde el principio del mundo hasta ahora y no habrá despues. Y si no fuesen abreviados aquellos días, ningun hombre salvaría; mas por los escogidos serán abreviados. » Despues como cuenta el Evangelio de este día, les habló en esta ocasion de los falsos Cristos que se levantarían, del juicio final y de las terribles señales que debían precederle.

Proposicion. Ya os hablé al comienzo de este curso de Homilias, de este juicio espantable al cual todos debemos prepararnos. Esta mañana mi limitaré á fijar una semejanza, á hacer una comparacion entre la destruccion del templo de Jerusalem y los desastrosos efectos que produce en el alma el pecado mortal, parándome en estas palabras, con que empieza el Evangelio de este día: *Cuando viéreis la abominacion de la desolacion en el lugar santo etc.*

Division. *Primero*: nuestra alma puede ser considerada com un lugar santo; *segundo*: el pecado mortal introduce en élla la abominacion; *tercero*: él causa en élla la desolacion, los estragos mas horrendos: tres pensamientos sobre cada uno de los cuales diré solamente algunas palabras.

*Primera parte.* ¿ Puede realmente nuestra alma ser considerada como un lugar santo?... Sin duda, hermanos míos, que siendo nuestra alma un espíritu, no puede con justicia y propiedad llamarse un lugar. Sin embargo, para hacernos entender bien, nos vemos precisados á servirnos de semejante modo de hablar. ¿ No dice el Apóstol, que nosotros somos templos del Altísimo? <sup>1</sup>... Cierto, que no es nuestro cuerpo, esta materia inerte y sin vida, cuando está separado del alma, lo que el Apóstol llama templo

1. I Corinth., II, 16.

del Espíritu Santo; sino que es realmente nuestra alma, en la que pone su morada el Espíritu Santo, la que es en verdad el templo y santuario de que intenta hablarnos el Apóstol... Y si queremos reflexionar un instante en las gracias y en los sacramentos que recibe el cristiano, nos será fácil entender que nuestra alma es verdaderamente un lugar santo... El santuario del templo de Jerusalem se llamaba el *Sanctasanctórum*, porque en el día de la dedicacion de este templo, hecha por Salomon, la Majestad del Señor había bajado allí en forma de nube <sup>1</sup>... Pero ¿ qué era este *sanctasanctórum* comparado con nuestras Iglesias mas modestas, en que habita personalmente Dios, ya no bajo el simbolo ó sombra de nube, sino verdadera y realmente en la sagrada Eucaristía?... Pues bien; ¿ qué son nuestras Iglesias mismas comparadas con el alma de un cristiano?... Esta alma, por el bautismo, viene á ser un verdadero santuario, en donde reside el Espíritu Santo, acompañado de la Fé, Esperanza y Caridad y de todo el blillante cortejo de virtudes infusas que el sacramento deposita en élla... ¡ Oh qué bella es el alma del niño el día de su bautismo!... Y no obstante hay mas aun... ¿ No es el mismo Jesucristo quien descende en nuestras almas, cuando tenemos la dicha de recibirle?... Sí, santas son nuestras Iglesias, por habitar en éllas Jesucristo; pero mas santas son aun nuestras almas, por ser éllas realmente el tabernáculo, el lugar que él se ha escogido. Nuestras Iglesias, no son en cierta suerte, sino un punto de parada, en que Él tiene por bien detenerse; pero su verdadero objeto, el lugar que quiere alcanzar el sitio, en que quiere morar, son nuestras almas... Todos hemos tenido la ventura de hacer nuestra primera comunión. ¡ Oh, qué hermosa era entonces nuestra alma!... Ved esta magnífica Iglesia, reparad en este altar, en este tabernáculo, en que el brillo del oro está combinado con los mas ricos colores. Abrid este tabernáculo, mirad este copon de oro ó plata, en que guardamos las santas hostias; ¿ no son todas estas cosas lugares y cosas santas y tres veces santas?...

1. II Paral., v, 13 y 14.

Pues debéis saber, que mas santa es aun nuestra alma. Por bellas que sean nuestras Iglesias, por ricos que sean nuestros altares y espléndidos nuestros vasos sagrados, nuestra alma es un lugar mas santo y mas agradable á Dios. Él descansa en élla con mas contento, y tiene en la misma mayores delicias, porque élla es viva y puede decirle: « ¡ Yo os amo !... » porque élla es el fin, el objeto de este prodigio de amor que se llama Eucaristía. Es, pues, el alma un lugar santo, un templo, un santuario, la morada en que quiere residir Nuestro Señor Jesucristo.

*Segunda parte.* Demostremos ahora como el pecado mortal introduce la abominacion en este lugar santo. Este templo de Jerusalem, cuya destruccion precedia Nuestro señor, era ciertamente un lugar santo y digno de respeto. El mismo Dios se lo había escogido y santificado<sup>1</sup>. El *sanctasanctorum* era tan venerable y reservado, que el Sumo Sacerdote no entraba allí sino una vez al año y despues de haberse purificado por medio de sacrificios. Durante el sitio de la ciudad se cometieron crímenes de toda especie hasta en el *sanctasanctorum*; allí fueron las mujeres ultrajadas y degollados los hombres á millares. « ¡ Malditos ! exclamaba el pagano Tito que mandaba el sitio : ¿ porqué hacinar los cadáveres hasta en el templo ?... ¿ Porqué mancharlo é inundar de sangre sus atrios ?... ¡ Pongo por testigos á los dioses de mi patria, de que no soy yo quien os empuja á tales excesos !<sup>2</sup>. » Entonces tenía lugar la abominacion predicha por el Salvador... Veamos ahora, si el pecado mortal no produce en el alma cosas mas repugnantes aun. ¿ Habéis vosotros presenciado alguna vez la descomposicion de un cadáver ?... Es esto un espectáculo horrible, un hedor intolerable ; cada miembro se desfigura y se vuelve lívido ; los gusanos pululan bajo la piel ennegrecida que bien presto para tambien en disolucion. Esto es una imágen del estrago, que produce en el alma un pecado mortal. Cada parte de esta alma tiene su gusano que la mancha y la roe ; memoria, inteligencia, vo'untad,

1. III Reg., ix, 7.

2. Véase Cornelio Alapide sobre el capitulo ix de Daniel.

corazon, todas vosotras, nobles facultades, que comunicabais á esta alma una augusta semejanza con Dios ; ¿ en qué habeis parado bajo la triste influencia del pecado mortal ?... La memoria corrompida por recuerdos malos, manchada por feos pensamientos, ya no es capaz de retener lo que es bueno, lo que es santo ; el mal pasa á ser su pasto habitual ; y queda élla como impotente para todo lo bueno. Ved á esa muchacha ; ¡ cuán pronto se ha olvidado de los cánticos del catecismo ; pero con qué facilidad aprende y retiene las canciones y refranes obscenos !... Ese otro viejarrón ya no sabe las mas elementales oraciones ; pero, en cambio, su memoria conserva fielmente una interminable serie de torpezas, juramentos, impiedades y blasfemias.

La inteligencia oscurecida tampoco percibe todo lo que afecta á lo intereses del alma. ¡ Ay infeliz pecador ! la muerte corre presurosa sobre tí... ¿ Ves el infierno entreabierto bajo tus pasos ?... Lo que te separa de su insondable abismo es solo un hilo muy delgado y frágil, cual es la vida. Mira que está á punto de quebrarse... ¡ Alerta ! pues se trata de tu eternidad... ¡ Ah ! él no entiende, él duerme !... El juicio que á veces se mantiene recto respecto de todo lo demás, está oscurecido y falseado sobre cuanto mira á los intereses eterhos... El corazon corrompido ya no conserva sino afecciones malas. ¡ Oh ! vosotros que teneis la desventura de estar en pecado mortal, decidnos : ¿ qué es lo que amais ?... ¿ Cuáles son las afecciones de que se sacia mas á gusto vuestro corazon ?... Ved á ese orgulloso, él no ama á nadie sino á sí mismo, él detesta á los demás. Ved á ese avaro, duro con los pobres, duro con los suyos, duro quizás tambien consigo mismo ; él no tiene mas que una afeccion, la del dinero, la de los bienes terrenales. Mirad á esos jóvenes, á esas mozas ; ¿ se inquietan por ventura ni unos, ni otras de los disgustos que causan á sus padres, del dolor y de las lágrimas de una madre ?... No, la pasion antes que todo ; perezca todo lo demás, aun los sentimientos mas santos y naturales... La voluntad se halla flaca para tóde lo bueno, impotente, cuando se trata de cumplir un deber ; élla no halla fuerza, ni energía, sino cuando se trata de entregarse al mal... ¡ Y ved

ahí á esa alma, á ese santuario visitado por Jesucristo ; ved en que ha parado á causa del pecado !... Voluntad enflaquecida, corazón corrompido, inteligencia oscurecida y depravada, memoria contaminada ; ¿no es esto, decidme, la profanacion de ese santuario, la abominacion en el lugar santo?...

*Tercera parte.* El pecado mortal produce tambien en el alma la desolacion, los estragos mas completos... Sin embargo el templo de Jerusalem, á pesar de las profanaciones sacrilegas de que hemos hablado, á pesar de las abominaciones que lo habían manchado, perseveraba en pié ; mas debía realizarse la profecia del Señor ; y de este grandioso edificio no debía quedar piedra sobre piedra. Los Romanos le pegaron fuego ; el incendio duró muchos días ; y bien pronto este maravilloso monumento no ofreció á los ojos consternados mas que un monton de cenizas humeantes, algunos trozos de murallas calcinados y ennegrecidos por las llamas<sup>1</sup>. Esta desolacion, esta ruina es tambien una viva imágen del daño que produce en el alma el pecado mortal. Imaginaos á un alma que hasta ahora haya vivido de la manera mas santa. Sus limosnas eran abundantes, sus oraciones llenas de fervor, élla practicaba todas las obras de caridad, se entregaba al ayuno y á la mortificacion ; mansa, humilde, modesta, los ángeles del cielo la hacian compañía y admiraban su pureza intacta, su devocion constante. Mas aun ; imaginaos reunidos en una sola alma todos los méritos de los santos, todas sus buenas obras, y añadible además todos los incomparables méritos de la misma Virgen María. ¿ Qué bella sería esta alma !<sup>2</sup>. ¿ Cuán imponderables serian sus tesoros !... Suponed, pues, que esta alma cometiese un solo pecado mortal ; al instante quedaría estragada, totalmente arruinada. Todos sus méritos desaparecieran, todas sus buenas obras quedarían borradas, todas absolutamente, sin quedar una sola. Es el mismo Dios, quien nos lo enseña por boca de un profeta : *Si el justo, dice, abandona la senda de la justicia, todo el bien que haya hecho, será bor-*

1. Conf. Josefo, de bello judaico.

2. Cf. S. Leonardo de Porto Mauricio, sobre los daños causados por el pecado mortal.

rado, olvidado<sup>1</sup>. Ved, pues, á esa alma, reducida por un solo pecado mortal á ese estado de desolacion, en que se nos presenta una casa, sobre la que haya pasado un incendio. Si alguna cosa queda todavía en élla es cenizas humeantes, restos informes de muros ennegrecidos, formando un espectáculo que contrista los ojos... Pero no está todo ahí. Los Romanos despues de haber incendiado el templo de Jerusalem, se encarnizaron con sus restos, demoliaron hasta las ruinas, de modo que no quedó piedra sobre piedra<sup>2</sup>. Asi tambien lo hace el pecado mortal, si nuestra alma lo conserva, si no procura prontamente arrojarlo de sí. Los pocos buenos sentimientos, los restos de fé quizá que una primera caída habían dejado, desaparecen poco á poco bajo la funesta influencia del pecado mortal. Si por un resto de hábito el pecador ruega todavía, no tardará en abandonar del todo la oracion. Si se conserva tambien algo de pudor, pronto se deja la máscara, y el mismo remordimiento acaba alzando menos sus clamores ; la poca fé que queda, sacudida sin cesar por la duda, acaba por hundirse, como el pedazo de muralla quebrantado por los golpes... Se va bajando, bajando aun hasta al fondo del abismo ; y entonces el remedio se casi imposible, nada despierta ; se para en la obstinacion, ; y esta es la desolacion de las desolaciones!...

*PERORACION.* He ahí, hermanos míos, los desastrosos efectos que el pecado mortal produce en las almas ; y si no los produce siempre, es porque la misericordia de Dios que quiere salvarnos, mientras vivimos en la tierra, pone en cierta manera un dique á estos desoladores estragos... Pero estémos alerta ; no abusemos de su paciencia ; salgamos pronto del estado de pecado, si tenemos la desgracia de encontrarnos en él. Imposible fué á Juliano Apóstata reparar las ruinas del templo de Jerusalem. Este insensato había pretendido dar un mentís á la palabra de Jesucristo, tratando de reedificar el Templo. De las zanjas brotaron llamas que devoraron los materiales y operarios, impidiendo así la reedifica-

1. Ezechiel, XVIII. 21.

2. V. Rohrbacher.

cion <sup>1</sup>. No sucede lo mismo con nuestra alma. Hasta ahora pueden repararse sus ruinas, la desolacion puede cesar, la abominacion desaparecer, y puede élla volver á ser un lugar santo, un santuario amado de Nuestro Señor Jesucristo... Mas apresurémonos á aprovecharnos del tiempo. Ved como va á llegar bien pronto la fiesta de la Natividad del Salvador. ¡ Ah ! tratemos de disponer-nos bien á celebrarla. Todos conocemos el medio de salir del estado de pecado mortal ; y dicho medio es fácil. Una buena confesion hecha con humildad y sinceridad ; y despues Dios nos abre sus barzos y su misericordia nos estrecha contra su corazon. ¡ Ah ! hermanos míos, no desdeñemos este medio tan fácil de reparar nuestras pérdidas. Resolvamos con eficacia recurrir á él, á fin de que el día de Navidad, aquel Dios que por amor nuestro no se desdeñó de nacer en el pobre establo de Belen, halle en nuestras almas, limpias y purificadas por la penitencia, una morada, un santuario digno de recibirle... Así sea.

### PLAN DETALLADO

DE UNA SEGUNDA HOMILIA PARA EL DOMINGO VIGÉSIMO  
CUARTO DESPUES DE PENTECOSTES.

(MATH., XXIV, 35.)

TEXTO. *Cælum et terra transibunt...*

EXORDIO. Relato del Evangelio. Este Evangelio encierra muchas enseñanzas, entre otras, la prediccion de la completa ruina de Jerusalem y el anuncio del juicio final.

PROPOSICION. Parece que el divino Salvador da gran importancia á la prediccion de estos dos acontecimientos, porque añade : « Os lo digo en verdad... el cielo y la tierra pasarán, pero no pasarán mis palabras. » Sobre esta autoridad, pues, de la palabra de Jesucristo propóngome decir algunas palabras, para convenceros de la certeza del juicio final.

1. Véase á Rohrbacher.

DIVISION. 1ª parte. La palabra de Jesucristo, que anuncia este juicio no puede pasar ó dejar de cumplirse, porque es cierta en sí misma. 2ª El cumplimiento de la profecía sobre la destruccion de Jerusalem nos muestra la verdad del juicio final.

Primera parte. Es el mismo Jesucristo quien nos predice este terrible juicio. Su palabra es cierta... Para que una palabra sea cierta y tenga derecho á nuestro asenso, son necesarias muchas condiciones : 1º Que aquel que la pronuncia tenga ciencia y conocimiento de lo que dice ; pues ¿ cómo sería posible afirmar con certeza lo que se ignora ? 2º Es indispensable, que este hombre que predice, sea veraz, que hable segun lo que sabe, conoce y piensa ; porque, ¿ cuántas personas hablan contra su pensamiento ? 3º Es menester que él posea tambien el poder de ejecutar lo que anuncia, ya sea amenezando, ya prometiendo... 4º Es preciso, que su voluntad no cambie ; de otra suerte, queriendo hoy una cosa, mañana querrá otra ; de donde la inconstancia é incertidumbre... ¡ Cuán raras veces la palabra del hombre reúne estas condiciones, cuya ausencia hace que dicha palabra esté sujeta á tantas falsedades y errores ! — Aplicacion de estas cuatro condiciones á Nuestro Señor Jesucristo. Él posee la ciencia perfecta. *Pater... omnia ei demonstrat quæcumque facit.* (Jo an. v, 20.) *Omnia autem nuda et aperta sunt oculis ejus.* (Hebr. iv, 13.) — La veracidad... *Est autem Deus verax.* (Roman. iii, 4.) El poder... Todo le está sometido... *Potestas ejus in generationem et generationem.* (Dan., iii, 400.) — La constancia... *Non est Deus quasi homo ut mentiatur, nec ut filius hominis ut mutetur.* (Num. xxiii, 12.)

CONCLUSION. Luego infaliblemente se verificará el juicio universal <sup>1</sup>.

Segunda parte. Cumplimiento de la profecía sobre la destruccion de Jerusalem... Aun no se había agotado la generacion de que habla nuestro Salvador, cuando ya se había cumplido todo lo que él había predicho tocante á Jerusalem. Los ángeles tutelares del templo se habian retirado, diciendo : « Salgamos de aqui <sup>2</sup>. »

1. V. Veritates Pract.  
2. V. Rohrbacher.

cion<sup>1</sup>. No sucede lo mismo con nuestra alma. Hasta ahora pueden repararse sus ruinas, la desolacion puede cesar, la abominacion desaparecer, y puede élla volver á ser un lugar santo, un santuario amado de Nuestro Señor Jesucristo... Mas apresurémonos á aprovecharnos del tiempo. Ved como va á llegar bien pronto la fiesta de la Natividad del Salvador. ¡ Ah ! tratemos de disponer-nos bien á celebrarla. Todos conocemos el medio de salir del estado de pecado mortal ; y dicho medio es fácil. Una buena confesion hecha con humildad y sinceridad ; y despues Dios nos abre sus barzos y su misericordia nos estrecha contra su corazon. ¡ Ah ! hermanos míos, no desdeñemos este medio tan fácil de reparar nuestras pérdidas. Resolvamos con eficacia recurrir á él, á fin de que el día de Navidad, aquel Dios que por amor nuestro no se desdeñó de nacer en el pobre establo de Belen, halle en nuestras almas, limpias y purificadas por la penitencia, una morada, un santuario digno de recibirle... Así sea.

### PLAN DETALLADO

DE UNA SEGUNDA HOMILIA PARA EL DOMINGO VIGÉSIMO CUARTO DESPUES DE PENTECOSTES.

(MATH., XXIV, 35.)

TEXTO. *Cælum et terra transibunt...*

EXORDIO. Relato del Evangelio. Este Evangelio encierra muchas enseñanzas, entre otras, la prediccion de la completa ruina de Jerusalem y el anuncio del juicio final.

PROPOSICION. Parece que el divino Salvador da gran importancia á la prediccion de estos dos acontecimientos, porque añade : « Os lo digo en verdad... el cielo y la tierra pasarán, pero no pasarán mis palabras. » Sobre esta autoridad, pues, de la palabra de Jesucristo propóngome decir algunas palabras, para convenceros de la certeza del juicio final.

1. Véase á Rohrbacher.

DIVISION. 1ª parte. La palabra de Jesucristo, que anuncia este juicio no puede pasar ó dejar de cumplirse, porque es cierta en sí misma. 2ª El cumplimiento de la profecía sobre la destruccion de Jerusalem nos muestra la verdad del juicio final.

Primera parte. Es el mismo Jesucristo quien nos predice este terrible juicio. Su palabra es cierta... Para que una palabra sea cierta y tenga derecho á nuestro asenso, son necesarias muchas condiciones : 1º Que aquel que la pronuncia tenga ciencia y conocimiento de lo que dice ; pues ¿ cómo sería posible afirmar con certeza lo que se ignora ? 2º Es indispensable, que este hombre que predice, sea veraz, que hable segun lo que sabe, conoce y piensa ; porque, ¿ cuántas personas hablan contra su pensamiento ? 3º Es menester que él posea tambien el poder de ejecutar lo que anuncia, ya sea amenezando, ya prometiendo... 4º Es preciso, que su voluntad no cambie ; de otra suerte, queriendo hoy una cosa, mañana querrá otra ; de donde la inconstancia é incertidumbre... ¡ Cuán raras veces la palabra del hombre reúne estas condiciones, cuya ausencia hace que dicha palabra esté sujeta á tantas falsedades y errores ! — Aplicacion de estas cuatro condiciones á Nuestro Señor Jesucristo. Él posee la ciencia perfecta. *Pater... omnia ei demonstrat quæcumque facit.* (Jo an. v, 20.) *Omnia autem nuda et aperta sunt oculis ejus.* (Hebr. iv, 13.) — La veracidad... *Est autem Deus verax.* (Roman. iii, 4.) El poder... Todo le está sometido... *Potestas ejus in generationem et generationem.* (Dan., iii, 400.) — La constancia... *Non est Deus quasi homo ut mentiatur, nec ut filius hominis ut mutetur.* (Num. xxiii, 12.)

CONCLUSION. Luego infaliblemente se verificará el juicio universal<sup>1</sup>.

Segunda parte. Cumplimiento de la profecía sobre la destruccion de Jerusalem... Aun no se había agotado la generacion de que habla nuestro Salvador, cuando ya se había cumplido todo lo que él había predicho tocante á Jerusalem. Los ángeles tutelares del templo se habian retirado, diciendo : « Salgamos de aquí<sup>2</sup>. »

1. V. Veritates Pract.  
2. V. Rohrbacher.

Todas las calamidades anunciadas en nuestro Evangelio habían caído sobre el templo y la ciudad culpable... Todas las señales que debían acompañar esta ruina, se habían manifestado sin faltar una. Habíase visto la abominación de la desolación en el lugar santo, etc., etc. — Tenemos, pues, que el primer acontecimiento, predicho por Nuestro Señor, se había realizado de la manera que él lo había anunciado. Lo mismo sucederá con el segundo, esto es, con el juicio anunciado para el fin del mundo. Acontecimiento solemne, acompañado de circunstancias mucho más terribles aun, que las que acompañaron á la lamentable ruina de Jerusalén... Sí, cristianos, no lo dudeis, este acontecimiento, este fin del mundo, esta catástrofe final, este juicio universal que Jesucristo nos anuncia, se cumplirá indefectiblemente. Que nosotros nos encontremos cerca ó lejos de él, poco importa. La palabra de Jesucristo no puede faltar...

PERORACION. Nuestro Señor decía á sus Apóstoles: « He querido advertiros de todas estas cosas antes que sobrevengan !. » Como si nos dijese también á nosotros: « He querido anunciaros desde mucho tiempo antes este juicio universal, á fin de que pudieseis prepararos á él de la manera conveniente... » ¿Cuál, pues, debe ser la manera de prepararnos? ¡ Ah! Antes de que no llegue este formidable acontecimiento del fin de los siglos, podemos asistir á otro acontecimiento más tierno, más lleno de misericordia... Aquel que en el fin del mundo se manifestará Juez inexorable, dentro pocos días aparecerá niño débil, recostado sobre la paja en un vil establo... Preparemos, pues, nuestros corazones, etc...

1. Matth , XIV, 25.

DIRECCIÓN GENERAL DE

FIN DEL PRIMER TOMO.

## INDICE

APPROBACION DE MONSEÑOR EL OBISPO DE TROYES . . . . .	I
PRÓLOGO . . . . .	II
Homilia sobre el Evangelio del primer Domingo de Adviento. — <i>Cuadro del último juicio; cuán útil y saludable es el recuerdo del juicio final.</i>	1
Plan detallado de una segunda homilia para el primer Domingo de Adviento. — <i>Diferencia entre el primero y el último Advenimiento de Nuestro Señor Jesucristo . . . . .</i>	9
Homilia sobre el Evangelio del segundo domingo de Adviento. — <i>Expectacion del Salvador; efectos, que su nacimiento debe producir en los corazones bien preparados . . . . .</i>	11
Plan detallado de una segunda homilia para el segundo Domingo de Adviento. — <i>Elogio, que hace Nuestro Señor de S. Juan Bautista. . . . .</i>	19
Homilia sobre el Evangelio del tercer Domingo de Adviento — <i>Humildad de S. Juan Bautista; necesidad de esta virtud, para conocer á Jesucristo, y preparar bien á su advenimiento nuestros corazones . . . . .</i>	21
Plan detallado de una segunda homilia sobre el tercer Domingo de Adviento. — <i>Fidelidad con que S. Juan Bautista lo refiere todo á Nuestro Señor Jesucristo; y de que manera debemos imitar esta fidelidad. . . . .</i>	29
Homilia sobre el Evangelio del cuarto Domingo de Adviento — <i>Necesidad de la penitencia; la penitencia que Dios reclama de nosotros, es fácil. . . . .</i>	31
Plan detallado de una segunda homilia sobre el cuarto Domingo de Adviento. — <i>Preparar las vías del Señor y modo de hacerlo. . . . .</i>	39
Homilia sobre el Evangelio que se halla entre la Octava de Navidad. — <i>El misterio del Nacimiento del Salvador es digno de nuestra admiracion; esta admiracion no debe quedarse estéril. . . . .</i>	41
Alocucion para el primer día del año. — Empleo del tiempo . . . . .	48
Homilia sobre el Evangelio de la Vigilia de la Epifania. — <i>Huida á Egipto y regreso. El cristiano no se deja abatir por las adversidades ni se enorgullece por la prosperidad . . . . .</i>	54
Plan detallado de una segunda homilia para el mismo día — <i>Muerte de Herodes; regreso de la santa familia . . . . .</i>	58

Todas las calamidades anunciadas en nuestro Evangelio habían caído sobre el templo y la ciudad culpable... Todas las señales que debían acompañar esta ruina, se habían manifestado sin faltar una. Habíase visto la abominación de la desolación en el lugar santo, etc., etc. — Tenemos, pues, que el primer acontecimiento, predicho por Nuestro Señor, se había realizado de la manera que él lo había anunciado. Lo mismo sucederá con el segundo, esto es, con el juicio anunciado para el fin del mundo. Acontecimiento solemne, acompañado de circunstancias mucho más terribles aun, que las que acompañaron á la lamentable ruina de Jerusalén... Sí, cristianos, no lo dudeis, este acontecimiento, este fin del mundo, esta catástrofe final, este juicio universal que Jesucristo nos anuncia, se cumplirá indefectiblemente. Que nosotros nos encontremos cerca ó lejos de él, poco importa. La palabra de Jesucristo no puede faltar...

PERORACION. Nuestro Señor decía á sus Apóstoles: « He querido advertiros de todas estas cosas antes que sobrevengan !. » Como si nos dijese también á nosotros: « He querido anunciaros desde mucho tiempo antes este juicio universal, á fin de que pudieseis prepararos á él de la manera conveniente... » ¿Cuál, pues, debe ser la manera de prepararnos? ¡ Ah! Antes de que no llegue este formidable acontecimiento del fin de los siglos, podemos asistir á otro acontecimiento más tierno, más lleno de misericordia... Aquel que en el fin del mundo se manifestará Juez inexorable, dentro pocos días aparecerá niño débil, recostado sobre la paja en un vil establo... Preparemos, pues, nuestros corazones, etc...

1. Matth , XIV, 25.

DIRECCIÓN GENERAL DE

FIN DEL PRIMER TOMO.

## INDICE

APPROBACION DE MONSEÑOR EL OBISPO DE TROYES . . . . .	I
PRÓLOGO . . . . .	II
Homilia sobre el Evangelio del primer Domingo de Adviento. — <i>Cuadro del último juicio; cuán útil y saludable es el recuerdo del juicio final.</i>	1
Plan detallado de una segunda homilia para el primer Domingo de Adviento. — <i>Diferencia entre el primero y el último Advenimiento de Nuestro Señor Jesucristo . . . . .</i>	9
Homilia sobre el Evangelio del segundo domingo de Adviento. — <i>Expectacion del Salvador; efectos, que su nacimiento debe producir en los corazones bien preparados . . . . .</i>	11
Plan detallado de una segunda homilia para el segundo Domingo de Adviento. — <i>Elogio, que hace Nuestro Señor de S. Juan Bautista. . . . .</i>	19
Homilia sobre el Evangelio del tercer Domingo de Adviento — <i>Humildad de S. Juan Bautista; necesidad de esta virtud, para conocer á Jesucristo, y preparar bien á su advenimiento nuestros corazones . . . . .</i>	21
Plan detallado de una segunda homilia sobre el tercer Domingo de Adviento. — <i>Fidelidad con que S. Juan Bautista lo refiere todo á Nuestro Señor Jesucristo; y de que manera debemos imitar esta fidelidad. . . . .</i>	29
Homilia sobre el Evangelio del cuarto Domingo de Adviento — <i>Necesidad de la penitencia; la penitencia que Dios reclama de nosotros, es fácil. . . . .</i>	31
Plan detallado de una segunda homilia sobre el cuarto Domingo de Adviento. — <i>Preparar las vías del Señor y modo de hacerlo. . . . .</i>	39
Homilia sobre el Evangelio que se halla entre la Octava de Navidad. — <i>El misterio del Nacimiento del Salvador es digno de nuestra admiracion; esta admiracion no debe quedarse estéril. . . . .</i>	41
Alocucion para el primer día del año. — Empleo del tiempo . . . . .	48
Homilia sobre el Evangelio de la Vigilia de la Epifania. — <i>Huida á Egipto y regreso. El cristiano no se deja abatir por las adversidades ni se enorgullece por la prosperidad . . . . .</i>	54
Plan detallado de una segunda homilia para el mismo día — <i>Muerte de Herodes; regreso de la santa familia . . . . .</i>	58

Homilia sobre el Evangelio del Domingo, que se encuentra en la Octava de la Epifania. — <i>Pérdida de Jesús; de que manera se puede encontrar de nuevo.</i> . . . . .	63
Homilia sobre el Evangelio para la fiesta del santísimo Nombre de Jesús (Segundo Domingo despues de la Epifania.) — <i>Los hombres necesitaban un Salvador, Jesús, niño recién nacido en Belén es el Salvador que ellos esperaban.</i> . . . . .	72
Homilia sobre el Evangelio del tercer Domingo despues de la Epifania. — <i>Deberes de los amos para con sus criados.</i> . . . . .	72
Homilia sobre el Evangelio del cuarto Domingo despues de la Epifania. — <i>La Iglesia siempre perseguida, y siempre victoriosa.</i> . . . . .	74
Plan detallado de una segunda homilia para el cuarto Domingo despues de la Epifania . . . . .	96
Homilia sobre el Evangelio del quinto Domingo despues de la Epifania. <i>Utilidad de mezcla de los buenos con los malos.</i> . . . . .	98
Plan detallado de una segunda homilia para el quinto Domingo despues de la Epifania . . . . .	105
Homilia sobre el Evangelio del sexto Domingo despues de la Epifania. — <i>Sobre la parábola del grano de mostaza aplicada al establecimiento de la Religión Cristiana.</i> . . . . .	108
Plan detallado de una segunda homilia para el mismo Domingo. — <i>Parábola de la levadura aplicada al espíritu de fe.</i> . . . . .	116
Homilia sobre el Evangelio del domingo de Septuagésima. — <i>Explicación de la Parábola acerca del padre de familia que envía obreros, para trabajar en su viña.</i> . . . . .	118
Homilia sobre el Evangelio del Domingo de Sexagésima. — <i>Sobre la palabra de Dios; su autoridad, respeto con que debemos mirarla.</i> . . . . .	121
Homilia sobre el Evangelio del Domingo de Quincuagésima. — <i>Dureza de los hombres para con el ciego de Jericó; bondad de Jesús con respecto á él.</i> . . . . .	135
Homilia sobre el Evangelio del primer Domingo de Cuaresma. — <i>Tentation de Nuestro Señor; porqué quiso Jesús ser tentado, como debemos conducirnos en las tentaciones.</i> . . . . .	144
Homilia sobre el Evangelio del segundo Domingo de Cuaresma. — <i>Transfiguración de Nuestro Señor Jesucristo; pruebas de su divinidad; estímulo para incitarnos á conquistar el cielo.</i> . . . . .	154
Homilia sobre el Evangelio del tercer Domingo de Cuaresma. — <i>Lo que entender debemos por «no estar con Jesús y no recoger con Él».</i> . . . . .	163
Homilia sobre el Evangelio del cuarto Domingo de Cuaresma. — <i>Confesion, invención amorosísima y saludable de la misericordia divina.</i> . . . . .	171
Homilia sobre el Evangelio del Domingo de Pasión. — <i>Obligación de convertirse lo mas pronto posible.</i> . . . . .	180
Homilia sobre el Evangelio del Domingo de Ramos. — <i>Sobre la comunión Pascual.</i> . . . . .	188
Homilia sobre el Evangelio del día de Pascua. — <i>Triunfo de Jesucristo.</i> . . . . .	194
Homilia sobre el Evangelio del Domingo de Cuasimodo. — <i>Bondad de Jesucristo para con Santo Tomás, agradecimiento y fidelidad de este apóstol.</i> . . . . .	203

Homilia sobre el Evangelio del segundo Domingo despues de Pascua. — <i>Precio de nuestra alma segun nuestro divino Salvador; el poco aprecio que hacemos de ella.</i> . . . . .	212
Homilia sobre el Evangelio del tercer Domingo despues de Pascua. — <i>Vanidad de las alegrías del mundo comparadas con las alegrías del cristiano.</i> . . . . .	219
Homilia sobre el Evangelio del cuarto Domingo despues de Pascua. — <i>Enseñanzas saludables, que nos dan las adversidades.</i> . . . . .	228
Homilia sobre el Evangelio del quinto Domingo despues de Pascua. — <i>Es preciso orar, apoyándose en el nombre de Nuestro Señor Jesucristo.</i> . . . . .	233
Homilia sobre el Evangelio para el Domingo en la Octava de la Ascension. — <i>Influencia del Espíritu Santo sobre nuestra voluntad.</i> . . . . .	243
Homilia sobre el Evangelio del Domingo de Pentecostés. — <i>Espíritu Santo, espíritu de fortaleza y mansedumbre.</i> . . . . .	249
Homilia sobre el Evangelio del Domingo de la Santísima Trinidad. — <i>Sobre la santísima Trinidad; nuestros deberes para con ella.</i> . . . . .	259
Homilia sobre el Evangelio de la festividad del día de Corpus. — <i>La Eucaristía instituída para la mayor gloria de Dios y glorificación de Nuestro Señor Jesucristo.</i> . . . . .	246
Homilia sobre el Evangelio de la fiesta del Sagrado Corazon; tercer Domingo despues de Pentecostés. — <i>La Eucaristía instituída para nuestra mayor ventaja; Jesús verdadero médico de nuestras almas.</i> . . . . .	265
Homilia sobre el Evangelio del cuarto Domingo despues de Pentecostés. — <i>Sobre el trabajo; manera de santificarlo.</i> . . . . .	274
Homilia sobre el Evangelio del quinto Domingo despues de Pentecostés. — <i>En que consistía la justicia de los Fariseos; cual debe ser la nuestra.</i> . . . . .	280
Homilia sobre el Evangelio del sexto Domingo despues de Pentecostés. — <i>Multiplicación de los panes; milagro que se renueva cada año; debemos testificar por éllo á Dios nuestro agradecimiento.</i> . . . . .	300
Homilia sobre el Evangelio del séptimo Domingo despues de Pentecostés. — <i>Qué debemos entender por falsos profetas; obligación de estar en guardia contra ellos.</i> . . . . .	305
Homilia sobre el Evangelio del octavo Domingo despues de Pentecostés. — <i>Interrogatorio del mayordomo infiel, imagen del que tendremos que sufrir nosotros; debemos hacernos amigos, que nos introduzcan en los tabernáculos eternos.</i> . . . . .	313
Homilia sobre el Evangelio del nono Domingo despues de Pentecostés. — <i>Jesús llorando sobre Jerusalem nos enseña nuestros deberes para con nuestra patria.</i> . . . . .	323
Homilia sobre el Evangelio del décimo Domingo despues de Pentecostés. — <i>Honor, que Dios nos hace al permitirnos rogarle; eficacia de la oración hecha con humildad.</i> . . . . .	290
Homilia sobre el Evangelio del undécimo Domingo despues de Pentecostés <i>Legitimidad y utilidad de las ceremonias que la Iglesia emplea en el culto que rinde á Dios y en la administración de los Sacramentos.</i> . . . . .	292
Homilia sobre el Evangelio del duodécimo Domingo despues de Pen-	

tecostés. — <i>Nuestra caridad para con el prójimo debe ser verdadera, compasiva y generosa . . . . .</i>	350
Homilia sobre el Evangelio del décimo tercero Domingo despues de Pentecostés. — <i>Agradecimiento, que debemos á Dios; manera de testificarle este agradecimiento . . . . .</i>	358
Homilia sobre el Evangelio del décimo cuarto Domingo despues de Pentecostés. — <i>Apego excesivo á los bienes de la tierra; vicio muy comun; su funestos efectos; medios de combartirlo . . . . .</i>	367
Homilia sobre el Evangelio del décimo quinto Domingo despues de Pentecostés. — <i>Sobre la resurreccion del hijo de la viuda de Naím. . . . .</i>	374
Homilia sobre el Evangelio del décimo sexto Domingo despues de Pentecostés. — <i>Como deben portarse los cristianos en medio del mundo.</i>	
Homilia sobre el Evangelio del décimo séptimo Domingo despues de Pentecostés. — <i>Coalicion de los Saduceos y Fariseos contra Jesucristo, imagen de la reunion de los impios y herejes contra la Iglesia. . . . .</i>	382
Homilia sobre el Evangelio del décimo octavo Domingo despues de Pentecostés. — <i>Eficacia de la oracion hecha en comunion de fe y de sentimientos . . . . .</i>	389
Homilia sobre el Evangelio del décimo nono Domingo despues de Pentecostés. — <i>La misericordia de Dios resplandece en medio de la justicia que ejerce en los Judios y malos cristianos . . . . .</i>	397
Homilia sobre el vigésimo Domingo despues de Pentecostés. — <i>Como los padres deben vigilar sobre los intereses temporales y espirituales de sus hijos . . . . .</i>	405
Homilia sobre el Evangelio del Domingo vigésimo primero despues de Pentecostés. — <i>Sobre el perdon de las injurias. . . . .</i>	413
Homilia sobre el Evangelio del Domingo vigésimo segundo despues de Pentecostés. — <i>La autoridad; respeto que se debe á la autoridad temporal y á la espiritual . . . . .</i>	420
Homilia sobre el Evangelio del Domingo vigésimo tercero despues de Pentecostés. — <i>Nuestro Señor quiso exponerse á las burlas; como los cristianos deben soportarlas. . . . .</i>	428
Homilia sobre el Evangelio del Domingo vigésimo cuarto despues de Pentecostés. — <i>Efectos, que produce en el alma el pecado mortal. . . . .</i>	435
Plan detallado de una segunda homilia para el Domingo vigésimo cuarto despues de Pentecostés . . . . .	442

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

FIN DEL INDICE.

